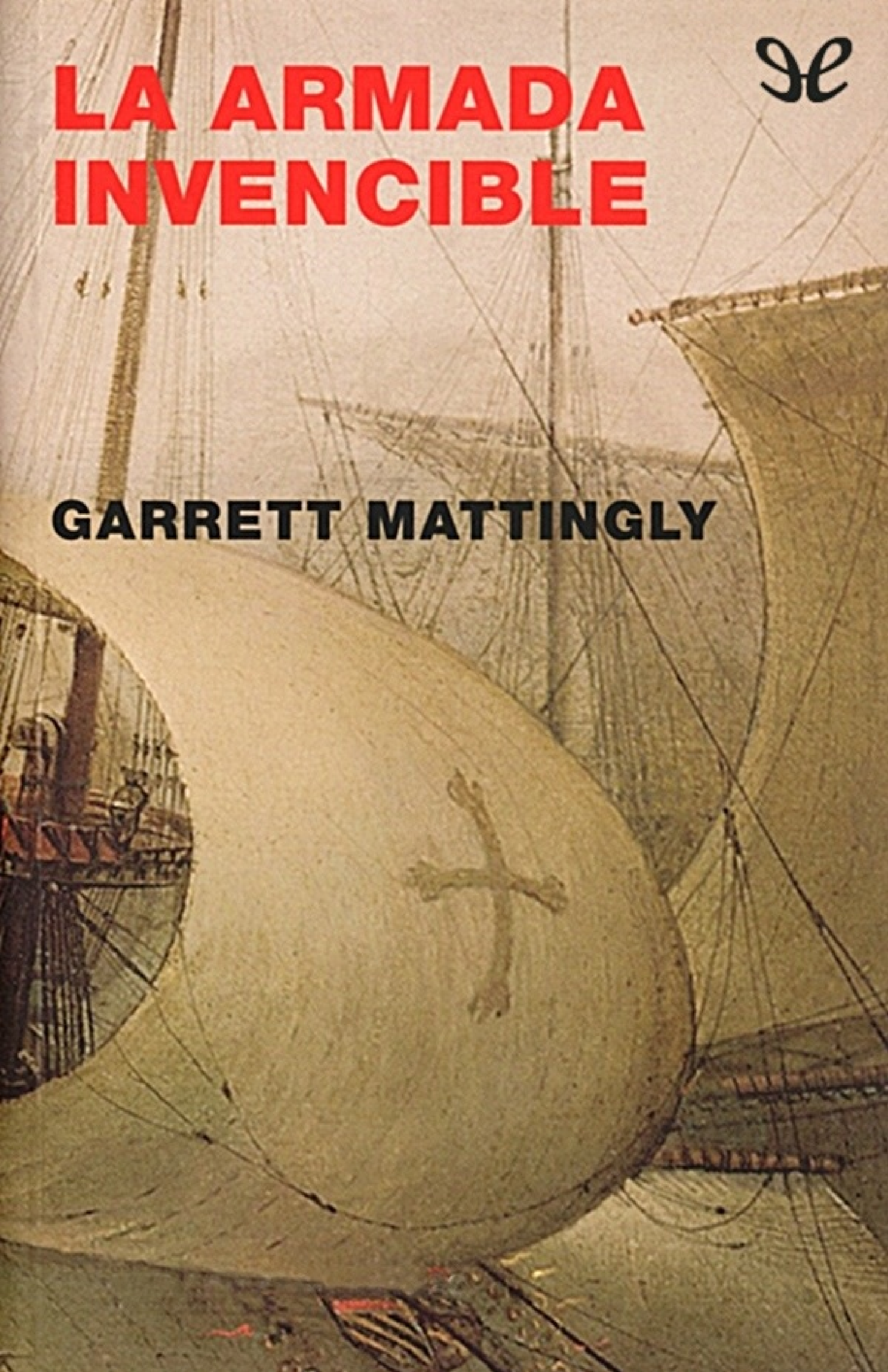

LA ARMADA
INVENCIBLE
GARRETT MATTINGLY

*La Armada Invencible* trata un episodio histórico decisivo: la fracasada invasión de Inglaterra dirigida por Felipe II. Este acontecimiento se consideró durante décadas el inicio de la decadencia de la hegemonía hispana, sin embargo esta obra contribuyó a que esta batalla se valorase en su justa medida con menor carga emotiva, mediante la utilización de numerosas fuentes inéditas hasta entonces. Quizá por ello el excesivo celo patriótico del régimen franquista evitó la distribución de su primera edición en castellano en 1961. Este libro lo conforman treinta y cuatro "escenas históricas" que articulan una ágil narración que se ha considerado un verdadero ejemplo de relato ameno sin detrimento del rigor documental. Esta cualidad le valió una mención en los premios Pulitzer.





Garrett Mattingly

# La Armada Invencible

**ePub r1.0**
**Titivillus** 25.11.2018

**EDICIÓN DIGITAL**

Título original: *The Defeat of the Spanish Armada*
Garrett Mattingly, 1959
Traducción: Jorge Argente

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0
Edición digital: epublibre, 2018
Conversión a pdf: FS, 2018






Índice de contenido

Prólogo a la edición española
Prólogo a la edición inglesa
SOBRE EL CALENDARIO
SOBRE LOS BARCOS Y SUS CAÑONES
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Nota general de las fuentes de información
Sobre el autor
Notas

*A Ruth y Edward Mack*

# Prólogo a la edición española

No deja de ser curioso que el episodio de la Gran Armada de 1588 haya resultado durante tanto tiempo un tema tan poco grato de tratar para la historiografía española. Consecuentemente, la bibliografía inglesa sobre la «Invencible» es mucho más abundante. Durante bastantes años se vino considerando aquella derrota como un punto de inflexión en el reinado de Felipe II que marcaba el final de la etapa de indiscutible hegemonía hispana, como la bisagra que abría paso a otra época más dolorosa, de menor esplendor, en la que el Imperio de los Habsburgo españoles comenzaba a ser vapuleado por el resto de las potencias europeas. Símbolo del momento culminante en el enfrentamiento entre Inglaterra y España en la segunda mitad del siglo XVI, la propia denominación que se ha venido utilizando para designar aquel desdichado episodio revela por sí misma el grado en que el sentimiento nacionalista, herido en un lado y exacerbado en otro, ha venido interfiriendo en las diversas interpretaciones que se han hecho de los sucesos de 1588: mientras que los españoles adoptamos con docilidad el epíteto de «Invencible» que sarcásticamente acuñaran los partidarios de la Leyenda Negra, en la historiografía inglesa se le reserva con exclusividad y de forma un tanto altisonante el sustantivo «the Armada», como si aquél hubiera sido el único y definitivo enfrentamiento naval

ocurrido entre ambas potencias a lo largo de toda la historia.

Quizás es por esto, por lo que en 1961 fue tan mal acogida en España la versión castellana de la obra de Garrett Mattingly, *The Defeat of the Spanish Armada*, publicada en Estados Unidos dos años antes[1]. Ni la precaución del editor por ocultar a los lectores el título original de la obra —reduciéndolo púdicamente a *The Armada*—, ni su traducción como *La Armada Invencible* lograron evitar el que la censura prohibiera tajantemente su distribución en España. Y eso que en el prólogo de esta primera —y frustrada— edición castellana se podían leer advertencias tan pintorescas como ésta:

«El lector español no debe olvidar que el autor de este libro es de religión protestante y como tal, adversario nato de la imperial y católica política de nuestros grandes monarcas de la casa de Austria»[2].

Probablemente ésta no pasaría de ser una de tantas anécdotas sin trascendencia sobre la censura del franquismo, que en nada se correspondía con la postura adoptada por la mayoría de los historiadores españoles de la época —mucho más honrada y profesional—, de no ser porque el vacío existente por aquel entonces en nuestra historiografía sobre el terreno de la Invencible es relativamente grave —sobre todo si lo comparamos con la abundancia de estudios realizados sobre otros episodios navales más felices, como pudiera ser Lepanto. Fue quizá la inflación de la historiografía nacionalista —con ribetes de añoranza imperial— que se produjo en los años de nuestra posguerra lo que provocó como reacción cierto repelús entre las generaciones de jóvenes investigadores a insistir sobre los tópicos más manidos y espinosos de

nuestro pasado imperial. Cuando en 1959 apareció el estudio de Mattingly, hacía casi setenta y cinco años que Fernández Duro publicara su obra *La Armada Invencible*[3]. Unos treinta desde que Herrera Oria editara una colección documental con el mismo título[4] y alrededor de un par de años antes únicamente el duque de Maura había dado a la luz *El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible*[5]. Poco más se podría rastrear de interés en la historiografía española de aquella época sobre el tema de la Armada de 1588.

La historiografía anglosajona, en cambio, era y sigue siendo bastante más copiosa. Para empezar, casi todas las fuentes documentales inglesas relativas a la Invencible —al contrario que las españolas— se encuentran publicadas en los *Calendars of State Papers* en sus diversas series: Irlanda, Escocia, Asuntos Interiores y Exteriores y se complementan con otras colecciones como la de Laughton[6] o Corbett[7]. Es quizá debido a esta gran cantidad de documentación publicada por lo que durante mucho tiempo la mayoría de los estudios ingleses sobre la Armada utilizaron una vez tras otra las mismas fuentes; como apuntara el profesor G. Parker al respecto: «yo, algunas veces tengo la impresión de que, aunque las cartas se den de diferente manera, siempre se trata de las mismas cartas». Afortunadamente, los británicos han podido disponer recientemente de los restos de cinco barcos de la Armada —el Gran Grifón, el San Juan de Sicilia, la Girona, la Santa María de la Rosa y la Trinidad Valencera—[8], lo que les ha permitido estudiar aspectos tan importantes como la técnica de construcción naval de diversas embarcaciones o la calidad y número de la artillería empleada en la Armada, temas fundamentales en las líneas de investigación más actuales sobre el poder

naval de las potencias europeas en los siglos modernos[9]. Esta ampliación temática, unida al trabajo de revisión sistemática de las fuentes clásicas británicas y españolas, ha dado lugar a que se publiquen en Inglaterra más de medio centenar de títulos durante los últimos veinticinco años, con obras tan conseguidas como *The Sea farers: the Armada,* dirigida recientemente por Bryce Walker[10].

Estas últimas aportaciones hacen quizá que la obra de Mattingly pueda acusar el paso del tiempo en algunos aspectos, pero su indiscutible calidad sigue aconsejando el que se reedite periódicamente en varios idiomas. En primer lugar, hay que tener en cuenta que ya en el momento de su aparición *The Defeat of the Spanish Armada* constituyó una novedad importante en el ámbito de la historiografía anglosajona. Su afán por realizar una síntesis lo más rica y completa posible del tema le llevó a su autor no sólo a trabajar en diversos archivos europeos hasta entonces poco explotados —como eran los de los pequeños estados italianos de Florencia, Tormo, Roma o Parma—, sino también a manejar un volumen de fuentes documentales y bibliográficas francamente respetable. Mattingly, además, era ante todo un espléndido narrador capaz de enfrascar y apasionar en la lectura de sus libros tanto al historiador profesional como al simple aficionado, como lo demostró con esa secuencia de «escenas históricas» —como él las llamaba— que componen *The Defeat of the Spanish Armada,* que se suceden desde la ejecución de María Estuardo, en *Fotheringhay* el 18 de febrero de 1587, hasta los meses siguientes al regreso a la península de los maltrechos restos de la flota de Medinasidonia. Con una imparcialidad de criterios, difícil de encontrar en otros autores, Mattingly se constituyó desde aquel momento en uno de los cronistas más

sensatos y veraces de los avatares en las relaciones anglo-españolas del Quinientos.

Quizá, lo que más podamos echar de menos en algunas ocasiones en la obra de Mattingly, sea la superación de los planteamientos estrictamente políticos o religiosos de los problemas que en ella se abordan, en favor de otros de carácter económico o social menos conocidos. Hoy en día ya nadie se atrevería a escribir sobre la derrota de la Armada Invencible como de un suceso fatal e inevitable, propiciado por el desequilibrio mental o emocional de un rey anciano, encerrado en los claustros de El Escorial y aquejado de megalomanía y fanatismo religioso. La propia historiografía anglosajona ha tenido que reconocer la viabilidad del proyecto de invasión de Inglaterra puesto en marcha por España en 1588 —aunque sus consecuencias son difíciles de desentrañar[11] así como el fabuloso dispositivo bélico que supuso para su época aquella gigantesca máquina militar. Pero, además, cuando Felipe II se decidió a lanzar sus barcos contra los ingleses no estaba tan distante de los deseos o de los sentimientos de sus súbditos como pudiera creerse. Por el contrario, éstos ansiaban ver de una vez solucionado el engorroso problema inglés y la sublevación de los Países Bajos; la clase naviera y mercantil, sobre todo, que en los últimos quince o veinte años había visto sus intereses en el comercio europeo y americano seriamente amenazados, esperaba que un golpe mortal contra el enemigo haría desaparecer el peligro del Océano y convertiría de nuevo las aguas del Canal de la Mancha y del Mar del Norte en rutas transitables para los mercantes peninsulares[12]. Por desgracia, aquellas esperanzas fueron defraudadas y, si bien la derrota de la Invencible contribuyó a que Felipe II se convenciera de la necesidad de instalar en el Océano

una fuerza armada permanente al servicio de la corona[13], el golpe para la marina mercante española fue muy duro. No sólo por la pérdida de hombres y navíos que representó aquella aventura, sino también por el recrudecimiento del corso y la piratería protestantes que se siguió a partir de 1589-1590 y se dilató por espacio de una década. El convencimiento de que la guerra en el Océano iba a alargarse hizo que hasta la propia corona cobrase interés por promover las correrías de corsarios españoles contra los navíos enemigos, pero aunque esta actitud indique un cambio favorable en la política naval castellana, con una mayor flexibilidad en sus planteamientos, la guerra de corso, a la larga, no hizo sino agudizar los efectos destructores sobre el comercio nacional.

En la Carrera de Indias, que fue al fin y al cabo la ruta mercantil que menos padeció a causa de la Invencible, las consecuencias de la presión ejercida en el Océano por las ofensivas de la marina inglesa durante la última década del siglo XVI no fueron especialmente graves. Desde el punto de vista de la guerra naval no sucedió nada irreparable: los galeones fueron bien defendidos y ninguna de las grandes flotas interceptada. Desde el punto de vista del botín —que es el que más clásicamente se relaciona con el corso—, las consecuencias fueron algo más graves: el profesor Parker evalúa las ganancias de los corsarios entre medio millón y un millón de ducados anuales[14]. Pero para Michel Morineau la trascendencia económica de lo que él acertadamente denomina el «efecto Drake» reside en un aspecto más sutil, menos tenido en cuenta y, sin embargo, mucho más pernicioso que los anteriores: el retraso en la llegada a la Península de la flota cargada de metales preciosos. Se produjeron así

en determinados años —1594, 1597— graves crisis financieras que afectaron a toda la Monarquía, paradójicamente además en medio de un período de clara abundancia de plata: cese del flujo argentífero, inmovilización de capitales, detención de los pagos en las ferias, cédulas de seguros sin cobrar, dificultad para transmitir fondos a los Países Bajos, *etc.* Crisis que no resultaban de un descenso en la producción de plata, ni de la captura de tesoros a gran escala, sino del retraso de las flotas: «el oro y la plata llegaron en cantidades jamás vistas —escribe Morineau—, pero demasiado tarde y, por ello, insuficientes»[15].

En el escenario europeo no cabe duda de que la acción de los corsarios ingleses, holandeses y franceses sobre el litoral peninsular y las aguas del Canal de la Mancha tuvieron un efecto desastroso sobre la navegación mercantil española. Es cierto que en el aspecto militar, aunque no se consiguió romper el bloqueo que Inglaterra y Holanda venían ejerciendo sobre la navegación española, al menos tampoco se produjo una disminución apreciable en el poder de la Armada: durante otros diez años Felipe II pudo continuar enviando sus barcos a luchar contra los elementos. Pero la actividad comercial de los mercantes españoles —de quienes se requirió además una participación mucho más frecuente en las armadas reales— sufrió una nueva contracción y, si el volumen de los intercambios entre el Norte y Mediodía continuó manteniéndose en unos niveles aceptables, fue gracias a la canalización de la práctica totalidad del comercio exterior castellano a través de los transportistas extranjeros —en primer lugar, los holandeses—[16]. Durante la última década del siglo XVI se desarrolla en los mares septentrionales europeos una dura contienda entre

dos grandes bloques: el anglo-holandés y el hispano-hanseático, siempre con una clara ventaja para el primero. En los años inmediatos a la Invencible, Inglaterra, preocupada por la posible reconstrucción del poder naval español, se obstinará en tratar de obstaculizar a toda costa la llegada hasta la Península de los cargamentos de bastimentos navales o de grano que los hanseáticos traían desde el Báltico. Para las Provincias Unidas, en cambio, el problema era más espinoso. Los navieros y comerciantes de Holanda y Zelanda estaban habituados a vivir, precisamente, del transporte de mercancías entre el Báltico y el Mar del Norte, de un lado, y la península ibérica y el litoral mediterráneo, de otro, actividad que nunca había cesado a pesar de la sublevación contra la monarquía de Felipe II. Es por esto que les resultaba imposible abandonar el comercio con los territorios hispánicos, igual que a éstos prescindir de los navíos rebeldes: eran los «enemigos complementarios».

Así pues, la situación que se originó después de la Gran Armada de 1588 no difería demasiado de la existente unos años antes, salvo quizá por un mayor grado de crispación. La Invencible —aunque fue un episodio insólito, que puso de manifiesto las deficiencias estructurales del poder naval español—, no provocó por sí misma ningún cambio trascendental en el panorama político y militar de finales del siglo XVI —ninguno, al menos, que no estuviera decidido con anterioridad. Inglaterra no consiguió dominar los mares hasta casi un siglo después; Holanda y España continuaron combatiendo en una guerra estéril todavía durante algunas décadas y Francia tardó en salir del abismo en que la habían hundido las guerras civiles de religión. Mattingly ha sabido entrever, sin embargo, un hecho sustancial: la significación que con el tiempo fue

cobrando la Invencible en el inconsciente colectivo de quienes participaron o fueron testigos de aquel acontecimiento:

«Mientras tanto el episodio de la Armada, al diluirse en el pasado ha influido en la historia en otro sentido. Su leyenda, engrandecida y falseada por una dorada niebla, se convirtió en heroica apología de la defensa de la libertad contra la tiranía, mito eterno de la victoria del débil sobre el fuerte, triunfo de David sobre Goliat… Precisamente por esto, la leyenda de la derrota de la armada española llegó a ser tan importante como el hecho en sí. Y hasta quizás más importante aún».

Estamos ya a muy pocos años de que se celebre el cuarto centenario de «la empresa de Inglaterra», la Gran Armada de 1588. Posiblemente nos corresponda ahora a los españoles bucear en nuestro propio pasado y reflexionar sobre él. Existen en nuestros archivos sobradas fuentes documentales todavía inéditas para emprender ambiciosos programas de investigación sobre la Invencible y sobre la España de finales del siglo XVI. Sólo si llevamos a cabo este esfuerzo, la leyenda pueda entonces transformarse en Historia.

CARLOS GÓMEZ-CENTURIÓN

Madrid, octubre 1985

# Prólogo a la edición inglesa

La idea de escribir un libro sobre la derrota de la Armada española se me ocurrió por primera vez —como seguramente aconteció a otros— en junio de 1940, cuando los ojos del mundo entero se volvían de nuevo hacia las costas de Inglaterra y los mares que las rodean. Si la idea me sedujo pese a todo cuanto ya se ha escrito sobre el tema, fue por creer que podía ser interesante situar la narración de la campaña naval en la anchurosa contextura europea que fue una vez su escenario, pero de donde, en los tranquilos años anteriores a 1914, iba alejándose más cada día. Para las mentes formadas por A. T. Mahan[17] y los teóricos del Imperio, lo que importaba en 1588 era el control de los océanos, la oportunidad de explotar las rutas recién descubiertas de América y Asia. Para estas mentes resultaba racional y justo que se luchase por intereses económicos, pero absurdo y casi horrible combatir por el relativo valor de unas formas de pensamiento dispares.

Los hombres de 1588 no opinaban así. Para ellos, el choque de las escuadras inglesa y española en el Canal fue el principio de Armagedón, una definitiva lucha a muerte entre las fuerzas del bien y del mal. Cuál era el bando bueno y cuál el malo dependía naturalmente de la posición adoptada, pero por toda Europa la línea de conducta estaba ya definida, y aunque la mayoría de las

naciones fuese técnicamente no-beligerante, en el fondo no existía tal neutralidad. Toda Europa estaba en suspenso observando el desarrollo de la batalla, pues intuía que de su resultado dependía no sólo el destino de Inglaterra, Escocia, Francia y los Países Bajos, sino el de toda la Cristiandad. Las guerras ideológicas son guerras revolucionarias que fácilmente trascienden los límites fronterizos y siempre, al menos en intención y en la imaginación de los hombres que en ellas intervienen, guerras totales. Era más fácil apreciar este punto de vista en 1940 de lo que pudo ser, digamos, en 1890.

En 1940 yo pensaba escribir un libro reducido basado en los informes más corrientes y destinado principalmente a destacar los diversos hechos que dependían —o sea creía pudieran depender— del éxito del primer intento español de invadir Inglaterra, primer esfuerzo realizado por potencias militares continentales para establecer una hegemonía europea, convertido por la historia moderna en forma periódica. Antes de que mi trabajo adelantase mucho se produjeron otros acontecimientos y cuando pude reemprenderlo había adquirido algunos conocimientos (no considerables, pero sí mayores de lo que yo suponía pudiera alcanzar un historiador sedentario y de mediana edad) sobre determinados aspectos de las operaciones navales y anfibias y también de las aguas donde navegó la Armada.

En cuanto pude pensar nuevamente en ella y aunque ya no me parecía urgente dedicarle un libro inmediato, seguía seduciéndome la idea de escribir otro, una obra que presentase tal campaña naval no como un duelo entre España e Inglaterra, sino como el foco de la primera gran crisis internacional de la moderna historia. Como no había prisa decidí empezar de nuevo, pero esta vez

apoyándome en las fuentes de origen, archivos y documentos, y visitando una o más veces, tantas como pudiera, los lugares de que deseaba hablar, no por considerar más puros estos procedimientos, ni siquiera por creer que me aguardaban descubrimientos asombrosos, sino porque es así precisamente como me gusta trabajar. Por otra parte, la brillante serie de artículos del profesor Michael Lewis en el *Marineas Mirror*, «Cañones de la Armada» (vols. XXVIII-XXIX, 1942-1943) me demostró que, evidentemente, una mirada nueva y unos documentos recientes serían para el dominio público prueba excelente que condujera a una también nueva y significativa interpretación. Los manuscritos de mi amigo Bernard DeVoto *El año de la decisión* (1943) y *A través del ancho Missouri* que empecé a leer casi inmediatamente después de quitarme el uniforme, me situaron ante el dilema de si sería posible reconstruir el siglo XVI en una serie de escenas de conexión histórica, aunque sólo consiguiese hacerlas la mitad de reales que las evocadas por DeVoto en su historia de las rocosas montañas del Oeste.

Por fin, no descubrí novedades asombrosas, pero husmeando en documentos inéditos y volviendo a examinar los ya publicados, pude hacerme con nuevos datos que debilitaban unos puntos de vista ya aceptados aunque corroborasen otros. Dicho trabajo preparatorio me proporcionaba, de vez en cuando, una frase resonante y expansiva, una imagen visual completa con que prestar más vida a la leyenda familiar. Así pues, aunque mi versión esté de acuerdo, en lo básico, con la generalmente aceptada en literatura, espero haberla dotado con suficientes recursos de énfasis y detalles originales para que no parezca del todo vulgar.

Como quiera que mi obra no va destinada a los especializados sino al público en general interesado por la historia, no hay en ella «notas de autor». Pero si por azar alguien que se interese por la época, sintiera al volver las páginas algo de curiosidad por el fundamento de tal o cual criterio o aserto, debo decir que he incluido un apéndice con la relación de los documentos y libros que me ayudaron en mi tarea, con unas breves notas sobre la fuente principal de cada uno de los capítulos y referencia especial a los puntos de vista que difieren de los ya generalmente aceptados.

En el examen de los archivos me ayudó mucho una beca Fullbright de investigación y dos permisos de la Fundación John Simon Guggenheim. Ruego a los muchos bibliotecarios, conservadores de museos y archiveros de Inglaterra, Europa y Estados Unidos a quienes, sin reparos de ninguna clase, recurrí en busca de ayuda, me excusen si no detallo el nombre de todos al darles las gracias. No puedo olvidar, en agradecida y especial mención, al Dr. Ricardo Magdalena y sus empleados del Archivo General de Simancas por sus bondades para conmigo y mis alumnos; al Dr. Louis B. Wright y sus empleados de la Biblioteca Folger Shakespeare, por su amable colaboración. El cordial interés, los ánimos que me infundieron el vicealmirante J. T. Furstwer, y la ilimitada generosidad con que el profesor T. H. Milo de la Universidad de Leiden, puso a mi disposición todo su gran conocimiento en materia de historia de la flota holandesa, que hicieron mi corta estancia en Holanda mucho más fructífera de lo que de otro modo hubiese sido. Mis amigos Ida y Leo Gershoy leyeron la mayor parte del manuscrito ayudándome con útiles sugerencias, y Edward Mack repasó cuidadosamente cada línea del mismo, como

hizo con todo cuanto he escrito en los últimos treinta años. *Mr.* Charles H. Carter examinó también el manuscrito entero ayudándome a preparar el índice. Estoy en deuda con el Departamento de Corrientes y Mareas de la costa de los EE. UU. y el de Reconocimiento Geodésico, por una tabla de mareas, con mi colega, profesor Jan Schilt, del Departamento de Astronomía de la Universidad de Columbia, y con el Dr. Hugh Rice, del «Hayden Planetarium», por su ayuda adicional en los pequeños rompecabezas que forman los cielos, las mareas y las periódicas corrientes del Canal. En cada etapa de investigación, lo mismo que al redactar el texto, la ayuda de mi esposa ha sido para mí algo tan lógico, que creo, igual que siempre, que el libro es tan suyo como mío.

G. M.

## Sobre el calendario

Las fechas que en el libro aparecen son —salvo en aquellos casos donde se hace constar lo contrario— según el «Nuevo Estilo», es decir, de acuerdo con el calendario gregoriano que hoy todo el mundo emplea y el cual, aunque proclamado por el Papa Gregorio XIII en 1582, usaba ya la mayoría de los países de la Europa occidental en 1587. Inglaterra, naturalmente, difería. Con su obstinada tendencia conservadora, los ingleses se resistieron a la innovación y su equinoccio invernal continuó siendo, durante más de un siglo, el 11 de marzo, y no el 21 del mismo mes como al otro lado del Canal. Por consiguiente, los historiadores ingleses suelen afirmar que la batalla del primer día entre las escuadras española e inglesa ocurrió el 21 de julio de 1588, mientras los españoles afirman que fue el 31 del mismo mes.

Así pues, cualquier historiador que escriba sobre acontecimientos ingleses y también continentales se encuentra ante un dilema. Hubo quien lo evitó escribiendo las fechas de este modo: 21/31 de julio; pero la mayor parte de la gente encuentra que las fechas son en sí mismas harto repulsivas sin que se las disfrace de quebrados. En consecuencia, puesto que en este relato se narran hechos cuya secuencia, tanto en Inglaterra como en el Continente, es a menudo importante, y moverse de continuo entre dos calendarios fuera demasiado confuso,

tuve que escoger entre el antiguo estilo y el nuevo. Me decidí por este último, pues corresponde a la actual estación y diez días de diferencia en alguna época del año pueden influir en la claridad diurna y la clase de tiempo que es dable esperar. Los lectores que se sientan molestos ante el hecho de que lo ocurrido en Inglaterra sea medido en fechas por el sistema continental podrán recuperar la tradición restando diez días. Los días de la semana, por supuesto, eran los mismos. El domingo siempre fue domingo, tanto en Roma como en Londres.

## SOBRE LOS BARCOS Y SUS CAÑONES

Aunque la campaña de la Armada movilizó, en ambos lados beligerantes, toda clase de barcos conocidos en Europa —una confusa variedad de tipos con una aún más confusa variedad de nombres—, resulta posible describirlos por categorías razonablemente sencillas.

El galeón era el tipo de nave de combate más común en aguas del Atlántico. Solía disponer de dos cubiertas de proa a popa con las baterías principales dispuestas en los costados y las piezas ligeras de tiro rápido en los castillos de proa y popa. Los galeones eran más largos, estrechos y de línea de flotación más baja que los mercantes de igual tonelaje, aunque todavía pesados y de gran calidad en su construcción, según los más recientes cánones.

Los mercantes armados complementaban a los galeones en la línea de combate. Aquellos que desplazaban unas trescientas toneladas (inglesas) o más y que podían, por lo tanto, llevar instaladas culebrinas e incluso cañones de mediano calibre, eran considerados corrientemente como grandes buques. Los barcos ingleses más formidables dentro de esta categoría —los de la *Levant Company*— eran rápidos, de maniobra fácil, y llevaban baterías pesadas para rechazar a los corsarios, de manera que algunas veces sus adversarios peninsulares los tomaban por galeones. Los más grandes barcos mercantes del Mediterráneo, las carracas, de proa grande y saliente, con

castillos de popa y hondas bodegas, disponían en algún caso de tres puentes como las embarcaciones que empleaban los portugueses para el comercio con las Indias Orientales. Las carracas del Báltico —llamadas *urcas*— no eran, generalmente, tan grandes como las otras carracas, ni estaban tan bien construidas, pero por su forma de cubeta resultaban muy seguras en el mar, y espaciosas, aunque más lentas y pesadas que las otras.

Las pequeñas embarcaciones destinadas a reconocimiento, avisos y servicio costero eran llamadas pinazas por los ingleses, fuese cual fuese su jarcia. He empleado el mismo término para esa clase de embarcaciones en ambas flotas. Los españoles las clasificaban por orden de tamaño, de mayor a menor, en *zabras, fragatas* y *patajes* o *pataches.* Todas ellas tenían, al igual que las pinazas inglesas, línea de flotación baja y eran más rápidas y manejables que las grandes naves; en caso de necesidad podían igualmente avanzar a remo. Además de las pinazas, cada una de ellas con mando propio, ambas flotas denominaban con igual nombre a los botes de sus grandes barcos de guerra que eran remolcados a popa o iban instalados sobre los puentes y que por tanto no figuraban en nómina por carecer de dotación.

Las cárabas, las carabelas y las galeotas eran pequeñas embarcaciones de otro tipo para navegación costera que ocasionalmente se empleaban en la guerra. Por regla general tenían aparejo de velas auriacas. Las cárabas y las galeotas eran, con frecuencia, remolcadas.

Las galeras y galeazas eran buques de guerra exclusivamente. Navegaban a vela, pero en el combate usaban los remos. La galera era larga, estrecha, con línea de flotación baja e iba equipada con escaso armamento. La

galeaza era un intento de combinar la rapidez de la galera con la fuerza artillera y el radio de acción en el mar de los galeones. El éxito no fue total, pero sí se consiguieron unos navíos formidables. Las galeazas de Nápoles que acompañaban a la Armada disponían de cincuenta cañones cada una, muy grandes algunos, y contaban con una dotación de trescientos marineros y soldados, más trescientos remeros.

Los cañones del siglo XVI son todavía más numerosos que los barcos. Tanto los pesados «para destruir embarcaciones» —con carga por la boca— de las principales baterías, como los pequeños «para destruir hombres» —con carga por la culata— estaban divididos en tres tipos: *Pot-guns*, muy cortos y gruesos, como el *perrier*, antecesores del mortero, con cuyo nombre fue denominado alguno de ellos; la familia del cañón propiamente dicho, fornidas piezas de longitud media entre las cuales era la principal el semicañón, monstruo rechoncho, de nueve pies de longitud con diámetro de seis pulgadas, que lanzaba una bala redonda de treinta y dos libras, en línea recta, tal vez a quinientas yardas, antecesor de la carroñada del siglo XVIII, y la familia de la culebrina, antecesora de los cañones largos del siglo XVIII.

Los teóricos afirman, a menudo, que la culebrina podía lanzar una bala de 18 libras, y la semiculebrina una de la mitad de este peso, en línea recta, a una distancia de 700 yardas, y al azar (alcance extremo) hasta casi a dos millas. Así, los barcos «a disparo largo de culebrina» estaban a poco menos de dos millas uno de otro y los distantes «a medio disparo de culebrina», separados por unas 350 yardas, aproximadamente. De hecho, todo esto viene modificado por la gran diferencia existente en ánima, calibre, peso y ejecución de los cañones llamados

culebrinas y semiculebrinas, y modificado además por la fantástica variedad de pesos y medidas del siglo XVI y la desenfadada inexactitud de la mayor parte de historiadores. Así, un experto en balística tal vez afirme que una culebrina de tal y tal dimensión lanzaría una bala de nueve libras a 2.500 pasos, sin saber exactamente lo que quiere significar con un paso o una libra, e ignorando si el extranjero cuyas declaraciones ha copiado (los teóricos siempre se copian los unos a los otros) empleaba un sistema de medidas igual o distinto al suyo. El profesor Michael Lewis resume la situación diciendo que nuestra información acerca de los cañones de la Armada es muy relativa.

# SE LEVANTA EL TELÓN

Fotheringhay, 18 de febrero de 1587

## CAPÍTULO I

Hasta el domingo por la noche no se presentó Beale con la correspondiente orden de ejecución, pero el miércoles por la mañana, antes de que la luz del amanecer penetrase por sus grandes ventanales, el gran salón de Fotheringhay estaba dispuesto. Aunque el conde de Shrewsbury había regresado solo el día anterior, nadie deseaba más retrasos. Nadie sabía qué mensajero a caballo podía avanzar en aquellos momentos por la carretera de Londres. Nadie sabía quién, entre todos ellos, acabaría por flaquear si transcurría un solo día más.

El mobiliario habitual completo había sido retirado del salón. En el centro de la pared más larga, un enorme fuego de leños encendidos en la chimenea intentaba hacer frente al frío reinante. En el último extremo del recinto se había levantado una pequeña plataforma —como de teatro ambulante en miniatura— que sobresalía unos cuatro metros de la pared con dos y medio de ancho y menos de medio metro de altura. Un par de peldaños a un lado facilitaba la subida y la madera tierna del andamiaje había sido, púdicamente, recubierta de terciopelo negro. Sobre la plataforma y hacia la parte de los peldaños se había colocado una silla de alto respaldo revestida también de

negro y a corta distancia, frente a ésta, un cojín de igual color. Junto al cojín y sobresaliendo en algo su altura había un tosco tajo de madera —como los usados en la cocina— mal oculto por el terciopelo. A las siete de la mañana los organizadores, satisfechos, dieron por terminada su labor; los subordinados del alguacil mayor, haciendo esfuerzos por aparecer marciales con sus morriones, sus petos y las muy erguidas alabardas, ocuparon sus puestos y el público seleccionado —unas doscientas personas entre nobles y caballeros del contorno—, perentoriamente citado para hora tan temprana, fue invadiendo el salón.

La estrella principal se hizo esperar más de tres horas. En los casi treinta años transcurridos desde que contrajo matrimonio con el futuro rey de Francia en la brillante y disoluta corte de las orillas del Loire, fracasó repentinamente en aprender algunas importantes lecciones de política, pero sí aprendió a dominar perfectamente una escena. Entró por una pequeña puerta lateral y antes de que nadie lo advirtiese, ya estaba en el salón, camino del estrado, con seis damas de su séquito avanzando de dos en dos tras ella, ajena a los rumores y a la agitación del público que se inclinaba hacia delante para verla, ajena, al parecer, a la presencia del oficial en cuyo brazo apoyaba su mano, avanzando —en opinión de alguna alma piadosa— tan tranquila como si se dirigiese a practicar sus preces. Sólo por un instante, al subir los peldaños, antes de desplomarse sobre la silla revestida de negro, pareció necesitar el brazo que la sostenía; si le temblaron las manos antes de cruzarlas sobre su regazo, nadie lo advirtió. Después y como si se diera cuenta de las aclamaciones de una multitud —aunque en la sala reinaba

gran silencio— miró por vez primera a su auditorio y esbozó —en opinión de alguien— una sonrisa.

Sobre el fondo de negro terciopelo del estrado y la silla, su figura, envuelta también en negro terciopelo, casi se perdía. La luz grisácea del día invernal apagaba el brillo de sus manos blancas, el resplandor de oro claro en el pequeño pañuelo que cubría parte de su cabeza y el oro rojizo en las guedejas de cabello castaño que sobresalían bajo él. Pero el auditorio podía distinguir perfectamente el delicado volante de encaje blanco que rodeaba su garganta y por encima de ésta, como un blanco pétalo en forma de corazón sobre lo oscuro, el rostro con sus grandes ojos negros y su pequeña boca de pensativa expresión. Esta era la mujer por quien murió Rizzio y también aquel loco joven llamado Darnley, y Huntly y Norfolk y Babington y algunos miles más, cuyos nombres se ignoran, por páramos y patíbulos del norte. Esta era la mujer cuya leyenda fue como una espada suspendida sobre Inglaterra desde el día en que cruzó la frontera, seguida de otros jinetes, sus partidarios… La última princesa cautiva del romance, la reina viuda de Francia, la reina exiliada de Escocia, la heredera del trono inglés y (forzosamente tuvo que haber alguien entre el público que así pensase), si en aquellos momentos se le hubiese hecho justicia, la legítima soberana de Inglaterra. Era María Estuardo, reina de los escoceses. Por un momento hizo frente a todas las miradas; luego se hundió otra vez en la oscuridad de la silla, con sus ojos de grave y distraído mirar fijos en los jueces. Se daba por satisfecha sabiendo que el público sólo la miraba a ella.

Los condes de Kent y Shrewsbury que la acompañaban al entrar habían tomado asiento, sin que nadie lo advirtiese, en el lado opuesto. Beale, que estaba en pie, carraspeó

para aclararse la garganta e hizo crujir el pergamino de la orden de ejecución que tenía el deber de leer. Podía haberse ahorrado su nerviosismo. Es poco probable que alguien le escuchase. «… Obstinada desobediencia… Incitación a la rebeldía… contra la vida y la persona de Su sagrada Majestad…, alta traición…, muerte…». Nada en este texto podía resultar importante ni para María Estuardo ni para nadie en aquel salón. Todos sabían que no era la sentencia de un crimen, sino una nueva fase del combate político que venía existiendo —según recordaban muchos— desde siempre y que seguramente comenzó antes de que ninguna de las dos partes —ambas reinas enemigas— viniese al mundo. Sesenta años atrás se formaron los partidos: el de la antigua religión y el de la nueva y siempre, por capricho del azar, el uno o el otro y con frecuencia ambos, habían sido dirigidos por mujeres. Catalina de Aragón contra Ana Bolena, María Tudor contra Isabel Tudor, Isabel Tudor contra María de Lorena y desde entonces —desde hacía prácticamente treinta años — Isabel Tudor contra María Estuardo, la acusada, que ahora estaba sobre un cadalso. Los políticos más astutos podían preguntarse, extrañados, cómo se las compuso Inglaterra durante dos décadas para acoger a las dos enemigas predestinadas y conservar viva su existencia.

No importa lo que Isabel hiciera, María Estuardo había luchado, por supuesto, con todos los medios a su alcance, para destruir a su prima y para hundirla. En un duelo a muerte como era el de ambas, no podía hablarse de golpes bajos. Al serle arrebatadas las armas del poder, María Estuardo se valió de todas las fuerzas que son patrimonio del débil: mentiras, lágrimas, evasiones, amenazas, ruegos… y de las manos y vidas de cuantos hombres —cautivados por sus coronas, su belleza y su fe— conseguía

ganar para su causa. Todo lo cual se había convertido por fin en arma de dos filos que si bien ahora se clavaba en ella le había servido antes para infligir graves heridas y para mantener el reino de su prima en constante agitación, mejor aún desde su prisión inglesa que desde su trono de Escocia. Y aún tenía intención de descargar un golpe. Cuando Beale terminó de leer, le miró con tedio, alzando la barbilla.

El deán de Peterborough parecía aún más nervioso que Beale. María le dejó repetir por tres veces su agitado exordio antes de interrumpirle, tajante y despectiva, con un: «Voy a morir según he vivido, señor deán; en la verdadera y santa fe católica. Y todo cuanto podáis decirme sobre el particular será inútil; todos vuestros rezos servirán de muy poco».

Estaba segura de que esta arma nunca se volvería contra ella. La habían vigilado estrechamente en Fotheringhay, pero no tanto como para impedir que recibiese nuevas de los audaces individuos que, disfrazados, cautelosamente, entraban y salían de los puertos del Canal. Por ellos sabía que el Norte era católico y también el Oeste y que incluso en la propia plaza fuerte de la herejía, en los *Midlands* y en el propio Londres, cada día más y más personas se iban reintegrando a la vieja fe. Mientras que la heredera del trono era una católica con probabilidades de suceder, sin lucha, a su herética prima, varios millares de seguidores se mantuvieron en calma; pero ahora, si la hereje hacía asesinar a su ortodoxa sucesora se alzarían todos ellos, sin duda alguna, para barrer tanta iniquidad. Y había reyes católicos, allende los mares, capaces de vengar la muerte de la reina de Escocia aunque no lo fueron antes de defender su vida.

Que María fue católica ferviente es uno de los pocos datos de su vida que no pueden ser discutidos, pero para ella el profesar su fe no era bastante. El combate tenía que seguir. Todos debían saber que no sólo moría *en* su fe sino *por* su fe. Puede que no siempre hubiese estado a la altura de ella. Quizá con sus intrigas dudosas perjudicó al catolicismo más de lo que con sus prácticas piadosas lo ayudara. Ahora un relampagueante golpe de hacha terminaría para siempre con todo viejo error, acallaría el rumor de calumnias y su sangre clamaría venganza sobre sus enemigos con mucha más fuerza de la que jamás en la vida pudo desplegar su voz. Durante años hizo suyo el siguiente ambiguo lema: «Mi fin es mi principio». Con su martirio realizaría la amenaza y la promesa a la vez contenidas en aquél. Para lograrlo sólo tenía que representar bien la última escena.

Así pues, con el crucifijo en alto para que fuese visto en todo el amplio salón, desafiando a sus jueces, alzó su voz triunfante por encima de la del deán de Peterborough. Su voz, siempre más clara y alta que la del clérigo, dominó las vehementes preces inglesas con las misteriosas invocaciones de la vieja fe, y siguió resonando durante unos minutos después de que el clérigo dejara de hablar. Finalmente, María comenzó a rezar en inglés. Rezaba por el pueblo inglés y por el alma de su real prima; perdonaba a todos sus enemigos. Luego, por un momento, las damas de su séquito se ocuparon de ella. El traje de terciopelo negro cayó a sus pies dejando al descubierto su corpiño y enagua en seda carmesí. De pronto, al dar un paso hacia delante, su figura quedó sorprendentemente recortada sobre el fondo oscuro, en color de martirio, en rojo de sangre de la cabeza a los pies. Se arrodilló, despacio, inclinando el cuerpo sobre el reducido tajo de cocina: *«In*

*manus tuas, domine…»*. Dos veces resonó el monótono golpe del hacha.

Todavía quedaba una ceremonia que atender. El verdugo tenía que exhibir la cabeza de la víctima, pronunciando una frase de rigor. La sombría figura enmascarada se inclinó y volvió a alzarse gritando muy fuerte: «Viva la reina». Pero todo cuanto sostenía en la mano era un pequeño pañuelo prendido a una complicada peluca de color castaño. En el borde mismo de la plataforma, contraída, marchita y gris, con el reducido cráneo apenas cubierto por una pelusilla plateada, yacía la cabeza de la mártir. María Estuardo siempre había sabido dejar en ridículo a sus enemigos.

NOTAS

Hay un extenso número de relatos de la ejecución de María, reina de Escocia, que tienen alguna pretensión de verosimilitud, pero salvo el reportaje oficial firmado por Shrewsbury y sus asociados (Bod. Ashmole 830 fol. 18) y el Journal de Bourgoing impreso en *Marie Stuart* (1876) de R. Chantelauze, su procedencia y autenticidad y su relación mutua junto con los dos informes impresos más antiguos, *Mariae Stuartae… supplicium et mors* (Colonia, 1587) y *La Mort de la Royne d'Ecosse*, n. p., n. d. (París? 1587?) véase Jebb, *De Vita… Mariae*, vol. II, Londres, 1925), plantean serios problemas. Además del informe oficial y del de Bourgoing parece haber por lo menos cuatro testigos oculares, que si bien concuerdan en muchos detalles, difieren en otros. Algunos informes existentes dependen únicamente de una sola fuente, mientras otros proceden de una mezcla de varias de ellas. Por ej. Bod. Ashmole 830 fol. 13, Tanner 78; B. M. Landsdowne 51 fol. 46, Yelverton 31 fol. 545; *Aff. Et. Corresp. pol. Angleterre*,

XXII, fol. 471 (Châteauneuf), XX fol 454 (Bellièvre) (ambos impresos en Teulet, *Relations*, IV); *Bib. Nat. MSS. Fds. Fr.* 15890, fol. 27; Vat. *Francia* 21 Cf. Ellis, *Orig. Letters*, 2nd ser. III, 113 y M. M. Maxwell-Scott, *The Tragedy of Fotheringhay*, Apéndices. Podría decirse que dos de los testigos eran, por simpatía, protestantes, y los otros dos católicos, pero los pequeños detalles visuales en que difieren no parecen relacionarse con sus simpatías personales. Por ejemplo, el color de la ropa interior de María, se describe en varias ocasiones como «carmesí», «púrpura» y «un corpiño negro y enaguas marrones», algunas veces con «cintas escarlatas» y otras sin ellas. Sin duda la luz en el gran *hall* era mala, pero el último testigo debía ser ciego al color. He optado por el carmesí, no tanto porque se encuentra en los MSS más antiguos, más que ningún otro, sino porque si María tenía ropa interior carmesí (y sabemos que la tenía), creo que se la habría puesto.

# LA SENCILLEZ DE UNA CIUDAD

Londres, 19 de febrero de 1587

CAPÍTULO
II

Cuando llegó el mensajero de Fotheringhay se encendieron fogatas de aviso, y en Londres, al ser conocida la nueva, los ciudadanos echaron al vuelo campanas de gozo, dispararon salvas e iluminaron todas las calles. Una nube insoportable acababa de disiparse; un malestar inmenso había desaparecido para siempre. Toda la vida de María Estuardo llegó a convertirse en una amenaza para la de cada londinense, una amenaza para cuanto Inglaterra había conseguido poseer desde que Isabel subió al trono. Durante el último año, la voz pública que se había alzado pidiendo que María fuese ejecutada se convirtió en continuo clamor. Mientras María viviese no existía seguridad alguna.

Para empezar, la reina Isabel había cumplido últimamente cincuenta y tres años. Aun suponiendo que «el mejor partido del reino» tuviese aún pretendientes —en realidad, ninguno surgió después de Anjou— nadie podía siquiera suponer que Isabel llegase a engendrar hijos. Era la última de los Tudor. Su heredera, María Estuardo, con diez años menos que ella, gozaba de excelente salud. Los políticos podían ir barajando posibilidades para la Corona, pero no se ponían de acuerdo sobre ninguna y era poco probable

que llegaran a entenderse. Mientras María Estuardo viviese, tenía todas las posibilidades a su favor para ocupar el trono, e incluso los más acérrimos enemigos de María en el consejo de la reina, Leicester y Burghley, Hatton y Walsingham, se reservaban alguna oportunidad para pasarse a sus filas en caso de que la reina de Escocia sobreviviese a su soberana. Así pues, si los dirigentes más importantes del partido protestante consideraban prudente ofrece a María su posible lealtad, ¿no era lógico que otros hombres de menos categoría navegasen entre dos aguas y que los nobles y los caballeros del Norte, descontentos, confiasen en la restauración de la religión antigua, el triunfo sobre sus enemigos y el retomo a las viejas costumbres? Desde que Isabel subió al trono había surgido en Inglaterra un partido católico reaccionario apoyado en los rescoldos de las viejas prerrogativas feudales y del conservadurismo ocasionalmente alentado por las intrigas españolas y los padres misioneros. El derramamiento de sangre con que sofocó el gobierno el levantamiento del Norte había apagado la fuerza de la llama aunque sin destruirla. El hecho de que la heredera legítima del trono fuera católica constituía una secreta fuente de esperanza. Mientras María viviese, no se extinguiría el partido católico como potencia política de la oposición.

Incluso para aquellos londinenses que alegremente iban a misa en los tiempos de la anciana reina María —ahogando todo posible desagrado ante el humo de las hogueras de Smithfield— e incluso también para aquellos que volverían a acudir a misa sin demasiada resistencia en caso de que éste fuese el único camino de mantener su negocio y familia seguros y para los mismos campesinos libres e individuos de la nobleza menor que, pese a la

prosperidad gozada con el nuevo régimen, sentían añoranza por el antiguo, la existencia del partido católico era una terrible amenaza. Escocia había demostrado que era imposible para un estado protestante mantener a un católico en su trono, aunque la Iglesia no dependiese de la Corona, como en el caso de Inglaterra. Fuese cual fuere la verdad para la generación anterior —cuando la hija de Catalina de Aragón restauró el catolicismo en Inglaterra —, fuese cual fuere la verdad ahora en los lejanos confines del país, en aquel vigésimo noveno aniversario del reinado de Isabel el corazón y la fuerza de Inglaterra, es decir, los condados del Sur y del Este, las florecientes ciudades costeras y la misma gran ciudad de Londres, eran protestantes. Había demasiados señores y nobles comprometidos con su futuro político en la religión nueva; demasiados mercaderes y comerciantes que se ganaban la vida de manera que un cambio en la Iglesia gobernante les arruinaría sin remisión; demasiados hacendados y artesanos que oyeron en las iglesias vacías de imágenes a los predicadores formados en las aulas de Ginebra… Toda una generación había crecido nutriéndose en la Biblia inglesa, el Libro de Preces Comunes, de Cranmer, y el de los Mártires, de Foxe. Toda una generación había crecido educada en el odio y temor a los «papistas», los españoles y la dominación extranjera. Si María Estuardo subía al trono e intentaba restaurar la Iglesia católica —como sin duda alguna haría si era consecuente con su historia y con el carácter de quienes la rodeaban— estallarían no ya pequeñas rebeliones como la de Wyatt, sino amargas guerras religiosas que asolarían el país.

No era necesario que se explicase a los londinenses lo que podía ser una guerra civil. Durante cien años Inglaterra

había vivido obsesionada por el temor de que la falta de sucesión en la dinastía Tudor volviera a poner la Corona en juego para ser disputada por dos bandos, reproduciéndose aquella época de anarquía que conocemos con el nombre de «Guerra de las Dos Rosas». Pero la peor de aquellas luchas por un trono entre unos nobles —los de Lancaster y los de York— cuyas crónicas en verso y prosa gozaban de gran popularidad en escenarios y librerías, podía considerarse como simple riña callejera junto a los horrores de una guerra civil exacerbada por rivalidades religiosas. Lo ocurrido en Haarlem y en Amberes era conocido en todas partes. Y existía una multitud de comerciantes y refugiados dispuestos a referir a los ciudadanos de Londres cómo habían sido Brabante y Flandes veinte años atrás y cómo eran por aquellos días. Hombres ya maduros recordaban el terror que sintieron de niños al oír el relato de la noche de San Bartolomé, y no eran sólo los niños quienes habían sentido miedo. Los regueros de sangre en las calles de París, los cadáveres flotando en el Loire y la incendiada desolación de Normandía no eran simples chismes de mujeres. Si bien algunos de los mendigos cuyos lamentos conseguían vaciar algo la bolsa de los ciudadanos de bondadoso corazón sólo conocían, entre las prisiones de la Inquisición, la cárcel de Ipswich, las cicatrices y deformaciones de su rostro y cuerpo expresaban únicamente una pequeña parte de lo que había sido la realidad. En consecuencia, cuando los clérigos protestantes recordaban a sus feligreses que una tierra donde los ciudadanos negaban a sus legítimos gobernantes la autoridad que les correspondía, alzando sus espadas los unos contra los otros, era una tierra maldita, el auditorio apretaba los labios con firmeza y

asentía con torvos gestos de conformidad. Y cuando los fieles inclinaban la cabeza para rezar por la vida de Su muy Graciosa Majestad la Reina Isabel, había en la voz de todos una desesperada sinceridad.

El más profundo anhelo del turbado y dividido siglo XVI era el deseo de paz y unidad y el único símbolo eficaz que los hombres de la época hallaban para el mantenimiento del deseado orden social, era la persona de un monarca. Así, incluso la vida del príncipe más malvado era, según la mayoría de los clérigos, sagrada, y el deber de obediencia del pueblo, lógico, fuera como fuese el soberano. Gradualmente la definitiva lealtad en otro tiempo entregada a la Iglesia Universal fue transfiriéndose a los soberanos seculares, en proceso que terminaría con la entrega de esa lealtad a algo abstracto llamado posteriormente —cuando la humanidad así lo decidió— «estado nacional». La herética doctrina del derecho divino de los reyes quedó en entredicho, tanto en Inglaterra como en los demás países de Europa. El siglo XVI pertenecía a los monarcas.

En Inglaterra, no obstante, la doctrina general del derecho divino de los reyes se hallaba momentáneamente oscurecida debido a una razón puramente personal. Isabel de Inglaterra era, en opinión de todos los ingleses, un fénix singularísimo dentro de su especie, imposible de catalogar con los cánones corrientes. Y aún llevaban más razón de lo que ellos mismos pudieran suponer. Nunca ha existido en la historia nada parecido al período de cuarenta y cinco años de relaciones amorosas entre Isabel Tudor y el pueblo inglés. Es difícil, ahora, decir cómo empezó, o analizar todos los elementos que lo integraron, pero fue creciendo con los días hasta alcanzar tal grado de

sinceridad que no puede ser puesto en duda por muy retórica o por muy amanerada que hallemos su expresión.

Existía, sin duda, en ambas partes, vanidad, egoísmo y cálculo (elementos necesarios, probablemente, en una pasión). Si Isabel Tudor tenía que gobernar a Inglaterra —y estaba, como buena Tudor, decidida a hacerlo— necesitaba ganar el afecto de sus súbditos, pues sólo en este hecho se podía apoyar. Había subido a un trono que se tambaleaba. El tesoro estaba exhausto, la moneda desvalorizada, el pueblo en la miseria, abatido, dividido entre sí. El reino acababa justamente de perder su última plaza en el continente —Calais—, reliquia postrera de los Plantagenet gloriosos, y no podía negarse que habían sido derrotados por los franceses. Todos los síntomas de desintegración y desesperación que unos años más tarde sumirían en la anarquía a la vecina Francia se habían producido con fuerza aún mayor en Inglaterra. Humillaciones extranjeras y disensiones internas menos serias originaron un siglo atrás la llamada «Guerra de las dos Rosas». Inglaterra carecía de amigos o aliados en Europa; sólo tenía, en ella, un círculo de enemigos listos para dar el definitivo zarpazo al primer signo de desfallecimiento y sólo contenidos por la mutua desconfianza que reinaba entre ellos. Isabel, con menos derecho que sus antecesores, llegó hasta el vacilante trono para intentar la nunca conocida experiencia de gobernar ella sola. Ella, una mujer, una reina soltera. Tenía que defenderse del peligro extranjero, dominar a unos nobles ambiciosos, llenos de codicia, y a un pueblo que era, sin duda, el más tumultuoso y rebelde de Europa. Para todo lo cual sólo contaba con su ingenio de mujer.

En una época en que las monarquías se orientaban hacia eficaces despotismos centralizados, cuando el más débil de

los Valois podía burlar y engañar el patrimonio público, precisamente en el momento de su mayor flaqueza, Isabel tuvo que gobernar toda su vida mediante una constitución que los políticos teóricos del Continente habrían calificado —si estas palabras hubiesen existido— de «absurdo anacronismo feudal». Su poder, a lo largo de su vida, fue siempre dudoso y limitado; su renta personal inferior a la que se suponía retiraba Felipe II únicamente del ducado de Milán. Nunca poseyó un ejército permanente —exceptuando un grupo de decorativos guardias— ni tampoco policía, aparte de la formada por sus prácticamente independientes magistrados locales, y aunque en los años de más peligro, su secretario *Sir* Francis Walsingham, estableció para su protección lo que algunos historiadores han descrito asombrados como «omnipresente red de espías», esta impresionante red de contraespionaje, detenidamente estudiada, se reduce a unos pocos agentes de habilidad muy variable y mal pagados que se valían a su vez de informadores casuales, y cuya dirección corría a cargo de un simple amanuense que atendía además a mucha de la correspondencia ordinaria de Walsingham. El sistema —exceptuando la inteligencia de su dirección y el celo de alguna ayuda voluntaria— era apenas más importante y eficaz que el que usara cualquier embajador de primera clase para su propia información y, sin duda, los gobiernos de Venecia y Florencia habrían sonreído despectivamente, por creerlo inadecuado incluso como cuerpo de policía para una sola ciudad. Isabel Tudor carecía de medios para gobernar a los ingleses por la fuerza. Los gobernó, pues, con las mismas artes que emplea una mujer inteligente para dominar al hombre que ama.

Desde el principio cortejó a su pueblo, lo aduló, vivió para él. Para su pueblo procuraba estar hermosa, aunque un poco alejada, y rodeada de una brillante corte; por él se mostraba de pronto amable y asequible, emprendía anuales viajes por horribles carreteras recorriendo cientos de kilómetros para que muchos la contemplasen, resistía anualmente docenas de fastidiosos discursos en latín, asistía a estúpidos espectáculos campesinos, bailaba graciosamente en docenas de casas solariegas, y tenía siempre la palabra oportuna, la sonrisa justa para ganar el corazón de sus súbditos. Con seguro instinto hizo de sí misma la imagen de lo que ellos deseaban que fuese, lo mismo que una amante debe hacer. A menudo se mostraba orgullosa y autoritaria (una reina debe parecer una reina), sin olvidar, de vez en cuando, inquietarles, ponerles celosos. Alternaba los mimos con desplantes y en algunas ocasiones recibía los mejores y más sinceros consejos de sus súbditos, con hiriente desprecio, aconsejándoles que no se metiesen en los asuntos reales, alardeando de que podía perfectamente prescindir de su pueblo y su pueblo de ella no, suscitando alguna tempestad violenta para luego —como una amante— reconciliarse e inundarles con su alegría. En una palabra, siempre cuidó de no aburrirles, pero también de asegurarles, con la necesaria frecuencia para que ellos no lo olvidasen, que les amaba más que a nada en el mundo. Los límites entre la sinceridad y el fingimiento en su conducta son algo que no podrá precisar nunca un historiador, teniendo en cuenta que el propio Salomón se confesó desconcertado ante un problema mucho más sencillo.

Si no todo en la enamorada actitud de Isabel fue espontáneo, y si tenía razones preeminentes para

necesitar ganarse el amor de sus súbditos y mantenerlo vivo, no ignorando que sólo en ese factor descansaba su trono, el pueblo inglés, por su parte, tuvo ocasión de ir descubriendo, con los días, una creciente y sólida base de interés en que apoyar su leal entrega. En medio de una Europa desgarrada por las guerras civiles y extranjeras, los ingleses disfrutaban una tranquila paz. Ningún real cobrador de impuestos les robaba el fruto de su trabajo. Los precios se mantenían altos, los negocios eran buenos, el dinero abundaba, los beneficios podían invertirse confiadamente en la tierra, en la marina mercante y en la creciente producción de tejidos y metales en la cual Inglaterra por primera vez empezaba a ocupar importante papel en el mundo.

No había marchas militares por las calles, excepto las de aquellos soldados que volvían de luchar en tierras extranjeras y si alguien, de noche, llamaba a la puerta de una casa era siempre un vecino o el cartero. Cualquier hombre podía beber su cerveza en paz y tener las opiniones que desease —dentro de términos razonables, claro está— seguro de que una ocasional visita a la iglesia parroquial era todo cuanto la reina esperaba de él. En su conjunto, el gobierno de Isabel era el más benigno y suave que los ingleses podían recordar y la prosperidad de Inglaterra resaltaba en medio del desorden y oscuridad del mundo colindante.

Pero aunque los pueblos disfruten un gobierno que les grave con pocos impuestos y les deje casi en completa libertad, difícilmente sienten por tal motivo una apasionada devoción hacia sus gobernantes.

La coquetería, por supuesto, es un juego de a dos. Las protestas de afecto de los súbditos hacia su reina eran en

parte simple manifestación de los extravagantes convencionalismos de la época y en parte sólo un almibarado sistema de obtener ventajas personales. Sin embargo, a menos de que no hayamos sabido interpretar los manuscritos de aquel tiempo, existía algo más que un simple juego de intereses por ambas partes. Para los ingleses que sólo veían a su majestad sobre los hombros de una multitud cuando pasaba por las calles, Isabel era todavía «Gloriana», reina de las hadas, que derramaba sobre su isla y sobre ellos un dorado hechizo; el paladín viviente de Inglaterra, la encamación de algo soñado. Su virginidad míticamente guardada no era solamente garantía de su independencia con respecto a príncipes extranjeros y de seguridad en medio de las calamidades que asolaban otros países menos afortunados que el suyo, sino algo que la ligaba estrechamente a ellos.

Tampoco para Isabel pudo ser aquello un simple juego. Jamás conoció marido. No podía tener hijos. Cabe preguntarse hasta qué punto la pasión que sintió por su pueblo y la adoración con que éste correspondía pudo compensarla de cuanto perdió. Y ¿por qué la amaron los perfumados cortesanos, los señores rurales, los hacendados, los artesanos, los endurecidos hombres de mar y los rústicos campesinos? ¿Por qué mantuvo el país en la prosperidad y la paz o bien por qué sencillamente cuando ella, en el principio de su reinado confesó que nada —absolutamente nada en el mundo— le era tan precioso como el amor de sus súbditos, y cuando al final de su vida añadió: «Seguramente habéis tenido y podréis tener príncipes más poderosos y sabios, pero nunca tuvisteis ni tendréis a alguien que pueda amaros más que yo», sabían que estaban escuchando una verdad? Las

relaciones entre Isabel y su pueblo, como todos los grandes amores, guardan aún su secreto final.

Si la vida de María Estuardo sólo hubiese representado una amenaza de guerra civil para después de la muerte de Isabel, es posible que los ingleses hubiesen movido la cabeza de un lado para otro sin hacer nada más. Pero es el caso que cada año transcurrido desde que los escoceses pasaron el Tweed evidenciaba mejor el hecho de que la existencia de la heredera católica constituía una diaria amenaza para la vida de su reina. Cualquier demente o fanático, cualquier asesino a sueldo, podía acercarse a Isabel lo suficiente para atacarla con pistola o cuchillo —Isabel tenía fama de no cuidar su seguridad y de salir sin protección alguna— y toda la estructura del gobierno se vendría abajo. No habría Consejo, ni magistrados, ni oficiales de la corona (su autoridad desaparecería con la propia reina), ni autoridad para el castigo de los asesinos; es decir, no existiría autoridad alguna hasta que María Estuardo sucediese a su prima en el trono. De nada serviría que los católicos del reino condenasen, como los demás, el acto de violencia. Ni siquiera tendría importancia que María Estuardo lo aprobase o no. Un individuo desesperado, tentado por las posibilidades considerables del juego, podía cambiar el curso de la historia de Inglaterra.

Desde el levantamiento ocurrido en el Norte no habían cesado los complots y el rumor de ellos, pero la situación en tal sentido se había agudizado últimamente. Puede que en la ciudad se exagerase y también que el partido puritano del gobierno diese más importancia intencionalmente a las cosas, pero el peligro, no obstante, existía. Un mozalbete medio loco que alardeaba de querer matar a la reina fue detenido con una pistola en la mano a

unos cien metros de la soberana. Más tarde los documentos ocupados a Francis Throckmorton revelaron un amplio complot católico que incluía un levantamiento, la liberación de María, el asesinato de la reina y la invasión del reino por las tropas de los Guisa. Luego surgió William Parry declarando —a sangre fría— que Roma le había prometido la absolución completa y también muchos beneficios terrenales si mataba a la Reina, por cuyo único motivo estaba en el país. Inglaterra estaba aún temblando por el peligro evitado, cuando llegaron noticias de Delft anunciando que un tal Gerard, católico en secreto, había conseguido realizar el plan en que otros fracasaron, asesinando al príncipe de Orange en su propio domicilio. Y el príncipe de Orange era el segundo jefe de la causa protestante. La masa tuvo ocasión de rememorar el asesinato del almirante Coligny —ocurrido doce años atrás— que era por aquel entonces tercer miembro de un triunvirato de jefes protestantes. Ya solamente quedaba Isabel. Y de cuantos atentados se hicieran contra su vida, sólo una persona podría beneficiarse: precisamente, María Estuardo.

En aquel otoño, los nobles y principales caballeros de la mayoría de los condados juraron —mediante previo voto dentro de una asociación— sostener y proteger a la reina de cuantos atentados y complots pudieran llevarse a cabo en pro de un pretendido derecho al trono, y perseguir con todos los medios a su alcance a todo aquel que con sus actos o consejos pretendiera exterminarles a ellos, sus consejeros e instigadores. Si era preciso, responderían al asesinato con el asesinato y como el miedo a una guerra civil crecía con el temor experimentado por la vida de Isabel, los ingleses tomaron la determinación de que la próxima vez María no se salvaría.

Para que esa «próxima vez» —la desgraciada conspiración de Anthony Babington— se presentase, no hubo de esperar más de dos años. Que el propósito de Babington y sus amigos había sido realmente asesinar a Isabel pretendiendo con ello asegurar la sucesión en el trono de la reina de Escocia, es algo que ni entonces ni ahora puede ser puesto en duda. Que María Estuardo estuviese tan profundamente complicada en el complot como se creyó en aquel tiempo es algo que ofrece actualmente muchas y razonables dudas. Pero aunque María ignorase por completo el asunto, su inocencia habría importado muy poco a los londinenses. La intriga fue concebida por causa de ella, sólo por causa de ella, como todos los intentos anteriores. Así, mientras María viviese, la vida de la reina Isabel podía considerarse en peligro. De aquí que al recibir la noticia de la ejecución de María Estuardo echasen los londinenses las campanas al vuelo, encendiesen fogatas y se lanzaran a la calle con gaitas y tambores, como si —según escribió un testigo de la época— «creyeran que había comenzado una nueva era en la que todos los hombres podrían vivir en paz».

NOTAS

Châteauneuf y Bellièvre, como en el anterior. Mendoza a Felipe, 28 feb. 1587 (Sim); Fugger news Letters y véase Nota general anterior.

# PERPLEJIDAD DE UNA REINA

Greenwich, 19 a 22 de febrero de 1587

CAPÍTULO
III

Lo que para los londinenses era un hecho sencillo resultaba bastante complicado para la reina. Isabel seguía en Greenwich, el más grato de sus palacios, con jardines que descendían hasta el Támesis y numerosos ventanales que parecían vigilar las grandes naves flotando en aquella principalísima vía. Una semana antes había, finalmente, firmado la orden de ejecución de María, documento que su nuevo secretario, William Davison, había tenido en cartera hasta que la ansiedad de sus súbditos y los argumentos de sus consejeros rompieron toda resistencia de la soberana. En el momento de firmarlo, Isabel recordó a Davison que una reina podía morir de muchas maneras y no precisamente en manos del verdugo. Pero una ejecución pública era lo que sus consejeros deseaban, y sin más comentarios la orden fue entregada a Beale. Isabel ya no tuvo más noticias sobre el hecho; pero si realmente creyó que los hombres que desde el mes de noviembre la asediaban con todo posible argumento para que firmase el documento iban a dejar de actuar una vez éste en su poder, cometió uno de los pocos errores de su vida. Con su fino instinto político y sus conocimientos en tal clase

de juegos, debía haber supuesto que muy pronto se recibirían noticias de Fotheringhay.

Cuando el hijo del conde de Shrewsbury, tras unas veinticuatro horas de viaje a lo largo de una carretera cubierta de fango, se presentó en el patio de armas de Greenwich sobre su agotado caballo, la reina estaba precisamente montando el suyo para una partida de caza y entre la confusión reinante ni siquiera advirtió quién llegaba. Así, pues, el mensajero dio a Burghley la nueva que éste recibió con alegría sólo que, debido a su larga experiencia en tratar a Isabel, se felicitó de que hubieran de ser otros quienes la comunicasen a la reina. Pero todos los consejeros pensaron igual que él. Londres bullía ya con la noticia y en los corredores de Greenwich no se hablaba de otra cosa cuando Isabel regresó a palacio y ya no pudo diferirse por más tiempo el relato del hecho.

Existen dos versiones con respecto a la reacción de la reina al saber la noticia, ambas contradictorias, como ocurre casi siempre con lo que atañe a Isabel. Un desconocido informador dijo a Davison, secretario de su majestad —él así lo asegura en sus tristes memorias—, que al saber que la reina de Escocia había sido ejecutada a manos del verdugo. Su Graciosa Majestad quedó impasible sin que nada en ella traicionase una emoción. Pero el hijo de María, el rey Jaime VI de Escocia, oyó referir que cuando la reina de Inglaterra conoció los detalles de la tragedia de Fotheringhay se mostró muy sorprendida y apesadumbrada, quedando tan abatida y llorosa como nunca nadie la había visto.

En esta ocasión, ambas versiones pueden ser parcialmente ciertas. Durante el reinado de su hermana, Isabel había aprendido bien a ocultar sus sentimientos y sus

emociones. Si sintió sorpresa al saber que la orden de ejecución se había cumplido (sorpresa que no pudo ser abrumadora), su primer instinto tuvo que ser el de no traicionarse ante la corte de abigarrados personajes de palacio. Si Isabel lloró mientras sus súbditos se regocijaban, seguramente cuidó de no ser vista.

Por supuesto que luego, ante un público más apropiado, tuvo que dejar correr las lágrimas. Tenía motivos sobrados para llorar. De todos los peligros que la ejecución de María Estuardo aportara, el más inminente y lógico podía constituirlo Escocia. Su majestad Jaime VI había sido educado casi totalmente por los enemigos de su madre. Su tutor, en los años decisivos de su primera juventud completó sus funciones pedagógicas con la publicación de un libro acerca de María Estuardo, «una mujer abandonada de Dios», cuyo indigno lenguaje, por su indecente obscenidad, no merece ser traducido y en donde se citaba —como un crimen más entre los muchos que a María se atribuían— el asesinato del padre del propio Jaime VI. Ni siquiera luego de escapar a la tutela de Buchanan mostró el príncipe excesivo entusiasmo por la causa de su madre. Su gran preocupación con respecto a ella era que los ingleses la mantuviesen bien encerrada en la prisión. El sentimiento más sincero experimentado al tener noticia de la muerte de María fue probablemente el de alivio.

Es duro, sin embargo, para un rey ver a una madre en manos del verdugo; más duro aún para un rey cuyo pueblo no parecía muy satisfecho de que el privilegio de ejecutar a sus propios reyes le hubiese sido arrebatado por su hereditario enemigo del otro lado de la frontera. Muchos y belicosos señores escoceses intentaron convencer a Jaime para que vengase la muerte de su

madre a la antigua usanza, es decir, cayendo a sangre y fuego sobre Inglaterra, seguros de que varias potencias extranjeras apoyarían su actitud. María era una heroína católica; la anterior reina de Francia; la cuñada del rey actual. Era también prima y aliada política del poderoso duque de Guisa. Otras potencias, aparte Escocia, sentirían la muerte de María como una ofensa propia y todas, gustosas, empujarían al hijo de María Estuardo hasta convertirle en cabecilla de los vengadores. Isabel sabía que en Escocia el partido antiinglés era cada día más fuerte y que cada día estaba más decidido a hacer de la muerte de María en manos de sus carceleros un motivo inmediato de declaración de guerra. Si Jaime conseguía eludir la peligrosa contingencia cuyo honor, aparentemente, le pertenecía, iba a necesitar toda la ayuda que la evasiva Isabel pudiera proporcionarle. Posteriormente, el secretario Walsingham —que había considerado indigno de él derramar una sola lágrima por María— estuvo apremiando a Isabel para que concediese al rey de Escocia una crecida suma a manera de soborno, para que abriese también su bolsa a otros escoceses susceptibles de ser comprados y para que fuesen bien reforzadas las fronteras del Norte. El honrado Walsingham no podía comprender la indiferencia de su majestad ante la amenaza de invasión por aquel sector, invasión que era un peligro más entre los muchos que amenazaban a Inglaterra. Pero Isabel había descubierto que las lágrimas eran más baratas que el oro o la sangre. Por la neutralidad de Escocia sólo estaba dispuesta a pagar el precio mínimo que consiguiese obtener del rey Jaime.

Las lágrimas, sin embargo fueron sólo la primera etapa de la operación. El viernes, su viejo amigo y nuevo Lord Canciller Christopher Hatton halló a la reina encolerizada

y tachando a Davison de responsable principal por haber dado curso a la orden de ejecución sin expreso permiso de la reina. El sábado descargó sobre el consejo privado, reunido en pleno, los ininterrumpidos ataques de su ira. Sería magnífico poseer el texto completo de la real elocuencia que crispó las barbas de los consejeros y deshizo la fortaleza de unos cortesanos como el Lord Almirante y Lord Buckhurst y el propio gran Burghley… Todos ellos terminaron llorando y murmurando frases incoherentes. Se sabe, por quien estuvo a su servicio, que la ira de la reina era cosa terrible y difícil de soportar, pero en aquel caso preciso su vehemencia fue algo realmente único en su reinado. Según dijo más tarde uno de sus consejeros, «nunca su majestad se había mostrado tan conmovida». Pero es el caso que tener a sus dignos consejeros como llorosos colegiales tras una reprimenda y unos azotes era poco para la reina. Necesitaba más. Estaba buscando una víctima. Y aunque todos los consejeros, de rodillas, suplicaron clemencia, se dictó una orden de arresto contra el secretario Davison, quien fue inmediatamente trasladado a la Torre de Londres. La acción era drástica. Cuando un consejero de los Tudor de la categoría de un Davison pasaba por «la puerta de los traidores», difícilmente volvía a salir vivo. Aparentemente, Isabel no hacía sino anticiparse al cinismo de uno de sus amigos escoceses que al hacer constar que si era sacrificado Davison, Escocia se calmaría, tuvo ocasión de añadir: *«necesse est unum mori pro populo»*.

Finalmente el precio a pagar no fue tal alto. Davison no murió. Los lores que juzgaron al infortunado caballero confirmaron su delito condenándole a una multa de diez mil marcos y a permanecer en la Torre a merced de la

reina; con esto, los enfurecidos escoceses se dieron por satisfechos. El encierro en la Torre podía ser muy duro, pero también tan leve como fuera el de la propia Isabel años atrás. Es poco probable que el de Davison fuese muy malo y dieciocho meses más tarde, cuando otros acontecimientos importantes desviaron la atención pública de su persona, fue discretamente puesto en libertad. La crecida multa que le había sido impuesta fue cancelada y Davison continuó percibiendo su paga de secretario. La pobreza de que luego se quejó era ciertamente relativa.

Es imposible no sentir piedad por este hombre, viéndole desaparecer de tan súbita manera del escenario de la historia, pero tampoco hay que compadecerle demasiado. El casi único servicio importante que realizó en el ejercicio de su deber como nuevo secretario había sido el que le acarreó la ruina, pero William Davison era hombre tan rígido que posiblemente no hubiera podido mantenerse firme en un ambiente que requería flexibilidad e incluso algo de sinuosidad para subsistir. Después de firmar la orden de ejecución, Isabel le había sugerido indirectamente la posibilidad de que María fuese eliminada de manera menos humillante que en manos del verdugo público. Davison al principio no quiso entenderla; luego, al hacerlo, no disimuló su asombro ante lo insinuado. Como quiera que ella insistiese sobre el particular, escribió de mala gana a *Sir* Amias Paulet, devolviendo más tarde a Isabel la indignada respuesta de Paulet, quien se negaba a derramar la sangre de María sin que mediase una orden legal de ejecución. A juzgar por su expresión, Davison coincidía en todo con él, hecho que justificó más tarde la terrible cólera de Isabel desencadenada sobre los elegantes y afectados puritanos

que tenía a su servicio. El nuevo secretario no se libró de su ira. Los historiadores, incapaces de captar la versátil moral de la época, han aplaudido la actitud de Davison y condenado la de Isabel sin tener en cuenta que, en ambos casos, la vida de María quedaba decidida, que las costumbres del momento consideraban el asesinato de un rey con tolerancia no extensible a su ejecución legal y que tanto Davison como Paulet por afiliarse a la asociación, estaban comprometidos para realizar un acto igual al que reprobaban. El caso es que los graves lores que rodeaban a Isabel —con los nervios crispados, todos ellos, a causa de las muchas ansiedades sufridas— decidieron liquidar diferencias personales y unirse en común conspiración para obligar a la reina a un acto irrevocable, hecho que Isabel advertía perfectamente. Había ofrecido a Davison una oportunidad para escapar de las ligaduras que a ambos iban ciñendo, sólo que él no hizo sino apretarlas todavía más.

Una vez al menos, Isabel le advirtió del peligro. Tras entregar la orden de ejecución, pero antes de que ésta fuese remitida a Fotheringhay, le dijo que había soñado que la reina de Escocia moría por causa suya, pero sin su conocimiento, y que sintió tal dolor y tal cólera que de haberle tenido cerca le habría hecho daño de verdad. Davison sólo respondió que se alegraba de no haber estado a su alcance. ¿Se permitió quizá alguna otra advertencia anteriormente? Antes que Davison se ausentase para visitar al Lord Canciller solicitando fuese sellada con el Gran Sello la orden de ejecución, la reina le aconsejó se detuviese en la mansión, cercana a Londres, donde desde hacía varias semanas estaba recluido *Sir* Francis Walsingham —debido a una enfermedad providencialmente larga— y que mostrase a su antiguo

secretario la orden firmada, añadiendo: «A lo mejor se muere de repente de la impresión». ¿Quiso únicamente chancearse del implacable odio que Walsingham sentía por la reina de los escoceses? Las ironías de Isabel solían alcanzar un punto de mayor agudeza. Puede que quisiera insinuar a Davison que si la orden de ejecución debidamente firmada podía ser un tónico para Walsingham, la noticia de la muerte de María, en cambio, no le causaría ningún alivio. Pero el pobre y rígido Davison no era hombre para tanta sutileza. La teoría de Camden, que vio en Davison una víctima propiciatoria, pues sus rivales cortesanos le ayudaron a ocupar el importante cargo adivinando el desastre irremediable que —al menos para uno de ellos— se produciría después de muerta María Estuardo, resulta bastante aceptable. Por supuesto, en cuanto Davison desapareció tan súbitamente de escena, los que quedaron ocuparon su lugar.

La actitud de Isabel con respecto a Davison no fue dictada sólo para satisfacer a Escocia sino para calmar a toda Europa. Escribió para el ex hermano político de María, el rey de Francia, un detallado relato de su sorpresa, cólera y dolor, documento que los diplomáticos de París se encargaron de difundir ampliamente. El embajador de Venecia informó a su señor de cómo lamentaba lo ocurrido la reina de Inglaterra. Aparentemente, si Isabel firmó la sentencia y la entregó a Davison fue para acallar las exigencias de su pueblo, no porque esperase que la misma se cumpliera. Por ello había ordenado la detención de Davison y dispuesto su destitución. Isabel estaba decidida a poner de manifiesto, fuera como fuese, su pena. Otros gobiernos escucharon la misma historia, tanto es así, que en Londres, los más íntimos consejeros de la reina comenzaron a alarmarse por las consecuencias de su

acción ante los efectos que todo ello producía en la reina. El propio Mendoza, su enemigo más enconado, que soñaba —desde París— con volver a Londres tras las picas de sus viejos camaradas de Flandes, dijo en una carta a Felipe II que la muerte de María afectó tan profundamente a Isabel que tuvo incluso que guardar cama. Cuando el caso lo requería, Isabel era una consumada actriz, pero si verdaderamente aquello se reducía a una representación teatral, cabe decir que su actuación no podía ser más perfecta.

No podemos creer que todo fuese ficción. Ante una personalidad tan compleja como la de Isabel siempre es mejor no asegurar nada definitivo acerca de sus actos. Cualquiera puede dudar de que no reparase en las posibles consecuencias al entregar a Davison la orden de ejecución firmada y de la verdadera sinceridad de su asombro. Su pretendido afecto por la reina de Escocia no ofrece garantías de verosimilitud. Con María Estuardo sólo tenía un lazo de unión: la enemistad. Y si la amenazadora —lo fue para su país y para ella misma— figura de María Estuardo hubiese desaparecido de otra manera, Isabel, evidentemente, habría dominado su pena. Es el caso que ni la pena ni el remordimiento que quizá sintiese fueron verdadera causa de su preocupación. El hecho en sí mismo bastaba para hacerla llorar. Quizá mejor que nadie en Inglaterra comprendía Isabel cómo el hacha, al caer en Fotheringhay, había cortado el lazo principal que ligaba a Inglaterra con el pasado.

A los cincuenta y tres años no es fácil romper con un pasado en el que se ha triunfado plenamente y hacer frente a un mundo nuevo y difícil. Desde el comienzo de su reinado, tras una breve y desastrosa experiencia en Francia —experimento que le demostró las inciertas

probabilidades de la guerra y su verdadero coste—, Isabel evitó en lo posible todo compromiso irrevocable. Su política exterior era no tener política exterior que quedase insensible ante el más ligero cambio registrado. Su consistencia fue siempre el ser inconsistente. «Aprovechar las ventajas del tiempo» era, en aquel entonces, máxima principalísima del arte de gobernar un país. El tiempo resolvía tantos problemas, cancelaba la necesidad de tantas decisiones desesperadas, revelaba tan inesperados factores en el calidoscopio del mundo, que los gobernantes más astutos se daban por satisfechos refugiándose en una juiciosa pasividad, en un cauteloso oportunismo. Pero Isabel hizo algo más que aprovechar el transcurso del tiempo. Isabel lo detuvo; algunas veces incluso parecía que lo anulaba. Era siempre la misma, precisamente por ser siempre distinta. Mientras que toda Europa avanzaba con inexorables pasos, día tras día, año tras año, en la peligrosa pendiente de la catástrofe económica y la lucha fratricida, Isabel, con su caprichosa actitud, con su indecisión, conseguía milagrosamente que el tiempo, en su amada isla, se estacionase. Ningún diplomático inglés podía estar seguro de que lo ocurrido hoy constituyese al día siguiente algo inevitable; por simple capricho de su ánimo, Isabel podía volver las cosas al estado en que se hallaban el día anterior o, si realmente se lo proponía, a como estuvieron un año atrás. En Europa la tenían por lunática; sus cortesanos decían de ella que era traviesa como Puck, y esquiva como el mercurio. Verla contemplar las intrincadas evoluciones de sus diplomáticos balanceándose al borde de uno y otro precipicio resultaba agotador para sus hombres de estado. De imitarla, los sistemas nerviosos masculinos más fuertes

de Europa habrían quedado destrozados. Pero si había algo que fuese evidente era que Isabel se divertía.

Su problema era gobernar uno de los más indomables reinos de la Cristiandad, conservar su independencia de voluntad y juicio entre una multitud de cortesanos ávidos de mostrar, en la primera posible ocasión, su superioridad masculina, y procurar no situarse jamás en posición donde algún hombre pudiera decirle: «Tienes que hacer esto o aquello». Sus armas eran la astucia, el artificio femenino, un deliberado rechazar lo evidente, la instintiva preferencia por todo lo ambiguo y enigmático y una misteriosa habilidad para la mistificación. La cuestión era envolver a cuantos la rodeaban, a los embajadores, enviados y reyes de los estados del continente, en una sagaz y complicada trama, procurando con la mayor delicadeza que todos se encontrasen comprometidos y permaneciendo ella, por su parte, siempre en libertad. Durante muchos años Isabel fue la primerísima estrella del ballet que ella misma dirigía. Mientras la batuta permaneciese en su mano tenía confianza en mantener el compás.

Pero ningún ballet, por muy lleno que esté de fantasía, logra otra cosa que la ilusión de evadir el tiempo. Cierto que durante más de un cuarto de siglo Isabel consiguió alejar de su isla el amenazador paso de la historia valiéndose del divertimiento de su propia y extraña función, pero la tranquila sucesión de unos años sin acontecimientos importantes terminó siendo un acontecimiento en sí. Isabel no era la dueña, sino la madre de lo que hoy llamamos temperamento isabelino; por lo tanto, como la mayoría de las madres, no supo apreciar bien a su prole. A la osadía que ella les enseñó, los ingleses añadieron un resuelto poder de determinación,

una brillante imaginación —impropia de Isabel— y una ambición tan pujante que a la propia reina iba a resultar difícil de dominar. Viendo a sus súbditos surcar valientemente los mares que España había hecho suyos, la reina se regocijaba; pero es poco probable que alguna vez captase el verdadero significado de aquellos viajes. Se divertía controlando las tierras de los Países Bajos ocupadas por su primo Felipe —aunque en tan precaria situación que nunca podría emplearlas como catapulta para lanzarse sobre Inglaterra—, pero simpatizaba tan poco con la idea de combatir a los católicos como con la actitud del rey de España, que hacía quemar a los protestantes sólo por el hecho de ser protestantes. Para su mente fría, escéptica y calculadora, el entusiasmo de sus súbditos empezaba a resultar tan incomprensible como las oscuras pasiones de los españoles. Verdaderamente, el empuje de aquel entusiasmo iba turbando cada día más el delicado equilibrio de fuerzas que hacían posible su propia libertad de acción. La mezcla de codicia e idealismo que surgió a raíz del espectáculo del *Golden Hind* flotando, triunfal, en aguas del Támesis, hacía que un creciente contingente de súbditos de Isabel marchasen a probar sus picas junto a los holandeses o a despertar con el eco de sus cañones a las Indias Occidentales. Súbditos que antes agradecían la paz, acuciaban ahora la guerra. Y en manera sutil, pero inevitable, el equilibrio de fuerzas en su propio consejo había cambiado. Donde antaño había imperado la intrincada unión de las viejas familias contra los hombres nuevos, los rigurosamente conservadores contra los puritanos, existía ahora —y la reina se enfrentaba con él— un consejo cuya fuerza y peso pretendía empujarla hacia una decisión irrevocable, hacia un camino que habría que recorrer hasta el final.

En realidad, era la historia la que forzaba la situación. Ni siquiera por arte de magia el choque de las fuerzas irreconciliables no podía ser aplazado indefinidamente. Cada paso que el coloso español de los pies de plomo daba en Europa, hacía más inmediato el choque. En Europa ya no existía equilibrio; sólo una fatal dicotomía que tenía que resolverse por la violencia. Burghley se había rendido a la evidencia. Isabel lo sabía. Había enviado a Drake a saquear las Indias con una flotilla de sus buques de guerra; había enviado a Leicester a Holanda, al frente de tropas inglesas, y había aceptado, aunque contra su voluntad, la jefatura de la causa protestante en Europa que el asesinato de Guillermo el Taciturno había puesto en sus manos. Pero nada de ello le agradaba. El viaje de Drake a Cartagena había humillado a España exacerbando a los españoles, pero no infligió ningún serio golpe al poderío español y ni siquiera proporcionó un beneficio decente. La estancia de Leicester en los Países Bajos constituía una continua preocupación y también casi un desastre continuo. El dinero que Isabel concienzudamente dejaba caer en los cofres holandeses (nadie, aparte de ella, parecía darse cuenta de que tenían muy poco) desaparecía en las movedizas arenas de una incompetente administración y unos funcionarios poco íntegros, dejando a sus tropas tan hambrientas y harapientas como si nada se hubiese enviado. Cada desagradable mes transcurrido hacía por otra parte a los holandeses más desconfiados con respecto a los verdaderos propósitos de Isabel y más exigentes, también, en sus demandas. Dos años de guerra le habían costado más de doscientas cincuenta mil libras esterlinas y la vida de varios miles de valerosos soldados y osados caballeros —entre ellos, su favorito Philip Sidney—, y el esfuerzo apenas consiguió

retrasar algo el inexorable avance de los españoles. En el mes de julio anterior, Walsingham había escrito a Leicester en estos términos: «Dos cosas tan contrarias a los deseos de su majestad como son, por una parte, la posibilidad de que la guerra sea perpetua, y por otra el continuo aumento de los dispendios, consiguen perturbarla de tal forma que cada día está más arrepentida de haber intervenido en la contienda». Desde entonces la situación no había mejorado. En una misma quincena, Isabel tuvo noticia de que dos traidores ingleses, *Sir* William Stanley y Rowland York, habían vendido Deventer y el fortín de Zutphen a los españoles, anulando así todos los pequeños beneficios del año, y precisamente el día antes de que se tuvieran noticias de Fotheringhay, Isabel terminó una tempestuosa entrevista con la última comisión llegada de Holanda negándose en redondo a otro préstamo y al envío de refuerzos militares, poniendo de manifiesto, sin rodeos, su pobre opinión acerca de los Estados holandeses. Todo el temor que sintió de verse envuelta en una posible situación ruinosa, interminable e insostenible para su reino, parecía materializarse de pronto ante sus ojos. Burghley y Leicester, Walsingham y Davison, todo su consejo privado parecía confabulado contra ella empujándola forzosamente a decisiones fatales una tras otra.

El ataque a la reina de Escocia formaba parte del plan. Hasta entonces la guerra con España había sido una contienda limitada, ni declarada ni continuada directamente. Desde la muerte de Guillermo el Taciturno, Isabel luchó por mantenerla en esta fase ambigua, abrumando a sus capitanes con prohibiciones y consejos, empeñada en conservar la ilusión de que el choque podía aún evitarse porque se abría ante ella una salida. En este

juego tan peligroso, la reina de Escocia había sido pieza importante durante más de veinte años; algo así como la pieza clave. Mientras que la ruina de Isabel significase el triunfo de María Estuardo, el primo Felipe meditaría mucho antes de lanzar el peso total de su poderío contra la reina de Inglaterra. María era francesa, de la cabeza a los pies, y Francia después de todo, pese a su temporal eclipse, era el enemigo tradicional del poder de los Habsburgo. María se apoyaría en Francia y en los Guisa, por muy obligada que a España estuviese, y en fin de cuentas, Felipe podría hallar que una reina católica profrancesa en el trono de Inglaterra era más peligrosa para su precario dominio de los Países Bajos y su creciente hegemonía en Europa que cualquier reina hereje. El hombre prudente que fue su padre el emperador basó toda la vida su política en mantener separadas a Inglaterra y Francia, ignorando más de una ofensa de los ingleses para no correr el riesgo de que el reino de la isla se lanzase en brazos de Francia. Felipe siempre había demostrado, en el pasado, estar de acuerdo al respecto con su padre e Isabel esperaba que no cambiase y que mientras viviese María, la ofendida ortodoxia de Felipe II y su injuriada majestad, continuasen equilibradas por intereses dinásticos de suerte que se mostrase tan reacio como la propia Isabel a correr el riesgo de medir sus fuerzas con las armas.

Ni el más agudo de sus adversarios diplomáticos, ni siquiera el más íntimo de sus propios consejeros, llegó nunca a leer hasta el fondo en la mente de Isabel Tudor. Tampoco ahora puede pretenderlo nadie. Era maestra absoluta en el político arte de emplear palabras que ocultasen su sentido. En cuestiones públicas, como en asuntos personales, llenaba hoja tras hoja con los

vigorosos trazos de su escritura, retorciendo las frases —como si fuesen serpientes— sobre secretas intenciones, eludiendo, sugiriendo, prometiendo, negando, y finalmente apartándose del hecho sin haber dicho más de lo que convenía a sus propósitos. En negociaciones públicas o ante el consejo, se permitía a veces francos estallidos, vehementes manifestaciones de personal emoción aparentemente incontroladas, pero quienes la conocían bien estaban seguros de que, ni por un momento, en el torrente de palabras que dejaba escapar latía el más pequeño indicio de sus reales intenciones.

No obstante, si de algo podemos estar seguros con respecto a Isabel, es de que odiaba la guerra. ¿Quizá por ser el único punto del arte de gobernar sobre el que una mujer no podía pensar igual que un hombre? ¿O porque la desordenada violencia del conflicto ofendía su complicado sentido del orden? ¿Tal vez sencillamente porque costaba dinero? ¿O porque siendo asunto imprevisible, incontrolable por naturaleza, destruía lo que ella, tras su insegura juventud, había convertido en principal pasión de su vida, es decir, el mantenerse siempre dueña de la situación, el controlarse a sí misma en toda circunstancia? Fuera lo que fuese, el caso es que odiaba la guerra. La empujaron a la guerra con España contra su voluntad. Pero aún esperaba hallar una salida. Creyó tenerla siempre conservando la vida a María Estuardo. Que ello significase un riesgo para la suya, le importaba bien poco. De otras cosas se mostró cuidadosa Isabel Tudor, pero nunca de su propia existencia. La desesperada resistencia que opuso a la creciente opinión que le exigía que María fuese ejecutada era ciertamente sincera. Ahora que otra puerta se había cerrado para siempre, mientras desde su oscuro dormitorio de Greenwich adivinaba el largo y

estrecho camino que conducía a una interminable contienda, de la cual, en adelante, cada vez tendría menos posibilidades de escapar, Isabel lloraba —sin que nadie pueda dudarlo— sinceramente.

NOTAS

Como más arriba. También *Calendar of State Papers, Scotland, IX, 1586-1588* (1915); *The Warrender Papers*, I (1931); *King Jame's Secret*, (1927); de R. S. Rait y A. I. Cameron; *Bagot Papers* (HMSSC, IV); N. H. Nicolás, *Life of William Davison* (1823), especialmente los apéndices.

# EL FIN DE UNA ALEGRE TEMPORADA

París, 28 de febrero-13 de marzo de 1587

CAPÍTULO
IV

Sólo después de diez días de ocurrir el hecho se supo en París la noticia de lo ocurrido en Fotheringhay. Ni siquiera las tormentas que azotaban el Canal y el lodo que cubría todas las carreteras justifican el retraso, pero con la sospecha de que el embajador francés estuviese complicado en el complot contra María se habían interrumpido las comunicaciones diplomáticas normales y también el tráfico por el Canal. Desde hacía quince días no llegaban noticias diplomáticas de Londres y el rey de Francia todavía tenía esperanzas de que el embajador especial enviado a Inglaterra consiguiese diferir la ejecución de su cuñada, cuando el embajador británico leyó la nueva de que el hacha había caído ya. Resultaba característico de la situación en París aquel invierno, que el primero en tener noticias del hecho, después del embajador inglés, fuese don Bernardino de Mendoza, embajador español. Muy poco de cuanto sucedía en la corte francesa le pasaba por alto. Así pocas cosas en Francia despertaban su interés. Catalina de Médicis, la reina madre, buscaba ocasiones para charlar con él en privado, mezclando expresiones de simpatía y consejo con

calculadas indiscreciones, a todo lo cual, él, prudentemente, casi nunca prestaba crédito. Los ministros del rey le trataban con deferencia llena de ansiedad, contestando afable y detalladamente preguntas que, de haber sido hechas por otro embajador cualquiera, se habrían visto rechazadas por impertinentes. El propio Enrique III le obsequiaba algunas veces —en extensa conversación— con elocuentes y largas consideraciones sobre política, a través de las cuales el embajador se preciaba de entrever furtivamente lo que en verdad quiso decir el rey.

Mendoza confiaba poco en tales informes. Contaba con los habituales espías de embajada que, sin embargo, sólo le proporcionaban pequeñas noticias curiosas. Era, sin duda alguna, el diplomático mejor informado de París porque representaba al campeón de los católicos ortodoxos y actuaba en nombre de su rey como tesorero de los ultracatólicos, conspiración antimonárquica conocida por el nombre de Santa Alianza. Sus capitanes más poderosos, Enrique, duque de Guisa, y sus hermanos (que gastaban como renta propia la mayor parte del dinero español) eran, en cambio, buena fuente de información, siéndolo también, sin que se les forzase en absoluto, algunos personajes de menor importancia que paulatinamente iban optando por ser leales a su religión en lugar de ser fieles a su rey. Mendoza estaba en contacto, aunque de forma encubierta, con la «Junta de los Dieciséis» de París, que pretendía hacer con la masa popular de la capital una fuerza revolucionaria. Los católicos exiliados escoceses, irlandeses e ingleses llevaban regularmente sus rumores, temores y planes al embajador del campeón de su fe. Y Mendoza se apoyaba, confiado, en los agentes residentes y los emisarios

viajeros de la disciplina y devota asociación, cuyo despliegue estratégico fortalecía las filas del catolicismo en todo frente de batalla desde Polonia a Galway. A menos que los observadores contemporáneos se equivocasen o que la evidencia circunstancial nos induzca a error, en 1587 Bernardino de Mendoza estableció un convenio con los jesuitas mucho más importante de lo que confesara a su rey. Recientemente se había propuesto a Mendoza una fuente de información mucho más efectiva. Un visitante desconocido le aseguró repetidamente que el embajador inglés en París, *Sir* Edward Stafford, estaba dispuesto a ayudar algo al rey de España siempre que ello no significase «ir contra los intereses de su soberana». En la madrugada del 28 de febrero el mismo intermediario llevó a la Embajada española la noticia de que la reina de Escocia había sido decapitada, diez días antes, en Fotheringhay.

Muy pronto, todo París supo con crecientes y variados detalles la historia de la ejecución. Antes que *Sir* Edward Stafford pudiera transmitir la versión oficial inglesa al Real Consejo, los propagandistas de la Alianza habían hecho correr otra, a su manera, y según el dictado de su conveniencia. El asesinato legalizado de su ortodoxa rival era el último y más tenebroso crimen de la Jezabel inglesa. Y en dicho asesinato, el rey de Francia, Enrique de Valois, era, si no cómplice activo un asesor pasivo por lo menos. La reina de Inglaterra nunca se hubiese atrevido a llegar tan lejos sin la seguridad de que el aparente resentimiento del rey de Francia no era más que pura fórmula. Los celos de los Guisa, la hipocresía de los políticos ateos habían persuadido al rey para que prefiriese una alianza con herejes —como eran la reina de Inglaterra y el rey de Navarra— a la amistad con España y la seguridad de la

Santa Madre Iglesia. He aquí cómo Dios estaba preparando un vertiginoso y terrible juicio no sólo para los abiertamente infieles sino para aquellos de fe vacilante.

Por aquel invierno en la mayor parte de los púlpitos de las iglesias de París vibraba una elocuencia rayana en la traición. Frailes fanáticos y sacerdotes demagogos se hacían la competencia insinuando y difundiendo rumores. Tal o cual persona que se movía cerca del trono era protestante en secreto; aquella otra había vendido su alma al diablo. Nadie sabía hasta qué punto había penetrado en los círculos íntimos de la corte el veneno de la herejía. Diez mil individuos hugonotes en secreto se movían, armados, por sótanos, bodegas y callejas de París, listos para salir a la calle cualquier madrugada y degollar a cuantos católicos encontrasen a su paso. (La evocación de San Bartolomé tal vez hiciera que la población de París perteneciente a aquella religión se mostrase particularmente susceptible al rumor de que el hecho podía perjudicarles). Era fácil adivinar por qué el rey no adoptaba medidas para garantizar la seguridad de sus fieles súbditos ante los encolerizados herejes.

Una simple alusión a los temas tratados normalmente en los púlpitos de París habría costado las orejas a cualquier súbdito de la reina Isabel.

El consejo privado inglés hubiese liquidado rápidamente los libelos que salían de las imprentas de París, castigando convenientemente a sus autores y a sus editores. La libertad de prensa y de palabra siempre fue mayor en París —principalmente en el recinto de la Sorbona— que en la Inglaterra de los Tudor, pero desde hacía tiempo —o al menos desde las famosas revueltas de Borgoña y

Orleans, más de siglo y medio antes— nunca una controversia alcanzó tal estruendo y tal indisciplina sin que interviniese la corona. Enrique III, aparentemente, ni lo advertía. La pequeña valla que se hizo construir para mantener alejados a sus cortesanos mientras comía era como el símbolo de la muralla que separaba al rey —en su espíritu— del resto del mundo, muralla que cada día se iba haciendo más alta.

Poco más de trece años habían transcurrido desde que Enrique de Valois, rey electo de Polonia, triunfador de Jarnac y Montcontour, azote de los hugonotes y paladín de la fe católica, había vuelto a Francia para ocupar su trono. Desde entonces nada marchó satisfactoriamente. Ya no hubo más victorias emocionantes ni siquiera excitantes carnicerías nocturnas; sólo maniobras indecisas, coloquios aburridos, compromisos, evasiones, cambios mezquinos que a nada conducían, estacionamientos y derrotas. Los grandes proyectos de reorganización del reino no pasaron del papel. Las deudas reales eran cada vez mayores y más difíciles de liquidar. El tesoro real se hallaba cada vez más exhausto y el poder real se desmoronaba aún más rápidamente que durante la regencia de su madre. Una tras otra, las provincias iban pasando a poder de los hugonotes o de la Santa Alianza o bien el de algún noble y egoísta gobernador. Sólo las patrullas de regimientos privados y la cooperación de los ciudadanos que actuaban en propia defensa mantenían un relativo orden en la creciente anarquía del bandidaje y la guerra civil.

Los trece años transcurridos bastaron para convertir el alegre muchacho seguro de sí mismo en otro ser, flaco y vacilante. Sus hermosísimas manos aparecían más inquietas que nunca. Las movía como en complicados arabescos para acompañar su voz fluida y melodiosa, y

también cuando permanecía silencioso jugando con un pequeño mono de larga cola peluda o un perrito faldero, o simplemente con la abundante cabellera de algún bello jovenzuelo. Por el contrario, su rostro maquillado desafiadoramente en blanco y rojo para dar sensación de salud y que parecía la obra maestra de un artista en el arte de embalsamar, permanecía inmutable. Sus ojos, desde unas cuencas cada vez más hondas y cadavéricas, miraban con expresión adusta y desconfiada. Sin duda, el último de los Valois vivía secretamente entre las garras de la muerte.

Al parecer, el rey fingía ignorar a su enemiga interna, al igual que ignoraba a los enemigos declarados de su reino. Seguía prodigando igual pompa en sus audiencias, en cuya elegante solemnidad era un maestro. Escuchaba gravemente a sus consejeros, obsequiándoles con su buen juicio y su sutileza en el arte de gobernar. Corregía los edictos como si realmente creyese que iban a ser obedecidos y planeaba, con esmero, reformas como si se creyese a sí mismo capaz de realizarlas. Hablaba a los embajadores extranjeros y escribía a los propios como si Francia fuese aún la gran potencia unida que fue en tiempos del reinado de su padre. Y seguía cumpliendo con sus obligaciones oficiales y sus devociones religiosas, como si el rey no sólo estuviera por encima de toda crítica sino también excluido de toda observación, como si la valla alzada alrededor de su mesa pudiera convertirse verdaderamente en un impenetrable muro siempre que él lo deseara.

El carnaval de 1587 fue febrilmente alegre. El secretario Brûlart estaba muy preocupado por la cuestión económica (generalmente, lo estaba siempre), pero los bailes —a cuál más extravagante— se sucedían de continuo. Algunas

veces los alegres y frívolos invitados, dejando atrás música y luces de los salones del Louvre, invadían las calles de París mientras Su Cristianísima Majestad, generalmente disfrazado de dama de honor, reía y bromeaba en medio de un grupo de jóvenes cortesanos que los parisienses llamaban *mignons*. Al parecer, la corte nunca dormía. Los ciudadanos serios se acostumbraron a tropezar, a toda hora, por las calles con los más juerguistas y también a eludir a los más ruidosos. La alegría general sólo quedaba interrumpida cuando el rey, de pronto, cambiaba su disfraz por un tosco sayal de penitente y se recluía en el convento de los capuchinos de la calle de San Honorato, su preferido, permaneciendo varios días allí, haciendo penitencia de rodillas, orando y sollozando… No existía hipocresía en sus devotos excesos. No hacía aquello para reconciliarse con la opinión pública, cosa definitivamente imposible. En su angustiada penitencia del convento, al igual que en sus histéricas locuras del carnaval, Enrique seguía su instinto de humillarse sin ninguna preocupación por el espectáculo ofrecido. Cabe pensar que las lágrimas, las flagelaciones y las penitencias que se imponía hacían mucho más sabrosas las diversiones que seguramente se otorgaba después.

La inquietud que pudiera sentir por la suerte de María Estuardo no ensombreció demasiado las diversiones del rey, pero la noticia de su muerte interrumpió éstas por completo, aunque seguramente no por el dolor experimentado. Cuando María era una niña mimada de la corte de los Valois, su cuñado era sólo un niño y cuando ella marchó a Escocia para hacer frente a su oscuro destino, Enrique apenas tenía diez años. Desde que subió al trono, María Estuardo buscó repetidamente su ayuda,

solicitando un dinero que él tenía gran dificultad en conseguir, favores que le era imposible conceder precisamente porque implicaban desagradables complicaciones con Inglaterra y ocasiones de controversia y lucha con sus parientes, los Guisa.

Sin embargo, Enrique era inocente de las acusaciones que le imputaba el partido formado por la alianza jesuítico-española. Había dado instrucciones a su embajador especial para que hiciese cuanto pudiera, dentro del orden legal, en favor de la vida de María y el embajador había cumplido dignamente su orden. Pero luego, fracasados sus buenos intentos, desaparecida para siempre la desgraciada reina, bien pudo ocurrir que Enrique comprendiese cómo ella, María Estuardo, había sido una pieza en el juego de sus rivales los Guisa, y cómo el fracaso de éstos significaba el triunfo del rey. Quizá pensó que por el hecho de quedar anulado el principal motivo de discordia mejorarían sus relaciones con Inglaterra.

Pero el honor, la política y también el respeto a la opinión pública obligaron al monarca a ordenar en la Corte un riguroso luto. María había sido la esposa de su hermano, la reina de Francia. Era prima de los populares y poderosos Guisa. Una católica convencida que murió en manos de los herejes a causa —así opinaban muchos— de su fe. El recuerdo de su encanto se extendía aún como una sombra sobre cierta parte de la corte de Enrique, incluso entre los enemigos de los Guisa. Así pues, si bien el disgusto y la cólera del rey fueron sólo políticos, muchos a su lado experimentaron las mismas emociones sólo que con total sinceridad.

En general, el dolor y la ira se desbordaron sin contención posible, sin límites, por las calles de París. Los Guisa

siempre habían procurado que las aventuras de María, tanto amorosas como políticas fuesen presentadas a los parisienses en su aspecto más favorable. Durante mucho tiempo había sido la heroína favorita de miles de personas en París, público que apenas la recordaba como nuera de Enrique II o reina de Francisco II. Ahora su retrato orlado de negro se mostraba en muchas ventanas y su nombre encabezaba abundantes baladas que en torno a su martirio constante, y clamando el castigo de sus perseguidores, se cantaban por las calles. La triste historia de María fue aquella semana tema principal de casi todos los sermones de París; en una iglesia el orador levantó tal tempestad de sollozos con su elocuencia entre el público, que tuvo que abandonar el púlpito sin terminar el sermón. Una manifestación de ciudadanos que clamaban venganza contra los ingleses se estacionó ante el Louvre y el rey Enrique consideró necesario enviar un mensaje a *Sir* Edward Stafford manifestando que para su seguridad era preferible que no abandonase por el momento el refugio de la embajada.

Cabe pensar ahora si la tormenta de cólera y pena que azotaba a los parisienses procedía de un sentimiento sincero o de la propaganda organizada. El pueblo de París, como el de toda Francia, pasaba por una crisis de ansiedad motivada por una rápida y sorprendente evolución. El dinero no valía ni la cuarta parte de lo que había valido en tiempos de Enrique II y aunque los precios se mantenían altos, la presión ejercida por los impuestos y la inseguridad del momento hacían que resultasen limitadas y precarias las ganancias del comercio y la industria. Y entretanto muchas prerrogativas del Estado y de la Iglesia caían en desuso, los antiguos valores eran puestos en duda, la lealtad de otro día se veía arrasada y tanto la vida

como la propiedad ofrecían, por doquiera del reino, tanta inseguridad como en los viejos días de la guerra de los Cien Años. El hecho de que todos los males de Francia se atribuyesen a los hugonotes acrecentaba el miedo y la intranquilidad general, convirtiendo asimismo a una minoría desesperada que luchaba por sobrevivir en amenazadora conspiración capaz de destruir el propio reino. Los que más inseguros se sentían buscaban alivio en el eco de sus propios gritos clamando por la sangre de los herejes, como si un acto más de insensata violencia pudiese curar un mundo enfermo precisamente de violencia insensata. Toda esta estridencia ponía una nota de histerismo en la apoteosis emocional que organizaron los parisienses con motivo de la muerte de María, reina de Escocia.

Pero siempre que una tradicional lealtad se remueve y un pueblo es arrastrado de aquí para allá, entre ciegos torrentes de emoción, surge sin remedio un grupo o partido político dispuesto a aprovecharse de la situación. Si el pueblo de París y el de otras ciudades católicas de Francia respondió de una manera irracional al estímulo emotivo de la muerte de María, la forma en que los dirigentes de la Santa Alianza manejaron los sentimientos populares fue meditadísima. Esto no quiere decir que sus desunidos elementos careciesen de intensas y quizás mal interpretadas emociones, sólo que el objetivo de la Alianza, sus verdaderos propósitos, eran definitivamente claros y su técnica muy apropiada. La Alianza, en suma, existía para servir los intereses del Papado y del sector ultracatólico del clero tanto contra hugonotes como contra galos, los intereses dinásticos de los Guisa contra los del Valois reinante y la sucesión borbónica y, puesto que España era quien financiaba la Alianza, los intereses

internacionales de esta nación. El enemigo quedaba, pues, centrado en el bando hereje adversario de todos los buenos católicos franceses y el objetivo declarado de la Alianza podía ser simplemente conservar a Francia dentro de la fe ortodoxa.

Desde el principio del movimiento los predicadores de la Alianza hicieron de la persecución de católicos en Inglaterra su tema principal, tema que difícilmente podía prohibir el gobierno y que a la vez daba idea del posible futuro de Francia, si el poder llegaba a recaer —como había ocurrido en Inglaterra— en un monarca hereje. Por aquel entonces, las penalidades sufridas por los misioneros católico-romanos en Inglaterra eran reales y terribles; tan terribles y verdaderas como el sufrimiento de los holandeses, ingleses y españoles caídos en las garras de la Inquisición. Sería difícil determinar ahora qué partido sacrificó más mártires. Los propagandistas de los puritanos militantes y los propagandistas de la Alianza utilizaron con igual eficacia el dolor de sus correligionarios.

Para esta clase de propaganda la ejecución de la reina de Escocia fue un gran recurso. Por espacio de casi quince días en los púlpitos de París sólo resonó el eco de las virtudes de la reina mártir, y de la maldad y traición de sus falsos amigos. Después, como punto culminante, se organizaron unos solemnes funerales por el alma de la difunta reina en Nôtre Dame. Para tan gran acontecimiento, la Santa Alianza movilizó al obispo de Bourges, formidable orador. Bourges convirtió el acostumbrado panegírico de la muerte en elogio pujante no de la casa real, según costumbre, sino de la de Lorena y especialmente de los duques de Guisa y de Mayenne, Escipiones de Francia, rayos de la guerra dispuestos a

vengar el martirio de su parienta, inquebrantables pilares de la Santa Iglesia, esperanza y alegría del afligido pueblo de Dios. La elocuencia del obispo no se intimidó en lo más mínimo por la presencia de Enrique III y de su reina, quienes de incógnito —por todos conocido— ocupaban un banco situado bajo el crucero del templo. El último de los Valois tal vez pensara que estaba asistiendo a sus propias exequias y que oía las alabanzas debidas a su sucesor, sólo que de haber sido él un cadáver, y no un enlutado en medio del duelo, su nombre habría resonado seguramente un poco más. Si en los últimos trece años con él en el poder nada había marchado bien, Enrique III había probado al menos la capacidad de supervivencia de una sólida institución como la monarquía francesa frente a innumerables contratiempos, y si la muerte de la reina de Escocia servía para debilitar la presión de los Guisa y para que Francia —pasadas las lógicas escaramuzas diplomáticas— se acercase más a Inglaterra, su única posible aliada contra el rey de España, Enrique III estaba dispuesto a sufrir cualquier nuevo vendaval de elocuencia sacra.

Los embajadores que presenciaron las exequias de María Estuardo en Nôtre Dame, el día 13 de marzo, apreciaron diversas posibles consecuencias de su muerte. *Sir* Edward Stafford estaba, al menos en apariencia, tan alarmado por el cariz que tomaba el asunto, tanto en la corte como en la ciudad, que Walsingham tuvo que prohibirle terminantemente escribiese más cartas sobre el tema a su soberana, pues con ello sólo conseguía que creciese la enfadada actitud de ella frente a su Consejo. Por otra parte, los observadores italianos, aunque informaban a Roma, Venecia y Florencia acerca del deseo popular de venganza, añadían que en general la muerte de María

mejoraba la posición de Inglaterra. Con ello no sólo se eliminaba el peligro de una guerra civil sino que también se descartaba todo motivo lógico de intervención francesa en los asuntos de Inglaterra, preparando el camino para una de las grandes alternativas políticas del siglo XVI: la alianza franco-inglesa. Como ningún italiano, entre los no entregados totalmente a España, hubiera dejado de alegrarse ante la idea de que el poderío español se extinguiese, y eran muchos los políticos italianos que no ocultaban su deseo de que las inconmensurables pasiones religiosas se aquietasen por toda Europa y que los europeos volviesen al calculador juego del poder político, tal vez al mostrarse cínicamente realistas ante las posibles consecuencias de la muerte de María, los diplomáticos de Italia sintiesen algo así como la realización de un acariciado deseo. Los más hábiles políticos residentes en París, aquel mes de marzo, coincidían con ellos.

Don Bernardino de Mendoza iba más allá. Como sus aliados los jesuitas, el embajador de España no contaba, desde hacia tiempo, con la reina de Escocia. Sabía que, sin la promesa de una intervención extranjera, no era probable un levantamiento de los católicos ingleses y también que al menor atisbo del hecho, María Estuardo sería eliminada. Aunque la figura de la reina de Escocia aparecía como muy importante para el observador todavía hipnotizado por su fascinante pasado, para Mendoza era sólo una pieza de ajedrez sacrificada ya y que sólo esperaba que la sacasen del tablero. Dos años antes había casi estado esperando que el hecho se produjese. Que ocurriera ahora, en vez de haber aguardado hasta el último momento, es decir, hasta el comienzo de la empresa contra Inglaterra (¿cuándo iba a ocurrir eso?, ¿dentro de seis meses?…, ¿de uno, de dos años?),

simplificaba enormemente un aspecto del complicado juego. Mendoza daba también por hecha la alianza franco-inglesa. El único poder de Francia en que medianamente confiaba era la Santa Alianza y su jefe el duque de Guisa. Cuando la empresa empezara —así opinaba Mendoza— el dueño de Francia no iba a ser Enrique de Valois sino Enrique de Guisa. La muerte de María Estuardo era un paso más hacia tal fin, siempre que existiese otra palanca en juego para la estructura del poder real. Mendoza escribió a Madrid y a Roma simplemente lo que mil predicadores de la Alianza pregonaban desde el púlpito: la misión especial de Pomponne de Bellièvre cerca de la reina Isabel había sido una farsa; en lugar de procurar que la reina de Escocia no fuese ejecutada, el embajador de Francia no hizo sino acrecentar el deseo de matarla. En Madrid y Roma, en Bruselas y Praga, amigos de la Alianza y padres jesuitas fueron independientemente confirmando el error. Para el triunfo de la fe era necesario debilitar la posición del rey de Francia, no sólo con respecto a la fidelidad de sus súbditos sino a los ojos de Europa entera.

Pero Mendoza no pensaba principalmente en Francia. Tenía la mirada puesta en Inglaterra. Hacía más de dos años que su embajada en aquel país había terminado con la expulsión. Sin ninguna clase de ceremonial, fue metido en un barco que le condujo junto a su rey simplemente porque «con sus maquinaciones turbaba el reino de Inglaterra».

—Decid a vuestra señora —explicó dirigiéndose a los consejeros que le dejaron a bordo— que Bernardino de Mendoza no ha nacido para turbar reinos sino para conquistarlos.

Desde entonces, Mendoza vivió obsesionado por los planes de la gran empresa que aseguraría su venganza personal y el triunfo de su fe. Mucho antes de ser expulsado era ya partidario de ella e intentaba convencer a Felipe II de la fuerza del partido católico en Inglaterra y Escocia, de la poca consistencia y corruptibilidad de los capitanes de Isabel y de la despreciable debilidad de la milicia inglesa. Sabía, no obstante —y nadie mejor que él para saberlo—, que uno de los principales obstáculos de la empresa era la pesada lentitud, la incurable cautela de aquel a quien llamaban sus súbditos «el rey prudente». Tenía intención de aprovechar la muerte de María para incitar a su señor a la acción. En cuanto supo la noticia se sentó a escribir y redactó un resumen de lo que sabía iba a ocurrir en Inglaterra, Francia y la cristiandad. No era necesario recordar al rey que el peligro de que la conquista de Inglaterra por los españoles terminase con el afianzamiento de una reina francesa en su trono había pasado ya. Tampoco mencionó cierto importante documento firmado por la reina de Escocia que él mismo había enviado a España no hacía mucho tiempo. El honor, la piedad y sencillamente la autodefensa, todo se combinaba para hacer aconsejable el castigo de los ingleses por la última atrocidad realizada. «En consecuencia, ruego a su majestad», terminaba diciendo, «active en todo lo posible la empresa de Inglaterra, pues parece designio de Dios reunir en la persona de su majestad las coronas de los dos reinos».

NOTAS

Correspondencia de Mendoza, 1584-1587, en Simancas; la disertación inédita de De Lamar Jensen, «Bernardino de Mendoza, and the League» (Universidad de Columbia, 1957); *Journal d'un curé liguer*, ed. Barthelemy (París,

1866); Dolfin al Senado, 13 marzo, 1587 (Ven.); correspondencia de Stafford, en *Cal. State Papers, Foreign, Eliz. Journal du Régne de Henri III*, de P. de l'Estoile, ed. L. R. Lefévre (1945); *La Grande-Bretagne devant l'opinion franfaise* (1927), de G. Ascoli.

# PLANES DE OPERACIONES

Bruselas, 1-22 de marzo de 1587

CAPÍTULO

V

El mismo día que escribió a Felipe, Bernardino de Mendoza comunicó igualmente la muerte de María al gobernador general de su majestad en los Países Bajos, Alejandro Farnesio, duque de Parma. Pero la noticia había llegado ya hasta él y el duque de Parma, en su residencia invernal de Bruselas, estaba considerando la situación europea que afectaba al complejo problema militar de la rebelión holandesa. Entre los diversos factores integrantes había uno, exasperante, que resultaba inevitable. María Estuardo había cruzado la frontera y caído en manos de la reina inglesa precisamente el mismo año en que los descontentos habitantes de los Países Bajos se alzaron en armas contra el rey de España. Desde entonces, el esfuerzo realizado por el rey Felipe para reducir a la obediencia a sus rebeldes súbditos (incluyendo por supuesto la obediencia a la Iglesia romana) costó a España mucha sangre y dinero, destrozando la vida y la reputación de buena serie de capitanes y burócratas del rey. Periódicamente el problema se había ido complicando debido a la existencia de María Estuardo. Se ejercía presión sobre los capitanes del rey para que se emplease el ejército de los Países Bajos para liberar a la reina de

Escocia y el temor de una intervención española empeoraba las relaciones con Inglaterra.

Cuando Alejandro Farnesio se reunió con su tío don Juan de Austria en los Países Bajos, en diciembre de 1577, el paladín aventurero vivía obsesionado por la idea de cruzar el estrecho, rescatar a la reina de Escocia y emprender seguidamente una marcha triunfal sobre Londres para destruir a Isabel y restaurar la antigua fe. Para esta hazaña sólo podía existir una recompensa, y después de lo de Darnley y Bothwell, no parecía posible que María Estuardo se negase a contraer matrimonio con el héroe de Lepanto. La misión de don Juan era pacificar a los rebeldes habitantes de los Países Bajos y en los últimos meses de su vida, su éxito en tal sentido parecía tan lejano como de costumbre; no obstante, aunque España conservaba sólo unas pocas plazas diseminadas por el territorio, aunque su mal pagado ejército parecía listo para capitular y su jefe estaba casi moribundo, las ruedas de la conspiración que unía a Escocia, a los católicos ingleses, al Papa, a los Guisa y al rey de España para ayudar a la reina María y el rey Juan seguían funcionando. «Todos tienen el convencimiento», escribió don Juan a Felipe antes de tomar el mando, «de que el único remedio a los desórdenes de los Países Bajos es que alguien muy fiel a vuestra majestad gobierne Inglaterra. De lo contrario se producirá la ruina de estos países y la Corona acabará por perderlos». Según parece, éste fue su punto de vista hasta el fin.

En marzo de 1587 su argumento parecía aún más sólido que una década antes. Las tropas inglesas pagadas por la reina se encontraban ya en los Países Bajos y la ayuda inglesa era, en opinión de la mayoría de políticos europeos y según el frecuente (aunque variante)

manifiesto de los propios rebeldes, puntal principalísimo de la independencia holandesa. Porque con Alejandro de Parma la causa española en los Países Bajos comenzaba por fin a prosperar.

Tanto en diplomacia como en política, el duque de Parma demostró estar a la altura de su adversario más importante, el príncipe de Orange. En la guerra era, decididamente, primerísimo capitán entre todos los de su edad. Entre sus dotes militares, sus contemporáneos subrayaban, principalmente, el valor, el arrojo, la fuerza física, la prontitud para enfrentarse con el peligro y la disciplina a que sometía a sus hombres. Mas raramente hablaban de su rapidez y buen sentido para calcular el tiempo con que desarmaba a sus enemigos y a la paciencia y tenacidad con que se aferraba a un propósito una vez considerado que merecía la pena. Y casi nunca alababan sus enormes dotes para el análisis intelectual y la organización con las que elevaba el arte de la guerra a un nivel pocas veces alcanzado en el siglo XVI. El duque de Parma poseía un poco común sentido topográfico y si bien sus soldados se quejaban a menudo de trabajar más con la pala que con las picas, el de Parma sabía que desviando un río, rompiendo un dique o abriendo un nuevo canal podía conseguir los fines deseados mucho mejor que ganando una sangrienta batalla. Llevaba grabado en la mente un mapa estratégico de los Países Bajos y toda su intrincada red de comunicaciones por tierra y por agua de forma que, mientras los jefes anteriores —incluyendo al gran Alba y a Guillermo el Taciturno— vagaban por el terreno como colegiales beligerantes por un extraño bosque, el de Parma calculaba uno a uno todos sus movimientos y los controlaba mediante un elaborado, trabajado y ordenadísimo plan.

Entretanto, la heterogénea colección de mercenarios que recibía el nombre de «ejército español» se iba transformando en sus manos hasta alcanzar una potencia, una coherencia nuevas. Los pioneros, las fuerzas de asedio, se convertían en unidades profesionales conscientes y no despreciables auxiliares civiles. Formaciones dotadas de equipo distinto con diferente organización, diferente táctica, diferente idioma y diferente tradición militar —españoles, italianos, alemanes, valones— se convirtieron en un instrumento único que era casi utensilio de precisión. La infantería española había sido famosa —y temida— ya antes de nacer el de Parma y antes también de que su abuelo, Carlos V, oliese por primera vez la pólvora. Pero el irresistible ejército español —irresistible por ser profesional— debe gran parte de su leyenda y su subsiguiente fama al príncipe de Parma.

Con aquel ejército Alejandro Farnesio emprendió la sistemática conquista de una base adecuada en el Sur. Una tras otra, las importantes ciudades de Flandes y Brabante cayeron en su poder y cerca estaba ya de conquistar el gran puerto de Amberes, metrópoli comercial del Norte de Europa. Tras un sitio célebre por la lucha desesperada, la resistencia heroica y las hazañas de dirección —todo por ambas partes—, Amberes se rindió en agosto de 1585. Un año antes, en julio de 1584, un criminal fanático asesinó al príncipe de Orange en la escalera de su mansión de Delft. La muerte de Guillermo el Taciturno fue, para la causa holandesa, un golpe más grave que la pérdida de Amberes. El duque de Parma se dispuso a emprender la reconquista de Holanda y Zelandia. En España, el mejor informado ministro del rey aseguró a un subordinado que la última fase de la contienda no tardaría en ser iniciada.

Pero el asesinato del príncipe de Orange y la caída de Amberes consiguieron por fin arrastrar a Inglaterra para que interviniese en la guerra de Holanda. Inglaterra había ayudado a los holandeses —en materia económica y en voluntarios— lo suficiente como para ganarse el resentimiento español y los consejeros de Isabel consiguieron finalmente persuadirla de que un ejército español completamente triunfante al otro lado del mar del Norte podía representar un peligro demasiado importante. Isabel firmó un ambiguo tratado con Holanda mediante el cual se aseguraba el derecho de situar guarniciones inglesas en Brill y Flesinga, puertos desde donde, seguramente, lanzaría Felipe su ejército sobre Inglaterra en caso de proponerse la invasión. Antes de empezar la campaña de 1586 envió a los Países Bajos cinco mil soldados y mil caballos al mando del más conspicuo caballero de su corte, Roberto Dudley, conde de Leicester.

Acerca del ejército inglés (los soldados de Leicester, no los veteranos mercenarios que mandaba John Norris el Negro) existían opiniones diversas. Sus compatriotas decían que eran «un miserable grupo de vagabundos y pillos sin instrucción, sin armas y sin ropa adecuada». (Es cierto que algunos iban sólo armados de arcos y flechas y que hablando de su compañía un capitán había dicho «que sólo tres hombres tenían la camisa entera»). Los holandeses subrayaban que para el pillaje y el alboroto no tenían rival. Pero el de Parma, cuando hubo medido su fuerza con ellos por vez primera, dejó de despreciarlos. El primer pelotón de infantería inglesa que fue diezmado permaneció durante dos horas en el resbaladizo y fangoso terreno de orillas del Mosa luchando contra las picas de los veteranos españoles sin que los rudos soldados ingleses se entregasen. La batalla de Wamsfeld, célebre en

Inglaterra porque durante ella murió Philip Sidney, fue muy recordada por los soldados de los Países Bajos como demostración patente de que unos hombres con armadura, montados en pesados caballos y con las lanzas en alto, podían romper —y muchas veces derrotar— sus filas de caballería ligera y aun de soldados armados de pistola. El de Parma acabó por temer a la caballería pesada inglesa y el hecho de que en sus cálculos sobre las posibilidades de las plazas fuertes registrase la presencia de muchos ingleses en su guarnición demuestra que tampoco despreciaba sus armas.

En parte por los refuerzos ingleses, en parte por el dinero también inglés y en parte por el estímulo de todo ello en la moral de Holanda, la campaña del duque de Parma fue en 1586 menos triunfal de lo que se imaginara. Cierto que consiguió mantener libres sus líneas de avituallamiento y conservar Zutphen, pero el balance en las provincias del Norte no cambió con la llegada del invierno y sólo por sus dotes de rapidez y arrojo y por sus insuperables dotes intelectuales pudo el de Parma mantener la iniciativa ante unas fuerzas capaces —si las hubiesen conducido bien— de condenarle al hambre, sitiándole en Brabante. La intervención inglesa había trasladado el asalto a los territorios más extensos de Holanda y Zelandia, bastante alejados del cuadro de marcha del de Parma, de modo que éste, lógicamente, habría tenido que coincidir con la opinión de don Juan, quien decía que la plaza que era necesario conquistar para ganar la batalla de los Países Bajos era Inglaterra.

Si la idea no le entusiasmaba era, en parte, por no estar tan seguro de poder conquistarla como su tío lo estuvo en otro tiempo y en parte porque le interesaba más conquistar Holanda. En los documentos de Alejandro

Farnesio abundan los detallados análisis de situaciones militares y políticas, no sólo referentes a concretos factores de geografía y economía, finanzas, logística y suministros, números, disciplina y armamento sino acerca de factores psicológicos, ambiciones y celos, temores y odios, lealtad individual y de grupos, en los suyos y en los del enemigo. Los únicos asuntos que jamás analizó sobre el papel, ni siquiera en las cartas a su madre, fueron los suyos personales. Pero cabe perfectamente pensar que sintiese una especie de instintiva lealtad hacia Holanda entera. Su madre había gobernado el país al igual que su ilustrísimo abuelo. Y él llevaba en aquella tierra más tiempo que en parte alguna. Por espacio de diez años los holandeses absorbieron su tiempo por completo.

Era arquitecto principal (así iba a reconocerlo el futuro) de la moderna Bélgica. La reconquista de las diez provincias del Sur de entre las diecisiete fue obra de su mano y de su cerebro. Pero era un trabajo todavía incompleto. En la nación que había sido en otro tiempo la más rica de Europa se pasaba ahora hambre. Los campos, que hollaban demasiados ejércitos, sólo producían cizaña y zarzas. Las ciudades industriales aparecían descuidadas y casi vacías. En la Bolsa de Amberes, bajo la inscripción que todavía orgullosamente proclamaba estar abierta «a todo comerciante fuese cual fuese su tierra y su idioma» y en donde casi todos los países y los idiomas del mundo tuvieron un día su representación, algún joven empleado hablaba aún de la necesidad de socorrer a los desarrapados capitanes. En el gran puerto de la metrópoli las últimas carracas de carga seguían estacionadas, inmóviles en los muelles, y allí habían de seguir mientras que una escuadra holandesa bloquease la entrada del Escalda. No sólo la renovada riqueza y grandeza de las

provincias recobradas sino, al parecer, su subsistencia dependían de que pudieran abrirse de nuevo las vías marítimas, terminando de esta forma con el alzamiento de Holanda y éste era —según lo que en sus manuscritos se entrevé— el gran objetivo del de Parma.

Cuando Felipe le pidió por primera vez su opinión con respecto a la empresa de Inglaterra, el duque de Parma dijo que para ganar algo incierto quizás incurrirían en una pérdida realmente grave, y le recomendó esperar. Existía el peligro, si el ejército que combatía en Holanda era trasladado a Inglaterra, de que los franceses invadiesen las indefensas provincias del Sur como en otras ocasiones intentaron hacer. Para un profesional como el de Parma, la idea de que sus reservas fuesen saqueadas y su base arrasada mientras él guerreaba en difícil campaña al otro lado del mar del Norte constituía una verdadera pesadilla. Aun confiando en el duque de Guisa y la Santa Alianza para cubrir su flanco y su retaguardia, había que considerar el problema de coordinar operaciones con la flota que llegase de España.

En otro tiempo el de Parma había acariciado la idea de una súbita incursión a través del canal realizada exclusivamente por sus tropas —en barcazas y protegidas por las sombras de la noche—. Antes de que nadie descubriese que habían abandonado Flandes ellos podían desembarcar en Inglaterra. Pero la posibilidad de tal sorpresa había pasado ya. Sólo con la protección de la escuadra podrían ahora sus tropas trasladarse a Inglaterra. Los holandeses eran dueños de las aguas azules, es decir de las vías marítimas demasiado anchas para ser obstaculizadas con cadenas o controladas por las baterías de tierra. La flota protectora sólo podía llegar de España. Y si se presentaba, ¿dónde albergarla? Hasta tomar Brill y

Flesinga, el de Parma carecía de un puerto de aguas suficientemente hondas como para que embarcaciones grandes navegasen seguras en ellas; no tenía puertos que ofrecer a la flota que había de escoltarles para antes de cruzar el canal; ningún sitio donde los españoles pudieran refugiarse en caso de las tormentas del canal o si los cañones ingleses resultasen insoportables. Mientras que un creciente número de personas apremiaba a Felipe con la idea de dominar definitivamente a los rebeldes holandeses mediante la conquista de Inglaterra, el duque de Parma reafirmaba su opinión de que para invadir con éxito la isla había que contar con unos Países Bajos unidos.

El de Parma no estaba seguro de que la intervención inglesa acrecentase sus dificultades en el futuro mucho más de lo que en 1586 había conseguido. Aunque el conde de Leicester no resultase demasiado brillante en el campo de batalla, en la mesa del Consejo había demostrado ser genial para dividir, antagonizar y enfurecer a sus amigos. Consideraba que su rango servía perfectamente de contrapeso a su inexperiencia militar. Sin John Norris, el inflexible veterano inglés que se distinguió en la campaña de Guillermo de Orange y que debería haber sido la mano derecha del conde, tuvo que ser relevado de su cargo y volvió a Inglaterra refunfuñando que nunca más serviría bajo las órdenes de Leicester. El otro jefe militar importante del ejército holandés, el conde Hohenlo, un brutal y bravucón mercenario tan formidable en la lucha desesperada como excelente bebedor de turno, fue el más entusiasta campeón del conde cuando Leicester llegó a Holanda. Ahora, al cabo de unos meses, sus amigos temían que su relación con Leicester terminasen en sangre; de momento Hohenlo se contentaba con destituir

a los oficiales del conde inglés, desalojar sus guarniciones y perseguir a todo holandés partidario suyo. Porque Leicester había vuelto a su patria. Sus asuntos personales en Inglaterra atravesaban una situación tan crítica como la de los Países Bajos y si bien era poco probable que conferenciando con su soberana hallase Leicester remedio para la situación de su fortuna personal y para las esperanzas que con respecto al extranjero concibió su país, podía al menos calmar la cólera de la única persona del mundo a quien temía de verdad. Tras él, marchó a Inglaterra una embajada de los Estados holandeses para quejarse de que en sus esfuerzos por intimidar a los ciudadanos holandeses a fin de que la guerra se llevase a cabo a su gusto, Leicester había promovido entre ellos diferencias faccionarias hasta el punto de que se temía una guerra civil.

El de Parma no ignoraba los hechos. Tenía informadores en todas las ciudades holandesas, en Londres e incluso en la propia corte de la soberana. Debía buena parte de su éxito a su precisa inteligencia y tenía buenas razones para esperar que la intervención inglesa fracasara. Pero tenía una razón más poderosa aún para desestimar a los ingleses. Antes de marchar a Inglaterra, en noviembre, Leicester dejó a dos de sus capitanes, ambos católicos, al mando de dos importantísimas plazas en la línea de defensa holandesa, la recientemente conquistada ciudad de Deventer y el fortín de Zutphen, fortaleza construida para observar y bloquear a la guarnición española del propio Zutphen. Los holandeses protestaron enérgicamente. Estaban dispuestos a tolerar que los católicos romanos practicasen su religión —con lo cual lograban sorprender al puritanismo político del conde—, pero en manera alguna confiaban en los católicos para

dejarles ejercer mando militar independiente en lugares de importancia vital. A todo ello, Leicester, altanero, respondió diciendo que de la lealtad de sus oficiales respondía, si era necesario, con su vida. Afortunadamente para él no hubo de responder así. El 28 de enero de 1587, *sir* William Stanley abrió las puertas de Deventer al ejército español pasándose con sus 1.200 fieros soldados irlandeses a las filas de España. Aquel mismo día, Rowland York traicionó y entregó el fortín de Zutphen.

Por lo que se sabe de York, tuvo que pesar en su decisión tanto la ambición del dinero como la religión, pero *sir* William Stanley no era un traidor capaz de venderse. Procedía de una familia ilustre cuyo destino estuvo, desde antes de Bosworth, ligado a los Tudor. Había servido bien a la reina. Contaba con el afecto y la confianza de Leicester y se daba por cierto que sería sucesor del conde en los Países Bajos y Lord Comisario de la reina de Irlanda. Nada que le ofreciesen los españoles podía superar lo que sacrificaba con su traición, y según el de Parma aseguró a Felipe, en sus negociaciones nunca se habló de pago alguno. Stanley actuó según su conciencia. Como otros hombres en aquel siglo inquieto en que el choque de unas religiones rivales sobrepasaba la línea política, *sir* William Stanley tuvo que desgarrarse entre la lealtad a su patria y la fidelidad a su fe. Antes de la rendición de Deventer sabía que finalmente habría de decidirse y no ignoraba cuál sería su elección. Pocas semanas después de la rendición de Deventer ofreció a un capitán inglés una lucrativa situación al servicio de España, y como quiera que el capitán, indignado, replicase que prefería ser un mendigo al servicio de la reina que un rico traidor en conflicto con su conciencia, Stanley ensalzó su decisión. «He aquí», dijo, «precisamente el

porqué de mi propia actitud. (Se refería a la solución de su intolerable dilema). Yo antes servía al diablo. Ahora sirvo a Dios».

Los católicos ingleses refugiados en los Países Bajos habían asegurado frecuentemente al de Parma que muchos de sus compatriotas profesaban la misma fe que Stanley; entre los que pensaban que la causa de España era la causa de Dios y los que estaban dispuestos a servir al diablo si la paga era suficientemente crecida, el duque esperaba el año venidero conseguir un negocio mejor. «El fortín de Zutphen… y Deventer, verdadero objetivo de la campaña del verano pasado y llave de Groninga y de todas las provincias interiores del norte —escribió el de Parma a Felipe— serán, por poco dinero, de vuestra majestad. Y lo que es mejor aún, consecuencia lógica de esta traición ha de ser que surjan grandes sospechas entre ingleses y rebeldes para que, en adelante, nadie sepa en quién puede verdaderamente confiar».

En total, el mejor general de Europa nunca estuvo en circunstancias tan favorables para terminar su largar labor. Con la mitad de los hombres que Felipe decía estar reuniendo en España y la mitad del dinero que —en opinión del de Parma— tenía que estar gastando, el duque confiaba terminar con los enclaves de resistencia del país cortando a los habitantes de las ciudades costeras toda comunicación fluvial. Este sería el momento preciso —si los rebeldes no se avenían a razones— para un ataque final contra Holanda y Zelandia. Serían huesos muy duros de roer, pero no tan duros como Amberes… y Amberes terminó por caer. Luego, con los puertos del mar del Norte en sus manos y el poderío marítimo de Holanda anexionado al suyo, si el rey de España deseaba aún conquistar Inglaterra, la situación se inclinaría a su favor.

El de Parma hallaba este plan mucho más seguro que un inmediato intento de invasión.

No obstante, al saber la noticia de la ejecución de María, reina de Escocia, escribió a Felipe como si la reciente ofensa al honor español o a la fe católica precipitase enormemente la empresa. Puede que el de Parma creyese ciertamente que por no haber podido rescatar a María, Felipe tenía deseos de vengarla. Quizá sólo imaginase que Felipe creería menos difícil la venganza que el rescate. El caso es que, no importa sus motivos, el de Parma no sólo escribió sino que actuó como si la muerte de la reina de Escocia hubiese efectuado un cambio decisivo en su plan de operaciones. Tras la caída de Deventer solía mirar hacia el Norte, hacia el Nordeste, hacia la cuenca del Yssel y el camino de Groninga y hacia el Noroeste con Utrecht y el propio Amsterdam. Pero desde principios de marzo, los mapas de su estudio eran todos de las bocas del Escalda y las primeras órdenes para el traslado de sus tropas hacia el Sudoeste y el movimiento de municiones hacia Flandes se habían cursado ya. Si la flota española había de reunirse con el ejército sin contar con el puerto ideal de aguas hondas que era Flesinga, necesitaría como mínimo un punto de concentración para sus embarcaciones con acceso al mar, tal vez Bergen-op-Zoom, resguardado por Beveland en el sector oriental del Escalda o, mejor aún, un puerto del Flandes occidental como Ostende o Sluys.

Entretanto intentaría la negociación de algo así como una conferencia de paz con los ingleses. La reina prefería la conversación a la lucha y cuanto más rápidamente negociasen los españoles menos preparados estarían los ingleses para soportar el gran ataque. Que éste se produciría, y sin tardanza, era cosa que al parecer,

después de la muerte de María Estuardo, el propio duque de Parma no había puesto en duda.

NOTAS

Mendoza a Parma, 28 feb. 1587 (Sim.); *Alexandre Farnese*, de L. Van der Essen; correspondencia del duque de Parma, 1548-1587 (Sim.) especialmente Parma a Felipe II, 14 feb. 1587 y 22 marzo 1587. *C. S. P. F.* (Holanda y Flandes, 1586-1587).

# EL PAN AMARGO

Roma, 24-30 de marzo de 1587

## CAPÍTULO VI

Antes de acostarse, el mismo día que recibió la noticia de la muerte de María Estuardo, Bernardino de Mendoza dictó tres despachos. El primero, para su señor, Felipe de España. El segundo, para el duque de Parma —éste muy breve, porque ambos se veían con frecuencia—. El tercero, para Enrique de Guzmán, conde de Olivares, embajador de España en Roma. Madrid, Bruselas, Roma: he aquí los tres filos de la cuña que Mendoza esperaba clavar en el mismo corazón de Inglaterra. En Madrid debía pronunciarse la última palabra con respecto al envío de barcos y a la marcha de los ejércitos. En Bruselas residía la base de las tropas invasoras, el mismo ejército en que Mendoza había servido y al cual todavía consideraba como el mejor del mundo. En cuanto a Roma... Por muy poco que a Mendoza le agradase mezclar el clero con la política, hacía tiempo que había comprendido que en esta empresa necesitaba del primero imprescindiblemente.

El conde de Olivares era, según Mendoza, maestro en tratar al clero. Hablaba a los cardenales como de igual a igual, como un Guzmán, como un Mendoza podía hablarles. Se había mostrado firme con el último papa, Gregorio III, e igualmente firme con el actual, Sixto V,

cosa que casi nadie en Roma se hubiese atrevido a hacer. Olivares sentía tanta impaciencia como Mendoza ante la lenta actitud de su señor y aunque no compartiese el rencor personal de aquél hacia los ingleses, aspiraba a exterminarlos igualmente. Por supuesto, dadas las circunstancias, Olivares era persona de confianza para cuanto fuese necesario hacer.

Sin embargo, al saber la noticia de la muerte de María Estuardo, Mendoza creyó oír como un tañido de campana… Tuvo la impresión, más fuerte de lo que habría podido explicar, de que se avecinaba una crisis, un momento decisivo. Esta vez era esencial que cuanto hiciese en Roma la diplomacia española fuese bien estudiado; que cada punto resultase claro y explícito sin importar las veces que se hubiese considerado con anterioridad.

Uno por uno, Mendoza los fue revisando todos. Para empezar, la reina de Escocia había muerto mártir. Fue asesinada por ser católica y por constituir la esperanza principal de los católicos ingleses. Había que asegurarse de que su majestad entendiese bien este punto. Por otra parte, al morir —y también unos meses antes— María había renegado de su hijo hereje y había delegado sus derechos de pretendiente al trono y gobierno del pueblo inglés en Su Muy Católica Majestad el rey de España. Mendoza tenía en su poder una copia de la carta en que ella así lo declaró. Otra copia estaba en España y en Roma había una tercera. También se tenía que subrayar, ante Su Santidad, la indolencia del rey de Francia; su pretendido envío de un embajador especial para salvar la vida de María era realmente un fraude. Posiblemente dicho embajador no hizo sino apremiar a Isabel para que precipitase la muerte de María. Mendoza estaba tan

seguro de ello como si hubiese estado presente en la conversación. Ahora, a menos que le asustasen un poco, Enrique III pactaría con los herejes con el fin de perjudicar a España. Se hacía necesario recordar a Su Santidad que la Iglesia sólo podía confiar en el duque de Guisa y en la casa de Lorena. Entretanto, con la empresa tan próxima, Su Santidad había de ocuparse muy especialmente de los católicos ingleses. Podían ser útiles una vez efectuada la invasión por el ejército del duque de Parma, pero necesitaban un jefe. Habría que nombrar cardenal, inmediatamente, al doctor William Allen para que acompañase al ejército como legado pontificio. Todos los católicos ingleses, declarados y ocultos, tendrían que confiar en Allen y obedecerle. Así, ajustando su seca voz al correr de la pluma de su secretario y con su mirada inexpresiva fija en los apagados leños de la chimenea, el embajador fue dictando el último despacho de aquella larga jomada; las frases, sólidas, transcurrían como las compañías de soldados españoles cuando atisbaban al enemigo, no apresurando el paso, sino agrupándose apretadamente, empujados por una nueva tensión. La carta resultó muy larga.

Ningún correo, al servicio de quien fuera, era más rápido que el de Mendoza. Pero, dada la estación, el camino más corto de París a Roma estaba parcialmente obstruido y la nieve aún cubría los pasajes, mientras que hacia el Sur existía el peligro constante del pillaje de los hugonotes. Hasta la mañana del 24 de marzo no cruzó el mensajero de Mendoza el Ponte Sisto ni atravesó la vía Giulia para entrar en el patio de la embajada española. Llegaba, sin embargo, con bastante anterioridad a otros mensajeros portadores de la misma nueva.

Olivares comenzó en seguida a actuar. Se entrevistó con el cardenal Caraffa, secretario de Estado del Papa, aquella misma tarde para comunicarle los puntos de vista de Mendoza más un par de su cosecha particular, siendo estos últimos: la sugerencia, casi el ruego, de que se celebrase una misa de réquiem por la reina María en la iglesia de San Pedro y la proposición de que ahora, por ser más que nunca apremiante tomar venganza de la reina hereje, Su Santidad hiciese a España un préstamo suficiente para cubrir el retraso de la llegada de la plata de América. El préstamo se estipulaba con la garantía de entrega, por parte del Papa, de un millón de ducados en oro, pagaderos en el momento que los soldados españoles pisasen suelo inglés. Por espacio de más de un año Olivares estuvo intentando cobrar una parte del prometido anticipo en metálico. El hecho, para él y Caraffa, era ya viejo tópico de conversación. Por cierto que Caraffa se impresionó muchísimo al recibir la noticia de la muerte de la reina de Escocia; tanto que prometió a Olivares discutir con el Papa, inmediatamente, su proposición. Aquella misma tarde, Sixto V supo lo que había ocurrido en Fotheringhay. Se ignora lo que dijo.

Y si lo supiésemos, quizá no nos serviría de nada. Entonces, como durante toda su vida, el carácter, la política de Sixto V se ocultaron tras una cascada de palabras. Palabras, en parte, de los otros. Durante su papado abundaron en Roma las anécdotas relativas a Felice Peretti, maliciosa unas, aterradoras otras, algunas divertidas o asustadas e incluso increíbles y afrentosas. Había fascinado a los romanos y, por espacio de cinco años, los versificadores Pasquino y Morforio y sus interlocutores parecía que no tenían otro tema de conversación. Sixto había fascinado también al cuerpo

diplomático. En todas las embajadas se contaban anécdotas suyas —con más lujo de detalles si quedaba por indiscreto o poco hábil— tal vez para vengarse por el miedo que de él sentían. La principal fuente de aquella verborrea tras la que se ocultaba —se oculta aún— la verdadera personalidad de Felice Peretti era el propio Papa. Las palabras brotaban de su boca en torrente espontáneo, nunca calculado, temerariamente emocional, y en apariencia revelador, aunque realmente nada revelase. Y no, según pueda parecer, por el expreso propósito de engañar sino porque con este torrente de palabras se liberaba de todos sus impulsos superficiales, los cuales —debido a su rígida introspección— no hallaba salida por medio de la acción. Lo que resulta difícil de descubrir en sus propios textos conservados y en los que a él hacen referencia es un solo indicio del gran gobernante que llevó la paz y el orden a los Estados Pontificios y el agua a Roma. Para conocer a Sixto V hay que tener en cuenta sus obras, no sus palabras.

Solía, por ejemplo, hablar muy a menudo de Isabel de Inglaterra con admiración. ¡Qué mujer! ¡Y qué princesa! Dueña tan sólo de la mitad de una pequeña isla, sabía mantener en jaque a los dos más grandes soberanos de la cristiandad. ¡Qué corazón tan gallardo y qué gran ingenio! Si hubiese sido católica, ¡cuánto le hubiese gustado a Sixto V mantener con ella una amistad! Sixto hablaba a menudo también de Felipe de España y por cierto con enorme variedad de matices, que iban desde la festiva impaciencia hasta la cólera más profunda. Pero esto no quiere decir que el Papa viese con buenos ojos a Isabel y con recelo a Felipe. Felipe era el socio a quien de modo permanente estaba ligado, aunque ello pudiera resultar amargo para los dos. Era para ambos tarea común

restaurar la unión de la cristiandad. Felipe resultaba ser el aliado indispensable; Isabel, la enemiga. Sixto sabía que dondequiera que los herejes resistiesen a sus soberanos seguro que había intriga inglesa y oro inglés. En Francia y aun en los Países Bajos —como últimamente en Escocia— las revoluciones protestantes dependían del oro inglés. Y los príncipes protestantes de Alemania y Escandinavia confiaban en Inglaterra para mantener a los triunfantes ejércitos del catolicismo lejos de sus fronteras. Sixto podía tratar a Felipe con ironía, indicándole que, por conveniencia propia «se apresurase a acabar con los ingleses», pero en el fondo sabía que éste era un asunto tan complejo como la propia cristiandad y no hubo Papa del linaje postridentino más enteramente dedicado que él a la recuperación para la fe de todos los territorios que desde Lutero se habían perdido. Cierto que no ocultaba su admiración por la reina de Inglaterra, pero estaba dispuesto a ayudar, con todos los medios a su alcance, a quien se propusiera terminar con ella. Al Papa, pensara lo que pensara o dijese lo que dijese acerca de la muerte de la reina de Escocia, lo que realmente le importaba era esto: «¿Se sentiría el rey de España, tan lento habitualmente, aguijoneado por la situación?».

En las semanas siguientes, Sixto V actuó como si así lo creyese.

En la noche del 24, la noticia dada por Olivares, no importa por qué medios, era conocida en todas las principales embajadas —la francesa, la veneciana, la florentina—, y también por algunos cardenales. Bajo muchos techos de Roma, y con gran variedad de énfasis, resonaba la pregunta que el propio Sixto se acababa de hacer. Pero en ningún sitio se formulaba con mayor ansiedad que en una pequeña casa, sencillamente

amueblada, situada junto al Seminario Inglés, no lejos de la embajada española. Para que la noticia llegase a las embajadas, Olivares se sirvió de distintos medios, pero al referido y modesto domicilio envió una nota de su puño y letra por medio de uno de sus criados, antes incluso de hablar con Caraffa sobre el particular. En aquella casa habitaba el hombre que Mendoza tanto recomendó a Olivares, el fundador y presidente del Seminario Inglés de Douai y cofundador del Seminario Inglés de Roma, el doctor William Allen.

El Seminario Inglés de Roma sigue aún instalado en la vía di Monserrato, al igual que en los tiempos de Allen, pero la pequeña casa colindante ha desaparecido. En viejos trazos, por un rincón u otro, pueden divisarse aún atisbos de ella. Había una puerta que daba a la calle y junto a ella un corredor estrecho —quizá sólo un pasaje cubierto—, que daba a un patio oscuro. Tras la citada puerta había un vestíbulo donde esperaban los visitantes del doctor Allen y en donde sus criados charlaban y se querellaban de día y dormían de noche. Tras este recinto debía de estar la cocina. Las habitaciones de Allen se hallaban situadas en el *piano nobile*, en lo alto de dos tramos de escalera hacia el centro del edificio. Había un estudio amueblado con una mesa de grandes proporciones, algunos bancos y taburetes, un pesado cofre (regalo de Su Santidad) y un estante para libros, había también una alcoba, parecida a una celda, situada tras un arco bajo y en donde sólo cabía una sencilla cama —con un crucifijo sobre su cabecera, en la pared— y algunas perchas para colgar ropa.

La sencillez del mobiliario no se debía a la falta de medios económicos únicamente. Cierto que los ingresos del doctor Allen eran reducidos y que tenía muchas demandas que atender, pero podía haberse permitido

algún adorno y también una o dos sillas. Pero ni siquiera años más tarde, siendo ya cardenal, se permitió el más pequeño lujo. No es que lo hiciera por la ostentación de negárselo a sí mismo, pues nada más ajeno a su forma de ser, sino seguramente porque aunque llevaba dos años viviendo allí no consideraba la casa como un domicilio permanente. (En la casa de muchos exiliados actuales ha podido observarse la misma cualidad de interinidad).

William Allen llevaba veintidós años fuera de Inglaterra. En veintidós años no había visto Oxford, lugar en donde, joven aún, supo ganarse una muy buena situación, sacrificada antes de los treinta años por motivos de conciencia; tampoco había visto en todo este tiempo la casa de su padre, Rossall, en Lancashire, a pesar de que en plena juventud y hallándose enfermo se llegó a temer por su razón hasta tal punto que un médico belga dictaminó que si no volvía a la patria acabaría por morir. Desde que salió de Inglaterra, William Allen tuvo ocasión de comprobar —como muchos exiliados antes que él— lo duro que es subir y bajar las escaleras de las casas de los extraños, y qué amargo es el pan que el exiliado ha de comer.

En sus años de exilio, Allen nunca dejó de trabajar y conspirar en espera de volver al hogar algún día. En 1561, cuando renunció a la rectoría del St. Mary's Hall en Oxford, quizá creyó, como la mayoría de los refugiados católicos ingleses, que sería por poco tiempo. Ya por entonces, algún exiliado cifraba sus esperanzas en la joven reina viuda de Francia que aquel verano había embarcado con destino a Escocia. Algunos comenzaban a hablar de una bula pontificia de destitución que sería sancionada por Francia o España, o tal vez por ambas a la vez. Pero los más, confiaban en recursos menos violentos. Dios

quitaría del trono a la hija de Ana Bolena o suavizaría su corazón. Para los más optimistas, e incluso para los políticos de experiencia, esta última circunstancia era más probable. Una mujer no podría gobernar, ella sola, por mucho tiempo un país tan turbulento como Inglaterra. Por otra parte, todos sus probables pretendientes resultaban ser católicos. Una vez casada, Isabel podría escapar el dominio de los puritanos e Inglaterra se reconciliaría una vez más con Roma. Durante muchos años los refugiados se aferraron a esta esperanza.

Luego se fue oscureciendo la espera. El propio Allen quedó desconcertado cuando, al volver a Inglaterra en el año 1562, vio cómo la vieja fe había ido desapareciendo y cómo muchos que se decía católicos acudían a las iglesias anglicanas con el consentimiento e incluso el beneplácito de sus clérigos. Cuando en 1565 abandonó Inglaterra por la que había de ser última vez, Allen tuvo el convencimiento de que cuando su patria volviese al redil necesitaría un nuevo clero bien preparado. Así nació la idea del Seminario Inglés de Douai, que él ayudó a fundar.

Luego se produjo el levantamiento del Norte y tras su fracaso, una nueva ola de refugiados aún más desesperados y llenos de rencor. Habían visto cómo, por primera vez, se derramaba sangre en el reino por motivos religiosos y como fuera que los ahorcamientos y las confiscaciones en el Norte no se interrumpían, su rencor crecía más aún. Aunque casi todos se quedaron en los Países Bajos, algunos marcharon a París, Madrid y Roma, clamando venganza. Pero Roma era la única que les oía. El rey Felipe tenía otras preocupaciones: la inquietud en los Países Bajos, la revuelta de los moros y los barcos turcos desafiándole en sus propios mares. Los ingleses le habían provocado muy seriamente, pero él quería a toda costa

mantener la paz con Inglaterra. Si Francia lograba terminar su guerra civil-religiosa, era más probable que atacase a España que a Inglaterra. Pero, aunque nadie más que los ingleses le prestara atención, el muy santo Pío V, en su encíclica *Regnans in excelsis* —25 de febrero de 1570 — excomulgó a la reina Isabel declarándola hereje y perseguidora de la verdadera religión. Es más, invocando un derecho que la Santa Sede había más proclamado que ejercido, el Papa privó a Isabel de su «pretendido derecho al trono» y liberó a sus súbditos de toda obediencia, ordenándoles —bajo pena de anatema— no obedecer en adelante órdenes ni leyes suyas.

La encíclica no hizo sino añadir tensión a una situación ya harto crítica. «Es mejor creer en la doctrina de la Iglesia que en un acta del Parlamento»; de esta suave manera expuso la situación a lord Burghley más de un refugiado católico. Pero esto significaba, para católicos y protestantes, la necesidad de escoger entre obedecer a una autoridad internacional o a las leyes de su propio país. Los gobiernos así desafiados —el de Felipe en los Países Bajos, el de Valois en Francia, el de Tudor en Inglaterra— llamaron a esos hombres traidores y rebeldes, tratándoles como a tales. Pero en el siglo XVI había muchos hombres, tanto protestantes como católicos, que por razones de conciencia estaban dispuestos a defender sus creencias por todos los medios, conspiración secreta y rebelión armada incluidas. La encíclica de Pío V parecía empujar a los católicos ingleses a extremos de esta clase.

Para empezar, pesó mucho sobre el ánimo de William Allen. Se ignora exactamente en qué momento llegó él a la conclusión de que la encíclica señalaba la única senda posible de salvación para lo que denominaba a menudo su «perdida madre-patria». En el año 1575 estaba ya muy

comprometido en un complot para rescatar a María, reina de Escocia, por la fuerza de las armas y derribar a la mujer a quien consideraba como usurpadora y tirana. Cuando en 1577 su amigo Nicolás Sander le escribió diciendo que «la entera cristiandad dependía de la fuerza de la invasión de Inglaterra», podemos estar seguros que él estuvo de acuerdo con aquella opinión. Así, después de fracasado el alzamiento de Sander en Irlanda, en el que halló la muerte, Allen pasó a ser caudillo de los refugiados ingleses que reclamaban la intervención extranjera contra Isabel.

En la década transcurrida desde que ocupó el puesto de Sander, Allen sufrió muchas decepciones. Conspiraciones y cruzadas prometidas se habían resuelto en nada. «Si esta vez», escribió en 1582, «la empresa no se realiza, me consideraré amargado para siempre». Poco tiempo después el plan se venía abajo y en unos meses más ya estaba él de nuevo, pacientemente, preparando otro. Fracasado éste, a su vez, se sintió tan desesperado que parecía dispuesto a retirarse de la política, pero en la misma carta que así decía, ya estaba hablando de un nuevo plan. Y entretanto, ni por un momento dejó de discutir, escribir, resolver problemas, dirigir la administración de los Seminarios, preparar la edición de libros y su clandestina distribución, y manejar la muy activa organización secreta encargada de facilitar a sacerdotes, estudiantes, mensajeros y refugiados la entrada y salida de Inglaterra. El gobierno, furioso, buscaba sus libros y los quemaba. Pero se calculaba que en Inglaterra más de 20.000 copias de unos doce títulos pasaban de mano en mano. Los agentes de la corona perseguían al clero por todo el país, torturaban horriblemente a los sacerdotes, ejecutando a algunos por

el sistema medieval de horca y descuartizamiento y expulsando a otros del reino. Pero según los confiados cálculos de Allen, en 1587 aún más de trescientos sacerdotes vivían en diferentes casas de nobles y caballeros principales esparcidos por el reino, y ellos se encargaban de mantener despiertos la mente y el corazón de los fieles para el día de la liberación.

Pero todo esto no era más que un triunfo menor. La campaña principal aún no había empezado. La vieja herida sangraba todavía. Allen así lo hizo constar, para el clero y los seglares, al escribir:

«Tú sabes, buen Dios, cuán a menudo hemos lamentado que por nuestras culpas nos veamos reducidos a pasar toda nuestra vida, o buena parte de ella, lejos de nuestra patria a la que nos debemos y a la que, en otros tiempos, habríamos dedicado nuestra existencia. Sabes igualmente cómo lamentamos que nuestro esfuerzo sea dirigido, así como nuestra vida y nuestro trabajo dedicados a personas extrañas y no a nuestras queridas familias, en el hogar».

Mientras viviesen aferrados a su fe, Allen y sus colaboradores no podrían estar conformes en prestar servicios en suelo inglés hasta que un católico ocupase el trono.

Había otro motivo de ansiedad, una razón para darse prisa, que todos los exiliados ingleses compartían, pero que Allen sentía con mayor fuerza por haber intervenido en el asunto. Desde el principio, los seminaristas que Allen enviaba a Inglaterra exhortaban a los fieles a que se separasen de los herejes, considerando pecado mortal su asistencia a las iglesias anglicanas. Era opinión de Allen que sólo de esta forma podrían mantenerse intactas las filas de los fieles. Ello significaba para el católico de

verdad confesar abiertamente sus creencias, precisamente en unos tiempos en que debido al alzamiento del Norte, a la encíclica del papa Fío V, al complot de Ridolfi y al exterminio de la noche de San Bartolomé la opinión protestante estaba harto excitada.

La réplica del gobierno fue la persecución todavía más drástica. En 1580 se persuadió a Gregorio XIII para que ampliase la encíclica de su antecesor mediante la explicación consiguiente, con lo cual se empeoraron aún más las cosas. Gregorio XIII declaró que si bien Isabel y sus secuaces herejes seguían excomulgados y maldecidos, los católicos podían obedecer a Isabel y tenerla por reina sin miedo o anatema, *rebus sic stantibus*, mientras las cosas siguiesen igual. Es decir, hasta que la aplicación pública de la encíclica situase a todo buen católico en la encrucijada de la rebeldía. En efecto, a los católicos les estaba permitido afirmar su inalterable lealtad a la reina «en materias civiles» siempre que no olvidasen su deber de atacarla a la primera oportunidad que se les ofreciese. A lord Burghley le asustaba el hecho de inventar nuevas traiciones, leyes que ya no atañían a palabras ni tampoco a actos, sino a «las secretas traiciones del corazón y la mente». La persecución de los católicos fue nuevamente intensificada.

Allen no temía quedarse sin sacerdotes ingleses dispuestos a enfrentarse con la horca. Pero los protestantes tenían un arma más poderosa que la horca. En 1559 quien no acudía a la iglesia para el servicio dominical tenía que pagar una multa de doce peniques. En 1580 la multa alcanzó la cifra de 20 libras mensuales y como sólo los muy ricos podían permitirse tal dispendio un mes y otro mes, mediante una ley del Parlamento se autorizó la incautación de las tierras y fincas de quienes

se atrasaban en el pago. Para todos sus planes de restaurar la fe en Inglaterra, Allen contaba con la ayuda de los terratenientes aristócratas católicos. Pero no había clase terrateniente alguna capaz de resistir indefinidamente tal régimen de multas. Cuanto más tiempo tardara en aplicarse la bula pontificia, mayor peligro corría el grupo católico de quedar reducido a la miseria y a la impotencia, y a la vez, mayor era el peligro de apostasía por parte de los «cismáticos» ingleses que acudían a las iglesias anglicanas, pero simpatizaban con la vieja fe. Allen también confiaba en ellos, pero sabía que cada año transcurrido desde que deliberadamente los puso al margen de los católicos confesionales, su lazo de unión con Roma y con los fieles seguidores de Roma se iba debilitando más y más. Si el día del castigo divino se demoraba mucho, el partido católico inglés quizás fuese demasiado débil para prestar ayuda y Allen tenía la certeza de que sin ésta, una invasión extranjera forzosamente habría de fracasar.

He aquí por qué Allen llevaba diez años insistiendo en la urgencia de la empresa. Ahora, como siempre que atisbo una posibilidad, creía que todavía se estaba a tiempo para actuar. En su mente bullían los viejos argumentos y el antiguo sueño se extendía ante sus ojos. Inglaterra era una nación abierta. Había en ella muchos puertos seguros. Abundaba también el ganado y toda clase de provisiones de que servirse. Sus ciudades carecían de guarnición y prácticamente no estaban fortificadas. Ni una sola de ellas resistiría tres días de sitio. Sus habitantes no estaban acostumbrados a la guerra, no podían compararse a los veteranos españoles. Y, hecho más importante aún, las dos terceras partes de su población profesaban la religión católica o eran sencillamente simpatizantes de la causa

católica. Los católicos confesionales se unirían inmediatamente al ejército católico. Estaban enterados de que no debían nada a la reina y obedecían por puro temor. Algunos magnates cismáticos (Allen guardaba sus cartas) se le unirían a buen seguro por motivos de conciencia, por ambición o por odio a la reina y a quienes la rodeaban. Muchos otros se abstendrían de intervenir en espera de ver la marcha de las cosas. Sólo los oportunistas y los aventureros que prosperaron gracias al favor real defenderían a la soberana; ellos y la vil secta de los puritanos, sólo que éstos (todos de los condados del Este y del Sur) estaban envilecidos por la vida fácil y la ambición. No eran un enemigo digno de los arrojados católicos del Norte y el Oeste que vivían en el campo y aún recordaban el manejo de las armas. Allen creía verles ya… Los Neville, reintegrándose a Westmorland con sus familiares; los Dacres, cabalgando a la cabeza del grupo de sus feudos y amigos; los hijos de Northumberland, arrastrando a la comarca de Percy para vengar la muerte de su padre, y Montague, y Morley, y Lovell, y Storton, defendiendo la causa. Nombres poderosos todos, y quizás otros aún más poderosos e inesperados, como Oxford, Derby, Cumberland y Southampton, e incluso —suponiendo que una incursión a la Torre saliese bien —Arundel galopando para añadir el estandarte de los Howard a los del ejército de la rebelión. Entre todos estos aristócratas, rodeado de sus viejos amigos y parientes, con los pares del reino al alcance de su mano, cabalgaría un hombre con vestimentas de cardenal: el legado pontificio. William Allen iba a reprocharse su fantasía y a apartar los ojos de aquel sueño antes de poder ver en su imaginación el rostro del legado en cuestión.

Habría sido realmente extraño que William Allen, en aquel atardecer y en su austero estudio, no hubiese recibido la visita de un sacerdote del vecino seminario, el padre Roberto Parsons, S. J. En los últimos años el nombre del jesuita se había hecho tan famoso en Inglaterra como el del propio Allen. Parsons había estado en Inglaterra con Edmond Campion para una misión que difícilmente habría causado más alarma de haber sido la pareja de jesuitas un ejército invasor. Desde entonces se había convertido en un formidable panfletista. Pero así como de Allen se hablaba mucho y bien, la fama de Parsons era más bien algo siniestra, debido, en parte tal vez, a que era miembro de una orden que se tenía por misteriosa. Que los jesuitas eran hombres de oscuros secretos y tortuoso proceder era bien sabido por la mayoría de la gente que ignoraba cualquier otra cosa acerca de la orden.

En apariencia y temperamento, ambos amigos eran tan distintos como su propia reputación. Allen parecía un caballero del Norte: alto, de miembros erguidos, y de agraciado y noble porte. Su cabello y barba, otro día rubios como la mantequilla, iban volviéndose grises; su rostro comenzaba a cubrirse de arrugas, producto de las preocupaciones y de la enfermedad que venía sufriendo desde hacía tres años y que había de sufrir durante otros siete, pero era todavía un rostro que respiraba «dulzura y bondad», con la frente alta y más bien estrecha, la nariz larga y delicadamente modelada, los ojos del color de la bahía de Morecambo en un día claro en que soplase ligera brisa del Norte. Hablaba despacio y en tono amable, pero sin vacilaciones y con aire de serena autoridad, gesticulando apenas. Su paciencia era formidable; casi nunca se enfadaba. Muchos eran quienes le encontraban simpático y confiaban en él casi a primera vista. Otros

muchos sentían verdadera devoción por él. No parece que su inteligencia fuese rápida ni extraordinaria, pero era, por naturaleza, un caudillo «nato y apropiado para grandes empresas».

Parsons tenía catorce años menos que Allen; se había convertido al catolicismo y fue en otro tiempo, según parece, casi un puritano. Era un hombre de otra clase social y procedía de un rincón de Inglaterra muy distinto. Su fuerte contextura, su tez morena, su áspero cabello y sus ojos de color pardo claro pueden encontrarse en cualquier parte de Inglaterra, pero con más frecuencia en el Sudoeste. Entre otros ingleses, un hombre como Parsons podía pasar por celta, pero su ascendencia había echado ya raíces en Inglaterra cuando los primeros celtas llegaron a la isla; su estirpe era tan antigua como Stonehenge, Robin Goodfellow o las Quantock Hills. Parsons había nacido en Nether Stowey en donde su padre —se decía— fue herrero. Sus manos y pies grandes, sus anchos hombros, y su pecho curvado, indicaban que él también habría sido un buen herrero de no haberse dedicado a estudiar. Tenía la cabeza igualmente grande y eran, asimismo, grandes sus facciones toscamente modeladas que, en pleno reposo, aparecían como sin terminar y casi brutales, aunque la verdad es que pocos las habían visto así. Tenía el rostro muy animado siempre y como iluminado desde adentro, por el constante juego de la inteligencia, el humor y la pasión, de suerte que con su vivacidad y rápidos cambios de expresión, con su voz persuasiva y flexible, resultaba tan buen orador como elocuente era su prosa. Los que una vez le oían hablar difícilmente le olvidaban; lo que en seguida olvidaban es que su primera impresión acerca de él había sido desagradable, casi repulsiva. La disciplina del noviciado

acostumbró a Parsons a disimular su ferviente e inquieto espíritu con un barniz, al menos aparente, de paciencia, procurándose así un cierto autocontrol que mucho le costó lograr y que algunas veces le resultó precario. Tenía, además, otras cualidades. De la redacción de sus iracundos y violentos panfletos podía pasar a la composición del más sencillo, duce y sólido devocionario que jamás haya existido en lengua inglesa.

Aparentemente no podía existir, pues, una pareja de colaboradores más discrepantes que Parsons y Allen. Y sin embargo, durante seis años, el más joven había sido la mano derecha del otro, sirviéndole como enviado especial, una vez cerca del rey de España y otra cerca del Papa. Ciertamente y aparte del propio Allen, no hubo nadie más inmerso en las intrigas y negociaciones de la empresa que el jesuita Parsons. Que entre los ayudantes de Allen fuese éste el de pluma y lenguaje más dispuesto, el de intelecto más refinado y el de más fértil cerebro, sólo explica en parte su estrecha colaboración. El hecho de que nadie, ni siquiera el propio Allen, creyese con más pasión que Parsons en la urgente necesidad de una intervención extranjera puede que decidiese al primero a seleccionarle. Ambos tenían también en común el ser los más rebeldes exiliados y el ansiar con verdadero fervor el martirio que hasta entonces les escapara y, por encima de todo, el deseo de un simple contacto con el suelo inglés. Pero aún existía algo más profundo. Sus cualidades eran completamentarias, de modo que la suma de sus fuerzas resultaba ser más que una simple adición de las mismas. Era como si cada uno reconociese en el otro algo genuinamente inglés de lo que él mismo carecía o había perdido; como si juntos formasen un verdadero microcosmos de aquella sociedad fuerte que era la

Inglaterra medieval. En todo caso sabemos que ambos trabajaron juntos en perfecta armonía por lo menos durante diez años y que desde el momento en que se encontraron por vez primera hasta mucho después de que los últimos supervivientes de la Armada llegasen, tras largos esfuerzos, al puerto de origen, mientras Allen moría en Roma y Parsons se consumía vivo en España, nadie que les conociera sospechó siquiera existiese entre ellos diferencia alguna.

A finales de 1585 llegaron juntos a Roma y desde entonces trabajaron conjuntamente. Colaboraron, por ejemplo, en el complicado estudio de una genealogía por el que demostraban que al descender de Eduardo III, Felipe II tenía —después de María Estuardo— más legítimo derecho al trono de Inglaterra que ningún otro príncipe ortodoxo. Habían enviado el documento a Felipe, para su consideración, y desde entonces empezaron a redactar también juntos un panfleto, en inglés, en defensa de la rendición de Deventer, plaza entregada por *sir* William Stanley al duque de Parma. Posiblemente trabajaban en esto cuando llegó el mensaje de Olivares, ya que la noticia de la rendición de Deventer la supieron tres semanas antes y el libro quedó listo para la imprenta tres semanas después.

Era un libro corto, pero difícil de escribir. Su propósito declarado era resolver los escrúpulos de un caballero católico del regimiento de Stanley preocupado por la actuación de su comandante. ¿Fue justo que Stanley entregase a los españoles una plaza holandesa cuya defensa le había sido confiada? ¿Y qué decir de los soldados que habiendo jurado servir a la reina se encontraron de pronto en el campo enemigo? Pero el verdadero propósito del libro era más complejo. Estaba

destinado no sólo a todos los católicos ingleses que servían en los Países Bajos, sino a todos los católicos ingleses —los que lo eran en secreto y los confesionales—, y pretendía decir explícitamente con todas las citas apropiadas de la Biblia y el derecho canónico lo que hasta entonces Allen sólo había insinuado:

«Que pues todos los actos de justicia, realizados dentro del reino por autoridad de la reina, desde que ella por pública sentencia de la Iglesia y la Sede Apostólica fue declarada hereje y enemiga de la Iglesia y... depuesta y excomulgada... (son) vanos por la ley de Dios y la de los hombres, he aquí que de igual modo ninguna guerra puede ser legalmente sostenida por ella. Y que nadie, según la ley, puede servir o prestar ayuda a un príncipe hereje sin ser automáticamente excomulgado..., porque quienes rompen con Dios no pueden pretender obediencia ni fidelidad de quienes fueron sus súbditos».

Así pues, Allen no podía desear nada mejor para su patria que ver a todos los ingleses, en cualquier guerra, en suelo patrio o extranjero, imitando, por motivos de religión, al regimiento de Stanley, para que:

«... en servicio del Todopoderoso y por el más grande y justo monarca del mundo (Felipe II, por supuesto) y bajo el mando de un general tan noble (el duque de Parma)... sean una notable ayuda... en la tarea de someter a nuestro pueblo a la obediencia de la Iglesia de Cristo, librando a los católicos amigos y hermanos nuestros del maldecido e intolerable yugo de la herejía».

Si la muerte de María Estuardo significaba que había llegado por fin el momento de actuar —y Allen confiaba que así fuese—, era de suma importancia tener el

manuscrito terminado, impreso y en vías de su clandestino reparto en Inglaterra.

Allen y Parsons tenían otros asuntos de carácter inmediato por decidir. Habían considerado muy a fondo la gran empresa meditando toda posible contingencia desde todos los puntos de vista posibles. En cuestiones de política del momento ambos eran realistas. Habían dejado de contar con María Estuardo desde el día en que el severo encarcelamiento de que había sido víctima hizo casi imposible su liberación. A los Guisa y a los franceses les tenían descartados también desde hacía tiempo y habían llegado a la conclusión de que —a menos de que con un golpe de mano realizado por sorpresa se pudiera llegar hasta ella— la reina de Escocia moriría antes de que el ejército invasor hubiese pasado muchas horas en suelo inglés, y posiblemente, antes de que la flota invasora zarpase.

Aquella misma noche decidieron presentarse a la mañana siguiente en la Embajada española para solicitar consejo e instrucciones sobre ciertas específicas líneas de acción necesitadas de coordinación con el embajador. Posiblemente fue Parsons quien redactó el correcto cuestionario que Olivares envió a España. Desde hacía tiempo, Allen y Parsons habían descubierto que ésta era la forma más sencilla para tratar al embajador español. Con ello Olivares se hacía una elevada opinión de su prudencia y sagacidad así como de su humildad cristiana.

Parsons se hizo cargo también de los asuntos inmediatos a tratar con la curia. Había que sondear a los tres o cuatro cardenales de su confianza, y procurar que Sixto hiciese unas manifestaciones enérgicas —todo lo posible— sobre la muerte de María. Convenía que el Papa supiese por

varios conductos que los franceses se habían mostrado negligentes o acaso algo peor. Últimamente parece que había surgido el proyecto de convertir al catolicismo al hijo de María, Jaime VI, hecho que no podía ser más inoportuno; pero había que tratarlo con delicadeza si no se quería levantar las sospechas del rey Felipe por un exceso de entusiasmo y el enfado del Papa por un exceso de frialdad. También era llegado el momento de dar un nuevo impulso a la campaña en pro del cardenalato de Allen, cuestión esta que siempre estuvo al especial cuidado de Parsons.

En cuanto a Allen, su labor consistiría en escribir a los refugiados ingleses que estaban con el duque de Parma y en enviar los oportunos mensajes, en el momento preciso, a Inglaterra —vía Reims— y a Escocia, donde ya estaba en contacto indirecto con los nobles católicos. Pero antes tenía que escribir a Felipe. Una carta respetuosa, por cierto, pero incitándole fuertemente al castigo de la Jezabel inglesa por su iniquidad real. No había por qué mencionar las tropas inglesas de los Países Bajos o los recientes saqueos de Drake en las Indias Occidentales. Allen conocía a su hombre muy bien; sabía que no hacía al caso mencionar todo eso. En la carta sólo debía hablarse de la triste situación de los católicos ingleses que ahora sólo en Felipe podían cifrar su esperanza de ayuda; del deber del rey con respecto a Dios y a la república cristiana; de la seguridad en la victoria que sólo podría ser para el campeón de la fe. Durante años Allen, hablando de la reina de Escocia, decía: «la muy temida soberana señora», en prueba de la transferencia de su lealtad de Isabel a María. En latín, la forma de dirigirse a un monarca es forzosamente mucho más ambigua, pero Allen definió muy explícitamente su posición firmando el

documento dirigido a Felipe así: «Su devoto súbdito y siervo, William Allen». Tras la muerte de María Estuardo, estaba dispuesto a aceptar a Felipe de España como su legítimo rey.

NOTAS

Mendoza a Olivares, 28 feb. 1587; Olivares a Felipe II, 25 y 30 de marzo 1587, y William Allen a Felipe II, 25 de marzo, todos en Simancas y fechadas (registradas) en *Cal. Span.*, IV. La colección completa de la correspondencia de Olivares (Sim., Estado, Roma 950), muy inadecuadamente registrada, es de gran valor para lo referente a los exiliados ingleses y para otros muchos aspectos políticos de la empresa.

Para los exiliados católicos ingleses, *Englan and the Catholic Church under Elizabeth* (Londres, 1916), de A. O. Meyer, es todavía indispensable. También, aunque no tan satisfactoria, *Les refugies anglais dans le pays bas* (Lovaina, 1914), de Robert Lechat. Muchas, aunque no todas las cartas de William Allen, han sido publicadas en *Letters and Memorials of William Allen* (1882) con una introducción biográfica de T. F. Knos. Respecto a Parsons, *The Memoires of Father Robert Parsons*, de J. H. Pollen en *Cath. Rec. Soc. Mise.*, II (1905) y IV (1907). Hay una abundante y creciente bibliografía de estudios especiales sobre los católicos ingleses bajo el reinado de Isabel. Además de buscar en ella, fui lo suficientemente afortunado para poder hacer uso de trabajos tan inéditos como, *Spain and the English Catholic Exiles*, del reverendo Albert J. Loomie, S. J. (Universidad de Londres), y *Robert Parsons, English Jesuit*, de John Edward Parish (Universidad de Columbia).

La Folger Shakespeare Library en Washington, D. C., tiene un buen surtido de cartas, que antiguamente se hallaban en la colección de *sir* Thomas Phillipps y que estuvieron, según parece, en la embajada española en Roma, todas relativas a los negocios de los exiliados católicos ingleses. Muchos de estos documentos son difíciles de encontrar ahora, ya sea en Roma o en Simancas y la edición privada de Phillipps, *De conquestu angliae per Hispanos* (Middlehill, 1869) contiene solamente las más inteligibles. La utopía de Allen sobre el levantamiento de los católicos ingleses, parafrasea simplemente su carta (¿de sept. 1585?) al Papa Sixto V en Folger Mss. G. b. 5. Véase mi artículo en *Aspects de la propagande religieuse* (Travaux d'Humanisme et Renaissance, XXVIII, Ginebra, 1957) pp. 325-339.

Estoy agradecido a la hermana Josefa Damián, del Colegio de San José, Brooklyn, N. Y., por sus detalles sobre el Colegio Inglés en Roma y sus edificios adyacentes.

# EL EVIDENTE DESIGNIO DE DIOS

San Lorenzo de El Escorial, 24-31 de marzo de 1587

CAPÍTULO
VII

Los mensajes que Mendoza mandó a España puede que llegasen al mismo tiempo que los enviados a Roma. El embajador de Venecia supo finalmente que la noticia de la muerte de María Estuardo se recibió en El Escorial la noche del 23 de marzo. Ciertamente debió de ser así. Desde París, la ruta hasta Madrid era más dura que hasta Roma, más peligrosa en Gasconia, más áspera y difícil en Castilla la Vieja, pero bastante más corta. El correo para España había salido antes; seguramente dispuso de los mejores caballos de los establos del embajador y tan pronto como llegó a la frontera, el mensaje debió de salir a toda velocidad hacia el Sur por mediación del correo real. Pero no existe la seguridad de que así fuese. Aunque lo intentase, Felipe II no podía corregir con su propia escritura todos los errores y omisiones de sus subordinados. Este despacho carece, pues, de fecha de recibo. El cuerpo diplomático no supo nada de la muerte de María hasta el 31 de marzo. Los embajadores pasaban mucho frío en Madrid —ciudad alejada de El Escorial unas treinta millas por carretera aproximadamente— y aun en las contadas ocasiones en que el camino no estaba cubierto de barro a causa de la nieve y la lluvia, los

chismes de la corte eran a menudo la comidilla general ocho días antes de que llegasen a oídos de algún embajador.

Entretanto los diplomáticos no hacían más que preguntarse qué es lo que estaría haciendo el rey allí entre aquellas montañas.

Llegara la nueva cuando llegase, lo cierto es que el 31 de marzo Felipe no había tomado ninguna decisión. Las razones de su actitud pueden ser varias. Cuando una valija diplomática llegaba a El Escorial, su contenido, por urgente que fuese, era recibido por el funcionario apropiado, descifrado por un empleado y colocado, junto con el original, sobre el apropiado sector de la larga mesa de la sombría habitación en que el rey pasaba la mayor parte de sus horas de vela. Sobre aquella larga mesa se amontonaban toda clase de documentos oficiales: correspondencia de embajadores, informes de virreyes, de gobernadores, de oficiales de aduanas, de funcionarios municipales y del Tesoro. Allí se amontonaban también peticiones y memoriales, resultados de investigaciones judiciales, estados de cuentas de diferentes puertos, minas y fundiciones, además de los de la casa real. Iban llegando cada día, de todos los reinos de Castilla, de la Corona de Aragón —últimamente también de Portugal— y de otras posesiones de Felipe II, de Nápoles, Sicilia, Milán, el Franco Condado y las provincias belgas; de Méjico, Perú y Brasil; de la dorada Goa y la africana Soana y de las islas de los mares de Oriente y Occidente. Nadie, desde el principio de la Historia, había gobernado tantos territorios como Felipe II de España. Nadie había sido dueño de tantos títulos de reinos, de tantos ducados, condados, principados y señoríos. Y nadie, sin duda alguna, había tenido que leer tantos documentos. Más tarde o más

temprano, Felipe leía, si no todos, por lo menos gran parte de ellos, dejando con su letra minúscula al margen de las páginas agudos comentarios de estadista y triviales correcciones de ortografía y gramática. Cada anotación era como una prueba, para la posteridad, de su abrumadora, su asombrosa actividad. Por supuesto, algunas veces se atrasaba un poco. Si el mensaje que Mendoza envió con tanta urgencia quedó sin leer durante algunos días, tal vez durante algunas semanas, sobre la mesa del rey, ciertamente no había sido el primero ni el último en correr tal suerte.

No obstante, por regla general, los despachos urgentes recibían rápida atención. Generalmente, si Felipe tardaba en actuar era porque le gustaba pensar las cosas dos veces. Solía revisar metódicamente todos los argumentos en favor y en contra de una determinada decisión, planeando el asunto por escrito apoyándose siempre en los documentos apropiados. Cuando estaba entre sus consejeros tenía costumbre de escuchar, pero casi nunca hablaba. Después, en silencio, como atrincherado tras sus consoladoras montañas de documentos, mientras oscilaba la llama de las velas y algún subsecretario bostezaba en un rincón, lenta y obstinadamente Felipe forjaba su criterio.

En este aspecto —así como en otros— de la personalidad del rey, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial es todo un símbolo y una revelación. Ya cuando luchaba en las guerras de su padre en los Países Bajos, Felipe había soñado en San Lorenzo, e incluso en estos tempranos sueños siempre situó el palacio-monasterio en España. En cuanto volvió a la patria comenzó a buscar el lugar adecuado. Paseó mucho por las desnudas laderas cercanas al mísero poblado de El Escorial antes de que fuese hundida la primera estaca o cavada la primera zanja,

bebió agua en los manantiales de la montaña, respiró aquel aire transparente y sintió la lluvia y el viento sobre sus mejillas. Una vez decidido, se apresuró a lanzar sobre el lugar seleccionado un ejército de obreros y a una confundida y un tanto irritada comunidad de monjes jerónimos. Desde entonces a Felipe le resultaba muy difícil alejarse de allí. Prefería aquella bucólica austeridad al mundano Toledo, al suave y delicioso Aranjuez; prefería su austero dormitorio semejante al de un cura de aldea por lo sencillo, o una improvisada celda en el monasterio provisional todo él construido en madera, a sus palacios más agradables. En los veinte años transcurridos durante la construcción de San Lorenzo, constantemente discutió los detalles con el arquitecto, recorriendo los andamios con el maestro constructor, dando ánimos a los obreros con mayor interés y más amabilidad de los que nunca dedicó a los grandes del reino. Las líneas principales del edificio y muchos de sus detalles eran completamente obra suya.

Desde el principio Felipe concibió para la parte central del edificio un noble templo donde pudieran reposar los huesos de su padre y los suyos y donde pudieran celebrarse misas por el alma de ambos (muchas misas diarias hasta el fin de los tiempos). Así, en adelante, vivió como obsesionado por el miedo de morir antes de ver terminada su tumba. Presionaba tan urgentemente el trabajo que sus consejeros se lamentaban de que el rey pasase tanto tiempo en el monasterio como por todos sus dominios. Ahora bien, aunque la decoración del interior no podía darse por terminada mientras los agentes del rey pudiesen encontrar un nuevo cuadro en Venecia, otro tapiz en Flandes o alguna pieza de escultura clásica en Roma o Nápoles, la última piedra del edificio y la última

viga habían sido colocadas hacía ya dos años. La inmensa mole de piedra que alzó a su alrededor retrataba su peculiar carácter como ningún otro edificio de Europa haya reflejado jamás el espíritu de un hombre.

El monasterio está situado en la ladera de una montaña con la rocosa y accidentada cordillera del Guadarrama alzada en vertical a su espalda y la base de aquélla extendida en declive ante él. Es como un monumento colocado sobre un pedestal para admiración de toda la llanura española. Por sus elevadas proporciones, sus distantes perspectivas, su fondo agreste hacia la parte Norte, y la luz, el aire, el silencio que lo circundan, produce una abrumadora impresión de soledad y de aislamiento. Los macizos muros, desnudos de todo adorno y construidos con granito del lugar, casi parecen surgidos del mismo monte por obra de la naturaleza. Sus estrechas y muy profundas ventanas casi podrían ser bocas de cueva o alma de cañones.

En el centro del edificio se alza la cúpula de la iglesia del monasterio. Su forma recuerda la de San Pedro, detalle que no escapó a los contemporáneos y que probablemente fue concebido para que a nadie escapase. No importa qué emperador hubiesen elegido los alemanes, Felipe estaba convencido de que era emperador por voluntad de Dios y por lo tanto, un personaje tan sagrado como el Papa. El templo que es prueba manifiesta de esta creencia resulta más pequeño que su rival de Roma, pero en la Europa del siglo XVI no existía un conjunto de edificios que pudiera compararse, por su tamaño, al Escorial, si se exceptúa el grupo arquitectónico formado por San Pedro y el Vaticano. Ambos se componen evidentemente de una iglesia y un palacio. Ambos eran en la Europa de 1580 a 1590 edificios modernos, construidos según las normas

arquitectónicas en boga. Ambos respiraban el espíritu de la Contrarreforma. Pero aquí terminaban las semejanzas. La iglesia de San Lorenzo, en los días de Felipe II, carecía totalmente de la alegre ostentación y la opulencia popular características de la de San Pedro. Nunca ha tenido el aire de abierta y universal bienvenida que ésta respira. El San Lorenzo de Felipe II —encerrado en el centro de un monasterio de gruesos muros— es como la ciudadela de una fortaleza, como un estandarte sagrado en el centro de un pelotón. San Pedro es el puntal en el que se apoya la contraofensiva espiritual de Roma, el anuncio confiado y elocuente de la fe católica. La iglesia de San Lorenzo es el símbolo de la belicosa defensa de la ortodoxia por medio de la espada temporal.

Que Felipe consideró el gran monasterio como un desafío y una amenaza lanzados a todos los herejes de Europa y que éstos deseaban, a cualquier precio, destruirlo, es algo más que una simple fantasía. Frecuentemente así lo hacía constar, atribuyendo cualquier accidente o retraso a las maquinaciones de los heréticos espías. Es, pues, bien lógico que un edificio construido por quien así pensaba tuviese aspecto de fortaleza. El hecho de que la iglesia construida en el centro albergase la tumba donde —de acuerdo con los planes establecidos para toda su compleja estructura— habían de celebrarse gran número de misas por el alma de Felipe y de sus familiares, revela, más que la espiritualidad del rey, su sentido de la posición única que con los suyos creía ocupar en la cristiandad. De igual manera, la elección del sitio en donde construir el monumento muestra elocuentemente que deseaba situarse por encima aún del más importante de sus súbditos. No obstante, El Escorial revela algo más que la personalidad pública del propio Felipe. En el recóndito corazón del

inmenso edificio, precisamente junto a la iglesia del monasterio se ocultan unas habitaciones austeras, siendo las dos más importantes una especie de estudio o cuarto de trabajo con bastante luz, pero algo pequeña, y más allá un dormitorio o alcoba con una pequeña ventana con postigos que da precisamente al interior del templo, a su altar mayor. El monasterio, el palacio, la tumba, todo resulta ser como otras tantas máscaras que oculten un lugar de retiro, un refugio, casi un escondrijo.

Que el lugar seleccionado por Felipe para edificar El Escorial garantizase el aislamiento, no bastaba. En la desnuda y rocosa ladera de la montaña donde fue edificado no existía ni una sola casa decentemente habitable, aparte del propio San Lorenzo, y el usufructo de la tierra de los alrededores no permitía la construcción de otras moradas. Más aún, pese a las grandes dimensiones del edificio, reinaba en él gran actividad, pues, según lo dispuesto por el rey, había en su interior escuela, biblioteca, taller y hospital. Es decir, que allí sólo cabían la comunidad de monjes jerónimos y los componentes de la casa real. No quedaba sitio para los enjambres de cortesanos suplicantes y oportunistas que acosaban al rey en cuanto la corte se trasladaba a Madrid o a Valladolid. Allí, sus poderosos primos, los grandes del reino, y los corteses e inoportunos enviados de aliados y súbditos no podían forzarle a hospitalidad alguna, ni podían instalarse por allí cerca.

Sin embargo, aun dentro de aquel aislado lugar, Felipe se había procurado un mayor aislamiento. El pequeño conjunto de habitaciones poco acogedoras en las que pasaba el rey cada año más tiempo fue proyectado para mantener a distancia a los demás. Las cámaras eran demasiado pequeñas, los pasillos demasiado estrechos

para que en ellos pudiera agolparse una multitud. Los accesos se controlaban con facilidad; bastaba una mirada para examinar un recinto; no era posible tropezar de improviso con un visitante inesperado. Felipe amaba a su familia pero ésta ocupaba otro sector del edificio. También amaba a sus monjes y confiaba en ellos, pero su acceso personal al coro se hacía por una puerta escondida y una escalera secreta. Hasta la entrada pública a sus habitaciones tenía aspecto misterioso y apartado. Una vez en ellas, Felipe podía disfrutar de verdadero aislamiento total. En el siglo XVI y durante toda la Edad Media, el aislamiento y la vida privada fueron envidiable prerrogativa de los ermitaños. Cuanto más importante era un hombre, mayor había de ser la multitud que le rodease en sus horas de vigilia. Es posible que fuese más por su creciente amor a la vida privada que por su convencional piedad por lo que muchos llegaron a creer que Felipe II, a medida que se hacía viejo, resultaba monjil.

En cierto modo, esto era cierto. Trabajando con los ojos enrojecidos, los huesos doloridos, los dedos rígidos, aquel hombre que se había impuesto a sí mismo el cargo de primer funcionario del Imperio español parecía realmente un asceta. En forma progresiva y a medida que se iba haciendo viejo, abandonó en aras de su tarea, no sólo la caza, los bailes y las fiestas —diversiones tradicionales de los monarcas— sino también todo lo que realmente amaba: las flores y los cuadros, los paseos por el campo, la compañía de sus hijos… Y en toda su agonía de dudas, al enfrentarse con cualquier decisión importante que afectara a sus reinos, también debió de existir meditación religiosa. Se sabe que Felipe creía firmemente que Dios exigía más a un rey que al resto de los mortales, y mucho más aún al rey de España. Tenía conciencia de la terrible

carga que pesaba sobre sus hombros. Quizás la soledad de su habitación, semejante a una celda monacal, lejos del paso de las horas, le resultaba tan necesaria en su lucha por saber lo que Dios quería de él, como lo hubiese sido para la solitaria lucha de cualquier monje. Allí, en su casi monacal recinto se encerró Felipe durante siete días —según se cree— sin escribir una sola línea referente a Inglaterra y sin hablar del asunto a nadie, excepción hecha de su confesor, con quien trató acerca del funeral por el alma de la reina. Y no porque tuviese otras consultas que hacer. Si los entusiastas ingleses habían estado presionándole para la realización de la empresa durante más de veinte años, Felipe llevaba considerándola seriamente tan solo cuatro. En su mente y en sus voluminosos archivos el plan había empezado a tomar forma definitivamente clara. En España, los preparativos para la empresa habían comenzado ya y los funcionarios de rigor habían recibido toda la información necesaria sobre el proyecto. Para cuándo sería fijado —si es que se fijaba— el siguiente paso, cuándo empezaría a moverse el pesado mecanismo administrativo con mayor rapidez, era cosa que sólo podía decidir el rey.

A principios de 1580, poco después de que el monarca volviese de su paseo militar por Portugal y no mucho antes de que fuese colocada la última teja en los tejados de El Escorial, la empresa de Inglaterra comenzó a ser un plan bien definido. La anexión de Portugal significaba un gran aumento del poder naval de España en el Atlántico. Los portugueses habían sido los exploradores del océano. En el océano Índico habían usado los cañones de sus veleros para aplastar las galeras de guerra de egipcios y turcos y ganar un imperio basado en el dominio del mar. En aguas africanas y brasileñas, sus galeones habían

alcanzado el mismo éxito contra corsarios ingleses, franceses y españoles. Y en la última fase de la conquista española de Portugal —la toma de las Azores—, un almirante español al mando de galeones portugueses había obtenido dos brillantes victorias frente a los escuadrones que el pretendiente portugués reclutara en los puertos franceses. Combates todos ellos entre embarcaciones al estilo atlántico, en el segundo de los cuales los españoles creyeron haber vencido a los buques ingleses y franceses. Bajo el entusiasmo de esta victoria, el almirante don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, experimentado veterano de Lepanto, se ofreció para derrotar a la flota inglesa en cuanto su soberano lo ordenase.

En respuesta a su ofrecimiento, Felipe II solicitó un presupuesto de las fuerzas que se necesitarían en la empresa de Inglaterra. La pregunta del rey, bien realista por cierto, enfrió algo el entusiasmo del almirante, quien demostró en sus cálculos una justa apreciación de la flota inglesa. Santa Cruz pedía ciento cincuenta barcos grandes, incluyendo todos los galeones (la embarcación de guerra del momento) disponibles y el resto buques mercantes todo lo grandes y bien armados que fuera posible; cuarenta urcas para el almacenaje de las provisiones (grandes barcos de carga, pudiera decirse) y unos trescientos veinte navíos auxiliares de toda especie; botes para transmitir órdenes y para atender posibles naufragios o hundimientos; rápidos y bien armados guardacostas para exploración y persecuciones (zabras y fragatas); un total de quinientos diez navíos además de cuarenta galeras y seis galeazas, tripulados en total por treinta mil marineros y dispuestos para el transporte de sesenta y cuatro mil soldados, totalidad de fuerzas mucho

más considerable de lo que Europa había visto hasta entonces en sus mares. Según los cálculos de don Álvaro, incluyendo armamentos e intendencia necesarios, arcabuces, corazas, picas, pólvora, balas, cuerdas, áncoras, galletas, arroz, aceite, pescado en salazón y todo cuanto la expedición podía necesitar para una campaña de ocho meses, sólo habían de gastarse unos 3.800.000 ducados. No era suficiente si se ha de juzgar por lo que Felipe fue comprando —en lo que hace referencia a barcos y provisiones— durante los años siguientes, pero el almirante igual habría podido pedir 38 millones. No obstante, ambas cifras, al igual que el resto de exigencias que pesaban sobre él, y hasta el creciente aumento de sus deudas, todo estaba fuera del alcance de Felipe II. Y ni siquiera con la cifra más alta mencionada se habría podido reunir la totalidad de las embarcaciones sin que transcurriesen unos años. Para juntar los quinientos navíos que el almirante solicitaba habría sido necesario dejar los puertos de España e Italia casi sin barcos. Desde el punto de vista de la misión a cumplir, el presupuesto del almirante parecía razonable. Desde el punto de vista de la economía, resultaba completamente absurdo.

Pero Felipe II tenía otro presupuesto para contrarrestar el de su mejor almirante; precisamente el que había enviado su más grande general de tierra. Santa Cruz pretendía que toda la fuerza expedicionaria saliese de España por mar; sería pues, una expedición naval unificada con él como jefe supremo. Alejandro de Parma era partidario —si las condiciones se mostraban favorables— de prescindir por completo de la flota. Treinta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería junto con la ayuda de los católicos ingleses bastarían para poner en práctica el plan. Con vientos y mareas favorables intentaría el transporte de su

ejército, desde Newport y Dunquerque, valiéndose de barcazas, en una sola noche. Era la misma idea que tendrían mucho después Napoleón Bonaparte y Adolfo Hitler. Alejandro de Parma, por lo menos, admitía que la condición más esencial para el éxito del proyecto era su condición de total sorpresa. Cómo podían ignorar los ingleses que treinta y cuatro mil soldados y setecientas u ochocientas barcazas se estaban concentrando en las costas de Flandes es cosa que Parma nunca llegó a explicar. Quizá pensara que si, llegada la ocasión, surgía la flota inglesa en su camino, le vendrían muy bien los refuerzos solicitados para los Países Bajos. Felipe comprendió la jugada. En el margen del apartado donde Alejandro de Parma, dentro de su plan, hacía constar la necesidad de que el desembarco fuese por sorpresa, hay una nota de puño y letra del rey que dice: «Poco probable».

Estudiando los planes de sus dos mejores generales, Felipe II entresacó su propio plan. El de Parma recibiría refuerzos por tierra desde Italia, aunque no quizás tantos como solicitaba. Llegado el momento, aguardaría con sus barcazas y su ejército en la costa flamenca. Mientras tanto, Santa Cruz reuniría en Lisboa una flota de combate, una armada capaz de enfrentarse con la inglesa y transportar o escoltar numerosas tropas de infantería española. La armada zarparía rumbo a Inglaterra, dirigiéndose al canal. El duque de Parma ordenaría entonces a sus fuerzas embarcar, y la flota española, unida a sus barcazas, les daría escolta hasta el sitio elegido para el desembarco en algún lugar de la desembocadura del Támesis. Una vez seguras, en su punto de destino las barcazas de Alejandro de Parma y desembarcada la infantería procedente de España, don Álvaro tendría que

asegurar las comunicaciones de Alejandro de Parma por mar. Si la flota inglesa presentaba batalla o surgía la ocasión, don Álvaro tendría que intentar la destrucción del enemigo, pero la principal misión de la armada era proteger el desembarco. Se ignora si don Álvaro comprendió bien el plan, pero Alejandro de Parma sí que lo entendió todo; de igual modo que don Bernardino de Mendoza, por lo menos seis meses antes de morir la reina de Escocia, había comprendido perfectamente todo el alcance de su propio papel.

En cierto modo puede decirse que el plan era bueno. Felipe no parecía confiar —como el de Parma— en los católicos de Inglaterra, aunque, por supuesto, sin contar con alguna división de las fuerzas inglesas, las tropas invasoras difícilmente bastarían para conquistar la isla en su totalidad. Servirse de los veteranos del duque de Parma, haciéndoles cruzar el Canal, en lugar de transportar todo el ejército invasor desde España, resultaba muy económico. (¡Como si Felipe hubiera podido reunir toda la tropa solicitada por don Álvaro o encontrar los barcos para su transporte!). Y era un buen asunto, realmente, aprovechar la incomparable maestría del duque de Parma para la guerra en tierra. Por otra parte, éste no quedaba privado de comunicaciones y medios para la retirada; no se le condenaba a la alternativa desesperada de conquistar Inglaterra o perder todo su ejército. Reduciendo y simplificando el papel de la flota, cabía esperar que las fuerzas que pudieran ser reunidas bastasen para la realización del hecho. Por supuesto era un plan complicado y algo rígido que no permitiría errores ni accidentes. Pero Felipe II confiaba en la habilidad y obediencia de sus generales. No parecía existir un plan mejor.

Sin embargo, hasta aquel momento, los preparativos españoles tuvieron como un aire de vacilación, de tentativa poco firme. Se habían firmado contratos para la compra de importantísimas cantidades de galletas y salazón, tela para velámenes y jarcias. Se estaban reclutando nuevas compañías de infantería y otras ya formadas se reorganizaban para mantenerse en perfecta forma. En Alemania e Italia, los agentes del rey buscaban armamento naval, grandes cañones, culebrinas, toda clase de armas de fuego que un barco pudiera transportar, tanto en hierro como en bronce, y hasta mosquetes, que eran prácticamente armas pequeñas. En los puertos de Andalucía y Vizcaya se concentraban innumerables embarcaciones de toda especie —ragusas, napolitanas, genovesas, francesas, danesas, y otras de las ciudades de Hansa— contratadas o dispuestas para algún servicio eventual. Y en Lisboa se estaban instalando los mástiles de muchos nuevos galeones mientras se reparaban otros antiguos, aunque la mayor parte careciese aún de cañones y de tripulación. Tanta actividad por toda la costa era signo evidente de que algo se tramaba, pero por el momento no parecía tratarse de una batalla a vida o muerte con Inglaterra. Los embajadores italianos en Madrid —un veneciano, un genovés, un florentino y dos representantes del Papa— no acertaron a decidir en aquella primavera si los preparativos eran destinados realmente contra Inglaterra.

Quizás ni siquiera el propio Felipe lo hubiese decidido aún. Los ingleses le habían dado motivos suficientes de provocación: la imprudente incursión de Drake en las costas españolas y en las Indias Occidentales: el ejército de Leicester en los Países Bajos y el empeoramiento de la situación de los católicos ingleses por quienes, desde su

boda en Inglaterra, Felipe había sentido una especial responsabilidad. El Papa le exhortaba para que actuase, los exiliados ingleses le rogaban que se diese prisa y entre sus consejeros crecía una opinión favorable a la guerra. Felipe tal vez tardaba en apresurarse porque, según había escrito una vez, en asunto tan importante consideraba mejor ir con pies de plomo.

Por otra parte había en la propia empresa varios detalles que le desagradaban. Para empezar, su coste. Toda la plata de Méjico y Perú no consiguió evitarle, año tras año, un mayor hundimiento del Tesoro. Cargado de deudas iba, pues, empeñando anualmente parte de los ingresos nacionales y pagando más elevados porcentajes de interés por un dinero que desaparecía en el pozo sin fondo de los Países Bajos. Portugal, con su leyenda de tener monopolizados los tesoros de Ormuz e Ind, resultó estar tan al borde de la quiebra como España e incluso más cerca de ella. Felipe había tenido ocasión de aprender que una flota salía todavía más cara que un ejército.

Peor aún que el coste, era la incertidumbre. Y cualquier guerra es arriesgada, desagradable, para un hombre prudente. A Felipe le gustaba pensar que nunca había, conscientemente, buscado la guerra; que sólo en defensa propia había querido luchar y que nunca usó de su fuerza para robar u oprimir a sus vecinos. «Teme a la guerra», escribió acerca de él, despreciativamente, el padre Parsons, «como teme al fuego un niño que ha sufrido quemaduras». Temía, sobre todo, una guerra con Inglaterra. Conocía bastante aquel país del cual durante un tiempo había sido rey, el tiempo suficiente para saber que su plan —o cualquier plan para la realización de la empresa— implicaba una apuesta desesperada. Más de una vez, en algún comentario acerca de lo fácil que resultaría

la conquista de Inglaterra, su pluma había garabateado al margen: «¡Disparate!». En ocasión de su matrimonio con María Tudor, había escrito: «El reino de Inglaterra es y debe seguir siendo fuerte en los mares, porque de ello depende su seguridad». ¡Fuerte en los mares! Y así seguía siendo Inglaterra, según informes de sus más experimentados capitanes. Tan fuerte que no podía ser desafiada sin riesgo de perecer.

La empresa misma casi parecía ofrecer más riesgo en el triunfo que en la derrota. De estar viva María Estuardo, cuando los ejércitos de Felipe hubiesen derrotado a los ingleses, ella hubiese sido la reina de Inglaterra. Al fin y al cabo, era católica. Últimamente se había aproximado más a él. Quizás, al final hasta se hubiese mostrado agradecida. Pero su corazón era francés y Felipe había aprendido de su padre que el mayor peligro que podía ofrecerse a su dinastía era una unión de Francia e Inglaterra. Podría ser una amarga ironía que la sangre española, y el tesoro español, se perdiesen sólo para que un rey de Francia fuese nuevamente el más grande monarca de Europa. ¿Acaso podía Dios exigir tanto, aunque fuese por la restauración de la fe en Inglaterra?

Este peligro, al menos, había dejado de existir. No hay ninguna seguridad con respecto a lo que todo esto pudo representar para el rey. También se ignoran las reflexiones que pudo hacerse al recibir la carta de Mendoza. Sólo se sabe que después de unos días en que su pluma apenas si rozó papel alguno y en que sus secretarios permanecieron ociosos, súbitamente, en la tarde del 31 de marzo, el secreto corazón de El Escorial comenzó a latir con mucha actividad. Se produjo un verdadero alud de cortantes misivas. Santa Cruz tenía que estar dispuesto a levar anclas antes de que terminase la

primavera. Los barcos y almacenes de Cartagena y Málaga se trasladarían rápidamente a Lisboa. Se enviaría a los astilleros vizcaínos el anticipo de 25.000 escudos solicitado, con la única condición de que se apresurasen. El arsenal de las Atarazanas de Barcelona revisaría sus armamentos y almacenes, entregando cuanto pudiese para el mejor equipo de la armada del Atlántico. Nápoles recibió una orden similar. Y seguidamente el rey tuvo que ocuparse de una grave cuestión: averiguar qué era lo que retrasaba el salazón que se esperaba recibir de Génova. Luego escribió una nota, velada y breve, para el duque de Parma, comunicando que los planes acordados, en vista de los recientes acontecimientos, estaban en rápida vía de realización; otra nota, igualmente corta a Mendoza, ordenando diese el pésame al embajador escocés por la muerte de la reina. Sobre otros asuntos no se daban nuevas instrucciones; el embajador podía interpretar este silencio dando por hecho que su consejo había sido aceptado.

Aquella misma noche, Felipe redactó un montón de largas cartas, en lenguaje más claro, para ser enviadas a Roma. Felipe nunca olvidaba que sus cartas a Mendoza o al duque de Parma podían ser interceptadas por los hugonotes, para quienes ningún sello era sagrado y en cuyas manos nunca estaba seguro un código secreto. La valija de Roma no corría este riesgo. Por lo tanto, además de un saludo cordial para el cardenal Caraffa y una detallada serie de instrucciones para William Allen —dando por cierta la colaboración que éste ofrecía en una carta que Felipe no había leído aún—, redactó algunas misivas y documentos para Olivares recordándole insistiese en la obtención del inmediato préstamo; recordase al Papa que no se podía tener confianza en el

rey de Francia; le mostrase los documentos que apoyaban a Felipe como pretendiente al trono de Inglaterra, rogándole asimismo redactase un informe secreto confiriéndole la investidura. Naturalmente Felipe se la cedería a su hija. No deseaba más coronas. Pero la cruel muerte de la reina de Escocia había reavivado su ansia de llevar adelante la empresa.

También fue escrita otra carta destinada a ser vista en la curia: «Estoy desolado (por la muerte de María)», escribió Felipe; «ella hubiese sido el instrumento más indicado para llevar de nuevo estos países (Inglaterra y Escocia) al seno de la fe católica. Pero puesto que Dios, en su sabiduría ha ordenado las cosas de otra manera, El nos conseguirá también los instrumentos para el triunfo de su causa». Se puede afirmar que éste fue el fruto de las solitarias meditaciones de Felipe II. El mismo que le consoló y que le hizo firme en todas las pruebas que le esperaban, de modo que ocurriera lo que ocurriese, él siempre seguiría adelante, en línea recta, como un hombre guiado por una visión, como un sonámbulo. Quizás al dejar sobre la mesa su conclusión volvió a posar los ojos en aquel pasaje de Mendoza: «Así pues, parece evidente designio de Dios reunir en vuestra majestad las coronas de estos dos reinos».

NOTAS

Mendoza a Felipe II, 28 feb. 1587 (Sim.). También en Simancas, fechadas el 31 marzo, 1 abril, y 2 abril, en la secciones *Estado (Francia, Flandes, Roma, Estados Pequeños de Italia, Guerra Antigua, Mar y Tierra…)*, el repentino tropel de órdenes, algunas publicadas en Hume, Fernández Duro y Herrera Oria. *Felipe II, Hombre de Estado*, de R. Altamira (Méjico, 1950), está bien

documentado y presenta una útil bibliografía. Para El Escorial, *Fundación… de Escorial* (Madrid, 1927), de José de Sigüenza; *Felipe II y la villa de Escorial* (Madrid, 1934), de Lorenzo Niño Azcona; *Philippe II a l'Escorial* (París, 1929), de Louis Bertrand.

# «EL VIENTO ME IMPELE A ZARPAR»

Londres y Plymouth, 25 de marzo-12 de abril de 1587

## CAPÍTULO VIII

Mientras que en el retiro de El Escorial Felipe iba meditando las consecuencias de la muerte de María Estuardo, por los alrededores de la corte inglesa en Greenwich deambulaba un individuo, un hombre de mar, que dudaba menos que Felipe de la misión que Dios le había encomendado en este mundo, porque desde hacía mucho más tiempo que el propio Felipe estaba seguro de que el plan del Todopoderoso era una guerra entre ellos dos. Al igual que Felipe, Francis Drake aprendió de su padre los ludimientos de su misión en el mundo, y aunque éste sólo era clérigo rural de Devonshire, aceptó aquél sus enseñanzas con el mismo respeto que Felipe recibiera las del emperador del Sacro Imperio Romano. Pese a todas sus diferencias temperamentales, el rey Felipe y *sir* Francis Drake coincidían en una indiscutible abnegación filial con la que mantenían sus convicciones básicas.

El predicador laico Edmund Drake legó a su hijo una simple fe puritana. Todo cuanto ocurría lo era por voluntad de Dios. Algo que, sin duda alguna, deseaba Dios intensamente era la destrucción del obispo de Roma y todas sus obras. Por lo tanto, una constante hostilidad a la Iglesia de Roma y a sus seguidores era señal cierta de

aproximarse a Dios, de ser uno de sus elegidos. Así, pues, Francis Drake jamás desconfió de que en su lucha privada con el rey de España atacaba a los idólatras como un héroe del Antiguo Testamento, bajo los auspicios de lo Alto.

Sin embargo, la guerra particular de Drake contra España no era una herencia recibida ni había surgido de algo tan abstracto como un sentimiento de deber, religioso o público. Se produjo, como la guerra privada de Sansón contra los filisteos, por causa de una grave ofensa personal. En su juventud, Francis Drake había estado en el puerto de San Juan de Ulloa con John Hawkins cuando los barcos armados de este próspero comerciante fueron repentinamente atacados y vencidos por la armada de la Nueva España. Drake pudo regresar a Plymouth en una pequeña y desvencijada embarcación con quienes creía únicos supervivientes de la aventura. Cuando, poco después, llegó el propio Hawkins a la patria en el único barco que se salvó, aparte del de Drake, se limitó a decir acerca del resultado final de la batalla: «Aquella misma noche… la embarcación *Judith* nos abandonó en nuestra desgracia». No hizo ningún reproche a su lugarteniente, pero Drake quizás pensó que la gente creería y diría que él abandonó a su jefe por miedo a los españoles, lo cual le ofendía en su honor. Ciertamente había ofendido su bolsillo, ya que todo el modesto capital que pudo reunir lo invirtió en aquel viaje, perdiéndolo por completo.

Al año siguiente, sin pérdida de tiempo, Francis Drake se lanzó a la recuperación de su dinero y de su reputación. En los dieciocho años que siguieron a su humillante retorno a Plymouth, realizó algunos viajes con glorioso regreso. El primero de éstos, un domingo de agosto de 1573, cuando con un puñado de muchachos de

Devonshire y una fragata española capturada con anterioridad había llevado a su patria el oro de los recintos de Nombre de Dios. Su más triunfal regreso fue el de cierto día del otoño de 1580, cuando con *Golden Hind* dobló la punta de *Rame Head*, tras efectuar la circunvalación del globo con el botín del Pacífico virgen en sus bodegas: lingotes de plata y oro, joyas, especies y sedas en cantidad suficiente para rendir un dividendo del 4.700 por ciento a todos los accionistas del viaje, quedando aún margen para su capitán y para su majestad. Recientemente había vuelto con una poderosa flota con la cual había desafiado al rey de España en los puertos de la Península y atacado por sorpresa su comercio con las Indias, expedición que los comerciantes londinenses consideraron un fracaso —pues perdieron en ella cinco chelines por libra—, pero que fue motivo de gran desconsuelo para los españoles. En todo el año 1586 no había cruzado el Atlántico ninguna cantidad de plata de Perú o de Méjico; varios importantes mercaderes de Sevilla estaban casi arruinados y entre los banqueros de Felipe II empezaba a cundir algo muy semejante al pánico.

Aunque había prestado a Drake barcos oficiales para sus últimas correrías y percibido su real parte en los beneficios, Isabel I negaba siempre haber conocido los planes de Drake con anterioridad y rechazaba toda responsabilidad por su conducta. Para los españoles, Drake era un pirata. Pero Francis Drake se consideraba a sí mismo en guerra con el rey de España. En más de una ocasión le había escrito desafiándole personalmente. Para él la guerra comenzó en el ataque a San Juan de Ulloa y tenía intención de continuarla hasta la muerte de uno de ambos o hasta que el rey de España quedase tan humillado como él mismo se sintió el día en que, con la

pequeña y baqueteada embarcación *Judith* y su tripulación de heridos y enfermos, llegó al puerto de Plymouth.

La idea de que un particular, un simple caballero, pudiese estar en guerra con el más poderoso rey de la cristiandad era digna de los libros de caballería. En la sociedad del siglo XVI sólo podía atribuirse a alguien tan loco como Don Quijote. Que el propio Drake se rigiese por ella, siendo —pues lo era— un individuo cuerdo, se explica únicamente por esta determinada faceta de su genio: una devastadora seguridad en sí mismo que resultaba casi impropia de una mente normal. Lo sorprendente era que toda Europa empezaba a ponerse de parte de Drake. Críticos, panfletistas, incluso políticos de reconocida capacidad y diplomáticos, hablaban del duelo naval entre España e Inglaterra como si fuera un asunto personal entre Felipe y Francis Drake. Ya en 1581, los príncipes protestantes de Alemania y Escandinavia, los señores hugonotes y otros enemigos de España, habían empezado a pedir copias del retrato de Drake y muy pronto la maciza figura de anchos hombros, de agresiva barba hirsuta, de expresión alegre y osada y de brillante y amplia mirada azul, fue algo tan familiar como desde entonces y para siempre ha seguido siendo. Más tarde, cuando las flotas de Inglaterra y España luchaban en el canal, los alemanes, franceses, italianos y los españoles escribían como si la flota inglesa no fuese sino una continuidad de la persona de Drake. «El domingo Drake fue visto en…» «Drake ha hundido tantos y tantos barcos…» «Drake ha perdido tantos navío…» «Drake ha zarpado de la isla de Wight». «Drake ha conseguido una victoria…». Como si la flota de la reina no tuviese otro almirante; incluso como si la flota ni siquiera fuese de la

reina. Espías y amanuenses escribían: «Drake está reuniendo sus fuerzas…» «Drake proyecta atacar la flota que transporta la plata…» «Drake caerá sobre Brasil», como si el movimiento de los barcos de la reina dependiese del capricho de un extraño pirata.

Mientras iba y venía de Londres a Greenwich y de Greenwich a Gravesend para volver a Londres otra vez, Francis Drake debía de estar deseando que la opinión pública no se equivocara. Preguntando a la gente de mar, olfateando cada viento del Sur, y recibiendo también información de labios de su amigo, el secretario de la reina *sir* Francis Walsingham —que le ofrecía impresionantes detalles— supo los grandes preparativos que en España se estaban llevando a cabo. Drake se sabía capacitado para entorpecerlos mediante aquellos súbditos ataques por sorpresa que aprendió en las campañas del Caribe. Esta vez su guerra privada iba a ser la guerra de Inglaterra y si realmente se atacaba con suficiente rapidez y presteza, la gran empresa del rey de España podía fracasar antes de que la armada zarpase. No obstante, y por mucho que a menudo lo sintiesen los hombres del país, Inglaterra estaba gobernada por una mujer y los barcos de la reina no zarpaban sin una orden suya. Marzo finalizaba ya, y Drake llevaba varios meses esperando esa orden. En cierta ocasión la reina le había recibido en audiencia nueve veces en un solo día. Ahora transcurrían las semanas sin que ni siquiera pudiese verla.

Los biógrafos de Drake cuentan que la reina estaba ofendida con el héroe nacional porque el viaje a las Indias ocasionó pérdidas de dinero en lugar de ganancias. Sin duda alguna se sintió defraudada. Tenía tantas demandas y gastos que atender en aquel invierno de 1586 que posiblemente esperaba los beneficios de alguna incursión

por el Caribe, ya que con un poco de suerte éstas podían producir buenos dividendos. Sin embargo, los cortesanos de la época opinaban que Isabel estaba tan afectada por la suerte de la reina de Escocia y tan entristecida y confusa por su ejecución, que había descuidado completamente las cuestiones de importancia menor.

Posiblemente ambas opiniones eran parcialmente ciertas. Un mes después de la ejecución de María, Isabel seguía de riguroso luto, irritada aún y agresiva con sus consejeros, todavía despreciando sus acostumbradas diversiones. Por entonces los escoceses parecían más calmados y el evidente dolor de la reina empezaba a emocionar a los franceses. Era un tanto en favor de los grandes esfuerzos que Isabel realizaba para evitar una alianza entre España y Francia o entre España y Escocia. Entretanto el ataque de España quizá pudiera ser, por lo menos, retrasado. En los últimos días de febrero y también en marzo, el dolor de la reina no le impidió proseguir —por vía convenientemente secreta— el desarrollo de las proposiciones hechas en enero a un prisionero español de Walter Raleigh para que él las trasladase directamente al rey de España. Al mismo tiempo, con el consentimiento de no se sabe cuántos consejeros suyos, Isabel continuaba sus prudentes negociaciones con el duque de Parma. Si las cosas hubieran podido llevarse a la precaria situación en que se hallaban el día antes de la ejecución de Fotheringhay, la reina habría hecho lo imposible por restaurar la antigua incertidumbre.

Entretanto no podía descuidarse la mínima oportunidad. España amenazaba a Inglaterra en tres frentes. En primer lugar, en los Países Bajos. Con el ejército del duque de Parma en la costa flamenca, Isabel necesitaba a los holandeses tanto como éstos la necesitaban a ella. El

sector gubernamental de Holanda se había comportado, en opinión de Isabel, de manera insolente y mezquina. La fuerza expedicionaria inglesa estaba resultando, hasta entonces, una catástrofe financiera y militar. Pero en todo caso, había que conseguir más dinero para las exhaustas tropas inglesas y había que ofrecer nuevas seguridades a los holandeses afianzando mejor la alianza que les unía. A pesar de su pena, en el mes que siguió a la muerte de María, Isabel halló tiempo para ocuparse de estos asuntos.

También halló tiempo para considerar otro posible lugar de peligro: Francia. Enrique III, en medio de sus desgraciados fracasos, había obtenido un triunfo diplomático. Nadie confiaba en él. Todos le tenían por falso. Si Mendoza y Felipe II le creían capaz de estrechar lazos con Inglaterra y Navarra, el mismo día que la Armada zarpase, Strafford y Walsingham y hasta quizás la propia Isabel temían que en un momento dado pudiera unirse a España y a los Guisa. En una sola cosa coincidían los estadistas españoles e ingleses: con el rey de Francia sólo podía tratarse por medio de la fuerza. España contaba con la Santa Alianza. Los consejeros de Isabel partidarios de la guerra se inclinaban por la idea de reforzar a los hugonotes con tropas de protestantes alemanes. Isabel sugirió entonces, muy ingeniosamente, que quizás por una vez los príncipes alemanes serían convencidos para luchar por motivos de religión y no por dinero; pero seguramente no hablaba en serio. Suspirando, convino en procurarles un subsidio de cincuenta mil libras esterlinas, titubeó cuando los príncipes exigieron fuese de cien mil, pero no cedió terreno. Al mismo tiempo se las compuso para conseguir algo más de dinero para el arruinado rey de Navarra. La reina no podía —como Walsingham— endulzarse estas amargas píldoras con un gran

entusiasmo por la causa común del protestantismo en todo el mundo. Pero sí comprendía que, dado el peligro del momento, era necesario hacer algo para mantener a los franceses suficientemente ocupados dentro de su propio país.

Con todo lo cual, la mayor amenaza —un ataque español por mar seguía sin resolverse. En el mar, Inglaterra estaba bien preparada. Ningún país, en el siglo XVI, mantenía movilizada una flota de combate sin estar en guerra, pero Isabel, gracias a John Hawkins, disponía de más medios que ningún otro soberano europeo, y poseía además mejores barcos, todos construidos, o en reparación, con un coste mínimo. Sus lobos marinos estaban convencidos de poder vencer a los españoles no importa dónde, pero un combate naval —tanto en el Canal como en las costas españolas— era un asunto terriblemente costoso y arriesgado. Francis Drake tenía fe en un método más barato y juraba que estaba en posición de detener a los españoles en sus propios puertos mediante algún ataque por sorpresa a sus costas. Isabel vacilaba ante la idea de provocar nuevamente a su real hermano y de gastar un solo céntimo más de lo absolutamente necesario. Sabía que un loco entusiasta como Drake podía destruir todas sus pasadas esperanzas de repliegue. No obstante, suponiendo que pudiera detener a la armada, aunque sólo fuese un año, ¿cómo determinar los imprevistos frutos que ofrecería el tiempo? Además, la expedición tal vez podría financiarse como empresa privada sin necesidad, por tanto, de interrumpir fatalmente las negociaciones de paz ni comprometerse hasta el punto de no poder echarse atrás.

El plan finalmente acordado tiene todas las características de personal intervención de Isabel. A Drake se le

facilitaron seis barcos de su majestad; cuatro galeones de primera categoría y dos pinazas. Se le autorizó para tratar con los traficantes londinenses a fin de obtener tantos barcos como quisieran unirse a él. El Lord Almirante ofreció enviarle su propio galeón y una pinaza y Drake, entretanto, equipó en Plymouth cuatro barcos suyos. La escuadra navegaría en busca de botín, dividiéndose los beneficios de modo que, por lo menos desde un determinado punto de vista, la expedición tuviese algún aspecto de especulación comercial privada. Pero las verdaderas instrucciones que recibió Drake fueron estas: «Dificultar los propósitos de la flota española e impedir su concentración en Lisboa». Los medios a emplear se dejaban a su discreción, «incluso el de atacar a los barcos dentro de sus propios puertos». Para este último aspecto Drake obtuvo el permiso de la propia reina. Por fin la guerra privada de Francis Drake contra el rey de España se estaba convirtiendo en la guerra de Inglaterra.

Es poco probable que Drake no discutiese con Francis Walsingham la posibilidad de que surgiesen variaciones y cambios de opinión en el consejo de la Reina si se demoraba la partida. Drake declaró que las órdenes recibidas llevaban fecha de 15 de marzo sistema antiguo (25 de marzo según el nuevo calendario romano); sin embargo, los espías de Mendoza supieron que unos días antes Drake estaba preparando los barcos de la reina con completa dotación de guerra. Tres días después, Drake había llegado a un acuerdo con los traficantes londinenses y los navíos de su majestad levaron anclas en Gravesend. Drake no zarpó con ellos. Tal vez quedase rezagado para celebrar una entrevista en Greenwich, pero en tal caso fue una entrevista secreta. Luego él y su esposa marcharon a Dover, donde una pinaza les condujo a bordo de la nave

insignia. Diez días después de haber recibido órdenes llevó su escuadra a Plymouth Sound.

Permaneció allí sólo una semana trabajando con verdadero frenesí. Tenía que supervisar la preparación final de sus propios barcos y terminar con el aprovisionamiento de los de la reina, labor que, debido a la prisa, descuidó sin duda, pues, luego resultó que el contingente procedente de Plymouth y los barcos de la reina estaban peor aprovisionados que los procedentes de Londres. Tenía además otros problemas. Quizás ya fue en Plymouth donde corrió la voz —como ocurre a veces con los rumores incluso en el caso de servicios secretos— de que el objetivo no eran las Indias y posesiones españolas con ciudades comerciales y ricas plantaciones dispuestas al saqueo y con la oportunidad de asaltar la escuadra que transportaba la plata y de ganar pesos suficientes para enriquecer incluso al marinero más pobre, ni las mal guardadas costas de Brasil, ni siquiera las Azores, sino los puertos de Cádiz y Lisboa, protegidos por fuertes —y repletos, según se creía, de barcos armados— donde como botín sólo podían esperarse fuertes golpes. Se sabe al menos que la primera noticia de que el probable objetivo de Drake fuese Cádiz llegó a oídos de Mendoza precisamente cuando los primeros marineros empezaban a desertar abandonándole en número tan crecido que Drake, como era lógico en él, sospechó una traición. No obstante, esta vez tenía demasiada prisa para hacer algo más que indicar a las autoridades locales la conveniencia de detener a los desertores y escribir al Lord Almirante que un asunto tan peligroso para el servicio de la reina exigía el más severo castigo. Entretanto, dispuso que los turnos de guardia fuesen realizados por soldados y cuando se divisaron los mástiles del *Merchant Royal* y otros cuatro

navíos —los últimos del contingente que Londres aportaba —, el 1 de abril (sistema antiguo), Drake lo tenía todo a punto para zarpar.

A la mañana siguiente, desde el camarote de la nave insignia, *Elizabeth Bonaventure*, y con su habitual estilo rebuscado y más entusiasmo del acostumbrado, escribió una carta de despedida a su amigo Walsingham diciendo en ella acerca de sus acompañantes:

«… todos estamos persuadidos de que nunca existió en ninguna flota comprensión mayor que ésta que esperamos tener el uno para el otro. Doy gracias a Dios de no tener aquí individuos sino miembros de un solo cuerpo para defender a nuestra graciosa soberana y a nuestro país contra el Anticristo y sus amigos. Doy gracias a Dios por la presencia de unos caballeros de alta alcurnia como son el capitán Borough, el capitán Fenner y el capitán Bellingham, mis compañeros en esta misión. Me parecen discretos, honrados y muy eficientes. Vuestro honor pudiese ver ahora cómo la flota se dispone a zarpar y cuán firmemente decididos están mis hombres para entrar en acción, Vuestro honor se regocijaría contemplándolos; ninguna pequeña diferencia les separará… Aseguro a vuestro honor que no se ha producido dilación alguna…».

Luego venía una velada alusión a la posibilidad de que pudiese existir «un mal intencionado, como no ha faltado en otras empresas» y la queja: «es dura prueba que hablen mal de uno aquellos que, o se mantendrán alejados del fuego o vivirán atentos a un posible cambio de nuestro gobierno, el cual, según espero, Dios nunca permitirá que puedan ver». En el momento de escribir esta nota es fácil imaginar que Drake no podía haber identificado entre sus compañeros de expedición a ningún solapado y traidor

enemigo de aquellos que le obsesionaron durante toda su carrera. Posteriormente iba a convencerse de que el capitán Borough, su vicealmirante, era uno de ellos.

Al escribir tal cosa, pensaba seguramente en el grupo de consejeros de la reina partidarios de la paz, enemigos suyos y de Walsingham, como todos aquellos (con excepción hecha de Gloriana) que no deseaban la guerra con España. ¿Le había dicho Walsingham que la reina podía cambiar de opinión y limitar su libertad de acción en la misión a cumplir? Su enfática manera de subrayar la prisa que tenía parece indicar que se le aconsejó rapidez. Ciertamente, Walsingham sabía que las negociaciones entre Isabel y el duque de Parma habían avanzado un cauteloso paso más y que la reina no iba a poner en peligro el acercamiento con un golpe dado en las costas españolas. Pero ningún cambio en las instrucciones recibidas podía alcanzar a Drake a partir de aquel momento. «El viento me impele a zarpar…», escribió al final, en son de triunfo. «Nuestros barcos han desplegado velas. Dios me conceda vivir en su temor y que el enemigo se vea obligado a confesar que Dios lucha por su majestad, tanto en el extranjero como en la patria. ¡Adelante! En la nave de su majestad, *Elizabeth Bonaventure*, a dos de abril de 1587».

La reina, en efecto, cambió de parecer. Un correo llegó galopando a Plymouth con instrucciones modificadas; por tener conocimiento de que el rey de España estaba dispuesto a zanjar las últimas discusiones y violencias y deseando no empeorar las relaciones, se ordenaba a Drake:

«… os prohíbo entrar por la fuerza en ninguno de los referidos puertos o fondeaderos del rey, ejercer violencia

en sus ciudades o barcos anclados y realizar actos de hostilidad en tierra. Sin embargo y a pesar de todo ello, su majestad verá con agrado que tanto vos como los hombres a vuestras órdenes —evitando el derramamiento de sangre cristiana— hagan lo posible por apoderarse de tantos navíos del mencionado rey y sus súbditos como sea dable encontrar en el mar».

Fuera cual fuese la verdad acerca de *sir* Francis Drake u otro cualquiera de sus belicosos súbditos, Isabel quería dejar bien sentado que ella no estaba en guerra con el rey de España.

Si Drake hubiese recibido estas instrucciones y las hubiera hecho caso, sin duda su campaña habría sido muy distinta. Pero si no las recibió, no fue por una diferencia de minutos, como algunos de sus biógrafos, para hacer más dramática la narración, han pretendido. Existen varios borradores de la contraorden, pero el primero de todos, firmado por los consejeros privados de la reina —una copia del cual fue, sin duda, la que se envió a Plymouth— llevaba fecha del 9 de abril. Aquel mismo día (19 de abril, según el nuevo sistema) Mendoza supo, en París, que Drake se había hecho a la mar. Resulta curioso que ninguna noticia de su partida afectase las deliberaciones de Greenwich. Cuando zarpó la pinaza que había de darle alcance y entregarle la contraorden del consejo, Drake llevaba nueve días de navegación. Pocas veces necesitó tanto tiempo para evadirse de quien le perseguía. La galerna que empujó a la pinaza de nuevo hacia el Canal debió de ser rastro de la tempestad que dispersara la flota de Drake cerca de Finisterre pocos días antes. De todos modos, el hecho de que la pinaza navegase por el Canal hasta apresar un mercante portugués hace suponer que su capitán quizás había

adivinado que su misión no era, a fin de cuentas, tan urgente.

Un distinguido historiador comentó que la contraorden «caracterizaba perfectamente a Isabel en funciones de ministro de la guerra». Por supuesto, sólo quería expresar su desagrado ante el hecho de que una mujer pudiera inmiscuirse en tareas propias de hombres. Muchos de los consejeros de la reina pensaban también así. Y sin embargo, cuanto más se estudia la contraorden más se llega a la conclusión de que era característica de Isabel, de su actuación tanto en la guerra como en la paz. Para empezar, una parte de ella resulta algo misteriosa, como envuelta deliberadamente en lenguaje confuso. El texto es ambiguo y oscuro. Sólo el aspecto económico, principalmente lo referente a asegurar la parte que correspondía a la reina en el botín, aparece con claridad y precisión. Pudo haber sido escrito perfectamente por la propia Isabel. El resultado del asunto (tanto si se pretendía alcanzar lo, que se consiguió como si no, y aunque se desprende la impresión de que sí) era obtener ventaja de dos políticas contradictorias seguidas simultáneamente. Walsingham podía escribir a Stafford (¿acaso no ignoraba que Mendoza sería debidamente informado?) que la reina había prohibido a Drake entrar en ningún puerto español y Burghley, por su parte, protestaba ante De Loo, representante del duque de Parma, bajo palabra de honor y con la mano sobre el corazón, que su majestad había enviado expresas órdenes a Drake prohibiéndole cualquier acto de hostilidad contra el rey de España, y asegurando castigaría severamente al capitán encargado de llevar el mensaje si fracasaba en su cometido y no podía justificarse bajo juramento. Todo esto podía confirmarse por pública evidencia de modo que el falso

aserto de que Inglaterra y España no estaban en guerra siguiese vigente y que las negociaciones en los Países Bajos prosiguieran. Al mismo tiempo, Drake quedaba en completa libertad para entorpecer la concentración de la flota española valiéndose de los medios que prefiriese. Isabel quizás comprendió que, en este aspecto de la cuestión, Drake sabía tanto como otro cualquiera.

NOTAS

Para este y los próximos tres capítulos, la mayoría de los documentos ingleses se encuentran en *The Spanish War*, ed. J. S. Corbett (Navy Rec. Soc., 1897), y la narración clásica, con las oportunas correcciones, en *Drake and the Tudor Navy*, de Corbett. Hay muchas biografías de Drake. Entre las más recientes, me gustó la de A. E. W. Mason. Para escribir acerca de Drake, la dificultad estriba en separar al hombre de la leyenda.

# SE CHAMUSCA UNA BARBA

Bahía de Cádiz, 29 de abril-1 de mayo de 1587

CAPÍTULO
IX

El miércoles 29 de abril, a las cuatro de la tarde, debía de ser muy agradable pasear por los jardines del coto de caza de Carlos V en Aranjuez. Por la alta meseta de Castilla la Nueva no existe otro lugar como Aranjuez para las flores, ni hay en él estación más bella que el comienzo de mayo. Generalmente, Felipe II pasaba en Aranjuez el mes entero. Sólo mientras le absorbía la ocupación del trono de Portugal había dejado de pasar todo mayo allí. Luego había escrito líneas anhelantes sobre las flores y los ruiseñores de sus jardines. Aquel año, en cuanto pudo salir de Madrid corrió apresuradamente hacia ellos. En primavera, el sol del atardecer era beneficioso para su gota. Felipe escogía este momento del día para visitar sus flores. Mientras estaba inclinado sobre ellas llegó un correo de París. Don Bernardino de Mendoza comunicaba que el día 12 de abril, Drake había zarpado de Plymouth con treinta barcos y a buen seguro con la misión de entorpecer la concentración de la gran flota española. Cádiz, al parecer, sería su primer objetivo. Puede que el rey permaneciese aquel día más tiempo que de costumbre en el jardín. O quizás la gota le obligó a acostarse más temprano. Sea como sea, el caso es que Felipe no leyó la

alarmante misiva de Mendoza hasta la mañana siguiente, cuando era demasiado tarde.

El miércoles 29 de abril, a las cuatro de la tarde, el capitán William Borough subió a bordo del *Elizabeth Bonaventure*, nave almirante de Drake. Borough, marino de la vieja escuela, tenía el título de Lord Almirante, era vicealmirante de la marina real y en aquel caso actuaba como vicealmirante de Drake y comandante del *Golden Lion*, uno de los nueve galeones de la reina. Si acudió a bordo de la nave almirante respondiendo a una señal de su superior, es algo que no ha dejado dicho y el tiempo ha borrado los rostros que viera en el alcázar de Drake. Se celebraba una especie de consejo entre jefes, aunque no completo, pues los navíos más pesados apenas se divisaban en el horizonte. En modo alguno era la clase de reunión de consejo a que Borough estaba acostumbrado.

La ocasión les favorecía. Sobre su leve, ondulado promontorio, la ciudad de Cádiz no tardaría en surgir, y un viento del Sur hinchaba las velas de sus embarcaciones. Tras el almirante, formaban casi todos los hombres que zarparon de Plymouth hacía dieciocho días. A pesar de la tempestad que les dispersara a la altura de Finisterre, el viaje, en conjunto, fue rápido y próspero. Se perdió una pinaza en la tempestad, pero durante la ruta habían capturado varias presas, entre ellas una carabela portuguesa de fácil manejo, así que la escuadra que llegó a la altura de la roca de Lisboa debía de estar formada al menos por veintitrés naves. Cuatro buques de la reina: el *Elizabeth Bonaventure*, el *Golden Lion*, el *Dreadnought* y el *Rainbow*, excelentes y sólidos galeones, de unas quinientas o cuatrocientas toneladas cada uno, dotados de cañones capaces de destruir otras naves; tres altos navíos de la Compañía de Oriente londinense, casi tan grandes

como los galeones de la reina y que, debido a los riesgos del comercio con Oriente, estaban casi tan bien armados como aquéllos, aunque con más hierro y menos cañones de bronce. En segunda línea había otros siete navíos de guerra con desplazamientos de ciento cincuenta o doscientas toneladas, y por último, para reconocimiento, vigilancia, avisos y servicios costeros, unas once o doce embarcaciones ligeras —fragatas y pinazas— que desplazaban un tonelaje variado (desde unas cien hasta unas veinticinco toneladas) todas capaces para navegación en alta mar. Con excepción de las galeras, resulta dudoso que los españoles tuvieran, aquella primavera, por los mares que rodean España, un número igual de barcos de guerra listos para entrar en acción.

Frente a la roca de Lisboa se decidió —si es que antes no se había decidido ya— que fuese Cádiz el primer objetivo. Dos mercantes holandeses interceptados informaron sobre la concentración naval que allí se efectuaba, sin duda destinada a la armada que se estaba reuniendo en Lisboa. En aquel momento, sobre su alcázar, Drake preguntó a Borough si consideraba mejor atacar aquella misma tarde o bien a la mañana siguiente.

Borough señaló las conveniencias de la espera, pero añadió que el viento quizás dejase de soplar antes de la mañana y que si conseguían convocar un consejo y preparar un plan, tal vez podrían anclar en la salida de la bahía, hacia las ocho, a eso del anochecer.

—Lo mismo opino —respondió Drake—. Y aunque sé que muchos preferirían que permaneciésemos aquí hasta mañana, no nos quedaremos.

A pesar de lo que Borough había indicado, no se celebró consejo. Cuando el vicealmirante volvió al *Golden Lion*

aún pudo ver a su jefe navegar con rumbo a Cádiz. El resto de la flota le seguía de cerca, pero en orden tan confuso —según Borough, preocupado, pudo apreciar— como nunca en parecida acción se pudo producir. Pero para Drake sólo resultaba importante que la flota le siguiese. El orden era lo de menos. Conocía las ventajas del factor sorpresa. Podía aprovecharlo y estaba decidido a ello.

A las cuatro de la tarde del miércoles 29 de abril la ciudad de Cádiz no podía haber estado más tranquila. La mayor parte de ciudadanos y principales caballeros asistían a la representación de una comedia por parte de unos cómicos ambulantes. En la gran plaza un numeroso público admiraba la habilidad de un equilibrista lo bastante osado para enfrentar el ritmo de sus bien adiestrados músculos con las acrobacias del verso. Como quiera que por las calles de la ciudad pululaban marineros de una docena de países, es lógico suponer que las tabernas estaban igualmente concurridas. Entre tal alegre multitud, la noticia de que una formación de grandes barcos de guerra estaba llegando al puerto tardó en propagarse. Cuando se dejó de prestar atención a los cómicos y al equilibrista, el barco que navegaba en cabeza estaba ya casi a la altura del promontorio llamado Columna de Hércules, a la entrada del puerto. Observando el orden de avance de las naves, unos dijeron que se trataba de Juan Martínez de Recalde y sus bravos vizcaínos. Otros lo negaron. Había demasiados barcos. Serían enemigos, entonces; franceses o ingleses. Quizás, incluso el terrible Drake.

Afortunadamente para ellos, según luego supo el vecindario, el puerto de Cádiz no estaba del todo desguarnecido. Ocho galeras y un galeón, bajo el mando de don Pedro de Acuña (en viaje de patrulla hacia el cabo

de San Vicente donde les esperaba Recalde), habían llegado hacía unos días procedentes de Gibraltar. Dos galeras marcharon a Puerto Real, a la salida de la bahía, para una pequeña misión, pero el resto de la flotilla estaba anclada en el puerto, cerca del viejo castillo. Las galeras seguramente se hallaban preparadas, pues don Pedro consiguió alinearlas rápidamente y cubrir la entrada de la bahía inferior destacando una para detener a los intrusos mientras estaban aún en el estrecho. La embarcación desafiadora partió rauda al encuentro del enemigo, las palas de los remos lanzando destellos, los arcabuceros y alabarderos en formación cerrada sobre el puente, el espolón de bronce reluciendo y la bandera de España ondeando en el palo mayor. Tenía intención de dar el alto, pero antes de alcanzar la distancia necesaria una lluvia de balas de cañón cayó a su alrededor. El *Elizabeth*, y quizás también otras embarcaciones de vanguardia, habían abierto fuego. De seguir su habitual costumbre, éste debió de ser el momento que escogió Drake para izar la bandera inglesa y hacer que sonasen trompetas en el puente de mando.

Cundió entonces por la ciudad algo parecido al pánico. El corregidor, suponiendo que los ingleses intentasen desembarcar y saquear la ciudad y temiendo la lucha en las calles, ordenó a mujeres y niños, ancianos e impedidos se refugiasen en el viejo castillo. El capitán de la fortaleza, para que una multitud civil no combatiente no dificultase la posible defensa, cerró sus puertas. La estrecha calle que apenas tenía una angosta acera quedó, pues, bloqueada en su extremo final por la cerrada puerta, mientras que su acceso iba llenándose cada vez más de una apretada multitud que huía de algo prácticamente desconocido. El pánico se hizo histérico. Los de atrás presionaban de tal

modo que se empujaban los unos a los otros. Antes de que el capitán de la fortaleza advirtiese lo que ocurría y antes también de que se percatasen los ciudadanos que recorrían calles y plazas, habían muerto aplastados unas veinticinco mujeres y niños.

Mientras tanto, rápidamente, se iban formando compañías dotadas de cuantas clases de armas era posible obtener, fuerzas que eran enviadas a los lugares más críticos. Un destacamento de caballería que cautelosamente surgió por la puerta sur comenzó a patrullar el Puental, rocosa extensión no amurallada que dividía la parte superior y la inferior de la bahía. El corregidor opinaba que el enemigo escogería posiblemente aquel sector para el desembarco. Envió, pues, su mejor compañía de infantería para apoyar a la caballería y otra para guardar la puerta fortificada. Todo lo cual fue realizado bajo el ensordecedor rugido de los cañones procedente de la bahía.

Allí establecieron combate los pesados barcos ingleses, primero con la galera de don Pedro de Acuña, lucha de cuyo resultado final no podían dudar desde el principio ninguno de ambos bandos. Resulta tentador hablar del comienzo de una nueva era en la estrategia naval precisamente allí, en la bahía de Cádiz, del inesperado triunfo del Atlántico sobre el Mediterráneo, y del final de dos milenios de indiscutible predominio de la galera en los mares. Resulta tentador, pero equívoco. Las galeras eran unas formidables máquinas guerreras, largas y finas, con agresivos espolones de bronce, castillos de proa llenos de soldados y cañones, capaces de maniobrar con velocidad, gracia y precisión sin tener en cuenta la dirección del viento (por lo menos en aguas tranquilas) y que viraban o giraban juntas con la gracia de un ballet acuático. Resultaban temibles, pero sólo para otras galeras. Sus

espolones de bronce eran armas destructoras en un combate de galeras, capaces de destruir toda una fila de remos, o de infligir a un enemigo sorprendido de flanco una herida mortal, pero ningún capitán de galera en su sano juicio habría intentado clavar su espolón en un navío pesado. Sus cañones de bronce podían lanzar una lluvia mortal sobre la cubierta de otras galeras y eran lo bastante grandes para poder acorralar a otros barcos pequeños —mercantes que realizaban la mayor parte del transporte mediterráneo—; pero de los cinco cañones que generalmente formaban su artillería, cuatro servían sólo para atacar hombres, y el quinto, instalado en la proa, era generalmente un simple cañón de cuatro o cinco libras. Cualquiera de los siete barcos pesados de Drake podía lanzar más balas por una sola banda que todas las galeras de don Pedro juntas y alcanzar una distancia más considerable.

Las galeras no estaban construidas para el combate con barcos pesados y armados de cañones de gran calibre; nunca habían conseguido vencerlos, ni siquiera abordándolos, a menos de que su dotación fuese mucho más numerosa. Las galeras tenían la línea de flotación demasiada baja y eran demasiado frágiles, demasiado vulnerables al fuego de cañón; llevaban además pocos cañones. Los portugueses habían demostrado en las primeras décadas del siglo la superioridad combativa de sus barcos de vela en una serie de batallas entre sus mercantes armados y las galeras de guerra de los turcos y egipcios. Hacía menos de un año que Inglaterra había sido testigo de otra demostración. Cinco grandes barcos de la Compañía Oriental que regresaban de un viaje al Cercano Oriente habían sido detenidos a la altura de Pantelaria por diez galeras españolas de la guardia siciliana. Tras un

parlamento, que resultó inútil, se entabló una batalla contra los españoles, cada uno de los barcos contra dos galeras. Estas últimas tuvieron que retirarse dejando paso libre a los mercantes que apenas recibieron algún rasguño. Tres de estos mismos barcos estaban con Drake en la bahía de Cádiz. Si, según dijo Drake, las galeras españolas hubiesen sido doce o veinte, la diferencia habría importado poco. Aunque siempre podían escapar de los barcos de vela, cobijándose tras unos arrecifes o remando contra el viento, las galeras eran navíos de guerra aptos sólo para luchar con embarcaciones de su misma clase.

Si bien en el comienzo del combate don Pedro ignoraba lo mal equipado que estaba en materia de artillería, pronto tuvo ocasión de comprobar esta verdad. Entabló batalla con gallardía, pero en cuanto los buques ingleses maniobraron para quedar de flanco, se vio envuelto en una lluvia de balas de cañón mucho antes de que su propia artillería pudiese actuar. Viró en redondo alejándose de tierra y del fondeadero para luego volver atrás e intentar otra vez un ataque quizá contra los barcos más pequeños. Pero de nuevo los altos galeones situados de flanco le obligaron a huir por segunda vez. Su trabajo era entretener al enemigo para que los navíos anclados pudieran huir hacia la relativamente segura parte alta de la bahía. Quizá tenía la esperanza de arrastrar a alguno de los galeones ingleses hacia los traidores bancos de arena que, por la parte sur de la bahía baja y hacia la orilla, ocultaba el agua. Pero los ingleses se contentaron con dispersar las galeras y don Pedro con los heridos que hacían sobre el puente superior y dos de sus embarcaciones tan perjudicadas que Drake creyó se estaban empezando a hundir, tuvo finalmente que escapar hacia El Puerto de Santa María, lugar protegido por

arrecifes a más de cuatro millas al noroeste de Cádiz en la parte opuesta de la bahía baja.

Entre los barcos anclados en Cádiz había cundido el mismo pánico que se había adueñado antes de la ciudad. La rada estaba llena de muy distintas clases de navíos, quizás en total unos sesenta. Algunos, por supuesto, eran para la armada que se concentraba en Lisboa, incluidas cinco urcas —panzudos transportes con forma de tonel— llenas de vino y de galletas, algunas carracas holandesas confiscadas por los españoles para servicio eventual junto a la flota invasora y que habían sido, entretanto, despojadas de velamen. Cádiz era un puerto de mucho tráfico. Anclados en sus aguas había barcos procedentes del Mediterráneo, con destino a puertos franceses, holandeses y del Báltico, que sólo esperaban viento favorable para avanzar hacia el cabo de San Vicente. Otros, procedentes del Atlántico que iban con rumbo a Oriente y que hacían pausa allí, por no importa qué causa, antes de enfilar su proa hacia el estrecho de Gibraltar. Y también, como siempre en aquella época del año, barcos que esperaban unirse a la flota que marchaba a las Américas. Incluso un mercante portugués, que perdió el rumbo, con cargamento destinado al Brasil. Y como Cádiz es el puerto de Jerez, no podían faltar algunas embarcaciones de países diversos que cargaban los generosos vinos a los cuales los bebedores ingleses permanecerían siempre fieles durante toda la larga guerra con España.

Entre tal confusión de navíos, sólo algunos, tras gran esfuerzo, lograron huir. Los más pequeños se cobijaron junto a las murallas del viejo fuerte donde estuvieron ancladas las galeras. Otros, que conocían bien el Estrecho, o con calado suficientemente ligero para sortear los

bancos de arena, se apresuraron a buscar refugio en la parte alta de la bahía. Pero muchos de los grandes barcos carecían de tripulación suficiente para desplegar velas o no tenían velas que desplegar, o sencillamente quedaron paralizados por la sorpresa, inactivos o bien bloqueados por los navíos anclados a su alrededor. Todos ellos quedaron en su lugar de amarre, balanceándose, agrupados como ovejas que presienten la llegada del lobo.

Todos menos uno. Hacia la parte exterior del puerto había anclado un gran barco de setecientas toneladas, construido y armado para el comercio con Oriente. Puede que originariamente procediese de Ragusa —pues los ingleses, guiándose por su aspecto, lo llamaron *Argosy*, nombre usado para los barcos de Ragusa—, pero por aquel entonces pertenecía a Génova —o bien fue allí fletado— y su capitán era genovés. Hacía el viaje de regreso y llevaba carga completa de cochinillas y palo de tinte, cueros y lanas. Seguramente sólo esperaba que cambiase la marea y soplase brisa del interior para hacerse a la mar rumbo a Gibraltar, ya que toda su tripulación estaba a bordo. Nunca se sabrá qué motivo pudo tener el capitán para presentar batalla, pero cuando Drake y sus barcos pesados se alejaron de las galeras para avanzar con dirección al fondeadero hallaron que el *Argosy* vomitaba fuego por todos sus cañones de babor sobre los barcos ingleses pequeños, obstaculizando su ataque a los mercantes anclados.

Un barco de setecientas toneladas destinado al comercio con Oriente es un serio oponente. Los galeones de la reina seleccionaron sus posiciones (había poco lugar para maniobrar en el estrecho recinto de los muelles) y metódicamente bombardearon al testarudo genovés hasta reducirlo a astillas. Posteriormente los ingleses se

lamentaron de que los cuarenta excelentes cañones de bronce tuviesen que ir a parar al fondo de la bahía, pero no hubo forma de evitarlo. El *Argosy*, cuando empezó a hundirse, disparaba aún. Se ignora si alguno de sus tripulantes llegó a alcanzar la costa, pero los barcos de Drake no debieron recoger a nadie, ya que nunca supieron los ingleses la nacionalidad de su adversario. Ni siquiera se sabe el nombre del capitán genovés ni qué suerte corrió. De haberse tratado de un capitán español (comandante de uno de los galeones del rey Felipe) que deliberadamente se enfrentase con el total de la flota inglesa, para luchar con ella hasta ser hundido, su valentía habría sido celebrada sin reservas. Pero resulta poco probable que los consignatarios de Génova celebrasen nada por el estilo. Si el capitán consiguió volver a Génova, probablemente fue para oírse decir que Génova no estaba en guerra con Inglaterra y que era más fácil recuperar un barco neutral capturado, mediante las apropiadas gestiones legales, que sacarlo del fondo de una bahía.

El hundimiento del *Argosy* terminó con la resistencia de los barcos anclados en el puerto. Drake dio orden de anclar y comenzó su trabajo. Tenía que recoger el botín que más le apeteciese y los cargamentos dignos de ser transportados, para, finalmente, destruir los barcos que no le ofreciesen interés, estuvieran llenos o vacíos. A medida que iba anocheciendo, se soltaron las primeras carracas para luego ser incendiadas y abandonadas a la marea. Pronto, los barcos en llamas, iluminaron la bahía poniendo destellos rojizos en las blancas paredes de Cádiz.

El trabajo no fue realizado sin lucha. Ocasionalmente la vieja fortaleza disparaba todas sus baterías y cuando ambos bandos combatientes se alejaron hacia el fondeadero, una segunda batería, instalada junto al muelle

en la parte baja de la ciudad, comenzó también a disparar. Pero ambas baterías habían sido instaladas pensando en rechazar los desembarcos de los moros y no en dominar el puerto. La escuadra inglesa prestó poca atención a sus esfuerzos. Las galeras le interesaban más. Antes de que la noche cerrase por completo, las dos que habían marchado a Puerto Real asomaron cautelosamente sus espolones por el Puental comenzando a disparar sobre todo objetivo a su alcance. Los londinenses que cubrían aquella zona de combate consiguieron repetidamente alejarlas, pero las naves españolas eludían, rápidas, los pesados cañones y volvían a la carga, disparando sobre las pinazas inglesas más cercanas. Las galeras procedentes de El Puerto de Santa María realizaban el mismo juego: se iban presentando de dos en dos y abrían fuego con sus cañones de proa desde el relativamente seguro cobijo de los bancos de arena, consiguiendo así una pequeña victoria.

Precisamente al cerrar la noche, una pareja de galeras cayó sobre la capturada carabela portuguesa, muy alejada de la retaguardia de la escuadra inglesa y acaso errante, o en descuido, o enfrascada en alguna aventura particular. Las galeras la acorralaron antes de que nadie en el puerto advirtiese lo que ocurría. La carabela, ignorando la orden de rendición que le hacían, comenzó a disparar sus pequeños cañones como si fuese un galeón, pero barcos como aquél eran precisamente presa ideal para las galeras. La cubierta de la carabela fue barrida por una mortal tempestad de fuego cuando los españoles subieron a bordo sólo quedaban cinco supervivientes de la tripulación, cinco hombres heridos. Estos prisioneros y la embarcación recapturada, fueron conducidos a Cádiz.

Aparte de este incidente, no se sabe que las galeras ni los cañones del fuerte causaran más daño aquella noche. En

el amanecer del jueves, la tarea destructora estaba prácticamente terminada y Drake condujo su escuadra a un nuevo emplazamiento fuera del Puental, en la entrada de la parte alta de la bahía. Había observado que algunos barcos huyeron por aquel sector la tarde anterior. Por unos marineros capturados supo que en el interior había anclado un magnífico galeón, propiedad del marqués de Santa Cruz. Acababa de llegar a Cádiz procedente de los astilleros de Vizcaya, para recoger el armamento y unas compañías de soldados. Probablemente estaba destinado a nave almirante de la flota invasora. Su destrucción sería el golpe final con que coronar el asalto a Cádiz.

Drake dejó anclado el *Elizabeth Bonaventure* frente al Puental, saltó a su chalupa, formó una fuerza de pinazas y fragatas con el *Merchant Royal* —el mayor de los barcos londinenses— para refuerzo y protección, e inició el avance hacia la parte superior de la bahía. El propio Drake contempló la quema del gran galeón, mientras algunas de las pinazas se ocupaban de incendiar los barcos más pequeños que no llegaron más allá de Sotavento en la tarde anterior, mientras otros recorrían el extremo final de la bahía donde se habían cobijado unos cuarenta buques menores tras los bancos de arena y las baterías que defendían Puerto Real o en el angosto estrecho llamado Río de Santi Petri, a través del cual se extendía un puente de madera que unía Cádiz con la península.

Todos estos movimientos realizados en la parte alta de la bahía, fueron seguidos con ansiosa atención por los defensores de la ciudad. Habían pasado una noche de tensa vigilancia, más preocupados por un posible desembarco que por el incendio de los barcos anclados en el puerto. Estaban convencidos de que todo aquel movimiento de pequeñas embarcaciones era preparatorio

del desembarco. Cuando las pinazas inglesas se acercaron a la boca de la ría, creyeron que Drake se proponía incendiar el puente por donde necesariamente habían de llegar los refuerzos y bendijeron las dos galeras que obligaron a escapar a las pinazas.

Por fin la situación no era tan grave. Una compañía de infantería procedente de Jerez había llegado al amanecer, tras una marcha nocturna. Otra, con elementos de caballería, llegó dos horas después y en la bahía bullía un continuo zumbido de marcial actividad, nubes de polvo levantadas por columnas en marcha, trompetas de largo alcance resonando, reflejos de puntas de lanza destacando en el oscuro fondo de los naranjos... El gran duque de Medina Sidonia estaba ya en camino, con todas las fuerzas que había podido reclutar. La ciudad aún podía ser salvada.

La esperanza estimuló a la población, que fue presa de febril actividad. En ambos lados de la puerta del Puental se instalaron dos enormes y viejas culebrinas de bronce, cuyo largo cañón casi medía seis metros y cuyo peso era de varias toneladas con capacidad para lanzar balas de hierro de dieciocho libras a una distancia de más de dos millas. Si en el puerto hubiesen habido baterías iguales, todo habría marchado de otra forma. Los entusiasmados milicianos llevaron uno de estos monstruos de bronce a través del desolado yermo del Puental hasta un pequeño promontorio rocoso alzado sobre el extremo superior de la bahía baja. A lo largo de ésta desfilaban los grandes barcos de la escuadra inglesa, siendo el más cercano el *Golden Lion*, a poco más de una milla de distancia.

El capitán del *Golden Lion*, William Borough, vicealmirante de la escuadra, no se encontraba a bordo.

Sentía inquietud por diversas razones: la distribución de vino y galletas de los barcos capturados; la expuesta situación de la flota en el estrecho paso y entre bancos de arena, buen blanco para un ataque de galeras o navíos pesados; la inexplicable actividad de pinazas y botes de los barcos situados más allá de la entrada de la bahía baja, y sobre todo, el hecho de no haber celebrado consejo alguno. La actuación de Drake, aquel meterse de cabeza en un puerto desconocido y lleno de ignorados peligros, con toda su confusa flota tras él, sin previo estudio de posibles estrechos y fuertes, sin celebrar una reunión, sin dar órdenes concretas, era, en opinión de Borough, buscar una catástrofe. Hasta entonces, todo había ido —forzoso era admitirlo— razonablemente bien, pero, ¿qué les quedaba por hacer allí, aparte de cargar el botín y zarpar para alta mar? Tanto luchar sin previa consulta y sin estudiar las cartas marinas ni dar órdenes específicas, sin decidir las posibles rutas a seguir, ni consultar a los oficiales más antiguos, no le parecía acertado. Todo era, en opinión de Borough, sumamente irregular. No es que él quisiera recordar a los otros que había ostentado el mando de una flota y ganado una difícil batalla en el Báltico, mucho antes de que Drake mandase un navío mayor que el *Judith* no es que pensara valerse de su dignidad de vicealmirante de Inglaterra. Sólo deseaba saber qué era lo que estaba ocurriendo, y para ello, remando él personalmente, se trasladó al *Elizabeth Bonaventure*.

En la nave almirante le dijeron que Drake estaba en la bahía alta con las pinazas y el *Merchant Royal*. No sabían nada más. Si bien los comerciantes de Borough fueron prudentes, su gesto debió de ser rebelde. Condujo su chalupa hacia donde ardía el galeón de Santa Cruz y preguntó por el *Merchant Royal*. Le dijeron que el

almirante había vuelto a la bahía baja. Finalmente Borough encontró a su jefe a bordo del *Elizabeth*, pero le vio tan irritado y silencioso que decidió volver a bordo de su embarcación aunque tan preocupado como antes.

Mientras estuvo ausente, el artillero de la batería instalada frente al lugar donde estaba anclado su navío, había encontrado la distancia del *Golden Lion*. A setecientos metros aproximados, incluso una culebrina tenía que apuntar —según apropiadamente decía los artilleros de Isabel— «al azar». Sólo que últimamente los españoles estaban afinando demasiado. Un disparo había alcanzado al *Lion* en su línea de flotación arrancando de cuajo una pierna del maestro artillero. Cuando Borough subió a bordo el contramaestre había levado anclas y se disponía a llevar el barco a El Puerto de Santa María, fuera del alcance del cañón enemigo. Borough aprobó la disposición. Un agujero en el casco le parecía suficiente. Otro disparo desafortunado podía derribar un mástil o hacer blanco en la santabárbara.

Al ver cómo el *Golden Lion* se deslizaba solo, hacia abajo, separado del resto de la flota inglesa, las galeras realizaron otra incursión. Era bien posible que si seis galeras atacaban a un solo galeón que no tuviese las velas hinchadas, podrían perjudicarle terriblemente, sobre todo si alguna conseguía situarse a popa. Avanzaron con exacta precisión, en dos filas de a tres, bien separadas para ofrecer el mínimo blanco, las dos primeras disparando todos sus cañones simultáneamente y luego separándose una de otra, como si fuesen escuadrones de caballería, para que las dos siguientes disparasen a su vez. Borough se las compuso para virar y ponerse de flanco. Por un rato, el *Golden Lion* mantuvo en jaque a las seis mortales danzarinas y luego —aunque nadie lo haya afirmado— el

viento debió de soplar desde el sur, pues Drake viendo el peligro que corría su vicealmirante, pudo enviar en su auxilio al *Rainbow*, junto con seis mercantes y su propia pinaza. Con viento favorable y los refuerzos a su espalda, Borough tomó la ofensiva, se situó en la parte exterior de la bahía, cortó el paso de las galeras que iban hacia El Puerto de Santa María obligándolas a refugiarse tras los bancos de arena de las Puercas —al borde del estrecho exterior— y ancló con su escuadra en el centro de la distancia que mediaba entre el viejo fuerte de Cádiz y la batería que defendía El Puerto de Santa María. Aunque posteriormente fue acusado por ello, en aquellos momentos nadie criticó la maniobra de Borough. De hecho, la posición fue elegida con mucha habilidad. Casi inmovilizaba por completo a las galeras, que no podían abandonar su refugio para importunar a ninguna sección de la escuadra, a menos de correr el riesgo de que su retaguardia quedase cortada si el viento continuaba soplando.

Más que la situación de Borough, era el viento lo que preocupaba en aquel momento a Drake. Durante toda la mañana soplaron brisas que convenían a sus fines, pero en aquel momento, algo después del mediodía, cuando todo lo que podía hacerse estaba hecho ya y la flota se encontraba dispuesta a partir, la brisa que había conducido a Borough a la boca de la bahía iba cesando Las velas de las embarcaciones todavía situadas más allá del Puental fueron desplegadas. La nave almirante se colocó en cabeza de la columna. Las banderas ondearon al viento y las trompetas y los tambores resonaron como burlándose del cañoneo procedente de la ciudad. De pronto, antes de que la nave almirante llegase al lugar en donde aquella mañana estuvo anclado el *Golden Lion* las

velas se fueron deshinchando y la escuadra inglesa quedó detenida, balanceándose perezosamente sobre la tranquila y oleosa superficie del mar.

Transcurrieron doce horas sin que el viento volviese a soplar. De una parte, era una indigna y ridícula situación teniendo en cuenta el brillante y triunfador ataque a la bahía. Por otra, no obstante, era su mejor epílogo posible. Hacia mediodía el duque de Medina Sidonia había entrado en Cádiz con refuerzos que sumaban más de trescientos hombres a caballo y tres mil a pie. La población ardía en deseos de vengar su noche de terror y desamparo infligiendo algún daño a la flota inglesa. Algunos de los cañones de los dos fuertes del puerto puestos a su máximo alcance podían hacer blanco en los barcos ingleses, por lo cual no cesaban de disparar. El artillero de la culebrina situada en la parte alta de la ciudad volvió a la carga escogiendo por blanco en esta ocasión al *Elizabeth Bonaventure*. La presencia del duque les animaba. La guarnición de la puerta del Puental enfiló su otra culebrina hacia la bahía, apuntando preferentemente al *Dreadnought* y al *Merchant Royal*. Las galeras, únicos navíos que podían moverse por aguas completamente en calma, iniciaron de nuevo su ballet circular. En el muelle, ciudadanos y marineros iban llenando de combustible algunas pequeñas embarcaciones ancladas bajo el fuerte, incendiándolas seguidamente para que la marea las llevase, a la deriva, hacia la flota inglesa. Las galeras cooperaron remolcando los incendiados buques hacia posiciones más favorables, protegiéndolos con disparos de cañón. El entusiasmo de los españoles por este sistema de ataque creció a medida que avanzaban las sombras de la noche. La bahía de Cádiz quedó tan brillantemente

iluminada por el resplandor de embarcaciones en llamas, como la noche anterior.

Todo fue en vano. Aunque la flota inglesa se defendía bajo las condiciones más adversas, inmóvil dentro de un espacio limitado, en medio de desconocidos bancos de arena y de bajíos, ni la artillería de la costa ni las galeras ni los barcos incendiados consiguieron causarles desperfectos. Ni un solo barco, ni un solo hombre, cayeron heridos. La culebrina de tierra no consiguió repetir su afortunado disparo de la mañana. La del fuerte sólo acertó a levantar surtidores de agua alrededor del blanco escogido y las baterías de la ciudad aún menos efectivas. Habrá que recordar, en favor de los artilleros de Cádiz, que la pólvora era muy cara en el siglo XVI y que, por lo tanto, las prácticas de tiro en tiempos de paz no se prodigaban. Por otra parte, la calidad de la pólvora dejaba mucho que desear. No existían dos cañones iguales y las balas para una misma pieza no eran casi nunca de igual tamaño, así que el huelgo —o sea, la diferencia entre el diámetro del cañón y el de la bala—, generalmente considerable, variaba también. Resultaba, por tanto, que sólo en los manuales explicativos se daba el caso de que una pieza de determinado diámetro y longitud, cargada de una manera prevista, lanzase una bala de cualquier calibre a una distancia prefijada. De hecho, ni el artillero más experimentado podía predecir si su cañón lanzaría el próximo disparo directamente sobre su blanco o si lo soltaría, como con desprecio, unos metros más allá, o si estallaría sobre el rompiente acabando quizás con él y con su tripulación. A tan gran distancia, las posibilidades de un disparo efectivo eran escasas.

La flota inglesa pudo escapar de los cañones costeros debido a la deficiente artillería del enemigo y a sus nulos

artilleros, pero si consiguió eludir las galeras y los barcos en llamas fue gracias a su habilidad marinera y a su rapidez de acción. No importa cómo maniobrasen las galeras ni cómo les asediasen, siempre consiguieron alejarlas y situarse fuera de su alcance. (Levando bien las anclas y con tripulaciones que saben amurar y arriar velas convenientemente, un barco de vela puede bornear, describiendo un amplio arco, en muy corto espacio de tiempo). En cuanto a la amenaza peor, los barcos en llamas, fueron desviados o remolcados por botes manejados hábilmente a fin de que ardiesen junto a la orilla o entre los arrecifes. Entretanto, el chistoso comentario del almirante inglés, «Esta noche los españoles nos ayudan en nuestra tarea porque están quemando sus barcos», recorrió de punta a punta toda la escuadra. Aquella noche, en la bahía de Cádiz, los ingleses durmieron tan poco como la noche anterior, sólo que al parecer terminaron divirtiéndose mucho. Después de aquellas doce horas, ninguno de ellos volvería a sentir temor ante las baterías de costa, las galeras o los barcos en llamas.

Por fin, poco después de medianoche, sopló bastante brisa desde tierra para que la flota avanzase en el estrecho. Las galeras de don Pedro iban detrás. Eran ocho en total, acompañadas de un galeón y otro barco a remos de clase indefinida, tal vez la fragata que el duque de Medina Sidonia había ordenado siguiese a la flota de Drake. Al amanecer las galeras abrieron fuego y Drake se detuvo para ofrecer combate. Don Pedro, que lo más que podía esperar era dar alcance a algún rezagado, tuvo buen cuidado de no aceptar el reto. En lugar de ello, envió al almirante inglés un mensaje cortés junto con un presente de vino y confituras, y tras el consiguiente intercambio de

cortesías digno de dos héroes de los libros de caballerías, ambos comandantes comenzaron a estudiar la conveniencia de un intercambio de prisioneros. Mientras sus botes iban y venían sobre las aguas tranquilas, comenzó a soplar una brisa fresca y Drake con ademán de despedida condujo su flota hacia el cabo San Vicente.

Drake calculó haber hundido, incendiado y capturado en Cádiz un total de treinta y siete embarcaciones. Robert Leng, caballero voluntario en la expedición, declaró que sólo fueron «unas treinta». Un observador anónimo italiano, de paso en la ciudad, mencionó esta misma cantidad y el cálculo oficial de los españoles preparado no con propósitos propagandísticos sino para someterlo a la consideración del rey Felipe, admitía veinticuatro, valorados en 172.000 ducados. Probablemente estas diferencias dependen de cuántos barcos menores se incluyan y de si contaban también los barcos españoles incendiados. «La pérdida», dijo Felipe II después de estudiar los informes, «no ha sido muy grande, pero la audacia del intento es ciertamente inmensa».

Las pérdidas materiales tampoco fueron pequeñas. Si bien algunos de los mercantes eran neutrales y muchos de sus cargamentos no iban destinados a Lisboa, cierta cantidad de suministros sí eran para Santa Cruz, las urcas y los barcos holandeses se destinaban al transporte y suministro de la armada y el gran galeón del marqués hubiese sido uno de sus más formidables barcos de combate. Los compatriotas de Drake no consideraron vano su alarde, cuando el almirante inglés dijo que en Cádiz «habían chamuscado la barba del rey de España». Pero el significado de su frase quizás fuese más modesto de lo que parecía. Después de la batalla de Lepanto, el sultán había dicho: «Cuando los venecianos hundieron mi

flota sólo consiguieron chamuscar mi barba. Crecerá otra vez. Yo en cambio cuando conquisté Chipre, corté uno de sus brazos». Drake sabía que las barbas vuelven a crecer. En la misma carta en que informaba a Walsingham acerca del asalto al puerto de Cádiz, escribió:

«Aseguro a vuestro honor que nunca se ha visto ni oído nada parecido a los preparativos que ha realizado —y sigue realizando— el rey de España para invadir Inglaterra... Si no son evitados, antes de que puedan reunir sus fuerzas, serán un gran peligro... Este servicio que hemos realizado con la ayuda de Dios producirá algunas alteraciones..., pero es muy urgente tomar todas las medidas posibles para la defensa... Apenas si me atrevo a hablar del gran ejército que, según se dice, posee el rey de España. ¡Preparad bien a Inglaterra, sobre todo por mar!».

Seguidamente añadió un pensamiento sombrío: «Vigilad bien las costas de Sussex». Navegando con rumbo al cabo de San Vicente, Drake sabía que su tarea principal estaba aún por hacer.

## NOTAS

Para la versión inglesa de la incursión en Cádiz, como más arriba y además *News out of the coast of Spain* (Londres, 1587); «A briefe relation of... Drake... in the Road oí Cadiz», en *Voyages* IV, de R. Hakluyt; y la narración de Robert Leng en *Camden Misc.*, V (1863).

Para la versión española, los documentos impresos por Fernández Duro y el duque de Maura se complementa con el informe de Novara a Sixto V (Vat. *Spagna*, 34) y un legajo de documentos enviados por el embajador Alamanni a su señor el gran duque de Toscana. (Flor. *Arch. Med.* 4919 fols. 313-333). Además de una relación y

una lista de las pérdidas españolas, muy parecida a las de Fernández Duro, hay una *Copy of a letter written by the chamberlain of the bishop of Cadiz, 1 may, 1587* (Español), 3 pp., y *Relatione sopra le cose de Drac* (Italiano), 5 pp. anónima y casi independiente de cualquier otra narración, escrita, a no dudarlo, por un testigo ocular, probablemente el cónsul florentino.

El documento más revelador, sin embargo, es el mapa de operaciones de Cádiz, de William Borough, que se encuentra en la Public Record Office (S. P. 12 Eliz. 202 fol. 20) pero que debería ser estudiado en su formato original de 17 ½ × 13 ½ pulgadas. La reproducción que existe en la obra de Corbett *Drake* II es casi inútil. Es concluyente, entre otras cosas, acerca del número de galeras y concuerda exactamente con las narraciones de Cádiz. Teóricamente, las galeras podían cargar, como barcos de vanguardia, culebrinas de gran tamaño (de 18 a 24 libras) y ciertamente así se hacía en las galeras de guerra mediterráneas del siglo XVIII, pero no he podido hallar datos de nada superior a una media culebrina (9 libras) en ninguna galera de Felipe II, y los *sakers* (6 libras) eran mucho más corriente. Presumo que éstos serían los que armaban las galeras de Acuña. Parece una presunción suficientemente razonable.

Como anteriormente. De nuevo, cartas-noticias adicionales en los archivos florentinos.

# «NO ES ASUNTO DE IMPORTANCIA»

Costa portuguesa, del 2 al 20 de mayo de 1587

## CAPÍTULO X

Seguramente Drake debió haber oído en Cádiz que Juan Martínez de Recalde —quizá el marino español más famoso, después de Santa Cruz— navegaba por algún lugar cercano a San Vicente con una escuadra la mitad de numerosa que la suya. Cuando el 2 de mayo puso proa hacia el oeste de Cádiz, Drake intentaba probablemente buscarle. Todo cuanto pudo conseguir fue la captura de un correo que iba también en busca de Recalde con órdenes urgentes de Felipe II en el sentido de que rehuyese la flota inglesa, superior a la suya, refugiándose en Lisboa. De nuevo en alta mar y desplegando toda la velocidad posible, Drake volvió a poner rumbo hacia el Norte. Pero ya era demasiado tarde. Recalde había tenido noticia de la potencia de Drake, anticipándose a las órdenes del rey. Mientras los ingleses daban la vuelta al cabo de San Vicente, la escuadra de Recalde —siete potentes navíos vizcaínos y cinco pinazas— enfilaba la desembocadura del Tajo aprovechando la marea, con intención de anclar bajo el cobijo de los fuertes que protegían la ciudad de Lisboa.

El día 9 de mayo, satisfecho por la huida de Recalde, Drake dejó repentinamente de buscarle. Cuando, a una

señal del almirante, acudieron sus comandantes a bordo de su nave para celebrar consejo, o —como ocurría con más frecuencia— para recibir órdenes, Drake dijo que volvían al cabo de San Vicente, para desembarcar y apoderarse del castillo de Sagres y otras plazas fuertes de las cercanías. No dijo por qué. «Actuaba con su valiente compañía, para incrementar el honor de su fama, en servicio de *su soberana*», escribió Robert Leng, caballero aventurero que se unió a la expedición quizás con la esperanza de sacar de ella un importante beneficio literario. «Estratega nato, había comprendido la importancia capital del famoso cabo», dijo un gran historiador de la época victoriana, fiel admirador de Drake. Aparte de la opinión basada en la lectura de libros de caballerías y la inspirada por la lectura de las campañas de Nelson, contamos con el rígido criterio del vicealmirante de Drake, compañero de armas —aunque a disgusto—, William Borough. En una carta lamentablemente irrespetuosa que dirigió a Drake la noche siguiente de saber su plan, Borough no parecía creer que las facilidades para el aprovisionamiento de agua fuese lo que en Sagres tentara a su comandante, ya que «allí no hay, en media milla a la redonda, más sitio para el aprovisionamiento de agua que una charca a la que es muy difícil llegar», ni tampoco el valor de la artillería de bronce del castillo. «De lograr vuestro propósito», escribió Borough, «¿qué ganaréis con ello? Nada que merezca la pena. Tampoco nuestros hombres saldrán ganando. Sólo vos mismo tendréis la satisfacción personal de decir: Esto es lo que he hecho en tierras del rey de España».

Borough no dudaba de la importancia que como posición militar tenía el cabo San Vicente. Lo suponía un hecho

suficientemente reconocido. Tanto es así que estaba seguro de que precisamente allí se dirigía Drake siguiendo órdenes del consejo de la reina. Dijo, pues, al almirante que su misión habría de ser patrullar por las cercanías del cabo, dificultando los preparativos españoles. La operación de desembarco era arriesgada e innecesaria y el Lord Almirante había indicado especialmente los peligros de una parecida acción. Lo que exasperó más a Borough fue tal vez que entonces tampoco se celebrase un consejo entre jefes, y que él, en su calidad de vicealmirante de la flota, tuviera que enterarse de los planes por unos ruidosos comentarios de sus oficiales más jóvenes y no por boca del propio Drake.

Hasta qué punto se equivocaba Borough con respecto a las intenciones de Drake, es cosa que no puede ser justamente apreciada. Parecía convencido de que su flota podía patrullar por aguas del cabo de San Vicente todo el tiempo necesario para el cumplimiento de su misión, sin necesidad de anclar, y posteriormente algunos almirantes ingleses realizaron operaciones parecidas en períodos de tiempo bastante largos sin contar con una base cercana. No obstante, los barcos de guerra, en época de Isabel, no tenían las mismas condiciones de resistencia que los navíos de años posteriores. Si Drake se proponía permanecer todo el verano allí, un refugio seguro, libre de la amenaza de cañones enemigos, un lugar donde los barcos pudiesen ser carenados y se tomasen los hombres descanso en tierra, iba a ser muy útil. En sus viajes por el Caribe, Drake siempre había buscado bases parecidas. Pero sin duda le empujaba en esta ocasión su vieja codicia de corsario en busca de botín, y, en su condición de enemigo jurado de Felipe, el ansia de llevar a cabo una importante hazaña en tierras del rey de España.

Las condiciones climatológicas demoraron el desembarco de Drake hasta el 14 de mayo, en cuya fecha, en lugar de lanzarse sobre Sagres, atacó Lagos, un puerto cómodo y seguro situado a unas quince millas al este en dirección a Cádiz. Lagos había sido en otro tiempo una ciudad próspera, pero en los últimos tiempos su comercio había decaído y Drake esperaba hallarla poco defendida. Sin embargo, resulta difícil imaginar cuáles podían ser sus planes para conservarla, después, en su poder. Ancló la flota en la bahía, al oeste de Lagos, cuando anochecía y desembarcó sus soldados, sin hallar resistencia. Al amanecer Anthony Platt, teniente general para las operaciones de tierra, dispuso sus hombres —unos mil cien— formando una sola columna en la playa. Las fuerzas de choque delante, luego, al frente, dos filas de arcabuceros, otras dos en ambos lados y dos más en la retaguardia; los lanceros en el centro. Fue una formación que los portugueses encontraron impresionantemente profesional. Así dispuesta, la columna inició la marcha sobre Lagos, al compás del triunfante rumor de las gaitas y los cimbales, igual que si pasasen revista ante el gobernador militar de Devonshire.

El desembarco, aunque no encontró resistencia, no había pasado inadvertido. Los invasores pronto observaron la presencia de algunos grupos de caballería que seguían su avance a ambos lados del camino, individuos de aspecto rudo y poco marcial, pero bien montados y excelentes jinetes. Se mantenían a distancia regular, a salvo de los mosquetes de largo alcance, pero a medida que la columna se acercaba a la ciudad, crecía el número de jinetes al acecho y empezaba a advertirse movimiento de infantería en las tierras altas del interior. La columna inglesa desfiló frente a las murallas de Lagos, comprobando que las

defensas de la ciudad eran mucho más eficaces de lo que habían supuesto, y soportando el continuo fuego de grandes piezas de artillería, mosquetes, cañones de muralla y arcabuces. Seguidamente la columna retrocedió, haciendo alguna pausa para intercambiar inútiles disparos con los muros, y así, por el mismo camino que había recorrido a la ida, volvió a la playa.

Don Hernan Teller, gobernador general del Algarve, comandante de la defensa, se sintió sorprendido y aliviado. Sabía perfectamente que las fuerzas de defensa no estaban, ni mucho menos, a la altura de lo que las murallas daban a entender y dudaba de que sus lugareños y pescadores resistiesen durante mucho tiempo el empuje de aquellos soldados que parecían veteranos. No creía capaces a sus fuerzas de infantería de efectuar incursiones, pero en cuanto vio que los ingleses se volvían de espaldas hizo salir a los doscientos caballeros de su escolta para que se uniesen a los jinetes que ya estaban en el llano.

Transcurrieron dos incómodas horas de calor antes de que la columna embarcase otra vez. Desde muros y olivos, los mosquetes no dejaban de disparar sobre ellos y había cada vez más heridos que transportar… Y la misma irregular formación de caballería caracoleaba amenazadora a su alrededor, obligándoles a detenerse repetidamente y a formar grupos para rechazar algún ataque, sin cesar en la carga hasta que llegaron a la costa, cuando los cañones de sus barcos comenzaron a abrir fuego.

William Borough no estaba en posición de poder subrayar lo prudente que había sido su razonamiento al señalar los riesgos de una operación de desembarco. Drake había pasado cuarenta y ocho horas meditando la carta que le

enviara su vicealmirante. La carta, evidentemente, fue escrita con poco tacto, pero teniendo en cuenta la libertad de costumbres y el poco formulismo del ejército y la marina en tiempo de los Tudor, nadie la hubiese considerado muestra de insubordinación. Ni siquiera la habrían tachado de irregular. Pero Drake, por ser un genio, no juzgaba las cosas como los demás. Recordó (y quizá no fue exacto) que Borough había intentado disuadirle de su plan de penetración en el puerto de Cádiz. Reflexionó (y quizá fue injusto) que Borough había mostrado demasiada prisa por huir hacia la salida de la bahía alta, antes de ser incendiadas las embarcaciones. Se dijo (con el resquemor que cabe imaginar) que por causa de Borough, su propia nave almirante, el *Elizabeth*, se había visto obligada a permanecer inmóvil casi doce horas bajo el fuego de la maldita culebrina del promontorio, en un lugar donde, a no ser por su huida, debió encontrarse el propio Borough. Olvidó (o quizá nunca llegó a saberlo) que en aquella tarde de calma Borough había tenido problemas propios que solventar, y llegó a la conclusión de que su vicealmirante sólo deseaba seguridad, y así fue acrecentando erróneamente la distancia que, en forma de pensar, les separaba. Considerando la situación en su peor aspecto, el comandante menos dispuesto habría considerado estúpida la actuación de Borough y en el menos favorable de los casos, incluso cobarde. Pero Drake profundiza más. Sabía que en Inglaterra existía una conspiración proespañola y propapista, dispuesta a destruir a todos los honrados protestantes que defendían la causa común. Sabía que, desde el instante en que se declaró a sí mismo enemigo mortal del rey de España, su vida estuvo constantemente amenazada por los agentes de la mencionada conspiración, adversarios sin forma ni

rostro algunas veces, que le enemistaban con la reina, incitaban a sus marinos a la deserción, o avisaban a los pueblos y a las naves españolas del lugar donde pensaba descargar su próximo golpe… Otras veces eran villanos que la astucia del propio Drake conseguía desenmascarar, como aquel brujo negro, Thomas Doughty, a quien Drake hizo decapitar en la bahía de San Julián, antes de que el *Golden Hind* entrase en el Pacífico. Crimen principal de Doughty —o al menos el que parece más probable hoy— fue suponer que Drake sobrepasaba las órdenes recibidas. Igual que Borough. Borough también le acusaba de violar las costumbres propias del servicio de su majestad. Francis Drake había hecho atar con cadenas y grilletes a su propio capellán después de un sermón que le pareció irrespetuoso; luego había convocado a toda la tripulación y sentándose con las piernas cruzadas sobre un baúl y unas pantuflas en la mano, había dicho al clérigo: «Francis Fletcher, yo te excomulgo de la Iglesia de Dios y de sus gracias y beneficios; te denuncio además ante el demonio y todos sus ángeles». Es, pues, bien lógico que un hombre de este temple no aceptase humildemente la lección de etiqueta naval que pretendía darle un subordinado, no importa sus años o su experiencia en el cuerpo. Tras un rato de reflexión, Drake convocó una especie de consejo de guerra a bordo del *Elizabeth*, leyó algún párrafo de la carta de Borough y anunció que iba a enviar al capitán Marchant, sargento mayor de las fuerzas de tierra, al *Golden Lion* para que tomase posesión del mando del navío, dejando a Borough confinado en un camarote, bajo arresto. Allí encerrado permaneció Borough durante todo el ataque a Lagos y también el mes siguiente, temiendo diariamente por su vida.

Una vez lo hubo confinado allí, Drake probablemente lo olvidó por completo. En cuanto embarcó todas sus fuerzas, tras el infructuoso desfile por Lagos, levó anclas y se alejó hacia alta mar. Pero en seguida volvió a acercarse a la costa para efectuar una larga virada hacia Sagres. Hernan Teller andaba todavía buscando refuerzos para la defensa de Lagos cuando las tropas de Drake subían ya el empinado y sinuoso camino de la playa para ocupar el desnudo promontorio batido por el viento. La técnica de la nueva operación fue tan distinta, decidida y osada, que cabe preguntarse si el ataque a Lagos no fue sino una treta.

Una casa señorial fortificada cerraba el paso al castillo de Sagres, pero estaba indefensa cuando los ingleses llegaron a ella y las fuerzas de ocupación la rebasaron sin dificultad. El castillo de aquel entonces coronaba las salientes rocas de la punta extrema del cabo de Sagres. Al este del lugar se extiende la bahía con su pequeña población de la playa al pie de los acantilados y al sur el océano perdido en la lejana curva de África; hacia Occidente el Atlántico mece las rumorosas olas que se inician más de tres mil millas mar adentro y al noroeste, no muy distante, se encuentra el promontorio del cabo de San Vicente, extremo final sudoeste de la Península Ibérica y de Europa. En este promontorio de Sagres se sentó en otro tiempo el monjil y visionario príncipe Enrique llamado el Navegante, para contemplar los mares desconocidos. Allí, en la ancha y corta altiplanicie protegida por escarpadas rocas, hizo construir el más antiguo edificio que Drake encontrara, su residencia *Vila do Infante*, con buen acomodo para su biblioteca, sus astrónomos y sus hombres de mar. En lo alto de aquella roca pelada fueron ideados los planes que habían de abrir

a Europa los caminos del mar hacia el fabuloso Oriente y hacía continentes aún no soñados. En cierto modo todas las correrías que hasta entonces se había permitido Drake fueron algo así como pequeños productos secundarios de aquel sueño del príncipe Enrique.

Aunque el castillo de Sagres ya no era residencia real ni tampoco centro de erudición y elevadas empresas, sino un fuerte de tercera categoría destinado a proteger de algún posible ataque de los moros el pueblecillo que yacía a sus pies, contaba con una muralla en su sector norte, el único donde podía tener acceso alguien más que las gaviotas. La muralla era de piedra, gruesa, debidamente parapetada, con cuarenta pies de altura, una caseta y cuatro torres redondas equipadas con un largo cañón de bronce de los llamados *Portingale sling* —cañón de muro, giratorio— que podía disparar balas de media libra, capaces de matar a un hombre desde una distancia de trescientas yardas o más. Era un material fácil de cargar que podía dispararse con rapidez. Aun estando guardado por pocos hombres, un castillo así era prácticamente inexpugnable para tropas sin cañones de asedio.

Drake pidió la rendición del castillo recibiendo una cortés pero firme negativa. Ordenó entonces a sus arcabuceros y mosqueteros abrir fuego y mantenerlo sin pausa hasta que su guarnición abandonase las aspilleras. Unas gavillas empapadas de alquitrán sustituyeron a los cañones y petardos y en toda la peligrosa labor de amontonarlas contra la puerta principal, bajo los disparos que procedían de la muralla, Drake no dejó de ayudar personalmente a sus hombres. Tras dos horas de continuado ataque, la puerta fue reducida a un montón de rescoldos, el fuego de los mosquetes ingleses dominaba ya un sector de la defensa interior, buena parte de la guarnición estaba

herida o había muerto, y el capitán, herido dos veces, se disponía a negociar la rendición. Drake se mostró generoso al dictar condiciones. Tanto los soldados como los paisanos que se encontraban dentro del fuerte quedaban en libertad para marchar, llevándose sus efectos personales, menos las armas. Hacia la media tarde, los ingleses eran dueños absolutos de la fortaleza. La sorpresa y el terror experimentados por tan rápida victoria hizo que las otras plazas fuertes del lugar —un monasterio y un pequeño castillo cercanos al cabo de San Vicente— se rindiesen sin un solo disparo.

Probablemente Drake no sabía que acababa de conquistar el castillo de Enrique el Navegante, cuna de todos los imperios coloniales europeos, pasados, presentes y futuros. Cabe pensar que, de haberlo sabido, no le habría importado lo más mínimo. Lo que a él le importaba era haber limpiado de enemigos los alrededores del cabo y apresado la fortaleza que protegía la base que eligió. Quizás también el hecho de haber realizado una proeza de guerra en tierras del rey de España. En cuanto al castillo de Sagres, si por un momento pensó en ocuparlo, fue para convertirlo en lugar inofensivo, inhabitable. Ordenó que las ocho piezas de bronce del castillo, los cinco giratorios de la muralla norte y los tres grandes cañones, un semicañón, una culebrina y una semiculebrina que dominaban el puerto, fuesen arrojados por encima de las rocas a la playa para, una vez allí, ser transportados hasta las naves. Antes de que sus hombres realizaran un último viaje a la playa, había incendiado todos los departamentos del interior dejándolos en su puro esqueleto ennegrecido, sin techo. El salón del príncipe Enrique, su estudio y biblioteca corrieron la misma suerte.

Cinco días después la flota inglesa se encontraba frente a Lisboa; para ser más exactos, frente a Cascaes, a salvo de los cañones del fuerte que protegía la entrada norte del Tajo. En Lisboa habitaba, a la sazón, el cardenal archiduque Alberto de Austria, sobrino del rey Felipe y virrey del reino de Portugal. También en Lisboa tenía su cuartel general el viejo marqués de Santa Cruz, quien ante la emergencia que le sorprendía con una flota enemiga ante sus propias puertas y sus doce galeones de Portugal sin los nuevos cañones que le habían sido prometidos, y sin artilleros ni soldados para presentar combate, había montado en cólera. La noticia de que la flota inglesa se encontraba frente a la desembocadura del Tajo le llegó precisamente el día anterior, y en una precipitada conferencia el virrey y el marqués llegaron a la conclusión de que el próximo probable objetivo de Drake iba a ser la rica y abierta ciudad de Sezimbra. Apresuradamente se enviaron refuerzos a dicho lugar, aunque el ejército escaseaba tanto por los alrededores de Lisboa que tuvieron que recurrir a los arcabuceros del castillo y a los soldados de los barcos de Recalde. Estos —galeras pertenecientes a la guardia del puerto y los barcos más rápidos que existían por entonces— acababan de doblar el cabo Espichel.

Pero la flota inglesa ni siquiera había reparado en Sezimbra. Seguía, por el contrario, en alta mar y las galeras de Lisboa —siete, al mando del hermano de Santa Cruz, don Alonso de Bazán— consiguieron situarse frente a ella, en orden de batalla, bajo el fuego de los cañones del castillo de San Julián.

Era precisamente el punto crítico. En aquel lugar una especie de dique marcaba la desembocadura del Tajo, este dique podía salvarse por dos pequeños canales, ambos

estrechos y harto deficientes, en el extremo norte uno de ellos y el otro en el extremo sur. El de la parte norte, generalmente de más tránsito por ser más profundo y seguro, estaba protegido por las baterías de San Julián. Al otro lado del río, un edificio conocido por la Torre Vieja guardaba la angosta entrada del Sur. Pasado este recodo y aunque existía otra posibilidad de riesgo —menos considerable— ante Belem, una flota como la de Drake podía hacer mucho daño en el puerto de Lisboa y hasta quizá saquear la ciudad. Santa Cruz sabía que a un comandante decidido, disponiendo de pilotos que conociesen las vías de acceso a Lisboa, le sería posible forzar ambas entradas. El canal del Sur resultaba estrecho y peligroso, pero los cañones de la Torre Vieja eran escasos y de poco calibre. Los de San Julián eran mejores, pero el paso más fácil de atravesar; contando con una brisa fuerte y la marea crecida, una hilera de galeones podía cruzarlo perfectamente con pocos desperfectos y hasta con la esperanza de volver a salir por el mismo lugar.

Existía otro peligro, que Santa Cruz, por conocer los métodos de Drake, consideró más detenidamente. Por el sector que daba al mar, el castillo de San Julián era una fortaleza amenazadora. Pero por la parte de tierra apenas contaba más que con una simbólica defensa. Más allá, hacia el Oeste, se extendía la pequeña bahía de Cascaes. En su extremo occidental, hacia la población pesquera, la playa estaba protegida por los cañones del castillo de Cascaes, pero entre ambos fuertes había una gran curva de playa donde el oleaje era casi siempre suave, sin rocas traidoras y cuyo acceso resultaba fácil. Una extensión de dos millas a salvo de los cañones de San Julián y de

Cascaes. Precisamente ante esta playa ancló la flota inglesa.

El viejo marqués corrió hacia el castillo de San Julián en cuanto supo que la flota inglesa había doblado el cabo Espichel. Sólo contaba con un arma para hacer frente a cualquier posible embestida de Drake: las siete galeras de su hermano don Alonso, ancladas bajo la protección de los cañones del castillo. Si los ingleses intentaban desembarcar en la bahía de Cascaes, las galeras, deslizándose rápidamente por las aguas poco profundas, podrían dispersar los botes de los navíos enemigos haciéndolos astillas antes de que lograsen atracar en la playa. Si se decidían por la entrada del norte, las galeras podrían entretenerlos lo suficiente para que las baterías de costa hundiesen un par de barcos en el canal. Si Drake conocía el secreto del acceso por el canal del sur, las galeras podrían al menos lanzarse sobre él en carga suicida. Acaso consiguieran algo positivo. Mientras tanto, los nobles caballeros de la localidad habían organizado la milicia portuguesa, que, debidamente reforzaba con unos centenares de arcabuceros españoles, marchaba ya hacia la bahía de Cascaes; por su parte, el cardenal archiduque buscaba refuerzos en cuantos lugares no estuviesen a distancia mayor de un día a pie.

Y el caso es que Drake no tenía pilotos que conociesen ni uno ni otro canal; tampoco tenía hombres suficientes que estuviesen decididos a correr el peligro de un desembarco y de enfrentarse con una costa preparada para la defensa ni tampoco con galeras ni mucho menos con ambos riesgos a la vez. Estaba en Lisboa sólo para echar un vistazo. Otras veces había hecho una jugada parecida con resultado favorable para él. Y si esta vez nada conseguía, tendría al menos la satisfacción de haber desafiado al rey

Felipe en el portal de su propia tierra. No hallando oportunidad para un ataque por sorpresa y considerándose incapaz de arrastrar a las galeras fuera del puerto, intentó negociar un intercambio de prisioneros para proteger los pequeños barcos capturados en el mar o en la playa. Se le respondió que no había prisioneros ingleses en Lisboa y la respuesta era sincera. Pero Drake no prestó crédito al aserto y desafió al marqués para entablar batalla, sabiendo lo mucho que lamentaba el viejo lobo de mar no estar en condiciones de aceptar. Igual que en Cádiz, fue el viento el que acabó con tan inútil cambio de mensajes. Procedía del Norte y los ingleses lo aprovecharon para navegar hacia el cabo otra vez. Si bien no sirvió para otra cosa, la demostración ante Lisboa había roto la monotonía de ir destrozando barcos mercantes, manteniendo además al enemigo inquieto, irritado y en desequilibrio, cosa que mucho agradaba a Drake.

# DUELAS DE BARRIL Y TESORO

Cabo de San Vicente y las Azores 21 de mayo-18 de junio de 1587

## CAPÍTULO XI

Durante los diez días que siguieron, los barcos de la flota anclados en Sagres fueron limpiados, fumigados y escudriñados por todos sus rincones. Se examinaron las bodegas y se renovaron los lastres. Un galeón de las proporciones del *Elizabeth Bonaventure*, con dotación de doscientos cincuenta hombres, podía acumular mucha suciedad en el transcurso de siete u ocho semanas, e igual puede decirse de los barcos más pequeños. En tiempos de Isabel no se ignoraba que cuanto más sucio estaba un barco, menos sana se encontraba su tripulación, y había ya demasiados enfermos en la flota. El mayor número posible fue trasladado a la costa —siendo éste el mejor remedio de que disponían— y se tomaron las medidas necesarias para enviar a la patria los casos más graves en dos de las naves apresadas. Entretanto, los navíos que seguían en el mar, especialmente las pinazas, más manejables para esta clase de tareas, iban recorriendo metódicamente la costa, diez o quince leguas hacia el Norte y viceversa —y la misma distancia luego hacia el Este—, hundiendo, incendiando o remolcando hasta Sagres toda embarcación que se cruzara en su camino.

No era un trabajo tentador; la situación apenas se animó con la llegada a Lagos de una escuadra de diez galeras que con prudencia muy loable no presentó batalla. Las embarcaciones incautadas tampoco eran presa de valor. Formaban un grupo numeroso —bastante más de cien, contando las que fueron destruidas en las playas cercanas al cabo y las apresadas en el mar—, pero sólo unas pocas llegaban a las sesenta toneladas y ninguna reportaría un céntimo por lo que respecta a botín. En general formaban dos grupos. Más de la mitad pertenecían a las pesquerías de atún del Algarve y Andalucía, industria floreciente a la que Drake había asestado un rudo golpe destruyendo no sólo todos los botes de pesca que hallaba, sino también las pequeñas poblaciones pesqueras que anidaban en la playa y hasta las redes de los pescadores, y obligando con ello a la gente —así pensaba Drake— a «lanzar maldiciones al propio rostro de sus gobernantes». Por supuesto, a alguien maldecirían. El resto del botín eran pequeños barcos del comercio costero, barcazas y carabelas que transportaban mercancías de uso corriente a lo largo de las costas españolas. La mayoría llevaban cargamento de pertrechos para fabricar toneles, «flejes, duelas de barril y cosas parecidas» con destino a Cádiz o al estrecho. Drake conocía el valor de aquel botín que aparentemente no valía un céntimo. «Los flejes y duelas de barril sobrepasaban las 1.600 o 1.700 toneladas de peso», escribió a Walsingham, «material que una vez montado en cascos y listo para contener bebidas alcohólicas habría alcanzado las 25.000 o 30.000 toneladas seguramente. Ordené que todo ello fuese incendiado y reducido a cenizas, lo cual ha de representar un perjuicio no pequeño para el rey, sin mencionar la pérdida de sus barcazas». Para la marina de la época, los barriles eran artículo de

primera necesidad, no sólo para almacenar agua y vino, sino también para conservar carne en salazón, pescado en salmuera, galletas y toda clase de provisiones. Para barriles herméticos se necesitaban duelas en madera bien curada y de una apropiada calidad. Estos suministros jamás sobraban y la organización de la Armada había creado ya una extraordinaria demanda. Si al final cuando la Armada zarpase, sus barriles de agua resultaban agrietados y sucios y se estropeaba mucha comida debido a las duelas en madera verde y a cascos mal fabricados, el humo que se alzaba sobre Sagres sería el verdadero responsable de ello. La quema de los flejes y duelas de barril fue, para España, un golpe más grave que el incendio de los barcos en la bahía de Cádiz.

No obstante, por el momento, el golpe más grave era la presencia de la flota inglesa en el cabo de San Vicente. En Lisboa, el marqués de Santa Cruz seguía inmovilizado por falta de soldados, marinería, cañones y abastecimientos. Procedentes del Mediterráneo, anclados en Málaga o Cartagena, titubeando ante Gibraltar o, en el mejor de los casos, no aventurándose más allá de Cádiz, estaban los barcos que llevaban todo aquello tan urgentemente necesitado por Santa Cruz: cañones y municiones, pólvora y galletas, marinería de una docena de puertos mediterráneos y veteranos de los regimientos de Nápoles, debidamente escoltado todo ello por mercantes armados que habían de formar la escuadra de Oriente y las cuatro grandes galeazas de Nápoles, además de algunas galeras sicilianas, formidable ayuda para la fuerza combativa de Santa Cruz. Casi diariamente, a medida que iba recibiendo los últimos informes en Aranjuez, Felipe II abrumaba con nuevas órdenes al fiel duque de Medina Sidonia. Los barcos fondeados en el río de Sevilla tenían que zarpar al

instante hacia Lisboa. Ninguno debería abandonar el puerto mientras Drake patrullase por las aguas del cabo de San Vicente. Si Drake dejaba el cabo, las galeras con el cargamento de artillería y soldados urgentemente necesitados en Lisboa tendrían que intentar llegar en seguida allí. Si Drake volvía al cabo, las galeras habrían de quedarse en donde estaban y la tropa marchar por tierra hacia Lisboa, seguida por cuanta artillería y provisiones pudiese transportar.

Entretanto Drake y el capitán Fenner —poco más o menos su jefe de Estado Mayor— eran perfectamente conscientes de lo ventajoso de su posición. Tras un claro relato de las operaciones realizadas hasta la fecha y una descripción de lo que sabía acerca de la disposición de fuerzas españolas (y lo que sabía se aproximaba mucho a la realidad), el capitán Fenner concluía así:

«Dominamos este cabo, tan en favor nuestro y tan en contra de ellos, como gran bendición ha sido lo que supimos después. Pues la cita es en Lisboa, donde sabemos hay en la actualidad unos 25 barcos y siete galeras. Entre los otros y su tierra nos encontramos nosotros; así pues, son como un cuerpo que careciese de miembros y no pueden reunirse porque están faltos de provisiones de toda clase…».

«Así como tuvimos un feliz comienzo, no dudamos querrá Dios seguir ofreciéndonos igual continuidad…, que no será la multitud la que decida dónde a Él complazca extender su mano».

Drake escribió a Walsingham el mismo día. Su abrumador y bíblico himno de alabanza al triunfo sobre los enemigos de la Verdad y los defensores de la imagen de Baal y Dagon se toma repentinamente prosa directa.

«Mientras Dios tenga a bien facilitamos provisiones para comer y beber y si nuestros barcos, el tiempo y el viento nos lo permiten, vuestro honor sin duda será informado de que seguimos cerca de este cabo de San Vicente, en espera, hoy y siempre, de las órdenes que su majestad y vuestra excelencia quieran damos.

Que Dios nos haga sentir agradecidos de que su majestad la reina envíe estos pocos barcos a tiempo. De tener otros seis barcos de su majestad, de segunda clase, aún nos sería posible evitar que el enemigo se reúna (parece ser que Drake ya había solicitado refuerzos) y tal vez apresar o inhabilitar sus flotas en todas partes, durante el mes próximo o después, que es cuando suelen regresar a la patria, con lo cual, en mi pobre opinión, pondremos a esta gran monarquía en las condiciones que son de desear.

Todo buen asunto ha de tener comienzo, pero seguirlo hasta el final, hasta que quede totalmente realizado, es lo que proporciona verdadera gloria… Agradezcamos a Dios, una y otra vez, haber iniciado un comienzo —aunque pequeño— en la costa de España».

Ambas cartas fueron escritas el 24 de mayo (nuevo sistema) y Drake añadió una breve nota el día 30, sugiriendo que el barco de Dunquerque enviado con mensajes después del ataque a Cádiz le fuese remitido de nuevo junto con los demás refuerzos. Entretanto, los barcos que habían de llevar estos despachos junto con los marineros enfermos e incapacitados a Inglaterra estaban ya dispuestos y el 1.º de junio levaban anclas. Toda la flota partió con ellos, dándoles escolta hasta la parte occidental del cabo. Luego, cuando los barcos con rumbo a la patria enfilaron proa al Norte, el resto de la flota siguió navegando por alta mar, internándose en el Atlántico,

hacia el lugar por donde se pone el sol. Y no volvieron a la bahía de Sagres.

Su destino era las Azores. Este súbito abandono del cabo de San Vicente está rodeado de misterio. Por lo que se sabe, los barcos que partieron aquel mismo día hacia Inglaterra no tenían la menor idea de que el almirante fuese a abandonar la base. Por el contrario, en sus despachos, Drake insistía solicitando refuerzos para seguir allí dos meses más; Cuando escribió que «seguirlo hasta el final es lo que proporciona verdadera gloria», ignoraba sin duda alguna que sólo podría seguir aquello cinco días más. ¿Acaso no estaba conforme consigo mismo? Ni la necesidad de provisiones ni la falta de salud de sus tripulaciones le obligaron a partir. Un hombre con su capacidad para el mando y tan obstinado como él no hubiese cedido a la presión de sus oficiales ni a la de sus tripulaciones. Y ¿por qué marchar tan precipitadamente sin tener en cuenta que muchos barcos de su escuadra no habían terminado aún el abastecimiento de agua potable ni el traslado de sus enfermos a los navíos que regresaban a Inglaterra? Persiste algún misterio, incluso suponiendo —como es lógico— que Drake hubiese recibido informes súbitos con respecto a un nuevo objetivo de importancia capital.

La *San Felipe*, una carraca con destino a su base, procedente de Goa, con el cargamento anual de especies y mercancías de Oriente, frutos del imperio oriental portugués, había anunciado su llegada a la Casa de Indias, desde Mozambique y posteriormente desde São Tomé. El rey Felipe temía que Drake conociese su existencia, ya que las carabelas del comercio con Guinea navegaban en aquel momento rumbo a Lagos o frente al cabo, en ruta hacia Lisboa y alguna de ellas había probablemente

atisbado la gran carraca. De seguir ésta el rumbo habitual de los barcos portugueses procedentes de la India con destino a Portugal, la *San Felipe*, en lugar de bordear siguiendo la costa africana, cruzaría de una larga virada las rutas del Nordeste desde Cabo Verde hasta las Azores para navegar luego ante el sector oeste hacia Lisboa. Sabiendo que la carraca existía, Drake sólo tenía que calcular su probable velocidad y elegir el lugar para atacarla. Sin duda alguna, cuando el 18 de junio el *Elizabeth Bonaventure* avistó São Miguel en las Azores, allí entre la isla y la nave almirante, navegando con velas desplegadas, forzosamente había de surgir la carraca. No es, pues, de extrañar que los españoles creyesen que Drake poseía un espejo mágico en su camarote en el cual podía ver todos los barcos que navegaban por los mares del mundo.

Antes de divisar la *San Felipe*, el *Elizabeth Bonaventure* había perdido compañía. El 3 de junio se desencadenó una violenta tempestad que no amainó en las siguientes cuarenta y ocho horas. Cuando la escuadra volvió a agruparse todos los galeones de la reina estaban presentes y también los tres galeones privados, el *Thomas* de Drake, el *White Lion* del Lord Almirante, y el *Minion* de *Sir* William Winter, junto con algunas pinazas. Pero los barcos de Londres habían desaparecido. Luego se supo que todos habían regresado sanos y salvos al Támesis.

Al día siguiente se atisbo un navío, y el *Golden Lion* y una pinaza —la *Spy*— partieron en su persecución. Poco después la pinaza *Spy* volvió sola. El capitán Marchant, que ostentaba su mando, informó que el barco atisbado era un navío inglés (¿tal vez alguno de los londinenses?), pero que la tripulación del *Golden Lion*, influida por su anterior capitán William Borough, se había amotinado

negándose a volver junto al almirante y en aquellos momentos la embarcación navegaba con rumbo a la patria. Drake vio así confirmadas sus peores sospechas. Reunió un consejo de guerra e hizo se condenase a muerte a Borough por traidor. Luego le olvidó por completo. Lo mismo podríamos hacer con el episodio relatado; sólo habrá que añadir que ningún tripulante del *Golden Lion* fue condenado por motín; que todos, incluso el propio Borough, recibieron sus pagas y su correspondiente parte del botín, y que los documentos del proceso abierto para aclarar el caso cuando los acusadores de Borough llegaron a Inglaterra han proporcionado mucha información —imposible de hallar en otro lugar— sobre la campaña.

La desaparición de los barcos londinenses y la deserción del *Golden Lion* redujo la escuadra de Drake a seis galeones y algunas pinazas, pero con una flota aún más reducida la carraca podría haberse apresado también. Ciertamente su cubierta sobresalía muy por encima de la de los galeones —como sobrepasa en altura un caballo percherón a un *poney*— y su tonelaje era mayor que el de tres de sus más grandes embarcaciones juntas, pero como ocurría en casi todas las carracas portuguesas en viaje de regreso a la patria, su tripulación estaba debilitada y agotada por las enfermedades; en el puente principal, un exceso de mercancías inutilizaba las troneras, y las piezas de bronce de sus castillos de popa y proa —muy apropiadas para combatir a los piratas del océano Índico y la costa de Berbería— eran poco adecuadas para entablar batalla con los pesados cañones de las embarcaciones inglesas. Su capitán defendió la nave tanto tiempo como lo requería su honor y luego se rindió gallardamente. A él y a sus hombres les fue entregada una embarcación para marchar a São Miguel o donde les apeteciese y Drake

puso rumbo a Plymouth con su tremenda presa, primera de su clase en la historia.

La carraca iba atestada de pimienta, canela y clavo, percales, sedas y marfiles, además de una satisfactoria cantidad de oro y plata y unas cuantas arquillas de joyas. Su valor total ascendió a casi 114.000 libras esterlinas. Era más del triple del valor de todos los transportes y barcos apresados, hundidos o incendiados en la bahía de Cádiz. Todas las duelas de barril y todos los barcos pesqueros de España juntos no podían alcanzar una cifra como aquella. Aunque los mercaderes de Londres insistieron en retirar su parte del botín sin haber realizado el menor trabajo por conseguirlo, Drake aún percibió más de 17.000 libras esterlinas, y la reina, por su parte, más de 40.000. Ahora bien, un galeón del tamaño de la nave almirante en que viajaba Drake podía construirse por unas 2.600 libras y alquilarse por unas 28 libras al mes. En los barcos de la reina un marinero gastaba —sueldo y manutención comprendidos— unos catorce chelines al mes. La tripulación completa de un barco como el *Elizabeth Bonaventure* podía ser pagada y alimentada durante un mes con unas ciento setenta y cinco libras o quizás menos; 17.000 libras esterlinas era el valor total de las tierras de un noble de buena posición; 40.000 libras bastaban para poner en pie de guerra a todo un ejército. Tanto para Drake como para su reina, la captura de la *San Felipe* hizo de aquel viaje un completo éxito comercial.

Teniendo en cuenta la vida y las costumbres del siglo XVI, los modernos biógrafos de Drake no habían de sentirse incomodados por el episodio de la *San Felipe* ni tampoco ofrecer explicaciones sobre el particular. Los contemporáneos de Drake no las consideraron necesarias. Una de ellas ha sido que «el hambre y la enfermedad

obligaron a Drake a abandonar su base». Es cierto que los amotinados del *Golden Lion* alegaron que apenas si disponían de avituallamiento en sus bodegas, que tenían cuarenta y seis hombres enfermos (probablemente casi una quinta parte de la tripulación) y que todos en general estaban débiles y depauperados debido a la escasez y a la mala alimentación. Puede que fuese así. El *Golden Lion* desde el principio del viaje había parecido historia en la expedición. Pero se suponía que los barcos de la reina al zarpar llevaban provisiones para tres meses, y el *Golden Lion*, poco después de nueve semanas, estaba de vuelta en Inglaterra. Entretanto los barcos de la reina habían tenido derecho de prioridad sobre los vinos, las galletas y el aceite capturados en Cádiz, aparte de otras oportunidades que tuvieron para aprovisionarse mediante barcos apresados y asaltos a la costa. Ni Drake ni Fenner se preocuparon lo más mínimo por el aprovisionamiento hasta que finalizó el mes de mayo y ciertamente los londinenses que aseguraron varias veces tener lo necesario para nueve meses no podrían hallarse faltos de víveres.

En la conducta de los londinenses radica precisamente el corazón del misterio. Porque la otra excusa que se alega en favor de Drake es que el grueso de su flota desertó, de modo que no pudo regresar al cabo de San Vicente. Ahora bien, los londinenses, como ya hemos dicho, disponían de suficientes provisiones y excelentes navíos. No existe sospecha de que encontrasen dificultades después de la tempestad. Y si bien antes se aburrieron quemando duelas de barril, difícilmente habrían despreciado la caza de un tesoro. Ellos, mejor que nadie, veían en la expedición una aventura comercial, sólo que hasta entonces había producido pocos beneficios. Después de la tempestad que

dispersó la flota a la altura de Finisterre en el viaje de ida, los londinenses, al igual que los otros barcos, no tuvieron dificultad en reunirse con el resto de la flota. Resulta raro que, al parecer, no realizasen esta vez esfuerzo alguno en tal sentido. Parece como si Drake no hubiese señalado un punto de reunión, e incluso quizás, ni siquiera dado cuenta de su destino y de lo que allí esperaba encontrar. ¿Quizá porque tenía demasiada prisa por marchar? ¿O quizá porque precisaba del absoluto secreto necesario para que la sorpresa fuese total? ¿O porque, de momento, le dominó su instinto de viejo corsario y prefirió no repartir un rico botín entre demasiados compañeros?

En todo caso se puede tener la seguridad de que, cualquiera que hubiese sido el número de barcos que le acompañasen, Drake no hubiera vuelto al cabo después de apresar la gran carraca. De una parte, hacía dieciocho días que había zarpado, y aun contando con viento favorable, necesitaría otra semana para volver. Si los españoles hubiesen actuado con razonable rapidez, Santa Cruz dispondría aún de una flota de combate a la que difícilmente podría haber hecho frente con la totalidad de la suya el propio Drake. Pero la razón principal fue que el almirante no podía arriesgarse a perder la gran carraca. Las guerras del siglo XVI se hacían con dinero. Para Felipe, recuperar su barco significaba contar con 500.000 ducados. Francis Drake jamás había de llegar a saber que el cargamento de la carraca —como todos los cargamentos portugueses que procedían de la India desde hacía muchos años— estaba completamente hipotecado por los banqueros que, mediante un elevado interés, seguían sosteniendo el ruinoso negocio de especiería al por mayor en que se había convertido el imperio oriental del rey de Portugal. La pérdida de la *San Felipe* sin duda agravaría las

dificultades financieras de Felipe II, pero su recuperación difícilmente hubiese aumentado sus valores líquidos. Drake ignoraba esto. Pero sabía lo que para su real señora iba a significar una parte en aquel botín y lo que podía significar para la marina inglesa. Aunque su propia parte no hubiese provocado su interés, Drake no habría querido correr el riesgo de perder una presa tan valiosa.

En medio de la excitación provocada por el inventario del botín recogido en la *San Felipe* nadie recordó la valiente frase: «… pero seguirlo hasta el final hasta dejarlo totalmente realizado es lo que proporciona verdadera gloria». Nadie la ha repetido en contra de Drake hasta la fecha. Lo cierto es que, permaneciendo más tiempo en el cabo, poco más hubiera podido hacer. Si en siete semanas sus tripulaciones no habían sido diezmadas por la enfermedad, seguramente ocurriría en otras siete. Así ocurría en los superpoblados barcos de todas las naciones aquel siglo. Drake había dejado tan confusos y quebrantados los planes españoles que, en el mes que siguió a su partida, apenas se transportaron suministros y no hubo armada española dispuesta a zarpar para Inglaterra aquel año con o sin ingleses en el cabo San Vicente.

NOTAS

Como más arriba, mayormente *The Spanish War*, de Corbett.

# UN BRAZO AMPUTADO

Sluys, 9 de junio-5 de agosto de 1587

## CAPÍTULO XII

Entre los perjudicados por el ataque de Drake a la bahía de Cádiz figuraba un respetable comerciante en cereales, nacido en el norte de Alemania, pero naturalizado en Dixmude, Flandes Occidental. Jan (esta es la versión de su nombre en flamenco) Wychegerde era, al parecer, corredor de cereales del Báltico, pero como todos los comerciantes listos del momento sacaba dinero de donde podía. De vez en cuando, como en el desafortunado caso de su inversión en el cargamento del barco de Dunquerque apresado en Cádiz, Mynheer Wychegerde realizaba operaciones con el comercio español y mediterráneo. En muchas ocasiones actuaba él mismo de factor, pues hablaba español con igual facilidad que flamenco. Algunas veces llevaba un cargamento de tejidos ingleses sin acabar para las ciudades del Rin o un embarque de vinos de Borgoña para Amsterdam. A la vez, y reduciendo un poco las elevadas tarifas que regían en el mercado —alegando su admiración por el príncipe de Parma o su devoción hacia el rey de España— favorecía al famélico ejército español suministrándole no sólo trigo del Báltico para galletas sino mantequilla y queso y algún pescado en salazón procedente de Holanda y Zelanda,

negocio en el que hallaba mucha competencia, porque los ciudadanos holandeses acostumbraban aprovisionar al enemigo con el propósito —según propia afirmación— de tener dinero para ganar la guerra. Aparte de relacionarse con la administración militar del duque de Parma, Jan Wychegerde tenía otra actividad: era uno de los más osados e inteligentes espías de *sir* Francis Walsingham.

Hacía falta valentía para seguir siendo comerciante en Flandes, tal como la guerra se iba presentando. En aquel mes de julio, mientras navegaba por exigencias —al menos aparentemente— de su comercio legal, Wychegerde tuvo la mala fortuna de caer en manos de un barco corsario (que actuaba por cuenta propia) procedente de La Rochelle. De haberle identificado como agente de Walsingham, los piratas hugonotes se habrían mostrado magnánimos pero, creyéndole amigo de los papistas, fue un placer para ellos despojarle hasta de su último céntimo, y de su equipaje también. Seguidamente, sin ninguna clase de ceremonia, fue desembarcado en la playa de Boulogne para que regresase al hogar como pudiese y en mangas de camisa. A llegar a Dixmude le aconsejaron que si pretendía personarse en el cuartel general del duque de Parma en Brujas esperase una caravana de carromatos con escolta armada. El frente estaba tan próximo que todos los caminos resultaban inseguros. Bandas de desertores de ambos ejércitos y campesinos que habían quedado sin hogar merodeaban por los caminos asaltando y asesinando a cuantos viajeros se aventurasen por ellos, solos o en pequeños grupos.

Los mismos convoyes ofrecían relativa seguridad. La guarnición inglesa establecida en Ostende exploraba los alrededores acechando su paso. Precisamente la primera expedición a la que Wychegerde había pensado unirse

cayó en una emboscada al salir de Dixmude. Wychegerde refirió luego a Walsingham que había contado veinticinco muertos españoles por un solo inglés, indicando también que las tropas inglesas realizaron una buena «limpieza» en los carros españoles. La guarnición de Ostende era tan temida, añadió, que nadie se atrevía a viajar si no le acompañaba una escolta de dos o trescientos soldados. En aquella ocasión dos compañías de valones emprendieron la huida al sonar el primer disparo inglés. Wychegerde sólo encontró un fallo en la técnica de la emboscada: para la próxima ocasión aconsejó situar un destacamento que cortase el avance a la vanguardia del convoy. Por no haber cuidado este detalle, los ingleses dejaron escapar a los comerciantes en cereales que cabalgaban en primera línea y que, galopando rápidamente, consiguieron llegar a Dixmude con las diez mil o quince mil libras flamencas que llevaban en sus bolsas. Wychegerde esperó al convoy siguiente. Tenía prisa por llegar a Brujas primero y luego —a ser posible— al campamento del duque de Parma ante Sluys, pero si bien para remediar aquélla hubiese bastado una rápida galopada a campo traviesa, no era prudente que un comerciante de cereales de Dixmude mostrase más precipitación que la habitual en un honrado ciudadano que busca un buen negocio.

El asedio acerca del cual Wychegerde deseaba noticas exactas hacía cuatro semanas que duraba cuando finalmente pudo informar. Desde el comienzo de la primavera circulaba el rumor de que el duque de Parma iba a descargar un golpe definitivo sobre el último baluarte rebelde de Flandes. Pero cuando en junio trasladó su cuartel general y casi la mitad de su ejército de campaña a Brujas, la concentración de fuerzas fue tan rápida que constituyó algo así como una sorpresa táctica.

Casi todo el condado de Flandes, en otro tiempo alma de la rebelión, estaba en manos del duque de Parma. Los delegados de Flandes ya no ocupaban un sitio en los Estados Generales. Tras la caída de Amberes los oligarcas del comercio en Holanda y Zelanda empezaron a considerar las grandes ciudades de Flandes no como a hermanas a quienes rescatar sino como a rivales que vencer. Pero hacia el extremo noroeste del condado había dos ciudades que resistían aún. Ostende y Sluys, ambas de importancia estratégica y lo bastante cercanas una a otra como para ayudarse entre sí. Ostende, firmemente asentada en sus dunas, tras el mar del Norte. Sluys, en otro tiempo uno de los más importantes puertos de Flandes y ahora cada día más inútil a causa de los lodos del Zwyn.

Tropas inglesas defendían Ostende. En cuanto a Sluys, tenía su propia milicia ciudadana, reforzada por calvinistas militantes —exiliados—, flamencos y valones que se resistían a alejarse un kilómetro más de lo necesario de su hogar. Ambas guarniciones se entretenían acosando las posiciones españolas de los alrededores de Brujas, pero ninguna tenía tropas suficientes para guarnecer el circuito de sus murallas, ni tampoco bastantes provisiones para aguantar un sitio. Cuando inesperadamente supieron que el duque de Parma rondaba por allí, con siete, catorce o dieciocho mil hombres, los comandantes de ambas fuerzas solicitaron ayudas, provisiones, municiones y refuerzos a los Estados Generales de Holanda, a lord Buckhurst de La Haya, al gobernador inglés de Flesinga, a Walsingham, a Leicester y, por supuesto, a la reina.

Los Estados parecían dispuestos a permitir que los flamencos se defendiesen solos, pero los ingleses sentían

mayor responsabilidad. Lord Buckhurst, representante de Su majestad en La Haya en ausencia de Leicester, ordenó que inmediatamente fuesen enviados refuerzos a la guarnición inglesa de Ostende y solicitó permiso para hacer lo mismo con la de Sluys. Antes de que los recibiese, lord William Russell, gobernador de Flesinga, con la entusiasta colaboración de los comerciantes de la ciudad, envió a Sluys suficientes provisiones —en su opinión— para dos o tres meses; luego, por su cuenta y riesgo, al saber que la primera maniobra del duque de Parma sobre Ostende fue sólo un simulacro y que ahora amenazaba Sluys, ordenó al veterano *sir* Roger Williams que saliese de Ostende con cuatro compañías de infantería inglesa para intentar llegar a la amenazada ciudad y prestarle ayuda. Mientras tanto en Inglaterra, su majestad la Reina concedía a Leicester casi todo cuanto él solicitaba en materia de hombres y dinero. Isabel todavía esperaba algo de sus negociaciones con el duque de Parma, pero le sobraba experiencia para confiar demasiado en palabras. Cada milla de costa flamenca conquistada por los españoles era un peligro más para Inglaterra. En consecuencia, dijo a Leicester que era necesario romper el cerco de Sluys.

La maniobra del duque de Parma sobre Ostende no había sido un simulacro sino más bien un tanteo, para saber con qué fuerzas contaba la ciudad. Su plan era caer sobre ella por sorpresa. Pero cuando llegó a sus puertas halló que los diques abiertos inundaban por completo todo acceso, que estaban llegando refuerzos a la costa y que una escuadra inglesa estacionada en alta mar era prueba palpable de que Ostende jamás se rendiría por el hambre mientras los enemigos del rey de España fuesen dueños del mar. Las

fortificaciones parecían demasiado importantes. Se reunió un consejo militar y votó la retirada.

Al día siguiente el duque de Parma envió tres columnas hacia el Norte y el Este: una para apoderarse de Blankenberghe, pequeño fuerte que protegía la línea de comunicaciones entre Ostende y Sluys; otra, para avanzar carretera adelante, partiendo de Brujas; y la tercera, bajo su mando, para marchar en zigzag hacia el este de la ciudad y tender un puente sobre el canal Yzendijke que iba a parar al Zwyn, en la parte norte de Sluys.

Una vez cumplidos estos primeros objetivos, el duque de Parma convocó otro consejo militar. Inclinados sobre los mapas y recordando lo que habían visto del terreno, sus capitanes movieron la cabeza de un lado para otro. Aquello era peor que Amberes. Sluys se alzaba en medio de una red de islas separadas unas de otras por una red de canales y acequias más anchos que los corrientes y que, en su mayor parte, se llenaban de agua dos veces al día, eran barridos luego por fuertes mareas y por fin, también dos veces al día, quedaban convertidos en lagunas estancadas o en pantanosas zanjas. A través de esta maraña, la principal vía acuática para la profunda ensenada de Sluys, donde en otro tiempo anclaron quinientas grandes naves, era el estuario del Zwyn, cruzado por un deficiente pero navegable canal. Un viejo castillo reforzado por recientes obras, que se unía a la ciudad por un arrecife y un puente de madera, guardaba la ensenada. Todos los accesos a la ciudad estaban separados entre sí por canales, y en medio de tal laberinto de vías acuáticas, todo ejército que intentase rodear la ciudad corría el riesgo de quedar separado en pequeños destacamentos aislados. Los oficiales del duque de Parma opinaron unánimemente que un sitio sería largo y más

costoso que ventajoso, y que con él se corría el gran riesgo de perder todo el ejército. Nuevamente aconsejaron la retirada.

Pero esta vez el duque de Parma discrepó. No creía necesario decir a sus capitanes que pensaba compartir con ellos penalidades y peligros. No podía decirles que aunque le hubiese gustado conquistar Ostende —de haber podido hacerlo rápida y fácilmente— estaba obligado a tomar Sluys, no tanto por ser lo más próximo a un puerto con buen fondeadero que podía esperar, sino porque se alzaba en medio de la red de vías acuáticas tendida entre Brujas y Flandes del este, las cuales habían de resultar esencialísimas para la logística de la invasión de Inglaterra. No obstante, algunos de sus más antiguos compañeros de armas debían de saber que el laberinto de canales en tomo a Sluys ofrecía exactamente la clase de problema de geometría militar que deleitaba a su general. El duque de Parma sabía cómo valerse de las peculiares defensas holandesas en beneficio de su propia táctica de ataque, y ya había notado lo que también sabía el comandante flamenco de Sluys: que la posición clave era la inhospitalaria y arenosa isla de Cadzand.

En su parte occidental, Cadzand bordeaba el canal de Zwyn en el lado opuesto y más allá del viejo castillo de Sluys. Por su parte oriental estaba separada de una isla que dominaba el duque de Parma gracias a algo que en la marea alta era hirviente estrecho pero en la bajamar apenas una ciénaga salpicada de estancadas charcas. En la mañana del 13 de junio, el duque con un seleccionado grupo de españoles avanzó por allí con paso vacilante, las armas alzadas sobre su cabeza todos ellos, para conservarlas secas, y el cuerpo hundido hasta la cintura en el barro y el agua; los que tenían la mala fortuna de

resbalar, se quedaban salpicados de lodo de la cabeza a los pies, y el propio duque iba tan embadurnado como el que más.

En la casi totalidad de las veinticuatro horas que siguieron, los españoles formaron grupos por las desoladas dunas de Cadzand sin más comida que unas galletas humedecidas, sin cobijo, sin combustible para secar las ropas y calentarse, e incluso sin agua para beber. Las barcazas que esperaba el duque se retrasaron inexplicablemente. En Cadzand no había un solo árbol; tampoco una cabaña. Estaba lloviendo. La mecha para las armas de fuego se había mojado y lo mismo ocurría con la pólvora. El estrecho que antes cruzaron los separaba de sus camaradas. De ser atacados (y podían atacarles en cualquier momento desde el mar) aquellos hombres fatigados, hambrientos, temblando de frío, hubiesen tenido que defenderse con armas blancas. Tanto se quejaban, que quien no les conociera a fondo hubiera predicho algún motín, y sin embargo en medio de sus quejas no sólo plantaron sus tiendas sino que cavaron zanjas para resguardar los mosquetes y ante el espectáculo de la firme hilera de picas y cañones de armas de fuego que protegía al grupo de expedicionarios, las barcazas de reconocimiento holandesas se alejaron remando con rapidez.

Luego empezaron a llegar las barcazas del duque, que sufrieron retraso debido a unas escaramuzas sostenidas a lo largo del canal Yzendijke, pero al día siguiente Cadzand no estaba aún bastante fortificado para impedir que los ingleses que mandaba *sir* Roger Williams entrasen en Sluys. Los dos pequeños navíos de guerra de Zelanda que dieron escolta a *sir* Williams batieron a los mosquetes españoles en sus propias trincheras mediante cañoneo, y

la expedición penetró en la dársena hundiendo o capturando de paso unos cuantos botes del duque. Pero al otro día se invirtieron los papeles. Durante la noche fue instalada una batería de los precisos cañones de asedio españoles para dominar el canal. Con la marea baja del amanecer los barcos de la expedición de socorro iniciaron su regreso a Flesinga, fueron inesperadamente cañoneados y sus respectivos capitanes, procurando eludir el bombardeo, acabaron por encallar sus navíos. La marea bajaba aún, la batería podía todavía alcanzarles, así que capitanes y tripulaciones nadaron o vadearon hacia unas pequeñas cárabas destacadas en el bajío que, por estar fuera del alcance de los disparos, podían llevarles hasta Flesinga. El duque añadió los dos barcos de guerra de Zelanda a la pequeña flotilla que preparaba, anclándolos luego en la parte más honda del canal, más allá de la batería de Cadzand. La parte del canal en que el agua alcanzaba menos profundidad aparecía a lo lejos bloqueada por una especie de empalizada de estacas, plantadas verticalmente; las boyas y marcas habían sido cambiadas de lugar para arrastrar a los barcos, engañándolos, hacia los bancos de arenas. El gobernador inglés de Flesinga se vio obligado a informar que el paso hacia Sluys estaba cerrado por completo.

Todo esto ocurrió tres semanas antes de que Jan Wychegerde se trasladase desde Brujas al campamento del duque de Parma. Durante este tiempo los Estados Generales no habían hecho nada, los ingleses en Flesinga tampoco y el duque de Parma había ido estrechando gradualmente el cerco de la ciudad. Pero el conde de Leicester estaba a punto de llegar y volvía por fin con dinero y hombres. Su primer cuidado había de ser arrancar a Sluys de las garras del ejército español.

La misión de Wychegerde era descubrir la potencialidad de aquél. Lo hizo metódicamente, como si realizase un informe de comisario.

Descubrió que existían cuatro posiciones fortificadas independientemente con vistas a la autodefensa, ya que sólo con grandes dificultades podrían ayudarse entre sí. Una, en la parte exterior de la puerta de Brujas donde, hasta entonces, se había desarrollado la contienda. Otra, en el cuartel general del propio duque de Parma en la isla de Cadzand a salvo de la artillería de la ciudad. La tercera al otro lado del río, desde Cadzand, en la isla de Santa Ana, hacia el viejo castillo. Y la cuarta a ambos lados de un canal, precisamente frente a la puerta de Gante. Cada posición contaba —en opinión de Wychegerde— entre españoles, italianos, alemanes y valones, con un grueso de ejército de cinco o seis mil hombres (probablemente de cinco, más que de seis mil). Los informes recibidos hasta entonces por Walsingham y Leicester doblaban e incluso triplicaban estas cifras, y si Walsingham pasó a Leicester el reciente informe de Wychegerde, el conde seguramente no le prestó crédito. No obstante, los mensajes del duque de Parma a Felipe II confirman su sorprendente exactitud.

Wychegerde se apresuró a indicar a Walsingham que aunque las tropas eran, en número, inferiores a los que previamente creyeron, estaban, en cambio, formadas por soldados de primera categoría; los mejores soldados del duque, atentos, astutos, experimentados, incapaces de dejarse sorprender ni asustar, trabajando de firme en trincheras casi inundadas y con el enemigo asomado a las murallas sobre sus cabezas; arrostrando la lluvia de balas de mosquete con los mismos hoscos juramentos que dejaban escapar cuando tenían el estómago vacío o un fuerte chaparrón caía sobre su espalda. Soldados que

jamás despreciaron una ventaja ni se arriesgaron innecesariamente. «Mantienen gran disciplina, su mayor fuerza consiste en la meticulosidad de su vigilancia y en la prudencia de sus métodos, tanto de noche como de día».

Tenían que enfrentarse con hombres tan excelentes como ellos mismos. El duque de Parma escribió a Felipe II que nunca en su larga experiencia había tropezado con enemigo más gallardo y astuto. Y los soldados de la infantería española al regresar de algún trabajo de atrincheramiento realizado bajo el fuego enemigo, en un terreno fangoso que salpicaba agua a cada golpe de pala, o al tener que abandonar, a causa de una salida nocturna de los sitiados, una trinchera recién conquistada en difícil combate, o al cesar una lucha cuerpo a cuerpo —a ciegas y con arma blanca— en las minas y contraminas junto a la puerta de Brujas, afirmaban lo mismo ante Wychegerde con blasfema admiración. Las bajas del duque de Parma eran ya harto numerosas. Un crecido número de oficiales, entre ellos el veterano La Motte —quizá su más hábil teniente— habían sido heridos de gravedad y parecía como si las mil quinientas camas que el duque había ordenado preparar en el hospital de Brujas fueran a quedar llenas antes de que realizase su gran avance el ejército español.

De todos modos, Wychegerde estaba convencido de que si Sluys no recibía pronto ayuda, se vería obligada a capitular. El duque de Parma exigía de sus tropas un implacable ímpetu y sus recursos en municiones y hombres eran superiores a los de Sluys. Con su habitual sagacidad y juzgando por la intensidad de los disparos, Wychegerde ya había deducido que por aquel entonces los defensores de la plaza estaban algo faltos de pólvora. Pero Sluys —Wychegerde así lo creía— podía liberarse

más fácilmente si se la ayudaba por mar. La pequeña flotilla del duque no podía interceptar el canal caso de realizarse un ataque a fondo y la batería de Cadzand no estaría en condiciones de hundir tantas pequeñas embarcaciones (entre las muchas que intentasen llegar con rapidez a la ciudad sitiada) como para hacer una diferencia notable. No obstante, el intento habría de ser inmediato. Corrían rumores acerca de la construcción de un gran puente de madera dividido en treinta secciones que se estaba llevando a cabo en Brujas. Los ingenieros afirmaban que era para realizar un ataque sobre Sluys desde el agua, pero tenía las mismas características de la treta —un puente cubierto y con paredes a prueba de bala de mosquete montado sobre barcazas— con que el duque había cerrado el paso del Escalda tres años atrás y que decidió la suerte de Amberes.

Wychegerde debió de estar en Brujas indagando detalles sobre el puente flotante, cuando llegó a la costa de Flandes la flota en que viajaban el conde de Leicester y sus tres mil soldados. Desde las murallas de Sluys pudo ser contemplado el desfile naval al llegar los barcos a las cercanías de Blankenberghe y hasta que entraron en el puerto de Flesinga. Quienes gozasen de buena vista incluso podían distinguir las banderas y emblemas heráldicos. Los sitiados celebraron la llegada de sus libertadores desencadenando una lluvia de disparos de armas menores y fuego de cañón sobre sus sitiadores. Los españoles hicieron lo mismo, y cuando los barcos de Leicester enfilaban la desembocadura del Escala por la parte oeste, oyeron el rugir del cañoneo, divisando las posiciones españolas realzadas por nubes de humo. Todo esto ocurría el 2 de julio, veintitrés días después de que el duque conquistase Cadzand.

Transcurrieron otros veintitrés días antes de que los defensores de Sluys atisbasen de nuevo a sus libertadores. Lo ocurrido durante ese período de tiempo fue, en su mayor parte, desagradable. En un combate desesperado habían rechazado a los sitiadores en la puerta de Brujas. Una violenta salida de la compañía de Vere detuvo otro de los asaltos españoles. Se hicieron varios prisioneros y se ocuparon algunos cañones de asedio. «El Gran Baluarte» —el viejo castillo y sus defensas exteriores— seguía en su poder, a pesar de una sucesiva serie de ataques. Pero en ningún momento tuvieron bastantes hombres para trabajar, montar guardia y luchar, a lo largo del circuito amurallado y no había nunca sustituto para el caído. Seguidamente comenzaron a llegar los puentes de balsas del duque de Parma. Dos secciones del mismo aseguraron las comunicaciones entre las tropas que estaban ante la puerta de Brujas y las de la isla de Santa Ana, estacionadas frente al viejo castillo. Otras dos cerraban una brecha hacia el este. Luego, remolcadas primero más allá de Blankenberghe y deslizadas por el Zwyn, una gran línea de ellas se mecía flotante entre Santa Ana y Cadzand. Así, pues, no sólo estaba bloqueado el canal, sino que los cañones de Cadzand podían actuar contra el viejo fuerte y contra la ciudad.

Lo primero que hizo el duque de Parma fue redoblar sus ataques contra el fuerte. Valiéndose hasta de su último hombre, el comandante del fuerte, Groenevelt, rechazó los primeros asaltos; de súbito y en el momento oportuno, descubrió la trampa que le tendían. El fuerte estaba unido a la ciudad sólo por un largo puente de madera. Una vez concentrada en el fuerte toda la capacidad defensiva, el duque sólo tendría que volar o incendiar el puente y atacar, por medio de las nuevas líneas de comunicación,

precisamente el otro sector de la ciudad. La guarnición quedaría indefensa. Aquella noche, en medio del mayor silencio, las tropas del castillo —aproximadamente doscientos soldados de Sluys que aún se mantenían en pie — volvieron a la ciudad, mientras la retaguardia incendiaba el castillo y el puente, una vez habían pasado las tropas.

El duque se sintió defraudado, pero siguió atacando, siempre en busca de algún punto débil, con sus baterías cada vez más cercanas a las murallas. Sabía que el tiempo apremiaba. Que muy pronto, sin duda, ingleses y holandeses se lanzarían a atacar y que ni siquiera contando con sus nuevas y ventajosas comunicaciones podía arriesgarse a entablar batalla en aquel laberinto de canales. Si las tropas de socorro eran numerosas y decididas, podría considerarse afortunado si mantenía el asedio y hasta quizá si conservaba su ejército, ya que, dominando el mar y el estuario del Escalda, el enemigo estaba en condiciones de atacar desde uno o muchos puntos. El duque sabía cómo hubiera aprovechado él, personalmente, esta decisiva ventaja.

Hizo avanzar, pues, sus baterías y concentró el ataque sobre el ensangrentado suelo de la puerta de Brujas. En la mañana de la festividad de Santiago, la artillería de asedio lanzó lo que parecía ser un ataque final. Aquella misma tarde la susodicha puerta no era sino un indefendible montón de ruinas y en las murallas se abrían huecos, alguno de ellos lo suficientemente grandes para dar paso a veinte hombres. No obstante, al otro lado de la muralla semidestruida, el propio duque que, cojeando —debido a una herida recibida hacía dos días— estaba reconociendo el terreno, descubrió una nueva barricada en forma de herradura defendida por la aparentemente invencible

guarnición. Bastaba un asalto violento para acabar con ella, pero juzgando por anteriores experiencias, el duque comprendió que iba a perder muchos hombres en el intento y que, por mucha que fuera su prisa, no podía permitirse tantas bajas. Dieron, pues, las cometas señal de retirada y el general volvió a su cuartel para coordinar un nuevo bombardeo más allá de la improvisada herradura, y un simulacro de escalada hacia el lado de Gante para separar y confundir a los defensores.

Aquella noche, los sitiadores vieron luces que hacían señales en las torres de Sluys; muchas más luces y moviéndose en forma diferente a lo que hasta entonces estaban acostumbrados a ver. Los observadores de Cadzand informaron acerca de otras muchas señales luminosas que, en justa respuesta, relampagueaban sobre el agua, procedentes de Flesinga. La ciudad bloqueada enviaba su mensaje —puede que un grito de socorro, una exclamación de desespero— y recibía respuesta.

Era la noche del 25 de julio. A la mañana siguiente la desembocadura del Escalda, entre Sluys y Flesinga, apareció como nevada por las velas de los barcos de guerra y mercantes de Zelanda, Holanda e Inglaterra. Las pinazas comenzaban a hostilizar a los españoles tomando posiciones a la entrada del Zwyn. Tras ellos ondeaban las banderas de Justino de Nassau, almirante de Zelanda; las de Charles Howard, de Effingham, almirante de Inglaterra; las del príncipe Mauricio, joven jefe de la casa de Orange, y las del capitán general de la reina, conde de Leicester. El duque de Parma estaba aún digiriendo la noticia, cuando supo que un ejército de los Estados Generales amenazaba Hertogenbosch y en consecuencia toda el ala derecha de su ejército en el Flandes Oriental. Rápidamente, pero con gran cautela, reagrupó sus fuerzas.

No podía lanzarse sobre Sluys hasta saber lo que intentaban hacer holandeses e ingleses. Si pudo conservar su sangre fría fue porque anteriormente y a menudo se había encontrado suspendido, balanceándose sobre el filo de una cortante navaja tendida entre el triunfo y la catástrofe.

Lo que intentaban hacer los ingleses y holandeses, ni siquiera ellos mismos lo sabían. Leicester era partidario de avanzar con el grupo de naves de poco calado o lo largo del canal del Zwyn, arrasar las baterías, destruir el puente de balsas y penetrar en Sluys. Sin embargo, para todo ello necesitaba de las naves y pilotos holandeses. Justino de Nassau se resistía a arriesgar así sus barcos de guerra y los oficiales movieron dubitativamente la cabeza. Alegaron que quizás con marea fuerte y viento del Noroeste podía forzarse perfectamente el paso del canal. Dentro de una semana las mareas serían apropiadas; en cuanto al viento... Leicester propuso entonces desembarcar sus tropas en Cadzand para apoderarse de la batería y destruir el puente. Pero las únicas embarcaciones de poco calado de que disponían eran propiedad de Holanda y Zelanda y no podían ser arriesgadas sin la expresa autorización de los Estados Generales. Justino parecía dispuesto a escribir solicitándola. Proponía entretanto que las tropas inglesas desembarcasen en Ostende y marchasen a lo largo de las dunas hasta Blankenberghe para desde allí intentar disolver las fuerzas españolas. De conseguirlo, los holandeses intentarían forzar el paso del canal. Aunque de mala gana, Leicester accedió, consiguiendo, después de sufrir vientos contrarios, desembarcar el grueso de sus tropas en Ostende (cuatro mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes bajo el mando de *sir* William

Pelham) una semana después de que las naves de la flota de socorro llegasen a Sluys.

Al día siguiente, los ingleses marcharon sobre Blankenberghe mientras las escuadras de Leicester y Howard seguían avanzando a lo largo de la costa. Sólo un par de cañones tras una barricada defendían Blankenberghe, por la parte de Ostende, reforzados en el último instante por un boquete rápidamente abierto en el dique. La guarnición era pequeña y el duque quedó seriamente alarmado. De caer Blankenberghe, su posición ante Sluys sería insostenible y una retirada segura resultaría muy difícil. Envió rápidamente refuerzos —ochocientos hombres en total— y se dispuso para ir él también con todo su ejército, en cuanto pudiese. Pero Pelham se había detenido a considerar el boquete abierto en el dique y el cañón situado detrás. Desde el puente de su galeón, Leicester vio el resplandor de las armaduras españolas avanzando por la parte este, la vanguardia de los terribles veteranos del duque que valía por muchos miles de soldados, apresurándose para cercar y devorar a sus poco experimentadas tropas. Leicester envió un mensaje urgente y los ingleses retrocedieron ordenadamente hacia Ostende, donde volvieron a embarcar para unirse a sus aliados frente a Sluys. El duque no tuvo que terminar el reajuste de sus fuerzas y la flota holandesa ni se había movido.

Por fin, en la tarde siguiente todo parecía dispuesto para forzar el paso del canal. La marea era favorable. El viento soplaba raudo, pero no en demasía, y venía del noroeste. Los barcos de guerra estaban formados en doble fila con Justino de Nassau en la primera nave al frente de ellos. Tenían que proteger, en lo posible, la flotilla de botes y embarcaciones que transportaban refuerzos y suministros.

El conde de Leicester había inspeccionado desde su bote a remos el sondeo y las marcas del canal, sin reparar en los disparos de las baterías españolas. Tenía intención de dirigir personalmente el avance hasta la ciudad. En cuanto a los holandeses, acababan de incendiar el barco que había de avanzar en llamas destruyendo el puente de balsas, dejando libre el camino hasta la dársena.

En el puente, cuyo parapeto estaba defendido por una compañía de valones, debió de producirse un momento de gran tensión al ver que salían llamas del barco que se aproximaba y que el fuego alcanzaba ya sus jarcias. Dos años antes, un barco igualmente en llamas había avanzado en favor de la marea sobre el puente de Amberes. Unos valientes alabarderos españoles habían saltado sobre cubierta para apagar lo que parecía un incendio sin importancia, pero entonces en barco estalló hecho pedazos. Sus entrañas habían sido rellenadas de ladrillos, pólvora, piedras y chatarra. La explosión causó más bajas que ninguna batalla. Nadie que hubiese visto «la endiablada hoguera de Amberes» podría olvidarla jamás. El marqués de Renty, que ostentaba el mando de las fuerzas del puente de balsas, la había visto. Pero también había visto el comportamiento del duque ante un segundo y parecido ataque. Mientras avanzaba el barco en llamas, Renty ordenó que fuesen separadas aquellas secciones del puente que obstaculizaban su camino. Así, truncado aquel, la embarcación ardiendo pasó de largo sin causar el menos daño hasta alcanzar la orilla de la ensenada de Sluys, donde acabó de consumirse en medio de grandes llamas. En esta ocasión no llevaba pólvora en su seno.

Si Leicester con sus barcazas hubiese avanzado inmediatamente tras el barco en llamas, quizás habría podido entrar en el canal y destruir el puente. Pero estaba

a más de una milla de distancia, demasiado lejos para ver lo que ocurría y muy ocupado en discutir violentamente con los oficiales holandeses. Antes de que se apaciguasen los ánimos, el puente fue de nuevo instalado, la marea empezó a decrecer y el viento sopló hacia el sur. La flota destinada a la liberación de Sluys se retiró, sin gloria, al fondeadero de Flesinga.

Efecto inmediato de estos quince días de absurdas maniobras fue la desmoralización total de la guarnición de Sluys. La situación puede deducirse de las cartas de *sir* Roger Williams, comandante del batallón inglés. Williams era un soldado profesional que había pasado los últimos años guerreando en los Países Bajos. Era galés, hombre agresivo como un gallo de pelea, que llevaba en su morrión la más larga pluma jamás vista en un ejército, «para que todos, amigos y enemigos, supiesen dónde estaba» y tan parecido al capitán Fluellen en mentalidad, viveza de genio, lenguaje honrado y corazón indomable —incluso en las fanfarronadas de pedantería militar de que hacía gala— que cabe suponer que William Shakespeare le conocía personalmente o se inspiró en los relatos de alguien que le conoció bien. Al principio del asedio, Williams resumió la situación en un informe a su soberana, de este modo: «La tierra que hemos de defender es grande y los hombres de que disponemos pocos, pero confiamos en Dios y en nuestro valor para ello. Tenemos intención de ceder cada metro de tierra a cambio de mil vidas suyas, más la nuestra propia. No dudamos de que vuestra majestad nos ayudará por nuestro claro proceder y actitud hacia vuestra real persona y el país amado». Posteriormente, comoquiera que la ayuda se retrasaba, en sus quejas a Walsingham afirmaba que la educación militar del joven Mauricio de Nassau y su medio hermano

Justino costaría a los Estados la mitad de las ciudades que aún tenían, pero su tono seguía siendo confiado. «Desde que hago la guerra —escribió— nunca vi capitanes más valientes ni soldados mejor dispuestos… A las once, el enemigo penetró en la zanja de nuestro fuerte, atrincherado sobre ruedas, en carros cubiertos con defensas a prueba de mosquete. Salimos al exterior, nos apoderamos de los carros… los rechazamos hasta sus baterías, defendimos la trinchera hasta ayer por la noche y la recuperaremos del todo con la ayuda de Dios esta misma noche, o, en caso contrario, el precio a pagar será muy caro».

Aquel mismo día Williams apremió a Leicester para que se aventurase a entrar en el canal de Sluys mediante un atrevido golpe, empleando galeotas y embarcaciones de fondo plano.

«Si vuestros marineros cumpliesen sólo con la cuarta parte de su deber, como en otras ocasiones les he visto hacer, los españoles no podrían detenerlos. Antes de que entraseis en el canal, nosotros saldríamos en nuestros botes para luchar con el enemigo y demostrar que no es tan grande el peligro. Podéis asegurar al mundo que aquí no hay traidores sino valientes capitanes y bravos soldados que antes preferirían morir que sufrir una deshonra indigna de guerreros».

Diez días después volvió a escribir a Leicester indicando la táctica que debían seguir las tropas de socorro y añadiendo en tono que podía ser del capitán Fluellen:

«Tened en cuenta que las guerras no pueden desarrollarse sin riesgo. Lo que intentéis hacer, os rogamos sea hecho en seguida».

Transcurrió otra semana y por fin la flota de socorro fue vista desde las murallas de Sluys. Se la pudo contemplar durante tres días, completamente inactiva. Fue entonces cuando escribió:

«Desde el primer día mantenemos siempre en guardia nueve compañías de las doce existentes, y en los últimos dieciocho días más de la mitad con el arma en la mano sin cesar. Han muerto o han quedado inútiles diez capitanes, seis tenientes, dieciocho sargentos y casi seiscientos soldados. Nunca se perdieron hombres tan valientes por necesidad de un socorro tan fácil de otorgar. No nos queda pólvora ni para tres escaramuzas. Por mi parte, confieso que quisiera haber muerto por haber causado la ruina de tantos excelentes soldados. El viejo proverbio resulta cierto: el ingenio no es bueno hasta que no se compra con gran esfuerzo. Pero yo, y conmigo el resto de mis compañeros, vamos a pagarlo demasiado caro».

Y en una amarga posdata:

«*Sir* William Pelham y los otros consideran muy poco al duque de Parma y creen que su proceder está lleno de ímpetu y de toda clase de artimañas. Ellos ven en esta carta que se juega, la ciudad de Sluys, pero no las fatigas de ambas partes, ni sienten el dolor de sus pobres amigos».

Tras esta carta la ciudad resistió ocho días más, por cuyo espacio de tiempo pagó más de doscientas vidas. Luego, con las brasas del barco-hoguera todavía humeando, Groenevelt solicitó parlamentar. El duque de Parma concedió generosas condiciones de rendición. La guarnición, lo que de ella quedaba —de mil setecientos hombres, ochocientos habían muerto y doscientos estaban tan mal heridos que no podían tenerse en pie—, podía

retirarse con armas y pertrechos y todos los honores del combatiente. El duque sabía respetar a un enemigo valiente. Fue al encuentro de *sir* Roger Williams, que había quedado al frente de los restos de su batallón, con un brazo en cabestrillo y su gran pluma rota; alabó su espíritu y le ofreció un puesto de mando digno del mismo y en donde no tuviera necesidad de luchar contra sus correligionarios ni compatriotas. Williams replicó cortésmente que si alguna vez volvía a luchar por alguien que no fuese su reina, formaría en las filas del apurado campeón de la causa protestante y héroe hugonote rey Enrique de Navarra. Saber que su gallardo enemigo sospechaba su amargura por el inútil sacrificio de sus hombres y que la comprendía, no le hubiese servido de consuelo.

Por el momento, Williams no deseaba entrar al servicio de ningún príncipe. De vuelta a Inglaterra, tan arruinado que ni un caballo pudo adquirir, terminó una carta al secretario con las siguientes palabras:

«Estoy cansado de guerras. Si puedo encontrar un medio de vida, abandonaré las armas y seguiré el consejo de *lady* Walsingham: contraeré matrimonio con la viuda de algún rico mercader».

Por supuesto, no hizo nada parecido.

El duque de Parma estaba casi tan cansado como *sir* Roger. El sitio le había costado unas setecientas bajas y más heridos de lo que pudo prever. «Nunca, desde que llegué a los Países Bajos —escribió a Felipe— he sentido más preocupación y ansiedad por una operación militar que ante este sitio de Sluys».

No obstante, considerando la invasión de Inglaterra, el objetivo merecía el precio que se pagó por él. Puede que el

duque de Parma se creyese en posición de repetir la fanfarronada del sultán. El brazo que había amputado al enemigo compensaba sobradamente la barba chamuscada.

## NOTAS

Van der Essen, *Farnese*, y las referencias allí citadas, especialmente Strada y *C. S. P. F.* XXXI. Entre la correspondencia del duque de Parma en Simancas, hay un reportaje anónimo y sin fecha sobre «Juan Visaguerde, flamenco», clasificado a finales de junio de 1591, que por lo que se desprende del texto, probablemente pertenece a esta fecha. Las cartas de Parma de julio, 1587, contienen detalles militares, lo mismo que el informe del coronel Groenevelt, «De ce qui s'est passé durant le siége de l'Ecluse» en Yelverton MSS, XIV fol. 502 ff. Las cartas de Roger Williams están en la Public Record Office, muy completas en C. S. *P. F.* XXXI.

# EL DÍA FELIZ

Coutras, 20 de octubre de 1587

CAPÍTULO XIII

El rey de Navarra y su ejército habían caído en una trampa. El grueso de las tropas hugonotes difícilmente podría eludir la poderosa hueste católica que tan de súbito se les echó encima. Su única, desesperada, posibilidad de salvación radicaba en enfrentar toda la tropa hugonote con el ejército católico en desigual batalla. De correr este riesgo, lo más probable era que el pequeño ejército con sus nobles jefes Borbones quedara destrozado; golpe serio éste para la causa protestante en Francia y toda Europa, junto al cual la pérdida de Sluys aparecería como una amputación de menor importancia, victoria para la fe por cuya obtención Felipe de España sacrificaría gustoso media docena de ciudades como Sluys.

Con su acostumbrado arrojo, Enrique de Navarra había conducido unas tropas de selección, la flor del ejército hugonote, desde las costas de Vizcaya, donde los católicos creyeron poder acorralarlos, a través del frente enemigo hacia Bergerac y las colinas. El grueso de la escogida tropa y con ella el propio Enrique de Navarra, sus primos Borbones, Condé y Soissons, y muchos famosos capitanes hugonotes, durmieron la noche del 19 de octubre en la pequeña población de Coutras entre los ríos Dronne e Isle,

en la carretera que va de Tours y el Norte, a través de Poitiers, hasta Burdeos. Los capitanes hugonotes despertaron violentamente en el gris amanecer del día 20, para oír el lejano rumor de los disparos de pequeñas armas en los bosques del norte de la población, y saber que el poderoso ejército del rey —al que precisamente trataban de esquivar—, mandado por el duque de Joyeuse, tras una marcha nocturna se había lanzado sobre ellos, estableciendo contacto con sus avanzadillas. Una hora después, acaso antes, Joyeuse los tendría encerrados en la confluencia del Dronne, que cruzaran el día anterior, y el Isle, que esperaban cruzar aquella mañana.

Era una mala posición para ser atrapados en ella. El pueblo, apartado e indefendible, en que se habían acuartelado se extendía a lo largo de una estrecha franja de terreno entre ambos ríos, un callejón sin salida cuya entrada cerraba el duque de Joyeuse. Para empeorar las cosas, la retaguardia —un escuadrón de caballería y algunos arcabuceros— aún no habían cruzado el Dronne, mientras que la vanguardia —tropa de caballería ligera, dos extenuados regimientos de infantería y los tres cañones que formaban toda su artillería— cruzaba ya el Isle, en marcha hacia las protectoras plazas fuertes del Dordogne. Si se apresuraban, Enrique de Navarra, sus primos y capitanes, con la mayor parte de la caballería, aún podrían huir, siguiendo a la vanguardia a través del estrecho y profundo vado del Isle. Al grueso de la infantería habría que dejarlo atrás comprando con sus vidas el tiempo necesario para que la caballería escapase. De esta forma, al menos los jefes podrían salvarse. Si en el futuro alguien les seguiría o no, era otra cuestión.

Por otro lado, si se quedaban, presentaban batalla y les derrotaban, sólo algunos pocos sobrevivirían. Los ríos que

corrían juntos a su espalda eran demasiado hondos para ser vadeados; su corriente demasiado rápida para pasarla a nado. El único puente al final de la calle del pueblo era excesivamente estrecho y el ejército católico de Joyeuse no ofrecía cuartel.

Si la caída de Sluys había mutilado la resistencia protestante, la destrucción del ejército hugonote y sus jefes la dejaría casi paralizada. Aquí y allá tal vez quedasen aisladas bolsas de resistencia, pero el poder protestante en Francia tendría en adelante quebrada la columna vertebral y el futuro pertenecería, durante un tiempo, a la casa de Guisa-Lorena, a los fanáticos partidarios de la Santa Alianza y la que financiaba a ambos, el rey de España. Sería un día terrible para los rebeldes de los Países Bajos y quizá aún peor para su tesorero —reacio capitán general de la causa protestante—, Isabel de Inglaterra. En cuanto Enrique III quedase completamente sometido a los Guisa y a la Alianza (como ocurriría con toda seguridad una vez derrumbada la oposición hugonote y extinguida la línea de los Borbones), no sólo desaparecería la amenaza al flanco del duque de Parma, sino que los puertos del canal francés ofrecerían bases seguras para la invasión de Inglaterra y los barcos y hombres franceses reforzarían la armada española. Este era el fin que perseguía la diplomacia de España desde que murió el último heredero de la casa de Valois, apoyándose en la habilidad de los jesuitas, la elocuencia de las órdenes de predicadores, la autoridad de Roma y las fuerzas del renaciente catolicismo militante de la Contrarreforma. Los diplomáticos españoles podían fácilmente manejarles a todos porque estaban inspirados e influidos por ellos y tan seguros de que España era el instrumento elegido para que Europa volviese a la

verdadera fe, que los intereses de España y los intereses de la Iglesia de Dios en su sincera opinión les parecían los mismos.

En Francia dirigieron las fuerzas de la Contrarreforma con tanta habilidad que desde hacía más de dos años los hugonotes ya no luchaban por el triunfo de su fe y el establecimiento del reino de Dios, sino por su propia vida. Eran, según recientemente había escrito el secretario del rey de Navarra, protagonistas obligados de una tragedia en la que participaba toda Europa. En julio de 1585 entraron en escena. Hacía trece meses que había muerto el último heredero de los Valois. Un año casi desde que una bala asesina derribó al príncipe de Orange. Siete meses desde que los Guisa y los miembros de la Santa Alianza habían firmado el tratado secreto de Joinville para fomentar la guerra civil que Felipe II necesitaba en Francia, mientras él se ocupaba de los herejes de Holanda y quizá de Inglaterra. En julio de 1585, Enrique III, presionado por la Alianza, revocó los edictos reales de tolerancia y declaró a la Iglesia Reformada fuera de la ley. En septiembre, el nuevo Papa Sixto V denunció en una terrible encíclica, a Enrique de Navarra como hereje reticente, privándole de sus estados, relevando a sus vasallos de todo deber de lealtad y declarándole incapacitado para heredar el trono de Francia.

Así empezó la «Guerra de los Tres Enriques»; Enrique de Valois, rey de Francia, último superviviente masculino de la dinastía, contra Enrique de Borbón, rey de Navarra, su heredero según la ley Sálica, ambos instigados secretamente por Enrique, duque de Guisa, de la semiextranjera casa de Lorena, único de los tres Enriques que podía beneficiarse de la situación. Una genealogía de la casa de Lorena le hacía descender de Carlomagno, y

había quien afirmaba que por ello el duque de Guisa tenía más derechos al trono de Francia que ningún descendiente de Hugo Capeto. Probablemente nadie se hubiese atrevido a hacer semejante afirmación en voz alta en circunstancias normales. Pero el heredero de la corona de Francia era un hereje, jefe más o menos reconocido del partido hugonote. Acuciadas por los predicadores, las masas de París estaban dispuestas a sublevarse antes que acatar a un rey protestante. Financiados por España, los magnates de la Santa Alianza parecían dispuestos a una guerra a muerte contra los herejes, tanto si el rey de Francia estaba en su favor como en contra, puesto que en ambos casos su fe y su codicia saldrían ganando. La mezcla de tan poderosos intereses hizo de la «Guerra de los Tres Enriques» la más enconada de cuantas se habían conocido después de la matanza de San Bartolomé.

Enrique de Navarra conminó a sus partidarios a resistir. Replicó al edicto real con una enérgica protesta acerca de su lealtad personal y la de sus correligionarios. Contestó a la encíclica del Papa con una picante carta dirigida a «*Monsieur* Sixto», que algún atrevido colocó en la estatua de Pasquino con la consiguiente mezcla de ira y diversión por parte de Su Santidad. Y mediante una hábil campaña que combinaba ataques de guerrillas con decidida resistencia en puntos estratégicos, consiguió al menos retrasar el avance de la pujante marea católica. Pero, según después solía decir, «en aquel otoño el bigote se le había vuelto blanco de pura ansiedad»; ansiedad que le mantuvo clavado en su silla de montar mientras hubo un solo enemigo sobre el campo de batalla y hasta que su cuerpo delgado, enjuto, quedó en los puros huesos debido al cansancio. Sabía que él, personalmente, y también su causa y su pueblo corrían mortal peligro.

Después de Enrique de Guisa no existía en Francia otro católico más peligroso para los hugonotes que el comandante del ejército real, del sur del Loire, Anne, duque de Joyeuse. Este apuesto mancebo había ascendido vertiginosamente, antes de alcanzar los veinticinco años, desde la oscuridad al duquesado y al matrimonio con una hermana de la reina y, por tanto, a la categoría de cuñado del rey, señor de vastos estados, gobernador de espaciosas provincias y almirante de Francia. Probablemente lo que más contribuyó a su rápida carrera ascendente fue la debilidad que sentía Enrique III por los muchachos jóvenes y hermosos. Pero otros *mignons* —perfumados jovenzuelos de largos cabellos que se movían afectadamente y no dejaban de reír alrededor del rey— eran, según, se dice, igualmente bellos. Algunos demostraron poseer su mismo valor físico. Unos pocos eran tan pendencieros como él y casi tan cínicos. Lo que le distinguía de los demás es lo que, precisamente en otro favorito real, ha sido llamado pasión de mando. Poseía una temeraria insolencia, una sublime confianza en sí mismo, una especie de generosidad con la que se impuso de tal forma sobre sus contemporáneos (no sólo sobre el rey) que resulta difícil decir si poseía alguna otra cualidad extraordinaria.

Joyeuse abrazó la causa de la Alianza con el mismo decidido ímpetu que desplegaba en sus reyertas y orgías de la corte. Por fuerza tenía que estar enterado de que su protector y soberano desconfiaba de la Alianza y de que había firmado el edicto declarando a los hugonotes fuera de la ley, con pesar y muy en contra de su voluntad. Puede que, de súbito, se convirtiese, pasando de creyente convencional a católico ferviente. Quizá le influyó su esposa para que apoyase a sus primos los Guisa. Quizá

sólo quiso demostrar su independencia frente al enemigo de más edad que puso Francia a sus pies antes de que él cumpliese los veinticinco años. Los acontecimientos iban a demostrar que su confianza en arrastrar al rey a donde se le antojase, incluso a una política perjudicial para la corona, estaba justificada. El rey le nombró lugarteniente suyo en el principal escenario de la guerra, proporcionándole un excelente ejército de campaña. Luego, cuando éste, en su mayor parte, quedó diezmado, le cedió otro más fuerte y espléndido que aquél. Este segundo ejército avanzaba sin descanso hacia el Sur, por la carretera de Calais, para sorprender a Enrique de Navarra en Coutras.

En lugar de combatir con Joyeuse, Enrique hubiese preferido eludirle. Todo el verano había conseguido hacerlo, cooperando entretanto a la desintegración del ejército católico mediante la constante persecución de que era víctima. Los protestantes nunca habían ganado una batalla campal. Durante años, ni siquiera se habían atrevido a tomar parte en una, pero eran tropas veteranas de guerrilla que aquel verano ganaron, como siempre, cientos de pequeñas escaramuzas. Cuando Enrique supo que Joyeuse volvía a la carga con un nuevo ejército, reunió todas las tropas que pudo retirar de la defensa de La Rochelle y ciudades protestantes de menor importancia como Poitou y Saintonge, y se dispuso a huir, ante el ejército real, hacia Dordogne y el laberinto de montañas y valles tendido al sur de Pau y su principado de Bearn. Sí, allí podría encontrar refuerzos y el seguro refugio de una docena de fortalezas leales levantadas en las cimas de los montes, desde donde dificultar las cosas para el ejército del duque u obligarles a inútiles asedios mientras él escapaba hacia el Norte para unirse a los mercenarios

suizos y alemanes (pagados en parte con dinero de la reina Isabel), que sus amigos y aliados dirigían —así lo creía él— hacia el nacimiento del Loire.

El bearnés solía ser rápido, cualidad esta que era una de sus principales características como capitán. Pero aquella vez pecó de lentitud. Creyó que el grueso del ejército de Joyeuse estaba a más de veinte millas de distancia, cuando en realidad apenas se encontraba a diez. Además, nunca pensó que los elegantes cortesanos que acompañaban al duque estuviesen dispuestos a cabalgar durante media noche para entablar batalla por la mañana. Luego, escuchando el estampido de las armas de calibre menor que anunciaba el ataque a sus avanzadillas, tuvo que enfrentarse con la desagradable realidad: personalmente aún podía escapar, pero le iba a ser necesario dejar atrás a la mayor parte de sus tropas.

Ningún dato sugiere que, ni por un momento, Enrique pensase en la huida. Más bien dio la impresión a sus capitanes de que aquél era precisamente el lugar que él hubiese elegido para presentar batalla. Quizá fuese automática su decisión. Enrique no ignoraba que el hecho de ser jefe de las fuerzas hugonotes lo debía, no tanto a su derecho de sucesión al trono y a su poco gentilmente reasumido protestantismo, como a su voluntad de jugarse la vida en primera línea en cada escaramuza y a su decisión de comportarse en las largas campañas de guerrilla no como un príncipe y un general, sino como un ingenioso capitán de irregular caballería ligera. Si esquivaba el peligro que en aquellos momentos se alzaba frente a todos, no sólo podía perder un ejército sino quedar para siempre sin el único apoyo con que contaba en su camino de ascenso al trono.

Si bien Enrique parecía satisfecho con la perspectiva de una batalla, se sintió menos complacido ante las disposiciones que tomaban sus capitanes. Entonces, como ahora, Coutras era sólo una calle con doble hilera de casas a lo largo de la carretera de Calais a Libourne. Por aquel tiempo, hacia la mitad de dicha calle y flanqueándola hacia el Este, donde la carretera del Oeste una vez cruzado el Drone atraviesa el Isle, había un castillo fortificado construido sesenta años antes y ya parcialmente en ruinas. De forma que no ha quedado clara en ninguno de los relatos existentes, las tropas hugonotes comenzaron a alinearse en aquella carretera tendida de Este a Oeste, situando arcabuceros en las casas del poblado y centrando su posición defensiva en el castillo. El campo de batalla quedaba así cruzado e interrumpido por la línea de la calle del pueblo, lo cual desagradó profundamente a Enrique, y aun cuando el estampido de las armas sonaba en los linderos del bosque, a menos de media milla de distancia, ordenó un avance general hacia las abiertas praderas del extremo norte del pueblo, en donde volvió a desplegar las fuerzas de su ejército, prácticamente en presencia del enemigo.

Mientras hacía esto, su artillería, tres cañones de bronce, uno de ellos capaz de lanzar balas de dieciocho libras, según órdenes recibidas volvió a toda prisa, abandonando la iniciada marcha sobre el Isle, para situarse en cierta colina arenosa a la izquierda del nuevo frente, modesta altura que dominaba todo el campo de batalla. Antes de que pudiesen alcanzar el montículo y mientras parte de la infantería hugonote avanzaba en columna hacia la derecha y la caballería estaba todavía en la estrecha calle, o maniobrando para alcanzar posiciones aún no cubiertas en sus flancos, la vanguardia del ejército de Joyeuse

surgió del bosque para volcarse en el anfiteatro formado por la abierta pradera.

«Si en esta ocasión el rey pasaba dificultades, lo mismo puede decirse del duque». Cuando Joyeuse supo que los hugonotes habían llegado a Coutras y que planeaban escapar, era casi medianoche. Tuvo que despertar a su ejército acuartelado en las aldeas vecinas y la tropa fue afluyendo al punto de reunión por estrechos caminos y empinados senderos, en medio de la absoluta oscuridad y con frecuencia en fila india. En pos de la caballería que había iniciado contacto con los destacamentos avanzados de Enrique iba alargándose una sinuosa serpiente de infantería y caballería por la carretera de Calais. Así pues, con ambos jefes igualmente desconcertados por el desorden de sus tropas y «sin que ninguno de los dos ejércitos supiesen lo que el otro tenía intención de hacer», acamparon ambos bandos, uno a cada lado de la pradera, ignorándose —como por mutuo acuerdo— el uno al otro, hasta completar sus formaciones y disponer sus líneas. Amanecía ya cuando la rápida caballería del duque surgió del bosque para enfrentarse con el despliegue de fuerzas enemigas. El sol llevaba dos horas de ruta ascendente en el cielo cuanto la artillería de Enrique de Navarra, llegada al campo de batalla después de la del duque, pero situada en buena posición con anterioridad, comenzó a disparar.

El rey de Navarra había escogido mejores posiciones y sus métodos eran más hábiles. A la derecha, tras la profunda zanja que señalaba el límite del vedado anejo al parque del castillo, Enrique había dispuesto sus cuatro extenuados regimientos de infantería. La posición era invulnerable para la caballería y en el accidentado terreno de espesos matorrales desde donde iban a disparar carecía de importancia la falta de suficientes alabarderos. A la

izquierda se había instalado un grupo de infantería mucho menor que aquél, pero algo protegido por un pantanoso riachuelo. La caballería pesada hugonote formaba cuatro compactos escuadrones en el centro, dispuestos en filas de seis. Seleccionados destacamentos de arcabuceros ocuparon los huecos libres entre escuadrón y escuadrón; tenían orden de no hacer fuego hasta que el enemigo estuviese a veinte pasos y se les pudiera saludar con una descarga cerrada. Más allá del último escuadrón de soldados la caballería ligera de La Temoille, que desde el amanecer se hallaba en continua escaramuza con el enemigo, cerraba el paso hacia el vedado donde se encontraba el grueso de la infantería. Era un despliegue lleno de astucia. Los hugonotes iban a necesitar todas las ventajas que del mismo se pudieran obtener.

Frente a ellos, Joyeuse había dispuesto una parecida aunque más simple línea de combate. Las dos alas extremas quedaban cubiertas por dos regimientos de infantería real, el de la izquierda tan fuerte, por lo menos, como los cuatro que estaban frente a él, en el vedado, y el de la derecha mucho más fuerte que las pobres fuerzas instaladas tras el riachuelo. En el centro desplegó su caballería ligera frente a la caballería ligera de Enrique y la pesada, los famosos *gens d'armes d'ordonnance*, dispuesta, no en columnas de escuadrones, sino *«en haye»*, una larga y continua doble hilera. Joyeuse mandaba personalmente sus *gens d'armes*. Con ellos esperaba romper la espalda a la causa hugonote mediante una carga arrolladora. Ni un solo hereje, prometió a sus oficiales, ni siquiera el propio rey de Navarra, debía salir con vida del campo de batalla.

A través de los pocos centenares de metros de campo abierto que separaban a ambas fuerzas de caballería, los

individuos que las formaban tuvieron tiempo de echarse una ojeada. Los hugonotes tenían aspecto de sencillos soldados, con atuendo de cuero grasiento y triste acero gris. Su armadura constaba sólo de peto y morrión; sus armas en la mayoría de los casos eran sólo sables y pistolas. La leyenda nos pinta a Enrique de Navarra revestido con románticos arreos y adornado de larga pluma blanca, pero Agrippa d'Aubigné, que aquel día cabalgaba a poca distancia de la brida del rey, declaró que Enrique iba vestido y armado exactamente como los viejos camaradas que le rodeaban. En medio de un absoluto silencio, los hugonotes esperaban montados en sus caballos, los compactos escuadrones firmes como rocas.

Frente a ellos la línea de los realistas se agitaba y resplandecía; ondulaba por aquí, retrocedía por allá, mientras sus componentes se empujaban los unos a los otros y caracoleaban como jinetes al comienzo de una carrera, cabriolando con sus caballos unas veces, rompiendo filas para saludar a un amigo o insultar a un enemigo, otras. La flor y nata de la corte había acompañado al señor de Joyeuse en su viaje a Poitou. Más de seis docenas de señores y caballeros servían como soldados de primera categoría, la mayoría en compañía de sus escuderos. Así, las lanzas que el duque insistió que llevasen tenían un alegre aspecto con banderolas, pendones y cintas de alegres colores en honor de alguna noble dama. Había también una gran exposición de armaduras, tantas como jamás se volverían a ver en una guerra, incluso golas y musleras y cascos de visera y toda superficie notable cincelada y forjada con los más curiosos emblemas. Con razón escribió D'Aubigné que nunca se

había visto en Francia un ejército con tanto brillo ni tan recubierto de láminas de oro.

La reluciente caballería estaba aún ajustando sus arreos cuando los tres cañones del rey de Navarra, instalados en la loma, hicieron fuego. Los sólidos disparos realizados casi en enfilada abrieron varias brechas en las filas católicas. Atendidos por veteranos y manejados por artilleros de primera clase, los cañones hugonotes lanzaron dieciocho mortales descargas mientras la batería de Joyeuse apenas si logró disparar seis, totalmente inofensivas. «Si esperamos, perderemos», gritó el general de campo Lavardin. Y las trompetas del duque dieron la señal de ataque.

Lavardin, en el flanco izquierdo católico, fue el primero en avanzar. Cargó contra la caballería ligera de Tremoille y el escuadrón de Turenne con tan irresistible ímpetu que los arrolló obligándoles a refugiarse en la calle del poblado. Turenne reagrupó parte de sus fuerzas (dieciocho voluntarios escoceses recientemente incorporados a su grupo formaban un sólido núcleo), pero parte de la caballería ligera que tan valerosamente había luchado aquella mañana se dispersó para difundir la noticia de la derrota del rey de Navarra, y en las filas de los hugonotes se escucharon los gritos de «¡Victoria!», «¡Victoria!» que lanzaban al aire los católicos del poblado que dejaban a su espalda.

El grupo de infantería apostado a la izquierda, opinando que era igual morir atacando que siendo atacados, se lanzó en tromba a través del riachuelo y antes de que los regimientos del rey se percatasen de lo que ocurría, cayó sobre ellos la tropa hugonote, rodando bajo las picas o penetrando en sus filas a daga y espada. Las sorprendidas

tropas rompieron filas y en esta parte del frente la lucha se convirtió en un confuso mano a mano. Entretanto la infantería del flanco derecho hugonote estaba muy ocupada defendiendo el vedado, aunque no tanto como para no disparar de vez en cuando sobre la caballería de Lavardin.

Pero la batalla se había de decidir en el centro. Las trompetas del duque sonaron, la reluciente línea avanzó hacia delante, las largas lanzas se inclinaron apuntando al enemigo y en el suelo se reflejó la sombra de sus gallardetes, mientras el compás del sonido de los cascos de la caballería aumentaba en intensidad hasta convertirse en atronador galope. «Demasiado pronto», murmuraron entre ellos los veteranos hugonotes. Cuando sonaron las trompetas del duque, los capellanes de la caballería pesada hugonote aún no habían terminado sus rezos. Firmes e inmóviles sobre sus caballos, los guerreros rompieron el silencio entonando el himno de batalla de su religión.

La voici la hereuse journée
Que Dieu a fait á plein désir
Par nous soit joye démenée...

Era una versión medida, versificada, del salmo 118 que empieza así: «Este es el día que ha hecho el Señor, alegrémonos y regocijémonos en Él».

Cantando aún, los firmes escuadrones avanzaron a trote lento. Cuando la cadencia del salmo subió de tono, un apuesto joven de brillante armadura que cabalgaba junto al duque dijo despreciativo:

—Si serán cobardes... Mirad si tienen miedo que se están confesando.

A lo cual un veterano del grupo, que cabalgaba al otro lado del duque, respondió:

—*Monsieur*, cuando los hugonotes cantan de esa forma es porque piensan luchar en serio.

Antes de que transcurriese un minuto los arcabuceros lanzaron su primera descarga y las apretadas columnas de la caballería hugonote, acelerando el trote, cayeron sobre la línea que avanzaba hasta ellos.

Este choque decidió la batalla. Ante el impacto de las firmes columnas atacantes, el frente católico quedó destrozado y los hugonotes empezaron a envolver sus fragmentos por el flanco. Hubo un minuto o dos de lucha violenta, desesperada. El príncipe de Condé fue derribado del caballo por un oponente, más afortunado, quien tras una ojeada, seguramente al campo de batalla, desmontó y presentó su guantelete al vencido, en señal de rendición. El rey de Navarra, después de derribar a un adversario de un pistoletazo y recibir un rasguño en la cabeza debido al mango de una lanza, reconoció al señor de Chasteau Renard, portador del estandarte de la tropa enemiga derrotada. Cogiendo a su antiguo compañero de armas por la cintura, gritó alegremente:

—¡Ríndete, filisteo!

En otro sector del campo de batalla, el duque de Joyeuse fue acorralado por un grupo de soldados de caballería cuando intentaba escapar. Lanzó su espada al suelo y exclamó:

—¡Mi rescate vale cien mil coronas!

Pero uno de los soldados que acababan de capturarle le atravesó la cabeza de un balazo. Para el jefe que había ordenado la ejecución inmediata de hugonotes heridos en el campo de batalla, y que había ahorcado prisioneros a

centenares y degollado guarniciones enteras que se le rendían confiando en los códigos de guerra, no podía haber misericordia.

Y hasta que Enrique de Navarra intervino, encolerizado, no se dio cuartel al ejército del rey. Fueron asesinados tres mil soldados, más de cuatrocientos caballeros y nobles, y una impresionante cantidad de duques, marqueses, condes y barones. Muchos más, según escribió D'Aubigné, de los que habían caído en cualquiera de las tres grandes batallas del siglo. La hueste católica fue totalmente destruida. Nada quedó de aquel ejército resplandeciente. «Por lo menos, de ahora en adelante», dijo el rey de Navarra cuando anochecía, «nadie podrá afirmar que nosotros, los hugonotes, jamás ganamos una batalla».

NOTAS

Para el aspecto político, véanse notas al cap. IV y añádase *Les Guises, les Valois, et Philippe II*, 2 vols. (1866), de Joseph de Croce; *La Ligue et les Papes* (1886), del conde Henri de L'Epinois; *Histoire de la Ligue* (1898), de V. de Chalambert; *A History of the League* (Glasgow, 1929), de M. Wilkinson; *A. Farnese*, III, 236 ff. de Van der Essen; *Mendoza (ut. sup.)*, de Jensen, arroja nueva luz sobre el Tratado de Joinville.

Para la batalla, *Memoires* (1688), de Frangois Racine, Sgnr. de Villegomblain en el vol. II «Voyage de M. le duc de Joyeuse... 1587»; *Histoire Universelle*, Bk. xi de Agrippa d'Aubigné; *Memoire*, Bk. II, de Sully. Los tres son testigos oculares, Villegomblain en lo que se refiere a la caballería de Lavardin, d'Aubigné estuvo cerca de Enrique de Navarra, y Sully con los cañones, y, como ocurre siempre, debido al lapso de tiempo, difícilmente concordantes. De Thou, Bk, xxxvii, Pére Matthieu, Bk. viii y du Plessis

Mornay, Bk. i, tienen algunos informes contemporáneos, más o menos valiosos. Una buena narración moderna en *History of the Art of War in the Sixteenth Century* (Nueva York, 1937), de *sir* Charles Ornan, y *Henry IV* (1928), de Pierre de Vaissiére.

# EL APROVECHAMIENTO DE LA VICTORIA

Francia, 21 de octubre-16 diciembre de 1587

## CAPÍTULO XIV

Ganar una batalla es una cosa y aprovechar la vitoria otra. Entre los triunfantes hugonotes surgieron varias opiniones acerca de cómo aprovechar la victoria que finalmente habían obtenido en Coutras. Los caballeros de Poitou eran completamente partidarios de volver a ocupar las ciudades y castillos perdidos, obligando a los católicos a situar sus plazas fuertes al otro lado del Loire. Lo mismo opinaba el príncipe de Condé, quien ya se veía estableciendo un dominio prácticamente independiente en toda la región, algo así como los grandes ducados tributarios del pasado. Los gascones, no obstante, hicieron constar que aún existía un gran ejército católico al Sudoeste —unos cuatro mil hombres al mando de Matignon— que iba al encuentro de Joyeuse. Cambiar de dirección y caer sobre Matignon antes de que éste pudiese retroceder hacia Burdeos significaría limpiar toda la Guyena de tropas católicas por primera vez en muchos años. Pero los cerebros más sagaces entre los consejeros del rey de Navarra vieron realmente que sólo existía una posibilidad. Por algún sitio cercano a las fuentes del Loire debía de encontrarse en aquellos momentos el gran

ejército mercenario para el cual la reina Isabel había gastado tanto dinero y había prometido aún más. Ocho mil soldados de caballería alemana, los formidables *reiters* del barón Von Dohna, un número casi igual de lansquenetes, infantes mercenarios alemanes y más de mil ochocientos suizos, reclutados y mandados por el duque de Bouillon; en conjunto, el más poderoso ejército extranjero que había visto Francia en treinta años, reforzado además por cuatro o seis mil hugonotes. Si Enrique se unía a ellos en seguida y, juntamente con sus tropas, se lanzaba sobre París, el rey de Francia se vería obligado a deponer las armas o a presentar batalla y los largos y tristes años de guerra civil acabarían tal vez con la victoria antes de caer las primeras nieves. Los hugonotes firmes, como Maximiliano de Bethune, posteriormente duque de Sully, nunca perdonaron a Enrique haber dejado escapar una ocasión tan magnífica.

En vez de ello, Enrique se detuvo en Coutras para ocuparse de asuntos diversos, el cuidado de los heridos (la mayoría de ellos enemigos, pues sus propias bajas habían sido escasas), los rescates y los trofeos. Luego, repentinamente, espoleó su caballo y partió hacia Pau, apenas sin escolta, para poner los pendones capturados al ejército de Joyeuse a los pies de su amante de tumo, *la belle* Corisande. El ejército fue disuelto y todos los soldados regresaron a su hogar. Defraudados y entristecidos, los graves campeones de la Religión Reformada movieron la cabeza de un lado para otro. Todo el mundo sabía que Enrique de Navarra sentía debilidad por el bello sexo: era, para no andarse con rodeos, notorio mujeriego. Pero que un hombre de treinta y cinco años, príncipe, veterano jefe y principal protector de las Iglesias de Dios en Francia, actuase como un jovencito romántico,

despreciase los frutos de la victoria y dejase su campaña en plena confusión sólo para acostarse con una ramera, resultaba realmente inadmisible. La evidente debilidad del rey de Navarra era, en opinión de gran parte de sus seguidores, irremediable e incluso exasperante.

Todo pudo, perfectamente, quedar así. Y sin embargo, existen indicios de una explicación menos sencilla. El episodio de Corisande tocaba a su fin. Los pendones de Coutras fueron prácticamente un regalo de despedida. Y aunque Enrique generalmente era jinete rápido, en el trayecto aquel corrió como nunca, sólo para pasar la noche y charlar un rato con cierto caballero literato que vivía en su castillo algo alejado de la ruta que él debía seguir. Aunque algunos de nosotros daríamos mucho por conversar toda una velada con Michel Eyquem de Montaigne, resulta dudoso que Enrique de Navarra desviase su ruta sólo para gozar de una encantadora conversación con su huésped. Sabía que Montaigne, aunque católico y súbdito leal, era hombre moderado, defensor de la paz y la tolerancia. Sabía también que podía considerarlo amigo suyo.

Lo que ambos amigos hablaron aquella noche junto al fuego de la chimenea nunca se sabrá, pero si Enrique de Navarra decidió exponer a su amigo las posibilidades que se le estaban ofreciendo, puede que hablase más o menos así: por mucho que el príncipe de Condé y los caballeros hugonotes de la región deseen proseguir la campaña en Poitou, el ayudar a Condé a establecer un principado personal, allí o en otro lugar cualquiera, era perjudicial para la corona. En este caso, los intereses de Enrique de Navarra eran precisamente los del rey. De igual modo, derrotar al viejo Matignon, católico fiel pero hombre moderado y leal servidor del rey, significaría

probablemente que algún fanático ambicioso, miembro de la Santa Alianza, ocupase su puesto en Guyena. El sudoeste de Francia había sufrido ya demasiados sitios sangrientos y salvajes batidas. De seguir así todo, aumentaría la sensación de amargura reinante y sería aún más difícil mantener la paz del reino. En esto también, los intereses de la corona coincidían con los de Enrique de Navarra. En cuanto a su obvio programa de acción —unirse a los soldados de Dohna y caer con ellos sobre París—, ¿cómo podía acabar sino con una sangrienta batalla campal entre el rey de Francia y su más probable sucesor? ¿Y quién saldría más beneficiado en sus intereses sino los avaros magnates —hugonotes, partidarios de la Santa Alianza o *politiques*— que pretendían aprovechar los revueltos tiempos para quedarse con una parte del reino y participar del poder?

No es difícil imaginar lo que el rey de Navarra pudo añadir. Al reino le interesaba mantener la paz. Para conseguirla sólo hacía falta volver a las moderadas condiciones del Edicto de Poitiers y reducir el poder de los Guisa que habían obligado al rey, en contra de su voluntad, a revocarlo. Quizá la campaña del Norte había perjudicado el prestigio de Enrique de Guisa. Si era necesario hacer algo más a este fin o bien para unir el reino contra el viejo enemigo, España, el primer responsable de la guerra civil, Enrique de Valois, podía confiar en los fieles servicios de su primo y rendido vasallo Enrique de Navarra.

Después de la batalla de Coutras, uno de los cortesanos capturados dijo al soldado que le hizo prisionero: «En realidad nada habéis ganado con esta batalla, pues causasteis el enojo del rey». «¡Vaya!», exclamó el rudo soldado protestante. «¡Ojalá me diese Dios la ocasión de

enfurecerle así una vez por semana!». Enrique de Navarra opinaba casi exactamente como el cortesano. En otra ocasión había dicho que antes de luchar contra su soberano el rey de Francia, por lo mucho que le respetaba, escaparía hasta el último confín de la tierra. Quizá lo repitió en su conversación con Montaigne.

Dijera lo que dijese Enrique, el caso es que poco después de su partida, el castellano ordenó ensillar su caballo y marchó hacia el norte. Tal vez el sedentario caballero de cincuenta y cuatro años de edad, aquejado de gota y piedras en el riñón, se lanzó a través de una Francia asolada por bandas de soldados dedicados al pillaje, bajo las frías lluvias de otoño, sólo para hablar con sus editores de una nueva edición de sus ensayos. Esta parece ser la opinión de la mayor parte de sus modernos biógrafos. Pero el siempre sagaz diplomático don Bernardino de Mendoza no lo creyó ciertamente así. Aunque nada sabía de la reciente conversación entre Montaigne y el rey de Navarra, y al parecer ignoraba que Montaigne había servido de enlace —por lo menos una vez— entre Enrique de Navarra y los católicos, cuando el embajador tuvo noticia de que *monsieur* De Montaigne —amigo de Matignon y de la amante de tumo de Enrique de Navarra — era recibido en la corte, dedujo al instante que aquel hombre había llegado con una secreta misión política. Mendoza, por supuesto, podía sospechar lo peor, especialmente en lo que hacía referencia a Enrique III.

Nunca se sabrá si Montaigne llevó al rey de Francia algún mensaje del presunto heredero del trono y, si realmente fue así, en qué pudo consistir. Michel de Montaigne, que solía ser buen hablador y amigo de referir los incidentes de su vida, era tan reservado como un abogado de familia por lo que respecta a política. No obstante, si fue portador

de alguna oferta o mensaje, llegó demasiado tarde. Una vez más, en las semanas que siguieron a la derrota de Coutras, los acontecimientos habían arrebatado las riendas del poder de las mismas manos del monarca Valois.

Quizá el rey de Francia no estuviese, al fin y al cabo, tan enfadado como se creía por lo ocurrido en Coutras. En la corte se rumoreaba que últimamente el rey había depositado su confianza y afecto en un nuevo favorito, el duque de Epernon, y la presencia y fuerza del anterior casi le resultaban desagradables. Según los embajadores, como Joyeuse se había pasado a la Santa Alianza, una victoria suya no haría más que apretar los grilletes con que la Alianza sujetaba al rey. *Sir* Edward Stafford incluso llegó a decir que pocos días antes de la batalla de Coutras el rey había confesado que la victoria de Joyeuse sobre Enrique de Navarra podía significar la ruina de su estado. Tanto si esto es cierto como si no, la verdad es que Enrique III no podía apoyar sus planes en la victoria de Joyeuse. Tal vez le conviniese más una derrota.

El rey de Francia había planeado cuidadosamente la campaña de 1587. Aunque su cooperación a las famosas victorias de Jarnac y Moncontour no fuera tan importante como él creía, en cuestiones militares —como en casi todas las demás— Enrique III no era tonto. Imaginar el escenario que eligió para su campaña resulta fácil. Joyeuse sería entretenido al sur del Loire, en donde Enrique tal vez sospechaba que el rey de Navarra humillaría algo el orgullo de su favorito. Entretanto, Dohna y sus soldados invadirían Francia por el Nordeste (Enrique conocía perfectamente las negociaciones de la reina Isabel y el conde del Palatinado, así como las de Bouillon y los suizos. La justicia y las finanzas, la administración

interna, el ejército y la marina estaban prácticamente derrumbándose, pero el cuerpo diplomático francés seguía funcionando, y con la perfección de siempre). Los alemanes pasarían por Lorena —quizá incluso se detendrían algún tiempo allí— y desde luego, Enrique de Guisa acudiría para proteger sus dominios y los de sus familiares. Su misión, de hecho, consistiría en vigilar la frontera del Norte. Sólo que iban a faltarle hombres, pues contaría únicamente con los que por sí mismo reclutase; los prometidos refuerzos de Francia no llegarían jamás. Tanto si los protestantes detenían el avance de Enrique de Guisa como si lo rechazaban, le sitiaban en alguna ciudad determinada, o bien le obligaban a volver a Francia con el rabo entre piernas, como se dice vulgarmente, difícilmente escaparía a la derrota y a la humillación. Con un poco de suerte, incluso podían matarle o hacerle prisionero.

La derrota de la Alianza sería asunto del rey. Durante el verano había ido concentrando en Etampes y La Charité una poderosa fuerza de reserva, que alcanzaba por entonces la suma de cuarenta mil hombres aproximadamente. Parte de ella estaba apostada para la defensa de todos los posibles pasos del Loire. El resto, con el duque de Epernon al mando de la vanguardia y el rey al frente del grueso de tropas, tenía por misión impedir cualquier contacto entre Enrique de Navarra y los alemanes. Tanto si sus jefes eran exterminados como si retrocedían para unirse a él, su majestad estaba dispuesto a ocupar, cuando llegase el momento, el centro del escenario y dispersar la tempestad amenazadora. Enrique confiaba en la victoria, y esa victoria, si era inmediata a la derrota de Enrique de Guisa, le convertiría de nuevo en rey de Francia.

El drástico final de Coutras aunque no pudo ser previsto, podía encajar todavía bien en los planes del rey. Pero antes de conocer lo ocurrido, las cosas empezaron a marchar mal por el norte. Bouillon y los suizos esperaban seguir en Lorena durante un tiempo para capturar las ciudades de los Guisa y asolar por completo la campiña. Pero Dohna y sus soldados eran partidarios de internarse en Francia, sin pérdida de tiempo. Dohna insistía en que así se le había prometido a la reina Isabel por mediación de *sir* Horacio Pallavincino. Por otra parte, los alemanes no veían bien un ataque a Lorena por considerarla, al fin y al cabo, parte del Imperio. Finalmente el duque de Lorena había reunido a todos sus lugartenientes en plazas fortificadas con cuantos alimentos y provisiones podían llevar, tomando las medidas necesarias para que fuesen sistemáticamente destruidas las reservas de forraje y víveres. Así habría más comida en Francia que en Lorena y menos golpes duros. Los soldados de Dohna, con el resto del abigarrado ejército casi carente de jefes, avanzaron hacia el interior ignorando a los loreneses. El duque de Guisa no tuvo que presentar batalla ni fue embotellado allí donde habría sido fácil conseguirlo.

Suizos y alemanes avanzaron hacia el Sur formando un amplio arco, para limpiar los pasos del Mame y el Sena, pero tras una discusión se negaron a tomar la ruta del interior que llevaba a las fuentes del Loire. Prefirieron continuar por la llanura donde, según dice un cronista francés, «encontraban más carne de vaca, pollo, huevos, pan más blanco y mejor vino de lo que jamás habían visto». Era el tipo de campaña ideal para soldados mercenarios: marchas cortas y fáciles, campo abierto y bien provisto donde descansar, abundante posibilidad de saqueo y escasa lucha. Sólo hallaron dos inconvenientes.

Primero, que ya fuese por el caluroso y largo verano, la comida desacostumbrada o el fuerte vino tinto, la lista de enfermos crecía sin cesar y como que si dejaban atrás a sus hombres corrían el riesgo de que los justamente irritados campesinos acabasen con ellos, las largas y poco marciales caravanas de carros llenos del producto de sus rapiñas estaban sobrecargadas de hombres que no podían tenerse en pie. Segundo, que por haber tomado el fácil camino de los llanos y no el accidentado terreno montañoso aconsejado por el rey de Navarra, el ejército protestante, al acercarse al Loire, halló que el principal cuerpo de ejército del rey de Francia bloqueaba su marcha. Epernon hizo retroceder a los destacamentos avanzados por medio de una serie de osadas y bien dirigidas escaramuzas, y los suizos, desalentados al saber que el propio rey de Francia dirigía las operaciones, se negaron a seguir adelante. Desplegados ante ellos, a las órdenes del monarca, estaban los regimientos suizos tradicionalmente reclutados por la monarquía francesa en la Suiza católica, con los estandartes de los cantones —que los invasores juraron no atacar nunca— ondeando al viento. Alegaron que al alistarse les aseguraron que esta circunstancia no se produciría, que iban a luchar contra el duque de Guisa y sus parientes, no contra el rey de Francia. En todo caso llevaban varios meses sin cobrar. Tampoco los alemanes habían cobrado. A medida que transcurrían las semanas, la errante multitud de pendencieros e indisciplinados mercenarios se comportaban menos como soldados y más como una gran partida de bandidos. Entre recriminaciones mutuas, el ejército parecía estar a punto de disolverse para cada soldado marchar a su país.

Esto precisamente era lo que había previsto —y quizá preparado— Enrique III. Pero lo que no pudo imaginar es que el ejército de treinta mil y pico de soldados que mandaba Dohna no hubiese conseguido vencer a los cinco o seis mil hombres de Guisa. La verdad es que el duque, precavido, había merodeado por las cercanías del ejército alemán a su paso por Lorena, permitiéndose algunas inesperadas escaramuzas; las justas para hacerse con algunos prisioneros y estandartes que exhibir luego en París. Después había emprendido rápida retirada. Cuando los alemanes entraron en Francia, el duque de Guisa no les perdió de vista, aunque siempre con el buen cuidado de mantenerse a unas cinco leguas más o menos de su flanco derecho; lo suficientemente cerca para mantener contacto mediante las patrullas de caballería ligera y estorbar el forcejeo de los alemanes hacia el Oeste, pero lo bastante lejos para eludir cualquier ataque que se pudiera presentar. Sólo que Dohna no atacó. Un pequeño ejército como el del duque de Guisa no bastaba para desviar su avance y, por el momento, París no constituía su objetivo estratégico. Como muy acertadamente supuso Enrique III, Dohna no se atrevió a comprometerse con un ataque a París sabiendo que el rey de Francia, al frente de un poderoso ejército, se encontraba en el campo de batalla y que el camino a recorrer estaba sembrado de fortalezas bien guarnecidas. Pero esto ¿acaso podían saberlo los parisienses? Diariamente escuchaban pregonar desde cientos de púlpitos los partes de guerra del duque de Guisa. Que si había conquistado tal o cual posición entre el lugar donde estaban los invasores y París. Que si continuaba guardando los caminos que conducían a París. Que si continuaba dispuesto a morir con la espada en la mano antes de permitir que los alemanes llegasen siquiera

a sus suburbios… Los predicadores parisienses añadían que el rey de Francia, que debió estar guardando la capital, remoloneaba por algún lugar cercano al Loire, sin duda en connivencia con los herejes. A no ser por el valeroso duque de Guisa, todos acabarían asesinados por los bandidos protestantes.

La noticia de lo ocurrido en Coutras llegó a los alemanes en el momento justo para impedir que se disolviese el ejército. Dohna pudo persuadir a sus indecisos soldados para que le siguiesen lejos del Loire y del ejército real, a través del fácil campo abierto y hacia Chartres. No era dirección muy apropiada para salir al encuentro del rey de Navarra —suponiendo que el encuentro pudiera producirse aún— ni tenía apreciable valor estratégico. Pero en logística sí era valiosa. La región de Beauce era rica. Llevaba varios años sin ser saqueada o incendiada. Resultaba un magnífico lugar para acampar, al menos por algún tiempo, hasta que llegase dinero de Inglaterra, o Enrique de Navarra u otro príncipe de Guyena se presentase, o hiciera el rey de Francia una oferta mejor.

Hacia el 26 de octubre, el lento e incontrolado avance del ejército alemán alcanzó las cercanías de Montargis. Como quiera que este lugar, fiel al monarca, estaba defendido por una fuerte guarnición del rey y nadie tenía intención de llevar a cabo algo tan fatigoso como el asedio a una plaza fortificada, el ejército acampó en cierto número de poblados situados de tres a seis millas unos de otros y todos, prudentemente, a más de cinco millas de distancia de Montargis. El propio Dohna instaló su cuartel general en una pequeña aldea llamada Vimory, hacia el flanco exterior derecho. El duque de Guisa, enterado del hecho, decidió atacarle antes del amanecer.

Nunca se ha sabido con claridad lo que ocurrió luego. El pequeño ejército del duque de Guisa avanzó entre la lluvia y la oscuridad hasta Vimory y, con la sorpresa consiguiente, no halló más resistencia que la de un piquete de guardia antes de llegar a las primeras casas de la aldea. Seguidamente la infantería de la Santa Alianza se lanzó por las calles del pueblo incendiando casas, disparando contra los medios dormidos alemanes o atravesándolos con las lanzas a medida que iban saliendo y apoderándose de los carromatos que congestionaban la calle. Evidentemente, la sorpresa había sido completa.

Cómo y por qué cambió la situación ya no resulta cosa tan clara. Dohna saltó sobre la silla de su caballo y se las compuso para reunir a algunos de sus hombres que condujo, a través de una calleja, hasta el otro extremo de la aldea, en pleno campo abierto.

Probablemente por considerar que una calle de pueblo llena de carros y con la mitad de las casas ardiendo era lugar poco apropiado para la caballería.

En la oscuridad, las tropas alemanas sorprendieron de frente a la mitad de la caballería enemiga al mando del hermano de Guisa, el duque de Mayenne. En total, parece ser que los alemanes llevaron la mejor parte en el choque que siguió, aunque del mismo sólo se sepa lo que puede saberse de un combate en la oscuridad entre dos columnas de soldados igualmente sorprendidos y desconcertados, lucha producida no por decisión previa, sino por una violenta ráfaga de tempestad. Si, como pretenden los historiadores franceses, llegaron refuerzos alemanes (sólo que... ¿procedentes de dónde?) o si el duque de Guisa, creyendo a todos los soldados de Dohna acorralados en la aldea, supuso que el tumulto producido en los campos

donde se encontraba la columna de su hermano se debía a la llegada de refuerzos alemanes, es algo que siempre se ignorará. Posiblemente, la atrevida decisión del duque al atacar con seis mil hombres un ejército de quizá treinta mil, tuvo que ser nueva y prudentemente considerada. El caso es que dio orden de retirada y al amanecer sus tropas solicitaron refugio a las puertas de Montargis.

Ambas partes proclamaron su victoria. Dohna, porque había rechazado el ataque por sorpresa de un ejército muy superior al suyo. El duque de Guisa, porque había destruido el cuartel general invasor, retirándose con prisioneros, caballos y botín. Parece cierto que en Vimory había menos alemanes que franceses y no existen pruebas de que otros alemanes interviniesen en la contienda. Sacudiéndose el cuerpo, como un perro que acaba de ser mordido por uno pequeño, el ejército de Dohna avanzó hacia Beauce, ignorando por completo al duque de Guisa. Este, por otra parte, retrocedió desde Montargis hasta Montereau-Faut-Yonne, seguro de que Dohna le perseguía, perdiendo contacto con los alemanes. Pero aparte de sus rudos y cínicos mercenarios, Dohna no tenía auditorio a quien impresionar con la pretendida victoria y aquéllos difícilmente podían aceptar que el hecho de dejarse sorprender en su propio cuartel general y permitir que le arrebatasen incluso sus efectos personales pudiera borrarse ahuyentando simplemente a los intrusos. El duque de Guisa, en cambio, supo recoger en Vimory pruebas suficientes de su victoria para entusiasmar luego a los parisienses. Contaba con algunos carromatos alemanes y muchos de sus caballos. También con algunos prisioneros —entre otros, los famosos y terribles mercenarios de negra armadura— que exhibir con las manos atadas a la espalda ante las entusiasmadas masas

de París. Y con la tienda de campaña del propio Dohna y su estandarte personal. Y por si todo ello fuese poco, con dos camellos que Dohna conservó durante la marcha a través de Francia por ser presente que Johan Casimir, del Palatinado, enviaba al rey de Navarra. Era suficiente para organizar un pequeño retorno triunfal al estilo romano. Más que suficiente para que los parisienses aceptasen las fantásticas historias sobre la derrota infligida a los alemanes con que sus predicadores les regalaban el oído.

En Beauce, donde los invasores se disgregaron nuevamente sin cuidado y en acantonamientos aislados, continuaba la desintegración del ejército. Tenían más enfermos que nunca. La vendimia aquel año había sido excepcionalmente rica y los vinos obtenidos, excepcionalmente fuertes. Los soldados con suficiente salud para empinar el codo estaban casi siempre bebidos. Los suizos reemprendieron las negociaciones con el rey de Francia regateando hasta el último céntimo por el perjuicio sufrido, pero plenamente decididos a regresar a su país. Dohna, que no había recibido más dinero de la reina de Inglaterra y sólo palabras ambiguas del rey de Navarra, también parecía dispuesto a volver al hogar. Dijo a los hugonotes que llevaría a los alemanes hacia el Este, a las fuentes del Loire, lugar de su cita con el rey de Navarra, cita que ambos, él y Enrique, dejaron incumplida hacía dos semanas. Explicó a sus oficiales que si Enrique de Navarra no estaba allí aguardándole con dinero y hombres, proseguirían hacia el Este por Borgoña y el Franco Condado. La verdad es que nadie creyó que el rey de Navarra estuviese allí. La campaña prácticamente había terminado.

Este fue el momento que escogió el duque de Guisa para volver a atacar. Como los otros protagonistas de la

contienda, comprendía que la campaña había finalizado. Nada peor para sus propósitos que ese final que se le estaba dando: unas negociaciones cada vez más espaciadas y tranquilas: su muy cristiana majestad aplacando la tormenta con su simple soberana presencia y los invasores retirándose deferentemente ante él, agradeciendo se les perdonase la vida y la entrega de los reales *pourboires* que habían de facilitar su regreso a la patria. Enrique de Guisa supo que Dohna estaba acuartelado con parte de sus tropas en la pequeña población amurallada de Auneau, a unas diez millas al este de Chartres. Una guarnición francesa mantenía el castillo en poder del rey. Su capitán, que era gascón, había respondido al emplazamiento de rendición con rudas exclamaciones y disparos de mosquete. Como quiera que lo más interesante para los alemanes en aquellos momentos era un lugar seco donde poder dormir, se contentaron con levantar barricadas en las calles que conducían al castillo, situándose a salvo de mosquetes. El capitán gascón, molesto por ser ignorado, informó al duque de Guisa de lo fácil que sería introducir allí fuerzas francesas —a través del castillo— y el ejército de la Santa Alianza se puso nuevamente en marcha al caer la noche.

De nuevo la sorpresa fue total y esta vez no hubo duda acerca de quién fue en vencedor. El barón Von Dohna, seguido de un grupo de sus soldados, logró escapar. El resto de su ejército, atrapado en el recinto interior de las murallas, pereció en lo que más que una batalla fue matanza general. De nuevo se capturaron carromatos cargados de botín para ser mostrados a las multitudes de París y en esta ocasión la cifra de alemanes asesinados fue casi proporcional a la que, arrebatadamente, se pregonaba en los púlpitos de París.

Dohna intentó llevar el resto de su ejército hasta Auneau, donde creía encontrar a los soldados del duque de Guisa tan desprevenidos como lo estuvo él, pero los alemanes ya no tenían espíritu combativo y los suizos habían aceptado las condiciones del rey, ausentándose en silencio. Cinco días después, cuando Epernon cayó sobre ellos y el duque de Guisa acechaba ansioso su retaguardia, los alemanes capitularon. Las condiciones del rey fueron benignas. A cambio de la entrega de sus estandartes y la promesa de no volver a empuñar las armas contra el rey de Francia, les concedió un salvoconducto y Epernon les acompañó hasta la frontera del Franco Condado, más para protegerlos del duque de Guisa que por miedo a lo que ellos pudiesen hacer. Es poco probable que la famosa victoria del duque de Guisa en Auneau cambiase los resultados finales de la campaña de los alemanes o la acortase siquiera un día o dos. El acuerdo con los suizos se concertó con anterioridad, y sin los suizos, los alemanes de Dohna y los contingentes hugonotes que mandaba el príncipe de Conti tenían pocas probabilidades de vencer al ejército real y muchas menos de esquivarle. En tales circunstancias, los ejércitos mercenarios acostumbraban aceptar condiciones parecidas a las que Enrique de Francia estaba dispuesto a ofrecer, considerando principalmente que llevaban unos meses sin cobrar. El ataque del duque de Guisa a las tropas de Dohna fue más impertinente interferencia que ayuda para el éxito en el bien trazado plan de Enrique III. Las subsiguientes actividades del duque de Guisa —persecución y asesinato de algunos contingentes alemanes rezagados cuando éstos creían haber alcanzado terreno alguno y neutral, es decir, el Franco Condado, e incursión en Mompelgard, donde por campos y poblados indefensos, los soldados de la

Santa Alianza demostraron ser tan salvajes y rapaces como los alemanes— no aportaron valor militar alguno a la nación francesa.

Pero una victoria puede ser aprovechada para algo más que para una decisión militar. En vano envió Enrique III al pueblo de París informes fidedignos, exactos, sobre su actuación en la campaña durante la cual un gran ejército extranjero había sido arrojado del país con el mínimo coste de dinero y sangre. En vano encargó *tedeums* por su propio triunfo. Los parisienses atribuyeron todo el mérito a Enrique de Guisa. El retrato del duque fue expuesto en todas las tiendas de París. Los púlpitos vibraban de alabanzas en su honor. Sólo él había salvado a Francia de los herejes. «Saúl ha vencido a miles, pero David a decenas de millares». Así cantaba, en son de triunfo, el pueblo de París. (Por entonces ya habían encontrado nombre más ofensivo que el de Saúl con que designar a su rey). Un predicador muy popular formó con las letras del nombre de Enrique de Valois un significativo anagrama. Y así, las veladas ironías, los obscenos garabatos, las alusiones al «Villano Herodes» que aparecían en panfletos y se prodigaban en la oratoria de los púlpitos fue transformándose gradualmente hasta llegar al ataque abierto, cada día más cargado de odio y desprecio. Más tarde, y mientras el rey se disponía a reintegrarse al Louvre para pasar allí la fiesta de la Navidad, los doctores y maestros de la Sorbona, convencidos de que en Enrique III tenían un rey a quien se podía amenazar e insultar con entera impunidad, se reunieron en sesión, sólo «en principio» (según dicen los franceses), secreta, dejando bien sentado que era tan legal destronar a un rey que ha faltado a su deber, como suprimir a un administrador de

quien se sabe ha cometido estafa. El aire de París estaba cargado de revolución.

Más o menos por este tiempo, Bernardino de Mendoza resumió los resultados de la campaña, en una carta dirigida a su señor: «En conjunto», escribió, «a pesar de la victoria del rey de Navarra… y de la actual preeminencia del duque de Epernon… los acontecimientos de aquí casi no pueden ser más favorables para los asuntos de vuestra majestad. Con el pueblo de París puede contarse siempre. Está más que nunca dispuesto a prestar obediencia al duque de Guisa». En cuanto al duque no fue preciso que lo dijera Mendoza; llegado el momento, sabría demostrar obediencia a su patrón y tesorero, el rey de España.

NOTAS

Como en los anteriores. Además, para la campaña de los *reiters* las fuentes diplomáticas son de gran utilidad, especialmente Stafford en *C. S. P. F.*; Cavriana en *Negociations*, IV, de Canestrini, Mocenigo (Ven), Morosini (Vat. *Francia*, 20), y por supuesto, Mendoza. *Guerra Civile de Francia* de Davila (Bk. viii) da un informe claro y casi contemporáneo de la campaña. Louis Maimbourg, *Histoire de la Ligue* (París, 1686) trabaja sobre documentos imposibles ya de obtener, y es sugestivo y digno de confianza, al mismo tiempo.

# EL AÑO FATAL

Europa occidental Mediados de invierno, 1587-1588

CAPÍTULO
XV

A medida que el año 1587 iba tocando a su fin, toda la Europa occidental experimentaba un estremecimiento de temor, lo cual era, en parte, perfectamente lógico. La inminencia del invierno hacía cada vez menos probable que la flota anclada en Lisboa zarpase antes de fin de año, pero acrecentaba la certeza de que lo haría en primavera, precisamente contra Inglaterra. En suma, aunque Felipe II no cesaba de escribir a sus embajadores que el punto de destino de la Armada había de mantenerse en secreto, celosamente guardado, aunque Mendoza guardaba un enigmático silencio sin dejar de probar todo plan de defensa y contraespionaje que se le ocurriese y aunque el duque de Parma intentaba disfrazar las cosas diciendo que su patente interés por Inglaterra era sólo una pantalla con que disimular una súbita marcha hacia Walcheren, el proyecto verdadero de Felipe se iba perfilando con toda claridad. Lisboa estaba llena de extranjeros y el observador menos experimentado podía fácilmente afirmar que tan gran movilización de barcos, marineros, soldados y cañones no podían destinarse únicamente a la protección del comercio con las Indias ni tampoco a levantar inquietud en Irlanda. Flandes era todavía una

encrucijada de la industria y aun dentro de su población muchos simpatizaban con los rebeldes. El duque de Parma tenía que poner en práctica sus planes ante los ojos perspicaces de aquéllos y le iba resultando difícil hacer creer a los flamencos que para una invasión anfibia de Walcheren se necesitaban cinco leguas de canales nuevos que enlazasen Sluys y Nieuport. Terminados éstos, las barcazas podrían pasar desde el Escalda más allá de Amberes hasta el puerto de Dunquerque sin salir a mar abierto y según los cálculos del duque una flotilla de Dunquerque podría, contando con tiempo favorable, estar a la altura del cabo Norte y cerca de Margate, todo ello entre el crepúsculo y el amanecer de una noche de abril.

Hacia últimos de noviembre el principal proyecto —cruce del Canal por el ejército del duque de Parma protegido y ayudado por la flota procedente de España— resultó clarísimo para Buys y Oldenbameveldt, para Burghley y Walsingham. Inglaterra y Holanda tomaron las consiguientes disposiciones navales. En realidad, los banqueros de Augsburgo, los mercaderes de Venecia y los ociosos y charlatanes parroquianos de las tabernas de París lo apreciaron con igual claridad. Toda la cristiandad quedó al acecho del desarrollo del grandioso conflicto entre Inglaterra, tradicional dueña y señora de los mares próximos, y el nuevo coloso español aspirante al imperio de los océanos.

Para la mayoría de observadores inteligentes el resultado no era fácil de prever. Indudablemente, la flota inglesa seguía siendo —como siempre fue en el pasado— la más formidable fuerza combativa en el Atlántico. Además, y según la experiencia había confirmado repetidamente, en las guerras del siglo XVI era muy difícil conquistar un país resuelto a defenderse. Pero, por otra parte, había que

tener en cuenta la historia militar del ejército del duque de Parma. Había vencido una y otra vez a legiones de soldados profesionales. Su general era considerado por todos como el más grande jefe militar de la época. Por contraste, la milicia inglesa estaba formada por tropas inexpertas y su probable jefe, el conde de Leicester, carecía de verdadero talento militar. Ninguna ciudad inglesa poseía fortificaciones realmente modernas para la defensa y muchos opinaban que los ingleses estaban demasiado divididos para ofrecer una resistencia firme. Una vez efectuado el desembarco —afirmaban insistentemente los ingleses exiliados en España— el duque de Parma hallaría que Inglaterra era mucho más fácil de conquistar que Holanda o Zelanda. Para el transporte de las tropas nadie ignoraba que Felipe II estaba realizando un esfuerzo sin precedentes. Todos los recursos marítimos del Mediterráneo eran suyos. Había anexionado a su propia flota la portuguesa, segunda potencia marítima del Atlántico. Muchos de sus capitanes eran hábiles marinos duchos en la navegación por alta mar. Pero existía un hecho más importante aún. Con Felipe II España había ido de victoria en victoria. Las gentes del siglo XVI llamaban a aquello «el destino» y también «la divina providencia», la irresistible voluntad de Dios. Siglos después se hablaría de «la ola del futuro» o el triunfo de las fuerzas históricas objetivas, pero cuanto se quería significar tanto en uno como en otro tiempo, es que un fracaso o un éxito, siempre, parece llevar ligada otra circunstancia igual, porque es más fácil creer que todo, siempre, ha de ocurrir de la misma manera que imaginar un cambio. En este caso preciso, incluso los prudentes venecianos, que odiaban tanto como los turcos o herejes, la idea de otra victoria española, hacían sus

pequeñas cábalas sobre el éxito de la invasión del rey Felipe.

Poco importa cuál fuese la reacción general ante las posibilidades del triunfo español, el caso es que nadie dudaba del destino de Europa si España ganaba nuevamente la batalla. Con Inglaterra en manos de Felipe, los días de Holanda estaban contados. Consecuencia casi lógica de su dominio de Inglaterra era su poderío en los mares adyacentes, y sin contar con las aguas del litoral, los holandeses no podían resistir mucho tiempo; en opinión de muchos era incluso de locos intentar resistir. En cuanto a los tan divididos franceses, una derrota inglesa hundiría definitivamente y la ya desesperada causa hugonote y el último de los Valois, privado de equilibrio en el columpio de las guerras civiles, quedaría ante el amargo dilema de elegir entre sobrevivir como marioneta de España o verse arrinconado sin ninguna consideración. Enrique de Guisa sería rey de lo que quedase de Francia después de que Felipe recobrase lo que distintas ramas de su familia habían perdido (más las provincias y puntos estratégicos que considerase prudente conservar). La sombra de España, de las banderas de una interminable cruzada y del estado unitario —versión armada de la Iglesia— se extendía por toda Europa. Había optimistas en Pau y Amsterdam, Heidelberg y Ginebra, Venecia e incluso Roma, seguros de que si la Armada de Felipe II fracasaba, Europa podría esquivar aquella sombra. Y había hombres —rudos soldados— vegetando en los meses de invierno por Plymouth y Flesinga o junto al río de Londres que deseaban, más que nada en el mundo, enfrentarse un día con las naves españolas. Pero ni siquiera aquéllos creían fácil la victoria.

Otra nube se cernía sobre el año que se aproximaba, nube

por cierto aún más aterradora y misteriosa que la de la guerra. Desde el siglo anterior se venía rumoreando (acaso desde hacía muchos siglos) y se seguía repitiendo a medida que avanzaba el año 1588, que un inminente desastre amenazaba a la Europa occidental. La profecía del cataclismo se basaba fundamentalmente en la numerología del Apocalipsis de San Juan con comentario aclaratorio (si éste es el concepto justo) gracias a algún dato del capítulo XII de Daniel, todo ello reforzado por un pasaje de Isaías capaz de helar la sangre a cualquiera. Quienes habían estudiado suficientemente la cuestión estaban, sin duda alguna, convencidos de que la historia, desde el primer año de Nuestro Señor se dividía en una serie de ciclos, complicadas permutaciones de múltiplos de diez y de siete cada ciclo, finalizando en un acontecimiento gigantesco y todos ellos terminando con impresionante carácter de final en 1588. Felipe Melancthon observó que el penúltimo ciclo había finalizado en 1518 con el desafío de Lutero al Papa y que desde aquel acontecimiento sólo quedaba un último ciclo de diez veces siete años —la duración del cautiverio babilónico— hasta que el séptimo sello fuese abierto, el anticristo destruido y se produjese el Juicio Final. Muchos protestantes fanáticos habían hallado, en medio de sus lamentaciones, triste consuelo en las predicciones de Melancthon y desde hacía mucho tiempo circulaban aleluyas con su síntesis, en alemán, holandés, francés e inglés.

Pero la profecía era mucho más antigua, mucho más vieja que el propio Melancthon. Hacia mediados del siglo XV, Johan Müller, de Königsberg, conocido por Regiomontanus, gran matemático que proporcionó tablas astronómicas a Colón y a toda una generación de

navegantes, sintió curiosidad por el tema e incluso llegó a trazar un mapa de los cielos en el año fatal. Descubrió que empezaría con un eclipse de sol en febrero y que se producirían dos eclipses totales de luna uno en marzo y otro en agosto, mientras que en la época del primero y por algún tiempo después, Saturno, Júpiter y Marte se reunirían en nefasta conjunción sobre la órbita de la Luna. El significado de todo esto fue escrito por Regiomontanus, con la debida precaución profesional, en resonantes versos latinos:

> Post mille exactos a partu virginis annos
> Et post quingentos rursus ab orbe datos
> Octavagesimus octavus mirabilis annus
> Ingruet et secum tristia sata trahet.
> Si non in totum terra fretumque ruant,
> Cuncta tamen mundi sursum ibant atque decresunt
> Imperia et luctus undique grandis erit.

Su traducción en prosa podría ser:

> Mil años después del nacimiento de la Virgen
> y tras quinientos más concedidos al globo
> el asombroso año ochenta y ocho empieza
> y trae con él bastantes terrores. Si este año
> no trae una catástrofe total, si la tierra
> y el mar no sufren un colapso, una total ruina,
> traerá por lo menos revoluciones mundiales,
> desaparecerán imperios, y por todas partes
> sonarán grandes lamentos.

Lo mejor que Regiomontanus podía predecir de los futuros cielos no era demasiado alegre. El sutil y combativo Johan Stoffler, el erudito Leovitius y el ecléctico Guillaume Postel, cuando estudiaron a su vez lo descubierto, no hicieron sino confirmar las predicciones. Y si la ciencia más moderna y la más profunda sabiduría

esotérica coincidían exactamente con la numerología bíblica, ¿a qué otras conclusiones se podía llegar sino a aquélla de que el 1588 sería ciertamente año de asombrosos portentos? Se dijo incluso que la nueva estrella de 1572 (primera aparición de su especie en el eterno e incorruptible cielo desde que una estrella mostrara el camino de Belén) había brillado ante ojos humanos durante diecisiete meses lunares desvaneciéndose luego dos veces, una siete años antes del primer eclipse lunar predicho para 1588, otra ciento setenta meses lunares más ciento once días antes del segundo. No era necesario pensar mucho para captar el significado de estos números apocalípticos; con poca ciencia y menos celo se podía comprender perfectamente que la extraña estrella había aparecido como heraldo y aviso.

Propagadas por toda Europa, de uno a otro extremo, las profecías sobre el año 1588 se recibían e interpretaban de forma diferente en cada país. En España el rey consideraba todo intento de predicción del futuro como algo absurdo e impío y el Santo Oficio miraba con igual desagrado toda especulación escalofriante o ingenuidad astrológica. Oficialmente la corte ignoró la profecía en todas sus formas y si los impresores no siguieron su ejemplo, sus almanaques —como ocurre frecuentemente con tan frágiles hojas— no han sobrevivido al tiempo. Puede que las actividades de la policía del rey contribuyesen a su desaparición.

Porque las autoridades no podían simular ignorancia en la cuestión. Las noticias bullían por toda España. En Lisboa las deserciones de la flota aumentaron en forma alarmante durante el mes de diciembre y se efectuó la detención de un adivino por hacer «predicciones falsas y

desalentadoras». En las provincias vascas el reclutamiento sufría demora «a causa de los rumores que circulaban sobre muchos extraños y espantosos portentos». En Madrid se hablaba de nacimientos monstruosos y en provincias de visiones alarmantes. Ninguna de estas despreciables supersticiones afectó en lo más mínimo a Felipe II y no se tienen pruebas de que alguien intentase convencerle acerca de lo nefasto del año 1588. Pero, tal vez para mejorar la moral de sus súbditos, se decidió el rey a actuar. Después de la Navidad de 1587 se produjo una epidemia de sermones que atacaban a la astrología, la hechicería y todo pronóstico impío. Que algunos españoles considerasen inquietantes los versos de Regiomontanus resulta bien lógico. El colapso y la total ruina de tierra y mar no son precisamente circunstancias ideales para el desarrollo de una operación anfibia. Y si los imperios estaban destinados a desaparecer, ¿cómo no considerar amenazado el por aquel entonces mayor imperio del mundo?

En Italia, especialmente en Venecia y Roma, las profecías se discutían con igual interés que en España, pero sin la misma unánime creencia sobre el determinado y amenazado imperio. Un corresponsal anónimo de William Allen (o tal vez del padre Parsons) facilitó al asunto nuevas luces. El informe resultó ser lo bastante importante en la pequeña casa de la vía di Monserrato como para inducirles a enviar una copia al Vaticano, a la especial atención de Su Santidad. Según el informador, gracias a un misterioso movimiento de tierras, en los ruinosos cimientos de la abadía de Glastonbury se había descubierto una lápida de mármol que sin duda permaneció enterrada bajo la cripta durante siglos. Grabados en ella, con letras de fuego, aparecían los

proféticos versos: «Post mille exactos a partu virginis annos». Estaba, pues, bien claro que las terribles líneas no habían sido escritas por un alemán contemporáneo. Prescindiendo de cómo llegó a conocerlas Regiomontanus, nadie sino el propio Merlín podía haber sido su autor, y su tenebrosa ciencia o la inescrutable providencia de Dios los había sacado a la luz precisamente a tiempo para avisar a los britanos de la destrucción que amenazaba el imperio de Uther Pendragon. La profecía resultaba más verosímil porque, según de sobra era sabido, Merlín también profetizó el restablecimiento de la dinastía del rey Arturo y otros hechos notables. Ningún comentario de la vía di Monserrato indica la importancia que el cardenal Allen y sus amigos dieron a la nueva. No existen pruebas de que la misma fuese del dominio público en Inglaterra. Pero precisamente al margen de «atque decresunt Imperia» algún escéptico de la época escribió en italiano: «No dice qué imperios ni cuántos».

¿Cuántos y cuáles eran los imperios amenazados? La misma pregunta turbaba al emperador Rodolfo II. Frecuentemente durante aquel invierno, asomado a la ventana de su torre en el Hradschin contempló, por encima de los nevados tejados de Praga, cómo los tres planetas se acercaban a su amenazadora conjunción. No había príncipe en Europa que creyese con más firmeza que Rodolfo en la astrología y ninguno comprendía mejor que él cuán difícil era interpretar correctamente las estrellas. Sabía leer en ellas como un profesional y necesitaba poco tiempo para distinguir a un charlatán de un astrólogo serio, pero, pese a su habilidad en aquel arte, nunca se daba por satisfecho hasta que sus resultados coincidían con los de los mejores entendidos. Generalmente mantenía en la corte a uno o dos astrólogos

de confianza y celebraba consultas por carta —algunas veces incluso valiéndose de correos especiales— con otros de lugares tan lejanos como Catania en Sicilia o la isla de Hven, en los estrechos daneses. Conforme avanzaba el mes de febrero de 1588 se ocupaba más que nunca de las estrellas; tanto, que el embajador de Felipe II, Guillén de San Clemente, llevaba varias semanas sin conseguir una entrevista con él, y el, ministro residente de Venecia supo que varios importantes despachos de Polonia seguían en su mesa sin abrir.

Las consultas con los expertos confirmaban los presentimientos de Rodolfo. No existía en el cielo signo alguno precursor del fin del Globo ni tampoco del inmediato Juicio Final en que creían implícitamente tantos contemporáneos del emperador. Al igual que la mayor parte de astrólogos científicos, Rodolfo descartaba estas creencias, de igual modo que sentía un gran escepticismo ante toda clase de numerología bíblica y supersticiones de la misma especie. Según las estrellas, en el año 1588, el tiempo sería excepcionalmente malo y era casi seguro que se produciría un inusitado número de inundaciones y terremotos locales, pero en lo tocante a catástrofes naturales no se hacía referencia a nada más. Por otra parte, parecía cierto que habría grandes revoluciones en la humanidad, que se tambalearían los imperios y que, ciertamente, resonarían lamentos por doquier.

Definir cuáles eran los imperios destinados a hundirse era algo ante lo cual los demás astrólogos se mostraban tan indecisos como el propio Rodolfo. Ocurriera lo que ocurriese en Polonia (donde Maximiliano, el hermano del emperador, luchaba por la corona con un candidato de Suecia, sin resultado positivo) se trataba de un imperio susceptible de desaparecer. Pero difícilmente parecía

posible que tanto signo espantoso sólo presagiase otra brusca alteración en el curso de la política polaca. Probablemente hacía referencia a la crisis de Occidente. Tanto en el caso de que Felipe II triunfase y derribase al gobierno británico en Inglaterra —y posiblemente también al francés— como si fracasaba dando el primer paso en el declive de su imperio inmenso, la predicción de las estrellas quedaría justificada. Rodolfo que, por supuesto, era un Habsburgo y, al menos oficialmente, católico, estaba preocupado por los éxitos españoles y las pretensiones de España. Difícilmente podía decidir cuál de los dos resultados le complacería menos. La otra posibilidad era todavía más desagradable. Pese a los muchos reyes que en aquel tiempo se llamaban a sí mismos emperadores, Rodolfo era «El Emperador». Su dignidad se remontaba en ininterrumpida sucesión —y así gustaba de recordárselo a su pueblo— hasta aquel emperador cuya autoridad Cristo había reconocido con su muerte. Parecía alarmantemente probable que tanto desacostumbrado portento amenazase nada menos que el eterno imperio de los romanos. Aunque éste, por supuesto, no podía desaparecer. Formaba parte del orden natural de las cosas y no podía desaparecer. Pero si decaía sólo un poco más, casi sería invisible para el ojo humano. Naturalmente la posibilidad de que una vez más disminuyese su ya incierta autoridad resultaba, para Rodolfo, muy inquietante. Dadas las circunstancias decidió como mejor recurso no hacer nada, entrevistarse con pocas personas —cuantas menos, mejor—, salir tan poco como fuera posible del Hradschin y no tomar decisiones irrevocables hasta que el tiempo mostrase cuáles eran los imperios que estaban a punto de caer. Era un refugio al que acogerse ante la terrible incertidumbre

de las estrellas, refugio que el emperador aprovecharía, cada vez con más frecuencia, en años a venir.

Los predicadores que incitaban a las masas de París no parecían dudar del mensaje de las Escrituras y su confirmación por las estrellas. Todo aquello significaba que el día de la venganza de Dios estaba, por fin, próximo. La Jezabel inglesa iba a ser justamente castigada, los rebeldes de los Países Bajos serían finalmente humillados y, consecuencia obligada, los herejes franceses sufrirían el destino al que por tan poco escaparon el año de la matanza de San Bartolomé. Pero todo esto resultaba secundario ante el destronamiento del más malvado de los tiranos, el Villano Herodes. Sus vicios privados sólo eran superados por sus maldades públicas. A crímenes contra natura había añadido la traición a las leyes de Dios y, por tanto, a las fundamentales leyes de Francia. No sólo se negó a exterminar a los herejes como la ley de Dios y la de Francia exigían, sino que conspiraba con ellos para convertir a su jefe en futuro rey de Francia. Sólo que Dios se había cansado de sus iniquidades. Era necesario destronarle y humillarle. Sus maquillados *mignons* y los traidores políticos que gobernaban en su nombre serían pasados por las armas y los perros lamerían su sangre. Este destronamiento y el resurgir del reino francés era exactamente lo que las Escrituras predecían y las estrellas auguraban; lo que la epidemia de monstruosos nacimientos y horrendas visiones en provincias, por no hablar de las nieblas sin precedentes, las heladas, las tormentas de granizo y el tiempo en general tan malo, anunciaban con toda claridad.

Poco después de la elección del Papa Sixto V algunos frailes indiscretos se habían atrevido a criticar su política para encontrarse casi inmediatamente remando en las

galeras. En la Inglaterra de la reina Isabel un lenguaje poco respetuoso acerca de la soberana habría costado al interesado las orejas y acaso la cabeza. En España el Santo Oficio se habría ocupado inmediatamente de quien hiciese uso de las Sagradas Escrituras para incitar a la rebelión. Enrique III de Francia no dejó de reaccionar ante los ataques de que era víctima, sólo que a su manera. Cuando finalizaba el año 1587 reunió consejo en el Louvre con los jueces de su Tribunal Supremo e hizo comparecer a los teólogos de la Sorbona y principales predicadores de París acusándoles públicamente de calumnias y libelos contra su trono y su persona. Fue una amarga paliza oratoria la suya, llevada a cabo con la alta elocuencia y real dignidad de las que Enrique era consumado maestro; un discurso construido con irrefutable lógica, adornado con agudezas mordaces y genuina emoción. Entre los severos jurisconsultos que, sentados bajo el trono, miraban ceñudos a los asustados clérigos agrupados en el estrado, probablemente ninguno hubiese sido mejor fiscal. Y probablemente ninguno hubiese sido tan débil ni tan idiota como para hacer lo que hizo Enrique a continuación. Tras condenar a los predicadores sediciosos por deliberadas mentiras dichas con traidor intento, los despidió de súbito con la advertencia de que habían de ganar su perdón mediante el arrepentimiento, añadiendo que en la próxima ocasión sus jueces se encargarían de darles el merecido castigo. Una vez en la antecámara, los clérigos recobraron su valor. Salieron del Louvre fanfarroneando y haciendo burla de su majestad. Puesto que aquella vez no se atrevió a castigarlos, ya nunca más los castigaría. Quince días más tarde una ola de insolencia más intensa que nunca invadía los púlpitos de París.

Resulta bastante irónico que los predicadores y panfletistas hugonotes coincidiesen con sus enemigos de la Santa Alianza en un punto: el destino de su común soberano Enrique III de Francia. Con respecto a esto, ambos partidos abrigaban una misma esperanza.

Todavía más que los hugonotes y los partidarios de la Alianza necesitaban los holandeses todo el ánimo que de las profecías pudieran extraer. El invierno para ellos había sido horrible. Tras la complicada pérdida de Sluys y lo que, en opinión de los Estados Generales, fue deliberado intento de dividir sus territorios y deshacer su unión, el conde de Leicester se había apresurado a volver a Inglaterra. Cuando unos emisarios holandeses fueron tras él, para presentar sus quejas a la reina, Isabel les atajó con un estallido de reproches, culminando en la despectiva promesa de incluirles en cualquier tratado de paz que se firmase con España. La respuesta holandesa fue «que si la reina hacía la paz con España a costa de su libertad, ellos seguirían luchando por su cuenta». Hacia fines de año casi parecía que, en efecto, iban a verse obligados a ello y por cierto con menos recursos y menos unidad de los que tuvieron desde el sitio de Leyden. A pesar de todo, los almirantazgos de Holanda y Zelanda proporcionaron a Justino de Nassau medios para patrullar por el sector occidental del Escalda y la costa de Flandes con una flota bastante fuerte como para enfrentarse con cualquier ejército que el duque de Parma transportase por mar, asegurando de este modo a Inglaterra y Walcheren contra cualquier clase de sorpresa. Mientras tanto si entre los abatidos ciudadanos hubo quien creyó que las profecías podían ser aprovechadas para animar a sus amigos o atemorizar a sus enemigos, nadie consideró ni registró esta opinión.

En lugar de ello, los activos impresores de Amsterdam, recordando que sus almanaques habían de venderse en el Flandes conquistado y en Brabante al igual que en las provincias libres, y en ambos sectores lo mismo a católicos que a protestantes, adoptaron un punto de vista maravillosamente imparcial sobre las vaticinadas catástrofes. No creyeron necesario insistir sobre los horrores de la guerra y el derrumbamiento de la autoridad. (Sus lectores ya habían visto bastante acerca de esto). En todo caso, las profecías prometían más extraños horrores, hechos capaces de ponerle a cualquiera los pelos de punta y de obligarle a soltar los cuartos… Por tanto, citando varias autoridades en la materia, desde Regiomontanus hasta Rodolfo Graff, astrónomo imperial honorario en Deventer, y un tal Wilhelm de Vries, de Maestricht, hombre temeroso de Dios y dado a tener extrañas visiones, los impresores de Amsterdam daban toda clase de detalles acerca de las importante catástrofes naturales que sobre todos iban a caer. Prometían terribles inundaciones y violentas tormentas; granizo y nieve en mitad del verano, oscuridad en el mediodía, lluvias sangrientas, nacimientos monstruosos y extrañas convulsiones de tierra, aunque prometiendo que después de agosto todo se tranquilizaría y que el otoño sería medianamente normal. A juzgar por el número de almanaques de 1588 que aún se conservan, los impresores de Amsterdam acertaron plenamente el gusto popular.

De haber tenido oportunidad, los impresores ingleses habrían hecho lo mismo, pero la ocasión, al parecer, les fue negada. Quedan actualmente pocos almanaques ingleses del año 1588 y los que existen son curiosamente imparciales. El de Walter Gray puede considerarse un ejemplo típico. En la predicción general para el invierno

se dice: «En este, al igual que en los próximos trimestres, pudiera indicarse —siempre por artes ocultas— la aparición de muchos extraños acontecimientos que nos hace omitir nuestro buen sentido. Que Dios todopoderoso, único en saber lo que puede ocurrir, aleje de nosotros todos esos males. Amén». Y después de los dos eclipses totales de luna: «La influencia que pueden ejercer estos dos eclipses (en el año en curso)... Me niego resueltamente a anotar algo más que lo siguiente: que existe gran posibilidad de un terremoto y que se temen la plaga y la peste». Los almanaques no solían ser tan considerados con los sentimientos de sus lectores y para inducir a sus redactores a suprimir horrores tan espantosos que a su lado la plaga, la peste y el terremoto fuesen cosas triviales, tuvo que producirse una fuerte presión, precisamente la clase de presión que sólo podía ejercer el consejo privado.

¿Provino la gestión quizás de la propia reina? De igual modo que se desconocen sus restantes creencias se ignora hasta qué punto creía Isabel en la astrología. Ciertamente había encargado su horóscopo al doctor Dee. Antes de que él empezase a oír voces más extrañas que las de las estrellas le había consultado asuntos relacionados con la astrología y la geografía. Lo mismo y para igual asunto hicieron sus consejeros más notables. Sin duda el doctor Dee le dijo lo que sabían ya todos sus súbditos por instinto: que su destino, más que el de ningún otro soberano, estaba gobernado por los movimientos de la luna. La reina no necesitaba a ningún astrólogo para saber que el segundo y más terrible de los eclipses lunares ocurriría en el comienzo de su signo del Zodiaco, es decir Virgo, y doce días antes del aniversario de su nacimiento. La amenazadora conjunción era seguramente evidente

para cuantas personas del país se interesasen por la astrología. A los fabricantes de almanaques no era necesario comunicarles —a través del Departamento Real de Publicaciones o el Consejo Privado— que profetizar, aunque de modo indirecto, la muerte de la reina era delito de alta traición.

Hasta qué punto tomaba Isabel en serio estas cosas es algo que se desconoce, pero sí se sabe que desaprobaba por principio la charla popular sobre altos negocios del estado y hubiese sido lógico en ella procurar que terminasen, en lo posible, los comentarios sobre tan desdichadas profecías y reducirlos a una mínima expresión. En todo caso durante aquel invierno reinaba en su pueblo demasiado nerviosismo. En diciembre el falso rumor de que la flota española estaba en el Canal hizo huir precipitadamente a los más tímidos habitantes de las poblaciones costeras, quienes se dirigieron hacia el interior con el consiguiente enojo de los gobernadores militares y sus delegados y la total cólera de la reina. En Roma se supo que los ingleses, raza supersticiosa por excelencia, estaban muy preocupados por las señales y prodigios. Uno de los corresponsales ingleses de Mendoza escribió que en los condados del Este la gente hablaba mucho sobre una vieja profecía de soldados con yelmo cubierto de nieve dispuestos a invadir Inglaterra. Decían que estaba a punto de cumplirse. En tales circunstancias, cuanto menos se hablase de los versos de Regiomontanus tanto mejor para todos.

Por supuesto la profecía no pudo mantenerse secreta. Había sido ampliamente discutida en un panfleto popular en 1576. El editor de la segunda edición de las Crónicas de Holinshed (1587), que posiblemente entró en prensa antes de que el Consejo Privado avisase al Consejo Real de

Publicaciones, incluía una solemne referencia a la vieja profecía «ahora en boca de todos» de que en el año de los portentos (1588 al parecer) se esperaba el fin del mundo o bien una terrible alteración en él. Algunas copias de la profecía y alusiones a la misma aparecen en la correspondencia particular de la época y cabe suponer que por las tabernas del país corría un canto popular en inglés vulgar, extracto de los versos de Regiomontanus. Así pues, el Consejo Privado, después de meter el gato en el saco, se vio obligado a dejarlo escapar. A los editores de almanaques se les prohibió referirse de nuevo a la profecía, pero fueron autorizados dos panfletos —incluso probablemente se facilitó su publicación— para combatirla. Uno de ellos, redactado por Thomas Tymme, titulado «Preparación contra los peligros anunciados para 1588», no era sino piadosa exhortación, pero el otro resultó ser un argumento académico. En la página destinada al título, más o menos resumido decía lo siguiente: «Razonamiento sobre las profecías y hasta qué punto hay que valorizarlas o creerlas… Destinado especialmente a combatir las terribles amenazas perentoriamente anunciadas contra los reinos y estados del mundo en el actual y famoso año de 1588 que se supone es el Grande, Maravilloso, Fatal Año de nuestra época. Por I. H. Physition». Su autor era el doctor John Harvey, hermano pequeño de Gabriel, tutor de Edmund Spenser, hombre de amplia y peregrina cultura, autor de varios almanaques, y aunque no profesional en horóscopos, uno de los principales aficionados al estudio de la astrología del reino.

Harvey comenzaba por citar los versos latinos —traduciéndolos con elegancia, según la clásica medida a que aspiraba su hermano para la poesía inglesa—,

llegando luego a exponer dudas acerca de su autenticidad, despreciando a quienes creían sus asertos, señalando fallos en los hechos astrológicos y sus conclusiones, subrayando otras circunstancias del pasado tan amenazadoras —o casi tan amenazadoras— como aquélla, que, sin embargo, no ocasionaron tanta alarma ni registraron catástrofes dignas de mención. Era sin duda una refutación completa, todo lo magnífica que podía resultar cambiando la cultura con la ingenuidad, pero lo que actualmente sorprende es la disimulada sutileza de algunos de sus argumentos: parece como si el doctor Harvey hubiese querido conservar una puerta de escape por si realmente las calamidades llegaban a ocurrir. Que un erudito como Harvey se hiciese cargo de la polémica y se entregase con gusto a ella sin mediar presión oficial, parece poco probable. ¿Fue acaso la reina, si bien por vía indirecta, quien le obligó? Desde luego, parece propio de ella el doble juego de suprimir un tema desagradable y buscar la manera de que el mismo sea refutado.

NOTAS

*Shakespeare's Sonnets Dated* (Nueva York, 1948), de Leslie Hotson, posee un buen sumario acerca del impacto de la profecía de Regiomontanus en Inglaterra. La más extensa discusión contemporánea de la de Harvey en *Discoursive Problem.*

Para España, además de Fernández Duro, I, *passim*, Novara 11 de diciembre 1587, y 8 de enero 1588 (Vat. *Spagna*, 33) y Canciano al duque de Mantua, 17 de enero 1588 (Mant, *Esterni*, 601).

Roma: La profecía «Merlin» en Vat. *Francia*, 20 fol. 379.

Praga: San Clemente a Felipe II, oct. 1587-feb. 1588, *passim.* Carta de Alemania al cardenal Montalto, Vat.

*Germania*, 108, 109 y arzobispo de Bari, III.

París: Correspondencia diplomática de Mendoza, Stafford, Cavriana y Morosini. También L'Estoile, Pasquier, De Thou y Curé Liguer.

Holanda: Corte Prophetie van tgene mt Jaer MDLXXXVIII dragen ende gesekieden. Amsterdam, Cornelis Claeszoon, n. d.; Praedictis Astrológica: Die Grote Prognostication… van dat wonderlyjke yaer… 1588, Amsterdam, A. Barent (1587); Een wonderlycke nieu profecije op dit wonderlyck Schuckeljaer… 1588 (N. p.), los tres en la colección Knüttel.

Inglaterra: W. Gray, An almanacke and a prognostication for Dorchester, 1588 (STC, 451); Thos, Tymme, A preparation against the prognosticated dangers of 1588 (STC, 24420).

# EN COMPAÑÍA DE ESAS NOBLES NAVES

Greenwich y aguas inglesas, enero-marzo de 1588

## CAPÍTULO XVI

Suprimir un tema desagradable y buscar la manera de refutarlo, tender una mano en prueba de amistad esgrimiendo en la otra una espada, seguir automáticamente dos trayectorias políticas al parecer irreconciliables y desempeñar dos papeles contradictorios con sentido teatral tan genuino que incluso sus más fieles amigos no pudieran discernir cuál era el falso y cuál el real… He aquí cómo —ya por gusto o porque así lo creyera necesario— iba Isabel desarrollando su actuación en el juego de la alta política. Incluso por aquel entonces —en el trigésimo aniversario de su reinado—, cuando la ambigua rectitud de la reina podía resultar en modo alguno inesperada, conseguía desconcertar con ella no ya a sus enemigos sino a sus amigos y consejeros. Muchos se sintieron intrigados entonces, y muchos se han sentido intrigados después, por su actitud en aquel difícil invierno en que Inglaterra esperaba enfrentarse con la Armada.

Los febriles preparativos que se llevaban a cabo en Lisboa y los refuerzos del ejército del duque de Parma indicaban bien a las claras que el rey de España buscaba la guerra. Pero Isabel retuvo en Plymouth a Drake, dándole poca

libertad, y se negó a autorizar el plan de Hawkins respecto al bloqueo de la costa española. En su lugar, alegando que no estaba ni estaría nunca en guerra con el rey de España y que sólo deseaba que los súbditos de Felipe en los Países Bajos se dejasen de rebeldías, la reina consiguió mantener sus grandes navíos, anclados en los puertos todo el otoño —sin aprovisionamiento y sin jarcias—; sus cañones en la Torre; sus tripulaciones reducidas al puñado de hombres necesario para montar la guardia. Si hacia el mes de octubre Santa Cruz hubiese aparecido en el Canal, el duque de Parma habría podido cruzarlo prácticamente sin hallar resistencia y dirigirse directamente hacia Londres. Por lo menos así lo dijo el duque algún tiempo después. Los marinos y estadistas ingleses, conscientes del peligro, no hacían más que comentar entre ellos la ingenuidad de su soberana, que dejaba el país expuesto a tan crítica situación.

Hacia el mes de diciembre, y basándose al parecer en un informe falso, aunque quizá conociendo las órdenes de Felipe a su almirante, Walsingham comunicó a la reina que Santa Cruz podía presentarse en el Canal, procedente de Lisboa, antes de Navidad. En menos de una quincena la flota fue movilizada y quedó lista para entrar en acción. La totalidad de los barcos de la reina y la mayoría de los mercantes auxiliares fueron armados, tripulados y casi del todo aprovisionados para una campaña. Si Santa Cruz hubiese obedecido las órdenes de su rey se habría encontrado con una calurosa recepción. Al fin y al cabo, Inglaterra no estaba tan indefensa frente al enemigo.

Cuando el comité de recepción quedó dispuesto, en Greenwich ya se tenía noticia de que la visita había sido aplazada, y, con el disgusto consiguiente de sus capitanes, que no hallaban sentido al hecho de disponer de una flota

de combate sin aprovecharla, Isabel ordenó disolver en parte la concentración. Cuatro galeones, el mayor de los cuales —el *Antelope*— desplazaba cuatrocientas toneladas, y cuatro pinazas fueron enviadas en ayuda de los holandeses que patrullaban por las costas de Flandes y el resto de la flota recibió orden de anclar en el Medway o en el puerto de Plymouth con solo la mitad de sus pertrechos de guerra a bordo. Existe una relación manuscrita de estas disposiciones, redactada por Burghley, y el documento que la acompaña muestra que en concepto de sueldos y vituallas la reina iba a ahorrar mensualmente dos mil cuatrocientas treinta y tres libras, dieciocho chelines y cuatro peniques. Para el presupuesto económico de Isabel era una cantidad digna de ser tenida en cuenta, pero sus capitanes y consejeros, que se encogían de hombros ante tal insignificancia, comenzaron por vez primera a no atribuir la reducción ordenada por la reina a su sentido de la economía. Poseían casi la certeza de que Isabel se había dejado convencer por la engañosa lengua del duque de Parma y que reducía sus defensas alentadas únicamente por una falsa esperanza de paz.

Que Isabel deseaba la paz, incluso en fecha tan tardía como el principio de la primavera de 1588, es algo de lo que podemos estar casi absolutamente ciertos. A pesar de la creciente fiebre guerrera que azotaba a los puritanos, gran parte del pueblo inglés participaba de los deseos de su reina, principalmente a causa de la industria textil. Un parlamento de la casa de Lancaster declaró en cierta ocasión que «la fabricación de tejidos en diversos lugares del reino era la ocupación más importante y el mejor medio de vida del pueblo». En el período de algo más de un siglo transcurrido desde que se pronunciaron estas palabras, su importancia había aumentado

considerablemente. En condiciones de normalidad, las lanas constituían las cuatro quintas partes del comercio de exportación de Inglaterra y al ser reducidas éstas los fabricantes se apresuraron a despedir a tejedores e hiladores y la lana de los rebaños de los hacendados apenas si valía la pena de ser vendida. Un mal mercado de lanas era más perjudicial para la economía que cualquier otra clase de catástrofe y últimamente el mercado de lanas había sido muy deficiente. Primero se cerró el de Amberes y luego el de Sevilla. Gracias a los capitanes del duque de Parma y a Martin Schenck, el Rin, por cuyo curso eran transportados los tejidos ingleses hacia las ciudades del sur de Alemania, estaba convirtiéndose en insegura vía de navegación y, por otro lado, la diplomacia española y los celos de los Hansa habían reducido a una cifra insignificante la venta de tejidos ingleses en Hamburgo. Ni siquiera saqueando alguna de las flotas españolas dedicadas al transporte de plata se podrían compensar las pérdidas de otro año tan desastroso como el de 1587. Desde los mercaderes de tejidos de Londres hasta las amas de casa de los Cotswolds, eran muchos los súbditos británicos que hubiesen visto con buenos ojos un arreglo de la guerra en los Países Bajos a cualquier precio, para que la industria textil volviese a ser lo que fue en el pasado; pero no hay que olvidar que otros, también pertenecientes al comercio de tejidos, atribuían sus males a los españoles y clamaban con mayor fuerza por la continuación de la contienda.

Isabel era más sensible a las preocupaciones económicas de sus súbditos que ningún otro monarca de la época y más consciente de la relación existente entre la prosperidad nacional y los ingresos de la corona. Por otra parte, le sobraban razones inmediatas para sentir

preocupación por el dinero. Aunque los holandeses se quejaban de su tacañería —tanto como sus propios capitanes—, la reina llevaba enterradas decenas de miles de libras esterlinas en las guerras de los Países Bajos, dinero que desapareció rápidamente como tragado por arenas movedizas. Irlanda, de momento, estaba tranquila, pero su calma nunca duraba mucho y la guerra con España a buen seguro haría surgir allí nuevas dificultades. En la última reunión del Parlamento se había hablado mucho en contra de los españoles, pero Isabel conocía lo bastante a sus súbditos para comprender que, pese a su antagonismo hacia España y el Papado, una guerra en los Países Bajos, otra en Irlanda y otra en el océano y a lo largo de las costas españolas significaba un precio demasiado alto del que estaban dispuestos a pagar.

Incluso con la certeza de que podía permitirse el lujo de tres guerras simultáneas, Isabel no habría visto con agrado el conflicto y no precisamente por temor (como *sir* John Perrot parecía creer). Algunas veces le gustaba alardear de que era más valiente que su padre, lo cual realmente resultaba cierto. Se exponía sin vacilar a más de un riesgo, que atañía tanto a su persona como a su política, ante el cual habría retrocedido Enrique VIII. Pero prefería calcular el peligro y la guerra era un riesgo irremediablemente incierto. Embarcarse en la aventura de una contienda bélica era como lanzarse a una corriente irresistible que todo lo arrastraba hacia la oscuridad. Si de nuevo podía ampararse en la paz, una vez más se encontraría dueña de su propio destino y del de su país.

Para el sentido común de Isabel, volver a la paz resultaba cosa sencilla. Sólo era necesario que Felipe aceptase las condiciones que su lugarteniente don Juan de Austria había aceptado hacía once años, o sea el respeto de las

antiguas libertades de las diecisiete provincias y la retirada de las tropas españolas acuarteladas en los Países Bajos. A cambio de ello, los Estados Generales jurarían nuevamente lealtad a su señor hereditario y prometerían defender la fe católica. En realidad, Felipe II tendría que hacer dos importantes concesiones, a saber: abandonar la idea de un gobierno centralista en los Países Bajos con poderes para establecer impuestos arbitrarios (a lo cual él mismo había dicho que estaba dispuesto a acceder) y obligarse, aunque no precisamente, a tolerar la existencia de sectas heréticas, a aceptar por lo menos tácitamente que las mismas fuesen toleradas en algunas provincias, ya que, una vez restauradas las viejas libertades y retiradas las tropas españolas, no habría medio de practicar una política de persecución si las autoridades locales se negaban a ello. De este modo las apariencias quedarían a salvo. Oficialmente en los Países Bajos existiría una sola fe: la católica, del mismo modo que, oficialmente, sólo existía una fe en Inglaterra. Isabel así lo creía oportuno: *Cujus regio, ejus religio*. Y aunque una cláusula en el tratado acerca de la libertad de conciencia podría servir de cebo para los testarudos holandeses que hasta entonces no parecían dispuestos a tomar parte en las negociaciones, tampoco resultaba imprescindible incluirla. Un poco de reflexión bastaría para convencerles de que, con las condiciones propuestas, podrían disfrutar de tanta libertad de conciencia, y en consecuencia de culto, como permitiesen las autoridades locales.

Por lo que respecta a la preferencia de Felipe II en el sentido de gobernar un desierto antes que una tierra llena de herejes, cuando el rey de España hablaba así no había probado la otra alternativa. Flandes y Brabante no eran mucho mejor que un desierto y Holanda y Zelanda —de

conquistarlas guerreando— serían todavía mucho peor. Isabel no podía creer casi que Felipe insistiese en obtener victoria tan estéril. Hasta entonces el rey de España había demostrado ser hombre sensato, dispuesto a la componenda, reacio a llevar las cosas demasiado lejos. Así pues, con un poco de flexibilidad podían terminar de una vez la inacabable y ruinosa guerra de Holanda, restaurando la antigua alianza angloborgoñesa y asegurando, a bajo precio, que los Países Bajos no fuesen invadidos por Francia. De este modo sus respectivos reinos —el de Felipe y el de Isabel—, en lugar de estar siempre zahiriéndose, volverían a ser excelentes clientes el uno del otro. Si los holandeses se retiraban, Inglaterra se apartaría. Pero Isabel y Burghley no eran los únicos en creer que cuando la posición quedase clara, Holanda y Zelanda no rehusarían la favorable oferta por comprender que, en caso de negarse, tendrían que seguir luchando solitariamente.

Los ingleses encargados de negociar la paz, debidamente instruidos y en camino hacia Ostende, tenían otras peticiones que hacer y otros temas que excluir. Iban a solicitar la admisión de barcos ingleses en los puertos del Nuevo Mundo y también que los marinos ingleses, tanto allí como en los puertos españoles, no fuesen importunados por la Inquisición. Se les recomendó mucha cautela para tratar de la inclusión de los dominios de la corona de Portugal, en las mutuas garantías propuestas. Pero todo esto eran sólo temas de conversación. Isabel únicamente se mostraba inflexible en un pequeño detalle. Los ingleses conservaban determinadas ciudades de las provincias sublevadas, en concepto de garantía por el dinero adelantado a los rebeldes. Antes de evacuarlas se había de exigir que alguien abonase las sumas en cuestión.

Si no pagaban los estados de Holanda y Zelanda, tendría que pagar el rey de España.

Se ignora hasta qué punto engañó el duque de Parma a la reina, haciéndole creer que en 1588 aún existían posibilidades de paz. Durante mucho tiempo el duque había aparentado desear la paz y, en cierto modo, hasta la primavera de 1587 la había deseado sinceramente. Sin contar con los barcos holandeses ni con los puertos importantes de los Países Bajos, veía pocas posibilidades para la invasión de Inglaterra y prefería enfrentarse primero con un enemigo y luego con otro. En otoño de 1587 el rey ordenó que la invasión de Inglaterra se llevase a cabo sin más dilación y que, en ningún caso, se llegase a una paz con Inglaterra. Pero añadió que Isabel había de seguir siendo entretenida con pretendidas negociaciones que deberían prolongarse indefinidamente para confundir a los ingleses y hacerles perder el equilibrio.

El duque de Parma actuó en consecuencia. Cuando los cinco emisarios ingleses cruzaron el Canal desde Dover a Ostende, logró prolongar unas semanas las conversaciones preliminares para decidir el lugar donde había de celebrarse la conferencia, y una vez elegido, provisionalmente, Bourbourg, pasaron unas semanas más discutiendo lo que en ella se iba a tratar, así como el poder que tendrían los delegados para redactar y concluir acuerdos sobre lo que se discutiese. Con suave eficiencia, los veteranos diplomáticos al servicio del duque, fueron llevando a cabo su labor de dilación, engañando al viejo *sir* James Croft, sorprendiendo al experimentado doctor Dale e incluso provocando momentáneas esperanzas de éxito en el escéptico conde de Derby. Resueltos a seguir adelante, creyendo a los delegados españoles a punto de ceder, prosiguieron con la conferencia que, una vez

iniciada, se mantuvo en un terreno de vanas conversaciones —pese al creciente desánimo de los holandeses y el partido inglés inclinado a la guerra— hasta que los cañones de ambas flotas empezaron a sonar en el Canal. Consecuentemente, entonces y luego, Isabel pudo afirmar que nunca había cerrado la puerta a la paz y que sinceramente había intentado conseguirla con enorme paciencia hasta el último día. Y aunque políticos como Walsingham y hombres de lucha como Hawkins gritaban que Inglaterra estaba al borde de la destrucción a causa de la ceguera de la reina y que el camino más apropiado era atacar para llevar la guerra a una rápida conclusión, nunca ha quedado claro si, con las largas negociaciones de Bourbourg, Inglaterra salió perdiendo o España ganando.

En realidad quizá no fue Inglaterra quien más perdiese. En septiembre de 1587, con la llegada de grandes refuerzos procedentes de Italia, el ejército del duque de Parma alcanzó su momento cumbre. Por una vez estaban repletos sus almacenes y su erario. Nunca mandó en el pasado, no volvería a mandar jamás, un ejército tan formidable ni tan magnífico. No sabemos si una atrevida ofensiva hubiera resultado provechosa para la flota inglesa, pero sí sabemos que hubiera beneficiado al duque de Parma. Con menor fuerza de la que entonces poseía, en otra ocasión habíase apoderado de Amberes. Ostende iba a resultar conquista más fácil; toda Flandes podía quedar limpia de enemigos e incluso Walcheren caería quizá en su poder. Pero había recibido órdenes de entretener a los ingleses con negociaciones mientras llegaba la Armada, evitando cualquier movimiento que pudiese alarmarles. Así pues, su excelente ejército fue perdiendo ánimos y moral, acantonado, durante el invierno, en fríos y húmedos cuarteles. Las provisiones disminuyeron, las

enfermedades comenzaron a hacer estragos y en el siguiente mes de julio contaba con diecisiete mil hombres en lugar de los treinta mil de que disponía en septiembre. El potencial combativo de un grande y poderoso ejército se había malgastado bien inútilmente en el transcurso de un año. No es de extrañar, pues, que el duque de Parma considerase la empresa de Inglaterra con creciente inquietud.

Inglaterra por su parte tampoco dormía tranquila. Por todo el país se había establecido a lo largo de las costas un sistema de fogatas para avisar con su resplandor, al interior del país, que la Armada española se aproximaba. De seguirse las indicaciones del Consejo Privado —y al parecer, por lo menos en este punto eran seguidas— el sistema se iría ampliando y perfeccionando, siendo conservado siempre dispuesto para inmediato uso. A la primera señal de humo o fuego y al subsiguiente resonar de campanas, los miembros de las milicias ciudadanas se presentarían en el lugar acostumbrado para ser agrupados en compañías y, bajo la dirección de sus respectivos capitanes, converger en los puntos de reunión fijados, desde donde serían conducidos por los gobernadores militares o sus funcionarios a presencia del enemigo.

Para las milicias civiles quizá fue una suerte no tener que enfrentarse con los veteranos del duque de Parma. Pero, según parece, había en el grupo valientes caballeros y ricos hacendados, en general no tan armados como ha sido dicho ni tan poco experimentados en el uso de las armas ni tampoco totalmente inexpertos en cuestiones guerreras. De todos modos, fueran como fuesen, eran lo único con que Inglaterra podía contar para hacer frente a una invasión, y durante aquel invierno de angustiosa espera —hasta donde podía llegarse dentro del límite de

las órdenes del Consejo Privado y las disposiciones de las autoridades locales y de los militares repatriados a tal efecto del frente holandés— fueron mejorando gradualmente en armamento y en entrenamiento... Entretanto y especialmente por las costas del Sur y los condados del Este, en las ciudades se iban abandonando y limpiando zanjas, se reparaban rápidamente las grietas invadidas de hierba de las murallas de las poblaciones (completamente descuidadas desde los tiempos de Bosworth), aquí y allá, muros de piedra iban siendo recubiertos de arena para defensa de la artillería y los núcleos ciudadanos que tenían puerto competían entre sí en la búsqueda de piezas artilleras con que reforzar sus baterías de costa. Por tierra, al menos, Inglaterra estaba mejor preparada para la eventualidad de una invasión en abril de 1588 que en el otoño del año anterior.

No obstante, los ingleses que conocían a fondo el asunto nunca creyeron que llegara la posibilidad de luchar en su propio territorio. Poco a poco, en el transcurso de los años, Inglaterra comprendió que el mar era su defensa y que tenía que defender el mar. El desarrollo de la guerra de los Cien Años, su mismo final, ahondó este convencimiento. Al gastar más dinero en barcos de guerra que cualquier otro monarca europeo, Enrique VIII incrementó una tradición establecida ya con anterioridad. La pérdida de Calais y la creciente enemistad con España agudizaron la convicción de que Inglaterra dependía del mar; en 1588 Isabel I poseía la flota más potente de Europa. Su columna vertebral la formaban dieciocho poderosos galeones, el más pequeño de los cuales desplazaba trescientas toneladas, construidos y armados según los cánones más modernos, capaces de superar en velocidad y capacidad la lucha a cualquier barco enemigo.

Disponía, además, de siete galeones más pequeños, de unas cien toneladas o más, y un adecuado número de pinazas de altura, embarcaciones rápidas, ligeras, de fácil manejo, muy útiles para patrullar, llevar mensajes y realizar trabajos costeros.

Los barcos de guerra —los galeones— eran aptos para la batalla, no para el comercio, y por lo tanto su quilla era más alargada en proporción a su manga de lo que era lo corriente en los barcos mercantes. Este tipo de nave, no importa su origen (tal vez portugués), era, allá por el año 1570, un barco de guerra normal en aguas del Atlántico. Pero los galeones de la reina no eran iguales. Durante diez años consecutivos, su celoso servidor John Hawkins se había hecho cargo de la construcción y reparación de los barcos de Isabel y Hawkins era hombre de ideas avanzadas en las cosas de la guerra y el mar. Quería que sus galeones fuesen todavía más largos, teniendo en cuenta su anchura, para poder instalar en ellos más cañones y navegar todavía más a impulso del viento. Quería que el combés principal no se cubriese. Los marineros quizá se sintieran allí como desnudos y expuestos sin el muro de madera alzado sobre sus cabezas y sólo con el antepecho alcanzando sus cinturas, pero el espacio de cubierta libre permitiría la colocación de más cañones de flanco. Y por creer que la guerra debía hacerse con grandes cañones y no por el abordaje, hizo que los altos castillos de popa y proa fuesen drásticamente reducidos de tamaño, tanto que los capitanes «a la antigua» que gustaban de los castillos altos por hallarlos «majestuosos y terribles» se quejaban de su gradual supresión. De haberse molestado en responder, Hawkins hubiera alegado que la cubierta superior de los castillos sólo podía albergar cañones secundarios y ligeros,

soportes y portafusiles y otras piezas parecidas con los que únicamente se podía disparar sobre hombres, sin olvidar que las superestructuras altas perjudicaban las condiciones de navegación de un barco, provocando un excesivo balanceo. Pero tanto si lo dijo como si no, Hawkins actuó según su criterio. Durante los años de su administración, todos los nuevos barcos de la reina fueron construidos según el diseño de líneas simétricas y suaves que a él le agradaba, reconstruyéndose además casi todos los antiguos de acuerdo con las mismas normas. El resultado final fue una flota de combate más rápida, más capaz de efectuar la maniobra de barlovento que ninguna de cuantas surcaron las aguas del océano.

Al mismo tiempo, el rival de Hawkins, su enemigo y colaborador *sir* William Wynter, se afanaba por dotar a las embarcaciones de armamento tan revolucionario como su estructura. Se redujeron los cañones para disparar sobre hombres, aumentándose los destinados a destruir naves. Piezas de bronce sustituyeron a las de hierro y las culebrinas y semiculebrinas, cañones largos que podían lanzar balas de nueve a dieciocho libras con relativamente elevada velocidad inicial y bastante exactitud a distancias de mil metros en adelante, fueron reemplazando a los otros de tubo grueso, como el semicañón de a treinta y alcance corto e incierto. No se sabe con certeza cuántos barcos de la reina armados según el plan de Wynter o todavía mejor existían en el año 1587, pero puede afirmarse con toda seguridad que gracias a sus esfuerzos y a los de Hawkins la reina era dueña de una flota capaz de superar en velocidad y facilidad de maniobra a cualquier enemigo fuesen cuales fuesen las condiciones meteorológicas, y dentro de su seleccionado alcance (el alcance de tiro en línea recta de una semiculebrina, cañón

largo de a nueve), de superarle también en potencia artillera.

De lo que entonces se quejaban Hawkins y Drake y se han quejado muchos historiadores hasta la fecha es de que Isabel no lanzase su espléndida flota sobre las costas españolas para interrumpir el comercio con las Indias y retener a los barcos de guerra de Felipe II indefensos en sus puertos. Por el contrario, la reina guardó sus propias naves ancladas en las respectivas bases, con tripulaciones reducidas y poco dispuestas para zarpar (violando así lo que en tiempos posteriores —al desarrollar sus posibilidades la marina de todos los países— llegó a ser básica doctrina estratégica de la flota británica). Quizá debió haber escuchado a Drake y Hawkins, aunque haya que recordar que ellos predijeron la rápida victoria si su flota tomaba la ofensiva y que cuando posteriormente así se hizo nada parecido ocurrió. Sea como fuese, puede que Isabel no estuviese demasiado segura, ni en uno ni en otro sentido, pero llevaba gobernando lo suficiente a un pueblo de navegantes y marinos para saber que ni a los barcos ni a sus tripulaciones les convenía pasar un largo invierno en alta mar. Suponiendo que ninguna embarcación se perdiese por causa de tempestad o por la acción del enemigo, todas necesitarían nuevos mástiles, calafateo, jarcias, velas y una cuidadosa revisión y carenaje antes de ser utilizadas nuevamente, sin hablar de las tripulaciones que, hacinadas entre la suciedad y forzadas a subsistir a base de carne en salazón, bacalao seco, galletas agusanadas y la cerveza en mal estado, se debilitarían necesariamente por la mala alimentación, quedando depauperadas por la enfermedad en caso de que el tifus, la temida «fiebre de la cárcel» o «fiebre del barco», no las redujese a la mitad como ocurría en todo viaje demasiado

largo. Tanto si Isabel consideró estos peligros como si optó simplemente por economizar sus preciosos barcos de igual modo que economizaba su dinero, cabe pensar que si la conferencia de Bourbourg no se hubiese convocado y celebrado, ella tampoco se habría arriesgado a enviar sus naves aquel invierno a las costas de España.

Así pues, mientras la reina se ocupaba de la conferencia, sus tripulaciones seguían saludablemente en tierra alimentándose con manjares frescos, casi la mitad de los hombres a sus propias expensas, ahorrándose de este modo las provisiones embaladas y almacenadas para la próxima campaña de primavera y también el dinero de la reina. Y las energías que sus capitanes hubiesen preferido desplegar saqueando los barcos mercantes españoles y desafiando al rey de España bajo los propios cañones de sus fuertes, tuvieron que dedicarse a atender la flota para que estuviese dispuesta en el momento necesario. En Plymouth, donde se encontraba *sir* Francis Drake con la escuadra de Occidente (deseando zarpar y esperando recibir a cada nuevo correo la ansiada orden), el viejo William Hawkins, hermano mayor del gran John, que aquel año cumplía los setenta y era alcalde en la localidad, se hizo cargo de los barcos. Durante las mareas ascendentes de enero y febrero, William hizo carenar los grandes galeones en las playas, procurando que se rascase y engrasase un lado del barco durante el día y otro durante la noche de modo que ninguna embarcación quedase fuera del agua más de veinticuatro horas. El trabajo nocturno implicaba el uso de antorchas y hogueras que con el viento fuerte resultaban difíciles de mantener pero el viejo William se complacía contemplando los barcos de su hermano encallados, fuertes y firmes «como si cada uno de ellos hubiera sido

construido de un solo madero» y no tenía intención de ahorrar ni un penique en tan importante tarea.

En cuanto a John Hawkins, se hallaba con el almirante y la escuadra de Oriente anclada en el Medway, a lo largo de Gillingham Reach, pasado el muelle de Chatham, con las pinazas a la vista del puente de Rochester y las naves grandes cerca de Queenborough. Aprovechando las mismas mareas ascendentes también aquéllas habían sido carenadas, rascadas y engrasadas, lo cual era para John Hawkins un trabajo de orden menor. Finalmente, el contrato por el cual se obligaba a construir y reconstruir barcos de la reina quedó extinto y le había sido prometido un mando en la flota, pero seguía siendo tesorero y miembro del estado mayor de la marina y estaba, por lo tanto, tan ocupado en los preparativos de última hora, las cuentas y otras tareas de administración que apenas si pudo prestar atención a las absurdas negociaciones de Isabel y el duque de Parma y a la malicia de sus enemigos que aún le acusaban de haber construido los barcos de la reina con madera podrida, de forma que la mayor parte no eran aptos para navegar.

El Lord Almirante, Charles Howard de Effingham, tenía tantas ganas de zarpar como Francis Drake. Era un hombre de más de cincuenta años, elegido para su cargo no tanto por su particular aptitud para el mando como por descender de una familia ilustre (tres individuos de su casa habían ostentado el título de Lord Almirante bajo el reinado de los Tudor) y por ser un entusiasta protestante de incuestionable lealtad. Pero Charles Howard tenía alguna experiencia como marino y estaba dispuesto a aprender los matices de su cargo para desempeñarlo satisfactoriamente. Con tan ruidosos argumentos reclamó una buena flota (pues creía en los rumores de que el

duque de Parma estaba a punto de atravesar el Canal desde Dunquerque o de que una flota española iba a surgir ante Dover con rumbo a Escocia), adjudicándosele finalmente ocho barcos para servicio activo con los cuales divertirse navegando entre Dunquerque y Flesinga. De momento se mostraba infatigable subiendo a bordo de las naves aún ancladas en el Medway e introduciéndose en todos los rincones donde un hombre pudiera penetrar y buscando —afortunadamente en vano— alguna grieta, algún maderamen podrido o cualquier otra muestra de que John Hawkins y sus hombres hubiesen descuidado su labor.

Desde el primer momento Charles Howard quedó prendado de los barcos que le habían sido concedidos. «Juro ante Dios», escribió a Walsingham, «que si no fuese por su majestad, preferiría vivir en la compañía de estas nobles naves mejor que en cualquier otro lugar». Después de haberlos inspeccionado, escribió: «No hay ni uno solo en el que yo no me atreviese a navegar hasta Río de la Plata». Añadiendo posteriormente, después de una visita, efectuada en compañía de *sir* William Wynter al *Elizabeth Bonaventure*, encallado a la entrada de Flesinga (visita que demostró que aun después de permanecer embarrancado durante dos mareas en el momento de ser puesto a flote no había penetrado agua en él), sin poder ocultar su gozo: «En todo este tiempo no penetró ni una cucharada de agua en su sentina… A menos que el barco hubiera sido construido en acero, nadie hubiese creído posible tal cosa. Puede afirmarse, sin miedo a mentir, que nunca ha habido, que no hay en el mar, una embarcación más fuerte que ésta». Acerca del galeón que seleccionó como nave insignia dijo en una carta a Burghley: «Ruego comunique a su majestad de parte mía que empleó muy bien su

dinero haciendo construir el *Ark Raleigh*. Dadas sus condiciones, me parece el mejor barco del mundo. Cuando desde él se atisba una vela, no importa la distancia, alcanzamos la embarcación de que se trate e incluso podemos hablar con su tripulación».

El *Ark* se había ganado un sitio especial en el corazón de Howard, el cual, con todo, estaba realmente enamorado de todos los barcos de la reina y sus subordinados rivalizaban con él en entusiasmo. Su primo lord Henry Seymour, comandante del *Bonaventure*, alardeaba de que su barco demostraría ser tan fuerte en una batalla de doce horas con los españoles como lo fue en el igual espacio de tiempo que permaneció embarrancado. E incluso *sir* William Wynter, que mientras tuvo esperanza de arrebatar el contrato para la construcción de barcos de la reina de las manos de Hawkins había acribillado al Consejo con acusaciones dirigidas contra éste, alegando que Hawkins había engañado a su majestad y traicionado a su patria construyendo barcos no aptos para navegar, tuvo que admitir que los admiraba. «Nuestros barcos», escribió, «resultan gallardos. Os aseguro que reconforta el corazón contemplarlos». «Los mejores barcos del mundo», afirmaban algunos capitanes. Y todos, unánimemente coincidían en el deseo de que los españoles se echasen a la mar y se situaran a la vista para poder probarlos y demostrar su calidad. Por muy nerviosos, impacientes y recelosos que se mostrasen los marinos de Isabel mientras deambulaban por las playas, una vez a bordo, en la compañía de tan nobles naves, se calmaban, adquiriendo, por lo que respecta a la labor a realizar, confianza y calma. Dudara quien dudase de la victoria, ellos tenían fe en el triunfo.

Si para la primavera habrían tenido igual confianza, suponiendo que Isabel les hubiese permitido desgastar sus fuerzas en las costas de España, es algo que nunca se sabrá. Tal como fueron las cosas, en el comienzo de la campaña de primavera sus tripulaciones estaban completas y sanas, sus existencias en pólvora y balas, provisiones y bebida, aunque no tan abundantes como fuera necesario, superaban las cantidades que un presupuesto corriente puede abarcar, y sus demandas de mástiles, cordajes, velas, vigas nuevas, poleas y botes («frutos propios del mar, sobre todo en esta época», escribió *sir* William Wyler) podían cubrirse con las existencias normales de los astilleros. El hecho de que la flota que finalmente se enfrentó con los españoles en el Canal estuviera en perfectas condiciones se debió, sin duda, mucho más de lo que nadie hasta hoy haya supuesto, a la mezquina prudencia de la reina Isabel.

NOTAS

*The Defeat of the Spanish Armada*, 2 vols. (Navy Record Soc., 1894), por J. K. Laughton, empieza en 21 de diciembre de 1587 e imprime la mayoría de documentos navales de la guerra en el mar. Otras fuentes, como anteriormente, especialmente Van der Essen, en *Farnese* y C. S. *P. F.*

# EN ESPERA DE UN MILAGRO

Lisboa, 9 de febrero-25 de abril de 1588

## CAPÍTULO XVII

Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz y capitán general de los Océanos, héroe de Lepanto, vencedor de Terceira y muchas otras famosas batallas, nombrado Almirante de los Mares para la invasión de Inglaterra —desde que la empresa comenzó a germinar—, murió en Lisboa el 9 de febrero de 1588. Con él desapareció, según la gente dio en pensar años más tarde, una buena parte de la gloria de la marina española y la mayor esperanza en la victoria de España. Según opinión general, solamente si el viejo marqués hubiese vivido para dirigir las operaciones en el Canal el asunto habría marchado de distinta forma. Pero, agotado a los sesenta y dos años por el esfuerzo de preparar la flota, murió con el corazón destrozado por los duros reproches de su rey, o al menos así vienen asegurándolo desde entonces las crónicas españolas de la época y una creciente ola de leyenda y especulación.

Es difícil creer que en 1588 incluso Horacio Nelson hubiera podido llevar a la victoria la Armada española y, por otra parte, el testimonio de que Santa Cruz trabajase en Lisboa hasta quedar extenuado, como sólo depende de unas veinte cartas suyas dirigidas al rey explicando por qué la flota aún no podía zarpar y prometiendo que

pronto zarparía, resulta también inadecuado. Las cartas del rey al marqués no eran severas, sino simplemente impacientes para corroborar la leyenda. Era como si durante su extraña correspondencia de aquel invierno el rey prudente y el temerario hombre de mar hubiesen cambiado los papeles. El monarca que había dicho en cierta ocasión: «En una empresa tan importante como la de Inglaterra conviene moverse con pies de plomo», escribió luego: «El éxito depende en su mayor parte de la rapidez. ¡Dése prisa!». Y el marino que una vez defendió la conveniencia de un ataque temerario al grueso del ejército enemigo y que consideraba que la demora y la guerra a la defensiva eran un verdadero desatino, tuvo que ver cómo sus razonamientos se volvían contra él, mientras refunfuñaba por la imprudencia de dejar las costas de España sin defensa y la locura de emprender una campaña insuficientemente preparada.

Pero ninguna de sus consideraciones logró conmover al rey. Antes que Santa Cruz volviese de las Azores en el mes de septiembre, Felipe había enviado órdenes para que, tan pronto como se le incorporaran las galeazas de Nápoles y los abastecedores de Andalucía, zarpase con todas las fuerzas que pudiese reunir hacia el cabo Margate y la boca del Támesis. La rapidez y el secreto bien guardado suplirían la escasez de fuerzas, y aunque la estación no era propicia, cabía esperar que Dios —cuya causa defendían— les enviaría vientos favorables. Sólo la detallada lista de los desperfectos que sufrieron los galeones en el viaje a las Azores indujo al rey a conceder unas semanas de dilación. Santa Cruz obtuvo permiso para permanecer en el puerto e intentar reunir la flota en el plazo —concedido a regañadientes— de siete días. En el mes de diciembre, Felipe insistió en que una flota (aunque

sólo constara de 35 barcos y tanto si era mandada por Santa Cruz como si no) zarpase inmediatamente para apoyar al ejército del duque de Parma en su intento de cruzar el Canal y desembarcar en Inglaterra, y Santa Cruz, aunque de mala gana, prometió tener dispuesta la flota en cuestión. Puede que la noticia de estos hechos motivase la repentina movilización inglesa de diciembre. Ciertamente, al enterarse del formidable poderío de la flota inglesa reunida en el Canal, Felipe convino que quizá no iban a bastar 35 barcos y que era mejor esperar a que Santa Cruz reuniese mayor número de embarcaciones. Pero por fin dejó la fecha de partida para el 15 de febrero a más tardar y conforme ese día se acercaba creyó conveniente enviar al conde de Fuentes a Lisboa para que Santa Cruz no le fallase.

Felipe había cambiado. El que siempre había sido tan paciente, tranquilo y prudente, el que solía decir: «El tiempo y yo somos dos» y cuyas frases favoritas eran: «Disfrutar los beneficios del tiempo» y «Esperar hasta que el momento esté maduro», llevaba casi un año aprisionado en las garras de una terrible prisa como hombre a quien se le escapa el tiempo. Sin saber si el duque de Parma estaba dispuesto, ordenó a Santa Cruz que zarpase e igualmente ordenó al duque que cruzara rápidamente el Canal hacia Inglaterra, sin esperar a Santa Cruz. Y se enojaba y encolerizaba ante cada obstáculo, como si él fuese responsable del retraso ante el único superior que reconocía. Felipe había sido siempre hombre piadoso, pero nunca antes confió tanto las dificultades y los peligros a la voluntad de Dios, como si el hecho de cumplir su voluntad le relevase de todo cuidado humano. Nunca había sido egoísta, despiadado, ni había mostrado ansias de ilimitado poder. Nunca había pretendido tener

un singular destino; sólo una singular responsabilidad. Pero últimamente avanzaba por el sendero que, en su opinión, le había sido asignado, con tanta confianza y rectitud, tan ciegamente, como un santo o un conquistador del mundo en la historia.

En cuanto a Santa Cruz, aunque constantemente estaba prometiendo tener la flota «lista para zarpar en unas semanas», hay tanto pesimismo y desaliento reflejado en sus cartas que se comprende que el rey llegara a creer que estaba «fabricando» retrasos. El marqués no tenía necesidad de que le recordasen que luchaba por la causa de Dios, pero había visto demasiadas campañas contra el turco para sentir ilimitada confianza. Para estar seguro de vencer a los ingleses había exigido al menos 50 galeones. Disponía de 13 nada más y uno era tan viejo, estaba tan podrido, que dudaba pudiese zarpar. Había pedido además un centenar de barcos grandes y bien dotados de armamento, y cuarenta carracas para el avituallamiento y almacenaje, más seis galeazas, cuarenta galeras y unas siete u ocho docenas de embarcaciones pequeñas. En lugar de todo ello, hacia finales de enero, sólo disponía de sus trece galeones, más cuatro galeazas y una abigarrada colección de setenta barcos alquilados o reclutados a través de los mares desde el Báltico al Adriático, algunos destartalados y con grietas, otros lentos y difíciles de manejar y los mejores (guipuzcoanos de Oquendo y vizcaínos de Recalde) con pocos hombres y escasos cañones. Para toda esta flota ni siquiera tenía la mitad de embarcaciones pequeñas que necesitaba.

A pesar de ello, Santa Cruz comprendió que esta vez tenía, necesariamente, que zarpar. En consecuencia, se entregó él también a una desconcertante urgencia, mientras las provisiones y el armamento eran arrojados a bordo de

cualquier forma y se recorrían las prisiones, los hospitales, los barcos mercantes del puerto y las cercanías de Lisboa en busca de hombres con que completar la agotada tripulación. Luego, cuando sólo faltaba una semana para zarpar, el viejo marqués cayó enfermo y dejó de existir.

Felipe II ya tenía elegido su sucesor. El día en que Madrid conoció la noticia de la muerte de Santa Cruz, el rey envió una comisión con instrucciones (preparadas hacía tres días) para el nombramiento del nuevo capitán general de los Océanos. Se había elegido a don Alonso de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia y capitán general de Andalucía.

Un año antes, la oportuna llegada del duque de Medina Sidonia al frente de las milicias locales le había acreditado como el salvador de Cádiz, pues gracias a él se libró la población del pirata Drake. Era el servicio más importante prestado a su majestad hasta la fecha, aunque por supuesto había mantenido la paz en Andalucía con dignidad y buen tacto, ayudado a la defensa contra corsarios ingleses, franceses y berberiscos, expedido reclutas, suministros y barcos a Lisboa y, en general, cumplido cuidadosa y eficientemente todas las tareas de administración y justicia que de su cargo y rango se desprendían. Puede que todo esto influyese ligeramente en Felipe al hacer su elección. O quizás contara aún más el hecho de que al duque se le tuviera por caballero apacible y afable, nada quisquilloso ni ambicioso (capaz por tanto de llevarse bien con el duque de Parma) y tampoco orgulloso, terco o arrogante. Existían, pues, grandes posibilidades de que sortease los espinosos caracteres de quienes iban a ser sus subordinados más inmediatos. Probablemente para Felipe contó más aún que Medina

Sidonia fuese hombre de vida prácticamente intachable (teniendo en cuenta que era duque) y devoto hijo de la Iglesia. Pero lo que definitivamente le decidiera fue su condición de jefe de la casa de Guzmán el Bueno, una de las más antiguas e ilustres de Castilla, procer de tan deslumbrante altura que ningún oficial de la flota podía ofenderse por su encumbramiento ni sentir vejada su dignidad al obedecerle.

Por cartas y retratos se sabe algo acerca de su aspecto. Era hombre de mediana estatura, con poco hueso, buena figura, boca y frente de pensativa expresión, ojos más dulces que inquisitivos. En resumen, el suyo era un rostro de hombre sensible —tal vez no de héroe, pero sí de persona inteligente y notable—, marcado aún en un retrato pintado tres años antes de la gran catástrofe de su vida por una inconfundible melancolía. Ciertamente no parecía un hombre feliz.

De una carta escrita a Idiáquez, secretario del rey, al recibir el nombramiento, obtenemos un conocimiento más profundo de su personalidad. Afirma en ella que a duras penas puede creer que el rey le quiera para tal cargo, rogando le releven del mismo.

«Mi salud no podrá resistir semejante viaje. Por lo poco que he navegado me consta que siempre acabo resfriado o mareado.

Tenemos, en mi familia, una deuda de novecientos mil ducados, por lo que no puedo gastar ni un real en servicio del rey. Como quiera que carezco de experiencia de la guerra en el mar, no puedo creer que sea yo el que deba dirigir una empresa tan importante. Nada sé de los planes que podía tener el marqués de Santa Cruz ni de lo que, acerca de Inglaterra, conocía. Sé, en cambio, que,

mandando así, a ciegas, obraría mal viéndome obligado a confiar en el consejo de otros sin discernir si son malos o buenos, sin saber quién de mis consejeros intenta engañarme o quitarme el puesto. El adelantado mayor de Castilla está mucho mejor preparado que yo para desempeñar el cargo. Es hombre de gran experiencia militar y naval y también un buen cristiano».

Ciertamente no es éste el espíritu que conquistó Méjico y Perú y que hizo de los tercios españoles la admiración y el terror de Europa, pero tampoco merece el desprecio que en varias ocasiones se le ha otorgado. En su autojuicio hay honradez intelectual y también valor para exponerlo. No hay razón para creer exista algún motivo poco sincero o convencional en la protesta del duque de Medina Sidonia. La nobleza española no tenía costumbre de admitirse incapacitada para los altos cargos, especialmente cuando se trataba de mandos militares. Tampoco hay razón para suponer que la completa aquiescencia con que el duque aceptó el cargo cuando el rey insistió en ello corresponda a algo más que a un sentimiento de lealtad hacia la corona y al valor para soportar cualquier carga que el deber impusiese. Rezando porque el rey acertase al suponer que Dios apoyaría su flaqueza y remediaría sus defectos, el duque dijo adiós a sus familiares en Sanlúcar y cruzó a caballo el país en dirección a Lisboa.

Lo que allí encontró fue algo como un congelado caos. En la absurda semana que precedió a la muerte del marqués, las municiones y los víveres se habían ido arrojando atropelladamente sobre la cubierta de los barcos y las tripulaciones permanecían hacinadas a bordo con la orden de estar preparadas para zarpar en cualquier momento y la prohibición de bajar a tierra bajo ningún pretexto. En

todas las tripulaciones había marineros y soldados sin dinero, armas ni ropaje apropiado. Algunas tripulaciones, debido a patrones poco hábiles o decididamente incompetentes, incluso carecían, puede decirse, de víveres. Determinadas naves aparecían con demasiada carga para poder considerarse seguras y otras, en cambio, estaban casi vacías. En la confusa situación final cada capitán había, al parecer, agarrado cuanto estuvo en su mano, sobre todo en cuanto se refiere a artillería adicional. Unos barcos tenían más cañones que espacio disponible para su colocación. Otros carecían prácticamente de armamento. En un galeón, unas piezas nuevas de bronce aparecían amontonadas en cubierta por entre la terrible maraña de barriles y cubetas allí reunida. Un barco vizcaíno de las proporciones de una pinaza poseía un enorme semicañón que ocupaba casi todo su combés. Unos tenían cañones, pero no disponían de balas. Otros tenían balas, pero carecían de cañones con que dispararlas. Desde que murió el capitán general, la flota estaba aparentemente también muerta. Muchos oficiales veteranos sabían por qué todo marchaba mal, pero ninguno tenía autoridad suficiente para remediarlo.

Esta fue la primera etapa del trabajo del duque de Medina Sidonia, Mediante una desesperada súplica a su majestad, consiguió que el secretario particular de Santa Cruz no se ausentase llevándose los papeles del antiguo capitán general (planes de batalla, informes de acuerdos, archivos administrativos de la flota) antes de que el nuevo capitán general pudiese verlos. No es que la conducta del secretario fuese irregular. Todos los documentos pertenecían al viejo marqués, como si de correspondencia privada se tratase, y el duque de Medina Sidonia no exigió su entrega —tampoco el rey se hubiese atrevido a

ordenarla—, pero, al menos, el nuevo jefe pudo echar una ojeada a los planes preparados por su antecesor.

Seguidamente el duque tuvo que procurarse algo así como un pequeño estado mayor. Don Diego Flores de Valdés, el brillante y ambicioso oficial en quien el duque confió demasiado más adelante, estaba aún con los galeones de la guardia de las Indias en Cádiz, pero el duque recurrió a don Diego Maldonado y al capitán Marolín de Juan, ambos marineros de experiencia y bien recomendados. A don Alonso de Céspedes, que dirigía la artillería pesada, le pidió un italiano experto en artillería naval, y sus tres más competentes jefes de escuadra, Pedro de Valdés, Miguel de Oquendo y Juan Martínez de Recalde, formaron el núcleo de un utilísimo consejo militar. No importa lo que más adelante pensaran de él sus tres jefes subordinados, al principio miraron con agrado y respeto al nuevo comandante, quien a su vez atendía sus consejos, no hacía nada sin consultárselo y les trataba con humana cortesía, sin refunfuñar, sin lamentarse, sin gruñir como solía hacer el viejo marqués. De momento, entre los marinos de la flota reinaba más armonía de la que nunca existió cuando ostentaba el mando de la misma el marqués de Santa Cruz.

Así, con uno u otro de los jefes de su escuadra siempre cerca, el nuevo capitán general dio comienzo a su tarea de inspeccionar la abigarrada flota. Desde luego el espectáculo de lo que iba viendo le hizo sentir asombro, pero sus cartas al monarca, aunque francas cuando era necesario hablar claro, son, por regla general, de tono prudente. Ni una palabra de reproche, en ellas, para su predecesor de quien en realidad había heredado todos los problemas. Probablemente el duque creía que hasta quedar vencido por la enfermedad y las preocupaciones

Santa Cruz hizo cuando pudo por remediar la imposible situación. El mayor culpable de la confusión reinante en el puerto de Lisboa era, sin duda alguna, Felipe II. Bajo aquellas condiciones atmosféricas, mantener a todas las posibles unidades de una flota en constante disposición de zarpar, a lo largo de todo un invierno, mientras se iban añadiendo nuevas unidades, era una manera de garantizar el deterioro de aquéllas y la deficiencia de sus tripulaciones. La semidesmovilización de la flota inglesa resultaba un sistema mucho mejor. Pero Medina Sidonia, al igual que antes Santa Cruz, no logró convencer a su impaciente monarca, aunque finalmente consiguiera desembarcar a algunos de sus hombres.

Lo primero que le tocó hacer fue el reparto de cañones y cargamentos. La labor, necesariamente conjunta, hacía surgir de continuo sorpresas desagradables en ambos sectores, pero con todo eran los cañones la primordial preocupación general, como lo fue siempre desde que Santa Cruz y sus capitanes comenzaron a sopesar seriamente sus planes. Según la leyenda, los españoles menospreciaban la artillería y afirmaban necesitar sólo el frío acero para ganar una batalla en los mares. Puede que realmente algunos afectados petimetres de la corte de Madrid lamentasen que la pólvora vil fuese extraída de las entrañas de la inofensiva tierra e hicieran protestas de que, a no ser por los despreciables cañones, también ellos estarían en alta mar. Pero los profesionales nunca hablaron así. Ciertamente que en las operaciones aisladas del Atlántico, la lucha casi siempre terminaba en abordaje y en cuerpo a cuerpo, de igual modo que en las batallas de galeras del Mediterráneo, por lo cual ambos tipos de combate solían resolverse, al menos en apariencia, en un mano a mano. Pero nadie que hubiese ostentado el mando

de un navío de guerra en alta mar podía despreciar los cañones de pesado calibre. Desde el principio, los subordinados de Santa Cruz se habían quejado de no disponer de suficientes cañones y el propio marqués transmitió la petición a Madrid, adhiriéndose a ella e indicando que, naturalmente, los galeones deberían seleccionar su artillería pesada. El Consejo Militar se hizo cargo de la situación, solicitando dinero al rey para remediarla. Felipe se hizo igualmente cargo de ella y, no importa cómo, se halló el dinero.

Con tal estímulo, el arsenal de Madrid se comprometió a entregar para el 15 de diciembre 36 piezas nuevas de bronce, cañones y semicañones, culebrinas y semiculebrinas, y las fábricas de Lisboa prometieron 30 piezas más. Se compraron 60 o 70 cañones a barcos extranjeros anclados en puertos españoles aunque, según se cree, todos eran pequeños, del calibre seis, cuatro o dos, y en su mayoría de hierro. Por supuesto se esperaban más cañones pesados de bronce, procedentes de Italia y, vía los puertos de Hansa, también de Alemania. La fundición de cañones era un arte difícil. Fundir un cañón grande de bronce no era operación tan complicada como fundir la estatua del Perseo, de Cellini, pero había pocos maestros capaces de hacerlo bien y la mayor parte de ellos vivían en Inglaterra. Además los buenos cañones resultaban terriblemente caros, sobre todo los de largo alcance, los de la familia de la culebrina, para los que hacía falta mucho metal en proporción al peso de la bala que disparaban. Por consiguiente nunca se podía contar con todas las culebrinas y semiculebrinas necesitadas, ni siquiera mediante pago al contado, ya que las posibilidades para fundir más eran limitadísimas. No se sabe qué grado de retraso se sufría en las entregas de material de artillería en

el momento de morir Santa Cruz, pero sí que el retraso existía y que fue y seguía siendo descorazonador. Ya antes de terminar la conveniente redistribución de los cañones suplementarios que, a fuerza de astucia, había conseguido Santa Cruz, el duque comenzó a preocuparse por conseguir otros, aún mayores —aptos para atacar barcos —, a fin de reemplazar a los pequeños —aptos para atacar hombres— que, según informe de sus propios capitanes, abundaban todavía en demasía en las baterías de su flota. Indudablemente consiguió algunos más, de manera que cuando por fin zarpó la flota en el mes de mayo, estaba mucho mejor dotada de artillería que en febrero. Pero —también indudablemente— el total conseguido era bastante inferior a lo que el duque y sus capitanes habían esperado. Los barcos mejores habían sido reforzados a expensas de los demás, pero a pesar de ello, la falta de cañones de largo alcance para primera línea de batalla seguía siendo alarmante.

Por aquel entonces, el número de barcos de la flota había aumentado considerablemente, sobre todo los de combate. Cuando Medina Sidonia se hizo cargo del mando, Felipe acababa de acceder a retirar «los galeones de la defensa de las Indias» de su trabajo habitual para enviarlos contra Inglaterra. A fines de marzo, Diego Flores de Valdés los llevó de Cádiz a Lisboa. Ocho magníficos galeones, siete de ellos iguales, de unas cuatrocientas toneladas inglesas cada uno, más pequeños ciertamente que el *Revenge*, pero casi tan grandes como el *Dreadnought* de la reina y el octavo la mitad de grande, pero capacitado para primera línea.

Los galeones de Portugal formaban un grupo más heterogéneo que los de Castilla. En otro tiempo la armada portuguesa seguía en importancia a la de Inglaterra —

algunas veces incluso llegó a ser su igual—, pero desde mucho antes de terminar su dinastía en 1580, los reyes de la casa de Avis iban gastando cada vez menos en su flota. Después de Terceira se efectuaron algunas reparaciones y reconstrucciones, pero cuando zarpó para las Azores en inútil persecución de Drake, Santa Cruz sólo pudo llevar consigo doce galeones portugueses, los únicos que quedaban en aguas europeas. Desde luego, algunos de ellos ni merecían la pena. Sin hablar del que se hundió en el viaje de vuelta a causa de una tormenta, y de otro que tuvo que ser llevado a la playa para su consiguiente destrucción; entre los diez restantes, según la primera inspección de Medina Sidonia, había varios necesitados de inmediata reparación y uno de ellos era tan pequeño y viejo que no podía servir para la primera línea de combate (su madera estaba tan podrida que a duras penas podía navegar); el duque optó por dejarlo en el puerto después de repartir sus cañones más grandes entre los demás barcos.

Afortunadamente el marqués de Santa Cruz había sido previsor y había preparado un sustituto que situase a la escuadra portuguesa a su nivel anterior. Dicho sustituto fue el galeón que los españoles llamaron *Florencia*, el navío de guerra más flamante y probablemente más potente de cuantos formaban parte de la Armada. Santa Cruz lo destinaba a nave insignia del sector levantino, es decir, del ala formada por la escuadra italiana, por ser préstamo —no precisamente hecho de buen grado— del gran duque de Toscana, reacio aliado de Felipe II, único galeón de la marina toscana y niña de los ojos del referido gran duque. La última cosa del mundo que éste hubiese deseado para su nave era que la enviasen a los mares del Norte para luchar en la cruzada del rey de España.

Santa Cruz se había apoderado del *Florencia* en forma muy curiosa. Entre las muchas consecuencias del sitio y la toma de Amberes y el dominio del Escalda, hay que mencionar la interrupción del mercado de especias europeo. Incluso durante la revuelta, Amberes había sido su núcleo de distribución y en 1585 la pimienta y el clavo, la nuez moscada, el macis y la canela se acumulaban en los almacenes de Lisboa. El gran duque de Toscana tuvo una brillante idea. ¿Por qué no hacer de Florencia el nuevo emporio del tráfico de especias, enriqueciéndose él, de paso, con la operación? Realizó algún sondeo diplomático, y halló ambiente favorable en la Casa de las Indias y en el Consejo de Portugal. El propio Felipe parecía bien dispuesto. Se acordaron precios y condiciones de pago. Cuando el trato quedó prácticamente cerrado, el gran duque envió su hermoso galeón nuevo para el cargamento de las especias. Ningún otro barco hubiese servido, pues el cargamento era valioso y requería una nave como el *San Francesco*, capaz, en caso de necesidad, de mantener a raya a una flota completa de corsarios berberiscos.

Cuando el capitán Bartoli llegó con el *San Francesco* a Lisboa halló —como sucede a menudo en transacciones comerciales de gran alcance— que habían surgido dificultades. Los funcionarios del rey no tenían dispuestas las especias a entregar y mientras esperaban que los comerciantes terminasen sus gestiones, el capitán Bartoli se dedicó, gustoso, a mostrar su embarcación al famoso almirante español que mandaba en Lisboa, quedando encantado del entusiasmo que el gran Santa Cruz volcó sobre el *San Francesco*. El marqués alabó sus primorosas y equilibradas líneas, su sólida construcción, y muy particularmente admiró sus 52 cañones de bronce,

dotación artillera mucho más considerable —según personalmente admitió— que la que llevaba cualquiera de sus barcos. En resumen, confesó que nunca había visto un barco más bello y también que quienquiera que lo mandase podría considerarse un hombre afortunado. Durante las siguientes semanas muchos capitanes españoles desfilaron por el *San Francesco* para admirarlo.

Pero las semanas se fueron convirtiendo en meses y las especias seguían sin ser entregadas. El capitán Bartoli dejó de sentirse halagado por las atenciones de los españoles para experimentar cierto recelo. En consecuencia escribió al gran duque y sus noticias fueron tan alarmantes que éste decidió renunciar a la idea del tráfico de especias y ordenó al capitán Bartoli llevase inmediatamente el *San Francesco* a Leghorn donde era necesitado con urgencia. Cuando, tras intentar en vano le fuese entregado el despacho de aduanas para cumplimentar la orden de su señor el capitán Bartoli levó anclas sin cumplir los requisitos legales, una barcaza del almirante le llevó la concisa nueva de que las baterías de los fuertes tenían orden de disparar sobre él hasta hundirlo si se atrevía a entrar en el canal. Todo esto ocurría en noviembre de 1586, y durante los ocho meses que siguieron el embajador de Toscana en Madrid vivió dedicado a la tarea exclusiva de conseguir que el *San Francesco* dejase Lisboa.

Cuando Santa Cruz se disponía a salir en persecución de Drake, envió al capitán Gaspar de Sousa y una nutrida compañía de infantería portuguesa a bordo del *San Francesco* con un mensaje para el capitán Bartoli en el que se le obligaba a zarpar junto a los galeones portugueses y a seguir las órdenes de Sousa en caso de establecer contacto con el enemigo. La actuación del *San Francesco*

en el viaje a las Azores (fue el único barco que no hizo agua y no perdió ningún mástil) hizo aún menos probable —según Bartoli, con pesaroso orgullo, escribió a su señor— que los españoles soltasen su presa. A pesar de lo cual el gran duque no cesó en su empeño de recobrarlo. Hasta el día de su muerte luchó por ello, y su sucesor, Fernando I, continuó las gestiones al efecto hasta el mismo día de zarpar para Inglaterra.

Con el *Florencia* (de este modo rebautizaron los españoles al *San Francesco*) y los galeones de la Guardia de las Indias, Medina Sidonia disponía de 20 galeones, fuerza casi igual en tonelaje, aunque no en potencia artillera, a los veinte mejores barcos de la reina. Reforzados por cuatro galeazas de Nápoles y cuatro grandes mercantes armados anexionados a los galeones de Castilla, formaron la primera línea de combate. La segunda estaba integrada por cuarenta barcos mercantes armados y aunque pocos estuviesen tan formidablemente armados como los mejores mercantes de la segunda línea inglesa, muchos eran bastante más grandes, mayores aún que cualquier barco de ambas flotas, exceptuando las dos naves de la reina de mayor tonelaje, el *Triumph* y el *White Bear*. Desde el mes de febrero Medina Sidonia se había procurado, además de una buena parte de la escuadra de las Indias, una gran carraca veneciana, otra italiana —probablemente genovesa— grande también y seis o siete mercantes de los puertos de Vizcaya. Todo ello, con algunos barcos viejos, formaban un total del doble de las embarcaciones ligeras que en febrero último poseía. A finales de abril disponía de 130 barcos entre grandes y pequeños, más o menos listos para navegar.

Aparte de aumentar el número de navíos de la Armada, Medina Sidonia logró perfeccionarla en otros aspectos. Se

había carenado y ensebado el mayor número posible de navíos, y gracias a cuanta madera curada pudo encontrarse en Lisboa y a la que se consiguió recoger a lo largo de la costa, fueron cambiados los maderos podridos y sustituidos los mástiles rotos por otros nuevos. Se instalaron elevados castillos de popa y proa en determinados galeones y cierto número de mercantes. Era tradicional que estos castillos transformasen un mercante en barco de guerra, pero según parece los galeones —si no todos, algunos— de España y Portugal tenían normalmente «cubierta rasa», es decir, que todo quedaba a un mismo nivel, sin castillo de proa alto y castillo y cubierta de popa relativamente bajos. Las embarcaciones de cubierta rasa resultaban más rápidas y propias para el barlovento, pero muchos capitanes españoles preferían los castillos altos para que, en el combate, sus hombres pudieran refugiarse tras ellos y luchar desde allí. Los capitanes ingleses eran de la misma opinión, entre ellos Martin Frobisher. Medina Sidonia no contaba con ningún radical innovador —al estilo de John Hawkins—. Así pues, desde que asumió el mando, en todos los barcos de la Armada donde no había superestructuras altas, trabajaron carpinteros para añadírselas.

El tiempo ganado por Medina Sidonia y la influencia que ejercía el duque en todos los departamentos de Administración españoles beneficiaron de diversas maneras a la flota. El suministro de morriones, petos, picas, medias picas, mosquetes y arcabuces que a primeros de marzo resultaba escaso, cubría todas las necesidades a últimos de abril. La entrega de pólvora fue aumentada hasta el doble —quizá por consejo del experto en artillería italiano—, siendo casi toda ella de mosquete y excelentemente granulada. Y cosa más importante aún, el

suministro de balas para los grandes cañones aumentó también de modo que cada pieza podía hacer ya cincuenta disparos, resultado por supuesto insuficiente aunque más conveniente que los treinta disparos con que había llegado a conformarse Santa Cruz.

No obstante, con toda su influencia, con todos sus esfuerzos, el duque no logró mejorar, en algunos aspectos, las condiciones de la flota. Ni siquiera pudo evitar su deterioro. En muchos barcos había más desperfectos de los que era humanamente posible solucionar. Cada semana de espera en el puerto significaba la consiguiente merma de provisiones, de manera que constantemente había que reponer víveres. Por si fuera poco, debido a que la fecha de partida se había fijado en principio en octubre, la carne, el pescado, las galletas guardadas en barriles, ahora en mayo, eran ya incomestibles, incluso para el estómago más hambriento. Lo peor, no obstante, fue la convivencia humana. Aunque no hubiese verdaderamente epidemia declarada en la flota, cada semana la mortalidad iba en aumento. Mal comidos, mal vestidos y sin cobrar —que así estaban en realidad los hombres—, la deserción de marineros y soldados aumentaba gradualmente. Medina Sidonia consiguió dinero y el número de desertores que en diciembre alcanzó su punto crítico, disminuyó algo en marzo y abril. Los campesinos arrancados a su arado podían, aparentemente, completar las filas de soldados, pero ya por el mes de noviembre Santa Cruz se quejaba de no encontrar los marineros eficientes que necesitaba. En abril la escasez se agravó. La falta de buenos artilleros también habría resultado alarmante de no quedar oscurecida por la ausencia de cañones grandes, especialmente culebrinas.

A pesar de todo y de no importa qué clase de presentimiento que le aquejaban, Medina Sidonia comprendió que no podía ignorar por más tiempo la impaciencia del rey y que muy poca cosa podía ya hacer para remediar tanto yerro, no importa el tiempo que le fuese necesario. El 25 de abril se dirigió a la catedral de Lisboa para recoger en su altar el estandarte bendecido asignado a la expedición, en señal de que estaba dispuesto a zarpar y como signo de la sagrada naturaleza de su misión. Todos los hombres que con él partían habían confesado y comulgado. Se les había advertido severamente que no blasfemasen ni cometiesen otras faltas habituales entre soldados y marineros. Se habían registrado cuidadosamente los barcos para comprobar que no había mujeres escondidas a bordo. Una vez todo dispuesto, el capitán general, acompañado del virrey de Su Majestad católica, el Cardenal archiduque, se trasladó solemnemente a la catedral. El mismo arzobispo de Lisboa ofició la misa dando su bendición general a la empresa. Se tomó el estandarte del altar para llevarlo, a través de la plaza Mayor, al convento de los dominicos, donde el mismo duque lo puso sobre el altar —en prueba de personal consagración— y en donde fue recogido para ser luego paseado entre filas de soldados y marineros postrados de rodillas, a quienes los frailes iban leyendo la absolución papal y las indulgencias concedidas a quienes tomasen parte en aquella santa cruzada. Sobre el bendecido estandarte, en un lado del escudo de España, se veía la imagen de Cristo crucificado, y en el otro, la de Su Santísima Madre. Bajo todo ello había una franja con las palabras del salmista: *«Exurge, Domine, et vindica causam tuam»* (Alzate, oh Señor, y defiende tu causa).

De todas las descripciones que existen de tan conmovedora ceremonia, la más escueta es la del representante del Papa en Lisboa, hombre de confianza de Su Santidad en lo que respecta a la obtención de noticias sobre los preparativos navales de Felipe. Nadie en Europa sentía más interés que Sixto V por la empresa de Inglaterra. Desde el primer año de su papado había estado apremiando a Felipe para que la realizase y a partir de aquel momento Felipe intentó obtener de él un préstamo en efectivo. Pero Su Santidad nunca estuvo bastante seguro de los propósitos del rey de España; no había querido hacer préstamos para una mera suposición. En cambio prometió a Olivares, bajo solemne juramento, que cuando el primer soldado español pisase tierra de Inglaterra no prestaría sino que regalaría al rey un millón de ducados de oro. Hasta entonces, y aunque Felipe fue autorizado para establecer un impuesto especial a su propio clero en concepto de la cruzada (Felipe lo habría hecho igualmente, sin su permiso) y aunque le otorgó cuantas bendiciones papales e indulgencias desease, el rey de España no obtuvo ni un céntimo del tesoro papal. Por supuesto, al convencerse finalmente de que Felipe se lanzaba a la aventura de la empresa, Sixto V sintió por sus posibilidades de éxito un marcadísimo interés.

Para satisfacer su curiosidad no sólo puso en guardia a su nuncio en Madrid sino que envió, con la excusa de resolver asuntos de la Iglesia, un emisario especial a Lisboa. Pocos días antes de celebrarse la ceremonia del estandarte, dicho enviado confió al cardenal Montalvo una conversación muy significativa.

Dijo que hablando en privado con uno de los primeros oficiales —de gran experiencia— de la flota española

(¿Juan Martínez de Recalde, tal vez?) tuvo valor para preguntarle sin rodeos:

—De encontraros con la escuadra inglesa en el Canal, ¿esperáis ganar la batalla?

—Naturalmente —replicó el español.

—Y ¿cómo podéis estar tan seguro?

—Pues muy sencillo… Es de sobra sabido que luchamos por la causa de Dios. Cuando nos enfrentemos con los ingleses, Dios arreglará seguramente las cosas para que podamos lanzamos al abordaje, sea mediante algún fenómeno atmosférico o quizás, lo más probable, quitando de alguna manera posibilidades al enemigo. Si llegamos al cuerpo a cuerpo, el valor y el acero españoles, más la gran masa de soldados de que disponemos, asegurarán nuestra victoria. Pero, a menos que Dios nos socorra con un milagro, los ingleses, que poseen barcos más rápidos y manejables y muchos más cañones de largo alcance y conocen su ventaja tanto como nosotros, no se acercarán, antes se mantendrán alejados para hacemos polvo con sus culebrinas sin que podamos hacerles demasiado daño. Así pues —concluyó el capitán con torva sonrisa— zarpamos para combatir a Inglaterra en la confiada espera de un milagro.

NOTAS

Para este período, Herrera Oria y el duque de Maura en *El Designio* son suplementos valiosos a Fernández Duro. Hay todavía algunas cartas inéditas y otros relevantes documentos en Simancas (véase *Guerra Antigua*, 197, 199), especialmente acerca de ordenación y suministros.

La historia del *San Francesco* en Flor. *Arch. Med.*, 4918, Alamanni al gran duque y 5042, el gran duque a Alamanni y a Felipe II. También en 4918, algunas luces sobre la

situación en Lisboa, la mayor parte procedentes, al parecer, del capitán Bartoli. Las condiciones en Lisboa, con mucho más detalle en Vat. *Spagna*, 34, 38, y especialmente Mon. Mutio Buongiovanni al cardenal Montalto, desde Lisboa, enero a mayo, 1588, en *Spagna*, 36.

C. Ibáñez de Ibero, *Santa Cruz: Primer Marino de España* (Madrid, 1946) complemento a A. de Altolaguirre, *Don Alonso de Bazán* (Madrid, 1888).

Los documentos que he podido consultar corroboran ampliamente la hipótesis del profesor Michael Lewis de que los oficiales jefes de la Armada estaban tratando de incrementar el armamento de sus barcos en el invierno de 1587-1588, pero presentan ciertas dudas sobre si tuvieron el éxito que las ingenuas suposiciones del comandante Walter sugieren *(Marine's Mirror*, XXXV, 126 ff.). Con todo, creo que *La felicísima Armada* (véase nota sobre el Cap. XX) representa con áspera aproximación el *número* de cañones colocados hacia finales de abril. Después de todo está basado en un informe oficial. No hay pruebas de que se le añadiera algo posteriormente. Quizás algunos pocos fuesen tomados en préstamo de las baterías costeras de La Coruña, pero esto parece improbable. Creo que la suposición del profesor Lewis de que la Armada tenía más cañones del tipo pesado y de corto alcance *(cannon y perrier)* que los ingleses, y muchos menos de largo alcance, culebrinas sin duda, es casi totalmente correcta, pero tengo mis dudas acerca del número total de culebrinas que asigna a la flota española (*MM*, xxix, Tabla 12 frente a la pág. 104), y me encuentro inclinado a pensar que el armamento definitivo, cualquiera que fuese, dependió más de los cañones que se pudieron obtener que no de ninguna intriga política.

# A DE LAS BARRICADAS - I

París, 12 de mayo de 1588 y unos días antes

CAPÍTULO
XVIII

A las cinco de la mañana del jueves 12 de mayo, desde su habitación en la esquina de la calle des Poullies, don Bernardino de Mendoza oyó el pisar de hombres armados que bajaban por la calle de Saint Honoré. Incluso para sus ojos miopes fue fácil identificar las corpulentas figuras que con su jubón acolchado y sus voluminosos pantalones parecían aún más altos y fuertes de lo que eran en realidad. Se trataba de los suizos del rey, los regimientos de Lagny. Ocuparon la calle de Saint Honoré en ambos lados y casi de extremo a extremo avanzando como si entrasen en una ciudad conquistada, es decir, con banderas desplegadas, lanzas y alabardas enhiestas y encendidas las mechas de los arcabuceros y mosqueteros. Tras ellos, a través de la puerta de Saint Honoré desfilaban ya los regimientos de la Guardia Francesa; el sol de la mañana comenzaba a brillar sobre los morriones, las puntas de las lanzas, los galones dorados y los cañones de los fusiles. Mendoza vio cómo avanzaba la columna por las estrechas calles que conducían al Louvre y cómo torcían hacia la izquierda en dirección al cementerio de los Santos Inocentes. Mientras así hacían se oyó el estruendo de veinte tambores y el estridente sonido de

otras tantas gaitas. Desde la Puerta, la banda de la Guardia Francesa unía sus notas a las del desafiante ritmo.

Aparentemente el rey de Francia realizaba un último intento para adueñarse de su propia capital. Mendoza no se sorprendió demasiado. El día anterior habían circulado muchos rumores y las medidas especiales tomadas al atardecer, es decir, refuerzo de las guarniciones de la Bastilla y el Châtelet, idas y venidas en el Ayuntamiento, revisión de milicias ciudadanas en los mejores *quartiers*, patrullas al mando de leales oficiales parisienses destinadas a guardar durante la noche las principales plazas, puertas y puentes… todo parecía indicar que algo inusitado estaba a punto de ocurrir.

Aunque no muy sorprendido, Mendoza debió sentirse bastante inquieto. El golpe de Estado, ahora aparentemente inminente, se estaba incubando desde hacía más de tres años. Era la bomba, cuya explosión perfectamente calculada había de inutilizar la monarquía francesa en vísperas de la invasión de Inglaterra por los españoles —tal como el duque de Parma solicitó— y que aún conseguiría más. Es decir, que arrojaría las ruinas de Francia en las garras del rey de España. En la última quincena, los Dieciséis —comité secreto revolucionario de la Santa Alianza en París— había dejado traslucir abiertamente sus intenciones como nunca hizo con anterioridad. Había sido inevitable. Y resultaba necesario que Enrique de Guisa, jefe de la Santa Alianza, y algunos de sus capitanes se personasen en París a pesar del grave riesgo que corrían. La Santa Alianza de París no esperaba alcanzar el poder sin lucha y tenía la seguridad de que sería necesario arrastrar al rey a cualquier imprudente acto de violencia para provocar así el alzamiento popular. Pero la apretada columna de suizos que avanzaba por la

calle de Saint Honoré, aunque evidentemente prometiese violencia, no sugería improvisada precipitación. Al parecer, el rey, con inesperada decisión y valentía, pensaba anular con un golpe de Estado el que se pretendía dirigir contra él. A menos que los amigos de Mendoza, miembros de la Santa Alianza, supieran defenderse por sí mismos, las cabezas de los más ilustres y los cuerpos colgantes de los más plebeyos servirían de adorno en las almenas del Louvre antes de que cayera la noche.

Durante los tres últimos días todo había sido tan raro que el propio Mendoza tuvo motivos lógicos para sentir preocupación. Hasta el momento en que Enrique de Guisa había entrado en París —hacia el mediodía del lunes 9 de mayo— siendo reconocido «casualmente» por un grupo de parisienses en la calle de Saint Martin, el plan fue desarrollándose según lo acordado. Si la información de Mendoza era cierta, la Armada debía de estar a punto de pasar por Cascaes precisamente cuando el duque de Guisa atravesaba la puerta Saint Martin. Así hubiese sido, efectivamente, tal vez con uno o dos días de diferencia, de contar con vientos favorables. Gracias a Mendoza, la entrada del duque fue un milagro de exactitud y de la misma forma el embajador había llevado a cabo la larga y complicada serie de preparativos, con suprema eficacia y perfecta discreción.

En mayo de 1588 pocos sospechaban lo unido que se hallaba Mendoza a los nobles de la Santa Alianza, cuyo jefe era el duque de Guisa, y menos aún sospechaban su conexión con los afiliados a la misma en París capitaneados por el comité secreto de los Dieciséis. El astuto doctor Cavriana, que, valiéndose de su privilegiado cargo de médico de la reina Catalina de Médicis, facilitaba información política al gran duque de Toscana, llegó a la

conclusión de que «quien manejaba, y por cierto con sorprendente habilidad, la batuta debía de saber quién pagaba a los músicos»; así, en medio de la desorganizada situación de París, el médico, refiriéndose a Mendoza, dijo casualmente que era «quien había organizado el baile y quien lo dirigía». Pero, aunque Mendoza era íntimo amigo suyo, Cavriana basaba sólo en suposiciones su teoría. Nicolás Poulain, espía del rey entre los Dieciséis, sabía acerca de los manejos de Mendoza bastante más de lo que él y su señor consideraban conveniente decir; por supuesto sabía lo bastante para justificar que Enrique III acusara a Mendoza de haber prestado ayuda y apoyo a los rebeldes exigiendo su destitución. Pero lo que Poulain, al parecer, ignoraba era la enorme cantidad de armas secretamente almacenadas en diversos rincones de París —la mansión de los Guisa, conventos amigos y casas de buenos católicos— que habían sido pagadas por el embajador español. Todavía hoy no se sabe exactamente por qué clase de medios comunicaba Mendoza con los Dieciséis. Era demasiado ducho en conspiraciones para escribir más de la cuenta, ni siquiera en los informes que dirigía al rey.

Por lo que se sabe, los revolucionarios comenzaron a organizarse en enero de 1585. Mendoza llevaba tres meses en París y acababa de saber que el tratado secreto de Joinville, entre el rey Felipe y los príncipes de la casa de Lorena, estaba a punto de firmarse. Dicho tratado, con su compromiso de un subsidio español para restablecer la Santa Alianza entre la nobleza, constituyó precisamente el motivo de su viaje a Francia. Finalmente si quedó en París y dejó en otras manos las negociaciones, no fue a buen seguro porque prefiriese la atmósfera social de la conspiración parisiense. En el Comité secreto de los

Dieciséis no había nobles ni príncipes; tampoco caballeros ni burgueses de los círculos altos. Sólo algunos suboficiales, un par de abogados, un sacerdote, un funcionario, un subastador, un hojalatero, un carnicero y otros personajes por el estilo. Pero todos eran individuos enérgicos e inteligentes, de pasiones violentamente partidistas, con odio hacia toda clase de innovación y hacia todo aquel que tuviera otras ideas y con ambición personal suficiente para ser fieles exponentes de lo que se ha dado en llamar «radicales de la derecha». Con el tiempo, Mendoza llegó a considerarlos los más valiosos aliados de España; en cuanto a ellos, consideraban a Mendoza su jefe natural.

En 1585 su eficacia había sido reconocida. Creyeran lo que creyesen en el fondo, habían dicho al estúpido vecindario que todos los buenos católicos tenían el deber de armarse para no ser asesinados por los hugonotes con quienes el rey, siguiendo el consejo de favoritos tan indignos como Epernon, había pactado secretamente. Gradualmente fueron afirmándose en la creencia —hecha extensiva a los comités de provincias con los que mantenían relación— de que cualquier medida que se tomase para escapar del yugo de un rey hereje quedaría sobradamente justificada. Preferían un Guisa a un Navarra y la mayoría de ellos no se resignaba a esperar que el último Valois muriese de muerte natural para que un Guisa subiera al poder. Quedaba bien entendido que la fuerza paramilitar que organizaban tendría en su día que conquistar París. De todo corazón, Mendoza se adhirió a sus planes.

Por supuesto, éste pudo establecer contacto con los Dieciséis a través de Maineville, agente secreto del duque de Guisa en París, aunque a veces parece que Maineville era quien recibía informes del Comité de París a través de

Mendoza. O quizás conociera a los revolucionarios gracias a la duquesa de Montpensier, hermana de los Guisa, a quien Mendoza visitó inmediatamente después de su llegada a París y en cuyo hogar fue pronto figura familiar. La inquieta dama, muy metida en política, protectora de la mayoría de intemperantes oradores de París, que llevaba en el cinto una tijera de oro «para la tonsura del hermano Enrique» y que alardeaba de que su séquito de curas, monjes y frailes era más útil a la Santa Alianza que cualquier ejército, se introdujo tanto como le fue posible en los consejos de los Dieciséis. También Mendoza pudo iniciar sus relaciones con éstos valiéndose de los jesuitas. Su confesor pertenecía a la Compañía de Jesús y en más de una ocasión había cooperado para determinados trabajos con el Provincial francés, padre Matthieu, sin contar con que los jesuitas franceses eran entusiastas de la Santa Alianza y muy bien considerados en sus círculos. Se sabe también que, desde el principio, uno de sus más frecuentes puntos de reunión era la taberna de cierto español llamado Sánchez, de quien se dice había servicio a las órdenes del duque de Alba en los Países Bajos y que actuó muchas veces como agente de Mendoza. Pero lo más probable, aunque no existen pruebas, es que Mendoza trabajase con los Dieciséis o al menos con su más íntimo grupo de cinco, sin intermediarios, ya que más tarde, cuando se unió abiertamente a ellos, fue recibido como viejo amigo y colaborador. En todo caso, antes de llevar seis meses en su cargo, comunicó a Felipe con toda seguridad, y por lo que a la Santa Alianza se refiere con entera certeza, qué era lo que «París» sentía y cómo se comportaría «París» en cada crisis política.

Se ignora exactamente hasta qué punto aconsejó Mendoza a los Dieciséis en lo que respecta a planes militares, que

fueron, desde el comienzo, una de sus actividades principales. Cada miembro del Comité era capitán de uno de los dieciséis barrios de París, siendo, además, sus cinco principales jefes «Coroneles» de los cinco *arrondissements.* Cada barrio tenía su propio puesto de mando, sus propios depósitos de armas y planes de defensa y de contacto con los demás cuando la insurrección comenzase. El Comité no podía contar con un número igual de afiliados en cada barrio de París. En determinadas calles no disponían siquiera de uno y en varios distritos formaban una pequeña minoría, de modo que tenían que confiar en elementos alborotadores y entusiastas como base de sus fuerzas de combate; por ejemplo, carniceros, barqueros, chalanes y estudiantes de la Sorbona. No obstante, con la ayuda de su organización, el terror sistemático y los gritos de los frailes, confiaban dominar la ciudad.

De la táctica a seguir para la lucha en las calles habían hecho un especial estudio y estaban entusiasmados con la idea de un veterano de las guerras de Holanda (¿quizás Mendoza?), consistente en emplear, además de las cadenas de hierro usadas desde el siglo XIV para cerrar el paso en las calles de París, las llamadas barricadas. Recurriendo a carros, carretillas y muebles diversos, aquéllas podían quedar bien, pero la experiencia demostraba que era mejor construirlas con barriles y toneles llenos de tierra y piedras, los cuales podían fácilmente trasladarse rodando a los lugares fijados para ser colocados, unos encima de otros, a modo de parapetos a prueba de mosquetes, resultando siempre de fácil defensa. Por supuesto, habrían de hacerse preparativos con mucha anticipación, pero la verdad es que resultó relativamente sencillo almacenar barriles vacíos en las bodegas de gente adicta para cuando

se necesitasen, sin levantar más sospecha que la que pudieran despertar los respectivos montones de tierra y guijarros que estaban a su lado. También fueron preparadas piedras para ser arrojadas desde los tejados y ventanas. En la primavera de 1587, los Dieciséis estaban tan seguros de que con las barricadas podrían aislar y reducir todas las posiciones fuertes de los realistas —el Châtelet, el Ayuntamiento, la Bastilla, el Arsenal y el mismo Louvre— y sus filas de adeptos sentían tal impaciencia por hacer algo más interesante que conspirar, cargar piedras y entrenarse en secreto, que Mendoza y Guisa hubieron de realizar grandes esfuerzos para evitar un levantamiento en abril. Lo consiguieron, pero Mendoza estaba preocupado. El mes de abril de 1587 era una fecha prematura.

Ahora, aun preguntándose si las barricadas conseguirían impedir el avance de miles de veteranos de infantería con igual facilidad que el de unos pocos centenares de guardias del rey y la milicia local de dudosa fidelidad que creyó encontrar junto al soberano, podía felicitarse por su acertado cálculo de tiempo. Había escrito al duque de Parma que París estaría dispuesto para cualquier fecha después del día de San Martín (11 de noviembre) de 1587, pero que era necesario le avisasen con unas semanas de antelación. Luego supo, por noticias de España, que Santa Cruz zarpaba sobre el 15 de febrero y lo dispuso todo para esta fecha. A principios de este mismo mes el duque de Guisa lanzó un provocativo manifiesto exigiendo fuesen alejados de la corte «algunas personas tachadas de herejes» (se refería a Epernon, favorito del rey) y también el reconocimiento oficial de la Santa Alianza, el establecimiento del Tribunal de la Inquisición en todas las provincias, la confiscación de propiedades de los

hugonotes y la pena de muerte para todos los hugonotes prisioneros de guerra que se negaran a retractarse. Y había más, lo suficiente para asegurar la guerra a través de Francia en años venideros. Después, cuando el duque de Guisa, con su poderoso séquito se trasladó a Soissons, los capitanes de la Santa Alianza convergieron sobre París y el duque de Aumale, violento primo de Guisa, reanudó sus ataques a las guarniciones del rey en Picardía, mientras los púlpitos de París clamaban por su Josué y por su David.

Enrique de Valois sintió tal cólera que, incitado por Epernon, juró reunir un ejército y expulsar —él personalmente— de Picardía a los miembros de la Santa Alianza. Por aquel entonces comunicaron a Mendoza desde Madrid que el marqués de Santa Cruz había muerto y que, naturalmente, la salida de la Armada quedaba retrasada. A la mañana siguiente (¿fue una casualidad?) la reina madre persuadió a Enrique para que intentase someter a Guisa mediante el gentil arte de las negociaciones y no con el duro azote de la guerra. Guisa, en Soissons, se mostró inesperadamente inclinado a dejarse persuadir, lo cual al menos no fue casual, pues Mendoza le había comunicado que acababan de surgir obstáculos, a lo cual Enrique de Guisa respondió en la forma habitual, es decir, alegando que si había de retrasar sus planes necesitaba más dinero.

En abril, pese a todas las demandas que acosaban al rey de España, Enrique de Guisa consiguió el dinero. La Santa Alianza y su jefe eran más importantes que nunca para los planes de invasión de Inglaterra. Desde la muerte de Joyeuse, el duque de Epernon gozaba del favor del soberano de Francia y Epernon, aunque católico, era partidario del plan de Coligny, es decir de unir todo el

país en una guerra contra España. Se estaba preparando para marchar a Normandía (de cuya provincia el rey le había nombrado gobernador) con un ejército lo suficientemente fuerte como para consolidar su autoridad en todos los puertos del Canal. Desde allí tenía intención de trasladarse a Picardía, rechazar a los afiliados de la Santa Alianza y asegurarse Calais y Boulogne. Luego, con todos los barcos que pudiera reunir, incluyendo los de La Rochela, se uniría a los ingleses en el Canal o bien, en caso de que la Armada española resultara victoriosa, y el duque de Parma pusiera el pie en Inglaterra, invadiría Flandes y Artois, e intentaría reconquistarlos para Francia antes de que el duque de Parma pudiera regresar. Así al menos fue dicho al rey Felipe por Mendoza, Olivares, el duque de Parma, los exiliados ingleses y sus propias fuentes de información. El 15 de abril Felipe pudo finalmente asegurar a Mendoza que Medina Sidonia zarparía antes de cuatro semanas.

Lo que sucedió luego estaba previsto de antemano. Durante la última semana de abril, en los púlpitos de la orilla izquierda del Sena y en casi todos los de París empezaron a sonar lamentos y llamadas. El rey y sus despreciables favoritos conspiraban con los herejes para asesinar a los buenos católicos de París. Si el duque de Guisa deseó alguna vez entrar en París como amigo del pueblo, había llegado su momento. ¡Que se presentase para defender la verdad de Dios y al pueblo del Señor! Enrique III, muy alarmado, envió a su consejero, Bellièvre, a rogar al duque se mantuviese lejos de París hasta que los ciudadanos se calmasen, para evitar así el derramamiento de sangre. Como quiera que el duque se mostrase evasivo, Bellièvre, siguiendo instrucciones recibidas, comunicó al duque que el rey *le prohibía* volver a París.

Bellièvre transmitió a Enrique de Guisa la orden del rey en la mañana del domingo día 8 de mayo, y convencido de que el duque pensaba acatarla, emprendió su viaje de regreso a la capital. Pero aquella misma noche el duque, con un reducido séquito, inició también su viaje a París. Cabalgó durante toda la noche, desayunó cerca de St. Denis y cruzando directamente el Campo del Suizo entró en la ciudad por la puerta de Saint Martin. Enrique había cabalgado con el sombrero hundido hasta los ojos y el rostro embozado en su capa. En la calle de Saint Martin uno de sus acompañantes, como bromeando, le quitó el sombrero y echó hacia atrás su capa. Pocos parisienses hubiesen dejado de reconocer aquel rostro varonil, orgulloso y bello, aquella cicatriz lucida como una condecoración… «M. de Guisa». «¡Por fin, M. de Guisa!». «Viva M. de Guisa». «¡Viva el salvador de la Iglesia!». Las tiendas y los templos quedaron vacíos y el pueblo de París se lanzó a la calle formando un cortejo más excitado que majestuoso.

Por el momento todo iba ocurriendo según se planeó. El vecindario estaba preparado. Unos ochocientos o novecientos afiliados a la Santa Alianza, muchos de ellos experimentados soldados y todos armados, habían entrado en París y ocupaban puntos estratégicos, tales como el convento de los jacobinos, el palacio del obispo, la mansión de Montpensier y la de los Guisa. Eran suficientemente tan buenos soldados como para hacer frente a los refuerzos que el rey trajo unos días antes. El duque de Epernon, único hombre de confianza del rey que era verdaderamente arrojado para tomar una decisión valiente y con bastante influencia sobre el soberano para hacer que éste la aceptase, se encontraba a la sazón en Normandía, precisamente con algunas de las mejores

tropas del rey. Epernon no tenía tiempo de regresar a París e influir en la decisión a tomar; por otra parte, no llevaba suficiente tiempo en Normandía para hacer algo que contase. Muerto Enrique III, o bien prisionero de la Santa Alianza y convertido en marioneta de sus dirigentes (Mendoza no tenía preferencia por ninguna de estas soluciones), las ciudades de Normandía se rendirían sin condiciones al duque de Guisa. Ocurriera lo que ocurriese, Francia no estaría en situación de atacar a España.

Sin embargo, lo que sucedió a continuación no había sido previsto. El duque de Guisa tenía que haber torcido hacia la izquierda de la calle de Saint Martin, remontando la de Saint Antoine camino de su propia mansión, donde le esperaban sus capitanes y partidarios y desde donde había de redactar las condiciones dirigidas al rey, con o sin barricadas, según las circunstancias. En lugar de eso, torció por la derecha, cruzó la ancha calle de Saint Denis y se hundió en un laberinto de callejas hacia St. Eustache, donde la reina Catalina de Médicis y lo que quedaba de su «corte fugitiva» ocupaba —por cierto que al decir de muchos, muy acertadamente— la casa de las Muchachas Arrepentidas.

Cuando un enano gritó desde una ventana que se acercaba al edificio el duque de Guisa, la reina casi le tomó por loco; pero cuando con sus propios ojos identificó al sonriente individuo a caballo que avanzaba en medio de la más delirante admiración, sus labios quedaron exangües y la voz le falló. Si su evidente emoción se debía al hecho de ignorar que el duque se encontrase en París o bien a la creencia de que, dadas las circunstancias, no debería hacerle una visita, es cosa que aún se ignora. A pesar de lo cual, le recibió y tras presentar sus respetos el de Guisa dijo en alta voz que

estaba allí para disipar toda calumnia contra él y para ofrecer sus servicios al rey, confiando en la ayuda y consejo de la reina madre. Catalina le llevó hasta el alféizar de una ventana y por espacio de unos minutos hablaron en voz baja. Según un testigo presencial, el duque parecía desconcertado y la reina asustada. Fue enviado un mensajero al Louvre, quien volvió en seguida y la reina ordenó preparasen su silla de mano.

Mendoza tuvo noticia del cambio en los acontecimientos cuando, oyendo una atronadora ovación, salió al balcón y vio que la silla de la reina salía de las Arrepentidas para avanzar entre una delirante muchedumbre en dirección al Louvre. A su lado, sombrero en mano, distinguió al duque de Guisa saludando a derecha y a izquierda a la extática multitud, avanzando por entre una continua lluvia de flores. Cuando Sixto V supo que Enrique de Guisa había entrado en París, exclamó: «¡El muy estúpido! Camina a una muerte cierta». Mendoza sabía que Enrique III no gobernaba París con la misma mano de hierro que el gran Papa empleaba para gobernar Roma, pero el último de los Valois aún era dueño de su palacio; el embajador pasó seguramente un mal momento viendo cómo el hombre de quien dependían todos sus planes cruzaba aquel horrible portal.

Lo cierto es que precisamente en aquellos momentos se discutía en el Louvre la muerte del duque de Guisa. Alfonso d'Ornano, el más corso de todos los corsos, fiel capitán del rey, se encontraba junto al monarca. Al recibir el mensaje de su madre, Enrique dijo a Ornano: «El señor de Guisa, faltando a mis órdenes, acaba de entrar en París. ¿Qué haríais en mi lugar?».

«Señor», respondió Ornano, «¿el duque de Guisa es vuestro amigo o vuestro enemigo?». Y leyendo la respuesta en el rostro del rey, añadió: «Dad la orden, señor, y pondré su cabeza a vuestros pies».

La Guiche, Villequier y Bellièvre, hombres tímidos deseosos de contemporizar, se horrorizaron, pero el abate D'Elbéne aprobó calurosamente la sencilla solución de Ornano, citando con evidente satisfacción las palabras del profeta Zacarías: *«percutiam pastorem et dispergentur oves…»* («ataca al pastor y quedarán dispersas sus ovejas»). Mucho podía decirse acerca de la cultura bíblica del abad, pero Enrique III meditaba aún una respuesta cuando el pastor en cuestión, acompañado de sus regocijadas ovejas, se presentó en el Louvre.

En el interior del palacio la atmósfera era distinta. Una doble hilera de impasibles suizos formaba en el patio. A ambos lados de la gran escalinata por donde subía el duque de Guisa se alineaban caballeros guardias de los «Cuarenta y cinco» al mando del valiente y honrado, pero nada inteligente, Crillon. El duque se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia ante este último, pero Crillon se encasquetó más el suyo y permaneció firme como una estatua, mirando al duque mientras éste pasaba ante él, con la inexpresiva mirada de un verdugo. Subiendo la escalera el duque de Guisa no cesó, sin embargo, de inclinarse a derecha e izquierda, sólo que nadie de entre los «Cuarenta y cinco» devolvió su saludo.

En el extremo final de un espacioso salón estaba el rey rodeado de sus caballeros, entre los cuales era fácil distinguir a Ornano, que no cesaba de mirar alternativamente al rey y al duque, como un perro de caza ansioso de verse suelto. Al inclinarse en reverencia ante el

rey, Enrique de Guisa oyó preguntar al soberano: «¿Qué os trae por aquí?». Respondió con protestas de lealtad y quejándose de las calumnias que contra él se alzaron, pero Enrique de Valois le atajó rápido: «¡Os dije que no vinierais!». Y añadió dirigiéndose a Bellièvre: «¿Acaso no os ordené le dijeseis que no viniera?». Por último, le dio la espalda para dirigirse hacia una ventana y quedó inmóvil con los hombros inclinados hacia delante y los puños apretados. Quizá fuera en este momento cuando un observador de mala intención vio cómo el duque de Guisa se apoyaba sobre un arcón, junto a la pared, «no impresionado por el soberano, sino simplemente porque las rodillas no le sostenían».

Entonces apareció Catalina de Médicis en el umbral. Subir la escalera había sido empresa difícil para su edad y su constitución.

«Vine a París», dijo entonces Enrique de Guisa levantando la voz, «porque la reina, vuestra madre, me lo rogó».

«Es cierto», añadió Catalina, acercándose a su hijo. «Yo rogué al señor de Guisa que viniese a París». Nunca, nadie, había opinado que Catalina de Médicis fuese una figura majestuosa o encantadora, pero a pesar de ello había sabido dominar muchas situaciones en las tumultuosas décadas que siguieron a la muerte de su esposo. Aquella situación tenía que dominarla también. Su poco grácil cuerpo vestido de negro tenía una especial y personalísima dignidad; su empolvada cara y sus redondos ojos, negros como la endrina, resultaban calmosamente persuasivos. Parecía más tranquila y también más prudente que todos los excitados caballeros presentes en el salón; y muchísimo más vieja, como si

siempre hubiese sido reina viuda, y fuente de autoridad suprema, lo cual ciertamente y para muchos seguía siendo.

Mientras avanzaba hacia su hijo cabe preguntarse si cruzaría una mirada con Enrique de Guisa para asegurarle su complicidad, y también si alguno de los dos recordó de súbito que allí, también en el Louvre, unos dieciséis años atrás, Catalina había hecho una parecida entrada como mediadora entre Enrique de Guisa, entonces nada más que un niño, y la cólera de otro rey. También entonces el pueblo de París parecía dispuesto a levantarse en armas e igualmente el duque de Guisa era protagonista de un peligroso doble juego entre la corte y el populacho, entre políticos ambiciosos y fanáticos en religión. Si recordaron la escena la reina y el duque, tuvieron que recordar también que en tal ocasión contaron con un tercer cómplice para apoyar sus planes de utilidad política y celo religioso; alguien que les ayudó a llevar al pobre joven rey, débil y medio loco, a realizar el acto que había de torturarle durante toda su corta vida… Ahora el círculo se había estrechado y el cómplice de la vigilia de San Bartolomé permanecía al otro lado, se aprestaba para hacerles frente. Enrique, antes de Anjou y ahora de Francia, más débil y más fuerte que su hermano Carlos, más loco y más cuerdo, se hallaba más que nunca reducido a un predestinado papel por el peso de cuanto sabía y de su culpabilidad, de igual modo que sus cómplices de otro día, su madre y su primo Enrique de Guisa, estaban exclusivamente reducidos al suyo respectivo.

Se ignora de qué clase de argumentos se valió Catalina para evitar que Enrique diera a Ornano la señal. Puede que le indicase la muchedumbre de la calle y apelase al

miedo o quizás buscó el halago de su vanidad diciendo que él era más hábil que su primo. Quizás, sencillamente, aseguró que el duque era inocente (así le constaba), confiando en el gran sentido de justicia que, cosa curiosa, era importantísima faceta de la compleja personalidad del rey. Se ignora igualmente por qué motivo Catalina —que para matar no se andaba con remilgos— privó a su hijo de la última oportunidad de ser dueño de su propia capital. Sólo se sabe con certeza que tuvo que tener una egoísta razón de tipo personal.

Catalina no sentía inquietudes de tipo religioso. Como sobrina que era de un Papa, sabía que la Iglesia se bastaba para cuidar de sus propios asuntos. No se interesaba por la ortodoxia, que algunas veces invocaba, más que por los principios de justicia y tolerancia de que también hablaba en ocasiones. En resumen, no le preocupaban las abstracciones teológicas, ni la monarquía francesa que tanto amaba su hijo Enrique, ni el cristianismo, ni tan siquiera una dinastía determinada. Únicamente se interesaba por la comodidad, seguridad y engrandecimiento de ella y de los suyos, y últimamente con su hijo pequeño, su favorito Enrique, y su indómita y brillante hija Margarita, puestos en contra suya, y el hecho casi seguro de que nunca llegaría a ser abuela, se preocupaba únicamente por su propio bienestar. Seguramente creyó que, interviniendo en favor de Enrique de Guisa, ganaría seguridad y que reafirmaría su influencia sobre su hijo.

No importa cuáles fuesen sus argumentos y sus razones, el caso es que triunfó. Por última vez fue escuchado su egoísta y cínico consejo, igual que, tan a menudo, había sido atendido con anterioridad. Como en tantas otras ocasiones, su consejo sirvió para provocar el horror y la

confusión demostrando ser tan completamente destructivo como si hubiese sido el producto de una peligrosa fórmula química. Enrique de Valois, porque su madre se lo pedía y no de muy buena gana, soltó su presa y Catalina, con el duque y el rey, se trasladó a las habitaciones de la reina reinante para visitarla; una vez allí, gracias a una escalera privada, el duque de Guisa volvió a la seguridad de las calles. Cuando Mendoza tuvo noticia del episodio, decidió que Enrique de Guisa era más loco de lo que creía y el rey más débil y cobarde de lo que también pensó. Este juicio le dejó menos dispuesto para el espectáculo de la infantería suiza desfilando por la calle de Saint Honoré.

NOTAS

Correspondencia de Mendoza (Sim.). También Ven. *Amb. Francia*, 1588; Jensen, *Mendoza*; Nicolás Poulain, «Historie de la Ligue», en *Archives curieuses de l'historie de France*, de Cimber y Danou, primer ser. XI (1836), 289-323; Canestrini, *Negociations; C. S. P. F.* y Vat. *Francia*, 1584-1588, *passim.* Véase también más arriba capítulos IV, XIII y XIV.

# EL DÍA DE LAS BARRICADAS - II

París, 12 de mayo de 1588
y días después

CAPÍTULO
XIX

Los dos días de creciente tensión que siguieron a la entrada del duque de Guisa en París demostraron que el rey no podía llegar a un acuerdo con la Santa Alianza y que había perdido el control de la capital. Cuando Enrique de Guisa volvió al Louvre iba acompañado de cuatrocientos caballeros con armaduras bajo el jubón y pistolas en las bocamangas; lo que expuso al rey fue más un ultimátum que una explicación. En la mañana del día 11 el intento de las autoridades de expulsar a «los extranjeros» de París terminó en sainete. Por aquella fecha se creía que el número de soldados de la Alianza infiltrados en la ciudad ascendía a mil quinientos o dos mil. Habían entrado por todas las puertas, fanfarroneaban en grupos por las calles y plazas e incluso bajo las ventanas del Louvre. Pero la guardia de la ciudad creyó oportuno informar que no había ningún «extranjero» en París. Y cuando las autoridades municipales organizaron, por orden del rey, una guardia especial, en la noche del día 11, aunque algunas compañías permanecieron en sus puestos, hasta ser relevadas, otras huyeron y algunas habían declarado lisa y llanamente al recibir las órdenes

que en vez de hacer guardia en un sitio extraño de la capital preferían marchar a sus hogares respectivos para atrancar las puertas y defender su familia y sus bienes. Corrían toda clase de rumores en medio de una atmósfera de inminente catástrofe. Antes de medianoche, Enrique III ordenó que los suizos y la Guardia Francesa acuartelada en los suburbios de París entrasen en la ciudad al amanecer.

Con las primeras luces del alba descendieron por la calle de Saint Honoré hacia el cementerio de los Santos Inocentes. El mariscal Biron, a caballo, iba a la cabeza de la columna. Crillon, a pie, con la espada desenvainada, al frente de la Guardia Francesa; el mariscal Aumont cerraba el desfile con sus tropas a caballo. Desde el cementerio de los Santos Inocentes, Biron envió sus tropas a cumplir diversas misiones. Unas columnas, a la plaza de Gréve, frente al Ayuntamiento, donde eran esperadas por el jefe de los Magistrados de París, el *Prevost des Marchands* y la junta de concejales leales; otras, en igual número, al *Petit Pont* y su Petit Châtelet y al *Pont Saint Michel*, respectivamente, los dos puentes que unen la *lile de la Cité* con la orilla izquierda. Otras, al *Marché Neuf* entre ambos puentes y no lejos de Nôtre Dame. Finalmente, un destacamento fue enviado a la plaza Maubert, principal centro de reunión de los monjes y estudiantes de la Sorbona. En el cementerio quedó estacionada una gran reserva de tropa. Hacia las siete de la mañana Biron notificó que todas las fuerzas estaban apostadas donde había ordenado el rey.

El continuo rumor de pisadas por las calles o bajo sus ventanas, el estridente sonar de las gaitas y el tronar de los tambores anunciaron al pueblo de París lo que realmente estaba ocurriendo. En seguida advirtieron que

la ciudad estaba en manos de los soldados del rey. Posteriormente los afiliados a la Santa Alianza se complacían en referir con cuánta indignación se alzó París en armas y cómo la ciudad se convirtió de pronto en rabiosa y zumbante colmena; cómo se echaron a la calle, abandonando sus respectivas tareas, el zapatero, el comerciante, el magistrado, empuñando el arma que hallaron más a mano, ya fuese espada, puñal, pistola, alabarda, arcabuz, garrote o hacha; cómo en cada distrito empezaron a surgir cadenas y fueron alzadas barricadas casi por arte de magia, trabajando con verdadera furia en ellas hombres, mujeres y niños.

Lo cierto es que en los primeros momentos nada de esto ocurrió. En casi todos los sectores transcurrieron unas horas antes de que se levantase la primera barricada, y a pesar de que muchos parisienses llevaban varios años preparándose para tal momento, su primera reacción fue de inmensa sorpresa, seguida de inmovilidad glacial. Al fin y al cabo, nadie esperaba tantos soldados. El rey había ocupado París por la fuerza. Lo menos que podía producirse era una serie de rápidas ejecuciones y acaso algo más. Quizá todo acabase en matanza selectiva o saqueo general. Resultaba difícil definir qué podía ser peor; si el obsceno júbilo de la Guardia Francesa chillando ante las ventanas de cerrados postigos: «Poned sábanas limpias en las camas, burgueses. Esta noche dormiremos con vuestras mujeres», o la pacífica turbación de los gigantescos suizos. París se estremeció.

Lo que, con rapidez de relámpago, hicieron los parisienses aquella mañana no fue precisamente levantar barricadas, sino cerrar bien los postigos y atrancar las puertas de las casas y tiendas. A la brillante luz del mediodía las calles de París aparecían desiertas. No había una sola persona en

ellas. Ni un rostro en sus ventanas. Los carniceros del *Marché Neuf* no estaban, aparentemente, ansiosos de iniciar relaciones con los suizos y lo mismo puede decirse de los pacíficos ciudadanos que vivían en los alrededores del cementerio. La guarnición de la mansión de los Guisa —atestada de hombres y municiones como un castillo en espera de ser sitiado— no se atrevió a salir a la calle de Saint Antoine, la cual de vez en cuando era recorrida de uno a otro extremo por una patrulla de la caballería de Aumont.

Sólo un distrito de París se aprestó desde el principio a la defensa. Precisamente el Barrio Latino. Cuando el duque de Guisa supo que la guardia del rey había ocupado París, envió al conde de Brissac —el más violento y combativo de los capitanes de la Santa Alianza— con un grupo de afiliados de Picardía para dar aviso y prestar ayuda a la Universidad. Brissac llegó con sus hombres hacia la orilla izquierda, bastante más allá de las tropas reales, para unirse a Crucé, uno de los «Dieciséis» y coronel de su *arrondissement*, que ya estaba repartiendo armas a una abigarrada multitud de estudiantes, seminaristas, monjes, mozos de cuerda y barqueros, reunida en la calle de Saint Jacques. Muchos de ellos llevaban una cruz blanca en el sombrero, en memoria de San Bartolomé, episodio en el cual Crucé, su caudillo, desempeñó un importante papel.

Cuando un grupo combinado de la Guardia Francesa y los suizos bajo las órdenes de Crillon salía del *Petit Pont*, en dirección a la plaza Maubert, ya halló que se estaban construyendo barricadas en la calle de Saint Jacques, las cuales, defendidas por una patrulla armada a las órdenes del propio Brissac, casi se interponían en su camino. Crillon habría de buena gana arremetido contra ellas, limpiando la calle de Saint Jacques de punta a punta y

avanzando hasta «echar de sus absurdos nidos a los negros pajarracos de la Sorbona». Ciertamente sólo disponía de un centenar de lanceros y treinta arcabuceros, pero se trataba de soldados profesionales y él era Crillon. Sin embargo, no pudo demostrar el alcance de este concepto. Había recibido órdenes precisas. A las burlas de Brissac sólo podía corresponder con miradas encolerizadas y seguir adelante con sus lanceros, hacia la izquierda, camino de la plaza Maubert.

La ocuparon prácticamente sin resistencia, pero casi en seguida vieron que iban surgiendo barricadas a uno y otro lado del cerrado convento de Carmelitas y también en las esquinas de las calles que desembocaban en la ancha plaza. Limitado por órdenes concretas, el valiente Crillon no pudo hacer sino montar en cólera y dar rienda suelta al vocabulario que, aun en aquella época pródiga en blasfemias, le hiciera famoso, mientras miraba cómo las barricadas bloqueaban toda salida de la plaza Maubert. En cuanto a los buenos y fuertes suizos, fueron muchos los que, dejando su lanza en manos de un compañero, se unieron a los sudorosos ciudadanos para ayudarles en el acarreo de piedras y el manejo de barriles. Según su capitán explicó después, el mariscal Biron les había asegurado —repitiendo órdenes de su majestad— que su misión sería defender al pueblo de París contra los extranjeros armados. Hasta entonces no habían visto ni un solo extranjero y el espectáculo del pueblo de París colaborando en la defensa se les antojó maravilloso.

Seguidamente la escena se repitió en casi todos los sectores donde había apostadas tropas reales. En muchos, las primeras barricadas se levantaron a una prudente distancia de los soldados del rey, pero cuando la organización de los «Dieciséis» reaccionó de la sorpresa

experimentada aquella mañana y se decidió a actuar, ya que las tropas del rey no hacían ningún movimiento hostil y hasta las patrullas a caballo tiraban cortésmente de la rienda para dar media vuelta en cuanto topaban con un grupo que construía barricadas, el pueblo de París recuperó su valor y pronto los ciudadanos construían sus atrincheramientos a pocos metros de los pacíficos soldados.

Por la mañana el rey tenía en la palma de la mano la ciudad de París. Por la tarde se la habían arrebatado del todo. Gracias a los informes de su espía Poulain, el rey poseía una lista de los principales afiliados a la Santa Alianza en París. Conocía sus domicilios y sus lugares de reunión y el lugar donde guardaban sus armas. Estratégicamente desplegadas, las tropas reales pudieron controlar con facilidad todos los principales centros de comunicación, manteniéndolos despejados para sus propios movimientos tácticos, cerrando el paso a la Santa Alianza e impidiendo toda peligrosa reunión, excepto en la orilla izquierda. Allí, en caso de que Crillon no lograse dominar la situación, podían enviarse sin ninguna dificultad tropas de refuerzo. Algunos destacamentos de lanceros habrían bastado para detener a los más peligrosos demagogos de los púlpitos, a casi todo el comité de los «Dieciséis» y a sus más importantes lugartenientes. Los tres principales puntos de concentración de los miembros de la Santa Alianza —la Universidad, la mansión de los Guisa y la de Montpensier— estaban aislados unos de otros debido a la posición de los soldados del rey; habría sido fácil tomarlos uno tras otro o tal vez sitiarlos. Los jueces leales del Parlamento de París se habrían complacido en juzgar a los conspiradores rebeldes a medida que fuesen apresados. Pero Enrique,

tras designar los puestos a ocupar, sólo dio a sus hombres una orden, una sola varias veces repetida a las diversas unidades armadas que desfilaron por la Puerta de Saint Honoré, ante el monarca que les contemplaba montado a caballo. Nadie debía olvidar que fueron llamados a París para proteger la ciudad. En ningún caso, bajo ningún pretexto, podían permitirse acto que dañase la persona o propiedad de un ciudadano. Del fiel cumplimiento de este mandato respondían todos con su vida. Enrique creyó que una simple demostración militar bastaría para intimidar al pueblo. Había olvidado que no hay peligro mayor que una demostración de fuerza cuando a ésta se le impide entrar en acción. Nadie amenaza con una pistola a un enemigo armado para decirle que no se tiene intención de disparar.

Gradualmente, el pueblo de París fue haciendo el regocijante descubrimiento de que las tropas del rey no tenían intención de luchar. Hacia la una del mediodía, a no ser por el creciente número de barricadas (en algunas calles se alzaban a cada treinta pasos) no existían señales de hostilidad. La primera anomalía registrada por la tropa fue que los carros de avituallamiento no se presentaban. Por supuesto, habían quedado interceptados lejos de allí, a las puertas de la ciudad debido a las barricadas, pero ellos no podían saberlo. Así pues, los soldados del rey se encontraron sin víveres y sin vino e incluso sin agua. Todo ello causó el único acto de indisciplina de la jomada: los suizos y los soldados de la Guardia Francesa apostados junto al *Marché Neuf* empezaron a requisar salchichas y otros comestibles en los puntos de venta del mercado.

El rey, entretanto, comenzaba a estar preocupado. Durante la mañana, tranquilo en medio de tanta excitación, se había sentido muy satisfecho de su inteligencia y audacia. Después fue recibiendo noticias

acerca de las barricadas y sus comandantes empezaron a enviar mensajes urgentes. Las calles estaban bloqueadas en todas direcciones y aunque naturalmente podían ser despejadas, era ya completamente imposible hacerlo sin lucha. Las provisiones no llegaban y los destacamentos estaban incomunicados entre sí. Finalmente Enrique dio nuevas órdenes. Las tropas tenían que iniciar una ordenada retirada hacia el Louvre. Las unidades más avanzadas, en primer lugar. Había que evitar, a toda costa, que corriese la sangre y también que fuesen cometidas violencias contra el pueblo de París. A pesar de las barricadas, los mensajeros consiguieron entrar y salir siempre del Louvre, de modo que todos sus jefes recibieron la orden.

Probablemente la primera bala fue disparada en la plaza Maubert, precisamente cuando Crillon empezaba a iniciar la retirada de su destacamento hacia el *Marché Neuf*. Los de la Santa Alianza dijeron que disparó un suizo. Los realistas, que fue un ciudadano. Pero quienquiera que lo hiciese no consiguió sus propósitos. La bala alcanzó a un no combatiente (¿un sastre?, ¿un tapicero?) que desde la puerta de su establecimiento contemplaba tranquilamente los sucesos. Luego se produjo el tiroteo. Los hombres de Crillon derribaron las primeras barricadas con facilidad, pero se vieron muy apurados en el laberinto de estrechas callejas entre el río y la plaza Maubert. Continuamente les eran arrojadas piedras y ladrillos mientras que desde las ventanas de los pisos altos y las barricadas de las calles disparaban sobre ellos sin cesar. Por fin alcanzaron la calle de Saint Jacques, pero sólo para comprobar que el *Petit Pont* estaba interceptado por barricadas defendidas por estudiantes y soldados de la Santa Alianza, y que además les disparaban desde el Petit Châtelet. Tuvo que

ser entonces cuando las campanas de alarma empezaron a dejarse oír. Primero quizá las de St. Julien le Pauvre e inmediatamente las de St. Severin y St. André, y las iglesias de la orilla izquierda, siendo contestadas por el toque de a rebato de la ciudad y las iglesias de más allá del río.

En la plazuela de Saint Severin, Brissac alzó otra barricada frente al Petit Châtelet, y tan pronto sonó el primer disparo en la plaza Maubert, arremetió contra la puerta principal, desalojó a la guarnición y desde la plataforma del pequeño castillo amenazó a los soldados del puente con los cañones de las murallas. Estas tropas, que según parece eran mandadas por un oficial joven y aturdido, se replegaron hacia el *Marché Neuf*.

Con su maniobra, Brissac hizo que por el momento la encrucijada de Saint Severin quedase libre de soldados de la Santa Alianza y Crillon pudo llevar su columna por la calle de Saint Jacques hacia el puente de Saint Michel. Desde las ventanas altas continuaban arrojándoles piedras y disparando sobre ellos y tal vez quedasen una o dos barricadas por cruzar, pero éstas no debían estar muy bien defendidas, ya que al cabo de poco el contingente de la plaza Maubert llegó a orillas del río para encontrar el puente de Saint Michel completamente vacío de amigos, pero aún no en poder del enemigo, así que pudieron cruzarlo y llegar a tiempo de asistir al espectáculo de la catástrofe sufrida por el grueso de sus tropas.

En el *Marché Neuf monsieur* de Tinteville y otros partidarios del rey (incluyendo al parecer uno o dos funcionarios del municipio) llevaban varias horas arengando a los ciudadanos de los alrededores, discutiendo con ellos, asegurándoles que los soldados no

tenían intención de causar daño alguno a la ciudad e intentando convencerles de que retirasen las barricadas y dispersasen sus fuerzas. El resultado de sus esfuerzos fue bastante satisfactorio, ya que cuando el Mariscal Aumont dio orden de retirada general (tuvo que creer, si es que llegó a pensar en ello, que el contingente de Crillon se había unido a la guardia del *Petit Pont*), los suizos cubrieron los primeros metros de su marcha sin ser atacados ni recibir daño alguno.

Pero los oradores con sotana de la Santa Alianza empezaron a gritar: «¡Castigad a los Amalecitas! ¡Que no escape ni uno!», y al pasar por la Madeleine una piedra arrojada desde cierta ventana dejó a un suizo tumbado en el arroyo, tras cuyo éxito las piedras comenzaron a llover sobre ellos sin parar. Seguidamente los arcabuceros abrieron fuego desde tejados y ventanas. El clamor de las campanas de alarma llenó de nuevo el aire. La columna siguió avanzando confusamente, sólo para encontrar que una vez en el puente de Nôtre Dame, hacia la mitad de éste, su avance quedaba irremediablemente cortado. Desde las altas casas de ambos lados del puente «nos arrojaban», escribió un capitán suizo, «grandes piedras, troncos de madera y toda clase de muebles. Así nos encontramos entre una maraña de barricadas mientras algunos caballeros, acompañados de soldados y muchos individuos armados con arcabuces, disparaban sobre nosotros como si fuésemos enemigos del rey. Entretanto numerosos y extraños monjes no cesaban de gritar incitando a la gente contra nosotros como si fuésemos hugonotes y profanadores de objetos sagrados».

Durante un buen rato los suizos aguantaron la furiosa embestida del pueblo al que tenían orden de defender igual que si se tratase de algo tan sin sentido como una

tempestad, como si no pudiesen dar crédito a lo que ocurría. Luego, comoquiera que se prolongaba demasiado, y entendiendo que su vida estaba en peligro, arrojaron las armas al suelo y empezaron a pedir clemencia persignándose y sacando rosarios, crucifijos o escapularios, para demostrar que eran católicos, mientras gritaban: *«Bon chrêtien! Bon France! Bon Guise!»* y otras tantas expresiones igualmente conciliatorias que conocían en idioma francés. Poco después se presentó Brissac, quien, rescatándolos de sus atacantes, los condujo, desarmados y prisioneros, de nuevo al *Marché Neuf*, donde igualmente se le rindió Crillon.

En la plaza de Gréve y el cementerio de los Santos Inocentes, las tropas del rey se mantuvieron firmes, respondiendo al tiroteo de los rebeldes, por lo cual casi no sufrieron daños personales, pero ya que la muchedumbre de ciudadanos crecía en número y furor, cada vez se les antojaba más difícil volver al Louvre y más probable ser asesinados allí. Por entonces los capitanes de los «Dieciséis», sintiéndose más dueños de la situación, enviaron un irónico mensaje al rey informándole de la apurada situación de sus tropas. Enrique envió a Biron al propio duque de Guisa con el especial ruego de que salvase la vida de sus hombres.

El duque de Guisa había permanecido todo el día en su mansión, donde dio audiencia a dos emisarios. Por la mañana se presentó Bellièvre para ordenarle calmase a los suyos y se retirase con sus partidarios de París. Poco después fue a visitarle la reina madre, quizá de parte del rey o quizá, probablemente, por cuenta propia. Esperaba encontrarle agradecido por su intervención del lunes y por lo tanto dispuesto a negociar con ella algo así como un tratado de paz. Ante ambos emisarios, el duque se

había encogido de hombros. Admitió que le dolía ver que el pueblo de París considerase necesario defenderse de su rey, pero en modo alguno quiso hacerse responsable de lo que en las calles estaba ocurriendo. Era fácil comprobar que él en aquellos momentos no estaba armado ni dirigía la insurrección, sino que por el contrario permanecía tranquilamente en su casa. En cambio, ante la súplica del rey relativa a finalizar la matanza, reaccionó en seguida por entender que de la misma se desprendía una completa capitulación. Tal como iba vestido —pantalones de montar, jubón de raso blanco y un latiguillo en la mano por todo armamento—, salió a ejercer su pacífica misión.

Por las calles fue saludando como un conquistador. «¡Viva Guisa! ¡Viva Guisa!» y con gritos de «¡Buen momento para escoltar a su señoría hasta Reims y para coronarle!» «¡A Reims!».

«Silencio, amigos», gritó a su vez el duque, riendo. «¿Acaso queréis mi ruina? Vale más que gritéis ¡Viva el Rey!». Así, rodeado por una incesante muchedumbre de admiradores, se encaminó hacia el cementerio, la plaza de Gréve y el *Marché Neuf* ordenando al pasar que las barricadas fuesen destruidas. Luego volvió atrás y condujo a los regimientos del rey a través del centro de la ciudad. Marchaban éstos con todas sus armas, pero con banderas plegadas, mechas apagadas, mosquetones hacia abajo y bandas de música en silencio, como un ejército que ha capitulado y abandona una ciudad rendida al enemigo. Si alguna otra persona que no fuese el duque hubiese siquiera intentado arrebatarle la presa, ahora que había empezado a oler a sangre, el pueblo de París habría montado en cólera, pero con Enrique de Guisa todo era distinto. El no podía equivocarse. Su generoso gesto no hizo sino acrecentar su popularidad. A lo largo de todo el

recorrido entre el *Marché Neuf* y el Louvre fue avanzando entre una tormenta de delirantes vítores. Si Enrique de Guisa no hubiese sido, desde hacía tiempo, rey de París, habría sido reconocido como tal desde aquel momento.

París durmió poco aquella noche. Se encendieron hogueras en todas las calles y los ciudadanos armados se instalaron alrededor de ellas cantando himnos de la Santa Alianza, rememoraron su reciente proeza e hicieron planes para las que habían de realizar al siguiente día. En el Louvre se durmió todavía menos. Los fatigadísimos soldados cabeceaban de sueño junto a sus armas, por patios y bodegas, oscuros pasillos y cocinas de la planta baja. En el piso alto los salones eran iluminados por las velas y antorchas y los cortesanos mantenían una constante vigilancia junto a ventanas y escalinatas, empuñando desenvainadas espadas. El rey fue quien menos durmió. Su madre había regresado al anochecer para dar cuenta de su segunda entrevista, aquel día, con el duque de Guisa. Enrique se veía obligado a confiar en ella. No podía confiar en nadie más; ni siquiera en sí mismo. Pero Catalina, que tantas veces, a fuerza de paciencia y habilidad, arrancó una casi victoria en los umbrales de la derrota total, aportó sólo esta vez tristes noticias. Si Enrique de Valois disolvía su guardia y sus partidarios, cambiaba la línea de sucesión del trono en el sentido deseado por los católicos, y delegaba su poder en la persona del duque de Guisa y demás grandes señores de la santa Alianza, el duque permitiría a Su majestad seguir llamándose a sí mismo rey de Francia. Después de oír a su madre, el rey guardó silencio unas horas. Se sentó en el gran salón de audiencias —«era exactamente la imagen de un muerto»— y dejó que las lágrimas corriesen lentamente por sus mejillas, mientras de vez en cuando

repetía entre suspiros: «¡Traicionado! ¡Traicionado! ¡Cuántas traiciones!». Habían sido tantas, verdaderamente, que el propio Enrique no podía recordar cuándo empezaron, ni siquiera cuántas fueron obra suya. Era demasiado tarde para contarlas. Muy tarde también para lamentarlas. No es de extrañar que el doctor Cavriana, que desde una respetuosa distancia observaba el dolor del rey, escribiese que aquel día —12 de mayo— había de ser recordado como el más triste de todos en la historia de Francia, y que Etienne Pasquier, que contemplaba desde una ventana la cada vez más numerosa multitud reunida junto a las hogueras, declarase que los acontecimientos de aquel día habían puesto fin a su incredulidad en los astrólogos, ya que Regiomontanus había predicho la inigualable catástrofe. Desde cualquier punto de vista, el 12 de mayo resultó una fecha histórica. En el primer momento de euforia por el triunfo, y prescindiendo generosamente de todo pedantesco rodeo, el duque de Guisa escribió a uno de sus capitanes en estos términos: «He derrotado a los suizos y a una parte de la guardia real y tengo tan sitiado el Louvre que espero dar buena cuenta de todos los que se encuentran en su interior. La victoria es tan grande que nunca podrá ser olvidada».

Pero algunos de sus aliados no veían aún tan clara la victoria. Durante toda la noche los mirlos de la Santa Alianza, dando muestras de poseer una garganta de hierro, siguieron gritando ante el cambiante público anunciando que había llegado el momento de terminar para siempre con el villano Herodes. Brissac, Crucé y otros de los «Dieciséis» opinaban lo mismo y antes del mediodía, más borracho del generoso vino del triunfo que del que durante toda la noche corrió por las abiertas

espitas de diversos barriles, el pueblo de París, afluyendo de todos los barrios inició su marcha hacia el Louvre. El rey vio cómo la multitud iba creciendo y juzgó su estado de ánimo por el estruendo que hacían. Una vez más, rogó a su madre que fuese a ver al duque para suplicarle calmase a la plebe. Pero Enrique de Guisa manifestó que no estaba seguro de poder conseguirlo. Alegó que era difícil encerrar a una manada de toros furiosos. Y mientras hablaba con Catalina, se alzaron barricadas alrededor del Louvre y ochocientos estudiantes de la Sorbona, a las órdenes de Brissac, más cuatrocientos monjes armados, se aprestaban al asalto. El grito de «Vamos ya, saquemos de su Louvre al maricón del rey» se iba extendiendo.

Era, no obstante, demasiado tarde. Enrique estaba enterado de algo que la reina madre ignoraba, que la ruidosa muchedumbre de la calle no podía sospechar y que el propio duque de Guisa quizá tampoco conocía. La Puerta Nueva carecía de guardia. Casi inmediatamente después de ausentarse su madre, el rey, con un pequeño grupo de capitanes y consejeros —que le acompañaban o le seguían—, salió por la no vigilada Puerta Nueva, situada en un extremo de los jardines del Louvre y, atravesando rápidamente las Tullerías, llegó al establo, montó a caballo y se alejó hacia Saint Germain. Así llegó hasta lo alto de la colina de Montmartre, donde aflojó las riendas para echar una última mirada a su amada ciudad y recurrir a la elocuencia que le caracterizaba. «Adiós, París», le oyó decir uno de sus acompañantes. «Te he honrado por encima de cualquier otra ciudad de mi reino. Por tu gloria y riqueza he hecho más que ninguno de mis diez antecesores y te he amado más que a una esposa, más que a un amigo. Tú ahora, a cambio de ese amor, me das

traición, insultos y rebeldía. Pero me vengaré». Al llegar a esta frase hizo un solemne juramento. «Cuando vuelva a entrar», añadió, «será a través de una brecha en tus murallas». Antes del anochecer la real comitiva cruzó el Sena. Durmieron cerca de Saint Germain y al día siguiente llegaban a Chartres, donde fueron muy bien recibidos.

El duque de Guisa estaba aún hablando con la reina madre cuando le fue dicho que el rey había huido del Louvre. «¡Señora», gritó, «me estáis engañando! Mientras me entretenéis aquí en conversación, el rey ha escapado de París para trasladarse a donde le sea posible buscarme complicaciones. ¡Soy hombre perdido!». Puede que la consternación del duque fuese sincera, pero quizá pensó que el hecho de tener al rey en su poder (ya fuese como prisionero o como cadáver) podía resultar embarazoso, siéndole igualmente tener que protegerle de sus propios aliados parisienses decididos a reducirle a uno u otro estado. De los tres Enriques, el de Guisa quizá fuese el que menos convicciones tenía, y el político más blando, y fácilmente inclinado a desviarse del logro de sus fines. Pero era también militar de experiencia y cuando afirmaba que había sitiado una plaza no era fácil descuidara alguna de sus puertas de salida o entrada. Puede que alguien olvidase ordenar que fuese vigilada la Puerta Nueva o quizá alguien ordenó que la dejasen sin guardia. En todo caso, el duque estaba casi seguro de haber terminado con el poder del rey. En adelante, nadie sino él sería dueño de Francia.

Pero no todo el mundo compartía su opinión. Cuando Alejandro de Parma tuvo noticia de la revolución de París, ordenó se encendieran hogueras en señal de regocijo, pero al saber que el duque había salvado a los suizos de manos de la plebe, que no consiguió que se asaltara el Louvre y

que como remate final había dejado escapar al rey, moviendo la cabeza de un lado para otro, dijo: «El duque de Guisa no conoce nuestro proverbio italiano. Ese de que: "quien desenvaina la espada contra su príncipe, debe arrojar lejos la vaina"».

Si Bernardino de Mendoza sintió inquietud por la huida del rey no dio absolutamente muestras de ello. A través de las líneas de su relato —severamente ceñido a los hechos— sobre los acontecimientos del día de las barricadas, es fácil entrever el orgullo del artífice ante la perfecta y puntual realización de un trabajo complicado y difícil. Que Enrique III se sometiese al duque de Guisa o que intentase resistirle, poco importaba. Epernon ya no podía dominar Normandía, ni existía peligro de que los franceses molestasen a los Países Bajos aprovechando la ausencia del duque de Parma. Los flancos de éste y los de Medina Sidonia quedaban asegurados. Por lo que hacía referencia a Francia como posible peligro, la Armada había zarpado en perfecta seguridad. Exactamente tal como Mendoza prometiera.

NOTAS

Como para el XVIII, especialmente la narración de Mendoza de 9-13 de mayo (Simancas, *Estado*, K. 1568, fol. 31) y *BU. Nat. MSS français*, 15909. Además, las acostumbradas narraciones impresas, del «Día de las Barricadas», especialmente L'Estoile, *Journal* y *Archives Curieuses* (*ut. up*) XI, 324-448. Como se podía esperar, las narraciones contemporáneas no concuerdan siempre, y me vi obligado a resolver las contradicciones lo mejor que pude. En la mayoría, he tratado de seguir al narrador mejor situado para la observación, especialmente cuando no hay ningún motivo aparente de tergiversación

voluntaria. Por ej., para los acontecimientos dentro de la esfera del mayordomo de la reina madre, doctor Cavriana (en Canestrini, IV) y A. C. Davila *Guerra Civile de Francia*); para las condiciones de las calles particularmente las de los alrededores de la Place de Gréve y de la Rue St. Antoine cir 9 a. M., J.-A. de Thu (*Memoires*, e *Histoire Universelle*, bk. xc) porque visitó a Guisa, aproximadamente por este tiempo. Para los sucesos de Place Maubert y de las cercanías de Nôtre Dame, los capitanes de los suizos que allí estaban («Lettres des Capitaines des Suisses à la Reine Mere» en *Bib. Nat. MSS français*, 15909, fol. 98 ff) y para las circunstancias de la huida de Enrique II de París, Cheverny y Bellièvre, que le acompañaron. La carta de Guisa del 13 de mayo a D'Entragues, está impresa en *Memoires de la Ligue*, II, 313.

# LA INVENCIBLE SE HACE A LA MAR

De Lisboa a La Coruña, 9 de mayo-22 de julio de 1588

CAPÍTULO
XX

En realidad cuando Mendoza escribió esas líneas, la Armada aún no había zarpado. A pesar de la actividad desplegada desde que el duque recogió el estandarte bendecido, sólo hasta el 9 de mayo —precisamente el día en que el duque de Guisa entró en París— no fue embarcado el último barril ni llegó a bordo el último recluta. Aquella misma mañana las naves comenzaron a desplegar velas algo más allá de Belem, pero todavía en el estuario tuvieron que anclar de nuevo y esperar. Soplaba un viento fuerte, procedente del mar directamente hacia la desembocadura del río; soplando en ráfagas tormentosas, pareciendo más un temporal de diciembre —según dijeron los prácticos del puerto la Medina Sidonia— que propio del mes de mayo.

A todo lo largo de la costa del Atlántico estaba resultando un mayo entraño, casi tan violento como pronosticaran los astrólogos. En Normandía —adonde, después de abandonar su cargo, se había retirado Epernon—, unas tempestades de granizo sin paragón en la historia asolaron campos y huertos, matando, al decir de muchos, todo el ganado. En Picardía, donde Aumale seguía golpeando en vano las puertas de Boulogne, la lluvia

convirtió las carreteras en cenagales y los arroyos en torrentes infranqueables. A la altura de Flandes, las naves de Howard y Seymour sufrían embates y zarandeos e incluso los poderosos barcos de guerra holandeses, construidos especialmente para aquellas aguas, tuvieron que refugiarse en Flesinga dejando que los elementos se encargasen de bloquear el paso al duque de Parma. La Armada, bloqueada igualmente por los elementos, tuvo que seguir anclada durante casi tres semanas a la altura de Belem.

Durante este intervalo, Felipe tuvo tiempo de enviar noticias y nuevas instrucciones a su capitán general. Se decía que la flota inglesa era poco potente. (Noticia ésta procedente de Mendoza, quien confió en exagerados informes sobre las acusaciones contra Hawkins). Probablemente Drake se fortificaría en Plymouth (como casi todos en el continente, Felipe hablaba de la flota inglesa como de una continuación de Francis Drake) y, o bien rehusaría presentar batalla o zarparía una vez la Armada hubiese continuado su ruta, para atacarla por la espalda cuando las naves españolas se encontrasen luchando con la otra flota inglesa cerca de Dunquerque. (Felipe estaba bien informado con respecto a la disposición de las fuerzas inglesas). Puede que Drake esperase el momento para atacar a que los soldados comenzasen a desembarcar. Convenía, pues, que el duque no debilitase demasiado su flota antes de vencer a Drake. Después de establecer contacto con Alejandro de Parma, podría atacar a los ingleses en el mar o en sus puertos, pero antes, aunque no debía rehusar combate, tampoco tenía que buscarlo. Por encima de todo no podía permitirse nada que le distrajese de la cita fijada, aunque Drake amenazara las costas españolas.

A Felipe le gustaba anticipar a sus subordinados todas las eventualidades susceptibles de surgir y también darles órdenes precisas, específicas, para actuar en cada caso. Había informado, por ejemplo, repetidamente a su capitán general de que los barcos ingleses serían más rápidos que los suyos y que dispondrían de más cañones de largo alcance, por lo cual, a buen seguro, preferirían mantenerse a distancia. (¡Como si el duque no hubiera sido repetidamente advertido de ello por todos!). Era, pues, conveniente, según el rey, darles alcance y obligarles a luchar de cerca. Pero lo que Felipe olvidó decir es cómo podía llevarse a cabo tan interesante añagaza. Ahora bien, si las instrucciones de Felipe no siempre eran útiles, su intención principal quedaba muy clara. El duque tenía que reunirse con Alejandro de Parma a la altura del cabo Margate, cubriendo luego su desembarco y protegiendo su línea de abastecimiento. Todo ello, cuanto antes, mejor.

Por entonces, Medina Sidonia se hallaba deseoso de zarpar. La Armada se encontraba perfectamente dispuesta para ello. Todo lo que indicaron los soldados más experimentados, todo cuanto entraba dentro de lo posible, se había llevado a cabo. La flota se organizó con gran pericia profesional, teniendo en cuenta en primer lugar la capacidad combativa y de navegación de cada unidad, y en segundo lugar, la procedencia e idioma. La primera línea, formada por galeones, fue desplegada en dos poderosas escuadras: los galeones de Portugal (diez, incluyendo el *Florencia*) y los galeones de Castilla, también diez, algo más pequeños y peor armados que los portugueses, pero reforzados por cuatro grandes barcos, normalmente ocupados en el comercio con las Indias Occidentales. El plan era que ambas escuadras actuasen

conjuntamente y antes de llegar al Canal, el comandante de los galeones de Castilla, Diego Flores de Valdés, subiera a bordo del *San Martín* (la nave capitana de Medina Sidonia) para actuar como jefe de Estado Mayor. También en primera línea se encontraban las cuatro galeazas de Nápoles, al mando de Hugo de Moneada. Estas pertenecían a un tipo de barco de galera híbrido, entre el galeón y la galera, rápidos, bien armados y susceptibles de avanzar a remo. Se esperaba mucho de ellos. En segunda línea, cuatro grupos de diez barcos cada uno, mercantes de grandes proporciones, algunos, por lo menos, bien armados; los vizcaínos, bajo el mando de Juan Martínez de Recalde los guipuzcoanos; bajo el de Miguel de Oquendo los andaluces, a las órdenes de Pedro de Valdés, y los levantinos (de Venecia, Ragusa, Génova, Sicilia y Barcelona), bajo el mando de Martín de Bertendona. Había también treinta y cuatro barcos ligeros y rápidos, zabras, fragatas y pataches, para reconocimiento y portadores de órdenes, algunos asignados a una u otra escuadra de combate, pero un grupo reducido (con un pequeño galeón que hacía las veces de nave insignia) siempre reunido para actuar como reserva. Finalmente contaban con una menos manejable escuadra de veintitrés urcas, carracas, barcos de carga y aprovisionamiento (entre los cuales pocos serían capaces de cuidar de sí mismos en una batalla) y cuatro galeras de Portugal aportadas en el último momento por razones hasta hoy ignoradas. En total, ciento treinta barcos, pequeños y grandes.

Se conocen bastantes detalles acerca de esta Armada mientras estuvo aguardando la salida de Lisboa. Medina Sidonia había redactado un informe completo no sólo con el orden de batalla por escuadras, sino con el nombre de

cada barco en cada grupo, calculando su tonelaje, el número de cañones y sus completas dotaciones. Para mejor orden, añadió una lista de los caballeros aventureros que había a bordo de cada nave, indicando el número de combatientes a sus órdenes, los cañoneros, el cuerpo médico, los frailes y sacerdotes (ciento ochenta en total), la organización de los tercios, con listas de sus oficiales y capacidad de cada compañía, la artillería, los cañones de campaña, las armas pequeñas de toda clase, el suministro de pólvora (perfectamente granulada y especial para arcabuces, según se hace constar con orgullo), el número de balas de cañón de todos los calibres (123.790), el plomo para las balas y las mechas. También figuraba en el informe una lista de las provisiones, galletas, tocino, pescado, queso, arroz, alubias, vino, aceite, vinagre, agua, en tantos miles o cientos de miles de peso, o en tantas pipas, toneles y cubas. Aunque las cantidades no fuesen exactas (no lo eran, ciertamente), la abundante información resulta más detallada que ninguna correspondiente a otra flota del siglo XVI y aunque el total de fuerzas sumara menos de la mitad de los recursos en flota y ejército que había exigido Santa Cruz para acometer la empresa, seguía siendo, según demostraba el informe, una formidable armada. En la publicación oficial que recogía todos estos datos, se llama a esta flota «La felicísima armada», pero más adelante el lenguaje popular la apodó «la invencible», en tributo obligado a su temible poderío. Como a los españoles les gusta ser irónicos, esta Armada se ha denominado desde entonces «La Invencible».

Resulta bastante extraño que un informe tan detallado como el de Medina Sidonia fuese publicado sin reserva alguna. Actualmente un documento así se clasificaría

como «alto secreto» hasta que el enemigo llegase a conocerlo en toda su extensión. Por aquel entonces, mientras era redactado, los agentes de Walsingham tuvieron que esforzarse mucho en recoger algún detalle de tan abundante información. Y sin embargo, el trabajo era publicado, relativamente con pocos cambios y quizás alguna exageración, en Lisboa, sólo diez días más tarde de haber quedado finalizado, cuando la flota aún estaba detenida en el Tajo. Dos semanas después se publicó otra edición en Madrid con «correcciones» oficiales. Desde allí fue extendiéndose por Roma, París, Delf, Colonia, tan rápidamente que en Amsterdam se vendían copias antes que la *San Martín* alcanzase el cabo Lizard. A las listas interminables de petos y lanzas, pescado y galletas, los impresores protestantes añadieron tantos látigos y cadenas, parrillas y tenazas, potros de tormento y empulgueras como creyeron serían del agrado del público, y los más listos guardaron el original de imprenta para cuando surgiesen nuevos rumores que justificaran alguna nueva publicación sobre la Armada española. Por supuesto, en tanto alarde de fantasía en alguna de las últimas ediciones se registraba errores de cifras y también de hechos, pero aun la menos exacta de una idea aproximada del informe que fue entregado al rey y al Consejo Militar y que fue editado con la aprobación oficial en Madrid. Howard y sus capitanes habrían podido —de así quererlo— llevar consigo una copia exacta del orden de batalla del enemigo, basada en la información que este mismo enemigo facilitaba. Burghley guardó una en su poder. Cabe imaginar que el Consejo Militar de Madrid creyó que el valor propagandístico de su demostración de fuerza les favorecería más de lo que podía perjudicarles la información derivada de todo ello.

Quizá, finalmente, también ellos sintieron la sublime confianza de su dueño y señor.

Por el momento, Medina Sidonia tenía tanta seguridad en la victoria como todos los demás. Estaba impresionado por la organización perfecta que él y sus colaboradores habían conseguido. Calcularon las señales y otros sistemas de comunicación entre los grupos, fijado los puntos de encuentro y creado una serie de órdenes de navegación y otra de instrucciones para el combate. Habían distribuido a los pilotos de más experiencia para que cada jefe de escuadra dispusiese al menos de varios españoles, bretones, holandeses e ingleses renegados, excelentes conocedores del Canal y del mar del Norte. Habían recopilado, multiplicado y distribuido en cada una de las embarcaciones una serie de rutas de navegación que si bien eran poco detalladas en lo relativo a la costa oriental al norte del estuario del Támesis, y algo equivocadas con respecto a Irlanda, resultaban magníficas desde las islas Scilly a Dover, con marcas, entradas de puerto, sondas, mareas y notas sobre los principales arrecifes y peligros. Antes de recibir instrucciones del rey acerca de la probable táctica de Drake, ya se había proyectado una especial disposición para enfrentarse con tal contingencia. Satisfecho de sí mismo, el duque envió a su señor un completo plan de operaciones. Si toda esta eficiencia profesional hizo más por acrecentar la confianza de Medina Sidonia en la victoria que la seguridad que un santo fraile le iba dando, diciendo que Dios, sin duda alguna, dispondría el triunfo de España, es algo que se ignora. Quizá lo que influyó más en él fue sencillamente que la flota que mandaba, dispuesta al fin para su encuentro con el enemigo, con sus resplandecientes castillos de combate recién construidos y

pintados, sus estandartes ondeando en lo alto de los mástiles y sus cubiertas repletas de gallardos caballeros, tenía realmente un brillante y alegre aspecto y en verdad parecía invencible.

Tan pronto como mejoró el tiempo lo suficiente para que pudiesen zarpar, el duque abandonó el río de Lisboa. El 28 de mayo, con su nave insignia, el *San Martín*, a la cabeza, los reales galeones de Portugal pasaron ante el castillo de San Julián, devolviendo las salvas de saludo que les eran dirigidas desde el fuerte. El 30 de mayo, pese a vientos contrarios e inciertos, la flota llegaba al mar, navegando de bolina, con brisa del Noroeste, con las urcas tan a la deriva que si conseguían no verse dispersas, la Armada se encontraría al sur del cabo Espichel antes de disponer del espacio necesario para cambiar el rumbo.

La flota permaneció unida, lo cual, según pronto advirtió su jefe, significaba «ajustar nuestro avance a la velocidad del más miserable barquichuelo entre los que nos acompañan». Buen número de urcas demostraron ser lentas y mal ajustadas a los cálculos de navegación, de manera que el 1 de junio, después de cuarenta y ocho horas de viaje, la nave insignia aún se encontraba al sursudoeste de la roca de Lisboa, total que, desde que salieron del río habían recorrido unas quince millas marítimas. El avance ante las costas españolas no resultó sencillo. El tiempo no les favorecía. Algunas veces, en el transcurso de un solo día, los vientos recorrían el compás, soplando del Este y el Sur, el Oeste y el norte para volver a soplar del este otra vez. Otras, no soplaba viento alguno y la gran flota quedaba a la deriva, perezosamente, sin dejar estela, con el velamen flojo, mecida irremediablemente por el fuerte oleaje del Atlántico. Otras aún se originaban repentinas y furiosas borrascas, casi

siempre, y sin remedio, de la cuarta que menos convenía. Con un tiempo así y una flota tan heterogénea, tardaron trece días en llegar a Finisterre desde la roca de Lisboa, distancia apenas superior a unas 160 millas marítimas.

Sólo hubo una compensación para tan exasperante paso de tortuga. La lentitud ofrecía la posibilidad de remediar el error inicial de preparación que más preocupaba por entonces a Medina Sidonia, es decir, la cuestión provisiones. En Lisboa, y como se hacía lógicamente en la España del siglo XVI, se habían almacenado muchos víveres, pero en la larga espera del invierno se consumieron grandes cantidades y era humano que hubiesen comenzado por los más frescos. Cuando se hizo cargo del mando, el duque de Medina Sidonia puso nuevamente en vigor la orden de que primero habían de abrirse los barriles y bolsas que llevaban más tiempo almacenados a bordo. Se ignora si la orden fue o no cumplida. Pero como mayo era cada vez más caluroso y la flota seguía en el río y diariamente algo se echaba a perder, la situación se tomaba alarmante. Hasta el último momento el duque hizo requisar los campos de Lisboa y apeló a Madrid para conseguir víveres. Al levar anclas dio orden de que si llegaban nuevas provisiones se las remitiesen en seguida. Anteriormente ya había rogado que todas las provisiones que pudieran ser reunidas en los puertos del Norte se cargasen en barcos de abastecimiento que podían salir a su encuentro a la altura de Finisterre, permitiendo así que la Armada llenase de nuevo sus bodegas aunque fuese en alta mar.

Durante cuatro días la flota vagó por las cercanías de Finisterre en busca de las retrasadas embarcaciones de avituallamiento y de nuevo se produjo un suceso desagradable. Prácticamente casi todas las naves de la

flota informaron de que pronto carecerían de agua potable. Aunque los barriles se habían llenado hacía un mes, y forzosamente tenía que haber agua para tres o cuatro meses más, muchos estaban demostrando su deficiencia y a menudo el agua contenida en ellos se había echado a perder y hedía. Lógicamente saldrían más barriles en malas condiciones y con ellos más agua podrida. Se reunió consejo militar, acordándose por unanimidad de todos los «generales» y jefes de escuadra que la flota anclase en La Coruña para recoger cuantas provisiones fuera posible reunir, y sobre todo, agua.

Esto ocurría el domingo 19 de junio, veinte días después de que la flota abandonase Lisboa. Cuando la nave insignia de Medina Sidonia pudo fondear, el sol se ponía ya y los jefes decidieron que antes que completar la operación en plena noche, el sector de la flota más lejano a la entrada del puerto quedase en alta mar, navegando de aquí para allá, hasta el amanecer. Más de cincuenta barcos, pequeños y grandes, entraron finalmente en el puerto antes de oscurecer. Los más lentos, casi todas las urcas y la mayoría de los levantinos vigilados por la escuadra de Recalde, compuesta por más de seis o siete galeones, cuatro galeazas y algunas embarcaciones ligeras, volvieron atrás, quedando más allá del cabo. La noche se presentaba tormentosa, con inciertos y variables vientos.

Poco después de medianoche, y procedente del Sudoeste, se desató la peor tormenta de toda aquella abominable estación. Incluso en el bien resguardado puerto de La Coruña, rompió amarras uno de los barcos, y una pinaza, arrastrando su ancla, chocó con un galeón. Afortunadamente, las unidades que estaban lejos disponían de varias millas de mar abierto a sotavento y

pudieron escapar. Era su única posibilidad. Sin embargo, con la precipitación se desperdigaron.

En el atardecer del 21, la tormenta amainó lo bastante como para que el duque pudiera enviar alguna pinaza en busca de los barcos desaparecidos. Ya anteriormente había enviado algún despacho a lo largo de la costa y sabía que Leyva, con diez barcos, urcas, levantinos y una pinaza, se encontraba en el cercano puerto de Vivero y que dos de las galeazas habían buscado refugio en Gijón. Al día siguiente se presentó Juan Martínez de Recalde con dos galeones y ocho barcos más, pero la situación seguía siendo apurada. El día 24 todavía se ignoraba el paradero de dos galeazas y de otros veinticinco grandes barcos, incluyendo el galeón de Florencia, uno de los galeones de Castilla y las dos mejores naves de la escuadra de Recalde. De los veintidós mil soldados y marinos con que contaba la flota, seis mil se hallaban en los barcos extraviados, y de los dieciséis mil restantes, muchos se encontraban gravemente enfermos, de tifus los más, y otros —bastantes— de escorbuto y disentería, debido a los alimentos en malas condiciones que habían ingerido. Casi todos los barcos que huyeron de la tempestad estaban seriamente averiados, muchos hacían agua, otros quedaron sin mástiles y vergas o habían perdido el ancla o sufrido otros desperfectos.

Desde que abandonó Lisboa, Medina Sidonia iba sintiendo una creciente desilusión con respecto a la flota que mandaba. Cada día, durante el lento trayecto costa arriba, ponía de manifiesto nuevos errores, siendo el peor de todos la alimentación. Diariamente llegaban nuevos informes sobre víveres estropeados. Era evidente que numerosos barriles destinados a agua y provisiones habían sido fabricados con madera verde. El duque estaba

demasiado furioso para hacerse cargo de que, como todo el mundo, durante la confusión y el desorden del invierno anterior, los contratistas quizá no pudieron hacer más. Probablemente sólo les fue posible hallar duelas de madera verde. Sobre la flota anclada en La Coruña se extendía el fantasma de las hogueras que Drake había encendido en el cabo de San Vicente el año anterior. Las duelas perfectas que ahora deberían proteger víveres y bebidas para la Armada llevaban doce meses convertidas en cenizas.

Después de revisar la situación, el duque se sentó a escribir una difícil misiva. Recordó a Su Católica Majestad los recelos que le asaltaron —de los cuales dio cuenta debidamente— al hacerse cargo del mando de la flota, en Lisboa, y aun antes. Sus recelos fueron debidos, en parte, al hecho —tan evidente que hasta un optimista podía advertirlo— de que las fuerzas reunidas en Lisboa no estaban a la altura de la tarea que se les asignó, a pesar del conocido axioma que afirma que «el destino de un reino jamás debe arriesgarse en una prueba donde las fuerzas sean equilibradas». Ahora, con la flota desperdigada a causa de la tormenta, su potencialidad era aún menor y existían bastantes razones para temer que algunos de los barcos extraviados hubiesen sucumbido en la furia de los elementos o que hubieran sido apresados por corsarios franceses o ingleses. Parecía increíble, añadió cándidamente, que semejante desgracia ocurriese en pleno mes de junio, el mejor mes del año para navegar y a una flota entregada al servicio de Dios. (Las desgracias y contratiempos de las últimas seis semanas habían debilitado bastante, al parecer, la confianza del duque en los milagros). Además del número de barcos desaparecidos, proseguía Medina Sidonia, y los

desperfectos sufridos —incluía una detallada lista de ambos—, sus hombres estaban agotados por la enfermedad, y en cuanto a víveres y agua, la situación era mucho peor de lo que en principio supuso. En vista de todo ello —escribía— y de la información enviada por el duque de Parma según la cual contaba sólo con la mitad de los hombres que tuvo en octubre, suplicaba a su majestad considerase la conveniencia de concertar una paz con Inglaterra o de, por lo menos, demorar la empresa un año más.

La respuesta de Felipe fue inmediata y categórica. El duque tenía que hacer lo posible por remediar los mencionados fallos. Suponiendo que algunos no tuvieran solución, tendría que zarpar con menos posibilidades de las que en principio esperó, pero en todo caso quedaba obligado a zarpar a la primera oportunidad. El rey se mostraba firme en la decisión de no cambiar sus órdenes.

Es difícil decidir qué resulta más sorprendente, si el valor y la inteligencia reflejados en la carta del duque o la ciega confianza que se trasluce en la respuesta del rey. Para que un caballero español de la Edad de Oro rogase a su rey le relevara del mando antes de un ataque —por muy disparatado que éste fuese— hacía falta un valor moral tan poco corriente en aquel siglo, como corriente era el valor necesario para la materialidad de dirigir el ataque en cuestión. Nunca, nadie, había entregado a Felipe —ni volvió a serle entregado jamás— un cálculo tan íntegro y sincero de la situación en que se encontraba. Pero el caso es que desde hacía un año el rey prudente no había prestado atención a ningún prudente consejo. Era como si sólo escuchase una voz que gritaba: «¡Adelante en nombre de Dios!». La carta que dirigió a su almirante fue una repetición de esta orden.

Pero al menos no cometió el error de algún historiador del futuro. No consideró la carta del duque como prueba de que Medina Sidonia fuese un loco o un cobarde, inepto de todos modos para el cargo que ostentaba. Tampoco existen pruebas de que el intervalo de La Coruña justificase esta opinión ni diese pie a la creencia de que algunos subordinados del almirante opinasen así. El duque no confió sus recelos al consejo militar convocado en cuanto Leyva se les unió de nuevo. No creyó necesario revisar la situación con todos aquellos veteranos. Sólo inquirió si creían prudente que la flota saliese en busca de los barcos extraviados o bien que zarpase para Inglaterra o, por último, que permaneciese en La Coruña en espera de la llegada de las demás unidades. Sus oficiales replicaron, según la establecida costumbre, por orden inverso de antigüedad. Cuando les llegó el tumo, hablaron marineros y soldados. Casi por unanimidad se escogió la tercera alternativa. Parecía más prudente permanecer en La Coruña, reparar todo posible desperfecto, almacenar cuantos víveres y agua fuera dable hallar, y esperar el retomo de los barcos ausentes. Sólo un jefe de escuadra manifestó no estar conforme con la solución. Pedro de Valdés, «general» de la flota andaluza, era partidario de zarpar inmediatamente, opinando que existían pocas posibilidades de reponer las provisiones estropeadas y que con la espera su situación no haría sino empeorar. Su teoría fue final y debidamente registrada, además de lo cual escribió una carta personal al rey (en aquel tiempo la correspondencia naval no era enviada «por canales») reiterando sus argumentos y añadiendo que temía haber molestado al almirante con su obstinación. Pero ni siquiera él insinuó que su jefe fuera incompetente o que tuviese miedo.

La flota quedó dispuesta un mes después de la tempestad, pero, en resumidas cuentas, el retraso resultó provechoso. Se completaron las reparaciones necesarias; se carenaron, calafatearon y ensebaron tantos barcos como fue posible. En los puertos de Vizcaya se consiguieron algunas provisiones —galletas y pescado en salmuera—, y por si esto fuese, poco la posibilidad de alimentarse con carne fresca, verduras y pan tierno hizo maravillas entre la tripulación, mejorando su salud, sin hablar del ahorro que todo ello significaba para su almacenaje de víveres. Una de las primeras medidas que tomó el duque fue instalar un hospital en tierra para los hombres atacados de tifus. La temida epidemia fue vencida y los contingentes de soldados y marineros reincorporados dieron a la flota su antigua fuerza, salvo los normales engaños en la matrícula de revista.

Con todo, lo mejor fue que en el último momento se presentó la totalidad de barcos desaparecidos. Una parte llegó casi al Canal, uno cruzó entre las islas Scilly el cabo Lizard, apresando dos embarcaciones y acercándose a *Mounts Bay* sin divisar —cosa bien rara— ni un solo barco de guerra inglés. El otro, antes de volver navegando con viento del norte a La Coruña, había vislumbrado lo que bien podía ser grueso de la flota de Drake. En todo caso, hacía el 21 de julio la situación volvía a ser prácticamente la de dos meses atrás, y aunque el duque seguía preocupado —según luego se demostró, acertadamente— por las grietas de los barriles, se sabía en cierto modo mejor preparado de lo que había estado en Lisboa. Cuando finalmente la Armada, con las velas hinchadas por un suave viento del Sur, puso proa a Inglaterra, Medina Sidonia se sentía otra vez prudentemente optimista.

Como para el Capítulo XVII, más arriba, en particular Fernández Duro, Herrera Oria y el duque de Maura. Detallado informe oficial del poderío de la Armada en Herrera Oria, pp. 384-435, procedente de la copia impresa (Lisboa, 9 de mayo de 1588, por Antonio Álvarez), en los archivos de Simancas, más detallada que la que se halla en Fernández Duro, reimpresa por Laughton. Este último omite dos pequeñas pinazas de la lista del escuadrón de Oquendo, de manera que sólo hay 128 hombres, aunque da el total correcto de 130 barcos, motivo de equívoco para los historiadores posteriores. Otras ediciones: P. de Paz Salas, *La felisissima armada etc.* (también Lisboa, *Álvarez*); *Relación verdadera del Armada... juntar en Lisboa... salir... 29 de mayo*, Madrid (viuda de Alunzo Gómez, 1588), fuente de muchas de las ediciones subsiguientes. *Le vray discours de l'armée, etc.* (París, G. Chaudiére, 1588); *Warhaftige Zeitung und Beschreibung* (Colonia, 1588); *Relatione vera dell'armata, etc.* (Roma, Vicenzo Accolti, 1588). *Die wonderlijcke groote Armada... van Spaengien* (Gante, 1588), y también antes, hay un texto independiente, pero cuyo sumario de las fuerzas españolas parece basado en la edición de Madrid ya mencionada.

# «LA VENTAJA DE TIEMPO Y LUGAR»

Plymouth, el Sleeve y Vizcaya a 45° Norte
18 de abril a 30 de julio de 1588

## CAPÍTULO XXI

El mal tiempo y el deficiente almacenaje de víveres preocupaba a los capitanes ingleses tanto como a los españoles. Los barcos de la reina que en el mes de abril se hallaban dispuestos a zarpar eran aprovisionados por un primitivo sistema, es decir, sin método alguno. Se les entregaban de una vez las raciones para un mes entero y hasta agotarse éstas no se les suministraba de nuevo. Desesperado, el Lord Almirante escribió desde Margate: «Nos toca ahora avituallamiento para el 20 de abril y esos suministros han de duramos hasta el 18 de mayo… (Según informes recibidos) el momento apropiado para la llegada de las fuerzas españolas parece ser a mediados de mayo, es decir, hacia el 15. Por entonces tendremos provisiones para sólo tres días. No encuentro sensatez en todo ello». Seguidamente se extendió en consideraciones acerca de lo muchísimo mejor que hubiese ido todo en tiempos de «el rey Enrique, padre de su majestad».

Howard se equivocaba en sus cálculos históricos, pero no en su logística. Lord Burghley, a quien iba dirigida la carta, comprendió que si bien en el pasado todo se habría

llevado de igual forma, había llegado el momento de cambiar. Buena voluntad, tanto por parte de la reina como de Burghley, no faltaba. Tampoco, aunque Drake sospechase algunas veces lo peor, existía traición por parte de una soberana demasiado crédula y sus pocos sinceros consejeros. Ni tampoco existía falta de dinero o poca inclinación a gastarlo. Simplemente fallaba la organización necesaria para el aprovisionamiento de grandes cantidades de víveres y bebida en condiciones de ser almacenados a bordo durante meses. El esfuerzo naval que realizó Inglaterra en 1588, al igual que el de España, no tenía precedentes en la historia, y en materia de aprovisionar grandes expediciones los ingleses resultaban más inexpertos que los españoles. Para mantener abastecida una flota importante con raciones para dos o tres meses, teniendo en cuenta que los hombres de la tripulación consumen cuanto va llegando, hace falta una organización que no puede ser improvisada en un momento.

Con la llegada de la primavera, Drake sintió nueva impaciencia por zarpar. Había oído decir —y lo creía cierto— que el rey de España tenía en el puerto de Lisboa de cuatrocientas a quinientas naves dotadas de una tripulación de ochenta mil marineros y soldados. A pesar de ello, con cuatro galeones más de mediana calidad —pertenecientes a la reina— y algunos barcos de Londres, con los que reuniría un total de cincuenta unidades, estaba dispuesto a contener el avance español en sus propios mares. No es que creyese posible repetir en Lisboa su hazaña de la bahía de Cádiz, pero según confesó más tarde a un historiador italiano, pensaba bloquear la costa para que la flota española no pudiera salir fácilmente del río y, caso de conseguirlo, atacarla y acosarla para que

nunca llegase a Inglaterra. Por otra parte, según dijo también a Petruccio Ubaldini, el bloque iría combinado «con diversos ataques en diferentes puntos de la costa) para así estimular el valor de los ingleses, ya que siempre es más seguro pelear lejos que cerca de la patria y a toda costa había de evitarse que la Armada entrara en el Canal para reunirse con las fuerzas del duque de Parma. Si Ubaldini no miente en su relato, Drake añadió que esperaba realizar su plan sólo con cincuenta barcos por estar seguro— y no era un engreído— de que su nombre inspiraba terror a lo largo de toda la costa española.

El terror que su nombre producía era su fuerza principal. Tenía la certeza —y podía tenerla— de que con *«el Draque»* merodeando junto a sus costas, los españoles jamás se atreverían a zarpar para Inglaterra; así podrían alternar un provechoso verano entre el pillaje por alta mar y por tierra y jugar al escondite con la flota española, en cuyos ardides era consumado maestro. De marchar todo bien, el juego en cuestión le ofrecería oportunidad para vencer a los españoles por completo. Y si iba mal, conseguiría mantenerlos a raya y tenerlos tan ocupados que ni siquiera podrían pensar en atacar Inglaterra.

Así, al menos, hay que imaginar su plan. El caso es que no se mostró demasiado explícito con Ubaldini, ni tampoco —según queda demostrado por su correspondencia— lo fue con la reina Isabel. Cuando por fin creyó que iban a permitirle zarpar, como su majestad inquiriese de qué forma pensaba atacar a la flota de Lisboa, afirmó que no podía decirlo. Hasta entonces veía dos cosas inseguras: la verdadera potencialidad enemiga y «la capacidad de nuestros hombres, que sólo podré juzgar cuando estemos navegando; un solo fallo, como el de Borough en Cádiz, pondría en peligro al resto, ya que el enemigo cuenta

ahora con un poderoso contingente total». Ahora bien, si Drake no especificó los detalles de su plan (puede que ni plan tuviese y que confiara en la buena suerte y la inspiración que nunca le fallaban) reveló, en cambio, el origen de su confianza. «Por lo que a mi pobre opinión respecta, creo que por fuerte que sea la flota de vuestra majestad cuando entre en contacto con el enemigo, Dios acrecentará las probabilidades de vuestra majestad por tierra y por mar diariamente. Y de una cosa estoy convencido: nunca hubo una flota tan poderosa como la que ahora se prepara contra vuestra majestad y la verdadera religión. No obstante, el Dios de todos los ejércitos es más fuerte y defenderá la verdad de su palabra». En cierto modo, Drake y Felipe se parecían mucho.

Si Drake ignoraba lo que iba a hacer, estaba, en cambio, convencido de que él era la persona indicada para hacerlo, en el momento y lugar oportunos.

«Vuestra majestad puede tener la seguridad (dice en la misma carta) de que si la flota sale de Lisboa, mientras nosotros tengamos víveres para no alejamos de esa costa, con la ayuda de Dios combatiremos. La ventaja del tiempo y lugar en todas las acciones de guerra es casi la mitad de la victoria, pero si no se aprovecha, se pierde la oportunidad. Por todo ello, si vuestra majestad me ordena zarpar con los barcos que tengo dispuestos y ordena que los demás nos sigan a la mayor brevedad, en mi pobre opinión habremos aplicado el mejor y más seguro método...».

Hasta aquí habla Drake, el genio naval, el hombre de religión entusiasta. Seguidamente, en lo que él mismo consideró una sentencia, se nos revela como jefe práctico:

«… así podrían aportar (se refiere a las embarcaciones que habían de seguirle) provisiones suficientes para ellos y para nosotros a fin de que por escasez no se pierda el esfuerzo, ya que difícilmente conseguiremos que un inglés, lejos del hogar, mal alimentado, sin ver posibles beneficios y recibiendo sólo golpes, siga a nuestro lado en la pelea».

Todo esto fue escrito dos días antes de que Medina Sidonia se hiciese cargo del estandarte ante el altar de la catedral de Lisboa. Pero las provisiones y los refuerzos tardaron más de un mes en llegar debido a las mismas tormentas de viento que tenían inmovilizada a la flota española en la desembocadura del Tajo. No parece probable que, dado el mal tiempo, Drake hubiese llegado a las costas de Lisboa, rebasando el *Land's End* y el Ushant, aun suponiendo que pudiera salir de Plymouth Sound, pero el caso es que despreciaba a los elementos en contra casi tanto como temía las intrigas humanas que, en su opinión, siempre le acechaban; así que siguió solicitando permiso para trasladarse inmediatamente a las costas españolas, en cartas urgentes y por lo menos una visita personal hecha a la corte, mientras la reina iba cambiando de opinión una y otra vez.

Resulta difícil saber hasta qué punto estuvo predicando a los ya convertidos. Porque Hawkins siempre había sido de su parecer y lo mismo puede decirse del Consejo de la Marina y de la mayor parte de los altos jefes de a bordo. Al principio, Howard parecía preferir una actitud defensiva, pero a partir de mayo (o quizá de abril) se unió a la mayoría defendiendo desde entonces su postura tan enérgicamente como el propio Drake. Por fin, la misma reina, aunque resistiéndose, empezó a considerar que los experimentados hombres de guerra podían, después de

todo, tener razón, y que la ventaja de tiempo y lugar —que podía dar la mitad del triunfo— se hallaba tal vez precisamente en las costas de España.

A la luz de lo que actualmente se sabe, cabe dudar de ello. En una cosa se equivocaba Drake completamente. Medina Sidonia tenía órdenes estrictas de ni distraer su atención en ninguna ofensiva de los ingleses y de avanzar con rumbo al Canal para reunirse allí con el duque de Parma sin importarle lo que Drake decidiese hacer. De haber confiado en la alarma que provocaría su presencia ante las costas españolas, y evitar de este modo que la flota zarpase, Drake quizá no hubiese conseguido detener el paso de la Armada. Por otra parte y según parece, estaba tan equivocado con respecto a la proyectada batalla hasta entonces sin precedentes, como el resto de los veteranos de ambas flotas. Al igual que Santa Cruz, estaba dispuesto a zarpar y a marchar al encuentro del enemigo para hacerle frente, contando sólo con treinta balas por cañón. En la práctica resultó que los ingleses gastaron muchas más municiones de las calculadas sin causar grandes desperfectos a la Armada. Estando como estaban a la altura de Weymouth pudieron remediar su error de cálculo; de haberse hallado cerca de Lisboa lo habrían pasado verdaderamente mal. Dadas las condiciones de las naves y marinos ingleses, sólo en caso de muy mala suerte podía ser inutilizada la escuadra de Drake, pero por otra parte a menos que un inesperado incidente le favoreciese, parecía imposible que Drake, sólo con cincuenta barcos — o quizás algunos más— consiguiera retrasar el avance de la Armada. De haber tropezado con los españoles en alta mar, y a juzgar por lo que sucedió más tarde, Drake habría gastado todas sus municiones sin alterar apenas la formación enemiga para acabar navegando

apresuradamente hacia cualquier puerto inglés, lo cual, dadas las circunstancias, habría significado una derrota inglesa capaz de destrozar, al menos, su moral y quizá de desnivelar el balance favorable de fuerzas en el Canal.

Es fácil ser prudente después de producirse los hechos, pero en la primavera de 1588 entre los expertos navales de ambos bandos nadie podía prever lo que verdaderamente iba a ocurrir. La importancia de las fuerzas en juego y la naturaleza de sus armas no tenían precedentes. Ninguna campaña naval de la historia —ninguna, hasta surgir los portaaviones— implicó tantos e incalculables factores. Por aquel entonces la opinión naval inglesa coincidía con Drake y fue el mal tiempo, al coincidir con la escasez de víveres más que el instinto de prudencia, lo que le impidió presentar batalla en las costas de Portugal en lugar en de en el Canal.

En cierto modo, la teoría de Drake para la ofensiva resultó casi demasiado efectiva. Había solicitado ocho galeones reales y un total de cincuenta barcos. Era casi el máximo mando independiente que podía esperar. Pero la reina decidió comprometer todo el grueso de sus fuerzas, catorce de sus galeones más pesados, la mayor parte de mercantes armados y otro voluntario. Con lo cual, automáticamente, el Lord Almirante se convirtió en jefe de operaciones. Quizá, pese a lo mucho que admiraba a Drake, la reina decidió que con Howard al mando había menos probabilidades de que la aventura se convirtiese en una simple expedición de piratería. O quizá pensó, sencillamente y con bastante lógica, que si tantas cosas iban a arriesgarse en la ofensiva, ésta había de ser cuanto más fuerte mejor. Drake aceptó de buen grado el cargo de vicealmirante que le confirió Howard y en los meses que siguieron no se tiene noticia de ninguna desavenencia

entre ambos. Según sus posteriores confidencias a Ubaldini, parece ser que Drake se sintió, sin embargo, decepcionado.

La llegaba de Howard a Plymouth y la ceremonia durante la cual izó Drake su bandera de vicealmirante de las flotas reunidas, son hechos correspondientes al 23 de mayo (calendario antiguo), 2 de junio según el calendario nuevo. En tal día, Medina Sidonia llevaba recorridas casi treinta millas al norte de la roca de Lisboa, constituyendo ésta su mejor jornada de navegación. Por supuesto, nadie en Inglaterra sabía que se encontraba ya en el mar. El mal tiempo había hecho que Howard se retrasase y seguramente se retrasaría aún más —exactamente como Medina Sidonia— debido a la lenta marcha de los barcos de avituallamiento y a algunos cambios efectuados en las instrucciones dadas; también, finalmente, por el mal tiempo otra vez, por la alarma que provocó la aparición, en las proximidades de Sleeve, de los barcos españoles desperdigados, por la auténtica indecisión con respecto a la posición a tomar si los españoles pretendían desembarcar en algún punto desde el este de Irlanda a Dunquerque y por la cada vez mayor resistencia de la reina en enviar su flota a España, teniendo en cuenta que —como ya era del dominio público— los españoles podían encontrarse a las puertas de su propio reino.

Tres semanas después de unirse a Drake, Howard, bloqueado en Plymouth Sound a causa del mismo temporal de viento que dispersó a los españoles, seguía solicitando libertad de acción y un mayor suministro de provisiones. En su opinión, todo era un oscuro complot de los españoles para retrasar sus movimientos y mantenerlos en la incertidumbre hasta que los víveres se les terminasen. Para entonces se verían obligados a

desmovilizar la flota por falta de recursos de alimentación. De haber sabido que Medina Sidonia, atormentado por igual problema, escribía por aquellas fechas su triste carta al rey Felipe aconsejando que la empresa fuese abandonada, se habría sentido algo consolado. Pero en Inglaterra se sabía poco acerca de los españoles y los rumores que corrían eran contradictorios. Howard tuvo que seguir tres semanas más jugando a navegar de aquí para allá, según la reina iba indicando, para encontrar el punto desde donde controlar todas las posibles entradas a Escocia, Irlanda e Inglaterra (Howard, de mal talante, alegó que el sitio no existía), persiguiendo a fantasmas escuadras españolas que se suponía fueron avistadas a la altura de Ushant o las islas Scilly y cada día más enojado porque los esperados barcos de avituallamiento seguían sin aparecer, sin hablar de su creciente preocupación por la salud y el estado de ánimo de sus tripulaciones.

Luego, de pronto, todo se aclaró. Se supo con toda certeza que el grueso de la flota española, tras quedar dispersa y perjudicada por el temporal, estaba reuniendo fuerzas en La Coruña. De Londres llegaron nuevas órdenes y provisiones y también instrucciones de la propia reina con respecto a la marcha. Si ello parecía conveniente, la flota quedaba autorizada a zarpar en busca de los españoles en sus propios puertos. Seguidamente se levantó una suave y fresca brisa del Noroeste. Howard, Drake y Hawkins ni siquiera aguardaron a terminar de cargar los víveres. Izaron velas para una rápida incursión hacia las costas españolas. Unas noventa unidades; barcos bien armados todos ellos, pequeños y grandes; una gallarda y valerosa flota.

Cinco días más tarde estaban de vuelta en Plymouth Sound. En mitad de la bahía de Vizcaya, a unos dos tercios

de la ruta entre Ushant y La Coruña, el viento contrario había cambiado, arrastrándolos hacia el Sur. Era un viento favorable para Inglaterra, pero malísimo para España. Si intentaban navegar de bolina, la flota española podía situarse ante el *Land's End* antes de que los ingleses doblasen Finisterre. Sólo una cosa podía hacerse: virar y emprender un rápido regreso. Mientras anclaban de nuevo en el puerto de Plymouth, Medina Sidonia en La Coruña levaba anclas a su vez. Todo esto ocurrió el 22 de julio.

Durante la semana que siguió, Drake y Howard sufrieron en Plymouth las mismas preocupaciones que Medina Sidonia tuviera antes que ellos. Aunque los barcos de la reina —con la consiguiente satisfacción de Howard y la no menor de Hawkins— habían resultado ser muy resistentes, algunos mercantes sufrieron avería y hacían agua, a causa del mal tiempo de las últimas siete semanas, mientras que otros estaban necesitados de mástiles y jarcias. Aun cuando se había escatimado la comida —con la ración de cuatro hombres comían seis—, faltaban víveres en algunos barcos y otros muchos andaban escasos de agua, y señal evidente de una demasiado larga permanencia en el mar, había muchos enfermos a bordo. El primer trabajo fue desembarcar a los atacados de fiebre y pedir a los jueces de paz de Devonshire y los condados cercanos nuevos reclutas. No hubo tiempo para limpiar las naves y se cargaron con toda la urgencia posible nuevos aprovisionamientos de municiones y provisiones. Se decía que los españoles habían renunciado a la empresa dejándola para otro año y que la flota iba a ser parcialmente desmovilizada, empezando por los cuatro mayores y más costosos barcos de la reina, pero no hay

indicio de que todo ello afectase a los preparativos que se estaban realizando en Plymouth.

Seguidamente, el viernes 29 de julio (19 de julio, según el calendario antiguo), después de cenar, el capitán Thomas Fleming, de la embarcación *Golden Hind*, perteneciente al grupo destinado a patrullar por la entrada del Canal, en constante vigilancia, informó haber avistado un gran grupo de barcos españoles cerca de las islas Scilly, con las velas recogidas y aparentemente en espera de la llegada del resto de la flota. Según la leyenda, cuando Fleming llegó con la nueva, Drake estaba jugando a los bolos en Plymouth Hoe. Posiblemente Howard debía de estar allí también, porque Fleming, aunque formase parte de la escuadra de occidente, al mando de Drake, tuvo que informar al Lord Almirante, no a Drake. No obstante, en la leyenda de la Armada apenas hay lugar para alguno que no sea Francis Drake. En todo caso —y sigue la leyenda— parece ser que fue Drake quien dio una respuesta (es fácil imaginar la actitud indolente del jugador mientras sopesaba el bolo para apuntar al blanco y también el sonido de su voz con acento del oeste), y dijo: «Tenemos tiempo de acabar la partida. Luego venceremos a los españoles».

Por supuesto no es seguro que ocurriese así. No existe autoridad contemporánea que lo confirme. La crónica histórica más antigua corresponde a cuarenta años después del suceso, pero después de cuarenta años podían aún existir testigos del hecho que por medio de la palabra transmitiesen la verdad de lo que ocurrió. Así, pues, puede ser verídico. La frase parece propia de Drake. Reúne su leve tono fanfarrón, su habilidad para recurrir a una ironía con que aligerar cualquier momento de tensión. También era propio de Drake dar la respuesta él mismo,

aun teniendo a su lado al jefe supremo de la flota. Por último, parece igualmente propio de Drake hacerse cargo de la situación uno o dos segundos antes que los demás y divertirse comprendiendo que, en efecto, tenían tiempo de sobra.

Fleming no pudo presentar su informe mucho antes de las tres de la tarde. Había divisado a los españoles precisamente aquella mañana y desde entonces a duras penas navegó unas noventa millas marítimas. Así, pues, hacia las tres de la tarde la marea comenzaría a afluir en Plymouth Sound, alcanzando, aun en el caso de ser menguante, un curso de origen de más de un nudo. Nadie podía intentar salir de Plymouth con la brisa del Sudoeste en contra y la marea empezando a subir. En realidad, nadie lo intento. La flota, con los galeones de la reina en cabeza, no se alejó del Sound hasta que bajó la marea después de las diez de la noche. Había tiempo de sobra para terminar una partida de bolos.

Los españoles consiguieron algo así como una sorpresa táctica. De momento, podía afirmarse que la ventaja del tiempo y lugar que había de constituir la mitad del triunfo era suya. Navegaban a barlovento y sus enemigos veíanse obligados a permanecer en el puerto, a sotavento. Pero es demasiado fácil exagerar el hecho de que la sorpresa fuese total. El aviso de Fleming llegó oportunamente, tal como era de suponer, teniendo en cuenta la posición de la patrulla de vigilancia, la pericia de sus oficiales y la velocidad a barlovento de sus barcos. La flota inglesa estaba todo lo preparada que podía estar, dado que algunas embarcaciones —al parecer casi todos los mercantes pequeños— aún se encontraban cargando víveres. Las palabras de Howard: «El viento del Sur que nos hizo volver de las costas de España les trajo a ellos

también. Dios nos bendijo, haciéndonos volver» dan la impresión de que la sorpresa no era tan grande. Y de todos modos habría sido extraño que él y sus consejeros no pudiesen prever la posibilidad de lo ocurrido y que no lo esperasen con la confianza limitada que puede sentirse en las operaciones de una campaña naval. No importa lo rápidos y temerarios que fueran los españoles, no conseguirían serlo suficientemente. La marea que iba subiendo mientras el último bolo alcanzaba el blanco sería seguramente la última durante la cual el enemigo sorprendiese a la flota de la reina en el puerto de Plymouth.

Al caer la noche, con escaso viento y el reflujo de la marea, los galeones reales y los barcos mercantes más pesados y mejor armados empezaron a salir de Plymouth Sound para fondear a sotavento de Rame Head. Al día siguiente se levantó un nuevo viento del Sudoeste, pero Howard, una vez reunidos todos los barcos que zarparon aprovechando el mencionado flujo de la marea, dio orden de adentrarse en el mar para evitar que el enemigo les atrapase a sotavento en alguna costa. Así, hacia sotavento del Eddystone, avanzó con sus cincuenta y cuatro embarcaciones. Fue una proeza naval importante, pero Howard sólo le dedicó unas líneas y nadie más creyó necesario mencionarla. Al fin y al cabo, la flota había estado entrando y saliendo de Plymouth continuamente, no importa las condiciones del tiempo, los dos últimos meses. A buen seguro les importaba más la promesa de que no tendrían que volver antes de haber visto a los españoles.

NOTAS

Principalmente Laughton, con la segunda narración de Ubaldini, cuando es verosímil.

# ENTRADA EN LA ARENA

Desde el Lizard al Eddystone.
30 y 31 de julio de 1588

CAPÍTULO
XXII

En el amanecer del sábado día 30 de julio, cuando todos los barcos ingleses que habían podido salir de Plymouth antes de la próxima marea estaban anclados detrás de Rame Head, la Armada española, en su mayor parte, navegaba aún hacia el cabo Lizard. Su viaje desde La Coruña no estuvo exento de accidentes. Los primeros cuatro días habían sido tranquilos, con una brisa suave y por única molestia la necesidad de avanzar con velas acortadas para no alejarse en demasía de las viejas urcas. Sin su estorbo, posiblemente las demás divisiones de la flota —en opinión de su comandante— hubieran estado ya en el Canal.

A pesar de ello se encontraban casi a la altura de Ushant cuando, en la mañana del quinto día, martes 26 de julio, el viento cesó por completo y la flota avanzó a la deriva bajo un cielo encapotado, situación que se prolongó hasta mediodía. Luego empezó a soplar un viento fuerte del Norte y se produjeron cegadores chubascos breves, pero violentísimos. La flota, algo más dispersa, pero sin perder su conexión, avanzó hacia el Oeste en busca de mar abierto. Las galeras, demasiado largas, bajas y estrechas

para las olas de Vizcaya, empezaban a tener dificultades. Una de ellas, la *Diana*, no tardó en cursar un mensaje: las junturas de los tablones se habían separado y estaba haciendo mucha agua; pedía permiso para buscar refugio en un puerto amigo. Medina Sidonia se lo concedió, haciéndolo extensivo a los otros capitanes de galera si realmente opinaban que el oleaje forzaba demasiado sus embarcaciones, pero todos continuaron avanzando, tenaces, por entre la creciente oscuridad.

Por la noche el viento pasó a ser del Oestenoroeste y aumentó en violencia; a la mañana siguiente soplaba en fuertes ráfagas desencadenando inmensas olas y disminuyendo la visibilidad. A pesar de ello, la Armada seguía unida bajo la tormenta con el *San Martín* por guía y rumbo hacia al Norte como era posible. La tormenta de viento duró todo el día y también hasta después de la medianoche, sin disminuir en violencia. Luego comenzó a amainar de modo que amaneció un día claro y brillante, soplaba una fuerte brisa y el mar cada vez se hallaba más en calma. Cuando el duque inspeccionó su flota halló que no sólo se habían alejado las galeras, sino también cuarenta barcos más, todos los andaluces, bastantes urcas y algunas viejas embarcaciones de las diversas escuadras.

Los pilotos, al alzar la sonda, registraron setenta y cinco brazas de profundidad y así, comprobando el sondeo con la clase de arena y las conchas del fondo, fue determinada la posición: unas setenta y cinco leguas al sur de las islas Scilly. El duque puso de nuevo rumbo al Norte, todavía con velas acortadas, enviando una pinaza para ver cuántos barcos habían alcanzado ya el punto previsto, otra para advertir a los rezagados y una tercera para el reconocimiento general. La primera no tardó en volver informando que los barcos que faltaban se habían

adelantado y aguardaban a la altura de las islas Scilly al mando de Pedro de Valdés, y a última hora de la tarde del siguiente día, viernes 29 de julio, todos los barcos de la flota que zarpó de La Coruña se encontraban de nuevo reunidos.

Todos menos cinco, de ellos cuatro galeras. Tres habían alcanzado distintos puertos en muy mal estado, pero aún podían navegar. La cuarta, la *Diana*, la primera en marchar, había encallado cuando intentaba entrar en Bayona. Su tripulación, incluso los galeotes, así como también sus cañones, estaban a salvo, pero su casco se hallaba destrozado. Entre lo galeotes había un individuo galés de gran imaginación, llamado David Gwynn. El relato de cómo consiguió libertar a sus amigos —los otros galeotes— de la *Diana* exterminando a la tripulación española y capturando sucesivamente las tres galeras restantes alcanzó una gran popularidad, que nunca ha quedado oscurecida, a pesar de haber sido refutada la historia.

Se ignora hasta qué punto lamentaría el duque la pérdida de las galeras en cuestión, pero la quinta nave era ya mucho más importante. Se trataba de la *Santa Ana*, «capitana» de la escuadra vizcaína de Recalde (nave almirante, como dirían los ingleses), generalmente conocida por «Santa Ana de Juan Martínez», para distinguirla de las otras tres *Santa Ana* de la Armada. Era un barco de 768 toneladas españolas, con más de trescientos soldados y marineros a bordo, dotado con treinta cañones, algunos de bronce muy pesados. Podía pertenecer al propio Recalde o quizá fue construida según sus instrucciones, pero el caso es que o era deficiente o tuvo malos mandos o fue una embarcación desafortunada. Tras la tormenta a la altura de La Coruña, fue la última

entre las vizcaínas que se unió a las demás y la que más reparaciones había necesitado. En esta ocasión ni siquiera se presentó. Después de la tormenta no importa el motivo, se dirigió hacia el Este remontando el Canal, refugiándose en la bahía de La Haya, donde permaneció hasta que terminó la campaña. Quizá si Recalde hubiese estado a bordo y no en el galeón real *San Juan de Portugal* como vicealmirante de Medina Sidonia, la pérdida hubiese sido mayor. Pero claro, en tal caso, la *Santa Ana* probablemente no hubiera abandonado la flota. La Armada la estuvo esperando en vano a la altura del Lizard hasta la mañana del sábado día 30. Por lo menos la espera proporcionó a la *capitana* de las galeazas, la *San Lorenzo*, de don Diego de Moneada, tiempo para reparar su timón. «Las galeazas son barcos demasiado débiles para estos rudos mares», se lamentaba el duque. Y verdaderamente quizá fuese así. A la *San Lorenzo* se le había de romper otra vez el timón en circunstancias menos favorables.

Antes que la Armada reanudase su avance hacia el Canal, en la mañana del sábado 30 de julio, a bordo del *San Martín* y a la vista del cabo Lizard, se reunió consejo militar, acerca del cual se ha escrito mucho, aunque poco acertadamente. Aquel mismo día el duque comunicó a Su Muy Católica Majestad la determinación acordada por el consejo: no ir más lejos de la isla de Wight hasta que se fijase una entrevista con el duque de Parma, ya que no disponían de puertos con fondeadero suficiente, y con la primera tempestad quedarían embarrancados. Más tarde, el capitán Alonso Vanegas, testigo de confianza, que iba a bordo del *San Martín*, informó que cuando los capitanes de escuadra se reunieron para discutir la disposición táctica de último momento, don Alonso de Leyva optó por un rápido ataque a Plymouth, donde, según se decía en

Madrid, estaba Drake con el sector oeste de la flota inglesa, noticia confirmada por la tripulación de un barco pesquero recogida por una pinaza. Algunos oficiales allí presentes admitieron que estaban de acuerdo, a lo cual —según Vanegas— el duque respondió que había dos razones para no ir Plymouth. Para empezar, el rey había ordenado lo contrario y en segundo lugar se decía que la entrada era estrecha, difícil y completamente resguardada por fuertes baterías de costa. Tras algunas discusiones se llegó a una unánime decisión. Esto es cuanto se sabe de todo ello, pero cuando los ingleses capturaron a Pedro de Valdés y le preguntaron si la Armada había intentado entrar en Plymouth, replicó que lo habría hecho de tener una buena oportunidad, pero que él, personalmente, siempre estuvo en, contra de la idea.

Más tarde, cuando los barcos vencidos volvieron a España y la mayoría de los capitanes que asistieron a aquel consejo militar habían muerto o fueron hechos prisioneros y el pueblo buscaba una cabeza de turco, corrió el falso rumor de que todos los capitanes de escuadra se pronunciaron a favor del ataque a Plymouth, a lo cual Medina Sidonia se negó arteramente, alegando que las órdenes del rey no le dejaban opción, por lo cual ellos nada pudieron hacer. He aquí cómo, por la falsedad, la arrogancia y la cobardía del duque, la Armada había perdido su mejor oportunidad de victoria. Uno de los primeros propagadores de tal mentira fue el fraile dominico Juan de Victoria, que dejó un relato manuscrito de la campaña notable sólo por su tremenda inexactitud y la malintencionada difamación que del duque hace, atribuyendo al orgullo, la estupidez y la cobardía de éste todos los desastres españoles. Nadie ha llegado tan lejos como Victoria, pero en algunas de las crónicas españolas

más difundidas se encuentran débiles ecos de estas calumnias. Dichas crónicas y el hecho de que Fernández Duro incluyese un extracto de la obra de Victoria en su colección —por lo demás auténtica— de documentos de la Armada, han dado a la versión del consejo militar ofrecida por Victoria más crédito del que realmente merece.

En realidad no existen motivos para dudas de que el consejo militar fuese unánime en su opinión. La idea de que Medina Sidonia pudiera coaccionar a sus experimentados oficiales, o que hubiese intentado hacerlo, para que tomasen una decisión que desaprobaban, es completamente absurda. La costumbre militar española era que cuando en un consejo la opinión estaba dividida —aunque fuera por un solo voto— se anotase el nombre de sus componentes así como también sus opiniones particulares, transmitiéndose el informe al rey, tal y como fue hecho después del consejo celebrado en La Coruña. Medina Sidonia era formalista, muy apegado a las costumbres y a la etiqueta del servicio; era precisamente el tipo de comandante que William Borough hubiese deseado tener. Por nada del mundo habría omitido una formalidad tan importante; ni habría ignorado tampoco los consejos de sus veteranos oficiales. Después de seis meses de servicios empezaba a sentirse algo seguro en su puesto y a tener confianza en sí mismo, pero siempre, hasta el fin, habló modestamente de su ignorancia en cuestiones militares y navales y siempre siguió las indicaciones de los más expertos: Así como no existe motivo de duda acerca de la unanimidad en la decisión tomada por el consejo militar, tampoco hay fundamento para condenar su acuerdo. Eran tantos los factores que se ignoraban: el estado de canal interior de Plymouth, la potencia de las baterías de costa, el paradero de la flota

inglesa que hubiera sido temerario el comandante que se arriesgase a atacar, dejando a los barcos de transporte sin protección y jugándose el éxito total de la empresa a la suerte de encontrar vulnerable a la flota inglesa. Las noticias más dignas de crédito afirmaban que Drake estaba, o había estado, en Plymouth y Howard un poco más al Este. De coger a Drake por sorpresa en Catterwater o en el momento de salir del Sound, la victoria era segura; pero si los barcos que iban a la cabeza quedaban bloqueados a la entrada del puerto —en lucha con Drake y las baterías de costa— y Moward atacaba por la espalda cerrando el camino, la catástrofe hubiera sido inevitable. Contando con todas estas posibilidades resulta difícil pensar en una decisión más conveniente que la que, al parecer, tomó el consejo militar, es decir, seguir cautelosamente costa arriba intentando averiguar dónde estaba el enemigo para entonces actuar en consecuencia.

Verdaderamente no existía posibilidad alguna para un ataque por sorpresa, ni tampoco para tomar Plymouth, suponiendo que éste hubiese sido el puerto que más desearan tomar. Mientras ellos permanecían sentados discutiendo; a la altura del cabo Lizard, Drake y Howard se encontraban ya en Rame Head con los barcos ingleses de mayor potencia esperándoles… De entre las muchas probables situaciones que el consejo calculó, una de las menos favorables se fraguaba ya en su camino.

Terminado el consejo, la Armada comenzó el lento y cuidadoso avance hacia el Canal. La escuadra levantina de Bertendona y las galeazas, en vanguardia. Después, el cuerpo principal con el duque y una escuadra de galeones a la cabeza, flanqueados por los guipuzcoanos y los andaluces, y en medio de ambos, las urcas. En último lugar, cerrando la retaguardia, navegaba Recalde con sus

vizcaínos y el resto de los galeones. Al ser avistados desde tierra, comenzaron a encenderse las fogatas de alarma y de promontorio en promontorio el humo remontó los cielos por toda la curva de la playa que no se distinguía, llevando el aviso de peligro hasta más allá de Plymouth, consiguiendo quedase advertido todo el litoral del Sur; las hogueras brillaron rojizas sobre Dover pudiendo ser vistas desde los barcos que se encontraban a la altura de Dunquerque; las correspondientes a los promontorios del Norte fueron divisadas por los individuos que vigilaban en la costa de Essex. Mientras tanto, otro sistema de fogatas, más rápido que ningún correo, iba extendiendo la alarma hacia el interior, de modo que aquella misma mañana no sólo en Londres y Nottingham sino que hasta en York y más allá de Durham se tenía noticia de la llegada de los españoles.

Por el momento, todo cuanto la Armada pudo divisar del enemigo, fue una pinaza inglesa que al pasar frente al Lizard se encontró de súbito rozando casi los barcos de vanguardia, prácticamente a sotavento de las altas carracas. La pinaza se alejó rápidamente correspondiendo con su cañón de juguete al roncar de las piezas artilleras de *La Rata.* Hacia el atardecer, la flota ancló formando una prolongada hilera, probablemente a sotavento (el viento era Oestesuroeste) del cabo Dodman. Mientras así hacían, los vigías divisaron el reflejo de la luz del sol sobre unas gavias más allá del Eddystone, barcos enemigos sin duda alguna, pero tan lejanos que no se podía saber cuántos eran ni qué estarían haciendo. Medina Sidonia destacó unas pinazas para hacer averiguaciones.

Con miradas furtivas entre el resplandor solar, el gaviero de Howard sólo pudo atisbar la prolongada hilera de navíos que parecía un oscuro y amenazador muro flotante

coronado por multitud de torres. Los barcos no se podían contar ni siquiera distinguir por separado y quienes se colgaron de los obenques para ver mejor hubieron de admitir que desde el principio del mundo nunca se había visto una formación tan inmensa y amenazadora de barcos de guerra. Para apreciar su calidad era necesario aguardar al día siguiente. Las nubes cubrieron el sol, se produjo un chubasco y entre las crecientes sombras del crepúsculo, ambas flotas se perdieron de vista.

Aquella noche, después de las doce, una de las pinazas españolas al mando de un oficial que hablaba inglés volvió con una barca de pesca de Falmouth, capturada con sus cuatro tripulantes. Por ellos se supo que Howard y Drake habían unido fuerzas y que aquella tarde se habían adentrado en el mar. Poco después de la madrugada se produjo el hecho más decisivo en la primera semana de lucha. El viento del anochecer del día 30 era Oestesuroeste y la flota española navegaba a barlovento de la inglesa, manteniendo esta importante posición de ventaja. Por la mañana el viento cambió, siendo de Oestenoroeste y soplando de tierra; la posición de los españoles, a barlovento, habría mejorado de quedarse donde estaban, o de volver al nordeste hacia Fowey. Cuando apuntó el día todavía estaban a barlovento de un grupo de barcos ingleses que vieron avanzar a lo largo de la costa, intentando tomarles ventaja hacia el Oeste y el cual estaba cambiando disparos con la vanguardia española. En pos del grupo, y a barlovento, divisaron el grueso de la flota inglesa. Así, pues, los españoles habían perdido el barlovento y desde entonces, en los nueve días que siguieron, el viento sopló casi siempre del Oeste y ya no pudieron —excepto en momentos brevísimos— recuperarlo.

Se ignora cómo ocurrió. Howard seguramente se dirigió a alta mar y luego volvió, navegando de bolina, alrededor del sector de la Armada más adentrado en el mar y la Armada tuvo que navegar, o marchar a la deriva, unas millas hacia el Este, para que el hecho fuera posible. Howard se limita a decir: «A la mañana siguiente, o sea el domingo, todos los ingleses que salieron de Plymouth volvieron a ganar ventaja a los españoles dos leguas al oeste del Eddystone». El concepto «Todos los ingleses salidos de Plymouth» implica un segundo golpe para los españoles, golpe casi tan fuerte como el primero, porque incluso mientras se hallaban vigilantes, los once barcos enemigos más cercanos a tierra, dejando atrás la vanguardia española, fueron a reunirse, mediante una virada, con su almirante. Fue el primer indicio que tuvieron los españoles de que los barcos enemigos eran más rápidos que los suyos. Con barcos de esta especie a barlovento, tal como temían desde hacía tiempo los marinos experimentados —por ejemplo, Recalde—, siempre sería el enemigo quien escogiese el tipo de batalla y su radio de acción.

Esperando el ataque enemigo, Medina Sidonia mandó disparar la señal para que la Armada formase en orden de batalla; cada unidad fue, pues, avanzando o aflojando la marcha, con verdadera precisión militar, y cambiando de rumbo en combinación con las de al lado, hasta presentar la flota —por primera vez a los ingleses— su famosa formación de media luna que tanto había de asombrar e incluso asustar al enemigo, a todo lo largo del Canal. Naturalmente no era una media lucha perfecta, pero con sus extendidos flancos apuntando a la flota contraria y su reforzadísimo centro, bastaba para que cualquier experimentado hombre de mar se preguntase cómo tan

heterogénea agrupación de barcos podía realizar de tan suave modo y mantener con tanta firmeza aquella complicada formación.

Los ingleses no habrían podido conseguirlo. Carecían de práctica en este tipo de operaciones. Los marinos ingleses no despreciaban a los marinos españoles. Nadie opinaba que los portugueses —que habían conducido al resto de Europa hasta los lejanos océanos—, ni los vascos que cada día ganaban su sustento en las aguas más rudas y traicioneras del mundo, fuesen «marinos de agua dulce»; tampoco los habituados a viajar hacia las Indias Occidentales podían despreciar la pericia que para ello se requería. Pero la maniobra que se desarrollaba ante la flota de Howard era algo nuevo para quienes estaban observando; algo tan hábil y sorprendente en su realización como la ligereza ante el barlovento demostrada antes por los ingleses resultó a los ojos de los españoles. También, en cierto modo, igualmente capaz de producir desaliento en quienes lo veían. Porque era una formación de enorme poder defensivo.

Lo más terrible de la media luna era que los barcos que mantenían el barlovento sólo estaban capacitados para atacar sus flancos más sobresalientes, donde, por supuesto, se emplazaban sus más potentes naves y desde donde cualquier barco averiado podía trasladarse fácilmente a la parte central en busca de refugio. Por otra parte, desdichado del barco inglés suficientemente temerario para infiltrarse por entre los extendidos tentáculos. Seguramente quedaría envuelto y aislado por los potentes galeones de ambos flancos, los cuales, navegando a barlovento, una vez le tuviesen en el interior de la media luna le acorralarían de tal forma que su rapidez y su agilidad quedarían completamente

inutilizadas. Luego se vería obligado a luchar a corta distancia y eventualmente a sufrir el abordaje; sus compañeros sólo podrían salvarte atacando en medio del general alboroto y llegando al cuerpo a cuerpo. Este era el estilo de combate que los españoles pretendían provocar; precisamente el que deseaban evitar los ingleses.

Así, mientras alineaban su respectiva formación —los españoles su extraña media luna y los ingleses en hilera, o tal vez, doble fila a la cabeza—, ambos adversarios se contemplaron el uno al otro. Y a ninguno le agradó lo que del otro veía. Si los ingleses quedaron sorprendidos por la potencialidad de la Armada, bajo cuyo peso e inflexible orden incluso el océano parecía gemir, los españoles, que sabían cuántos de sus barcos iban a resultar inútiles para la lucha, no salían de su asombro ante la rapidez y destreza de los barcos enemigos, su crecido número, la majestuosidad y aparente potencialidad de su primera línea. Aquella mañana, era el momento de enfrentarse, ambos almirantes tuvieron que preguntarse, desconcertados, qué es lo que iban a hacer.

Había suficientes motivos para experimentar inseguridad. Flotas como aquellas eran algo nuevo en el mundo. Nadie había visto nunca hasta la fecha una lucha como la que se estaba preparando. Y nadie, tampoco, sabía hasta dónde podían llegar las nuevas armas o con qué táctica resultarían más efectivas. Estaban: en el comienzo de una nueva era en el arte militar en los mares. Era como el amanecer del largo día en que el barco de guerra con paredones de madera, impulsado a vela y dotado de cañones de ánima lisa, se convertiría en rey de las batallas, día para el cual, los barcos a vapor, acorazados y con cañones ligeros habían dé ser sólo el crepúsculo, de modo que los anticuarios del futuro probablemente

reúnan ambos modelos y los muestren cuando hayan encontrado un nombre con que designar esta era que nosotros, ahora, llamamos «moderna». En un principio no existía nombre para el barco de guerra ni se tenía idea de cómo iba a ser usado. Aquella mañana, a la altura del Eddystone, nadie, en las dos flotas, tenía idea de cómo desarrollar una batalla «moderna». Nadie en el mundo lo sabía.

NOTAS

Para este capítulo y el resto de la campaña naval los documentos ingleses más corrientes, son los de Laughton.

«Howard's Relation» I, 1-18, es la única narración continua y estrictamente contemporánea. Es incompleta, pero digna de confianza en todo cuanto abarca. También desde el punto de vista español, lo es el *Diario* de Medina Sidonia, F. D., il, N. 165, complementado por *ibid.*, del capitán Vanegas, N. 185 y fray Bernardo de Góngora en J. P. Lyell, *A Commentary* (MSS Bod. y Harvard), ambos del barco insignia. F. D. tiene por lo menos otras seis relaciones completas y razonables de otros barcos, además de las cartas describiendo episodios particulares, y H. O. una séptima. M. Oppenheim publicó otra del Calthorpe MSS (Navy Record Soc, XXIII), y *Cal. Span.*, IV tiene dos más, Calderón, pp. 439-450, y una de las galeazas *Zúñiga*, 459-462, además de los relatos y cartas-noticia procedentes de España que pueden encontrarse en archivos europeos parecen basados en algunos de los mencionados, lo más frecuentemente en el *Diario* del duque, o en panfletos contemporáneos (véase más abajo), por ej. París, *A ff. Etr. Espagne*, 237 fol. 76 ff. En Florencia, sin embargo, hay un legajo de documentos (Flor. *Arch. Med.*, 4919, fol. 477-521), que incluye además de las variantes habituales, dos cartas de Medina Sidonia y una

narración independiente en italiano, procedente, al parecer, del *San Francesco*, barco del gran duque.

Para los movimientos del *Santa Ana* de Recalde, véase F. D., I, 170-171, II, 229, 371; *Cal Span.*, IV, 425, 431, 457 y 498. Hay otras referencias, no fechadas, en la correspondencia de Mendoza; pero incluso en los documentos publicados es evidente que el *Santa Ana*, que era el buque insignia del escuadrón de Recalde, estuvo primero en la bahía de La Haya y después en El Havre, y nunca en parte alguna de la batalla. Durante toda la campaña, Recalde estuvo siempre a bordo del *San Juan de Portugal*, la *almiranta general*. Además del *Santa Ana*, el capitán Vanegas, que pasó la revista, dice que «una de las *uvas*» (sin decir el nombre) faltó a la reunión del viernes y probablemente ya no volvió a unírseles. Pudo haber sido el *David*, que nunca zarpó de España, o pudo haber sido otro barco de carga cualquiera. Nadie más menciona al culpable, pero desde entonces los oficiales de la Armada trataron de pensar en las *urcas* tan poco como les fue posible.

La narración de fray Juan Victoria acerca del consejo de guerra, que según él, obtuvo de los capitanes de Oquendo, fue primeramente impresa en *Colección de Documentos Inéditos*, LXXXI, pág. 179 ff, más tarde, en otro ms., por F. D., II, N. 186. Victoria dice que obtuvo la información de un tal Julián Fernández de la Piedra, uno de los capitanes de Oquendo, no identificado. Como tal personaje, pudo enterarse de lo sucedido en un consejo de guerra, no parece muy claro, y cualquiera que sea la fuente del relato, es absurdo en relación con el suceso, y su informe acerca de los hechos siguientes en las cercanías de Plymouth difiere lo bastante de los demás informes, como

para hacer pensar que tal testigo no estuvo jamás a bordo de un barco de la Armada.

Varios embajadores italianos obtuvieron copias de un croquis de la formación en «media luna» de la Armada (Flor. *Arch. Med.*, 4919, fol 349); Novara a Montalto, 4 de junio de 1588 (Vat. *Spagna*, 38). Canciano al duque (Arch. di Stato, Mantova, Esterni, 601). Uno de estos debió ser la base del *Discorso sopra l'ordinanza dell'armata católica*, de Filippo Pigafetta (Roma, 1588), véase Corbett, II, 22 off. La descripción de Pigafetta, más bien pedante, es más elaborada y tiene menos utilidad que los croquis, pero aparece claro en las narraciones españolas, tanto como en las referencias inglesas, que la Armada se movió normalmente, en una especie de formación en forma de media luna creciente, no de la forma que aparece en los mapas de Adams, sino con los cuernos proyectados muy hacia la retaguardia.

# LA SANGRE CORRE POR VEZ PRIMERA

Desde el Eddystone al Start Point.
31 de julio de 1588

## CAPÍTULO XXIII

Con entera certeza puede afirmarse que la primera batalla naval moderna de la historia comenzó igual que una gesta de la Edad Media y los romances de caballería. El Capitán General de los Océanos izó en lo alto del palo mayor su pendón sagrado, en señal de que iba a empezar el combate. (Como solían hacer los capitanes castellanos en cuanto eran avistadas las galeras moras). En cuanto al lord almirante de Inglaterra, envió su propia pinaza, la *Disdain* —en prueba de desafío— el almirante de España del mismo modo que el rey Arturo envió a *sir* Gawain para desafiar al emperador Lucio. Luego, una vez lanzado el reto, a eso de las nueve de la mañana, Howard dirigió la flota inglesa alineada en una sola hilera —en ala, como decían los españoles— un barco tras otro, contra el extremo norte, el más cercano a tierra, de la media luna española.

El flanco atacado fue el de Leyva, compuesto principalmente por el escuadrón de Levante que había constituido la vanguardia, mientras la Armada se dirigió al Norte con rumbo a la costa en su esfuerzo por aislar el destacamento de sotavento de la flota inglesa. En la mayor

parte de relatos que existen sobre la batalla, el grupo de Leyva es denominado «la vanguardia», pese a que el adoptar su nueva formación la Armada había cambiado el frente por el flanco, virando cada barco hacia el Este unos noventa grados o más, por lo que Leyva se encontraba en el ala izquierda, y los levantinos formaban el cuerno de la media luna, proyectado hacia la retaguardia por aquel sector.

El barco más rezagado —el que ocupaba el puesto de honor y de peligro— era el *Rata Coronada*, del propio Leyva, y cuando el *Ark Royal* de Howard apareció ante su popa, don Alonso moderó la marcha para enfrentarse con la nave almirante inglesa de flanco a flanco y singlando con rumbo paralelo a ella, a través del armónico arco formado por la media luna española al paso que intentaba avanzar a barlovento para cerrar el campo. Inmediatamente tras él entró en acción la gran carraca de Bertendona, el mayor barco de la Armada, llamado *Regazona* —casi tan grande como el *Triumph* de la reina— y en pos de Bertendona el resto de la escuadra de Levante. Howard, creyendo que la *Rata* era nave almirante de los españoles «en donde se suponía estaba el duque», cambió con ella algunas andanadas «hasta que la misma fue apoyada por diversos barcos de la Armada española». Al menos así lo cuenta Howard. De hecho, los levantinos no eran los barcos de la Armada más indicados para barloventear y en modo alguno podían cerrar el campo, y como quiera que Howard no tenía intención de hacerlo, ambas partes combatientes se mantuvieron alejadas una de otra. Según cuentan las crónicas, no hubo heridos en esta fase de la batalla ni tampoco se tuvo que rescatar a nadie.

Mientras tanto, un grupo de barcos ingleses que Drake dirigía desde el *Revenge* —con Hawkins en el *Victory* y Frobisher en el *Triumph*, incluidos— atacó el otro flanco de la Armada, «la retaguardia», mandada por el vicealmirante Juan Martínez de Recalde. La acogida que se les dispensó fue muy distinta. Recalde, en el *San Juan de Portugal*, el más grande galeón de la Armada y un barco potentísimo, borneó para hacer frente al ataque, pero los otros galeones siguieron adelante. Más tarde, cuando Medina Sidonia advirtió lo que ocurría, tuvo la impresión de que, o bien Recalde se separaba de su escuadrón por alguna causa determinada o bien sus buques, deliberadamente, desertaban. En su informe al rey sugiere ambas posibilidades. Ninguna parece probable. Tanto la tripulación como los altos mandos de los galeones de Portugal, eran veteranos que difícilmente se hubieran asustado por el simple estruendo de un cañonazo.

En el transcurso de todo el combate, ninguna escuadra, en ninguna de ambas flotas, se portó con mayor gallardía. Es difícil imaginar a los vizcaínos de Recalde abandonándole. Por otra parte, de todos los jefes de escuadra, Recalde era el menos indicado para meterse en dificultades accidentalmente. Tenía fama de saber manejar sus barcos y sus tripulaciones. Si permitió que el duque eligiese entre dos factores poco probables fue seguramente para no confirmar la única conjetura admisible, a saber: que había desobedecido las órdenes recibidas, separándose de su grupo, ordenando no ser seguido y arrojándose deliberadamente sobre el enemigo.

Mejor que nadie, Recalde sabía que en adelante, perdido el barlovento, la única esperanza de triunfo estaba en la lucha cuerpo a cuerpo. Había considerado lo suficiente el desarrollo de la batalla para saber con seguridad que

interpretaba bien las intenciones del almirante de los ingleses. Estaba convencido de que Howard tenía intención de mantenerse apartado y destruir los barcos españoles con sus culebrinas, disparando desde una distancia en donde sus barcos no sufrieran el más pequeño daño. Sin embargo, en los anales de todas las anteriores guerras navales nunca se registró el hecho de que un barco solo, rodeado de enemigo, no fuera abordado. El abordaje era la única forma de conseguir que una embarcación en condiciones de superioridad se hiciese con el botín intacto de otra; por entre el grupo que le acosaba, Recalde distinguió una nave mucho mayor que la propia y con castillos de proa y popa al menos tan altos como los suyos. Sería muy extraño que a su capitán no le tentase el abordaje, y Recalde sabía que una vez consiguiera clavar sus garfios en un galeón inglés, o mejor en dos, podría resistir hasta que se presentase ayuda. Seguidamente, si los ingleses también enviaban refuerzos quizá se produjese la general barahúnda del cuerpo a cuerpo de la que todo dependía. Y quizá, suponiendo que lograse atraer a los ingleses a una distancia suficientemente cercana para usar con éxito sus piezas de corto alcance, cañones, semicañones, y *perriers* (especie de catapulta), todo ello destinado a la destrucción de naves, incluso podía conseguirse un resultado satisfactorio. Merecería, pues, la pena arriesgar un barco y desobedecer una orden formal.

Drake tuvo que leer tan claramente en la mente de Recalde; como Recalde en la de Howard. El *Revenge*, el *Victory*, el *Triumph* y sus demás acompañantes, cerraron el campo, pero sólo a la prudente distancia de unas trescientas yardas, atacando sin cesar a Recalde con los largos cañones que constituían su más importante

armamento. No podía acercárseles, pero ellos tampoco se le acercaron aunque Martín Frobisher desde el *Triumph* tuviera —en opinión de Recalde— fuertes tentaciones de hacerlo. Así pues, por espacio de más de una hora, el *San Juan* resistió completamente solo el cañoneo de los barcos ingleses hasta que se acercó el gran *Grangrin*, seguido por el resto de los vizcaínos, poniendo en fuga a los ingleses y protegiendo al *San Juan* en su regreso hasta el núcleo central de la flota, donde pudo reparar sus desperfectos.

Parece que el rescate del barco de Recalde comenzó con el movimiento del *San Martín*, el cual contribuyó también a que la operación quedase interrumpida. Puede que Recalde hubiera preferido quedarse más tiempo en la trampa, pero dijera lo que dijese a sus capitanes, nada pudo decir naturalmente el capitán general. En cuanto Medina Sidonia vio a su vicealmirante en peligro desplegó velas y puso rumbo hacia él. Inmediatamente todos los barcos de guerra del sector principal, los andaluces, los guipuzcoanos y los restantes galeones, le imitaron, aguardando con velas desplegadas hasta que la lenta deriva de los que luchaban en retaguardia les alcanzase y —suponiendo a los ingleses completamente absortos— quizá incluso dejarse atrás ganando la ventaja del barlovento. En lugar de ello, los ingleses, en el momento crítico, se desviaron abandonando el campo. Así terminó el primer día de batalla.

Cuando, hacia la una de la tarde, los ingleses abandonaron la lucha, Medina Sidonia tomó inmediatamente la ofensiva intentando ponerse a barlovento. Como la media luna era estrictamente una formación defensiva que sólo podía mantenerse con viento favorable, el duque dispuso sus naves en columnas de escuadras, todas ellas en perfil de proa, permitiendo que las lentas urcas siguieran su avance

a sotavento. Sin duda alguna, los galeones, navegando de bolina a impulsos de una ligera brisa, constituirían una bella estampa, pero los ingleses podían fácilmente mantener la distancia escogida, permitiéndose de vez en cuando una pequeña salva de disparos artilleros. Las bruscas embestidas de la flota española, primero a babor, luego a estribor, tenían menos probabilidades de éxito que las valientes y ciegas acometidas del toro ante su ágil perseguidor. Por espacio de tres horas, el duque prosiguió con sus inútiles ataques. Después cambio de dirección para volver cerca de las esforzadas urcas. «Como el enemigo rompió fuego», consta en el cuaderno de bitácora, «el duque replegó fuerzas comprendiendo que nada más podía hacer, ya que los ingleses continuaban con el barlovento a su favor y sus barcos eran tan rápidos y ligeros que podían hacer con ellos lo que gustasen».

Para ambas partes combatientes, el primer día de lucha fue como una experiencia frustrada. Los españoles, más que dañados, se encontraban furiosos. No había otra nave con desperfectos más que la de Recalde, que sólo presentaba dos cañonazos en el trinquete y algún cordaje desprendido, más un puñado de muertos y heridos. Pero si el bombardeo de los cañones de largo alcance ingleses sólo había infligido hasta entonces pequeños desperfectos, a juzgar por todas las apariencias, dichos desperfectos volverían a producirse de nuevo en cuanto los ingleses quisieran; existían, pues, pocas probabilidades de conseguir un efectivo desquite.

En cuando a los ingleses, aunque sin sufrir daño alguno, empezaban a inquietarse de verdad. Se sabían poco preparados para hacer frente a un enemigo tan fuerte y considerable como aquél. La disciplina de la Armada española fue durante todo el día impecable y sus hombres

mostraron igual espíritu combativo al principio como al final. La dotación artillera de la flota de España resultó también ser más importante de lo que creían, pues el enemigo tenía cañones largos para devolver el fuego y en sus mejores barcos había más piezas de corto alcance, cañones y *perries* que en los de la reina. Acortando distancias lo suficiente, los españoles podrían perjudicarles mucho, aun sin llegar al abordaje. Y si bien en aquel primer día la artillería española no causó desperfectos, tampoco, al parecer, logró grandes resultados la inglesa. Desde cerca, la Armada todavía resultaba más impresionante que desde lejos. Finalmente, entre las sombras del anochecer, parecía un muro de madera inexpugnable. Era ciertamente como una formidable fortaleza erizada de torres.

Los ingleses no se sentían orgullosos de su actuación. Habían sorprendido a los españoles más allá de Plymouth y si la Armada tuvo por un momento intención de presentarse allí (no había mostrado ni la más pequeña intención de ello), evidentemente la abandonó en seguida, pues navegaba ya deliberadamente majestuosa y en perfecto orden, remontando el Canal, hacia el punto donde debía encontrarse con el duque de Parma. Si en verdad querían evitar que lograse su intento tenían mucho que hacer. Howard, que antes deseara salir al encuentro de la flota española con sólo sesenta y cinco naves, dudaba ahora en presentar de nuevo batalla, prefiriendo esperar a que se le reuniese el resto de los barcos que quedó en Plymouth. Por otra parte, había escrito a todos los sectores en demanda de refuerzos en hombres y barcos. El Consejo Militar le apoyaba. A Walsingham escribió así: «Nos hemos batido desde la nueve hasta la una, obligando a algunos barcos enemigos

a retirarse con vías de agua (esto era más un deseo que una realidad); sin embargo, no nos aventuramos a acercarnos porque su flota es eminentemente fuerte». Drake avisó a Seymour de que el enemigo estaba cerca, de modo aún más lacónico: «El día 21 salimos en su persecución y, acercándonos, cambiamos algunos disparos de cañón; al parecer, vienen decididos a vender caras sus vidas».

Las primeras pérdidas españolas de importancia se produjeron después de la batalla; fueron dos contratiempos completamente al margen de la acción enemiga, pero que costaron a la Armada dos naves importantes. La primera resultó ser aparentemente la menor. Poco después de las cuatro de la tarde, mientras los españoles rehacían su media luna defensiva y la escuadra andaluza se aproximaba hacia la derecha del duque, *su capitana* —la nave insignia de Pedro de Valdés, *Nuestra Señora del Rosario*— chocó con otra embarcación andaluza y perdió su bauprés. Luego, sólo pocos minutos más tarde, se oyó una tremenda explosión a la izquierda del duque. La *San Salvador*, almiranta de Oquendo, acababa de incendiarse y era pasto de las llamas. A poco desaparecían sus dos cubiertas del castillo de popa. Evidentemente, había estallado la santabárbara.

Cuanto más profundizamos el hecho, más detallada y dramática se nos antoja su historia. En su diario —sencillo cuaderno de bitácora— que el 21 de agosto envió a Felipe, Medina Sidonia dice simplemente que a bordo de la *San Salvador* habían estallado unos barriles de pólvora. Es de suponer que el duque había hecho averiguaciones y además llevaba a bordo del *San Martín* algunos supervivientes del *San Salvador*, pero si realmente sólo averiguó lo que dijo, no resulta demasiado sorprendente.

Al parecer, todo aquel que se encontraba cerca del lugar de la explosión perdió la vida. Naturalmente, pronto comenzaron las conjeturas. Fray Bernardo de Góngora, que terminó el viaje a bordo del *San Martín*, oyó decir que la explosión fue debida a un descuido de los artilleros, suposición por otra parte muy verosímil. En otro barco se decía que un artillero había prendido fuego a un barril de pólvora sin que nadie supiese por qué. Probablemente era inglés. Algunos desertores, no del *San Salvador*, recogidos más allá de las Gravelinas, refirieron una historia más detallada. Un maestro artillero holandés a quien se regañó por un descuido había colocado un reguero de pólvora que terminaba en el almacén, encendiéndolo luego y saltando al mar, desconociéndose su posterior paradero. Un gacetista de Amsterdam tuvo una idea mejor. Oquendo había amonestado el maestro artillero por fumar en el alcázar y el individuo que, por supuesto, era holandés y prestaba servicio obligado, se limitó a arrojar tranquilamente el contenido de su pipa en un barril de pólvora para que el barco estallase. Naturalmente, Oquendo no navegaba en el *San Salvador*, pero no eran solamente los holandeses quienes se confundieron por el hecho de que en una flota española la nave insignia no fuese la *almiranta* sino la *capitana*. Qué podía hacer un barril de pólvora en el alcázar del barco, era otra cuestión. Semanas más tarde, en Hamburgo, el maestro artillero de la historia se había convertido en alemán, y la causa, un bastonazo propinado por un oficial español.

Cuando Petruccio Ubaldini se ocupó del hecho tuvo que rehacer la historia por completo. El maestro artillero —flamenco esta vez— se había sentido ofendido no sólo en su honor profesional sino en el particular. El oficial español que le amonestó se había acostado con su mujer,

amenazando después a su hija, ya que ambas —gracias a la libertad poética— viajaban a bordo de la *San Salvador*. El flamenco encendió un reguero de pólvora y se arrojó al mar eliminándolos a todos de una vez. (Aquí Ubaldini se permite una conmovedora peroración acerca de la locura que representa despertar en un pecho humano la primitiva pasión de la venganza). La barroca versión de Ubaldini debería haber arrastrado a todas las demás, pero ya por entonces tenía demasiados competidores y para los pueblos del norte quizá resultase, como determinadas iglesias barrocas italianas, demasiado exuberante. De otra parte, la historia del amante de la libertad o patriota o rencoroso holandés —o alemán, o inglés, o flamenco— ha quedado tan perfectamente centrada en la leyenda de la Armada como la de David Gwynn.

La catástrofe que la inspiró era completamente real. Medina Sidonia se apresuró a actuar. Disparó un cañonazo para llamar la atención de la flota y singló hacia atrás, hacia la *San Salvador*, enviando entretanto unas pinazas y botes auxiliares con mensajes. Los barcos pequeños se reunieron alrededor de la nave incendiada para remolcarla por la popa resguardándola del viento a fin de evitar que se propagase el incendio y para reforzar a la agotada tripulación que luchaba desesperadamente contra el fuego en el sector central (había otro polvorín bajo el castillo de proa), retirando a todos los heridos y víctimas de quemaduras para llevarlos a uno de los dos barcos hospitales situados entre las urcas. El *San Martín*, con el propio duque en cubierta, no se movió de allí. Siguió supervisando y ayudando al salvamento, hasta que aparecieron dos galeazas destinadas a llevar a la *San Salvador* hasta las urcas, ya que el incendio estaba prácticamente sofocado.

Por entonces la noche tomó mal cariz. El cielo se había encapotado, el viento soplaba en ráfagas inesperadas y la mar aparecía picada y densa. En el momento que la flota abría filas para acoger a las dos galeazas y a su desvalida carga, la nave de Pedro de Valdés, que sin el equilibrio de sus dos velas principales iba a la deriva, no resistió más; en un golpe de mar perdió el palo trinquete, tal vez debilitado por la colisión sufrida y la rotura del bauprés. De nuevo el duque actuó sin pérdida de tiempo. Otra vez disparó un cañonazo para detener el avance de la flota y navegó hacia la *Nueva Señora del Rosario*, que seguía, inclinada de banda, en retaguardia. Esta vez el primero en llegar fue el *San Martín*. Pocos marinos de la Armada superaban en pericia al comandante del buque insignia, capitán Marolín de Juan. A pesar de lo agitado que el mar estaba en aquellos instantes y de lo mal que se mantenía el *Rosario*, el capitán Marolín consiguió echarle un cable. El propio *San Martín* pudo remolcar la nave averiada, pero el cable no había tenido tiempo de quedar asegurado, cuando el *Rosario*, saltando como un potro salvaje, se desprendió. El viento crecía en violencia y el mar en furor y cada vez era más difícil echarle otro cable. Desde la cubierta de popa, el duque observaba el trabajo con penosa atención.

Estaba oscureciendo y había una pareja de pinazas en las cercanías cuando Diego Flores de Valdés subió a popa para protestar. Oficial de experiencia, comandante de los galeones de Castilla, estaba en el buque insignia por indicación del rey, ostentando el cargo de jefe de Estado Mayor del capitán general y principal consejero en cuestiones navales y militares. Declaró que el duque debía volver a su puesto y la flota reanudar su: ruta hacia el Este. Siguiendo allí, en medio del mar embravecido, los

barcos podían fácilmente chocar entre sí o diseminarse durante la noche, de forma que al amanecer el duque quizá no divisase la mitad de la flota. Era imposible continuar con aquel desorden frente al enemigo, poniendo en peligro el éxito y la seguridad de toda la flota por causa de un solo barco.

Según padece, siguió una amarga y acalorada discusión. Se cree que Diego Flores fue apoyado por otro oficial —quizá Bobadilla, *maestre de campo general*—. Finalmente, el duque accedo a la propuesta, aunque sin dejar de insistir en que había de permanecer allí hasta que llegase Ojeda en el pequeño galeón que hacía las veces de *capitana* de la reserva y cuatro pinazas para tomar posesión, y asegurarle que las órdenes dadas a una de las galeazas y la nave *almiranta* de las andaluzas, para que ayudasen al salvamento, habían sido recibidas. Luego el duque viró hacia atrás y volvió a su posición en el grueso de la flota y ésta en formación cerrada reanudó su avance. Poco después el roncar de los pesados cañones, que entre la oscuridad resonaba aún de modo más fuerte precisamente hacia donde el *Rosario* se hundía, resultó impresionante.

El duque había permanecido todo el día en cubierta sin probar bocado desde el desayuno. Tampoco entonces bajó a la cámara. Un muchacho le trajo pan y queso a la cubierta de popa, donde quedó largo rato apoyado en el coronamiento, contemplando la estela y las sombras que iban quedando atrás. Su primer fracaso verdadero fue abandonar al *Rosario a* su suerte. Sabía que, no importaba quién le hubiera aconsejado ni que el consejo fuese sensato, la culpa de lo ocurrido recaería sobre él. Quizá sólo entonces recordó que Diego Flores de Valdés y Pedro de Valdés, además de primos, eran implacables enemigos.

Don Alonso Martínez de Leiva, capitán general de la Caballería de Milán, aparece en la lista impresa del orden de batalla simplemente como un caballero voluntario. Navegó en el *Rata Santa María Encoronada*, uno de los barcos del escuadrón de Levante, mandado por Martín de Bertendona. Pero su distinguida ascendencia y su carrera militar le dieron desde el primer momento un lugar preeminente en los consejos de guerra de la Armada, semejante al de los comandantes de escuadrón. Parece ser que el duque le puso al mando de la vanguardia en el avance hacia Plymouth y desde entonces el escuadrón de Levante parece haberse conformado a sus movimientos, y las narraciones hablan frecuentemente como si él lo hubiese mandado.

Acerca de la pérdida del *Nuestra Señora del Rosario* hay dos versiones contradictorias, una de ellas se encuentra en el *Diario* del duque, corroborada y ampliada en sus detalles por tres testigos a bordo del buque insignia, Vanegas, Miranda y Góngora, y apoyada por todas las demás narraciones que mencionan el incidente. La otra es la del mismo don Pedro de Valdés (Laughton, II, 133-136), que ganó considerable popularidad en España, porque las cartas de don Pedro fueron recibidas allí mucho antes del regreso de la Armada (cf. F. D. II, 427-428, 445, 448) y que fue sostenida por algunos de los que sirvieron en la Armada a su retorno (H. O., p. 352). He seguido la primera, menos por el paso del testimonio a su favor que por las discrepancias de la versión de don Pedro.

Don Pedro dice que chocó con un barco vizcaíno cuando iba a rescatar a Recalde. Ninguna otra narración asoció a don Pedro con el rescate de Recalde. Todos dicen que

chocó con el *Santa Catalina*, de su propio escuadrón, varias horas después del rescate de Recalde. Ningún barco del escuadrón andaluz estuvo cerca de Recalde durante la batalla.

Don Pedro dice que el duque no puso atención al peligro en que se encontraba. Pero en la frase siguiente indica que el galeón del duque se halló cerca de él durante algún tiempo y que por dos veces se puso en contacto con él.

Don Pedro insinúa claramente que el duque no sólo rehusó ayudarle con el *San Martín*, sino incluso ordenar que le prestara ayuda cualquier otro barco de la flota. Pero los oficiales del *Margaret and John*, cuando llegaron donde se encontraba, un poco más tarde, vieron una galeaza, un galeón y por lo menos una pinaza, manteniéndose junto a sus bordas, tratando de remolcarle, y son testigos imparciales de esta parte del relato del duque. Hay algún otro punto oscuro en la versión de don Pedro, el fragmento acerca del palo mayor, por ejemplo, y de la manera como el *Rosario* fue defendido durante «toda la noche» contra los ataques de numerosos enemigos, pero lo que es más claro es su animosidad hacia el duque. A menos que don Pedro previera, tal como ocurrió, que cualquier cargo que hiciera contra el duque recaería contra su primo y enemigo, Diego Flores.

# «UN ENORME GASTO DE GRANDES PROYECTILES»

De Start Point a Portland Bill. 31 de julio-2 de agosto de 1588

## CAPÍTULO XXIV

Aquella misma noche, el almirante inglés se hallaba también preocupado. Su consejo militar tenía el convencimiento de que los españoles intentaban desembarcar en algún puerto. Había varios en aquella ruta, así como fondeaderos; lo difícil era saber si Howard, siguiendo al enemigo, podría impedir su desembarco. El Lord Almirante había arriesgado mucho poniéndose a barlovento y dejando a los españoles al lado de tierra. La opinión militar conservadora esperaba que se enfrentase con la Armada española defendiendo el Canal, del mismo modo que un ejército defendería un paso entre montañas. Si el enemigo aprovechaba su comportamiento poco ortodoxo para hacerse con un fondeadero y desembarcar, fueran cuales fuesen las consecuencias para Inglaterra, quedaría perjudicada su propia reputación y habría de decir adiós a la fama y las grandes empresas. Al igual que Medina Sidonia, Howard estaba aconsejado por capitanes mucho más expertos que él, pero también, como su adversario, no podía eludir la total responsabilidad.

Si era cuestión de seguir a los españoles y no de bloquearlos, al menos debía procurarse que la persecución se hiciera de cerca y que fuese bien coordinada. Cuando Medina Sidonia dejó de esforzarse por navegar de popa otra vez, Howard izó bandera de consejo, y mientras los españoles hacían frente a las dificultades de la *San Salvador* y el *Rosario* los capitanes ingleses discutían la formación para su persecución. De dicha formación sólo sabemos que no pudo ser en línea única y por la proa y que cuando todos quedaron informados, «ordenando a cada hombre que se trasladase a su respectivo barco, su señoría designó a *sir* Francis Drake para montar la guardia aquella noche». Es decir, que Drake, a bordo del *Revenge*, tenía que conducir la flota; los demás, siguiéndole, habrían de guiarse por el gran farol de popa que en ella había. Era un gentil y —seguramente en opinión de Howard— también un prudente rasgo ceder a su famoso y experimentado vicealmirante el honor y la responsabilidad de una dirección que, de otro modo, habría recaído sobre el propio Lord Almirante.

Había empezado a anochecer y los ingleses, con la ligera brisa, navegaban rápidamente tras la Armada que se encontraba ya muy cerca de Start Point. Por algún sector del mar avanzaba la *Margaret and John*, de Londres, barco corsario de doscientas toneladas y quizá catorce cañones. La *Margaret and John* llevaba seguramente muy buena marcha, pues estaba en vanguardia cuando avistó (según ella fue la primera en verlo) un gran barco español en apuros: se le había desprendido el bauprés y el palo de trinquete y estaba parado entre «un gran galeón», una galeaza y una pinaza que intentaban ayudarle. De acuerdo con la información dada por sus propios oficiales, el *Margaret and John* se precipitó sobre los españoles «sin

que le acompañase barco, pinaza o bote alguno de nuestra flota». Los navíos españoles, entretanto, abandonando a su dañado compañero, emprendieron la huida.

No es necesario dar crédito a todo el relato de lo ocurrido al *Margaret and John*. Teniendo en cuenta que sus oficiales tenían intención de cursar una demanda reclamando parte del botín del *Nuestra Señora del Rosario*, es lógico que realzasen su propio papel. Se sabe que el galeón de Ojeda (bastante reducido, por cierto, y no mucho mayor, si lo era realmente, que el *Margaret and John)* y una galeaza abandonaron a don Pedro de Valdés a eso de las nueve de la noche, aunque es probable que lo hicieran teniendo en cuenta que la flota inglesa se acercaba y no por miedo a un solo barco, por osado que éste fuese. Finalmente, el *Margaret and John* se acercó con cautela, manteniéndose a barlovento, y examinó detenidamente la situación de la nave *Rosario*, que parecía desierta, con las velas recogidas, las luces apagadas y nadie en el timón. Para asegurarse, el *Margaret and John* se acercó aún más y lanzó una descarga de mosquetes. Le respondieron con un par de fuertes cañonazos. El *Margaret and John* replicó con una andanada y entonces, prudentemente, se retiró aunque permaneciendo en las cercanías hasta casi la medianoche en que —según dijeron después sus tripulantes— pudo divisar al Lord Almirante navegando tras el enemigo, y temiendo desagradarle con su presencia allí, volvieron a reunirse al resto de la flota. Lo más probable es que Howard, al oír el disparo del cañón, enviase una pinaza para dar el alto a los merodeadores rezagados; había comprendido las intenciones de la nave *Rosario* y ordenó que se la ignorase manteniendo así la flota siempre unida. Si los españoles

tenían intención de anclar por la mañana en Tor Bay, iba a necesitar de todas las fuerzas disponibles.

Es necesario decir algo acerca de la visibilidad en aquella noche. La lucha debía de estar en su primer cuarto creciente, pero ningún relato de la época habla de luz lunar. Tras el borrascoso chubasco de las cinco o las seis de la tarde parece ser que amainó el viento y de Start Point en adelante soplaba sólo una ligera brisa. Con luna o sin ella, la visibilidad no podía ser muy buena. El cielo quizá estaba encapotado o tal vez se registraron esas intermitentes ráfagas de niebla que algunas veces surgen en el Canal. Por una razón u otra y aunque el *Ark* navegaba inmediatamente después de la nave de Drake, su vigía perdió de vista el farol del *Revenge.*

Suponiendo que el almirante abandonase la cubierta para trasladarse abajo, en tal instante habrían requerido de nuevo su presencia. Todos los ojos hubiesen escudriñado el horizonte hasta divisar de nuevo el farol, aunque mucho más distante de lo que era de esperar. Desplegando una mayor velocidad, el *Ark* se apresuró a darle alcance. Ni siquiera el *Revenge* podía escapar del *Ark*. ¿Acaso no había jurado el Lord Almirante que, en lo tocante a cualidades para la navegación, el *Ark* era el barco más extraordinario del mundo, incomparable y sin igual? Seguramente el farol que les servía de guía fue alcanzado mientras el *Ark* ocupaba lo que parecía ser su adecuada posición. Sólo cuando el amanecer avanzaba sobre las olas y el guía y su seguidor se hallaban a la altura del Berry —lugar donde, si los españoles pretendían llegar a Tor Bay, podía decidirse la suerte del combate —advirtió Howard que había avanzado en pos del farol de popa de la nave insignia enemiga, y que se encontraba casi en el centro de la amenazadora media lucha española. Únicamente le

acompañaban sus dos más cercanos seguidores de la pasada noche, el *Bear* y el *Mary Rose*. Todo lo más que podía divisarse del resto de la flota era el extremo superior de algunos mástiles en el horizonte. Por lo demás, ni rastro del *Revenge* de Francis Drake.

Lo exasperante en las informaciones de la época sobre la campaña de la Armada es que sólo permiten entrever lo ocurrido como a través de un remolino de niebla. Hay momentos en que el bosquejo principal queda bastante claro, pero los detalles son confusos; determinadas escenas, ocasionalmente, están bien reflejadas pero en otros momentos todo resulta completamente oscuro. La versión oficial inglesa de los hechos se limita a decir:

«Nuestra flota, en malas condiciones de visibilidad —debido a que *sir* Francis Drake abandonó su puesto de guía para ir en persecución de unas urcas—, quedó rezagada sin saber en pos de quién avanzar. Sólo su señoría el Lord Almirante, con el *Bear* y el *Mary Rose*, persiguieron durante toda la noche al enemigo casi a distancia de disparo de culebrina mientras la flota quedaba atrás y tan lejos que a la mañana siguiente, de la nave más cercana a duras penas se vería más de medio mástil y de algunas ni siquiera eso. Contando con buenas condiciones de navegación, sólo hasta la mañana siguiente, antes de que fuera demasiado tarde, lograron estas últimas alcanzar a su señoría».

Es fácil perdonar a Howard por alegar que la solitaria persecución emprendida contra la flota española fue un acto de atolondramiento y arrojo en lugar de una simple equivocación —máxime teniendo en cuenta que no hizo reproches a Drake, sino que lo disculpó como siempre, sin

énfasis de ninguna especie—. Lo que no se le puede perdonar es que silencie lo ocurrido después.

Hemos de suponer que los tres barcos ingleses viraron y huyeron desesperadamente sin que los españoles intentaran salir en su persecución. Ningún relato español de la época menciona la presencia, en el amanecer, de los tres galeones ingleses allí, tan cerca de ellos, a pesar de que viéndoles la Armada tuvo que experimentar el mismo asombro que experimentaran los ingleses al ver a la Armada. Meteren tiene una frase que puede ofrecer cierta orientación. Hakluyt nos la ofrece así:

«Al mismo tiempo (es decir, el mismo día en cuyo amanecer Howard casi se encontró dentro del semicírculo de la flota española), Hugo de Moneada, que ostentaba el mando de cuatro galeazas, pidió humildemente permiso al duque de Medina Sidonia para ir al encuentro del almirante de Inglaterra, permiso que el duque no consideró oportuno conceder».

Todo ello parece el eco de la queja que los compañeros de don Hugo llevaron a España. Pudo o no pudo ser cierto, pero en los momentos que siguieron al amanecer quizá ocurrió así. Es verdad que el *Ark* y sus acompañantes fueron divisados y es posible que el *Ark* fuese también identificado. Las únicas unidades de la flota española que podían darles alcance eran las galeazas, que podían avanzar a remo y navegar de popa, desplegando en pocas millas considerable velocidad. Si las galeazas hubiesen amenazado a las tres naves inglesas, los galeones habrían tenido suficiente tiempo de llegar después, rodearlas y destruirlas.

Si Moneada hizo la petición, Medina Sidonia, evidentemente, rehusó el permiso. Uno se pregunta por

qué causa. ¿Creía verdaderamente tan perentoria la orden de seguir remontando el Canal que no podía demorarse ni para destruir tres grandes barcos enemigos? Su comportamiento del siguiente día lo hace poco probable. ¿Se avivó el viento en el amanecer, halando tanto que las galeazas no tenían posibilidad de realizar la persecución? Cabe dentro de lo posible. O bien, ¿recordaría Medina Sidonia que, según las viejas leyes de la lucha en los mares, era privilegio y deber del almirante dar caza al almirante enemigo y le disgustaba ofrecer a don Hugo una oportunidad que él no tenía? ¿O consideraba impropio de un caballero español caer sobre el enemigo en proporción de veinte a uno y prefería diferir el esperado choque?... Tampoco esto era imposible, teniendo en cuenta que las ideas súbitas del duque siempre eran más el producto de los libros de caballería que de las reglas del sentido común militar. En suma, si realmente existió una pequeña oportunidad de dar la batalla al *Ark* y a sus acompañantes antes de que acudiese el resto de la flota inglesa, no aprovecharla constituyó el segundo error de Medina Sidonia en menos de doce horas.

Sea como fuese, el caso es que Howard consiguió eludir el peligro y fue testigo de cómo la Armada seguía remontando el Canal sin mostrar el menor interés por Tor Bay.

Aquella misma tarde todos los barcos ingleses que se habían dispersado se agruparon de nuevo, el *Revenge* incluido. Drake refirió a Howard una historia bastante completa. «Era ya entrada la noche cuando, aparentemente, había visto una sombra adentrarse en el mar. Temiendo que el enemigo intentara aprovechar la oscuridad para deslizarse sin ser visto y ganar el barlovento, Drake había vuelto a estribor con objeto de

desafiar a los españoles, quitando el farol de popa para no desorientar al resto de la flota. Llevó consigo únicamente el *Roebuck*, gran barco corsario procedente de Plymouth, al mando del capitán Whiddon, y dos de sus propias pinazas que seguramente iban a la cabeza de la expedición. Una vez alcanzados, los barcos misteriosos que llamaron su atención resultaron ser sólo unos inofensivos mercantes alemanes. Cuando emprendió la ruta de vuelta, amanecía ya. De pronto, en medio del mar, tan sólo aproximadamente a un cable de distancia, surgió la desmantelada silueta de la nave *capitana* de don Pedro de Valdés. En principio don Pedro pareció dispuesto a pactar condiciones, pero al saber que quien le retaba era el propio Drake, no halló vergonzoso rendirse mediante las necesarias garantías de correcto trato. Drake envió al capitán Whiddon en el *Roebuck* para escoltar su botín hasta Tor Bay, quedándose a su ilustre prisionero, en calidad de invitado, a bordo del *Revenge*, para presentarle —como precisamente estaba haciendo en aquellos momentos— al Lord Almirante.

Aparentemente nadie en aquel entonces censuró a Drake por su comportamiento en tan extraordinario hecho. Nadie, según las informaciones que se poseen, habló de él con desdoro, aparte de Martin Frobisher, que parecía más molesto por el reparto del botín de la nave *Rosario* que por la manera en que el mismo había sido adquirido. Sin embargo, la historia resulta un poco rara. ¿Por qué nadie más vio las misteriosas urcas alemanas? Y si a Drake se le disculpó por abandonar su puesto para examinarlas, ¿qué excusa podría existir para su decisión de apagar un farol que servía de guía al resto de la flota, sin comunicar al Lord Almirante sus intenciones?

De haberlas conocido, Howard pudo perfectamente encender su propio farol de popa sin que el perfecto orden de la expedición se quebrase. Pero ni Drake presentó excusas ni nadie, al parecer, las consideró necesarias.

Con grave expresión, Howard aceptó la historia de las urcas alemanas, pero seguramente tuvo que sonreír con ironía pensando en la pretendida «sorpresa» de Drake al «tropezar» con la desmantelada nave española. Francis Drake era famoso en los siete mares por su pericia, su especial instinto para dirigirse, entre una vasta extensión de agua, al punto exacto en donde era posible hallar un botín deseable, y la nave *Nuestra Señora del Rosario*, según se demostró al final de la campaña, resultaba ser realmente una presa espléndida. Por esto precisamente no fue necesario presentar excusas. Nadie podía criticar un hecho por todos envidiado. En cualquier ejército naval moderno se hubiera exigido consejo de guerra para el acto de Drake y la consiguiente degradación de éste; sin embargo, *sir* Francis recibió no sólo un buen montón de dinero, sino también mayor fama. Si sus contemporáneos nada le reprocharon, ¿por qué hacerle reproches nosotros?

Por la misma razón tampoco habrá que reprochar nada a don Pedro. Nadie le ha hecho responsable de nada. Cuando más tarde conocieron los hechos, sus compatriotas acusaron al duque y a su consejero Diego Flores de abandonar el *Nuestra Señora del Rosario*. Para el comandante de la embarcación sólo tuvieron frases amables, el eco de las cuales han seguido prodigando los historiadores. Sin embargo, es difícil afirmar que el hecho deje a don Pedro en buen lugar. La nave *Rosario* era muy maniobrera, por lo que cabe opinar que tanto los jefes como la tripulación era gente apática. Su fracasada

defensa oscurece seriamente el valor español. El choque que costó a la *Rosario* su bauprés y la consiguiente pérdida del palo trinquete fue posiblemente irremediable, pero un barco que ha sufrido semejantes pérdidas no debe seguir navegando, impotente, durante más de diez horas. Aparentemente la nave *Rosario* llevaba a bordo más de ciento dieciocho marineros y unos trescientos soldados. En caso de necesidad, incluso estos últimos podían tirar de las cuerdas y manejar las hachas. Con muchos brazos, los vientos en calma y la mar tranquila habría sido posible improvisar una especie de aparejo provisional en la parte delantera que ayudase al equilibrio del timón, y con velas bien templadas, el *Nuestra Señora del Rosario*, aunque avanzando con lentitud, no hubiese perdido necesariamente el control. Sin embargo, cuando el *Margaret and John* surgió en su ruta, aproximadamente cuatro horas después de haber perdido el palo trinquete, el *Nuestra Señora del Rosario* volqueaba irremediablemente, sin señal alguna de actividad en cubierta, de manera que casi parecía abandonada. Así seguía cuando la encontró Drake.

De igual modo que fracasó al no reparar su barco, don Pedro fracasó también por el hecho de no defenderlo. Tenía a bordo casi tantos hombres como había en el *Revenge* y el *Roebuck* juntos; hombres que apenas habían luchado aún. El *Rosario* era uno de los más grandes y sólidos barcos de la Armada y el que más cañones pesados poseía. En ningún aspecto resultaba inferior al galeón de Recalde ni al del duque, aunque su línea quizá fuese más rústica. Junto a las naves inglesas, sus castillos sobresalían de tal forma que habría sido verdaderamente difícil su abordaje. Si sus tripulantes hubiesen decidido defenderse habrían podido resistir muchas horas manteniendo a los

dos barcos enemigos entretenidos, por lo menos durante todo aquel día y quizá dañando alguno seriamente. En lugar de hacerlo así, su capitán, con un airoso saludo, se rindió a la fama de Drake, regalando al enemigo un barco potente con cuarenta y seis cañones, un gran depósito de armas y municiones y cincuenta y cinco mil ducados de oro que se guardaban en el camarote del capitán. Quizá don Pedro no mereciese el castigo que por su conducta habría recibido tiempo después, es decir la horca, pero evidentemente aun dadas las costumbres del siglo XVI resulta un poco raro que llegara a convertirse en algo parecido a un héroe popular de segunda categoría, tanto en España como en Inglaterra.

Más tarde, en el mismo día que se entregó Pedro de Valdés —lunes 1 de agosto— los ingleses obtuvieron un segundo botín. Alrededor del mediodía, el patrón de la *Son Salvador* envió aviso de que su nave se hundía lentamente. La explosión que había destrozado la cubierta de popa abrió demasiadas vías de agua y ésta penetraba en las bodegas con más rapidez de la que podían desplegar las bombas. La tripulación abandonó la nave, llevando algunas de sus existencias de almacén, pero —dato curioso— las municiones y la pólvora quedaron en la bodega de proa. Naturalmente pudieron echarlo a pique, pero, o bien no obtuvieron el permiso necesario o los ingleses llegaron demasiado pronto. El propio lord Howard subió a bordo, pero su inspección resultó muy breve; el hedor de los cuerpos achicharrados fue demasiado para él Más tarde, el capitán Fleming, comandante de la pinaza que llevó a Inglaterra las primeras noticias acerca de la Armada, se las compuso para remolcar la nave inundada hasta Weymouth. La nueva del doble botín levantó los ánimos del pueblo en la zona costera. El primer día de batalla a la

altura de Eddystone había sido claramente observado desde tierra por una verdadera multitud de curiosos, pero nadie, entonces, pudo discernir si la cosa marchaba bien o mal.

En la tarde de aquel mismo lunes, cuando el viento amainó hasta convertirse sólo en ligero soplo, Medina Sidonia hizo reunir consejo militar para disponer una nueva táctica. Se dividieron la totalidad de barcos de guerra en dos partes: una fuerte retaguardia a las órdenes de don Alonso de Leyva (hasta que Recalde hubiese terminado las reparaciones del *San Juan*) y una pequeña vanguardia, bajo el mando del propio duque. Este eligió la vanguardia porque esperaba que de un momento a otro surgiese ante él, bajo el mando que él creía de Hawkins (lo estaba bajo el de Seymour, por entonces), el flanco oriental de la flota inglesa. Constantemente se veían llegar nuevas embarcaciones y era fácil darse cuenta que Howard había solicitado refuerzos.

Sin embargo, cuando se presentó la oportunidad de lucha, surgió precisamente en dirección opuesta. La calma de la noche anterior quedó truncada el martes por la mañana debido al viento del amanecer que soplaba del Este. Los españoles contaban con el barlovento a su favor.

Rápidamente Howard se hizo cargo de la situación. Lo primero que vieron los españoles a la creciente claridad del día fue al almirante inglés navegando de bolina, hacia la costa, en evidente esfuerzo por superar el ala izquierda española y contar de nuevo con el viento a su favor. Cuando amanecía la Armada casi se encontraba frente a Portland Bill y Howard parecía tan preocupado por Weymouth como lo estuvo por Tor Bay el día anterior. Esta vez los españoles estaban demasiado cerca de la costa

y fuera de observación para que se les pudiera ganar ventaja. En cuanto advirtió la maniobra inglesa, Medina Sidonia procuró interceptarla con sus galeones de vanguardia, y Howard, comprendiendo que no llegarían a Portland Bill sin que les alcanzase la vanguardia española, viró en dirección opuesta y la línea de ataque inglesa avanzó hacia el Sursudoeste, intentando ganar el barlovento por la parte del flanco español más adentrado en el mar. Rápidamente, la retaguardia española dirigida por Bertendona se dispuso a cortarles el paso y la distancia entre ambas naves almirantes se redujo desde el radio de acción de la culebrina al del mosquetazo o medio mosquetazo. En cuanto quedó aclarado que los ingleses estaban de nuevo aislados, ambos contrincantes comenzaron de nuevo a vomitar fuego y humo.

Así empezó una curiosa batalla que duró toda la mañana y que según es reseñado por Camden, una vez se revisó el informe, se desarrolló en medio «de una gran confusión». Quizá fuese así. La mayor parte de detalles no han podido precisarse. Pero no existe duda acerca del objetivo de ambos comandantes y con más relatos de los que Camden dispusiera como guía se obtiene un bosquejo bastante claro de lo más importante. Los ingleses intentaron repetidamente ganar el barlovento al flanco español más adentrado en el mar. Los españoles intentaron repetidamente el abordaje e incluso provocaron al enemigo para que les abordase a ellos. Ambas partes fracasaron en su intento, pero no cabe duda de que frecuentemente los dos se hallaban a una distancia de respectivo disparo de cañón y alguna vez hasta más cerca. Ambos almirantes estaban impresionados por el furor de la batalla y cada uno anotó mentalmente más de un barco para ser elogiado de manera especialísima más tarde. Se

afirma que el tronar de los cañones sonaba como el continuo retumbar de la mosquetería y el humo resultaba cegador. Los más viejos soldados jamás habían sido testigos de un cañoneo como aquél. Mientras el viento sopló del Sudeste la lucha que se libraba mar adentro derivó hacia el Oeste, hacia la bahía de Lyme.

Entretanto, a sotavento de Portland Bill se estaba desarrollando una batalla de orden menor. El *Triumph* de Martin Frobisher —el mayor barco de ambas flotas— se encontraba allí anclado cubriendo, más o menos, a cinco mercantes de Londres de regulares proporciones y siendo, a la vez, ayudado por ellos para rechazar el ataque de cuatro galeazas. Posiblemente Frobisher y sus acompañantes, tras fallar en el intento de ponerse a barlovento de Portland Bill, no pudieron seguir el cambio de ruta iniciado por Howard, considerando única solución permanecer anclados allí, esperando que la propia marcha de la lucha en el Oeste les ofreciese la ventaja del viento y espacio para maniobrar. O bien, puede que Frobisher tuviera algún propósito más astuto. Un par de millas al este de Portland Bill existe un extenso y vadoso bajío de conchas rotas —Shamlbes, se llama— alzado en silueta irregular hacia la superficie. Desde la punta del Bill, recta hacia el referido bajío, avanza una periódica corriente que en ocasiones alcanza una velocidad mayor de cuatro nudos. Los barcos prudentes suelen apartarse de esta trampa de muerte. Para atacar al *Triumph* por la ruta más corta, cualquier embarcación tenía que haber cruzado la corriente en cuestión. Para acercársele con más prudencia, había que perder el barlovento y luchar con las traicioneras corrientes. Debido a sus altos Castillos el *Triumph* resultaba algo menos ligero que la mayor parte de barcos ingleses, pero en caso de abordaje tenía más

posibilidades de defensa. Puede que Martin Frobisher estuviese cansado del juego. En tal caso no podía haber escogido refugio mejor.

Cuando Howard cambió de rumbo, Medina Sidonia advirtió la apurada situación —o lo que aparentaba ser apurada situación— de la pequeña escuadra de Frobisher y envió cuatro galeazas al mando de don Hugo de Moneada para terminar con ella. Cuando nuevamente tuvo tiempo de observarles —poco más o menos una hora después— vio a las cuatro galeazas maniobrando con cautela a distancia larga de culebrina del *Triumph*, al igual que experimentados perros que tropiezan en el interior de un foso con algún oso viejo, rápido y astuto. La marea bajaba, el agua bullía y la corriente empujaba las galeazas hacia un lado, pero Medina Sidonia en modo alguno podía advertir estos detalles. Sin embargo, envió una pinaza para avisar a don Hugo.

Poco después el viento giró hacia el Sur y Howard, que se había alejado un poco y no perdía de vista al *Triumph*, se dirigió con un grupo de galeones de la reina y algunos buques voluntarios de categoría a «rescatar» a Frobisher. Se ignora si éste deseaba ser rescatado. Tal vez podría saberse de tener la seguridad de que entre el grupo salvador figurase el *Revenge* de Drake, ya que tres semanas más tarde, en Harwich, el irascible hombre de York afirmaba que Drake tenía intención de engañarles en lo tocante al botín de la nave *Rosario*, añadiendo: «Pero tendremos nuestra parte o haré que corra lo mejor de su sangre», con lo cual es fácil comprender que no hablaba a impulsos de un insoportable bagaje de gratitud.

Al ver cómo Howard efectuaba el rescate, Medina Sidonia se apresuró a interceptar con su vanguardia —dieciséis

barcos— la alineación inglesa. Antes de que las escuadras estableciesen contacto el duque miró hacia atrás y vio cómo Juan Martínez de Recalde, que con el *San Juan* ya reparado iba a unirse a la lucha, había quedado aislado siendo acosado por unas doce naves. El cambio de viento había arrastrado a toda la Armada, con excepción de la escuadra del duque, a sotavento de Recalde. Inmediatamente Medina Sidonia ordenó a su escuadra cambiar de rumbo para rescatar a su vicealmirante. Sólo el *San Martín* quedó atrás para hacer frente al enemigo, y cuando el *Ark* se le acercaba se situó de flanco y arrió la gavia como invitando a los ingleses al abordaje. En los libros que el duque había leído, un combate naval se desarrollaba siempre así: almirante contra almirante, espada contra espada, sobre una cubierta salpicada de arena; precisamente para llegar a esta situación había desaprovechado la oportunidad del día anterior.

En lugar de amarrar y lanzarse al abordaje, Howard soltó una andanada a muy corta distancia y pasó de largo. Lo mismo hizo el galeón siguiente y el otro y todos los restantes. Inmediatamente después volvieron a la carga con una nueva serie de andanadas repitiéndolo tres veces. Entretanto, los barcos que habían estado importunando a Recalde se unían al círculo que rodeaba al almirante español. Desde la cubierta del *San Juan* parecía como si el *San Martín* luchase solo contra cincuenta potentes naves por lo menos. La verdad es que disparaba todos sus cañones y, según informe de quien se hallaba a bordo, devolvía el fuego al enemigo con tanta eficacia que al final de la operación éste quedó más alejado que al principio. Como quiera que la Armada se encontraba bastante a sotavento de su almirante, el *San Martín* tuvo que luchar solo durante más de una hora. Para entonces se le acercó

un grupo de galeones con Oquendo a la cabeza y los españoles, al decir de Howard, «se reunieron en masa en tomo a su baqueteada nave almirante».

Seguidamente los ingleses emprendieron la retirada. Las galeazas habían dejado de importunar al *Triumph* y como el viento era de nuevo favorable para el inglés, la Armada volvió a formar su media luna defensiva reanudando su impresionante avance. Por la tarde se cambiaron algunos disparos de largo alcance, pero en realidad con el rescate del almirante español finalizó la batalla de aquel día.

La amarga lección recibida por los españoles fue que, aun con el barlovento a su favor, no podían dar alcance al enemigo para abordarle, pues los barcos ingleses eran lo suficientemente rápidos y lo bastante buenos en la navegación de bolina como para mantenerse a la distancia que deseasen. Los españoles, unánimemente, decidieron que el enemigo hacía bien en confiar en sus cañones, pues las piezas inglesas eran mayores y de más largo alcance que las suyas y sus artilleros más adiestrados gracias a lo cual podían disparar con más rapidez. (En ambas flotas se creía que con rapidez tres veces mayor, aunque debió de ser cosa difícil de calcular).

En cuanto a los ingleses, su lección amarga fue comprobar que frente a la disciplina española la escogida táctica resultaba inútil. No es que esperasen hundir a casi todos los barcos españoles en el primero o el segundo encuentro, pero sí creyeron hacer blanco en los galeones, inutilizándolos uno tras otro hasta conseguir su retirada y el consiguiente hundimiento. Pero hasta aquel momento sólo habían logrado suprimir dos barcos enemigos, el *Nuestra Señora del Rosario* y la urca *San Salvador*, y aunque los ingleses creyeron que sus cañones habían

contribuido al hecho, lo cierto es que, en ambos casos, la circunstancia se debió a accidente fortuito. Entretanto, durante los dos días de batalla, especialmente en el furioso encuentro desarrollado a la altura de Portland Bill, habían hecho, según expresión del propio Howard «un enorme gasto de grandes proyectiles», tanto que en algunas naves habían quedado incluso sin existencias. Desesperado, escribió a tierra alegando que sin recibir pólvora y balas no podían volver a la lucha. El caso es que, evidentemente, no habían causado grandes daños al enemigo. Los españoles mantuvieron su formación mejor que ellos mismos, sin abandonar ni un solo barco durante la batalla. Por supuesto, no habían tomado Weymouth, pero nada indicaba que hubiesen tenido intención de atacar aquel puerto y ahora sus apretadas filas avanzaban, como antes, majestuosamente.

NOTAS

Principalmente Laughton y Fernández Duro. Véase también J. A. Williamson, *The Age of Drake*, pág. 325.

# EN ORDEN FORMIDABLE

De Portland Bill a Calais Roads.
2 a 6 de agosto de 1588

CAPÍTULO
XXV

De Portland Bill a Calis Roads hay algo menos de ciento setenta millas. La Armada, con los ingleses en pos, recorrió esta distancia en unas den horas o poco más. Aun deduciendo el tiempo perdido en dos indecisas y rápidas operaciones, el resultado es de una velocidad media de dos nudos. Responsable de ello fue el viento. Después de la batalla del martes por la mañana a la altura de Portland Bill se originaron periódicos momentos de calma y *vientos* variables y ligeros; en el resto del tiempo sopló una suave brisa procedente de alguna cuarta del Oeste. Los españoles no podían desear mejor tiempo que éste que les permitía mantener su formación con el mínimo riesgo y pocas molestias, y que a la vez privaba a los ingleses de una parte de la ventaja que poseían dada la mayor velocidad de sus barcos. Con todo ello el duque de Medina Sidonia disponía de tiempo para enviar mensajes al de Parma indicándole tuviera las tropas a punto de embarcar, solicitando provisiones e invitándole a unirse a la Armada para atacar en conjunto a los ingleses.

Estos, entretanto, seguían avanzando con cautela, constantemente reforzados por voluntarios de los puertos

del Canal, siempre con posibilidad de entablar batalla con el enemigo en el momento deseado, pero sin conseguir romper su formación. Así quedó demostrado en dos rápidas escaramuzas, a pesar de que en ambas ocasiones los ingleses tuvieron oportunidades al parecer muy favorables.

Al amanecer del miércoles 3 de agosto, los ingleses distinguieron un gran barco español que había quedado rezagado tras el extremo de la media luna más adentrada en el mar e inmediatamente forzaron la marcha para intentar aislarlo. Carecemos de informes de fuente inglesa acerca del hecho, pero la nave almirante identificada por los españoles al frente de la expedición no pudo ser sino el *Revenge* de Drake. Su puesto habitual estaba, al parecer, en el flanco más adentrado en el mar y por otra parte, de haberse tratado de Howard, éste habría incluido el incidente en su relato de los hechos. Hacia el ala derecha española, Recalde, con el *San Juan*, había ocupado de nuevo su puesto. Rápidamente, con un grupo de barcos de primera línea acudió, pues, en ayuda de su rezagado compañero.

Se trataba del *Gran Grifón*, nave capitana de las urcas, al mando de Juan Gómez de Medina. Al solicitar que la misma reforzase su flanco mar adentro, Recalde se había mostrado menos preciso que de costumbre en su apreciación, pues, aun tratándose de una sólida nave de seiscientas cincuenta toneladas dotada de treinta y ocho cañones, era embarcación pesada y torpe que sólo servía para navegar a la velocidad de las urcas que capitaneaba. En cuanto advirtió que estaba en un apuro viró en dirección de la media luna que le ofrecía seguridad, pero la nave almirante inglesa se deslizó ante ella, disparando una andanada y volvió a la carga disparando otra,

cruzando junto a su popa y disparando otra vez a distancia de medio mosquetazo. Luego se acercaron otros barcos ingleses e inmediatamente el *Gran Grifón* se vio acosado por todos lados. Nadie, sin embargo, intentó el abordaje, así que pudo seguir avanzando envuelto en humo, con sus rugientes cañones desafiando al enemigo hasta que alcanzó la columna de Recalde.

Toda el ala derecha de la retaguardia española estaba a la sazón ocupadísima. Recalde, Oquendo, De Leyva, Bertendona y el gran galeón de Florencia soportaban los más duros embates, mientras Drake persistía en su ataque al *Gran Grifón*, que ya había perdido el control y se hallaba en grave apuro, debido a no se sabe qué desperfecto del mástil, la jarcia o el timón. Medina Sidonia envió a las galeazas en su ayuda; una de ellas consiguió remolcarlo y conducirlo hasta la parte central de la flota mientras otras cambiaban algunos disparos con el *Revenge*, logrando derribar —o así lo creyeron entonces— su verga mayor. La lucha en el sector derecho era cada vez más enardecida, hasta que el duque, con la vanguardia, se dirigió a popa y arrió las gavias en señal de combate general. Los ingleses se retiraron a una distancia de disparo largo de culebrina, pero continuaron disparando ocasionalmente e iniciando movimientos amenazadores hasta que el duque comprendió que no tenían intención de aceptar batalla sino que únicamente procuraban demorarla, por lo que volvió a su puesto. Luego la Armada prosiguió su avance una vez más.

Aunque menos de la mitad de cada flota tomó parte en la batalla de aquel miércoles por la mañana y la pelea duró unas dos horas, el informe oficial español dio un total de sesenta muertos y setenta heridos, diez muertos más que en la del día anterior a la altura de Portland Bill, siendo el

día en que más pérdidas tuvieron desde que entraron en el Canal. Probablemente la mayoría de víctimas se produjo en el *Gran Grifón*, pero se tiene la impresión de que los ingleses cada vez se aproximaban más, con lo cual ambas partes sufrían e infligían mayores daños.

El miércoles por la tarde amainó completamente el viento y ambas escuadras se limitaban a flotar, sin moverse de sitio, contemplándose mutuamente, a una distancia de milla escasa la una de la otra y a pocas millas al sudoeste de Needles. De vez en cuando un ligero soplo hinchaba las velas de una flota, incluso las de ambas, impulsando y empujando a los barcos que se acercaban con refuerzos para Howard, deficientes barcos de guerra, costeros y del puerto, o pinazas, pero llenos de voluntarios (gente joven ansiosa de pelea) y con gran cargamento de pólvora y municiones.

Howard aprovechó la oportunidad para reunir consejo nuevamente. El y sus capitanes debían de estar tan poco satisfechos del desarrollo de los acontecimientos como sus mismos adversarios: Durante la batalla a la altura de Portland Bill la alineación inglesa se había dispersado en tres grupos no coordinados y sólo por la ágil maniobra de sus barcos y la tenaz defensa de Frobisher se libraron de un desastre mayor. Los españoles por su parte habían conservado su formación en todas las operaciones y aunque sus barcos eran más lentos y a pesar de la carga que suponían las urcas, maniobraron siempre con unidad y precisión, lo que les libró de serias pérdidas.

La solución por que optó el consejo inglés fue la de organizarse en escuadras pequeñas. Durante cuatro días habían sido testigos del sistema de lucha del enemigo sin contar lo que habían logrado saber Drake y Howard por

boca de su muy locuaz invitado, don Pedro. Así, pues, dividieron sus fuerzas —un centenar de barcos grandes y pequeños, en total— en cuatro escuadras más o menos iguales. Por supuesto una al mando de Howard y otra al de Drake. Las dos restantes fueron encomendadas, una a John Hawkins, veterano marino y creador de la nueva armada de la reina, y la otra —por sorprendente que parezca— a Martin Frobisher, reciente héroe de Portland Bill.

Los ejércitos y las armadas cambian a menudo su táctica u organización para imitar la de un admirado antagonista, pero casi nunca frente al enemigo, y precisamente en el momento crucial de prepararse una decisiva operación. Según parece, la nueva organización dio mejores resultados que la primera. Adoptándola, el consejo militar inglés rindió tributo a la eficiencia del adversario, dando así muestras de su inteligencia.

A la mañana siguiente se llevó a cabo el primer ensayo. Desde la media noche reinaba completa calma y con la luz del alba se distinguieron otra vez algunas embarcaciones españolas rezagadas, dos esta vez, el galeón real *San Luis de Portugal*, y un mercante, perteneciente al comercio con las Indias Occidentales, llamado *Santa Ana*, encuadrado con los andaluces. Ambos se balanceaban a una distancia ni cerca ni lejos de sus normales posiciones en la formación para ofrecer un buen blanco. Esta vez no soplaba viento alguno. John Hawkins, que estaba más cerca, mandó arriar sus botes para remolcar los barcos de guerra hacia el enemigo con el *Victoria* a la cabeza, hasta que las balas de los mosquetes comenzaron a silbar alrededor de los remeros.

El tiempo era favorable para las galeazas y Medina Sidonia ordenó rescatasen a los dos rezagados. Rápidamente partieron tres con tal propósito llevando a remolque al *Rata Coronada*, la gran carraca de Alonso de Leyva, para disponer de más potencialidad de disparo. Por un momento el sector de la escuadra de Hawkins que estaba siendo remolcada pareció perdida. Pero el *Ark* del Lord Almirante avanzaba por la izquierda de Hawkins, con las tripulaciones de los botes remando con firmeza e inmediatamente después un familiar de Howard, lord Thomas, se acercaba en el *Golden Lion*.

Durante un rato ambos grupo se fueron disparando mutuos cañonazos, mientras el resto de la flota se limitaba a observar. Ni un ligero soplo de brisa hinchaba las velas, así que sólo las galeazas podían maniobrar. El Lord Almirante anotó, con orgullo, lo siguiente: «Tanto el *Ark* como el *Lion* realizaron muy buenos disparos haciendo blanco en las galeazas según ambas flotas pudieron comprobar». Finalmente, las referidas galeazas resultaron tan perjudicadas que «una de ellas tuvo que ser retirada, pues había que carenarla, otra perdió su farol a consecuencia de un disparo del *Ark*, farol que vino flotando hacia nosotros, y la tercera perdió su mascarón de proa». Howard, complacido, añade que desde entonces no volvieron a aparecer en el escenario de la lucha.

El informe español se limita a afirmar que dos de las galeazas remolcaron el *San Luis* y el *Santa Ana* y que luego las seis embarcaciones se alejaron de la flota enemiga. Al igual que otros comandantes, Howard parece haber exagerado un poco los daños que infligió. La pérdida de un farol de popa y de un mascarón no bastan para dejar un barco inutilizado. En cuanto a la tercera, si se hallaba en reparación debido a un disparo recibido, el

desperfecto tuvo que ser leve ya que media hora más tarde las tres galeazas se encontraban de nuevo en acción, manteniéndose en sus respectivos puestos durante el trayecto hasta Calais y aun más allá.

En aquel momento se alzó una brisa suave y, al igual que en Portland Bill, se originaron dos operaciones simultáneas aunque sin conexión. Tres grupos ingleses atacaron la retaguardia española, mientras Medina Sidonia, con la vanguardia, emprendía la ofensiva contra el cuarto. Para comprender la situación habrá que echar un vistazo a la costa. Durante la noche ambas flotas habían navegado hacia el Este o bien avanzaron a la deriva en la misma dirección, de modo que el amanecer las encontró en el extremo sur de la isla de Wight y tal vez a una legua o menos de la costa. Se encontraban, pues, muy cerca de la entrada este de Solent, punto que el propio rey Felipe recomendó a su almirante para fondeadero de emergencia, caso de que hubieran de esperar al duque de Parma y más allá del punto que el pequeño consejo militar celebrado a la altura del Lizard había decidido no pasar sin la seguridad absoluta de que el duque de Parma estuviese preparado. Para sentirse seguros, los españoles creían suficiente «apoderarse de la isla de Wight», lo cual, de acuerdo con los informes que tenían, no podía resultar demasiado difícil. Y verdaderamente no lo habría sido si la presencia de la flota inglesa no hubiera cambiado las cosas. Medina Sidonia no había recibido noticias confirmativa por parte del duque de Parma y aún hoy se ignora si tenía intención de procurarse una cabeza de puente en la isla de Wight y un fondeadero en Spithead, o bien si pensaba seguir más prudentes consejos; pero según parece, Howard temía qué lo intentase y quiso permanecer cerca de la orilla.

En todo caso la escuadra del sector más cercano a la costa —precisamente la de Frobisher— estaba, en el amanecer, mucho más hacia la orilla que ningún barco español, sobrepasando bastante el ala izquierda de la Armada. Aquel día y en aquellos momentos la corriente de la marea avanzaba con mucho ímpetu hacia el Este, por lo cual durante la lucha, con el mar completamente en calma, ambas flotas habían de ser arrastradas hacia el Este a algo más de una milla marina por hora. Además, cuánto más cerca de la orilla se encontrasen más fuerte sería la corriente, por lo que no es sorprendente que Frobisher habría gozado la ventaja del barlovento, pero el caso es que sopló del Sudoeste y aquél y los barcos que iban en cabeza de su escuadra quedaron más o menos a la altura de Dunnose y a sotavento de la vanguardia española.

Cuando el viento comenzó a soplar, media docena de barcos del grupo de Frobisher —incluido el *Triumph*— luchaban con el *San Martín*, que durante la primera media hora llevó, sin duda alguna, las de perder. En cuanto el viento lo permitió, unos doce barcos pesados españoles —o quizá más— acudieron en ayuda de su capitán general y entonces, advirtiendo el peligro, los ingleses viraron, retirándose. Casi toda la escuadra de Frobisher consiguió deslizarse tras el ala izquierda española, pero el *Triump*, que navegaba en cabeza en el sector más oriental, quedó aislado. Rápidamente, Medina Sidonia ordenó a sus refuerzos que se deslizasen a través de la línea de retirada y por un momento el *Triumph* pareció quedar a sotavento. Con una maniobra desesperada, Frobisher logró arriar los botes para remolcar su embarcación. Viendo lo que ocurría otros barcos ingleses enviaron también sus botes al *Triumph* hasta un total de once y entre todos éstos le remolcaron mientras dos de los mayores galeones de

Howard —el *Bear* y el *Elizabeth Jones*— doblaron el flanco para demorar el ataque español. En todo caso, Medina Sidonia seguía interceptando el camino con la esperanza de abordar un gran barco inglés («única forma posible de vencerle») cuando el viento cambió de dirección, y el *Triumph*, desplegando velas, recogió sus botes y fue a reunirse con su escuadra.

En aquel momento, Medina Sidonia estaba muy ocupado mirando lo que ocurría mar adentro, donde Drake parecía haber concentrado su ataque en el extremo derecho de la media luna española. Normalmente aquel era el puesto de Recalde que solía ocuparlo con su *San Juan*, pero Recalde se encontraba a la sazón en vanguardia, cambiando andanadas con el *Bear* y el referido extremo estaba defendido por el *San Mateo*, uno de los galeones reales de Portugal, sólida embarcación con un valiente capitán, pero trescientas toneladas más pequeño que el *San Juan* y con sólo treinta y cuatro cañones en lugar de cincuenta. Finalmente, el *San Mateo* se retiró al centro de la media luna, siendo reemplazado por el *Florencia*, barco mucho más potente, pero el cambio, aunque no rompió la formación, la hizo oscilar, y como Drake redoblaba su ataque en el extremo de la media lucha y el viento aumentó, fue como si toda el ala sur avanzase hacia el Este y el Norte.

Normalmente el duque no se habría preocupado demasiado por todo esto, pero desde la cubierta de popa de su *capitana* el piloto que estaba junto a él distinguió algo que sí le preocupó: el aspecto y el color del agua denotaban abundante bajío a sotavento, demasiado cerca, extendiéndose hacia el Sudeste, con el diente oscuro de alguna roca surgiendo aquí y allá. Francis Drake y John Hawkins hubiesen comprendido que estaban junto a los

Owers, y de lograr retener el interés de los españoles obligándoles a navegar hacia el Norte, en menos de veinte minutos la Armada entera se habría estrellado contra los arrecifes. El almirante disparó un cañonazo de advertencia a su flota, desplegó más velas y se alejó en dirección Sursudeste. La flota se hizo cargo de la situación; la distancia entre ella y el mortal arrecife fue siendo cada vez mayor y la isla de Wight y la flota inglesa quedaron atrás, muy lejos. El peligro les había rozado de cerca y no exageró mucho aquel anónimo testigo que escribió que el almirante, después de ver cómo la victoria se les escapaba por un pelo (se refiere a la huida del *Triumph*) había salvado a su flota de un gran desastre por un margen no mucho mayor.

Los ingleses continuaron tras el enemigo sin intentar siquiera entablar batalla. De una parte habían quedado casi sin pólvora y municiones. Howard no cesaba de enviar llamadas desesperadas a lo largo de la costa y las autoridades locales habían respondido noblemente, pero las balas de cañón no son artículo que pueda proporcionar un juez de paz, y las cadenas de arado y las bolsas de cuero repletas de trozos de hierro resultan un sustitutivo poco adecuado. Además, Howard tenía que encontrarse a la altura de Dover con Seymour y la escuadra del Este. Se trataba de un importante refuerzo y a Howard le constaba que para la próxima operación, la decisiva quizá, necesitaría toda la ayuda que pudiese conseguir.

Seguro finalmente de que los españoles no desembarcarían en la costa sur, Howard celebró la batalla del jueves como una victoria. En la calma del viernes por la mañana, y sobre la cubierta del *Ark* condecoró a Hawkins, a Frobisher y a varios familiares suyos, exactamente como si se hallasen en un triunfante campo

de batalla. En todo caso, juzgando por lo que dijo más tarde y por su comportamiento posterior cabe pensar que no estaba muy tranquilo. Hasta aquel momento ni sus hombres ni sus barcos habían sufrido grandes daños y estaba cierto de haber perjudicado bastante más al enemigo, tanto en sus barcos como en sus hombres. Pero se trataba de un enemigo mucho más fuerte, más rudo y guerrero que ningún otro con los que trataran antes sus capitanes, exceptuando quizás a Drake. Tras cuatro batallas, cada una de las cuales —en lo tocante a barcos que intervinieron y balas disparadas— pudo ser la más importante que jamás se libró en el mar, no se acusaba el menor relajamiento de la disciplina española ni una sola brecha en el formidable orden, y los españoles estaban tan ansiosos de acortar distancias buscando la lucha cuerpo a cuerpo como lo estuvieran en la primera mañana, a la altura del Eddystone.

El ánimo de Medina Sidonia tampoco era muy brillante. Ciertamente había realizado con éxito su avance hacia el objetivo fijado y aunque no consiguió aplastar al enemigo, tampoco se había desviado en su ruta. No obstante, ahora que se iba acercando a la meta, su destino le gustaba menos que nunca. Pronto iba a encontrarse en un estrecho más allá del cual le esperaba un mar tormentoso y traicionero, mar en donde no dispondría ni de un puerto amigo para que sus barcos pudiesen anclar. Hasta entonces no había recibido ningún mensaje del duque de Parma indicándole en firme cuándo estaría listo para embarcar ni cuándo y dónde habían de encontrarse. Tampoco había podido hallar una fórmula para el exterminio de la flota inglesa. No podía conseguir el abordaje y aunque estaba seguro de haberle causado serios daños con sus disparos de cañón, inutilizando

alguna nave, hundiendo alguna otra y acabando con muchos de sus hombres, el enemigo no cesaba de recibir refuerzos desde todos los puntos de la costa, siendo cada día más numeroso y castigando a los españoles, debilitando su fuerza con las piezas de largo alcance.

Sabía, además, que, en adelante, no podría hacerles mucho daño con sus cañones. Habían consumido casi toda la enorme cantidad de municiones que sacaron de Lisboa. Aún quedaba bastante pólvora. Después de todo, según sus cálculos, habían llevado consigo pólvora suficiente para una gran campaña de tierra; pero en algunos barcos ya no quedaban balas de cañón del tamaño adecuado y entre toda la flota se hubieran reunido poquísimas. En caso parecido, Howard podía confiar en un avituallamiento realizado desde cada puerto inglés, pero Medina Sidonia sólo disponía de un recurso. Enviar un llamamiento urgente al duque de Parma para que le facilitase con carácter de urgencia tantas balas de cañón como pudiese, de todos los calibres, pero en especial de diez, de ocho y de seis libras. Entretanto, y aprovechando la calma del viernes mientras Howard condecoraba a sus familiares y caballeros, el duque examinaba el resultado de los inventarios y hacía sacar todas las balas de cañón que tenían o admitían tener las urcas y los barcos menos importantes para llenar con ellas las exhaustas santabárbaras de los galeones.

Al parecer, ambos comandantes habían exagerado el efecto de sus disparos sobre el enemigo, error este bastante normal. El total de bajas españolas en las cuatro batallas del Canal —según cálculo del capitán Vanegas— fue de ciento sesenta y siete muertos y doscientos cuarenta y un heridos, sin contar, por supuesto, los ciento cincuenta muertos y heridos que aproximadamente causó

la explosión de la *San Salvador* ni los cuatrocientos —más o menos— capturados en el *Nuestra Señora del Rosario*. Pero, aun incluyéndolos, el total de pérdidas, teniendo en cuenta que la fuerza efectiva era de más de veinte mil hombres, no resulta muy elevado. Según parece, el capitán Vanegas se encargó de llevar el recuento oficial de las pérdidas y cumplió su cometido muy conscientemente, pero por dos razones sus cálculos son siempre poco exactos. En primer lugar, sólo incluía a los heridos que quedaban incapacitados para la lucha. En segundo lugar, los capitanes españoles, al igual que todos los demás del siglo XVI, eran reacios a dar la lista de bajas porque mientras un hombre figuraba en nómina los capitanes percibían la correspondiente paga. «Los hombres mueren, pero su paga no», observó Burghley refiriéndose a las fuerzas inglesas de la misma campaña.

Si Vanegas, a pesar de la disciplina y experiencia españolas, no consiguió redactar listas exactas de bajas, las que facilitaron los ingleses, no son en absoluto dignas de crédito. Si los disparos españoles resultaron ser tan inofensivos como se declara en la mayor parte del informe, casi no hay excusa para la decisión de Howard al no acortar distancias. Lo que sí, al parecer, resulta cierto es que las pérdidas ingleses en el transcurso de las cuatro referidas batallas fueron mucho menores que las españolas; quizá la mitad y hasta puede que ni esto. De igual modo, a pesar de que barcos de ambas flotas perdieron vergas y aparejos menores, ninguno de ellos quedó sin mástiles por un cañonazo, ni quedó averiado lo suficiente para ser retirado de las operaciones más de un día entero.

Dos factores contribuyeron al escaso resultado de las descargas. Nadie tenía verdadera experiencia en el uso de

grandes cañones para las operaciones navales. Nadie sabía qué tal se iban a portar. Los ingleses creían (y también los españoles) que una flota que contase con la ventaja de poseer piezas de largo alcance (culebrina y semiculebrinas) podía permanecer a distancia del enemigo y hacer a éste pedazos sin sufrir el menor daño. Pero la realidad resultó ser distinta. La culebrina o semiculebrina del siglo XVI a una distancia de trescientas a setecientas yardas podía no perforar siquiera el sólido casco de un galeón u otro cualquier barco potente y en caso de acertar y hacer blanco causarle sólo un pequeño agujero que una hábil tripulación reparaba rápidamente. Teniendo esto en cuenta, hundir un solo barco resultaría dificilísimo. Con el tiempo pudieron comprobar que lo decisivo en una batalla naval es la andanada —lo más fuerte posible— de grandes cañones especiales para destruir barcos, disparada desde el lugar más próximo posible al objetivo que se desea alcanzar.

Por otra parte, la artillería de ambos bandos tuvo que ser bastante deficiente. Con los cañones de los barcos del siglo XVI era difícil apuntar y también disparar y por supuesto un error que a cincuenta yardas resultaba sin importancia inutilizaba por completo el disparo cuando la distancia era de quinientas. No obstante, con mejor adiestramiento las dotaciones de ambos bandos habrían conseguido un mejor resultado. Casi ningún artillero de la Armada había disparado con anterioridad un cañón desde la cubierta de un barco y aunque la flota inglesa contaba con algunos experimentados no eran los suficientes. Los españoles admiraban la rapidez de los ingleses al disparar. Acerca de su puntería se reservaban la opinión. Entre los ingleses, un aficionado como Howard podía aplaudir la actuación de su artillería, pero un veterano profesional

como William Thomas no ocultaba su consternación. «Lo único que podemos decir es que la culpa fue nuestra», escribió a Burghley después de la batalla, «si tanta pólvora y tantas municiones y tanto tiempo de lucha sirvieron para hacer, en comparación, tan poco daño». Con todo, la artillería inglesa era mejor que la española. Tras una semana en el Canal, la flota española era la que mayor cantidad de desperfectos había sufrido.

Pero no eran los desperfectos de su flota lo que preocupaba al duque, sino la proximidad de su salida al mar del Norte sin noticias del duque de Parma relativas a la cita fijada. Aparentemente sólo quedaba una solución. A última hora de la tarde del sábado, mientras la Armada adelantaba hacia Calais Roads, arrió velas y echó anclas. Fue una maniobra muy bien ejecutada y existía la posibilidad de que los ingleses, cogidos por sorpresa y empujados por viento y marea, se viesen obligados a pasar la rada, perdiendo el barlovento. Pero fue como si los ingleses estuviesen esperando la señal del duque para imitarle. Antes de que las estachas españolas hubieran acabado de desenrollarse, los ingleses echaban anclas y ambas flotas, ancladas, quedaron contemplándose a la salida de los arrecifes de Calais, a una distancia de disparo largo de culebrina.

## NOTAS

La acción del miércoles en F. D. II, 235, 249, 258, 268, 275, 334-386. No es lógico suponer que Howard la silenció porque estaba celoso de Drake. En el ala izquierda española, opuesta a Howard, observadores que mencionan la batalla no hablan más que de «una andanada a larga distancia». Howard pudo haber olvidado el asunto. No parece haber estado tan bien informado de las acciones de

sus subordinados, como Medina Sidonia, probablemente a causa de una disciplina más relajada.

La reconstrucción que hizo Corbett de la batalla en las cercanías de la isla de Wight, *Drake and the Tudor Navy* II, 232-242, me parece convincente.

# LOS MECHEROS DEL INFIERNO

En los alrededores de Calais.
6 y 7 de agosto de 1588

CAPÍTULO
XXVI

Mientras que Howard anclaba en la bahía de Whitsand, la escuadra de Seymour —especialmente retirada de su puesto de bloqueo— viraba desde el noroeste para salir al encuentro de aquél; cuando por fin se reunieron, la flota inglesa aumentó posibilidades en proporción de treinta y cinco barcos, cinco de ellos galeones de la reina, y entre éstos dos —el *Rainbow* y el *Vanguard*— los más nuevos y los mejores del grupo. Durante todo el tiempo que Howard permaneció luchando en el Canal, la útil y pequeña escuadra de Seymour se había dedicado a cruzarlo en ambas direcciones, desde Dunquerque a Dover, por si acaso el duque de Parma intentaba cruzar con sus fuerzas por allí.

Fue una manera de malgastar reservas, pero resulta que ni Seymour ni los consejeros de la reina confiaban plenamente en los holandeses, quienes, ante la prolongada demora de las conversaciones de Bourbourg, habían adoptado una actitud por demás adusta. Por otra parte, hay que admitir que aunque Justino de Nassau aseguró que podría hacerse cargo del duque de Parma, todo cuanto había visto Seymour de los holandeses en varios meses

eran un par de chalupas de poco calado patrullando las costas. Las noticias se propagaban rápidamente a través de las líneas hostiles de Brujas a Flesinga y Justino de Nassau tenía el convencimiento de que le avisarían con tiempo en caso de que el duque intentase embarcar. Esperaba fervientemente que lo hiciese. Nada le habría complacido tanto como encontrarse con aquella formidable infantería y su invencible comandante navegando en botes de fondo plano por las azules aguas. Cuanto más lejos de la costa les atrapase, más tendrían que nadar.

Así, pues, Justino conservaba su flota en Flesinga o bien navegando por el sector oeste del Escalda en espera de que el duque de Parma se tragase el informe de que los holandeses no estaban preparados en el mar. No obstante, el que así lo creyó fue precisamente Seymour, quien, con harto enojo de Justino, hacía desfilar en ambas direcciones de las costas de Flandes fuerzas navales suficientes para hundir una docena de flotillas como la que el duque podía movilizar. Los jefes políticos de Holanda consideraban una falta de tacto contribuir a que la reina Isabel sospechase que el botín inglés fuese cebo en una trampa holandesa, y debido a ello Seymour siquiera intuyó lo que Justino preparaba, mientras que éste se limitaba a esperar que Seymour fuera destinado a otro lugar o bien que, simplemente, decidiese partir. Inmovilizados por una serie de equívocos durante varios fatigosos meses, mientras los encargados de negociar la paz discutían en Bourbourg y nada se sabía de la Armada, holandeses e ingleses murmuraban unos de otros con creciente irritación y recelo como frecuentemente suelen hacer los aliados.

La proximidad de un peligro real acalló toda queja. Justino tuvo noticias de que la Armada se encontraba a la altura

del Lizard y que los campamentos del duque de Parma, que durante meses habían permanecido inactivos, eran un hervidero de acción. Más tarde le fue dicho que aunque las flotas se habían batido varias veces, la Armada proseguía navegando por el Canal. Por muy tentador que resultase sorprender al de Parma lejos de la costa —para que ni una barcaza se salvase—, era un plan irrealizable mientras la flota española siguiese intacta y pudiera presentarse en un momento dado. Hasta haber derrotado a la Armada no podían permitirse atacar. Era precisamente trabajo indicadísimo para los barcos de guerra holandeses, teniendo en cuenta sus características de construcción. Sin el menor alboroto, Justino de Nassau reunió más allá de Dunquerque cuantos barcos le eran necesarios para la operación. Antes de que Seymour marchase al encuentro de Howard, los holandeses se habían hecho cargo de la situación. Sólo que a Howard nada se le dijo.

El domingo por la mañana, cuando el almirante izó bandera de consejo, tenía temas más urgentes que tratar.

Calais se encuentra a menos de treinta millas de Dunquerque. Los duques de Parma y de Medina Sidonia pronto establecerían contacto. Evidentemente la Armada tenía intención de seguir anclada hasta que el de Parma estuviese dispuesto para la operación y fuesen favorables el tiempo y el viento. Los capitanes ingleses no tenían verdadera noción de las posibilidades navales del duque de Parma. Ignoraban si realmente estaba capacitado para salir adelante con su flotilla o hasta qué punto les complicaría las cosas el hecho de que lo consiguiese. En todo caso no creían prudente correr el riesgo. Si bien el momentáneo fondeadero de los españoles no ofrecía mucha seguridad, lo mismo podía decirse del propio, y

además tenían el convencimiento de que la costa resguardada adonde podían ser arrastrados les resultaría desfavorable. Hasta aquel momento, Gourdan, gobernador de Calais, no se había dado por oficialmente enterado de la presencia del Lord Almirante de Inglaterra, pero sí se habían visto algunos botes navegar, en continuo ir y venir, desde su castillo al *San Martín*. Existía la creencia de que Gourdan simpatizaba con la Santa Alianza y, en todo caso, desde que el rey de Francia fue humillado por Enrique de Guisa, todos los franceses, con excepción de los hugonotes, podían considerarse enemigos en potencia, poco menos que vasallos de España. Tanto movimiento de botes entre la Armada y la costa sólo podía significar que se estaba fraguando algún plan y evidentemente parecía buen asunto ahuyentar a la Armada antes que Medina Sidonia concertase un acuerdo con el gobernador francés o con el duque de Parma. Sólo existía una fórmula para ello: brulotes… Es decir, barcos en llamas.

Al anclar la noche anterior así lo había comprendido Wynter y seguramente igual puede decirse de todos los oficiales experimentados de la flota. Los recién llegados, lord Seymour, *sir* William Wynter y *sir* Henry Palmer, estaban tan impresionados por la amenazadora potencialidad de la flota anclada junto a los arrecifes de Calais, como los mismo capitanes que contra ella habían luchado. Nadie deseaba acercarse demasiado a los españoles ni nadie pensó en la posibilidad de bombardearla, porque el consejo se preocupó principalmente de la manera de conseguir brulotes.

Lo primero que se acordó fue enviar, en una pinaza, a *sir* Henry Palmer a Dover, en busca de barcos y combustibles y sólo cuando éste hubo partido en el cumplimiento de su misión se prestó atención a temas más osados y delicados.

Esperar los barcos desde Dover representaría retrasar el ataque al menos hasta el martes por la mañana y perder la ventaja de una corriente cercana al sitio de origen, así como la del reciente viento del Sursudeste. El momento propicio era la noche del domingo. Drake ofreció una de sus embarcaciones, el *Thomas*, de Plymouth, de doscientas toneladas; Hawkins imitó el gesto también, y finalmente, con el entusiasmo del ejemplo, se reclutaron hasta seis más, de noventa toneladas los más pequeños y el resto desde ciento cincuenta a doscientas. El resultado fue una flotilla de brulotes digna de la gran Armada, y los capitanes se entregaron a la tarea de prepararla rellenando los barcos con cuanto fuera capaz de arder. Por supuesto, las tripulaciones retiraron sus enseres y, sin duda alguna, casi todos los barriles de agua y los víveres en existencia, aunque luego uno de los propietarios presentase al Tesoro una cuenta acreedora por la enorme cantidad de mantequilla, carne y galletas que quedaron a bordo y fueron, en consecuencia, pasto de las llamas. Las arboladuras, velas y aparejos no fueron retirados. Convenía que los barcos avanzasen navegando velozmente hacia el fondeadero enemigo, porque los cañones se habían cargado convenientemente y listos para que se disparasen solo cuando el fuego los calentase suficientemente; de este modo no sólo se aterrorizaría al enemigo, sino que se contribuiría a su destrucción. Los brulotes fueron armas que se improvisaron rápidamente. Por raro que parezca, no habían ninguno preparado de antemano en la costa. Pero aunque el trabajo tuvo que llevarse a cabo con prisa, se hizo todo cuanto pudo sugerir la ingenuidad y todo cuanto permitían los recursos de la flota.

Howard habría apartado una de sus mayores preocupaciones de saber el porqué del ir y venir de las pequeñas embarcaciones en tomo al *San Martín*. El bote enviado por Gourdan era sólo una réplica al que el propio Medina Sidonia enviara. Su mensaje se limitó a advertir que «la Armada había anclado en un punto muy peligroso (cosa que el duque ya sabía por advertencia de sus propios pilotos) y que no parecía conveniente quedasen mucho tiempo allí». El desaliento que pudo originar la nueva sólo fue mitigado por el presente de frutos y otros productos que para el duque eran enviados. Calais está lejos de Chartres y, como muchos otros gobernadores franceses, Gourdan se preguntaba si sería cierta la reconciliación del duque de Guisa y el rey. A decir verdad, se situaba a la expectativa aguardando saber quién ganaba finalmente la partida. De todos modos y al parecer, había adoptado una correcta actitud neutral. Autorizó a los mayordomos de la Armada para que bajasen a tierra y adquiriesen cuantos víveres pudieran encontrar (lo cual explicaba gran parte del movimiento de los botes que contemplaban los ingleses), pero nada hacía suponer que hubiese denegado a Howard un permiso similar si los ingleses lo hubiesen solicitado. Howard y su consejo decidieron que Francia les era hostil. Por lo que hace referencia al gobernador de Calais, nada induce a creerlo verdaderamente así.

De haber leído el texto de los mensajes de Medina Sidonia al duque de Parma, Howard se habría alegrado. Tan pronto echaron anclas, Medina Sidonia recordó al duque que a pesar de haberle enviado a menudo mensajeros informándole de cuanto se hacía diariamente, habían transcurrido varias semanas sin obtener contestación. «He anclado aquí, a dos leguas de Calais, con la flota enemiga a mi flanco», continuaba diciendo en el mismo.

«Pueden cañonearme si lo desean, sin que yo esté verdaderamente en posición de perjudicarles. Si podéis enviarme cuarenta o cincuenta filibotes de vuestra flota, hacedlo, pues con ellos conseguiría defenderme aquí hasta que estéis preparado para la marcha».

Los filibotes eran barcos de guerra pequeños, rápidos y de poco calado; con ellos, en los primeros días de la revolución en los Países Bajos, «los vagabundos del mar» habían aterrorizado el Canal y desde entonces los rebeldes holandeses los habían usado para la defensa de sus costas. Pero precisamente de pocos filibotes podía disponer el de Parma. Así, en vez de cuarenta o cincuenta para el refuerzo de la Armada, apenas si hubiese podido enviar una docena; y suponiendo aún que nadie se lo hubiese impedido. La «flota» que había conseguido reunir en Dunquerque y Nieuport estaba formada casi en su totalidad por embarcaciones especiales para la navegación en los canales, es decir, carecían de mástiles, cañones y velas. Eran, por regla general, barcazas de fondo plano, doble canto y cubierta rasa, de las usadas para el transporte de ganado y sólo se disponía de las justas para el traslado de la infantería del duque hasta Margate, contando con que el tiempo fuese favorable y embarcando a los hombres como a rebaños. Alejandro de Parma sabía muy bien dónde se encontraban los filibotes que le hacían falta. Estaban precisamente entre Dunquerque y Ostende. Eran los barcos, pequeños y fuertes, de Justino de Nassau, capaces de sortear los traicioneros bancos de arena y los bajíos de Flandes con la desdeñosa actitud del chiquillo que sabe juega en su propio parque.

Resulta verdaderamente extraño que Medina Sidonia no conociese la realidad, ni siquiera en la tarde del sábado 6 de agosto, y que ignorase la impotencia del duque de

Parma para acudir en su ayuda. Tanto, que en la mayoría de los textos conocidos hasta la fecha sobre los acontecimientos se afirma que la causa primordial del «fatal malentendido que inutilizó por completo la empresa» fue la incapacidad de Medina Sidonia (fuera por miedo o por estupidez) en admitir lo evidente. Nada está más lejos de la verdad. Medina Sidonia quizá se equivocó en la forma de dirigir las operaciones, pero en modo alguno se le puede tachar de estúpido; fuera cual fuese el móvil que le impulsara a obrar como lo hizo, en su conducta, por lo que del duque se sabe, no pudo intervenir el miedo. Alejandro de Parma había dado cuenta de su situación, sin rodeos, pero no a Medina Sidonia sino al rey Felipe. Muy a menudo en 1587 (también lo repitió, con énfasis, en enero de 1588) había escrito al rey que sus barcazas no podían aventurarse en el mar a menos que la Armada se encontrase cerca para protegerlas de los barcos de guerra enemigos. En el mes de abril envió dos emisarios solicitando que, debido a las dificultades de realizar la empresa según estaba planeada, quedase la misma aplazada. Terminaba solicitando una tregua que le permitiese apoderarse de Walcheren y del puerto con fondeadero profundo de Flesinga. Como quiera que Felipe rehusase modificar su plan, uno de los emisarios del duque de Parma, el futuro historiador Luis Cabrera de Córdoba, reveló, de acuerdo con sus propios informes, el verdadero enigma de la dificultad. Según propia declaración, en aquella ocasión dijo: «mire, vuestra majestad… Los barcos del duque de Parma nunca podrán reunirse con la Armada. Los galeones españoles tienen calado de veinticinco o treinta pies, y por las cercanías de Dunquerque no encontrarán tal profundidad en muchas leguas a la redonda. Los barcos enemigos son de menos

calado y fácilmente pueden situarse en posición de evitar que alguien salga de Dunquerque. Teniendo en cuenta que la unión de las barcazas de Flandes con la Armada es el punto vital de la empresa y que su realización resulta harto imposible, ¿por qué no abandonar automáticamente el plan, ahorrando así mucho tiempo y dinero?».

Cabrera de Córdoba escribió todo esto algún tiempo después de haber sucedido los hechos y quizá no habló, en verdad, tan brusca y concretamente. Pero fuera extraño que alguien no dijese —no una, sino repetidas veces— a Felipe esencialmente lo mismo. Y quizás hay algo más raro aún. En los pocos y formalísimos mensajes que se intercambiaron el duque de Parma y el de Medina Sidonia puede que sea lógico que el primero no revelase sus dificultades y que aludiese a sus fuerzas navales con ampulosa vaguedad, hecho que pudo llevar a los españoles a falsas conclusiones, pero Felipe debía de tener un informe bastante exacto de la poca potencialidad que el duque de Parma poseía en el mar. ¿Por qué durante el período de largas y elaboradas instrucciones y advertencias con que atosigó a Medina Sidonia desde que éste tomó el mando en Lisboa hasta mucho después de que fuera ya demasiado tarde para aconsejarlo o advertirle, nunca mencionó el rey de España la dificultad central y crucial? Desde luego advirtió a su capitán general que se mantuviese alejado de los traicioneros bancos de las cercanías de Dunquerque, pero muchas y repetidas veces le ordenó que había de encontrarse con el duque de Parma en el mar o bien a la altura del cabo Margate. De lo cual parece deducirse que el duque de Parma no estaba en condiciones de hacer frente a los galeones ingleses, pero sí a los filibotes holandeses. No es, pues, de extrañar que los sucesivos mensajeros del duque

español al llegar a Nieuport o Dunquerque quedasen sorprendidos y atemorizados ante lo que iban viendo.

Medina Sidonia tuvo la primera sensación de catástrofe el domingo por la mañana. Poco después del amanecer se acercó a la flota la pinaza de don Rodrigo Tello enviada por el duque hacía dos semanas para anunciar a Alejandro de Parma que la Armada se encontraba ya a la altura de Ushant. Don Rodrigo, que se había entrevistado con el duque de Parma en Brujas, era portador de cartas que confirmaban el recibo de todos los mensajes de Medina Sidonia. El duque de Parma manifestaba estar muy complacido porque la Armada hubiese llegado sin novedad y en seis días prometía tenerlo todo dispuesto para zarpar en la primera oportunidad favorable. Pero cuando don Rodrigo abandonó Dunquerque —es decir, la noche anterior— no vio rastro de la llegada del duque y los barcos que había visto en Nieuport y Dunquerque eran de pésima condición, simples cascos sin mástiles, velas, cañones ni almacén para las provisiones. Don Rodrigo no creía posible que estuviesen en condiciones de navegación antes de una quincena.

El comportamiento del duque de Parma durante todo este episodio resulta algo extraño. Parece ser que encontró las embarcaciones deficientemente preparadas y menos satisfactoria aún la construcción de los filibotes en Dunquerque. Los carpinteros y constructores de barcos trabajaban con calma exasperante y cuando el pago se retrasaba abandonaban las herramientas rehusando continuar. Solían mezclar las cuadernas podridas con las sanas y lo mismo hacían con los tablones, por lo cual muchas barcazas tuvieron que ser apartadas y reconstruidas y algunos filibotes resultaron completamente inútiles. Durante un simulacro de

embarque un grupo de barcazas se hundió en el canal quedando sus hombres con el agua al cuello. Era dificilísimo encontrar cañones para los filibotes, aun contando con dinero efectivo, y completamente imposible hallar suficientes marinos experimentados. Pero el duque había tenido que sortear esta clase de dificultades en otras ocasiones y siempre pudo superarlas con tretas, recompensas, adulaciones, ingenio, infatigable laboriosidad y el efecto de su presencia y ejemplo. No obstante, en esta ocasión, dejó pasar el tiempo. La disciplina y las inspecciones iban de mal en peor mientras que el avance a paso de tortuga de los constructores de barcos decrecía más aún. La momentánea actividad que se produjo al tenerse noticias de que la Armada estaba en el Canal pronto resultó inútil. El duque de Parma dio las órdenes necesarias, pero no se movió de Brujas hasta el lunes día 8 por la tarde y luego el lunes y martes empujó a su embarque a una precipitación completamente fuera de lugar.

Hay algo de irreal en toda la escena de aquel martes por la noche, en Dunquerque; un filibote carecía de cañones y su mástil aparecía sin obenques; otro tenía estropeadas las jarcias; un tercero se había inundado con ambos extremos del bao hundidos en el lodo del canal. Algunas barcazas no habían sido calafateadas y hacían agua y otras empezaron a agrietarse cuando iban a ser cargadas. Los soldados caían en ellas como sacos de trigo y reían incrédulos al ver las desmanteladas superficies en forma de ataúd donde se esperaba que navegasen. Cayó la tarde y el embarque prosiguió a la luz de las antorchas. El duque de Parma tenía pálido e impasible el rostro, mientras las barcazas iban llenándose y atiborrándose de hombres, a pesar de que la orilla de Dunquerque era una

verdadera maraña de blanca espuma y de que la Armada, derrotada ya, navegaba de popa (era extraño que el de Parma lo ignorase) a muchas leguas y a sotavento.

A través de toda la escena se tiene la sensación de que el gran capitán estaba jugando a hacer charadas; que simplemente realizaba una serie de hechos para que luego se dijese que los hizo. «Actuó», dice Cabrera de Córdoba, refiriéndose a la semana anterior, «como si no creyese que las noticias de la llegada de la Armada fuesen ciertas». Quizá, sencillamente, tuviese el convencimiento de que lo que Cabrera de Córdoba dijo a Felipe meses atrás era lo cierto. Aun suponiendo que la Armada destruyese la flota inglesa, ningún daño podía hacer a los holandeses si éstos permanecían junto a sus costas. Y aun en el caso de disponer de cien filibotes armados (en vez de tener una pobre y escasa docena) y útiles para el servicio, sólo hubiesen podido zarpar uno tras otro y uno tras otro los habría hundido Justino de Nassau hasta el punto de bloquear el paso con los restos de tanto naufragio. Si el duque de Parma hizo frente con tan calma al fracaso de la empresa, debió de ser porque desde mucho tiempo atrás había previsto que la misma estaba condenada a fracasar.

La curiosa escena de Dunquerque se desarrolló el martes por la noche. El domingo anterior por la mañana, Medina Sidonia, después de oír las noticias de Rodrigo Tello, aún se negaba a admitir que la empresa pudiera fallar. Envió el mayor número de barcos posible para el aprovisionamiento de agua e intentó en vano que Gourdan le prestara algunas municiones, enviando finalmente mensajeros al duque de Parma con nuevos argumentos, ruegos y exhortaciones.

Desde que a la altura de Portland Bill comprendió que, ni aun con el barlovento a su favor podía acercarse a los ingleses, Medina Sidonia estuvo intentando persuadirse a sí mismo de que cuanto necesitaba para alcanzar la victoria era poseer unos barcos ligeros y rápidos (así creía él que eran los del duque de Parma) con que suplir los suyos demasiados pesados. Si conseguía convencer al duque seguramente éste se decidiría a zarpar y juntos barrerían de los mares al enemigo inglés.

Entretanto, tenía otras preocupaciones. Si los ingleses comenzaban a disparar disponía de pocas municiones para las piezas grandes de los galeones, con las que casi no se atrevería a devolver los disparos. El enemigo no tardaría en comprender su actitud indefensa y se acercaría lo suficiente para destrozarlos. Y con todo, no era esto lo más peligroso. Con los ingleses navegando a proa y una fuerte corriente avanzando por el estrecho, su fondeadero estaba en la posición precisa para ser atacado con brulotes. De cuantos peligros podían amenazar a una flota de veleros construidos en madera, el fuego era el peor. Sus velas, su cordaje alquitranado, sus cubiertas y mástiles resecos por el sol podían arder en un minuto y no había casi nada en ellos que no resultara combustible. Pero el duque tenía motivos suficientes para temer que se produjesen algo más que brulotes ordinarios. Cierto que el rey Felipe le había hecho alguna advertencia, pero no es menos cierto que él había advertido una docena de veces al rey de los extraños fuegos artificiales que los ingleses estaban preparando, al igual que de otras diabólicas invenciones del enemigo. Estas noticias procedían de la guerra de nervios que *sir* Edward Stafford iniciara, a través de su contacto con Mendoza, en París. Pero al menos se basaba en un hecho sólido —él así lo creía—,

cuyo conocimiento Medina Sidonia tenía por secreto y exclusivo, pero que en realidad conocían todos los individuos de la flota. Se trataba del inventor de los mecheros del infierno de Amberes, el arma más terrible jamás usada por el hombre en la guerra, especie de brulotes que podían considerarse bombas inmensas capacitadas para exterminar más hombres de una sola vez que los que pudieran caer en una gran batalla y de dejar la superficie, en más de una milla a la redonda, sembrada de restos de barcos en llamas. El inventor de estas terribles máquinas era un ingeniero italiano llamado Giambelli que, al decir de la gente, trabajaba en Inglaterra para la reina Isabel, lo cual resultaba ser completamente cierto. Sólo que en aquellos momentos estaba inofensivamente ocupado en construir una muy poco práctica cadena de puerto destinada a cerrar el Támesis en Gravesend. La única arma efectiva que facilitó a los ingleses en la campaña de la Armada fue el terror que su nombre inspiraba. Y fue bastante.

Preocupado como estaba por los extraños fuegos artificiales, Medina Sidonia sintió cierta inquietud al divisar a un grupo de embarcaciones que se unía a la flota de Howard el domingo por la tarde. Se trataba de inofensivos barcos de aprovisionamiento, pero el duque creyó que con ellos probablemente llegaban las infernales máquinas de Giambelli. Poca cosa se podía hacer. Ordenó que un grupo de pinazas y botes auxiliares equipados con arpones se dispusiesen a apresar y remolcar los brulotes, desviándolos hasta la costa. Avisó a toda la flota que iba a producirse un ataque, pero que una reserva de pinazas y embarcaciones pequeñas actuaría de fuerzas de choque. Mientras éstas prestasen servicio, las naves tendrían que permanecer inmóviles. Si algún brulote conseguía, a pesar

de todo, deslizarse por entre las pinazas y botes, lo aconsejable era levar anclas e internarse en el mar, dejando que los brulotes fueran arrastrados por la corriente hacia la orilla. Luego, y lo más pronto posible, tendrían que fondear de nuevo para, en el amanecer, tener oportunidad de alcanzar las boyas de su anterior fondeadero. Así comenzó aquella noche de angustia.

Hasta la medianoche, poco más o menos, nada ocurrió, excepto que el viento del Sur soplaba cada vez más vivo y que las nubes al deslizarse rápidamente ante la luna presagiaban una mañana ventosa. Luego, en el lugar que ocupaba la flota inglesa comenzaron a encenderse luces. Sólo que no eran luces sino fuegos… —dos, seis, ocho— que se movían con rapidez, resultando cada vez más vivos. Muy pronto, los vigías españoles distinguieron claramente ocho altos barcos con las velas desplegadas, avanzando a favor de viento y marea —las llamas trepando ya por su cordaje—, directamente hacia ellos. La alineación de los brulotes era perfecta y se mantenían tan estrechamente unidos que dos lanceros en respectivos barcos vecinos —suponiendo que alguien hubiese podido vivir en aquellas cubiertas invadidas de llamas— fácilmente habrían conseguido entrechocar la punta de sus lanzas sólo con extenderlas por encima del agua. Los vigías también pudieron ver la línea oscura de sus pinazas de defensa destacando entre el brillo del fuego acercándose a los brulotes.

El momento crítico había llegado. Ambas flotas estaban ancladas cerca una de otra, tanto que las pinazas tenían que realizar su trabajo a la casi distancia de disparo de cañón enemigo y la alineación de los brulotes eran tan espesa que la única forma de atraparlos era actuando de dos en dos y agarrándolos por los extremos. Los

monstruos en llamas no eran botes de pesca llenos de leña y paja que podían apartarse con un simple movimiento de remos. Clavar en ellos un arpón, rodearlos luego y conducirlos a la costa era hazaña que requería nervio, inteligencia y un exacto cálculo del tiempo, ya que la flotilla se acercaba tan rápidamente a impulsos de un fuerte viento y favorecidos por la marea y la corriente del Canal, que en pocos minutos invadirían por completo el lugar. Las dos primeras pinazas ejecutaron, al parecer, un buen trabajo, ya que a la mañana siguiente los carbonizados restos de dos brulotes yacían humeantes aún, cerca del fondeadero español, pero pocos segundos más tarde, cuando una segunda pareja de pinazas se situó en lugar oportuno con un hombre de pie en la proa —así se cree al menos— para lanzar su arpón, los cañones cargados, ya casi al rojo vivo, comenzaron a vomitar balas al azar sobre el agua a la vez que la propia fuerza del disparo hacía saltar una lluvia de chispas sobre las estacionadas embarcaciones. Los tripulantes de las pinazas, asustados, se tambalearon y seguidamente se produjo un momento de espantosa confusión, durante el cual los seis brulotes restantes siguieron avanzando hasta precipitarse sobre la flota anclada. Así, el ronco estampido de los cañones ahogó el rugiente crepitar de las llamas, mientras fuentes de chispas remontaban los cielos. No había duda posible. Una vez más habían entrado en escena los mortíferos mecheros del infierno de Amberes.

NOTAS

Para las actividades navales holandesas, los documentos ingleses en Laughton y *C. S. P. F.* fueron comparados con relevantes documentos, procedentes de los archivos holandeses. Especialmente Rijksarchief, La Haya, Admiraliteitsarchief: Resolutién admiraliteit Zeeland,

Port. 2447 (1548-1590); Admiraliteits-colleges, Inkomende brieven admiraliteit Zeeland, Port, 2667 (1587). Rijkasarchief in Zeeland te Middelburg: Ingekomen stukken, Port 1201 (1587) y Port 1202 (1588); Register van Acten en brieven, Port. 1625 (1586-1588). A despecho de algunas lagunas debidas a los estragos del tiempo, los informes de los almirantazgos dan una visión muy completa del poderío naval holandés y de sus movimientos, 1587-1588, y arrojan alguna luz con respecto a las intenciones de Justino de Nassau. Ortel, desde Londres informó a los comisionados zeelaneses del mal efecto que el malentendido sobre el bloqueo de Dunquerque había causado en la opinión pública inglesa (Port 1202, 22 agosto 1588), pero por entonces era ya demasiado tarde. Estos papeles contienen también inteligentes informes sobre las fuerzas de Parma y noticias muy detalladas sobre los movimientos de la Armada. Véase también J. B. Van Overeem, «Justinus Van Nassau en de Armada» (1588) en *Marineblad*, LVI, 821-831 (oct. 1938).

Para las actividades de Parma, principalmente Van der Essen, confrontado con los informes de los mensajeros de Medina Sidonia, en Fernández Duro y Herrera Oria, con algunos detalles adicionales en Middelburg Ad., Port. 1202 (véase más arriba) corroborados por Cabrera de Córdoba y Coloma, ambos testigos dignos de crédito.

Para los barcos de fuego, además de las fuentes publicadas, «Una carta sobre l'Armada, enviada al Cardenal de Sevilla» (no relatada a HMC *Salisbury MSS*, III, 351), Flor. *Arch. Med.* 4919 fol. 487 y «Relazione… de Cales», *ibid*, fol. 532-33. Ambos anónimos. También Gourdan a Bellièvre, 10 agosto de 1588, con una carta-noticia anónima de Calais. *Bib. Nat.* MSS. fran. 15809, fol.

III; también correspondencia de Mendoza (Sim.) y de Morosini (Vat.).

# EL ORDEN QUEDA ROTO

De Calais Roads a Gravelinas.
8 de agosto de 1588

## CAPÍTULO XXVII

Cuando Medina Sidonia advirtió que las pinazas no habían conseguido su intento de inutilizar a los brulotes, disparó un cañonazo, soltó amarras y se hizo a la mar para navegar de bolina. Pero esta vez la flota no cumplió la orden recibida. En lugar de ello, un terrible pánico se fue extendiendo por el fondeadero repleto de barcos. Los veteranos de las guerras de Flandes quizás habían referido demasiadas historias fantásticas acerca de los mecheros del infierno. O quizás, aunque menos probable, al ser transmitidas verbalmente las órdenes del duque sufrieron alguna trasmutación. Fuera lo que fuese, el caso es que la mayoría de los capitanes soltaron amarras para navegar de popa, dispersándose por doquier, como si tuvieran tanto miedo de sus propios compañeros como de los brulotes. La fuerte corriente y el viento que iba en aumento arrastró la desordenada multitud de barcos hacia los estrechos y las arenosas costas de Flandes. Por fin había quedado deshecho el formidable orden español.

El *San Martín* se adentró algo en el mar para retroceder en seguida y echar anclas a una milla más o menos, al norte del primer fondeadero. A su lado anclaron las cuatro

naves que durante la pasada noche fueron sus compañeras, es decir, el *San Juan* de Recalde, el *San Marcos* y dos más, quizás el *San Felipe* y el *San Mateo*, todos ellos galeones de Portugal que como siempre ocupaban el puesto de más peligro y honor. Cuando amanecía, los cinco mencionados barcos eran cuanto podía divisarse de la gran Armada, con excepción de la *San Lorenzo* de don Hugo de Moncada, *capitana* de las galeazas, que perdió el timón y roto el palo mayor se iba arrastrando, mar adentro, como un animal herido. Desgraciadamente el timón se le enredó entre las amarras de la embarcación más cercana (barcos demasiado frágiles para aquellos mares tan rudos) y en medio del pánico reinante había sido víctima de un choque espectacular precisamente la pasada noche. Cerca del malecón de Calais humeaban los restos de los seis brulotes. En cuanto los cañones terminaron su carga ya no se registraron más disparos. Finalmente se demostró que después de todo no se trataba de mecheros del infierno.

En cuanto a los ingleses, seguían anclados en dirección sur y ocupaban el mismo fondeadero de la pasada noche, sólo que de pronto sonó un cañonazo procedente del *Ark* de Howard y se oyeron las trompetas a través de la distancia. Luego la flota desplegó velas, levó anclas y enarboló sus estandartes. Toda la potencia naval inglesa —ciento cincuenta barcos de vela—, los galeones de la reina, barcos mercantes bien armados y barcos de guerra particulares y algunas pequeñas embarcaciones, la Gran Flota en suma —si no de nombre por lo menos de hecho— se disponía a atacar.

Medina Sidonia tenía que decidir inmediatamente lo que hacer, pero por fortuna para estas cosas era muy rápido. Ostentaba el mando. Tenía el deber de dar la cara al

enemigo, sólo en caso necesario, hasta reunir de nuevo su dispersa flota. Levó anclas y se mantuvo desafiante en los estrechos. El *San Juan* de Recalde y otros tres galeones quedaron tras él, navegando de bolina, con velamen ligero. Mientras recorrían el espacio libre sus pinazas se alejaron navegando de popa con la misión de reunir los desperdigados barcos para ordenarles que volviesen para ayudar a su almirante.

Howard no pudo comprobar el éxito de sus brulotes hasta que hubo amanecido. Evidentemente dos habían sido remolcados hacia tierra y el resto quizá sufrió igual suerte, ya que, exceptuando su propio resplandor, no se advertía rastro de incendio alguno. Los españoles quizá se alejaron huyendo para volver al cabo de poco y anclar de nuevo en el mismo sitio; o incluso quizá ni siquiera se movieron de allí. En cualquiera de ambos casos sólo le quedaba el recurso de intentar desalojarlos a cañonazos y tenía intención de dirigir personalmente el primer ataque. Esta vez no se produciría ningún cauteloso bombardeo de largo alcance. El énfasis con que se hace constar en todos los informes ingleses que el alcance de los disparos fue mucho más reducido en esta batalla del lunes demuestra que todos habían advertido que antes se mantuvieron demasiado lejos.

La escena que vio al amanecer cambió por completo los planes de Howard. La flota española se había dispersado. Envió sus otras cuatro escuadras a luchar con los únicos galeones españoles que estaban a la vista (concediendo a Drake el honor de disparar la primera descarga), y marchó, al frente de la suya, a capturar o destruir la gran galeaza. El desmantelado monstruo, viendo la alineación de barcos ingleses que se le echaba encima huyó desesperadamente hacia el refugio de la bahía de Calais.

La marea que decrecía rápidamente, el fuerte oleaje, la ausencia de timón y el poco conocimiento del contorno de la costa imposibilitaba la fuga y por fin el violento esfuerzo de los galeotes moviendo los enormes remos sólo consiguió empujar la galeaza aún más hacia la orilla, donde quedó zozobrando, más y más inclinada de costado mientras el agua disminuía bajo ella, la cubierta ladeada hacia el lado de la playa, las baterías apuntando inútilmente hacia el cielo y casi pegada a los muros del castillo de Calais.

No obstante, el incidente resultó para los ingleses algo exasperante. Los galeones ingleses tenían mayor calado que los españoles y las galeazas bastante menos que los galeones. La *San Lorenzo* había embarrancado demasiado cerca de la orilla para ser destrozada a cañonazos. Howard destacó una flotilla de botes auxiliares para abordarla, la cual durante un buen rato tuvo verdaderamente mucho quehacer. La *San Lorenzo* estaba tan ladeada que no podía situar ninguno de sus cañones en posición de tiro, pero la misma circunstancia sirvió para que su tripulación se resguardase y para que sus costados resultasen difíciles de escalar. Por un corto espacio, los botes hicieron girar el timón, cautelosamente, dejando la galeaza atrás para adentrarse en el mar (había poca profundidad de agua para dar la vuelta y acercarse a su parte más vulnerable, la que daba a la costa) sin que entretanto cesasen los rápidos disparos de arma de fuego por ambas partes. Sus repetidos intentos de abordaje fracasaron, y pronto el interior de los botes comenzó a llenarse de muertos y heridos. Seguidamente una bala de mosquete atravesó la cabeza de don Hugo de Moncada y los defensores que por él se mantenían en sus puestos, viendo pocas probabilidades de triunfo en semejantes condiciones de lucha, optaron por

abandonar la embarcación. Saltando, pues, por la borda de la parte de tierra se dirigieron hacia la orilla para huir por la costa después. En cuanto a los ingleses, habían entretanto comenzado a subir a bordo por el otro lado y también por los cañones de babor.

El botín les pertenecía por derecho de conquista, según el código de la guerra, y Gourdan, gobernador de Calais, así lo admitió. Pronto, pues, cargaron con todo lo que de valor había susceptible de ser cargado por los hombres, pero el gobernador indicó, en cambio, que la nave, con cañones y aparejos incluidos, le pertenecía. No obstante, comprendiendo de pronto que su advertencia caería en saco roto y que seguramente los ingleses acabarían saqueando a los ciudadanos de Calais, abrió fuego contra sus botes desde el castillo. Tuvo que hacerlo así para convencer a los marineros que volviesen a bordo de sus barcos, donde Howard estaba impaciente por unirse a la batalla ahora lejana.

Resulta extraño que el saqueo de un barco fuese motivo suficiente para mantener a una poderosa escuadra alejada durante horas del escenario de la lucha. Pero hay que recordar que la *San Lorenzo* era la mejor nave, dentro de las de su formidable estilo, de la Armada y que precisamente había dado mucho que hacer al enemigo en el Canal. Howard creyó que merecía la pena retrasarse un poco para estar seguros de que la dejaban inservible. Cuando los botes volvieron le fue asegurado que, en efecto, así quedaba y que nadie podría ponerla a flote otra vez. (Así fue, ciertamente. La *San Lorenzo* acabó pudriéndose bajo el castillo de Calais). Howard, pues, puso proa al lugar en donde seguía resonando el tronar de los cañones.

De la última batalla de la Armada a la altura de Gravelinas, como de todas las batallas del Canal, sólo se tienen ligeras noticias. Ninguno de los bandos dejó un informe satisfactorio de los movimientos siquiera de un barco. Al velo de niebla en que generalmente se envuelve la guerra en el mar —humo, estruendo, peligro, confusión, tantas cosas que hacer en tan poco tiempo— se unía, como en anteriores ocasiones, el hecho de que nadie entendiese las nuevas armas empleadas ni supiese tampoco la táctica por ellas requerida, empeorado todo por la circunstancia de que durante la lucha del lunes el tiempo empeoró más aún, siendo terrible, con mucho viento, mar encrespado y una visibilidad limitadísima.

Algunas cosas aparecen claras. El viento debió de soplar del Sursudoeste, aunque quizá sólo fuese una fuerte brisa por la mañana o un airecillo moderado. El *San Martín* y sus acompañantes navegaron seguramente de popa, aunque con velas poco hinchadas, a través de los estrechos y en el mar del Norte; el *San Martín*, en último lugar, y el *San Juan*, con una o dos naves más, a sotavento. Aun en aquellos momentos, Medina Sidonia debía de seguir preocupado por llevar a su dispersa flota lejos de los peligrosos bancos de Dunquerque, hacia alta mar. Quizá pretendía que los barcos dispersos que se hallaban a sotavento se uniesen al *San Juan* de Recalde y los otros más cercanos al *San Martín*. Acerca de esto nada se sabe. En todo caso este avance suyo hacia el Norte obligó a los ingleses a una caza tras la estela, que retrasó el comienzo de la batalla.

Siguiendo las indicaciones del Lord Almirante, desde el *Revenge*, *sir* Francis Drake lanzó la primera descarga. Mientras los ingleses se aproximaban, la nave capitana española viró para presentar su flanco al enemigo, y por

un intervalo de tiempo, mientras se acortaba la distancia entre el *Revenge* y el *San Martín*, ambas naves dejaron de disparar. Los ingleses esta vez estaban decididos a hacer blanco con cada bala y los españoles, como disponían de pocas municiones, se veían obligados a hacer lo propio. Hasta que los barcos no estuvieron a una distancia de «medio tiro de mosquete» (¿unas cien yardas?) no disparó el *Revenge* sus cañones de proa y en seguida los de costado, que inmediatamente recibieron la respuesta del tronar de los del *San Martín*. Tuvo que ser en este intercambio de disparos cuando el *Revenge* fue «asaeteado por balas de cañón de todos los tamaños», según Ubaldini. Tras el *Revenge* navegaba Fenner en el *Nonpareil*, seguido por el resto de la escuadra de Drake, y todos, al acercarse, fueron disparando sus baterías exponiéndose a la justa réplica del *San Martín*. Luego, la escuadra partió en pos de su comandante, rumbo al Nordeste, para perderse de vista por un buen rato, según afirmaron algunos de los supervivientes.

Esto no quiere decir que en otro lugar no hubiesen realizado un buen trabajo. Corbett supone que Drake comprendió que el objetivo táctico más conveniente entonces estaba más allá, a sotavento, donde los galeones más potentes intentaban salir del bajío para alinearse de nuevo, en aguas más profundas, y quizá no se equivocase. Sin duda, éste era el punto vulnerable. Evitar que fuese restablecido el orden de la flota dispersa parecía logro mucho más decisivo que la captura o hundimiento del *San Martín*. El punto de vista táctico de Drake no se alteró ante el hecho de que *sir* Martin Frobisher, que navegaba tras él, no lo aprobase. Algún tiempo después, en Harwich, ante el propio lord Sheffield y otros personajes, Frobisher habló de este modo: «El (se refería a Drake)

llegó fanfarroneando, seguidamente atacó de proa y de flanco; luego se mantuvo de orza y se alejó alegrándose de escapar, no sé decir si como un cobarde bribón o traidor, pero juro, sin duda alguna, que como uno u otro».

Frobisher estaba molesto con Drake por otro motivo y tenía el genio vivo, hablando siempre más de lo que realmente deseaba decir. El caso es que, desde luego, nunca comprendió el plan de Drake ni intentó secundarlo. De haberlo hecho así, quizá habrían triunfado.

En lugar de ello, Frobisher quedó rezagado y luchó con el *San Martín*. El *Triumph* tenía castillos más altos y mayor capacidad también que su adversario. Frobisher se aproximó a la capitana española, sin intentar el abordaje, disparando continuamente sus grandes cañones, mientras el resto de la escuadra navegaba junto a la proa, popa y a sotavento del *San Martín*, acribillando de balazos su parte de arriba. Cuando se presentó Hawkins en el *Victory* era como si Medina Sidonia estuviese luchando solo o casi solo contra toda la flota inglesa. El *San Marcos de Portugal*, con el marqués de Peñafiel y otros individuos de linaje ilustre a bordo, en calidad de caballeros de la aventura, nunca se alejó demasiado del almirante. Había podido impedir el avance de algunos barcos de la escuadra de Drake participando luego en la lucha y, como el *San Martín*, replicando al fuego enemigo no sólo con sus tristemente limitados cañones grandes, sino también con mosquetes y arcabuces, ya que la distancia era reducidísima.

Cuando se presentó la totalidad de la escuadra de Hawkins, otros barcos españoles comenzaban a unirse a la lucha. Eran los de siempre —nombres ya familiares— que habían soportado duros ataques a lo largo del Canal: los

galeones de Portugal, los de Castilla, la carraca de Leyva y la de Bertendona, el galeón de Florencia, la capitana de Oquendo y dos o tres embarcaciones vizcaínas entre las mayores y mejor armadas, como el *Grangrin.* Al principio sólo fueron siete u ocho, después quince, luego veinticinco. No ya en la familiar formación de media luna, sino únicamente su perfil aproximado, tras cuya barrera podían alinearse los barcos más frágiles y lentos. Cuando Seymour y Wynter se unieron a la lucha, encontraron a los españoles nuevamente en formación casi regular. «Empezaban», según Wynter refiere, «a formar la media luna, el almirante y vicealmirante en medio con el grueso de unidades, y en ambos lados, en sus flancos, las galeazas, la flota armada de Portugal y otras excelentes embarcaciones, hasta un total de dieciséis en el sector al parecer destinado a las naves más importantes». Recuperar la formidable, pero engañosa alineación en las primeras tumultuosas horas de la mañana del lunes fue una de las más notables hazañas de la disciplina y pericia de los marinos españoles. Sin la dirección de Media Sidonia y el inquebrantable valor de su acción de retaguardia, jamás habría podido llevarse a cabo.

Contando con gran valor y con jefes audaces por ambas partes, la victoria es siempre de quien mejores barcos y mejores cañones posea. La superioridad de los barcos ingleses ha sido demostrada ya repetidamente. Podían llevar ventaja al enemigo en cuanto lo deseasen, mantenerse a barlovento, elegir la distancia de tiro y romper contacto en el momento que se les antojase. Los españoles estaban dispuestos a admitir la superioridad de los cañones y la artillería inglesa, pero allí, a la altura de Gravelinas, la principal superioridad de Inglaterra radicaba en el hecho de disponer aún de municiones.

Cuando decidieron acortar distancias según lo acordado el domingo por la mañana, no podía saber lo muy cerca de ellas que se encontraban los españoles, pero en la segunda fase de la batalla del lunes, cuando las cinco escuadras inglesas acosaban y empujaban la media luna española intentando destrozarla, advirtieron claramente que podían acercarse mucho más sin recibir daño.

No obstante, los ingleses seguían calculando la posible distancia más efectiva. *Sir* Richard Hawkins solía decir posteriormente: «Cuanto más cerca, tanto mejor». Había ostentado el mando del *Swallow* en la escuadra de su padre y aprendido mucho con la experiencia de la campaña. Pero a la distancia mantenida el lunes, los cañones ingleses podían hacer verdaderamente un gran estrago. La fuerte capa de buen roble español que protegía la parte inferior de los galeones no quedó destrozada en la mayoría de los casos, pero sí acribillada de agujeros. Antes de finalizar la batalla, la mayor parte de los barcos de primera línea de la Armada hacían agua y algunos estaban heridos de muerte. La parte superior era, todo lo más, resistente a las balas de mosquete. Al caer la noche estaban hechas astillas. La mortandad en las cubiertas superiores fue seguramente terrible.

Los españoles lucharon con gallardía. Varias veces uno u otro galeón pugnó desesperadamente por el abordaje. Al fin y al cabo, era la única oportunidad que tenían para luchar en igualdad de condiciones. El *San Martín*, que había recibido daños muy serios en la primera fase de la lucha, más tarde, por lo menos dos veces, se lanzó al centro de la refriega para rescatar un barco en peligro. La tripulación de una urca vio pasar la gran carraca de Bertendona con la cubierta llena de muertos y heridos, los cañones silenciosos, la sangre manando por los

imbornales, pero con los mosqueteros preparados en lo alto de sus alcázares mientras luchaba tercamente por ocupar de nuevo su puesto en la alineación. El *San Mateo*, que dos veces se encontró cercado y en lucha con el circundante enemigo, todavía estaba en peor situación. Más de la mitad de sus hombres, soldados y marineros, habían muerto o estaban heridos de gravedad: tenía los grandes cañones inutilizados y presentaba más agujeros que un cedazo, por lo cual iba haciendo agua y hundiéndose lentamente. No obstante, cuando el *San Martín* se acercó para prestarle ayuda y el almirante se ofreció para desalojar sus oficiales y la tripulación, don Diego de Pimentel rehusó orgullosamente abandonar el barco. Más tarde, un galeón inglés —quizás el *Rainbow* de Seymour—, impresionado por un sacrificio tan heroico como inútil, se acercó lo suficiente para que un oficial pudiera ofrecer favorables condiciones de rendición. Fue acogido con un balazo de mosquete que le dejó en el sitio, y el *San Mateo* siguió soportando andanada tras andanada, siempre correspondiendo con un casi inútil chisporroteo de armas pequeñas.

Por entonces Medina Sidonia estaba siendo testigo de cómo su alineación, conseguida otra vez a fuerza de sacrificios, se venía nuevamente abajo ante sus propios ojos, quedando unas naves aisladas, separados los grupos y la masa total de embarcaciones cada vez más indefensas, inexorablemente concentradas en los arenales de Flandes. El Lord Almirante llevaba mucho rato allí y, fuese o no por seguir el ejemplo de Drake, el caso es que el sector de más fuerte ataque por parte de los ingleses era el ala de la Armada situada a barlovento. Debían de ser las cuatro. La batalla había comenzado una o dos horas después del alba.

Al parecer, les sobraba tiempo para acabar con la flota española antes de la puesta de sol.

Entonces, cuando parecía que una hora iba a bastar para que la Armada se disgregase y la mayor parte de sus barcos terminasen embarrancados en la playa, se desencadenó un violento temporal con cegadores torrentes de lluvia. Por espacio de unos quince minutos, los ingleses estuvieron demasiado ocupados procurando no chocar unos con otros para seguir acuciando al enemigo. Cuando nuevamente pudieron dedicarles su atención advirtieron que los españoles habían conseguido alejarse hacia el Norte y que, fuera ya de su alcance, maniobraban para recuperar, ante los ojos del enemigo, su alineación de siempre, es decir, la vieja y fuerte media luna. Luego, retador, el *San Martín* acortó velas y la reorganizada flota imitó su ejemplo. Los baqueteados españoles se aprestaban de nuevo al combate.

## NOTAS

Como el anterior, principalmente Laughton y Fernández Duro, complementados por los informes del almirantazgo holandés, como en las notas al cap. XXVI.

# EL TARDÍO MILAGRO

Bancos de Zelanda y mar del Norte.
9 a 12 de agosto de 1588

CAPÍTULO
XXVIII

Los ingleses no volvieron a atacar. Y no, según se cree, porque al ver la flota española nuevamente alineada se sintiesen desalentados (la habían disgregado una vez y sabían que podían conseguirlo de nuevo, en cuanto se lo propusiesen), sino más probablemente porque durante la pausa de la batalla el alto mando había comprobado que la mayor parte de sus barcos habían consumido todas o casi todas las existencias tanto en pólvora como en balas. Tenían municiones para aguantar escasamente una hora de lucha como las cuatro recién transcurridas. Así pues, por el momento parecía suficiente no perder de vista a la Armada mientras pedían refuerzos para terminar la tarea. De hecho, desde aquel instante ninguna de ambas flotas estaba en situación de librar una batalla a base de disparos de cañón, pero ninguna de ellas conocía tampoco el grado de debilidad de la contraria.

Aquella noche Howard escribió a Walsingham: «He recibido vuestra carta en la que solicitáis el envío de una estadística de la pólvora y municiones necesitadas aquí». (¡Mojigatos burócratas!). «Dado lo ambiguo de la situación, es imposible redactarla; os ruego, por lo tanto,

enviéis a la mayor brevedad posible todo cuanto tengáis a mano». También decía necesitar víveres. Seguidamente ofrecía un pequeño resumen de los acontecimientos del día. «Desde entonces (desde la mañana) les hemos mantenido en situación de lucha, poniéndolos en grandes aprietos, pero su flota está compuesta de barcos espaciosos y de mucha potencia», explicaba, añadiendo en una posdata: «Su flota es maravillosamente grande y fuerte, pero poco a poco la vamos desplumando», valorización harto modesta de la campaña hasta la fecha, y sin la más pequeña esperanza de que la misma tocase a su fin.

Drake parecía más satisfecho de los resultados de la batalla. «Dios nos ha concedido un día tan excelente, para obligar al enemigo a marchar lejos, a sotavento, que por Dios espero que el príncipe de Parma y el duque de Medina Sidonia no puedan, por ahora, estrecharse la mano, y que si consiguen encontrarse alguna vez, ninguno de los dos se regocije recordando lo ocurrido en esta fecha». No obstante, su posdata resulta aún más enfática que las de Howard: «Hay que procurar ante todo que no sean enviadas municiones y provisiones, no importa dónde el enemigo decida marchar». Lo mismo que Howard, Drake no adivinó ni por un instante que no volverían a luchar con la Armada otra vez.

A decir verdad, la situación de la flota española era desesperada. Según comprobó el duque, tenían aún algo de pólvora, pero prácticamente ninguna bala de cañón. Por primera vez la Armada había recibido un golpe serio. La mayor parte de los barcos de primera categoría hacían agua, habían perdido mástiles y aparejos y en sus cubiertas se amontonaban los escombros. Todo habían sufridos importantes daños y algunos quedaron

inutilizados. Durante la borrasca, uno de los grandes barcos de Vizcaya, la *María Juan*, que fue aislado y bastante cañoneado a primeras horas de la mañana, se había hundido, aunque poco antes pudo salvarse a toda su tripulación. Cuando comenzaba a anochecer, el *San Mateo* y el *San Felipe*, tan inundados que evidentemente no se podían mantener a flote muchas horas, se desviaron avanzando vacilantes hacia los bancos de arena existentes entre Nieuport y Ostende, donde quedaron encallados. Por la mañana, los filibotes de Justino de Nassau los saquearon violentamente. Un mercante armado de la escuadra de Diego Flores que había quedado rezagado se hundió a la vista de ambas flotas.

Durante la noche el viento sopló más fuerte aún y la Armada corrió ciegamente hacia Estenoreste, remontando la costa con los ingleses en pos. El momento de mayor peligro fue el martes 9 de agosto, por la mañana temprano. Medina Sidonia se mantenía en la retaguardia reforzado por Recalde en el *San Juan*, la carraca de Leyva, el fiel *San Marcos*, un galeón de Castilla y las tres galeazas todavía existentes. El resto de la Armada estaba algo distante, a sotavento, y en barlovento de la retaguardia, a una distancia de disparo largo de culebrina, seguía el grueso de la flota inglesa. El viento había amainado un poco, pero soplaba del Noroeste, y aun navegando tan de bolina como les era posible, los españoles no podían llegar a alta mar. Lo que más le preocupaba era el cambio de corriente efectuado y el declive de los mares y el color —también distinto— del agua en la lejanía y hacia el mar por la proa de babor. De seguir todo igual, la Armada se encontraría en los arenales de Zelanda antes de media hora.

Era mejor morir luchando que ahogarse sin pelear. Medina Sidonia se detuvo y su pequeña retaguardia le imitó. Seguidamente envió unas pinazas ordenando a los barcos de primera línea que anclasen en espera del enemigo o, mejor aún, que virasen para salirles al encuentro. Algunas naves se aprestaron a obedecer. Entretanto, oficiales y soldados confesaron y comulgaron preparándose luego para recibir al enemigo con las pocas balas de que disponían —todas de armas pequeñas— y también con armas blancas. Pero los ingleses se mantenían lejos, avanzando y retrocediendo mediante cortas viradas. Los pilotos no necesitaron decir al duque el motivo de esta actitud. Aun permaneciendo quietos, el viento y la corriente empujaban la retaguardia hacia sotavento. No podía esperarse que las anclas se mantuviesen fijas en tan movedizas y cambiantes arenas. La flota que iba en cabeza no podía tomar más rumbo que el que seguía y que en pocos minutos había de arrastrarla a la gran catástrofe. Los ingleses seguían manteniéndose apartados para ser testigos de la destrucción de sus enemigos por la mano de Dios.

Los pilotos persuadieron al duque de que no había más solución que la de mantener la anterior ruta, intentando adentrarse en el mar. La sonda del *San Martín* marcó siete nudo, luego seis… El calado era de cinco. En cualquier momento los barcos que iban en cabeza comenzarían a chocar. Hasta parecía extraño que alguno no hubiese chocado ya. En adelante, las olas los reducirían a pedazos más rápidamente que las andanadas inglesas. En aquellos momentos todos los hombres de la Armada con sentido común tuvieron que ver muy cercano su fin. Se ignora cuáles serían sus preces y también los votos que pudieron hacer. Sólo se sabe que cuando comenzaban a abrazarse

los unos a los otros para mitigar el golpe que presentían, el viento cambió; giró del todo en la brújula, hacia el Sudeste, según afirma un embelesado testigo del hecho. Lo más probable es que el cambio fuera hacia el Oestesudoeste —según el propio duque declaró—, pero tan rápido y repentino que incluso las naves que iban en cabeza pudieron eludir los traicioneros bancos de arena, internándose toda la Armada mar adentro. Y tanto el duque como su capellán tuvieron la absoluta certeza de que la flota había sido salvada por un milagro de Dios.

Por supuesto no era la clase de milagro con que contaron el rey Felipe y su almirante, porque si bien la Armada se había salvado, los ingleses estaban menos derrotados que nunca. Recalde, con su humor lleno de ironía, bien pudo reflexionar después que «la divina intervención» —si es que un cambio de viento al final de una tormenta puede calificarse de milagro— se había producido con bastante retraso teniendo en cuenta toda la campaña». Sin embargo, Recalde era lo suficientemente buen marino para reconocer que desde que la Armada entró en el Canal, el tiempo había sido mejor de lo que nadie se hubiese atrevido a esperar. Los ingleses seguramente opinarían igual. La inexplicable huida de la Armada les molestó tanto que nunca la mencionan, y si bien el hecho no debilitó la confianza que en Dios sentía Drake, ni su anhelo por luchar de nuevo, a brazo partido, con el enemigo, sí hizo que tanto él como Hawkins y el Lord Almirante anhelasen más que nunca el recibo de víveres, pólvora y municiones. Mientras tanto, «adoptando una jactanciosa actitud», los ingleses siguieron en pos del enemigo como si nada les faltase.

Aquella noche se reunió consejo militar en ambas naves insignia. En el del *Ark Royal* dominó la ansiedad, pero fue

corto. Todas las naves seguían a flote y sus desperfectos carecían de importancia, todo marchaba bien menos la reinante escasez de municiones y la escasez de víveres que se avecinaba ya. Con la esperanza de que pronto se recibirían provisiones, se decidió que la flota principal siguiese a los españoles mientras existiera el peligro de que intentaran desembarcar en Inglaterra o Escocia. Seymour, no obstante, volvería con su escuadra a Downs para vigilar al duque de Parma, de lo cual Seymour protestó, dolido y ultrajado, ya que en su opinión el servicio prestado en Gravelinas le autorizaba a permanecer en el puesto de peligro y quería luchar de nuevo con los españoles, aunque fuese cuerpo a cuerpo y con arma blanca. Abiertamente acusó a Howard de intentar reservarse toda la gloria, pero el Lord Almirante se mostró firme. Alguien tenía que quedarse para detener a Parma si intentaba pasar, y al parecer no confiaba demasiado en los holandeses para tal operación. El mismo día en que los filibotes de Justino de Nassau se apoderaron de dos galeones enemigos consiguiendo que ni siquiera una pinaza asomase por Dunquerque y Nieuport, Howard había escrito: «No hay ni un holandés ni un zelandés por los mares». Conocía menos los movimientos de sus aliados que los de sus enemigos. Pero no existen indicios de que pensara en su propia gloria u otra cosa que no fuera salvar a Inglaterra. Tenazmente, pacientemente, se proponía mantener a sus barcos interponiéndose entre el enemigo y las costas de su país.

El consejo celebrado en el *San Martín* fue más largo y difícil. Casi todos los barcos de guerra de primera categoría tenían que notificar importantes daños. Todos los barcos habían sufrido destrozos, muchos de ellos tan importantes que ya no podrían volver a luchar. Las

municiones escaseaban enormemente. No parecía que la Armada tuviera, en próximas operaciones, muchas oportunidades. Y, sin embargo, el consejo votó por unanimidad y por razones no especificadas que si el viento cambiaba en los próximos días volverían al ataque, intentando conquistar un puerto inglés, o luchando por conseguir el retomo a través de los estrechos. Una de las razones no especificadas era la escasez de víveres y agua que se avecinaba, lo cual hacía peligroso un viaje largo. Pero probablemente la principal razón era idéntica a la que mantenía a Howard tenazmente en pos de ellos. Mientras existiese una ocasión, por pequeña que fuese, tenían que intentar cumplir su misión. Cualquier cosa era mejor que volver a España admitiéndose derrotados. No obstante y de mala gana, acordaron que si el viento se mantenía en la misma cuarta cuatro días más, de forma que alcanzasen el mar de Noruega tendrían que intentar la vuelta a la patria por la ruta Oeste, es decir, dando un rodeo a las islas Británicas. No podían arriesgar más su margen de seguridad, y si ya nada más podían hacer, resumió el duque, era deber de todos salvar tantos barcos del rey como pudieran.

El viento se mantuvo igual. Las dos flotas navegaron hacia el Norte, pasando la altura de Hull y Berwick. En la tarde del cuarto día, viernes 12 de agosto, a unos 56° latitud norte, los ingleses viraron poniendo proa al Firth de Forth. Howard se daba por satisfecho con que los españoles no intentasen desembarcar, ya que en sus barcos empezaba a escasear el agua y los víveres.

Desde la cubierta de popa del *San Martín*, Medina Sidonia observó cómo los ingleses navegaban de bolina, alejándose más y más. Desde la primera y terrible batalla sostenida a la altura de Plymouth hacía dos semanas,

puede decirse que no se había movido de su puesto. Muchos hombres cayeron a su lado —un grumete, un mosquetero, un contramaestre y algunos ilustres caballeros de España—, pero aparte de su pierna envarada debido a una cuchillada en el muslo que recibió durante el combate del lunes por la mañana, el almirante estaba ileso. De vez en cuando había bajado para tomar algún alimento o dormir unas horas, pero la mayoría de las veces sólo comió, o dejó sin tocar, lo que le iban subiendo a cubierta, permaneciendo apoyado en el coronamiento la mayor parte de las cortas noches. Allí continuaba, mirando cómo las odiadas y familiares gavias se desvanecían hacia la parte oeste. Vestía sólo jubón, calzas y esclavina. Había cedido su capote de mar a fray Bernardo de Góngora, del *Nuestra Señora del Rosario*, quien no trajo ropaje, y su otra capa cubría el cuerpo de un muchacho herido, abajo, en su camarote. Hacía frío. Pero siguió apoyado en el coronamiento hasta mucho después de que la última gavia se perdiese en la noche. Si alguna vez, mientras navegaban por el Canal, se preguntó si la Armada avanzaba triunfante o bien escapaba del enemigo, ahora ya no cabía la menor duda. Lo que estaban haciendo era huir. Huir, aunque los ingleses no les persiguiesen ya. Estaban derrotados. Hizo cuanto pudo, pero lo que pudo no fue suficiente. ¿Quizá un hombre de más experiencia, más capacitado…? Francis Drake había dicho un día que obligaría al duque de Medina Sidonia a desear hallarse en El Puerto de Santa María, entre sus naranjos. Nade sabe si el duque, en aquella precisa noche, así lo deseó.

NOTAS

Como más arriba, además, los cuatro informes del *San Martín.*

# «YO MISMA SERÉ VUESTRO GENERAL»

Tilbury. 18-19 de agosto de 1588

CAPÍTULO
XXIX

El jueves 18 de agosto, por la mañana, los barcos de la gran flota navegando viento en popa —dirección nordeste —, llegaron a Harwich, Margate Roads y otros puertos en los alrededores de la boca del Támesis. Seis días antes, más o menos a la altura del Firth, habían abandonado la persecución, y observado cómo la Armada, navegando hacia el Nornordeste, se internaba en el mar de Noruega. La flota inglesa no había tenido contacto con ningún barco de aprovisionamiento desde aquel domingo en que, algunos, llegaron a Calais. Por tanto, contaban con pocas municiones, poca comida y, lo peor de todo, apenas sí tenían cerveza.

Aquella misma mañana salió de St. James la barcaza real, dejando atrás Londres, precedida por su sonar de trompetas de plata. En otras barcazas iban los caballeros de palacio (es decir, aquellos que no habían marchado para incorporarse a la flota) con media armadura y morrión de plumas, y el regimiento de alabarderos de la guardia en su totalidad, así que la procesión de barcazas parecía un desfile militar, muy del agrado de los ciudadanos que, cubriendo la línea, les vitoreaban y de

quienes desde las ventanas sobre el puente de Londres miraban cómo las embarcaciones se deslizaban majestuosamente en la menguante marea. Su majestad la reina se dirigía a Tilbury para inspeccionar su ejército.

Su lugarteniente y capitán general, conde de Leicester, había recibido con agrado la noticia de su inminente visita, rogándola se apresurase. No hubiera estado tan impaciente dos semanas atrás. Quince días antes, el jueves por la tarde, cuando las adiestradas bandas de Hampshire levantaron el campo, después de haber contemplado la reñida batalla a la altura de la isla de Wight y ver cómo ambas flotas desaparecían en el Canal, no existía ningún campamento en Tilbury ni nada parecido a una fuerza militar, exceptuando el séquito del propio Leicester. Los hombres de Essex ni siquiera se habían presentado a pesar de que se les ordenó hacerlo el lunes anterior. «Si necesitamos cinco días para reunir a la gente del lugar», hubo de exclamar Leicester exasperado, cuando por fin se presentaron, «¿qué sucederá cuando busquemos a quienes se encuentren a cuarenta, cincuenta y sesenta millas de distancia?». Porque este era el ejército que había de enfrentarse con el desembarco de Alejandro de Parma si la flota era derrotada e indudablemente necesitarían refuerzos venidos de mucho más lejos aún. Ni tan siquiera se habían presentado los proveedores a quienes Leicester convocó por medio de pregoneros en las plazas del mercado de todas las ciudades, quizá porque sabían el escaso beneficio que podía proporcionales un ejército inexistente. Reinaba una gran confusión en las disposiciones dadas para la elaboración de la cerveza y Leicester no sabía qué hacer para conseguirla. Por último, el mismo nombramiento del conde no había llegado aún (la verdad es que ni siquiera había sido firmado), y hasta

recibirlo, el designado capitán general no tenía autoridad ni para despedir a un subordinado incompetente ni para reorganizar sus batallones.

Cuatro días más tarde, cuando la Armada estaba a la altura de Dunquerque y el duque de Parma podía aprovechar la marea para zarpar, las cosas no se presentaban mucho mejor. Por fin se habían presentado cuatro mil hombres de Essex y algunos centenares de soldados de caballería del condado; también mil de infantería, todos ellos con armas de fuego procedentes de Londres. Pero Black Jack Norris continuaba recorriendo el condado y *sir* Roger Williams sólo acababa de regresar de Dover. Como no tenían suficientes oficiales experimentados, el campamento se iba organizando por sí mismo con una calma que Leicester hallaba exasperante, y el propio conde tuvo que ser, según él mismo reseña, «cocinero, abastecedor y cazador» para su ejército. El puente de botes que unía Tilbury Fort con Gravesend, para que el ejército de Leicester pudiera cruzarlo y defender la orilla en su caso de que Alejandro de Parma decidiese desembarcar allí (tal como realmente había planeado) requería aún mucho esfuerzo para quedar utilizable, y la cadena de Giambelli para interceptar el Támesis se había roto debido a su propio peso con la primera pleamar. Y sin embargo, Tilbury, donde trabajaba Leicester con aquella su característica, aunque en muchas ocasiones mal dirigida, energía era el centro de defensa mejor preparado del reino. El segundo campamento situado en Kent no era más que un depósito de fuerzas de reserva para la marina; en cuanto al gran ejército, también de reserva, cerca de Westminster, que se consideraba cuerpo de guardia de la reina en caso de invasión, tan sólo existía sobre el papel.

Aparte de Tilbury, sólo Londres estaba algo preparado para el día en que el duque de Parma desembarcase, si es que por fin se decidía a hacerlo. A pesar de los mil hombres enviados a Leicester, las bandas disciplinadas alcanzaban ya los diez mil, y aunque el foso era infecto y la muralla amenazaba ruina en algunos sectores, se habían dispuesto perímetros de defensa interior, tras los cuales los londinenses —colocadas las viejas cadenas que se usaron por última vez contra los rebeldes de Wyatt— se aprestaban para la defensa de su ciudad calle por calle. Conocían lo ocurrido en Amberes. Tenían decidido hacer pagar al ejército del duque un precio todavía más alto por el botín, que era mucho mayor. Mientras tanto, los grupos armados patrullaban día y noche y la inflexible vigilancia de las autoridades de la ciudad sobre los extranjeros de no importa qué fe aumentó con las voluntarias actividades de los «enemigos naturales de los extranjeros». Petruccio Ubaldini, protestante entusiasta y enemigo acérrimo de España, fue particularmente molestado. «Es más fácil», escribía con resignada desesperación, «encontrar una manada de cuervos blancos, que un inglés, no importa su creencia religiosa, que acoja bien a un extranjero».

Los que pertenecían a los círculos allegados a la reina esperaban que las cosas marchasen así y que el patriotismo inglés, firmemente basado en la xenofobia, demostrase ser más fuerte que ningún vínculo de religión. Pero nadie estaba seguro de ello. Con respecto a los exiliados, era completamente falso. Había pilotos ingleses en la flota española, y compañías de soldados ingleses al mando de caballeros ingleses en el ejército del duque de Parma. El exiliado más importante, el doctor William Allen, ahora cardenal, había publicado en Amberes el libro que durante muchos años había estado deseando

escribir y publicar: *Exhortación a la nobleza y al pueblo de Inglaterra con respecto a la guerra actual.* El punto más importante era aquel en que decía a sus paisanos que el actual Papa «confirmaba la sentencia de Pío V (contra Isabel), tanto en lo referente a ilegitimidad, usurpación e incapacidad para ocupar el trono de Inglaterra como a excomunión y pérdida de derechos, por su hereje, sacrílega y abominable vida». Allen seguía diciendo que Su Santidad ordenaba que nadie debía obedecer ni defender a Isabel, y que todos habían de estar preparados «para la llegada de las fuerzas de Su Católica Majestad... para unirse a su ejército... para ayudar a restaurar la fe católica y destronar a la usurpadora mientras se nombra al general de esta guerra santa». El resto del libro estaba destinado a probar que el destronamiento de Isabel se basaba en el derecho natural y en el divino, pues era una tirana y hereje, siendo deber de todo inglés ayudar a limpiar su país de la iniquidad de su reinado, pues de este modo ayudarían a salvar sus almas y las de sus hijos, y si no, seguramente se condenarían. Para un lector moderno, el lenguaje vituperable y vulgar que acompaña a estos argumentos resta valor a los mismos, pero con razón los contemporáneos de William Allen temían su pluma. El gobierno de Isabel hizo lo que pudo para confiscar y destruir estos panfletos, pero nadie sabía cuántos pasaban de mano en mano, secretamente, al igual que tampoco nadie sabía cuántos curas del seminario de Allen iban de casa solariega en casa solariega diciendo a los nobles y a los afectos a la vieja fe cuál debía ser su deber el día señalado por la voluntad divina.

En las tabernas de Flandes se rumoreaba que una tercera parte (otros decían la mitad e incluso dos tercios, pero desde luego una tercera parte resultaba cierta) de ingleses

eran católicos y que el desembarco del duque de Parma iba a ser la señal para un levantamiento general. Dadas las circunstancias, el Consejo Privado no quería arriesgarse a que el patriotismo inglés (y el odio a los extranjeros) no demostrase ser más fuerte que todo lazo de religión. A los principales recusantes se les puso bajo custodia preventiva. A otros se les despojó de armas y caballos —suponiendo que los tuviesen—, siendo confinados en sus parroquias o en sus casas. Pero los católicos abiertamente reconocidos en Inglaterra— los que se sabía eran recusantes— resultaron ser escasos. Los católicos en secreto y los anglicanos con fuerte tendencia al catolicismo eran mucho más numerosos. Nadie sabía cuántos podían ser ni tampoco su grado de deslealtad, pero no faltaban consejeros privados y magnates de los condados que solicitasen rigurosas medidas contra toda persona sospechosa. «Será difícil para cualquier hombre enfrentarse con el enemigo con la debida resolución», escribía uno de ellos, «si piensa que su casa puede ser incendiada a espaldas suyas en cualquier momento». El temor a una gran conspiración católica de fuerza desconocida existía en la mente de muchos, siendo una de las causas principales de la tensión en el difícil verano de 1588. Dadas las circunstancias, el gobierno se reservó plenos poderes para rechazar la presión de los alarmistas o actuar, en caso de necesidad, sólo contra recusantes reconocidos. Era el camino más sensato, pero para seguirlo hacía falta valor.

Probablemente el hecho de que se adoptase se debió precisamente a la reina. Walsingham solía ver más peligros de los que existían en realidad, y hasta el prudente Burghley estaba alarmado. Pero Isabel encontraba difícil creer que un sentimiento religioso

dominase al pueblo de una manera total, con excepción hecha de unos cuantos fanáticos medio locos que tal vez resultasen molestos, pero nunca verdaderamente peligrosos. Forzadamente había permitido que la corona actuase contra los jesuitas, los curas y sus cómplices e instigadores, al igual que contra los espías y agentes de países extranjeros, y el caso es que no pensaba llegar más allá. Aunque Burghley la previno acerca de «las deslealtades secretas de la mente y el corazón» y de que iban a ser necesarias nuevas normas para combatirlas, Isabel no permitió que los puritanos se entremetiesen más de lo necesario en las creencias de sus súbditos o en sospechar lealtad al papado y traición, donde se tropezase con una inclinación sentimental hacia las costumbres de otros días.

Preocupar a Isabel resultaba fácil, pero era muy difícil asustarla. Podía desmenuzar, cambiar y desechar unas ideas decenas de veces antes de tomar una decisión. Podía ignorar un acto desagradable hasta casi enloquecer a sus ministros, pero la inminencia de un peligro verdadero la fortalecía. «Resultaba consolador», escribía Robert Cecil por aquellos días en que las flotas luchaban tan cerca, «ser testigo de la gran magnanimidad demostrada por su majestad que ni por un momento se muestra desalentada». Así, sin asomo de desaliento, marchó a la cabeza de la marcial procesión de barcazas a lo largo del río, consciente durante el camino de que participaba en grandes acontecimientos, sentimiento que no había podido abrigar desde que la iniciativa de la lucha pasó de diplomáticos a soldados. Puede que fuese durante el viaje, o quizá luego, al desembarcar en Tilbury y ver el campamento, cuando tomó una nueva decisión.

Tilbury estaba preparado para la visita de la reina. Se ignora el número de soldados que había podido reunir Leicester, pero seguramente era menor de lo que se requería según los planes; menor que los veintitrés mil que Camden confiadamente calculara, pero seguramente mayor que el «entre los cinco y los seis mil» citado por los escépticos. Probablemente este ejército no habría detenido al duque de Parma, pero sí le hubiese dado mucho quehacer. Ahora constituía un espectáculo pintoresco, alineado en regimientos de infantería, casi todos sus hombres con cotas iguales —o casi iguales— y tropas a caballo con armadura y vistosas plumas. El campamento resultaba alegre y estaba limpio; por fin se habían cavado las zanjas y plantado las empalizadas. Brillaban los pabellones multicolores de los caballeros y nobles, y las verdes casillas donde dormía la tropa aún no aparecían sucias ni desordenadas. Por el momento Tilbury combinaba el brillo de un espectáculo militar con la inocente alegría de una feria de pueblo. Cuando el capitán general se acercó pare recibir a la reina y esperar órdenes para la inspección y revista, Isabel admitió que se sentía dichosa, que estaba allí para ver a sus tropas y para dejarse ver por ellas. Por tanto, añadió, no tenía intención de que unos y otros se mirasen a través de los anchos hombros de sus alabarderos o las plumas de los sombreros de sus caballeros. Para inspeccionar a su pueblo en armas para servirla no necesitaba guardia alguna. Así, pese a las protestas de algunos, fue organizada la inspección. El conde de Ormonde avanzó primero, a pie, llevando con gran ceremonia «la espada del estado»; le seguían dos pajes vestidos de terciopelo blanco, uno de los cuales era portador de un almohadón también de terciopelo blanco en el que descansaba el casco de plata repujada de la

reina, mientras que el otro paje tiraba de la brinda del caballo de su majestad. Seguían inmediatamente tres jinetes; la soberana cabalgando entre su capitán general y su oficial de caballería. Tras ellos, a pie, avanzaba *sir* John Norris. No había más escolta para la reina. Sólo cuatro hombres y dos muchachos. Los alabarderos y los cortesanos de palacio quedaron alineados tras el fuerte de Tilbury y el pequeño grupo avanzó hacia las filas de la tropa, que rompió en exclamaciones de alegría.

La reina, a paso lento, fue inspeccionando todos los rincones del campamento. En la corpulenta figura de su derecha, sin yelmo, con la rubicunda faz rodeada de una aureola de barba y cabello blancos, pocos habrían identificado el atrevido y pícaro encanto, la insolente gracia de Robin Dudley, el hombre con quien Isabel Tudor coqueteara hacía treinta años. Isabel quizá sí le reconoció. Pero muchos ojos, aparte de los de la reina, habían advertido la casi excesiva belleza del joven de su izquierda, alto, bien plantado, elegante, con ancha y pura frente, ojos oscuros y soñadores, boca tierna y sensual… En otras palabras, Robert Devereux, conde de Essex, que a los veintitrés años ya era caballero de la Orden de la Jarretera y oficial de la Caballería Real, soldado notable y de gran porvenir por ser hijastro de Leicester y primo de la reina.

Es poco probable que en aquella fecha alguien reparase en ninguno de estos dos hombres más de la cuenta si se exceptúa, naturalmente, a la soberana. Todos los ojos estaban fijos en Isabel. La reina montaba un caballo blanco, de lomo difícil de olvidar. A juzgar por un retrato existente, la expresión de la soberana era bondadosa y su sonrisa casi ingenua. Vestía de terciopelo blanco, coraza de plata repujada con dibujos mitológicos y llevaba en la

mano derecha un bastón de mando de plata montado sobre oro. Al igual que los caballeros que se hallaban a su lado, cabalgaba con la cabeza descubierta, luciendo en el pelo un copete de plumas con resplandor de perlas y brillo de diamantes.

Cualquier observador objetivo sólo habría visto en ella a una solterona fatigada y bastante flaca, de unos cincuenta años, montada en un caballo blanco y gordo; una mujer de dientes oscuros, con la peluca roja algo inclinada, una espada de juguete en la mano, y luciendo una absurda armadura de desfile de revista... Exactamente una estampa teatral. Pero sus súbditos, ofuscados como estaban por algo que brillaba, y no era el sol, sobre el peto de plata, o bien por la humedad que de sus propios ojos emanaba, vieron algo distinto. Divisaron a Judith y a Esther; a Gloriana y a Belphoebe; a Diana, la virgen cazadora, y a Minerva, la sabia protectora; vieron por encima de todo a su muy amada reina y señora, que acudía a ellos en el momento de peligro, con toda sencillez, para infundirles confianza. La conmovedora generosidad del gesto produjo en ellos tan ferviente entusiasmo que sólo pudo hallar expansión en la consiguiente confusión de gritos de bendición y protestas de devoción y cariño que se desarrolló a continuación. Seguramente Isabel hacía mucho tiempo que no experimentaba tanto gozo.

El día resultó tan satisfactorio, que la reina decidió procurarse una repetición. Pasó la noche en una casa solariega a unas cuatro millas de distancia y volvió al día siguiente. Esta vez hubo desfile a paso de marcha seguido de ejercicios de caballería, que terminaron en improvisado torneo. Después, con gran pompa, la reina comió en el pabellón del general, y todos los capitanes de su ejército

acudieron allí a besar su mano. Pero antes de esto, tal vez al finalizar el desfile, Isabel dirigió una alocución a su pueblo, que éste forzosamente tuvo que agradecer.

«Mi pueblo amado: Alguien que cuida de nuestra seguridad nos ha persuadido de ser cuidadosos en lo referente a confiamos a multitudes armadas por temor a la traición. Pero yo os aseguro que no quiero vivir para recelar de mi leal y amado pueblo. Dejemos que los tiranos experimenten temor. Yo siempre me he comportado de manera que he situado en Dios mi principal fuerza, y mi salvaguardia en los leales corazones y los buenos deseos de mis súbditos. Por lo tanto, he venido aquí, entre vosotros, como podéis ver, no para mi recreo y pasatiempo, sino por estar decidida en medio del calor de la lucha a vivir o morir entre vosotros y a entregar por mi Dios, mi reino y mi pueblo, mi honor y mi sangre. Sé que mi cuerpo es de mujer débil y delicada, pero tengo el corazón y el estómago de un rey, de un rey de Inglaterra, e intensamente desprecio la idea de que el duque de Parma, o España, o cualquier príncipe de Europa osara invadir los límites de mi reino; por lo cual antes de que el deshonor haga mella en mí, yo misma he de tomar las armas y yo misma seré vuestro general, juez y recompensador de todas vuestras virtudes en el campo de batalla. Me consta que por vuestra audacia merecéis premios y coronas. Yo os aseguro, con palabra de príncipe, que seréis recompensados debidamente». El estruendo de los aplausos fue impresionante.

Mientras tanto, en aquellos dos días iban llegando noticias de la flota y lo que ésta había conseguido hacer. En general, la situación no era para sentir entusiasmo. Cierto que no se había perdido ni un barco de la reina, ni se habían sufrido desperfectos considerables, y que era casi

seguro que seis o siete grandes barcos españoles quedarían fuera de combate por una u otra causa, pero como quiera que faltaron pólvora y municiones para la última batalla decisiva que hubiese exterminado a la Armada, la flota grande y temible seguía existiendo aún. «Nadie del mundo ha visto jamás una potencia como aquella», escribió Howard con algo de temor; y seguidamente recordaba a Walsingham sin necesidad que «un reino es una gran apuesta». Incluso Drake, quien mejor que nadie sabía el daño que se causó a la Armada, no estaba demasiado seguro de que los españoles hubiesen desistido de la idea de volver y la opinión general era todavía más pesimista. Los capitanes hablaban de una gran oportunidad perdida, no de una gran victoria ganada. Henry White concluía así su narración a Walsingham: «Vuestra señoría podrá ver cómo por causa de nuestra habitual lentitud se ha perdido la victoria más famosa que nuestra armada jamás hubiera conseguido en el mar». Walsingham, con un lote completo de informes recibido el jueves en Tilbury, escribió aquella noche a Hatton con harta melancolía: «Así, nuestra manera de hacer las cosas a medias sólo engendra deshonor y deja los males sin curar». No hubiera podido mostrarse más abatido si hubiese sido derrotada la flota inglesa.

Al día siguiente, mientras la reina se sentaba a comer con sus capitanes en la tienda de Leicester, llegó la noticia de que el duque de Parma estaba preparado para salir con las próximas mareas, es decir, en cualquier momento de los días a seguir. Isabel se sintió más excitada que alarmada. Dijo claramente que no estaba dispuesta a desertar de su ejército cuando el enemigo se aproximase y que se quedaría para ver a los españoles frente a frente. Sus capitanes y consejeros tuvieron bastante trabajo en

conseguir que cambiase de opinión. Finalmente la persuadieron de lo que ninguno de ellos creía (aunque era cierto), o sea de que el duque de Parma no embarcaría hasta tener noticias favorables de la flota española. Así pues, la reina, aunque contrariada, permitió que el viernes por la noche la escoltasen hasta St. James.

En todo caso, lo que quedaba claro es que por el momento no se registraría desmovilización ni por mar ni por tierra. El campamento de Tilbury había de ser mantenido al igual que el otro instalado en los alrededores de Londres (ya que éste se había montado al fin), sin tener en cuenta los consiguientes y crecidos gastos. Y todas las naves de la reina tendrían que seguir equipadas a pesar de las grandes dificultades existentes para el aprovisionamiento de las mismas, especialmente de cerveza, y de que en algunos barcos como el *Elizabeth Jones*, por ejemplo, la lista de enfermos resultaba alarmante. Inglaterra no se atrevió a desprenderse de su guardia hasta ver lo que hacía el terrible duque de Parma y ver también qué barcos podían surgir, aun en aquel instante, de entre las nieblas del Norte.

NOTAS

Los marinos, principalmente en Laughton; Los hombres de tierra en P. R. O. State Papers, CCXIII y CCXIV, tal como están fechados en C. S. *P., Dom.* II. Algunos de ellos impresos totalmente por Laughton o por John Bruce, *Report on the arrangements... for defence* (1798). La Morgan Library (Nueva York) y la Folger Shakespeare Library tienen documentos inéditos de interés correspondientes a agosto, 1588. También para los recusantes, Folger M. S. G. a. I., «The advice of lord Grey».

Para Tilbury «Richard Leigh», *The copie of a letter…*; Thomas Deloney, «The Queen… at Tilburie» en Edward Arber, *An English Garland*, VII; James Aske, *Elizabetha Triumphans* (Londres, 1588); véase Miller Christy «Queen Elizabeth's visit to Tilbury», en E. H. R. XXXIV (1919), 43-61; Nichols, *Progresses* II, 536 ff. contiene el poema de Aske. También Ubaldini, y *Copije van een Brief uit Engelandt vane groote Victorie die Godt almachtich de Conuncklijcke Majestat ven Enghelant vorleent heeft* (Delft, 1588, 36 pp.); más largo y parte independiente, que *The copie of a letter*, no hay relación entre *Cort verhael* de Midleburg y el examen de don Diego Pimentel. Este panfleto y los informes mandados por Morosini y Mendoza me hicieron suponer que por lo menos una o quizá varias carta-noticias sobre la visita de la reina a Tilbury, circulaban por el continente antes del 15 de septiembre (N. S.). Como de costumbre, existen discrepancias, que han tenido que ser resueltas de un modo más bien arbitrario. Aske pudo ser, como se supone Miller, un testigo ocular, pero también era un poeta, y no estoy dispuesto a seguirle ciegamente.

Una imagen del corcel de Tilbury, sin jinete, se halla reproducida en el vol. II del valioso *Elizabethan England*, de E. M. Tenison.

Para la autenticidad del discurso de la reina en Tilbury, J. E. Neale, *Essays in Elizabethan History* (Londres, 1958) pp. 104-106.

# ¡DRAKE HA SIDO CAPTURADO!

Europa occidental,
agosto y septiembre de 1588

CAPÍTULO
XXX

Si hacia fines de agosto, ingleses y holandeses carecían de noticias suficientes para estar seguros de que la Armada había sido derrotada, en el continente la ignorancia era todavía mayor. Desde Plymouth a la isla de Wight los españoles habían sido perfectamente visibles desde las costas de Inglaterra, se les vio seguir el rumbo usual de los navíos de Oriente. Miles de ojos se fijaron en ellos y sobre los promontorios y colinas se habían concentrado densas multitudes para presenciar bajo los claros cielos de verano las cuatro grandes batallas navales que jalonaron su avance. Diariamente llegaban a uno u otro puerto navíos de la flota inglesa con mensajes y requerimientos, y algunos de los barcos que marchaban al encuentro de Howard con víveres y voluntarios eran más viajeros curiosos que portadores de refuerzos. Finalmente, a su regreso las naves de la reina y sus auxiliares refirieron todo lo ocurrido.

Por el contrario, en el continente, excepto los holandeses, nadie sabía nada de la campaña, aparte de lo ocurrido en Calais, y en Calais, sin hablar de la suerte del *San Lorenzo*, nadie sabía lo que verdaderamente ocurrió. Desde luego,

el duque de Parma iba recibiendo un boletín diario desde que la Armada llegó al cabo Lizard. Probablemente sabía mucho más acerca de ella el domingo 7 de agosto de lo que había admitido saber, pero incluso él, a menos que estuviera interpretando una charada particularmente complicada, debió de creer hasta el 10 de agosto —quizá después también— que la flota española regresaría de un momento a otro y que de alguna forma, milagrosamente, pondría a los holandeses en fuga. Mientras tanto, ninguno de los dos buques —ni el de Parma ni el de Medina Sidonia — se preocuparon de informar a la persona, después de ellos dos, más importante en todo el asunto. Precisamente a don Bernardino de Mendoza.

Mendoza supo bastante pronto que Medina Sidonia había llegado al cabo Lizard y uno o dos días más tarde que un gran navío español, desconocido (el *Santa Ana* de Recalde según fue comprobado después), había anclado en la bahía de La Haya. Pero nadie tenía idea de lo que esto podía significar, así que durante seis días llenos de ansiedad sólo llegaron rumores acerca de que se habían oído disparos en el Canal y noticias contradictorias. Que si los españoles habían desembarcado… Que si la Armada había sido derrotada y remontaba el Canal perseguida por Drake. Que si la Armada había conseguido una gran victoria y que avanzaba triunfalmente hacia el punto fijado para su encuentro. Mendoza añadía cada noticia al informe redactado para su soberano y dueño, y también para el conde de Olivares de Roma, haciendo constar en cada uno de ellos que la fuente de información no era segura y que el relato no podía ser confirmado. Lo más prudente era no formar todavía una opinión.

Súbitamente, el domingo 7 de agosto, el agente de Mendoza en Rouan facilitó un informe más sustancial. Se

decía por El Havre que varias barcas pesqueras de Newfoundland había conseguido pasar a través de las flotas enemigas. Informaban que la Armada se había enfrentado con Drake el martes, a la altura de la isla de Wight. Los ingleses se habían retirado hacia tierra, de forma que los españoles, navegando a barlovento, atacaron duramente. La batalla había durado veinticuatro horas y los ingleses llevaban las de perder. Los españoles habían hundido quince galeones y capturado otros que echaron a pique tras apoderarse de sus cañones. Además habían hecho prisioneros a un buen número de ingleses que fueron conducidos a bordo o estaban luchando aún en el mar. Durante los acontecimientos, las galeazas desempeñaron muy buen papel. El corresponsal en Rouan añadía que estos informes fueron confirmados por algunas cartas de Dieppe, donde atracó la mayor parte de la flotilla pesquera de Newfoundland. Un capitán bretón dijo que había pasado muy cerca de la nave almirante de Drake durante la batalla, el cual había sido atacado por una galeaza que derribó sus mástiles con un primer cañonazo para con el segundo hundirlo del todo. El bretón (quizá un primo lejano de David Gwynn) afirmaba haber visto a Drake escapar en una pequeña embarcación, sin esperar a que finalizase la batalla. Por todo Rouan corría la noticia de la victoria española e incluso se había pintado un cartel para celebrarla.

Todos estos informes parecen ser atisbos de los hechos ocurridos en Portland Bill el martes y miércoles por la mañana, según versión de los pescadores de Newfoundland, todo lo cual podía ser cierto, pero no podía tomarse como una información específica. Porque difícilmente hubiese podido un capitán de barco pesquero permanecer en medio de la mayor batalla jamás

presenciada por hombre alguno, y quedar observando exactamente los efectos del cañoneo del *Revenge* por parte de una galeaza, y contar los navíos ingleses hundidos. En todo caso, los marinos siempre han tenido fama de suministrar detalles convincentes acerca de historias prácticamente increíbles. Desde cierta distancia y a través de una densa nube de humo, los pescadores de Newfoundland quizá creyeron ver algo parecido a lo que se contaba en Rouan. Mendoza debía tener mucha confianza en la opinión de su agente de allá, pues esta vez transmitió las noticias sin su prudencia acostumbrada y con expresiones de alegría.

E hizo más aún. Habló abiertamente de victoria, e hizo apilar leña para encender un fuego en el patio de la embajada, ante la verja principal, en el momento que se recibiese confirmación de las noticias de Rouan. Dos días después, ya en posesión de más informes, se dirigió a Chartres para pedir se celebrase un tedeum en la catedral por la victoria católica e intimidar a Enrique III, obligándole a someterse a la Santa Alianza.

A medida que la Armada se iba acercando a Inglaterra, el rey de Francia podía considerarse cada vez más hundido. Su anterior favorito, el duque de Epernon, había dejado de ser gobernador de Normandía y, relevado de su puesto de almirante, gozaba de poco favor en la corte, y tuvo que abandonar la ciudad de Loches. Finalmente se había obligado al rey a firmar el edicto de Alençon, mediante el cual éste se doblegaba a las extremas exigencias de la Santa Alianza, incluyendo la cláusula donde se ordenaba que ningún hereje o cómplice de herejía pudiera ser jamás rey de Francia, concesión pusilánime en el principio de la sucesión monárquica, al cual Enrique III siempre había sido leal.

Sin embargo, hasta aquí, las concesiones del rey lo fueron tan sólo sobre el papel. Por el momento, al menos, Epernon todavía dominaba en Angulema. Algunas determinadas ciudades de Picardía —Boulogne, incluida— se mantenían contra la Santa Alianza, y aunque Enrique de Navarra luchaba por el sur del Loire, no fue alzado ningún real estandarte. Se rumoreaba que los Estados Generales, convocados en Blois para septiembre, y que seguramente serían dominados por católicos extremistas, iban a ser aplazados antes de que pudieran reunirse. Enrique parecía esperar aún que determinado acontecimiento, quizá la victoria inglesa en los mares, restaurase la balanza de facciones, lo único en que podía apoyarse ahora su gobierno. Con toda clase de subterfugios iba evitando su total capitulación. Mendoza, por otra parte, estaba decidido a imponer una rendición tan abyecta que Enrique nunca más pudiera recuperar su libertad. El embajador sabía muy bien que de la misma manera que el día de las barricadas fue necesario para que la Armada zarpase con seguridad, era preciso conseguir una victoria sobre Inglaterra si se pretendía que Enrique quedase sometido a la Santa Alianza y a Guisa, convirtiendo a Francia en un país vasallo de España. Mendoza había ido a Chartres para avanzar un paso más en su objetivo.

Por el camino recibió otro mensaje. La Armada había llegado a Calais y la toma de contacto con el duque de Parma se había efectuado. Fue fácil, pues, llegar a la conclusión de que en el momento de recibir el mensaje, las tropas españolas habrían desembarcado ya en Inglaterra. Con manifiesta satisfacción, añadió esta nota al sobre preparado para Roma, comentando que todo concordaba perfectamente con el resto de sus

informaciones. Estaba bien enterado de la promesa del millón de ducados. Por fin, Su Santidad tendría que entregar el dinero.

Su audiencia con el rey se celebró el viernes día 12 de agosto, por la mañana. Tan pronto como le fue posible, Mendoza refirió los más importantes detalles de su información. Tenía —dijo— el convencimiento de que el rey desearía encargar una misa especial de acción de gracias en todo su reino para celebrar la gran victoria católica. Añadió que era una gran oportunidad para que el rey mostrase su solidaridad con la causa del catolicismo tanto de hecho como de palabra, y que para empezar quizá fuese lo mejor volver a su leal ciudad de París. Enrique le escuchó con impasible cortesía y dijo: «De ser cierto todo cuanto decís, será debidamente celebrado, pero nosotros también tenemos noticias de Calais que posiblemente han de interesaros». Seguidamente Bellièvre a un gesto del rey, entregó al embajador una carta de Gourdan, gobernador de Calais, con fecha 8 de agosto.

Mendoza se apartó un poco, mientras su secretario examinaba cuidadosamente el documento, para después decirle al oído la noticia. La flota española había entrado en Calais Roads perseguida por los ingleses. Tanto los aparejos como la parte alta de las naves demostraban que la lucha había sido seria. Su almirante había solicitado permiso para comprar víveres, el cual le fue concedido, y pólvora y municiones, lo cual le fue denegado. El domingo por la noche la Armada había sido disgregada por medio de brulotes, pero pudo escapar hacia el mar del Norte, con excepción de una galera que fue a estrellarse contra los muros, al pie de los cañones del castillo. A la mañana siguiente, los ingleses, en perfecto orden, se lanzaron en su persecución.

Mendoza dio las gracias al rey, y devolviéndole la carta se limitó a decir: «Evidentemente, nuestros informes difieren», para regresar luego, rápido, a París. Veinticuatro horas después escribía a su soberano que en la carta anterior se había mostrado demasiado optimista. La hoguera ante la embajada no llegó a ser encendida, pero con todo, Mendoza no abandonó la esperanza de dejar a Enrique III atado de pies y manos en poder de Enrique de Guisa y a éste también atado de pies y manos en poder de España. Tampoco abandonó su sueño de regresar a Londres como conquistador, montado a caballo, junto a sus viejos camaradas de las guerras de los Países Bajos, tal como dijo que haría.

Transcurrió otra semana de vagos y contradictorios rumores, entre los cuales el más misterioso y desconcertante fue la noticia dada por un capitán de Hansa al comentar que había navegado por un mar sin barcos, pero plagado de mulos y caballos nadando en sus aguas. Las únicas noticias de la semana que, según Mendoza, tuvieron confirmación fueron las siguientes: identidad del barco de La Haya (el *Santa Ana*), conformidad de Francia en devolver a España la artillería y pertrechos del *San Lorenzo* que estaba en Calais, y el hecho de que por lo menos cuatro de los mejores navíos españoles habían caído en poder del enemigo. Dos capturados por los ingleses y otros dos por los holandeses.

De pronto llegaron noticias en profusión. Se habían visto hombres que abandonaban una nave y saltaban a unos botes. Como quiera que los españoles no tenían por allí costas amigas donde dirigirse en tan reducidas embarcaciones, se llegó a la conclusión de que la nave que se hundía era inglesa. Una de las pinazas que envió el duque de Parma al encuentro de la Armada había visto un

pequeño grupo de barcos ingleses que huía hacia Inglaterra en medio del mayor desorden: en Amberes se dijo que Drake había perdido una pierna y que el *Ark Royal* había sido capturado. En Dieppe, que se había registrado una gran batalla cerca de la costa escocesa y que la totalidad de la flota inglesa, excepto unos veinte barcos, había sido capturada o hundida. Las noticias más precisas, sin embargo, llegaron de Inglaterra. Veinticinco barcos, es decir, todo lo que quedaba de la flota inglesa se habían refugiado en la boca del Támesis. El 13 de agosto se registró una batalla a la altura de Escocia. Cuando intentaba abordar al *San Martín*, Drake había sido hecho prisionero. Por lo menos quince galeones ingleses habían sido hundidos, otros capturados y muchos de los restantes sufrieron tales desperfectos que posiblemente desaparecieron en la tormenta que se desencadenó a continuación. La tormenta impidió la persecución y destrucción de las naves restantes, y el duque marchó a un puerto escocés para recuperarse, procurándose agua y diversos suministros y en espera de un viento favorable para volver a los canales. Estaba prohibido escribir o decir nada acerca de la suerte de la flota; se temía un levantamiento de los católicos ingleses, y la reina había recurrido al ejército para cuidar de su seguridad.

No es difícil comprender cómo fueron surgiendo estas historias. La flota inglesa había sido dispersada el martes por un viento del Nordeste, después de interrumpir la persecución del enemigo; el 17 y el 18 de agosto fue buscando refugio en diversos puertos de la boca del Támesis o cercanos a ella. Los marineros quedaron a bordo, permitiéndose sólo a los altos oficiales y a los correos bajar a tierra. Resulta lógico que quien simpatizase con los católicos, y los supervivientes del

sistema de espionaje de Mendoza —por aquel entonces casi destruido— llegasen a la conclusión de que lo que en un determinado puerto estaban viendo fuese el resto de la derrotada flota inglesa. También sería fácil creer que la estricta censura ejercida, y la visita de la reina a Tilbury, fuesen señales evidentes de pánico. Mientras tanto, los primeros informes de Dieppe y El Havre habían levantado como un eco (la repetición de que en la batalla, quince navíos fueron hundidos, difícilmente puede admitirse como simple coincidencia), de igual modo que los rumores ingleses del 16 al 19 de agosto, rápidamente llevados a Brujas, Dieppe y El Havre, se reprodujeron en París, constituyendo para Mendoza una confirmación independiente de lo que él, ya directamente, conocía.

Durante los quince días que siguieron circularon toda clase de historias que los impresores se apresuraron a publicar en bandos o párrafos añadidos a una nueva edición de los detalles descriptivos de la Armada —generalmente después del 20 de agosto— con un breve relato de los acontecimientos del Canal. Estos nuevos folletos, católicos o protestantes, diferían muy poco en lo tocante a la lucha en el Canal, exceptuando las interjecciones piadosas o belicosas según el gusto que los impresores atribuían a sus lectores, y los cálculos —optimistas por ambas partes— de los daños infligidos al enemigo; no obstante, en las noticias que muchos de ellos incluían acerca de la última (completamente imaginaria) batalla del mar del Norte diferían profundamente las narraciones, y las de fuente protestante resultaban tan extraordinariamente fantásticas con respecto a la devastación causada por Drake —siempre era Drake— como aquellas otras que Mendoza creyera con anterioridad.

Por el sector católico circulaban también diversas historias. Según uno, Drake había muerto. Según otros, sólo estaba herido. También se decía que escapó de la lucha en una pequeña embarcación, y que no se le había vuelto a ver. Pero la versión favorita era la que Mendoza seleccionó para transmitir a Felipe en España; la que anunció públicamente en París e hizo que finalmente la hoguera ante la embajada se encendiese en señal de alegría. Según ella, Drake había sido capturado cuando intentaba el abordaje del *San Martín*. El duque de Medina Sidonia le tenía prisionero. Era, al parecer, un final adecuado para pirata tan terrible como aquél.

¡Drake prisionero! La noticia voló de Colonia a Mainz y a Munich, a Linz y a Viena. ¡Drake prisionero! París la comunicó a Lyon, Lyon a Turín y Turín a toda Italia, aunque en Venecia se refería la misma historia, entre otras extraídas de sus valijas diplomáticas. «Drake ha sido hecho prisionero, y aunque la noticia carece de confirmación por parte del duque, ha sido ampliamente aceptada y parece altamente probable», escribía Mendoza a su soberano, incluyendo un fajo de informes. Todo ello dio pauta para un bando publicado en Madrid, con autorización del secretario Idiáquez, y también en Sevilla, donde se le acompañó de una ingeniosa balada obra de un poeta ciego de Córdoba. Por un momento aflojó la larga tensión de la espera. Apenas existía una casa de la nobleza española que no tuviera un hijo, un hermano o un padre en la Armada; en muchas de ellas se carecía de noticias seguras de los ausentes desde fines de mayo. El silencio había llegado a ser considerado de mal agüero, pero ahora, aunque no había una celebración, y se continuaba rezando por la victoria de la Armada, parecía como si finalmente fuera a conseguirse la victoria.

En Praga, don Guillén de San Clemente, embajador español, estaba seguro de que la victoria se había conseguido ya. El primer informe de Mendoza había sido ampliamente confirmado por noticias recibidas de las ciudades de Renania —que en realidad no eran sino eco de las mismas de siempre— y aunque el agente de Fugger fuese portador de un informe totalmente distinto, don Guillén ordenó —valiéndose de la autoridad de su cargo— se celebrase un tedeum en la catedral. Don Guillén comenzaba a darse, en la capital del emperador, aires de virrey. Al fin y al cabo representaba a la mayor, más poderosa y más ortodoxa rama de los Habsburgos. El emperador Rodolfo negó ante los demás embajadores haber ordenado la celebración de una misa y tener noticias especiales con respecto a la victoria española, pero los embajadores estaban acostumbrados a no dar gran crédito a cuanto Rodolfo decía.

En cuanto recibió el primer mensaje de Mendoza anunciando la victoria, el conde de Olivares fue directamente al Vaticano, pidió y consiguió una audiencia especial, y por su cuenta y riesgo comunicó al Papa Sixto, en decididos términos, cuál era su deber: Tenía que celebrar un tedeum especial en San Pedro y ordenar otro en cada una de las iglesias de Roma. Debía haber iluminaciones como en las grandes festividades. Al cardenal de Inglaterra se le debía entregar inmediatamente el nombramiento de legado pontificio para que saliese hacia Holanda sin demora. Y el primer plazo del millón de ducados en oro tenía que pagarse también sin tardanza, ya que por entonces el duque de Parma habría desembarcado en Inglaterra.

Sixto convino que si los informes de Mendoza eran ciertos serían cumplidos todos los requisitos especificados, pero

añadió que creía conveniente esperar unos días para obtener la necesaria confirmación de las noticias. Hasta entonces nadie más se las había hecho saber. Era prematuro regocijarse.

Para el cardenal Allen no era prematuro el regocijo. Cuando se lleva mucho tiempo esperando, creer es sencillo y el mensaje que Olivares envió a vía Monserrato antes de salir para el Vaticano había sido tan esperado que apenas sí produjo alegría; sólo avivó la firme conciencia de una inmediata necesidad de acción. Allen habría deseado ir a Amberes para vigilar personalmente su *Exhortación* a través de la prensa, pero hubo de delegar la tarea en el padre Cresswell, porque su nombramiento no estaba en regla y le era preciso presentarse en Holanda completamente bien acreditado, como legado *a laten* en Inglaterra. Desde principios de mayo le acuciaba el deseo de partir, y tanto el conde de Olivares en la cámara de audiencias como el padre Parsons en segundo término, habían trabajado en pro de su causa, pues compartían su sentido de urgencia inmediata. Resultaba difícil hacer que los italianos comprendiesen cuán importante era que un inglés, alguien con toda la necesaria autoridad, entrase en escena cuanto antes, tras el primer desembarco. La salud de Allen no era muy satisfactoria aquel verano, pero tenía, como siempre, el equipaje a punto para montar a caballo y cabalgar en cuanto tuviera el nombramiento en la mano. En la tarde del 28 de agosto estaba esperando en la embajada española cuando el conde de Olivares regresó de su audiencia. Resultaba penoso comunicarle que había de seguir esperando unos días más, aunque un exiliado esté acostumbrado a la espera.

Llegó después el segundo informe de Mendoza, también anunciando victoria, pero esta vez, aunque Allen seguía

mostrándose impaciente, Olivares se decidió por la prudencia. Transmitió al Vaticano la noticia con algo de reserva, pero Su Santidad se mostró francamente escéptico. No era así como hablaban el obispo de Brescia y los mensajeros de Flandes; también lo que a través del duque de Parma se decía por Venecia resultaba ser muy distinto. Ciertamente, en Turín afirmaban que Drake había sido hecho prisionero, mientras que en otros lugares se decía que había muerto, o que fue herido, e incluso se le daba por desaparecido. Pero también corría el rumor de que Drake había obtenido una gran victoria sobre los españoles y que la Armada se dio a la fuga. En tan importantes asuntos la verdad no podía ocultarse mucho tiempo. Lo mejor, pues, era esperar y asegurarse. Seguidamente comenzaron a llegar noticias de Inglaterra.

En primer lugar, como anexo al mensaje remitido por Morosini desde París, con fecha 17 de agosto, un manuscrito: «Diario de los acontecimientos ocurridos entre los ejércitos español e inglés, desde el 28 de julio hasta el 11 de agosto de 1588, según noticias de lugares diversos». Las fechas corresponden al nuevo estilo y el idioma es el francés, pero las noticias procedían de una sola fuente: el Consejo Privado de Londres. Allí se recibían los mensajes de la flota inglesa y la disposición cronológica resulta semejante al «Resumen de accidentes entre ambas flotas» que Howard envió al referido Consejo. También se parece al *Discours Veritable* sin reseña de lugar y fecha de publicación, uno de los primeros relatos publicados sobre la campaña de la Armada. Como Morosini admite que la fuente de información era inglesa, resulta fácil creer que Stafford le envió el documento directamente desde la embajada, y también parece probable que Stafford se ocupase

simultáneamente de la publicación del *Discours Veritable* por una imprenta de París. El *Discours* sólo se aparta de la verdad (y el Consejo Privado lo sabía) en la sobreestimación de las fuerzas de tierra de la reina y en el asegurar que incluso los principales católicos del reino se habían unido al ejército. La verdad es que ningún católico inglés, reconocido como tal, empuñó arma de ninguna clase aquel verano.

La lealtad de los católicos ingleses hacia la heroína protestante constituyó también la base principal de un folleto propagandístico titulado *Copia de una carta a don Bernardino de Mendoza*, que describe la visita de la reina a Tilbury y se refiere brevemente a la victoria inglesa en los mares calificándola de notoria. La alusión a los asuntos navales tenía forzosamente que ser breve, pues el autor de la carta (¿quizás el propio Burghley?) escribía a finales de agosto y no podía tener noción de lo sucedido a la flota española después de que Howard cesase en la persecución.

Acababa de salir de imprenta la versión francesa y la inglesa estaba todavía en ella cuando comenzaron a llegar informes de Irlanda. Podían leerse extractos en el folleto inglés publicado seguidamente con el título *Algunas advertencias*, y más detalladamente, en el *Public Record Office* y también en otros lugares. Actualmente resulta desagradable leer esta crónica de destrucción, hambre y matanza, pero para la Europa protestante constituyó el mejor recuento de noticias del año 1588. Durante aquellos doce meses habían estado esperando alguna calamitosa catástrofe, el cumplimiento, en suma, de la profecía de los espantosos versos de Regiomontanus. Por fin se sabía a quién le tocó ser víctima. Ya no quedaban dudas sobre la dimensión de la victoria inglesa.

Cuando estaba a punto de aparecer *Advertencias fuera de Irlanda*, el Consejo Privado recibió una copia de la edición sevillana del segundo falso informe de Mendoza con la balada del poeta ciego e inmediatamente dispuso una contestación. El folleto estaba impreso a dos columnas. En un lado se copió, párrafo por párrafo, el informe español, anotando en el otro una refutación desdeñosa del mismo, por regla general bastante más larga. Dicho folleto, titulado *Un montón de mentiras españolas* fue traducido a los principales idiomas europeos. Aparecieron ediciones en holandés del sector bajo, y el alto, francés, italiano, y una especial en español, completada por una sátira en verso (obra, se supone, de algún español protestante refugiado en Inglaterra) como respuesta a la balada del poeta ciego.

Este último folleto propagandístico casi resultó innecesario porque los ingleses habían colgado los estandartes españoles capturados en la propia catedral de San Pablo y los holandeses habían publicado el interrogatorio hecho a don Diego de Pimentel y a otros prisioneros de los galeones embarrancados, mientras que por su parte el duque de Parma había levantado el campamento de Dunquerque sin contar con que los informes recibidos de Irlanda tenían un terrible sello de autenticidad. Sólo don Bernardino de Mendoza seguía alimentando la esperanza de que la Armada Invencible reapareciese ante las costas de Inglaterra procedente de los mares del Norte. El 29 de septiembre, Mendoza escribía aún mensajes optimistas. En un informe al rey correspondiente a aquellas fechas, asegura que según noticias de fuente fidedigna, la Armada había terminado sus reparaciones y aprovisionamientos en las Shetlands y Orkneys, dirigiéndose en consecuencia una vez más hacia

la costa de Flandes llevando consigo muchos rehenes holandeses e ingleses, incluyendo doce navíos de guerra ingleses también. Pero desde hacía unas semanas, el triste *Diario* de Medina Sidonia y su portador don Baltasar de Zúñiga habían proporcionado al rey un descorazonador informe acerca del estado en que quedó la derrotada flota. Mucho antes de que el correo de Mendoza llegase a El Escorial, Felipe había recibido noticias de que su Capitán General para el Océano, con una reducida y maltrecha escuadra, había llegado a Santander. Al margen de la carta de Mendoza, la fatigada pluma del monarca anotó: «Nada de esto es cierto. Será mejor notificárselo».

NOTAS

Informes diplomáticos, como más arriba, además de Flor. *Arch. Med.*, 4344, cartas de Praga.

*Copie d'une lettre envoyée de Dieppe* ([¿Rouen?] le Goux 1588). Otra edición (París: Chaudiére, 1588). *Les regrets de la Royne d'Angleterre sur la defaitte de son armée nóvale* [verso] (Roune, 1588). *Relación de lo que hasta hoy a los 5 de septiembre de 1588… se ha sabido… de la Felice Armada.* Una cara (n. p. [Madrid] copia en la Real Acad. de Hist., Madrid (cf. F. D., N. 166, 172); *Relación de lo sucedido a la Armada… 13 de agosto* (Sevilla: Cosme de Lara, n. d.) 4 pp. Otra edición con una balada (véase F. D.). Numerosas versiones en francés, italiano y alemán, incluyendo: *Warhafte Relation Uberschalag und Inhalt, etc.* (Nuremberg, 1588). Reimpreso con noticias adicionales en el resumen de 13 de agosto en F. D. 166. También, *Spanischen Armada oder Kriegrüstung warhafte Relation* (Colonia, Gottfried von Kempen [¿sept.?] 1588). Reimpresión, como más arriba, de la traducción de Etzinger, en la edición de Lisboa, con informes de ambos

bandos hasta el 22 de agosto, con referencias a una carta de Amberes y un sumario indicando una probable victoria española. No basado en Mendoza.

Gewisse und warhaftige Zeitung von der Engelendischen und Spanischen Armada. (Amsterdam, 20 agosto 1588). Las hazañas de Drake en el Canal, en Calais y en el mar del Norte. En parte real, en parte imaginaria. Influyó en otros panfletos.

Discours veritable de ce qui s'est pasé entre les deux armées… depuis 29 juillet 1588 jusques à 11 aout ([¿París?] n. p. 1588). Cf. Morosini, 17 agosto en Vat. Francia, XXXVII.

Indudablemente, de la misma prensa: *La copie d'une lettre… à Don Bemardin de Mendoza* ([n. p.] 1588). Versión inglesa: *The copie of a letter… found in the chamber of Richard Leigh* (Londres: I. Vautrollier para R. Field, 1588). Traducción italiana, Londres: J. Wolfe, holandés, Amsterdam: Cornelis Claeszoon, oct. 1588).

Certain advertissements out of Ireland (Londres: R. Field, 1588) frecuentemente, tanto en francés como en inglés, impresos juntamente con The copie of a letter.

*A Pack of Spanish Lyes* (Londres, 1588). También en Harleian Mise., II

Como en el anterior, fuentes impresas y procedentes de archivos. Para el episodio de Irlanda, además de los documentos fechados en *Cal. State Papers Ireland*, IV y los impresos por Laughton, considero «The wrecks ot the Spanish

# EL LARGO VIAJE DE RETORNO

Desde el mar del Norte, cerca de los 56º N.,
alrededor de Irlanda, hasta los puertos españoles.
13 de agosto a 15 de octubre de 1588

## CAPÍTULO XXXI

El sábado 13 de agosto por la mañana fue la primera vez en dos semanas que el duque de Medina Sidonia dejó de ver a la flota inglesa siguiéndoles persistentemente en la lejanía. La Armada navegaba de popa con viento del Sudoeste. El momento de volver al Canal ya había pasado y aunque el duque hubiese preferido volver atrás con su nave capitana, antes que volver a la patria derrotado, comprendía que la única forma posible de servir todavía a su soberano era devolviéndole cuantos más barcos mejor.

El resultado de la batalla no ofrecía lugar a dudas. Desde que entró en el Canal había perdido por lo menos siete navíos importantes, incluyendo una galeaza, y el resto de sus mejores barcos sufrieron tales destrozos que estaban casi inservibles. La quinta parte de sus hombres habían muerto o fueron heridos de gravedad y sus municiones casi habían quedado agotadas. Incluso la moral, que en el Canal se había mantenido elevada, comenzaba a resquebrajarse. En la mañana del 9, más de la mitad de la flota simuló ignorar la orden recibida de ponerse en guardia para esperar al enemigo. El duque hizo lo que

pudo por remediar las cosas. Reunió consejo militar a bordo del *San Martín*, y una vez demostrado que su orden había sido oída y deliberadamente desobedecida, sentenció a la horca a veinte capitanes delincuentes. A uno de los culpables, caballero de Sanlúcar y amigo suyo, lo hizo colgar del penol de la verga de una pinaza que siguió navegando con la flota mostrando su tenebrosa carga. Los diecinueve restantes fueron relevados de sus respectivos cargos y situados bajo la custodia del juez abogado general, Martín de Aranda. Pero ni los ahorcados ni los jueces bastaban para devolver a la flota el espíritu combativo de que hizo gala en Eddystone.

Si llevar a la Armada a la victoria fue imposible, casi iba pareciendo imposible también devolverla a la patria. El *San Martín* fue intensamente bombardeado por culebrinas y semiculebrinas y en su línea de flotación lucía un gran boquete, obra de un cañón del cincuenta. A pesar de los parches aplicados, la nave hacía agua por todas partes, como un colador. El *San Juan* de Recalde no presentaba mejor estado bajo sus puentes, y tenía, además, el palo mayor tan estropeado que no podía sostener la vela. El *San Marcos*, que luchó junto al *San Martín* en Gravelinas, estaba tan destrozado que su capitán tuvo que atarlo como un fardo con cables por debajo de la quilla temiendo que en un momento dado se partiera en dos. Sin embargo, los tres galeones portugueses parecían menos dañados que las levantinas, que volqueaban cada día más, hundidas en el agua, tendiendo a hundirse por la parte de popa todavía más. Desde luego, todos los barcos de guerra se hallaban en muy mal estado y lo mismo puede decirse de algunas urcas. Una de ellas, conocida por «la barcaza de Hamburgo», se hundió poco después de manera tan súbita

que aunque se salvó toda la tripulación se perdieron los víveres.

Esta cuestión de los víveres constituía el problema más grave. Por supuesto ya no quedaban alimentos frescos y la mayor parte de las galletas estaban en mal estado, incluso podridas. Casi todo el pescado salado y la carne eran incomestibles. Sin embargo, era poco probable que se necesitasen víveres salados, ya que —lo peor de todo— faltaba agua. En La Coruña se habían llenado los barriles y recipientes disponibles y lógicamente debieron tener agua durante tres meses. Pero los recipientes perdían líquido, y algunos, al ser abiertos, mostraron contener únicamente cierta pequeña cantidad de limo verde. Evidentemente seguía demostrándose cuán tremendo fue el golpe asestado por Drake en el cabo, San Vicente tiempo atrás. Ante la perspectiva del largo y difícil viaje, escuadra tras escuadra fue informado disponer tan sólo de agua para un mes, aun imponiéndose un severo racionamiento.

De Leyva opinaba que lo más prudente era marchar hacia Noruega, Diego Flores optaba por Irlanda, pero el duque, esta vez apoyado aparentemente por el resto de sus «generales» —con excepción de Recalde, que yacía moribundo en su litera—, se decidió por otra solución, y el consejo la aceptó. La flota avanzaría hacia el Norte bordeando Escocia e Irlanda y luego, una vez en alta mar, mediante una gran virada podrían rumbo a La Coruña. En las órdenes que aquel día fueron transmitidas a todos los barcos, el duque subrayó de una manera especialísima que se navegase a buena distancia de la costa irlandesa «por temor a los peligros que pueden acecharos a lo largo del litoral». Tomó tantas precauciones como le fue posible. Los caballos y mulas fueron arrojados al mar para

economizar agua y ordenó se diese a cada hombre de la flota, sin distinción de clases, ocho onzas de galletas, una pinta de agua y media pinta de vino como ración diaria; nada más. En el *San Martín* la orden fue estrictamente cumplida y el duque quiso ser el primero en dar ejemplo, lo cual no representaba un gran sacrificio para él. Desde que salieron del Tajo, sólo cuando el mar estaba en calma sentía verdaderas ganas de comer. «En el mar», había dicho a Felipe en otra ocasión, «siempre estoy mareado y a menudo me resfrío». Sus tristes pronósticos para el viaje iban cumpliéndose.

Así, pues, la Armada avanzó por el canal de Noruega navegando de popa, fácilmente, con rumbo Nornordeste y velas poco hinchadas hasta que los pilotos creyeron haber alcanzado los 61° 30’ N. a distancia suficiente para evitar, con rumbo Oestenordeste, las islas Shetlands. Algunos barcos estaban ya lejos. El día 14 por la mañana las tres grandes carracas de Levante, que avanzaban muy hundidas en el agua, comenzaron a desviarse hacia el Este como en desesperado intento de alcanzar la costa. Posiblemente habían resistido demasiado. Y nada más se supo acerca de ellas. Tras un chubasco en la noche del 17, el *Gran Grifón, capitana* de las urcas, y varias unidades de su escuadra desaparecieron también. Aquel día la flota viró y como por amura de babor se navegaba de bolina, los barcos peor equipados eran empujaos hacia el Norte. Había mucha niebla y llovía con frecuencia; los hombres, mal equipados, especialmente los andaluces y los negros, padecían mucho frío.

El 21 los pilotos creyeron haber alcanzado los 58° N en un sector situado a 90 leguas aproximadamente al noroeste de Achill Head, costa de Galway, sitio que no importa por qué causa, tal vez por la proximidad de isla Clara,

confundieron con cabo Claro. Era el punto escogido para cambiar de rumbo y el duque ordenó una inspección final de la flota. Le alarmó saber que había más de tres mil hombres enfermos, aparte de los heridos, cifra que representaba un aumento alarmante en los últimos ocho días. La escasez de agua era también mayor de lo que se creía. Algún barril que suponían en buen estado acabó por resquebrajarse también, y había capitanes poco celosos de que se cumpliera la orden de racionamiento. El duque confirmó sus órdenes de navegación, y tomó el rumbo nuevo, enviando a don Baltasar de Zúñiga en una pinaza rápida para informar de su posición al rey y entregarle una triste relación de la campaña.

Entonces comenzaron a surgir complicaciones. Durante las dos semanas que siguieron hubo que soportar continuas tormentas, todas de la cuarta menos favorable (el Sudoeste) y vientos contrarios. El sábado 3 de septiembre, el duque y sus pilotos calcularon su posición, advirtiendo que estaban todavía a 58° N. y quizá aun más al este que dos semanas atrás. Entretanto, se habían perdido de vista otros diecisiete barcos, incluyendo el *San Juan* con Recalde a bordo, la gran carraca de Leyva, el *Rata Coronada* y otros cuatro levantinos, cuatro grandes naves, una andaluza, otra castellana y dos de la escuadra guipuzcoana de Oquendo, varias urnas y dos de las galeazas restantes. El viento cambió entonces de dirección, hacia el Nordeste. Medina Sidonia envió otra pinaza al rey, y una vez más siguió en su empeño de conducir el resto de la flota en su largo viaje de regreso.

Diecinueve días después, el *San Martín* hacía señales al práctico del puerto, a la altura de Santander. En los días siguientes fueron llegando a diversos puertos españoles hasta sesenta y seis barcos de la flota que en julio había

zarpado rumbo a Inglaterra. Sólo otro más llegó aquel año.

Luego se supo, primero por crónicas inglesas, y después por el relato de algún superviviente, que las más graves pérdidas se produjeron en Irlanda. Cinco levantinos, con el *Rata Coronada* de Alonso de Leyva a la cabeza, llevando a bordo la flor y nata de la nobleza española (que otro día se disputó el honor de acompañarle), un gran vizcaíno, un guipuzcoano, un galeón portugués y tres urcas (identificadas por sus nombres) se dirigieron a la costa occidental de Irlanda en busca de víveres, agua y posibilidad de reparar sus estropeados cascos y cordajes. Sólo regresaron dos embarcaciones. El galeón portugués de Recalde, llamada *San Juan*, consiguió atracar a sotavento de la isla Gran Blasket, en la propia boca de la bahía Dingle, para cargar agua y volver de nuevo al mar. Finalmente, logró llegar a La Coruña en estado desastroso, el 7 de octubre, siendo uno de los últimos supervivientes. Una de las urcas —barco hospital— salió con Recalde de la bahía Dingle, pero desesperado de llegar a España con sus enfermos vivos, remontó el Canal para alcanzar algún puerto francés o quizá incluso uno inglés. En lugar de ello se extravió en Bolt Tail por la costa de Devon. Sus aprovisionamientos y algunos de sus hombres fueron salvados. El resto de navíos que pretendieron llegar a Irlanda se perdieron también. El lord comisario declaró eran diecisiete (posiblemente algunas urcas y pinazas no identificadas entre ellos). Navegaban sin mapas ni pilotos y hasta sin áncoras, en navíos prácticamente inservibles y con tripulaciones tan débiles debido a las privaciones y enfermedades sufridas que casi no podían moverse y gobernar sus naves, por lo cual se estrellaban contra las rocas o encallaban en ellas o eran arrancados de inseguros

anclajes para saltar hechos pedazos al chocar contra los acantilados. El último superviviente, la galeaza *Girona*, al huir de la isla inhospitalaria, con tantos náufragos de Leyva como pudo salvar y entre los que se contaba el propio Leyva, se estrelló contra el arrecife del Gigante, pereciendo todos.

En la costa de Irlanda se ahogaron seguramente miles de españoles. La suerte de los que consiguieron llegar a tierra no fue tampoco envidiable. A muchos les saltarían los sesos a golpes, mientras yacían extenuados en las playas que lucharon por alcanzar. Otros vagarían por desolados parajes del sector oeste hasta ser cazados y asesinados como animales feroces por grupos de soldados, o bien entregados de mala gana a los ingleses para su consiguiente ejecución. Un grupo considerable de caballeros, posiblemente rehenes importantes, se rindió bajo promesa de que sería respetada su vida. Sin embargo, pese a la protesta de sus captores, fueron asesinados también por orden del lord comisario. Este, *sir* William Fitzwilliam, disponía de menos de dos mil soldados ingleses —mal adiestrados y peor armados— para mantener en orden a la nación, sólo por el momento en calma. No podía arriesgarse con la estancia de tantos soldados españoles —aunque fuesen prisioneros— en suelo irlandés. Su política era sencilla. Suprimirlos conforme se les iba encontrando. Y casi siempre, así procedió.

Acerca de estos hechos se han formado dos mitos. La historia relatada por los ingleses ya desde el año siguiente al de la aventura de la Armada, y según la cual los españoles que llegaron a tierra fueron inmediatamente asesinados por los irlandeses que les robaron ropas, armas y joyas. Y la leyenda, predominante en Occidente, de que los ojos y el cabello negros, el perfil aguileño y la morena

tez de muchos naturales del país muestran evidentemente la sangre española de quienes desembarcaron y quedaron en aquel suelo. Es posible que los irlandeses —hartos salvajes— despojasen a sus espontáneos invitados de los objetos de valor que llevasen encima y seguramente degollaron a más de uno, pero sólo se tiene noticia de una matanza de españoles realizada directamente por irlandeses (sin estar a sueldo de Inglaterra), hecho que causó la indignación de todos. Por regla general, los irlandeses protegieron a los españoles, les ayudaron a cubrir sus necesidades e incluso —si estaba en su mano— les ayudaron a escapar del país. Varios centenares de españoles huyeron gracias a esta ayuda y casi todos se dirigieron a Escocia. Creyeron que eran pocos los compatriotas que quedaron en el país —si es que quedó alguno— y quizá, esporádicamente, alguno tal vez encontró esposa y hogar en algún pueblo amigo, pero nunca pudieron ser bastantes como para dejar huella en el aspecto de la gente en general. Si de vez en cuando surge un parecido entre individuos de Connaught y Galicia será seguramente por motivos distintos.

En las cercanías de Irlanda y Escocia se produjo la mayoría de naufragios de las naves de guerra de la Armada, exceptuando los ocurridos en acción de guerra. En el cabo Lizard, el 30 de julio, había sesenta y ocho. El 3 de septiembre, Medina Sidonia todavía contó cuarenta y cuatro, precisamente los que habían obedecido sus órdenes siguiendo el rumbo que él les fijó. Todos volvieron a la patria, incluso los diez galeones de la guardia de las Indias, siete de los diez galeones de Portugal, ocho de los andaluces, siete de la escuadra de Oquendo y seis de la de Recalde. Únicamente los levantinos quedaron reducidos a la mínima expresión. De

diez grandes naves sólo quedaron dos. Era una flota vencida, destruida, pero muchos almirantes de mayor experiencia habrían devuelto menos naves, tras acontecimientos menos complicados, y quienquiera que fuese el que le aconsejó (en el momento decisivo no pudo ser Diego Flores ni tampoco Recalde), hay que reconocer que las naves se salvaron por la firme voluntad y la buena dirección de su comandante.

Nadie entonces reseñó la hazaña y muy pocos la han reconocido después. El propio duque no hizo ostentación de ella. Cuando, pasado Gravelinas, saboreó la amargura de la derrota, decidió que su deber era salvar todo el material posible. El hecho de salvar, en barcos y armamentos, casi dos tercios del total debió de constituir leve mitigación de su pena ante el desastre nacional, pero ninguna ante su personal desgracia. Se hacía a sí mismo responsable de lo ocurrido. Los ingleses tenían mejores barcos, mejores armas, tripulación más homogénea y entrenada, y además disfrutaban de una ventaja que demostró ser decisiva: la de luchar cerca de su patria y de sus bases. La Armada había sido enviada, sin suficiente avituallamiento y en general estado de debilidad, a una misión imposible. Pero cuando los contemporáneos del duque atribuyeron el desastre a la incompetencia de su comandante, afirmando que si éste hubiera sido Santa Cruz o Recalde u Oquendo o bien el héroe singular llamado Pedro de Valdés, todo habría sucedido de distinto modo, Medina Sidonia acató la opinión. Quizá por este motivo ha sido muy pocas veces investigada hasta la fecha toda la cuestión.

Quién condujo en realidad la destrozada flota en la última etapa de su viaje, es cosa que se ignora todavía. El capitán Marolín de Juan, veterano marino y eficiente navegante,

que habría debido hacerlo, quedó rezagado involuntariamente en Dunquerque. A bordo del *San Martín* había cuatro pilotos, uno de ellos inglés. Tres murieron en alta mar. Así, pues, tuvo que ser forzosamente el cuarto quien llevase la nave capitana, navegando de popa con viento del Oeste hasta más allá de La Coruña, para finalmente gobernarla hasta su recalada a la altura de Santander. Su nombre nunca se ha sabido.

En cuando al duque, el día 3 de septiembre, tomada ya la última decisión y vueltas por fin las proas en dirección a la patria, se había tendido en su litera para quedar inmóvil en ella. Llevaba varios días consumido por la fiebre, retorciéndose del dolor que causa la disentería en un estómago vacío y en continuo estado de náuseas. Durante el resto del viaje de pesadilla, estuvo a ratos inconsciente y a ratos no, sólo vagamente alerta de los vientos contrarios, las inesperadas tormentas y las recaladas perdidas. Cuando, ya en Santander, se le bajó al bote del práctico del puerto, estaba demasiado débil para tenerse sentado y casi demasiado débil también para estampar su firma, a pesar de lo cual envió al rey, al gobernador de la provincia y al arzobispo de Santiago varias lastimosas súplicas en demanda de ayuda.

Verdaderamente la necesitaban. Sólo en el *San Martín*, aparte de los que murieron en acción de guerra o habían sido heridos, hasta el 23 de septiembre, día en que la nave entró en Santander, se registraron 180 defunciones por causa del tifus, el escorbuto o la gripe, todo ello agravado por el hambre y la sed. Diariamente seguían muriendo hombres a bordo del *San Martín*, y demás barcos, mientras la población —no preparada para la circunstancia— intentaba reunir alimentos, ropa, camas y hogares para salvar la vida de tantos enfermos. De los altos oficiales

que consiguieron volver, escasamente uno estaba en condiciones de prestar servicio; los dos más famosos —Recalde y Oquendo— murieron ambos a mediados de octubre. Las tripulaciones de otras naves estaban aún en peor situación que la del *San Martín*. Algunas carecían de víveres por completo y seguían muriendo de hambre aun estando ancladas en puerto español. Una de estas naves quedó sin agua durante los doce últimos días de viaje, viéndose obligados a aprovechar la que podía conseguirse escurriendo las camisas hechas jirones de los marineros empapados de lluvia… Otra nave encalló en el puerto de Laredo debido a que sus hombres carecían de la fuerza necesaria para arriar velas y mover las anclas. Durante varias semanas siguieron muriendo hombres, mientras se reunía dinero y alimentos y eran preparados los hospitales.

Las naves se encontraban en tan deplorable estado como los hombres. Una de ellas se hundió después de anclar. Y alguna de las mejores, como el *San Marcos*, quedó en tal mal estado que sólo pudieron aprovecharse su madera y sus cañones. En igual estado quedó el hermoso galeón del duque de Florencia. El capitán Bartoli murió al día siguiente de haber entrado en puerto. Su primer oficial había muerto en Gravelinas. El militar de más graduación de a bordo, capitán Gaspar de Sousa, declaró que ningún barco de la Armada había prestado tan buen servicio como el suyo, y que ninguno había estado tan metido en la batalla, todo lo cual fue debidamente confirmado por el duque de Medina Sidonia en una carta al embajador florentino. Pero las frases de encomio difícilmente podían compensar al gran duque de Toscana, teniendo en cuenta las noticias recibidas sobre el *San Francesco*. Al parecer, ni siquiera podía intentarse llevar el barco a La Coruña para

su reparación. El único galeón de su armada ya nunca más luciría su bandera. Por lo que se sabe, parece cierto que la mitad de la flota superviviente quedó inservible. Sólo un milagro, dijo un observador, pudo haber mantenido las maltrechas embarcaciones tanto tiempo a flote.

Desde su lecho de enfermo, rodeado por nuevo personal, casi todo reclutado en tierra, Medina Sidonia continuaba tratando de resolver los problemas de la flota y siempre que le era posible dictaba cartas y memorandos para el secretario Idiáquez y el rey, la mayor parte de ellos quejumbrosos y algunos casi incoherentes. Se lamentaba del estado de sus naves y más aún de las circunstancias de sus tripulaciones, que sin paga, mal vestidas y mal alimentadas seguían muriendo en la oscuridad de unas embarcaciones pestilentes porque no había en tierra lugar donde cobijarlas ni dinero para pagar gastos. Era necesario designar a alguien que remediase las cosas; alguien hábil y experto. Al parecer, Medina Sidonia se lamentaba de no haber sabido actuar con mayor energía, no por causa de su enfermedad (aunque algunos días la fiebre le privase del conocimiento y otros ni siquiera pudiese escribir su nombre por encontrarse demasiado débil) ni tampoco por hechos que nadie pudo controlar o evitar, sino por su propia inexperiencia e incompetencia. En una nota a Idiáquez incluso llegó a manifestar que el rey se había equivocado al ponerle al frente de la Armada. El ignoraba por completo —según ya manifestó al conocer su nombramiento y olvidando la lección horrible del transcurrido verano— todo lo referente a la guerra y al mar. Oportunamente había advertido al rey que un comandante sin opinión propia en asuntos de tal índole y que ni siquiera sabía en quién confiar no podría realizar un buen servicio. Los acontecimientos demostraron que él

tenía razón. Nunca más volvería a ostentar mando alguno en los mares. ¡Nunca más! ¡Aunque la vida le fuese en ello!

Lo único que verdaderamente deseaba era volver a su casa; a los naranjales de Sanlúcar y al sol de su tierra. El rey Felipe se mostró más generoso y justo con el almirante derrotado o el resto de sus contemporáneos que los futuros historiadores. Tras oír el informe de don Francisco de Bobadilla y leer una carta del obispo de Burgos y otra del médico que cuidaba del duque, relevó a Medina Sidonia de su cargo, le excusó de presentarse en la corte para el besamanos y le dio permiso para volver al hogar.

En octubre, una litera tirada por caballos y ornada de cortinajes, escoltada por los pocos servidores del duque que aún quedaban vivos, emprendió el camino de regreso por las montañas. No se detuvo en ninguna noble mansión. Pocas quedaban en España que no estuvieran de luto total. Evitó igualmente las ciudades, donde quizá le habrían acogido con insultos y pedradas. Había pasado San Martín cuando por fin llegó a Sanlúcar y antes de que consiguiera pasear y cabalgar por sus dominios, ser, en suma, él mismo de nuevo, la primavera había llegado también. Vivió aún para servir a Felipe II durante otra década y al hijo de Felipe durante doce años más, siempre ostentando altos y honrados cargos, pero sus compatriotas no podían olvidar ni perdonar. Según dijo un diplomático francés que tuvo ocasión de verle quince años después, el melancólico aspecto del duque denunciaba la no cicatrizada herida de la antigua derrota.

En Inglaterra las cosas no marcharon de forma tan distinta como pudiera ser creído. Claro que la flota inglesa

no tuvo que soportar el largo y peligroso viaje de regreso, pero cuando —porque no se tenían noticias de la Armada y porque el duque de Parma no había aprovechado la marea reciente para un desembarco— comenzó la reina a impacientarse, ansiosa de despedir a las tripulaciones y disolver la concentración de naves, sus capitanes y consejeros se escandalizaron por su temeridad, persuadiéndola para que esperase, así que las naves siguieron dispuestas y vigilantes hasta que comenzaron a llegar noticias de Irlanda. Consecuencia de todo ello fue que los hombres enfermaban y morían en Harwichy Margate, en Dover y los Downs casi tan rápidamente como los españoles en alta mar. Se supone que el mismo implacable asesino segó sus vidas: la fiebre del barco, es decir, el tifus. No obstante, según la tradición de los Tudor, fue la cerveza en malas condiciones la culpable. Tenían por axioma que con buena cerveza los marineros y soldados ingleses no enfermaban nunca.

Luego, cuando finalmente la reina consiguió realizar su propósito y fueron desmovilizadas las tropas, comenzaron a surgir los consabidos problemas: falta de dinero, ropa, víveres y hospedaje para unos hombres demasiado débiles, que no podían, por esta circunstancia, volver al hogar. Así, sin ayuda, enflaquecidos, medio desnudos, los marineros yacían y morían por las calles de Dover y Rochester al igual que en Laredo y Santander. La tensión nerviosa se acentuó. Frobisher se ofreció para vengarse de Drake, y John Hawkins, el viejo héroe, constructor de la victoria inglesa —si es que dicho artífice en realidad existió—, escribió a lord Burghley en estos términos: «Lamento haber tenido que vivir para recibir tan severa carta de su señoría», y más tarde, en son de queja, escribió a Walsingham: «Ruego a Dios me libre de seguir tratando

cuestiones económicas. Mi dolor, mi pena en esta misión son infinitas. Confío que el Señor me libre pronto de ella, pues no creo pueda existir peor infierno». Parece realmente un habilitado español: lo mismo que Howard en su indefensa cólera ante el creciente número de víctimas habidas en su flota, habla y se lamenta como Medina Sidonia.

También en Inglaterra se rumoreaba que el alto mando no llevó bien las cosas. ¿Por qué no habían destrozado por completo a los españoles? ¿Por qué el Lord Almirante temió acercarse a ellos? (En España se planteaban las mismas preguntas, ciertamente absurdas, con respecto a Medina Sidonia). La voz del pueblo afirmaba segura que si Drake hubiese ostentado el mando no se habría producido tanta tregua. En realidad, comentaban las cosas como si toda batalla ganada lo hubiese sido gracias a Drake. Sin embargo, Howard no sufrió lo que Medina Sidonia. Al fin y al cabo era el vencedor. En sus últimos años, cuando la derrota de la Armada se perdió entre la dorada bruma, a través de la cual miraban los jacobinos el reinado de la buena reina Bess, y la mayor parte de sucesos de aquella época adquirían más importancia y gloria debido al paso del tiempo, la fama de Howard se acrecentó también. No obstante, para la mayoría, la victoria había sido de Drake.

Más o menos en los últimos veinte años, los historiadores se han mostrado más justos con Howard. En una reciente narración se dice con toda claridad: «La batalla fue obra de Howard. Howard fue el vencedor». Incluso se observa que Howard llevó las operaciones del mejor modo posible para no correr demasiado riesgo, añadiéndose que ningún otro almirante pudo haber actuado mejor. Últimamente también se tiende a hablar con simpatía de Medina Sidonia. Se reconoce su valor y su habilidad

administrativa aunque nadie haya afirmado aún que no podía haberlo hecho mejor. Cabe, sin embargo, asegurar que nadie, en su caso, habría mejorado su acción. Con excepción de que le hubiera sido posible detener al *Ark Royal* y a sus dos acompañantes aquel lunes por la mañana a la altura de Tor Bay, es difícil señalar un error en su comportamiento que afectase el resultado de la campaña. Hay que reconocer que todas sus decisiones, incluyendo la de anclar en Calais y la elección de la ruta de regreso, fueron tan acertadas como valiente fue su comportamiento personal. No es que a los muertos les importe mucho que las generaciones futuras les hagan justicia, pero a los vivos sí debe importarles, aunque sea con retraso, hacerla.

## NOTAS

«Armada on the Coast of Ireland», de William Spotswood Green en *The Geographical Journal*, XXVII (1906), 429-451, una guía muy útil y *Elizabeth's Irish Wars*, pp. 160 ff. de Cyril Fall, un sumario muy aprovechable.

Las pérdidas de la Armada en su campaña se consideran normalmente 65 barcos de 130 o 64 de 128. Ciertamente fueron menos. El asunto completo, viene oscurecido por una aritmética defectuosa, comenzando por los documentos contemporáneos y las ediciones de *La felicissima armada*, y aún más embrollado por el hecho de que no sólo algunos barcos llevaban el mismo nombre —hay seis *San Juan*, además de dos *San Juan Bautistas* y ocho *Concepciones*, casi todas pinazas— sino que también alguno es conocido a vecer por un nombre, a veces por otro. En el escuadrón de Recalde, por ejemplo, habían dos *Concepciones*, ambos grandes barcos, los cuales son conocidos a veces por *Concepción Mayor* y *Menor*, y a

veces por *Concepción* de Zubelzu y *Concepción* de Juanes del Cano. F. D., N. 180, informa que ambos, *Mayor y Menor*, regresaron (II, 329). En el N. 181, en la página siguiente, los *Concepciones* de Zubelzu y de Juanes del Cano son considerados como perdidos.

El documento N. 181 en el que Fernández Duro basó su cálculo sobre las pérdidas de la Armada constituye por sí solo una gran fuente de confusiones. Debió ser preparado por alguien con falsa información y probablemente en una fecha anterior a la del N. 180, desde el momento que cosidera como «perdidos» siete barcos, y termina: «Perdidos 41 barcos, 20 pinazas *(patajes)*, 3 galeazas, y una galera, total 65», aunque en la lista hay sólo 63 nombres. En su introducción (vol. I, 140) Fernández Duro adopta este cálculo simplemente deduciendo dos barcos, cuya pérdida se supone ocurrida después de alcanzar puerto (uno hundido, otro quemado). Esto le da un total de 63 perdidos, 35 de ellos «de suerte desconocida», que Laughton estima «una cifra tan aproximada como era posible calcular».

Todos parecen aceptar esta cuenta, aun cuando se puede hacer un cálculo mucho más aproximado simplemente sustrayendo los barcos inscritos en el N. 180, que se sabe alcanzaron puerto, de la fuerza conocida que la Armada poseía al abandonar Lisboa. Otros documentos impresos por Fernández Duro, Herrera Oria y Hume (*Cal. Span.*, IV) sugieren más deducciones.

Una lista más correcta sería la de 10 de octubre.

Tres galeazas, una varada en Calais, salvados los cañones, una estrellada contra la costa irlandesa y una en reparación en El Havre, que regresó más tarde sin novedad.

Una galera estrellada en Bayona.

Veinte (F. D. dice veintiséis) galeones y grandes barcos como sigue: uno varado en El Havre, cañones y provisiones rescatados; dos capturados por los ingleses en el Canal; dos por los holandeses en los bancos de arena; cinco hundidos en el mar del Norte, después de Gravelinas, incluyendo tres levantinos. Diez perdidos alrededor de Irlanda, incluyendo cinco levantinos, la sola incertidumbre reside en cúal de ellos y dónde, e incluso aquí sólo son dudosos tres nombres, dos para el mar del Norte y uno para Irlanda

Once urcas (F. D. dice trece, pero una de su lista, la *David*, fue considerada inútil para el servicio el 13 de julio y ni siquiera zarpó, y otra, *El Halcón Mayor*, fue capturada en el Canal por los ingleses en enero de 1589 en su viaje de retomo de Hamburgo (Laughton, II, 386).

Así pues, once urcas. De éstas, una hundida en el mar del Norte, por los efectos del fuego de cañón; dos fueron perdidas alrededor de Escocia, isla Fair y Mull, y dos, cuyo nombre es conocido en la costa irlandesa; una en la costa de Devon y una en Bretaña. Quedan cuatro cuya suerte se considera normalmente desconocida y que pudieron estrellarse, todas o una parte de ellas, en la costa irlandesa, o hundirse en alta mar. Por otra parte tal vez regresaron, como el *Halcón*, aunque no conste en ningún documento. Dos de ellas estaban probablemente en compañía de Juan Gómez de Medina cuando su *capitana, El Gran Grifón*, se estrelló en la isla de Fair. Toda vez que navegaban hacia el Este, las otras dos, en las que iban los alemanes, pudieron haber alcanzado su patria. Nadie ha realizado una seria investigación con respecto a estos

cuatro barcos, pero aunque no se conserve ningún informe, no puede asegurarse que se perdieran.

Veinte pequeñas embarcaciones (*zabras y patajes)* que zarparon de Lisboa con la Armada no están incluidas en la lista de los llegados entre el 22 de septiembre y el 10 de octubre y así F. D. las considera como «perdidos y de suerte desconocida». Esto es absurdo. Varios, según sabemos, volvieron a España en misión de enlace, varias fueron enviadas a Dunquerque con despachos para el duque de Parma y permanecieron allí; cinco, incluyendo dos que remolcaron los barcos de fuego hacia la costa, estaban todavía en Calais en noviembre, según *testimonia* Mendoza. Las pinazas iban continuamente de un lado para otro y una vez separadas de su escuadrón y su misión cumplida, fueron pagadas y empleadas en otros trabajos. No hay razón para que muchas de ellas fueren hundidas o desechadas en la campaña de la Armada. Excepto las dos *zabras* de Portugal, que volvieron, eran demasiado pequeñas para luchar y eran más rápidas y manejables que los barcos más grandes e igualmente marineras. Si reducimos los veinte barcos de F. D. «perdidos y de suerte desconocida» a diez, tendremos todavía un cálculo por encima de la realidad. De manera que, a lo más, se perdieron 31 barcos (no 41), 10 pinazas como máximo (no 20), 2 galeazas (no 3), 1 galera. En total, no más de 44 (no 65), probablemente 5 o 6 y aún 12 menos

Al hacer este balance debería recordarse el lastimoso estado en que volvieron los barcos. Muchos de ellos tan dañados por el fuego inglés, que eran inútiles para un ulterior servicio.

Los juicios de Howard y Medina Sidonia para este capítulo se apoyan en la autoridad de J. A. Williamson,

*The Age of Drake*, pp. 304-334 passim. La opinión citada de Howard es de T. Woodrooffe, *The Enterprise of England*. Woodrooffe habla también con justicia de Medina Sidonia.

Hasta la rehabilitación hecha por Williamson, la reputación de Medina Sidonia había sufrido principalmente por causa del primer editor español de los documentos de la Armada, Cesáreo Fernández Duro. Fernández Duro, un editor no del todo satisfactorio, realizó cuando menos una admirable e indispensable compilación y la complementó con un comentario considerado generalmente de gran valor. Pero en sus opiniones sobre el comandante de la Armada repite calumnias sin base alguna, algunas de ellas, de forma bastante pintoresca, de origen inglés, aunque muchas de ellas son refutadas por los propios documentos impresos. El moderno estudiante español tiende también a hacer más justicia a Medina Sidonia. Véase especialmente duque de Maura, *El designio de Felipe II*, basado en los documentos privados del duque.

Entre los diplomáticos, principalmente el doctor Cavriana, en Canestrini, *Negociations*, IV, 842-853, (Blois, 24 y 31 de dic.), y Morosini, Vat. *Francia*, XXXVII, también «Relazione di quel ch'é successo in Bles», en *Francia* II, fol. 153 ff.). Mendoza es más conciso y vago.

Entre los cronistas y memorialistas, principalmente L'Estoile, D'Aubigné, De Thou, y Palma Cayet, también documentos en *Archives Curieuses*, XII. Wilkinson da una relación de panfletos contemporáneos sobre el asesinato de Guisa, muchos de ellos en *Bib. Nat.* y ninguno digno de confianza.

# EL FIN DE UN HOMBRE ALTO

Blois, 23 de diciembre de 1588

CAPÍTULO
XXXII

A fines de otoño de 1588 los asuntos políticos de la Francia católica llegaron a un punto muerto. Mientras la Armada avanzaba hacia su objetivo, Enrique de Valois fue haciendo concesiones a Enrique de Guisa, aunque nunca en nada esencial. Hacia agosto, cuando corría el rumor de que España había obtenido la victoria, el rey de Francia nombró al duque de Guisa lugarteniente general, aunque no quiso volver a París con él, y cuando la posibilidad de una victoria española parecía cada vez más distante, disimuladamente, se hizo más obstinada la resistencia real. Despacio, comenzó su cautelosa campaña para recobrar lo perdido.

A principio de septiembre, mientras se imprimía el *Discours Veritable* y el duque de Parma levantaba su campamento en Dunquerque, el rey destituyó a sus ministros. A todos. Su canciller Cheverny; su *surintendant des finances*, Pomponne de Bellièvre; sus secretarios de Estado Brûlart, Villeroy y Pinart —sus cabos de varas—, los hombres que habían gobernado el país desde su coronación, los que estuvieron con él en Polonia y que en su infancia estaban ya al servicio del rey…

Todos fueron destituidos, sin reproches, pero también sin explicaciones. Les fue dicho simplemente «que se les concedía el retiro a sus posesiones», es decir, el exilio y la muerte política. Con los Estados Generales a punto de reunirse en Blois y los asuntos del reino en un verdadero caos, esta revolución palaciega resultaba aparentemente tan insensata, tan destructiva para lo que quedaba del gobierno del rey, que la opinión de la mayoría fue que las dimisiones fueron forzadas por el sector que contra ellos gritó con voz más fuerte, o sea, los radicales de la Santa Alianza.

Cheverny conocía la verdad, y lo mismo —se supone— puede decirse de sus colegas. Ocurría que todos aquellos ministros habían servido a Catalina de Médicis mucho antes que a su hijo. Así, por costumbre adquirida, mostraban a la reina madre los últimos despachos, aceptaban sus correcciones en los documentos redactados e incorporaban sus puntos de vista en los memorandos. Durante las negociaciones con el duque de Guisa en Soissons, Bellièvre informaba diariamente a la reina madre y seguía sus consejos. Más tarde, después de las barricadas, Villeroy escribió a Angulema —siguiendo instrucciones de ella y sin que se enterase el rey— una carta en la que trataba de la muerte de Epernon. Cheverny abogaba por volver a París, porque así lo deseaba la reina Catalina. Y la reina madre sabía por qué habían sido destituidos los ministros, y tomaba el hecho como una afrenta personal.

Lo cual era del todo cierto. Su hijo sabía —aunque la propia Catalina quizá lo ignorase— que ella antes le había afrentado a él, que se había vuelto natural e instintivamente del fracaso al éxito, de Enrique de Valois a Enrique de Guisa, por lo cual, precisamente desde hacía

más de un año, gustaba de persuadirse a sí misma de que cuanto el duque deseaba era en realidad lo mejor y el más seguro camino, incluso, para su propio hijo. Consecuentemente, desde el día en que Catalina había salvado, en el Louvre, la vida de Enrique de Guisa, su hijo no volvió a depositar en ella su confianza. No podía seguir el camino tortuoso que ante él se extendía con los ojos de los servidores amigos de ella fijos en su persona.

El rey se sentía muy solo en Blois. Sus nuevos ministros, honrados y activos, podían llevar a cabo su labor, pero no eran hombres con los que se pudiese hablar. Joyeuse y Epernon fueron sus últimos *mignons*, es decir, los importantes —alegres compañeros pero no juguetes en sus manos—, pero Joyeuse había muerto y en Angulema Epernon sufría por la creencia de que su amigo y señor había intentado hacerle matar. En cuanto a su esposa, era tan blandengue y obtusa para compartir sus problemas, como aguda y dura había sido su madre. A su alrededor sólo tenía pertrechos: plumas y dagas. Lo que tenía que hacer debía de hacerlo él solo.

Algunas veces la tarea le abrumaba. Permanecía horas y días encerrado en sus habitaciones, sin hablar con nadie, sumido en un letargo oscuro. Pero otras, las más, representaba su papel con la gracia habitual en él. Al llegar los miembros de los Estados los recibió con afabilidad y simpatía. Cuando se celebró por fin la reunión, se dirigió a ellos con elocuencia y sentimiento, de manera que la asamblea, hostil y recelosa, se le rindió abiertamente. Pasaba mucho tiempo con su primo el duque de Guisa, lugarteniente general del reino y gran mayordomo de su casa, dedicándole profusas ironías y agudas e ingeniosas frases con segunda intención. Su madre, que, por acercarse el invierno, sentía el frío más

que nunca, permanecía la mayor parte del tiempo en el lecho, y el rey iba a verla cada día, para referirle las últimas noticias de Francia y Europa y escuchar pacientemente sus consejos. Pero siempre estaba alerta, como debe hacer quien está solo, en medio de un círculo de enemigos.

Era una labor lenta y difícil. Su táctica parlamentaria tal vez hubiese podido serle útil si el conjunto de sus antiguos ministros hubiese estado allí para aconsejarle, pero el caso es que de los Estados nada consiguió. Había esperado que le sacasen no sólo de su pobreza, crónica ya, sino que le ayudasen a despojar al duque de Guisa de su calidad de jefe de la Santa Alianza, pero en la asamblea había pocos moderados y los radicales, embriagados por la fuerza del poder que habían probado ya, solicitaban muchas cosas y contradictorias, por ejemplo: un gobierno centrista más eficiente y bajo su constante supervisión; paz y prosperidad, economía y reformas, impuestos más bajos y equitativos, y una inmediata y completa cruzada para exterminar a los herejes. Estaban tan resueltos en todos estos extremos, que no quisieron darse por enterados de que el duque de Saboya había invadido el último puesto francés más allá de los Alpes. Se negaron a votar nuevos impuestos y la consigna era reforma antes que entrega, y cada concesión hecha por el rey daba pie para otras peticiones. Era realmente un frustrado punto muerto, pero Enrique no entendió que no podía manejar a los Estados porque soplaban vientos de revolución. Lo cierto es que todo lo atribuía a las manipulaciones de los Guisa y creía, una vez suprimido éste, que llegar a un acuerdo con los Estados sería cosa sencilla.

Enrique de Guisa se sentía decepcionado también. Los Estados, aunque plagados de ardientes adeptos a la Santa

Alianza, se salieron completamente por la tangente. Sus planes requerían un enorme ejército. Y ¿de dónde sacarlo si la concesión del ejército no había sido votada? Mientras tanto, el rey, y por supuesto también él, tendrían que permanecer en Blois mientras duraran las sesiones de los Estados y no se sentía precisamente tranquilo tan lejos de París. Se sabía rey de la capital de Francia, pero no de todo el país, y tenía la certeza —sin que se lo dijera Mendoza— de que por el momento apenas sí podía contar con el apoyo de España. De haber podido prever el ignominioso fracaso de la Armada, habría ciertamente huido de Blois. Allí, en la corte del rey, se sabía en constante peligro. En cuanto terminasen las sesiones de los Estados, obligaría al rey a volver a París aunque hubiera de arrastrarle por la fuerza.

En todo caso, tomó algunas precauciones. En Blois abundaban los adeptos a la Santa Alianza —todos ellos armados— y sus seguidores, también alojados en el castillo, superaban en mucho a la guardia del rey. Como gran mayordomo real tenía todas las llaves y podía moverse por todos los rincones del castillo, de noche y de día, y situarse ante la propia puerta de la cámara real, seguido de hombres armados, sin que nadie le interrogase. Pero lo que verdaderamente le hacía cobrar confianza era su convencimiento de que el rey era un pobre ser, sin energía, incapaz de una venganza. Cuando el arzobispo de Lyon le aconsejó que tratase al rey con más respeto exterior y no le obligase a ir demasiado lejos, el duque de Guisa se limitó a sonreír: «Le conozco mejor que vos», dijo. «Para dominarle hay que desafiarlo. Es un rey que necesita que le asusten».

En la mañana del 19 de diciembre, uno de sus espías en el castillo le informó de que el rey había consultado a varias

personas acerca de la forma de librarse de su lugarteniente general, y Alfonso Ornano volvió a su primitiva idea ya expresada en el mes de mayo. «Matarle en seguida», dijo. Enrique de Guisa se encogió de hombros al escuchar la información. Había recibido docenas de avisos parecidos sin inmutarse. El 22 de diciembre, durante la cena, encontró una advertencia anónima prendida en su servilleta con otro aviso urgente. La leyó a sus acompañantes, tomó una pluma de una mesa cercana y escribió en el mismo papel: «No se atrevería», dejándolo caer al suelo. Había desafiado y humillado muchas veces a su primo Valois. Estaba cierto de que podría hacerlo siempre.

El rey había puesto su problema en manos de un grupo —no oficial— tal y como fue dicho al duque de Guisa. Tenía pruebas, según les dijo, de que existía una conspiración contra su corona y su vida. En la mesa del cardenal de Guisa se había brindado por el duque, «futuro rey de Francia». A cierto individuo que se dirigió al secretario del duque en demanda de un salvoconducto se le respondió: «Aguardad un poco si os es posible. Pronto cambiaremos de título y estado». Había recibido muchos avisos —siguió diciendo el rey— sobre que pronto sería secuestrado y llevado por la fuerza a París, si es que no le ocurría algo peor. Hasta el duque de Mayenne, hermano del de Guisa, le había advertido. «Se trata de mi vida o la suya», terminó diciendo el rey. «¿Qué aconsejáis?».

Probablemente el nuevo canciller, Montholon, fue el primero en dar una respuesta. Sin duda alguna, Guisa era reo de alta traición. Se contaba con pruebas suficientes. ¿Por qué no demostrarlo juzgándole en seguida? Pero el rey sonrió con tristeza. ¿Dónde hallar un tribunal que

juzgase y condenara a un par de Francia, capitán general de la Santa Alianza? ¿En París tal vez?

El mariscal Aumont propuso un sistema más directo, secundado por Alfonso Ornano. «Hay que matarle», dijo. Ornano estaba dispuesto, pero Enrique sabía que no había otra persona de quien Enrique de Guisa desconfiase más, al igual que sus partidarios. Ornano jamás conseguiría acercase al duque lo suficiente llevando un arma en la mano. El rey miró a Crillon. El capitán de la Guardia Francesa se sonrojó y empezó a tartamudear. Nunca se le había presentado un caso igual. Tener que matar a un hombre sin avisarle… No se veía con ánimos. ¡Un duelo fuera cosa distinta! Le encantaría desafiar al duque, llevarle al terreno del honor. Estaba convencido de que podía acabar con él… Pero Enrique movió la cabeza de un lado para otro. No podía explicar a Crillon lo que el duque haría seguramente con su reto. Dio a todos las gracias y añadió finalmente que buscaría la solución.

Antes de cuatro días la había encontrado. En otros tiempos las habitaciones reales no estaban expuestas a intrusiones por parte de los partidarios del de Guisa. El consejo real se reunía en la antecámara que daba a la gran escalera circular por donde se tenía acceso a la *suite* real. Durante las reuniones se excluía a todas las personas no autorizadas. Los consejeros podían entrar sin avisar, y los ujieres del consejo guardaban las puertas. También existía un cuerpo compuesto por hombres cuya lealtad al rey era absoluta. Eran los Cuarenta y Cinco. Epernon los había reclutado cuatro años atrás. Todos eran nobles, de la *petite noblesse* de Gascuña, cuya única riqueza consistía en un caballo, una espada, una vieja capa y algunos acres de terreno rocoso, buenos tan sólo para morirse de hambre en ellos. No tenían amigos, ni relaciones en la corte, ni a

nadie en quien confiar, aparte del rey. Quince de ellos estaban obligados a permanecer de servicio noche y día, por si el rey los necesitaba; en compensación, se les abonaba un sueldo que a ellos les parecía fastuoso. El duque de Guisa decía de ellos que eran «una banda de rufianes, perezosos, inútiles y caros». Una de las reformas propuestas por sus amigos en los Estados Generales había sido su inmediata disolución. Los Cuarenta y Cinco lo sabían.

Quedaban todavía algunos puntos complicados que ultimar. El ala del castillo llamada de Francisco I —precisamente donde dormía el rey— era una madriguera de pequeñas escaleras e inesperados corredores. Dos puertas, usualmente abiertas, debían quedar bloqueadas y una puerta, siempre cerrada, tendría que quedar abierta para que los personajes necesarios pudieran presentarse a escena sin ser vistos. El rey personalmente cuidó todos los detalles.

En la tarde del 22 de diciembre sostuvo una larga conversación con el duque de Guisa, cuyo único relato sobre la misma es demasiado rico en detalles para que pueda ser cierto. Durante la misma, seguramente, el rey mencionó que él y la reina marcharían del castillo al día siguiente para celebrar la Navidad en un pabellón del parque, y que antes de su marcha celebrarían un consejo; luego envió un mensajero para pedir las llaves del castillo, que necesitaba a fin de preparar el traslado del día siguiente. Guisa las entregó. Todo esto ocurrió antes de que se produjese el último aviso anónimo.

A la siete de la mañana llamaron al duque, que se encontraba en el dormitorio de su favorita de tumo; el mensajero alegó que debía asistir al consejo que iba a

celebrarse a las ocho, hora inusitada debido a lo temprano. (El rey se había levantado a las cuatro, para disponer los últimos detalles del plan, indicando a los actores del drama, hasta el último instante, lo que debían hacer para que nada fallase). La mañana era triste. Afuera caía una fina lluvia mezclada con granizo y en el interior del viejo castillo hacía un frío intensísimo que calaba hasta los huesos. El duque sólo pudo vestir las ropas que llevaba la noche anterior —es decir, jubón de satín y capa corta— para dirigirse apresuradamente hacia la reunión.

Le sorprendió encontrar en la gran escalera un tropel de arqueros de la guardia. Querían, según dijo su capitán cortésmente, pedirle algo: que les fuese entregada al menos una parte de lo que se les debía, en concepto de soldada atrasada. Algunos le siguieron hasta el final de la escalera, rogando intercediese en su favor, explicando el tiempo que llevaban sin cobrar y en qué estado de estrechez se encontraban. Luego, al cerrarse tras el duque la puerta de la cámara, retrocedieron formando sólidas filas que bloqueaban totalmente la escalera principal.

El duque fue el último en llegar. Su hermano el cardenal y el arzobispo de Lyon —sus dos únicos partidarios allí— entraron unos momentos antes. Los otros, al parecer, habían llegado muy temprano. Enrique de Guisa sintió cierta inquietud. Se quejó de frío y ordenó fuese encendido el fuego. Pidió frutas azucaradas (La escalera principal estaba bloqueada. Las frutas se sacaron de la propia despensa del rey). Como quiera que empezara a llorarle un ojo, precisamente más próximo a la vieja cicatriz, manifestó que no llevaba pañuelo. Un paje le entregó uno del rey. Tras calentarse junto al fuego, se quitó la capa. El consejo trataba de asuntos rutinarios acerca de cuestiones económicas, cuando alguien se le

acercó para decirle que el rey deseaba verle en su gabinete. Excusándose, Enrique de Guisa fue hacia la puerta para dirigirse a la cámara real, la capa colgando negligentemente sobre su brazo izquierdo.

Por el corredor vagaban ocho de los Cuarenta y Cinco, que al verle le siguieron como para darle escolta. Cuando llegó ante la puerta de la cámara real, Guisa de pronto se volvió hacia ellos y el primero se le echó encima hiriéndole con un puñal. El duque trató de desenvainar la espada, pero se le había enredado la empuñadura en la capa y antes de que consiguiera sacar el arma otros miembros de los Cuarenta y Cinco salidos de una cercana habitación se le echaron encima. Guisa era hombre fuerte, y aun sujeto como estaba arrastró a sus atacantes de un lado a otro del pasadizo esforzándose por liberar los brazos y gritando mientras era herido por varios puñales a la vez: «¡Amigos míos! ¡Ay! ¡Caballeros! ¡Traición!». Luego, por un instante, se desasió del grupo y tambaleándose se desplomó. Más tarde al registrarle, hallaron el borrador no terminado de una carta que empezaba así: «Mantener una guerra civil en Francia costaría 700.000 libras al mes». Lo cual resume su carrera, y bien pudiera servirle de epitafio.

Desde su habitación del piso inferior la reina madre oyó el rumor de la extraña lucha y tembló... En la cámara del consejo, el cardenal de Guisa oyó resonar la voz angustiada de su hermano y se levantó para gritar: «Traición». Pero Aumont había desenvainado la espada y puesto una mano sobre el hombro del cardenal. Poco después entraban los arqueros para llevarse a éste y al arzobispo de Lyon como prisioneros. Antes del mediodía se había detenido también a un grupo de nobles intrigantes partidarios del duque de Guisa, incluyendo al

anciano cardenal de Bourbon (que habría sido rey marioneta en los momentos de transición), y los guardias reales invadían la sesión de los Estados para arrestar a sus cabecillas, incluidos los héroes de las barricadas, el conde de Brissac, presidente de la nobleza, y La Chapelle-Marteau, entonces jefe del gobierno revolucionario de París y presidente del Tercer Estado.

Se originaron protestas, pero no resistencia. Por el momento, el partido de la Santa Alianza en Blois quedó disperso y sus miembros intimidados, aunque como Enrique III no era hombre sanguinario, el movimiento costó únicamente dos vidas. El cardenal de Guisa murió a manos de sus carceleros, pero los demás detenidos sólo sufrieron encarcelamiento temporal. Técnicamente fue esta la operación política más acertada de Enrique III, y el doctor Cavriana anotó como dato interesante desde el punto de vista médico que el rey tenía los ojos más brillantes, mejor color y paso más elástico, después de este hecho, que en los meses anteriores.

No se tiene relación digna de crédito de lo que dijo el rey al salir de su gabinete y ver a su enemigo muerto a sus pies. Los memorialistas y los cronistas, lectores de Plutarco que sabían con cuánta frecuencia recurría el rey a las palabras de sus héroes en ocasiones importantes, no pudieron resistir la tentación de hacerle hablar. La mayor parte le atribuyen frases como ésta: «¡Por fin soy el rey!». «¡Ya nunca más seré un prisionero ni un esclavo!». Por supuesto es posible que Enrique dijese algo parecido. Siempre había sido elocuente y solía recordar que otros se fijaban en lo que él decía para anotarlo. Según Cavriana, recurrió a parecidas palabras en el airoso relato con que al día siguiente horrorizó a su madre. Sin embargo, existe otra versión, menos digna de crédito, aunque dotada de

esa falta de lógica que muchas veces marca los sucesos auténticamente ciertos. Según ella, Enrique se detuvo en el umbral de su cámara para contemplar el cuerpo tendido a sus pies, y tras una pausa dijo: «¡Qué alto es! No creí que lo fuese tanto. Muerto resulta más alto que vivo».

Lo único que parece inducir a la no aceptación de estas palabras como ciertas es lo muy apropiadas que resultan para cuanto ocurrió después, y que fueran redactadas lo bastante tarde como para que el cronista pudiera haberse basado en la realidad de los acontecimientos. Porque Enrique no fue, luego, más rey de Francia de lo que había sido antes de suprimir al rey de París, sino que, como montando en cólera, dijo su madre, fue menos rey que nunca. Al tener noticia de la muerte del duque de Guisa, París se alzó en armas; todas las ciudades, una tras otra, fueron uniéndose al movimiento y antes de enfrentarse con la rebelde Santa Alianza en la siguiente primavera, el rey se vio forzado, en vez de la tutela del duque de Guisa, a aceptar una alianza apenas menos desagradable con el rey de Navarra, contando con la implícita complicidad de la reina de Inglaterra.

No es que Enrique de Valois considerase —al igual que tantos otros— el asesinato de Blois como un error más, entre los muchos por él cometidos. Al decir a su madre que nuevamente era único rey de Francia, hay razones para creer que estaba hablando, no de los atributos externos de la realeza, autoridad, seguridad y el poder que de ella emanaba, sino de su mística esencia, de la idea de una corona heredada generación tras generación, legítimamente, de acuerdo con la ley fundamental. El rey como vehículo de la gracia de Dios y agente misterioso de su voluntad. No había asomo de mezquino egoísmo en el apego de Enrique a la corona. Aunque escapase a una

muerte violenta, su vida no sería larga ni había sido dichosa. No había podido lograr un hijo para sucederle en el trono. Si realmente sólo hubiese deseado la comodidad, el halago exterior, la dignidad real, todo esto habría podido conservarlo entregando las riendas del estado al de Guisa y prometiendo la sucesión a la casa de Lorena, solución que era precisamente la buscada por el anciano cardenal de Bourbon. Pero el rey, que había traicionado a tantos amigos y a tantos principios, no consiguió traicionar su ideal de la monarquía, y comprobando que no había otra forma de evitar que finalmente Guisa ocupara el trono, recurrió a ella deshaciéndose del duque de la manera más parecida a una ejecución pública.

Así, cuando unos siete meses más tarde el puñal de Jacques Clément puso fin a su vida en St. Cloud, Enrique de Valois entregó a Enrique de Navarra su herencia totalmente intacta. El gran prior de Francia divulgó estas palabras del rey pronunciadas en su lecho de muerte y dirigidas al de Navarra: «Hermano mío, ahora te toca a ti ostentar los derechos que nos ha dado Dios y por cuya conservación, para poder entregártelos, yo he luchado. La empresa me ha llevado a mi estado actual, pero no siento arrepentimiento. No me arrepiento, porque la justicia de la que siempre he sido defensor exige que me sucedas en este reino».

Sean o no suyas, las palabras expresan sobradamente su obra y el significado final de su vida. Para un hombre lleno de debilidades como Enrique III, situado siempre en falsa y desgraciada posición, su fin resulta una considerable proeza.

En cuanto a su perseguidor y víctima, Enrique de Guisa, hay que reconocer que el único misterio acerca de él es

entender cómo pudo atraer tantísimas personas. Era el tipo genuino del insolente y audaz aventurero, de conciencia endurecida, del jugador que recurre a apuestas superiores a sus medios. Más tarde o más temprano le habría abandonado la fortuna, y aunque Sixto V y Felipe II se mostraron apenados por su muerte, ninguno de los dos exageró la nota. Enrique de Guisa era demasiado codicioso y cuidaba tan poco los detalles, que nadie llegó a creer que sirviese a la Iglesia o a España por algo que no fueran sus propios fines. Probablemente España lamentó lo ocurrido más que Roma, aunque la pérdida de mercenarios nunca duela de verdad. Había sido una pieza de distracción en un flanco de cierta gran operación, y al fallar el ataque principal, se le dejó por un momento expuesto al peligro, sin apoyo adecuado. En cierto modo, el duque de Guisa fue una víctima más de la Armada, al igual que Hugo de Moncada o Alonso de Leyva, sólo que, así como estos dos capitanes murieron en cumplimiento de su deber, Guisa —según Mendoza— sólo a su propia temeridad debió su fin.

El embajador de España apreciaba los útiles servicios del duque de Guisa, pero la suya no era una colaboración sencilla. Mendoza no tuvo que decir a su soberano que surgirían otros pretendientes al trono de Francia y otros personajes exaltados deseosos de embolsarse el oro español. Según los embajadores, al enterarse Felipe II de la muerte del duque de Guisa, reflexionó unos momentos y luego dijo: «Esto es asunto del Papa». En cuanto al Papa Sixto V, es fama que al recibir la nueva inclinó la cabeza dando a entender que la esperaba y exclamó: «El rey de España ha perdido otro capitán».

# LOS VIENTOS Y LAS OLAS DE DIOS

El Escorial, año nuevo de 1589

## CAPÍTULO XXXIII

Un aspecto de la pública personalidad de Felipe II era su imperturbabilidad ante el triunfo o la derrota. En su infancia debió de escuchar muchas veces cómo su padre, el gran emperador, recibió la noticia de la gran victoria de Pavía demostrando tal dominio de sí mismo, que se ganó la universal admiración. Probablemente resolvió emular esta conducta, lo cual debió de ser sencillo por ser el suyo, en realidad, temperamento poco excitable. En todo caso, hacia el año treinta y tres de su reinado, Felipe era para sus muchos admiradores prototipo del estoico cristiano, y cientos de anécdotas populares ilustraban el admirable autodominio de su ánimo en difíciles circunstancias. Típicamente cómicas unas de ellas, como la del nuevo secretario, al parecer tan nervioso por sus flamantes obligaciones, que al tomar un documento de manos del rey, en lugar de echar arena sobre el mismo, derramó el contenido de un tintero. Estaba temblando por el posible enojo del soberano, cuando le oyó decir dulcemente: «Eso es la tinta y esto la arena». Otras patéticas, como las relativas a su inagotable paciencia ante la creciente excentricidad de su primogénito y heredero don Carlos. Durante la década que siguió a la muerte de Felipe II

circularon tantas historias de este tipo, que naturalmente los cronistas simpatizantes encontraron las precisas y necesarias para reflejar aquel férreo autodominio de su majestad en los momentos de mayor contrariedad.

La apología escrita por el padre Famiano Strada posee un depurado estilo literario. Según aquél, el rey creía aún en la victoria de la Armada cuando llegó a El Escorial un correo de Santander (quizá el maestro de campo Bobadilla) con noticias del desastre. Los secretarios reales, Moura e Idiáquez, quedaron horrorizados, y cada uno de ellos intentó persuadir al otro para que comunicase la mala nueva al rey. Finalmente fue Moura quien entró en el gabinete real y cuando el rey dejó la pluma para alzar la cabeza y mirarle, el secretario balbuceó algo referente a las noticias de la Armada e inmediatamente hizo pasar al correo. Su majestad escuchó la triste historia sin registrar cambio alguno de expresión, y dijo al término del relato: «Doy gracias a Dios que me ha otorgado tantos bienes como para organizar otra flota como la perdida en cuanto se me antoje. Poco importa que una corriente quede alguna vez detenida, lo importante es que la fuente no deje de manar». Luego, sin un suspiro, sin un cambio de expresión, tomó de nuevo la pluma y siguió redactando unas cartas.

Pero Strada al fin y al cabo había nacido y fue educado en Roma, y el estilo español —aun el mejor— es menos florido y retumbante, mucho más intenso y seco. Por ello quizá, desde el siglo XVII, los historiadores españoles se han inclinado por otra versión distinta. El escenario, los secretarios asustados, el rey ocupado y sereno, el correo portador de la desastrosa noticia, todo eso es igual… Sólo que, antes de tomar nuevamente en su mano la pluma, el soberano dice únicamente: «Yo envié mis naves a pelear

contra los hombres, no contra los vientos y las olas de Dios».

Desde luego ninguna de estas dos versiones puede ser verídica. Felipe no tuvo oportunidad de demostrar su famosa serenidad ante el inesperado desastre porque la extensión de la derrota le llegó poco a poco. Antes de que el duque anclase en Santander, el rey había leído la carta de Medina Sidonia de fecha 21 de agosto, acompañada de su *Diario*, y oído también el descorazonador relato del capitán Baltasar de Zúñiga. Había tenido también una narración del duque de Parma sobre el fracasado encuentro, y más tarde el rumor de los naufragios en la costa irlandesa. Tampoco es concebible que Felipe culpara de modo tan súbito a los vientos y las olas de Dios (por quien su flota había zarpado) teniendo en cuenta que, según el *Diario* de Medina Sidonia, hasta el 21 de agosto la Armada había gozado de tiempo favorable.

Es muy posible que Felipe afrontara con dignidad y firmeza las malas nuevas, pero la entereza que se puede esperar del ser humano es siempre limitada. Aquel otoño el rey estuvo muy enfermo. En opinión del cuerpo diplomático, su enfermedad se debió, o fue agravada, por la ansiedad y los disgustos. El nuevo nuncio de Su Santidad opinó que el rey tenía los ojos enrojecidos no sólo a causa del estudio, sino del llanto, aunque desde luego, si el rey lloró, nadie había sido testigo de ello. También hubo quien dijo que los acontecimientos de los últimos diez meses envejecieron enormemente al soberano. Después de 1588 fue cuando su tez adquirió una extraña palidez y cuando en su rostro comenzaron a formarse bolsas a la vez que su barba perdía el último rubio reflejo para tomarse completamente blanca y larga, y aparecer en algunos retratos incluso descuidada.

Después de 1588 el rey dio en salir cada vez menos, veía cada vez a menos personas y trabajaba cada vez más en su solitario estudio.

Pero si bien Felipe acusó el golpe del destino demostrando que lo sentía, no quedó por ello anonadado. Tan pronto como conoció la extensión de las pérdidas sufridas, aseguró a los embajadores que construiría otra flota, más fuerte que la que acababa de perder, aunque hubiera de gastar para ello toda la plata de su mesa, e incluso los candelabros de El Escorial. No fue necesario llegar a tal extremo, pero el oro y la plata de América tuvo que ser añadido al producto de las despensas de Castilla, y también hubo que cerrar nuevos tratos con los banqueros genoveses. Tras hablar con algunos de sus capitanes, Felipe comprendió que no se trataba sólo de comprar barcos; esta vez, si los quería verdaderamente eficientes, tendría que hacerlos construir. Y también incrementar en España la fabricación de cañones. Así, antes del año nuevo, la fértil pluma real puso en marcha de nuevo el asunto: fundición de cañones, construcción de barcos, financiación de operaciones, y aunque las cosas, como siempre en España, iban despacio, había mucho tiempo perdido que recuperar y muchas omisiones que remediar, de manera que pocos creían que Felipe consiguiese tener dispuesta su nueva flota para la primavera, aunque nadie dudase de que llegaría a tenerla.

Entretanto el rey tenía que enfrentarse con la situación. El primer paso fue una carta a los obispos españoles con fecha 13 de octubre. Tras comunicarles un resumen de las noticias ya conocidas y recordarles la inseguridad de una guerra en el mar, seguía diciendo el rey: «Debemos loar a Dios por cuanto El ha querido que ocurriese. Ahora le doy gracias por la clemencia demostrada. Durante las

tormentas que la Armada hubo de soportar, ésta podría haber corrido peor suerte; que su infortunio no fuese mayor se debe a las plegarias que por su éxito, devota y continuamente, se ofrecieron». Cortésmente pide a los obispos que sean interrumpidas las rogativas, ya que era poco probable que regresasen más naves. Así pues, en España, casi desde el principio, se empezó a atribuir la derrota de la Armada a los designios de Dios.

Resulta fácil entender por qué ingleses y holandeses se adhirieron a la creencia. «Dios sopló y fueron dispersados», dice la inscripción en una insignia que en recuerdo de la Armada creó la reina Isabel. Y en otra, holandesa, aparece una frase muy semejante. Los poetas que celebraron en versos latinos la triunfante perseverancia de la reina virgen y la fe protestante ensalzaron tanto la participación divina en una tempestad donde se ahogaron miles de españoles, que casi olvidaron mencionar a la flota inglesa.

Desde luego, fueron los barcos y los cañones de mejor calidad los que ganaron la batalla, antes de que los españoles empezaran a tener dificultades con el tiempo, y las pérdidas sufridas a la altura de Irlanda se debieron más a las duelas de barril incendiadas por Drake en el cabo de San Vicente que a las tormentas, pero cuanto más se considerase la destrucción producida en el campo enemigo como obra directa del Señor, más y mejor se evidenciaba que Dios era protestante, y que la causa de éstos, según proclamaban, era la causa de Dios. Así pues, la leyenda de la gran tempestad que redujo a pedazos la Armada española quedó incorporada a otras muchas, por ejemplo: la de las matanzas realizadas por los salvajes irlandeses, la de las grandes naves españolas y los pequeños barcos ingleses, las de la cobardía del

comandante español oculto en un refugio especialmente construido bajo cubierta, y la del ofendido artillero que hizo volar un galeón para seguidamente echarse al mar.

Lo curioso es que estas leyendas sean tan comunes en España como en Inglaterra, incluso a la que hace referencia al duque de Medina Sidonia «alojado en el fondo de su navío para resguardarse», que sacó a relucir el autor de *Copia de una carta hallada en la cámara de Richard Leigh*, para divertir a sus compatriotas, mientras que la de los pequeños navíos ingleses y las enormes naves españolas debió de originarse en la opinión de algún marinero novato que observando la batalla desde la isla de Wight comparó el hormiguero de pinazas inglesas con las voluminosas urcas españolas, sin fijarse siquiera en los barcos de guerra. A simple vista, lo más difícil es comprender por qué los españoles adoptaron el mito de la tormenta. Naturalmente, los ingleses aceptaron gustosos la prueba material de que Dios estaba con ellos, pero ¿cómo podían aceptar los españoles el hecho de que Dios estuviese contra ellos y de que sus barcos luchasen en vano, no contra los ingleses, sino contra los vientos y las olas de Dios? Sólo en principio es difícil comprenderlo. Luego… Siempre resulta más sencillo aceptar una derrota por obra de Dios que por la de los hombres. La tradición cristiano-judaica es rica en recursos que expliquen aparentemente la inexplicable conducta de la Divinidad. Que Dios permitiese su derrota en aquella ocasión no significa que ellos no luchasen por su causa, ni que El dejase de apoyarles al final.

Otro iniciado en el camino del estoicismo cristiano, don Bernardino de Mendoza, después de asimilar la realidad amarga de la derrota, expuso a su soberano la situación con elocuencia y sutileza considerables. Aun los más

nobles cruzados, y el propio San Luis hizo observar (con una bien perdonable e incompleta exposición), no siempre consiguieron la victoria. Nuestros pecados son tantos y tan grandes que ningún castigo que Dios nos inflija puede ser inmerecido. Dios castiga a quienes precisamente le aman, sólo para su bien, tanto en este mundo como en el venidero. Es posible que quiera humillar a quienes por El luchan, para que a través de la humildad puedan hallar el camino del triunfo. Felipe subrayó esta frase y garabateó al margen su conformidad.

Hallar, por la humildad, el camino del triunfo. Durante todo el invierno, la pluma del rey fue estudiando las faltas que se había permitido cometer: lo heterogéneo de su flota (la próxima vez los barcos tenían que ser mejores y de modelo uniforme); la carencia de cañones de largo alcance (la próxima vez habían de contar con más culebrinas y semiculebrinas); el mando dividido, la mala coordinación, la falta de puertos con calado hondo, e incluso cómo dominar las aguas de la costa de Holanda, punto crucial que, en cierto modo, había sido descuidado por el duque de Parma y que descuidaron, asimismo, todos los demás. Felipe no llegó a conclusiones brillantes, pero por lo menos se enfrentó con el problema y comenzó a darse cuenta de cuánto quedaba aún por hacer. El impacto de la derrota le despertó del trance en que, después de la muerte de María Estuardo, había permanecido sumido. Durante el resto de su reinado, fue otra vez el rey prudente, cauteloso casi hasta aparecer tímido, vacilante, siempre alerta, dado a la reflexión, calculando en lo posible toda probable contingencia antes de dejar un asunto en manos de la providencia.

Existe otra anécdota que parece auténtica y apropiada. Se ignora a qué época pertenece, pero fuera extraño que no

ocurriese uno o dos años después de 1588. Se dice que Felipe paseaba por el jardín interior de San Lorenzo, cuando oyó decir al jardinero que, teniendo en cuenta el trabajo realizado para el cuidado de unos perales que había cerca del muro sur, Dios no podía permitir que su esperado fruto se malograse. Felipe, en aquel tono austero que solía emplear para dirigirse a sus monjes, dijo entonces: «Hermano Nicolás! ¡Cuidado con lo que decís, hermano Nicolás! Es de impíos, casi de blasfemos, presumir de conocer la voluntad de Dios. Degenera todo en pecado de orgullo hasta los reyes, hermano Nicolás», prosiguió con más dulzura, «deben conformarse con que Dios los maneje a su antojo sin saber de qué se trata. Jamás han de intentar valerse de la voluntad divina».

## NOTAS

Diplomáticos como en el anterior; historiadores como en las notas al cap. VII.

# SIN ASOMO DE DESALIENTO

Richmond, año nuevo de 1589

## CAPÍTULO XXXIV

Aquel año su majestad celebró la Navidad en Richmond. Fue una infame temporada de lluvia y aguanieve; el día de año nuevo una tempestad derribó chimeneas y arrasó los tejados de muchos hogares, pero en el corazón del palacio de Richmond ardían grandes fogatas, se celebraban fiestas, bailes, y había diversiones, representaciones teatrales a cargo de los muchachos de Paul, divertidos juegos en los que incluso tomaba parte la reina y el acostumbrado intercambio de costosos regalos propia del primer día del año. El presente de la reina al Lord Almirante fue magnífico (considerando la habitual tacañería de Isabel) y Seymour y otros nobles recibieron bonitas condecoraciones en reconocimiento a sus servicios. Burghley ofreció a la reina un plato de oro macizo, con grabado alegórico relativo a la victoria; Warwick, un tafetán, muy trabajado, sembrado de rubíes, diamantes, perlas y oro; Howard, otro, no tan costoso como el de Warwick, pero probablemente tan caro como la bandeja de plata dorada que él recibió.

En medio de los acostumbrados festejos, no era difícil advertir que la corte iba evolucionando. Lord Hunsdon, camarero mayor, primo de la reina, en quien la soberana

solía ver «alguien no mucho mayor que ella», se había convertido, de pronto, en un hombre de cabello cano y articulaciones endurecidas. En cuanto al interventor, *sir* James Croft, unos años mayor que Hunsdon, parecía evidentemente un anciano. Quizá fueron los rumores de traición lo que había conseguido envejecerle a su vuelta de Flandes, o quizá el desatino de sus acuerdos con el duque de Parma aceleró grandemente su envejecimiento. Walsingham, enemigo de Croft, también estaba mucho más viejo a pesar de ser joven todavía, casi de la edad de la reina. La enfermedad que le tuvo postrado en el lecho mientras se decidía la suerte de María Estuardo no fue después de todo una simple cuestión de conveniencia, sino una realidad. En cuanto a Burghley, no volvió ya a recuperarse. Se daba por satisfecho con que la gota le permitiese acudir al Consejo alguna mañana, para sentarse a trabajar ante la mesa de costumbre. La vejez, la enfermedad y la muerte habían abierto otras brechas en las filas familiares, produciendo vacíos. El más difícil de ser ignorado fue el producido por la alta figura del hombre seguro de sí mismo, que creció en majestad a medida que su rostro se tomaba más rojo y su barba más blanca, pero que reclamaba aún —y por su magnificencia merecía— el puesto de *jeune premier* en la función de la cual era la reina primerísima estrella. A principios de septiembre, cuando marchó a Buxton para la cura de aguas, Leicester había escrito a la reina unas alegres líneas de salutación y tierna solicitud. Pocos días más tarde, la soberana tuvo noticia de que había muerto. Escribió sobre la nota aquella: «Su última carta», y la guardó. Si Isabel Tudor había amado alguna vez a un hombre, ese hombre fue sin duda Robert Dudley, y si aquel año echó de menos

algún rostro en la fiesta de año nuevo en Richmond, fue indudablemente el suyo.

Isabel era leal con los viejos amigos. Teniendo en cuenta su notoria condición voluble, es curioso lo poco que cambiaba de servidores. Pero las caras nuevas tenían la virtud de animarla y con ellas iba llenando los vacíos que se producían. Por ejemplo, el apuesto caballerizo mayor, conde de Essex. Por el momento, él y Walter Raleigh se miraban ceñudos, exactamente como dos colegiales rivales, cosa absurda por parte del conde, que ponía así de manifiesto su juventud. Pero si mostraba aplicación, podría ser iniciado en el complicado ballet de la corte, y aprender sus difíciles pasos con la misma gracia y seguridad de que su padrastro, Leicester, hizo siempre gala. Y quizá, con el tiempo, llegase a ocupar su propio puesto también. La primera bailarina necesita de vez en cuando una mano en la que apoyarse, aunque sólo fuera un poco.

En cuanto a la reina Isabel, aunque otros fuesen presa de la fatiga y de la vejez o la enfermedad, ella no tenía intención de seguir su ejemplo. Había empezado a bailar los primeros pasos de una nueva danza, comprobando que era capaz de dominar los movimientos de los nuevos figurantes al igual que hizo con los anteriores. El 7 del pasado septiembre celebró su cincuenta y cinco aniversario, pero se sentía muy bien, tan eficiente y casi tan joven como siempre. Se encontraba magníficamente entre los jóvenes y pensaba seguir siempre así, mientras hubiera un soplo de vida en su persona. Doce años más tarde, en ocasión de su sesenta y siete aniversario, dijo a los cortesanos que gruñían ante el plan que estaba exponiendo: «Que los viejos queden atrás y vengan conmigo los jóvenes y dispuestos».

Los planes para la campaña del siguiente verano —ya en marcha por los días navideños— eran concebidos para gente joven, dispuestos para la juventud intrépida y los guerreros profesionales, partidarios de una ofensiva audaz. Esta vez sería Drake quien mandase la flota. Howard quizá fue demasiado cauteloso. Jack Norris, el Negro, mandaría el ejército y pronto realizarían nada menos que la invasión en gran escala de Portugal, con Lisboa como objetivo principal. Don Antonio de Crato, pretendiente al trono portugués, iría con ellos para poder comprobar si era cierta aquella teoría suya de que «al llegar a Portugal sus partidarios se levantarían en masa para expulsar a los intrusos españoles». Si la suerte les acompañaba, la expedición iniciaría una guerra en las propias puertas del reino de Felipe lo bastante importante para tenerle bien ocupado en casa, para que no resultase peligroso fuera.

La reina así lo esperaba. Los preparativos para hacer frente a la Armada, la larga espera del enemigo, y especialmente la prolongada movilización en tierra y mar después de que los españoles huyeron de Gravelinas, había costado mucho dinero. Para remediarlo, nada como un nuevo parlamento. La sesión de apertura fue aplazada hasta febrero porque parecía mejor no exigir nuevos impuestos antes de que se acabasen de recaudar los antiguos. Isabel conocía muy bien a sus súbditos. Sabía que no iban a mostrarse tan afanosos por pagar la guerra como estuvieron antes por iniciarla. También que, a menos que Drake, Norris y don Antonio triunfasen en lo que Medina Sidonia, William Allen y el duque de Parma fracasaron, lo que en aquella sesión se votase no pasaría de ser posiblemente un primer plazo. Felipe era hombre obstinado. La guerra podía durar muchos años.

A Isabel no le agradaban las vanas lamentaciones. Si la guerra continuaba tal como la prudencia hacía pensar que podía ocurrir, tendría que aprender a sacar el mejor partido posible de la situación. Algunas veces, con anterioridad, había tenido que financiar la paz, de modo que ésta casi no tenía diferencia alguna económicamente con la guerra. En el futuro tendría que pagar la guerra para poder disfrutar toda la paz posible. Mientras no se luchase en suelo inglés y los impuestos no absorbiesen la médula del hombre, la vida en la isla fortificada siempre sería apacible, comparada con la de Francia y Holanda. Que todo siguiese precisamente así era para Isabel mucho más importante que cosechar victorias.

No es que las victorias no le agradasen. Desde aquel día en Tilbury se sentía más cerca que nunca de su pueblo. Sus súbditos caminaban millas y millas, con sus hijos sobre los hombros, o esperaban pacientemente durante horas, para poder verla de lejos cuando salía de caza o bien cuando, a la luz de las antorchas, se trasladaba a veces de un palacio a otro. Cuando viajaba, siempre había una multitud apiñada en tomo de su caballo o carruaje, multitud a través de la cual su escolta apenas si podía abrirse camino y el aire se llenaba de bendiciones y exclamaciones de afecto. El domingo, después del treinta aniversario de su subida al trono, cuando la reina se dirigía a la catedral de San Pablo por las calles adornadas con estandartes y guirnaldas y llenas de gente que, arrodillada, aclamaba a la reina con entusiasmo, fue casi una segunda coronación. En cierto modo, más satisfactoria aún, ya que siempre, mejor que una promesa expresada en palabras, es la promesa ya realizada, fecunda… Si Isabel había dudado alguna vez de su

eficiencia para gobernar una Inglaterra en guerra, ya nunca más tuvo ocasión de volver a dudar.

## NOTAS

Principalmente Nichols, Dasent y documentos fechados en *C. S. P., Dom.* El más completo y mejor comprobado, aunque de ninguna manera el más digno de confianza es el relato del ataque a Lisboa y el consiguiente progreso de la guerra contra España, de Edward P. Cheyney, *England from the defeat of the Armada to the death of Elizabeth*, 2 vols. (Londres, 1926).

Véase la anterior nota general.

# EPÍLOGO

Nueva York, año nuevo de 1959

EPÍLOGO

Los historiadores están de acuerdo en afirmar que la derrota de la Armada española fue una batalla decisiva. Realmente una de las batallas decisivas para la historia del mundo. Pero en lo que ya no coinciden es en definir qué es lo que decidió. En todo caso, no fue el problema de la guerra entre España e Inglaterra, ya que éste siguió igualmente latente. A pesar de que ninguna flota se enfrentó con Drake y sólo algunas tropas locales se opusieron al avance de Norris, el ataque inglés a Portugal, en 1589, terminó con el más rotundo de los fracasos, la guerra continuó todavía catorce años más, es decir, de hecho continuó mientras vivió la reina Isabel, para terminar en algo así como una retirada. Según algunos historiadores, la derrota de la Armada «marca el ocaso del imperio colonial español y el comienzo del británico». Resulta difícil comprender el porqué del razonamiento. En 1603 España no había abandonado a Inglaterra ni uno solo de sus dominios de ultramar, mientras que la colonización inglesa en Virginia tuvo que ser aplazada de momento. La campaña de la Armada tampoco «transfirió el dominio de los mares de España a Inglaterra». El poderío marítimo de los ingleses en el Atlántico siempre había sido superior a las fuerzas combinadas de España y Portugal y lo seguía

siendo, pero después de 1588 el margen de superioridad disminuyó. La derrota de la Armada no significó el fin de la marina española, sino su comienzo. Los ingleses podían invadir la costa española, pero no bloquearla. Drake y Hawkins soñaban en someter a Felipe, impidiendo la llegada de las riquezas del Nuevo Mundo, pero el caso es que llegaron más tesoros de América a España, desde el 1588 al 1603, que en ningún otro período de quince años en la historia española. Durante la guerra de Isabel, en los mares no mandaba nadie.

Se ha dicho en algunas ocasiones que la derrota de la Armada hizo nacer la actitud optimista proverbial en el temperamento isabelino, y también que fue causa de que surgiesen genios literarios, personajes que caracterizan el período de los últimos quince años del reinado de la reina Isabel.

> Que se alcen en armas contra nosotros
> las tres cuartas partes del mundo, y se acerquen.
> Los venceremos.

Estos versos de *El rey Juan* son citados generalmente como ejemplo. Existen algunas dudas sobre la veracidad del primer aserto, incluso para aquellos capaces de definir con una frase la manera de ser de un pueblo, precisamente por la imposibilidad de demostrar que ese «burbujeante optimismo» mencionado abundase más en Inglaterra en la década y media posterior a 1588 que en el mismo período anterior. En cuanto al segundo concepto, establecer una conexión casual entre la derrota de la Armada y el florecimiento del drama isabelino, no es cosa que pueda refutarse fácilmente, pero todavía resulta más difícil probarlo a no ser por el método *post hoc, propter hoc.* No hay conexión entre la campaña de la Armada y una

determinada obra literaria inglesa, como la que puede ser establecida en las letras españolas. Según la tradición generalmente aceptada, un veterano mutilado de Lepanto, un poeta menor, en las semanas de confusión que precedieron a la partida de la Armada de Lisboa, llevó de manera tan embrollada la relación de recaudaciones por cuenta de la flota española, que jamás llegó a saberse si pretendía o no defraudar a la corona. A su debido tiempo fue encarcelado hasta que alguien puso en claro sus libros de contabilidad. En su forzado ocio comenzó a escribir *Don Quijote*. Lo que prueba que para el genio, una derrota puede ser tan estimulante como una victoria, tal y como demuestra la historia. O tal vez Cervantes y Shakespeare habrían escrito exactamente lo mismo si la Armada jamás hubiese zarpado.

Los más antiguos historiadores, Froude y Motley, Ranke y Michelet, dicen que la derrota de la Armada fue decisiva para que la Contrarreforma no triunfase en Europa entera, lo que es una teoría mucho mejor. Puede que Medina Sidonia no pudiese hacer nada más para ganar la batalla, pero Howard, ciertamente, habría podido perderla. Y de ocurrir así, el duque de Parma, seguramente, habría logrado avanzar con sus tropas por suelo inglés. Si Alejandro de Parma hubiera desembarcado y tomado Rochester —tal como se proponía— marchando luego sobre Londres, apoyado por una Armada española victoriosa situada en el Támesis, el curso de la historia de Inglaterra y de todo el Continente se habría alterado en más de un aspecto. Aunque el duque no hubiese podido conquistar Inglaterra ni destrozar a la reina, sólo un limitado éxito español habría representado para la causa del protestantismo un serio y hasta puede que mortal golpe.

No obstante, parece más verosímil que, aun cosechando los españoles una victoria en el mar, el aspecto final de Europa, al ser restablecida la paz, no resultase tan distinto. Felipe y sus consejeros militantes soñaban en una gran cruzada que barriese la herejía e impusiera la católica paz del rey de España en toda la cristiandad. Drake y los puritanos soñaban en esparcir la revolución religiosa a través de Europa hasta que el anti-Cristo fuese arrojado de su trono. Pero ambos sueños eran irrealizables. Ni la coalición católica ni la protestante tenían suficiente unidad ni disponían de la fuerza necesaria. Los sistemas de ideas, aunque autolimitados en su expansión, son más difíciles de exterminar que los hombres y aun que las mismas naciones. De entre todos los tipos de guerra, una cruzada (la guerra total contra una idea) es siempre la más difícil de ganar. Debido a su propia naturaleza, la guerra entre España e Inglaterra no podía ser decisiva, y dada la condición humana incluso su lección iba a resultar inútil. Casi toda Europa tuvo que librar otra guerra durante treinta largos años para comprender que una cruzada es siempre un pobre medio para saldar diferencias de opinión, y que dos o más sistemas ideológicos pueden vivir perfectamente el uno junto al otro sin peligro mortal para ninguno.

No obstante, la derrota de la Armada fue en cierto modo un acontecimiento decisivo. No tanto para los combatientes como para los observadores. Para los expertos de ambos bandos, el resultado habido en Gravelinas fue sorprendente, esencialmente porque la Armada tuvo una actuación superior a la esperada. Los ingleses y españoles en tierra no sabían con certeza hacia qué lado se inclinaría la balanza de la victoria, pero había quien estaba más indeciso aún. Francia, Alemania e Italia

habían visto al coloso español avanzar de victoria en victoria. La providencia, los designios de Dios cada vez más claros, la misma marea del futuro, todo parecía estar de parte de España, y como católicos, los católicos franceses, alemanes e italianos se alegraban de que España hubiese sido elegida «campeón de la Iglesia de Cristo», aunque les desagradase la idea de una total dominación española, mientras los protestantes de todos los países se sentían alarmados y aterrados. Cuando la Armada española desafió a los antiguos señores del Canal inglés en su propio terreno, el conflicto inminente cobró aspecto de un duelo, en el cual, tal como se espera en tan grave desafío, Dios defendería la razón. Lo solemne del hecho era realzado por las portentosas profecías existentes acerca del año del conflicto, profecías tan antiguas y respetables que no podían ser ignoradas ni siquiera por los más cultos o escépticos. Así pues, cuando ambas flotas se dirigieron hacia el punto señalado para la batalla, Europa entera quedó a la expectativa.

Para los observadores de ambos bandos, el resultado, debido en gran parte —según creencia general— a una extraordinaria tempestad, fue verdaderamente decisivo. Los protestantes de Francia, Holanda, Alemania y Escandinavia comprobaron con satisfacción que Dios estaba en realidad (como siempre supusieron) de su parte. Los católicos de Francia, Italia y Alemania aseveraron casi con el mismo agrado que España no era, después de todo, el campeón elegido de Dios. Desde entonces, y aunque la preponderancia española se mantuviese durante otra generación, la cima de su prestigio decreció; Francia, muy en particular, tras el golpe de Estado de Enrique III en Blois, volvió a su punto de equilibrio contra la casa de Austria, y a ser, en consecuencia, principal mantenedora

de las libertades de Europa mientras éstas se viesen amenazadas por los Habsburgos. Sin la victoria de Inglaterra en Gravelinas y su ratificación por las noticias llegadas de Irlanda, Enrique III quizá nunca habría tenido valor para librarse del yugo de la Santa Alianza y la subsiguiente historia de Europa pudo haber sido incalculablemente distinta.

Así, pese a la larga e indecisa guerra que siguió, la derrota de la Armada española fue realmente decisiva. Demostró que la unidad religiosa no debía ser impuesta por la fuerza a los herederos de la cristiandad medieval, y al demostrarlo valoró, como quizá no haya sucedido nunca más, el resultado de esta batalla, que por ello sí fue decisiva en la historia. Si el duque de Parma hubiera logrado conquistar Holanda y Zelanda para España, como hizo anteriormente con las provincias del Sur, es algo que nunca se sabrá. Después de 1588 no volvió a ofrecérsele otra oportunidad. Una buena parte de su debilitado ejército tuvo que luchar contra Enrique de Navarra, apoyando a la Santa Alianza. El sistema territorial de estados, llamados últimamente «nacionales», que iba a caracterizar a la moderna Europa, comenzaba a surgir, y después de 1588, cada estado importante no sólo iba a ser libre, sino a sentirse libre, para desarrollar sus propias iniciativas sin someterse a ningún sistema de creencias impuesto desde el exterior. Como las potencias europeas no eran bastante fuertes —ni lo serían durante siglos— para infligirse daños considerables los unos a los otros, el problema de cómo combinar la libertad de opinión con la seguridad de salvarse de la destrucción total puede dejarse para la época en que surgiría verdaderamente.

Mientras tanto, el episodio de la Armada, al diluirse en el pasado, ha influido en la historia en otro sentido. Su

leyenda, engrandecida y falseada por una dorada niebla, se convirtió en heroica apología de la defensa de la libertad contra la tiranía, mito eterno de la victoria del débil sobre el fuerte, triunfo de David sobre Goliat. Levantó los corazones de los hombres en las horas tristes y les llevó a decirse el uno al otro: «Lo que se hizo una vez puede hacerse de nuevo». Precisamente por esto, la leyenda de la derrota de la Armada española llegó a ser tan importante como el hecho en sí. Y hasta quizá más importante aún.

# NOTA GENERAL DE LAS FUENTES DE INFORMACIÓN

COLECCIONES DE ARCHIVOS Y MANUSCRITOS

INGLATERRA: La *Public Record Office* (que de aquí en adelante llamaremos P. R. O.) contiene los originales de documentos publicados por Bruce, Laughton y Corbett (véase más adelante) y de documentos inéditos acerca de la defensa de Inglaterra.

El *British Museum* (B. M.), además de Yelverton MSS y de otras colecciones adquiridas a partir de 1945, las colecciones más viejas proporcionan los fragmentos de más provecho (véanse las notas a los capítulos más adelante).

Aparte dos «cartas-noticia» informando de la muerte de María Estuardo y de otros acontecimientos de la misma época, la *Bodleian Library* de Oxford (Bod.) posee un comentario inédito «Sobre ciertos aspectos de la Armada española» por James P. R. Lyell, con numerosas transcripciones de documentos españoles, algunos de ellos procedentes de colecciones particulares habitualmente inaccesibles. Tales transcripciones, como he podido comprobar, han resultado dignas de confianza. Hay otra copia mecanografiada del ensayo de Lyell en Harvard.

ESPAÑA: El Archivo General de Simancas (Sim.) posee no solamente muchos documentos concernientes a los

aspectos naval y militar de la campaña de la Armada, la mayoría de los cuales han sido ya publicados, sino también montones de informes diplomáticos y administrativos, especialmente la correspondencia de Alejandro Farnesio y Bernardino de Mendoza, no publicados por completo ni siquiera consultados para este tema. En las principales colecciones de Madrid no hallé ningún documento inédito sobre la campaña de la Armada.

FRANCIA: Las tres principales colecciones públicas de París resultaron de gran ayuda. En los *Archives Nationales (Arch. Nat.)*, además de un microfilm de la correspondencia de Mendoza, hay documentos diversos sobre la Liga y sobre la guerra de los tres Enriques. Los archivos del *Ministère des Affaires Étrangères (Aff. Et.)* contienen informes de Londres, Roma y La Haya. En los manuscritos de la *Bibliothèque Nationale (Bib. Nat. Mss.*), además de los despachos de Longlée desde España, adecuadamente publicados, encontré unas cartas de *Bellièvre* y de *Châteauneuf* desde Inglaterra, y de Pisany desde Roma, como suplemento de las halladas en *Aff. Et.*, y un paquete considerable de documentos relativos a Guisa y al día de las Barricadas. No me fue posible obtener acceso a otros documentos de *Châteauneuf*, actualmente de propiedad privada.

HOLANDA: el *Rijksarchief* de La Haya es rico en documentos de los Almirantazgos de Amsterdam y Zelanda y existe gran cantidad de material adicional, en archivos provinciales, más del que me fue posible emplear.

ITALIA: Los archivos estatales más importantes contienen documentos relevantes. Los de Génova, Milán, Nápoles y

Palermo se refieren principalmente a la defensa mediterránea, reclutamiento y suministro, cuestiones necesariamente tan sólo rozadas en este libro. El *Archivo di Stato di Venezia* (Ven.) es rico en observaciones de tipo político. A causa de haber prestado (involuntariamente) un galeón a la Armada, el gran duque de Toscana estaba particularmente interesado en el curso de los acontecimientos, lo mismo que su sucesor. El *Archivo di Stato di Firenze* (Flor.) contiene, por lo tanto, una amplia variedad de informes y relatos sobre los asuntos navales de España, la mayoría apenas empleados.

Los Archivos del Vaticano (Vat.) han sido, sin embargo, la principal fuente de material inédito. Sixto V recibió probablemente más copiosos y detallados informes de todas las partes de Europa que ningún otro soberano entre sus contemporáneos. Guardó siempre una atenta vigilancia sobre su asociado en la empresa inglesa, Felipe de España. Como los más valiosos documentos a este respecto se encuentran en las *Lettere delle Nunziature*, los cito únicamente por sección y por número de volumen, ejemplo: *Spagna*, 34.

## FUENTES PUBLICADAS

Las únicas publicaciones completas de correspondencia diplomática, interesantes para este estudio son: *Dépêches diplomatiques de M. de Longlée, Resident de France en Espagne* (1582-1590), edición de A. Mousset (1912). *Negociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, edición de G. Canestrini y A. Desjardins, Vol. IV (1872); y *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Ecosse*, edición de A. Teulet, vols. IV y V (1862), este último un tanto arbitrariamente seleccionado. *The Calendar of State Papers, Foreign*, XXI (4 partes) y XXII, da

completos y útiles sumarios, en su mayor parte ligeramente abreviados, de todos los documentos a su alcance en el Public Record Office (de aquí en adelante abreviado C. S. *P. F.). The Calendar of State Papers, Venetian*, extracta hábilmente relevantes documentos de los archivos venecianos, y lo mismo hace, aunque de forma menos completa, por lo que se refiere a los archivos de Simancas, el *Calendar of State Papers, Spanish, Elizabeth*, vol. IV (1899).

Los documentos navales sobre la campaña de la Armada han sido publicados, en lo que atañe a Inglaterra, con encomiable competencia por J. K. Laughton, *State papers relating to the defeat of the Spanish Armada*, 2 vols. (Navy Records Society, 1895); J. S. Corbett, *The Spanish War, 1585-1587* (Navy Records Society, 1898); en España por C. Fernández Duro, *La Armada Invencible*, 2 vols. (Madrid, 1885). (De aquí en adelante D.) y E. Herrera Oria, *La Armada Invencible* (Valladolid, 1929). (Desde ahora H. O.). En el volumen IV de *The Naval Miscellany* (Navy Records Society, 1952) G. P. B. Naish ha editado una pequeña colección de documentos españoles, procedentes del National Maritime Museum, Greenwich, y una traducción del segundo relato de Ubaldini, del MS del British Moseum, ambas como suplemento a las publicaciones españolas e inglesas.

El duque de Maura ha publicado con una introducción un, hasta ahora, no empleado grupo de documentos, procedentes de los archivos de los duques de Medina Sidonia, que arrojan alguna luz sobre las relaciones entre Medina Sidonia y Felipe II, Gabriel Maura Gamazo, duque de Maura, *El designio de Felipe II* (Madrid, 1957).

Para la propia defensa y repercusiones nacionales de la campaña de la Armada, el *Calendar of State Papers, Domestic*, II (1581-1590) ofrece una guía de interesantes documentos de la Public Records Office; *Acts of the Privy Council* de Dasent y H. MSS. C. *Salisbury MSS*, vol. III (1899) son también muy útiles.

## RELATOS DE LA ÉPOCA

He visto entre setenta y ochenta panfletos contemporáneos y octavillas directamente relacionados con la Armada, impresos en los años 1587-1590. Esto es superior a cualquier bibliografía cuya lista yo conozca, pero estoy seguro que una búsqueda paciente pondrá al descubierto todavía mucho más. Algunos no son más que meras reimpresiones o traducciones, pero la mayoría contienen algunas variaciones. Algunos combinan párrafos de dos o más panfletos anteriores. Algunos son pura fantasía. Otros pura propaganda. Pero, aunque las normas de esta clase de periodismo no fueron mucho más elevadas en el siglo XVI de lo que han sido desde entonces, por lo general estos panfletos no me parecen absolutamente tan desdeñables como se lo parecieron a *sir* Julián Corbett. Algunas veces contienen detalles que pueden encontrarse también en los relatos desde diferentes puntos de vista. Por lo menos estos panfletos no hablan de lo que pensaba el pueblo acerca de lo que estaba sucediendo o podía suceder, o de lo que alguno quería que pensara que sucedía. Los he empleado gustosamente y los he citado individualmente cuantas veces lo he creído necesario.

Con el mismo espíritu he usado otras octavillas, noticias y panfletos políticos, cuantas veces pude encontrarlos, y los cronistas de la época y los protohistoriadores,

especialmente William Camden, *Anuales… regnante Elizabetha*, ed. Hearne, 3 vols. (1717); L. Cabrera de Córdoba, *Felipe II, Rey de España* (1877); A. de Herrera, *Historia General* (1602); B. Porreño, *Dichos y Hechos del Señor Rey Don Felipe II* (Cuenca, 1628); E. Van Meteren, *Historie des Pays Bas* (La Haya, 1618); C. Coloma, *Las Guerras de los Estados Baxos* (1625); F. Strada, *De bello Bélgico* (1647); J. A. de Thou, *Histoire Universelle* (Basilea, 1742).

AUTORIDADES MODERNAS

El relato de la campaña de la Armada en el Vol. II de *Drake and the Tudor Navy* (1899), de *sir* Julián Corbett, ha quedado como una pieza clásica de la historia naval, incluso a pesar de que gran parte sólo puede ser aceptada con graves reservas. Corbett confió demasiado en la Segunda Narración de Ubaldini (B. M. Reg. 14, A, Xi en italiano; recientemente se ha editado una traducción de G. P. B. Naish, en *The Naval Miscellany*, IV) y trata de resolver todas las dificultades de interpretación, suponiendo que Drake habría actuado como si fuese una combinación de Horacio Nelson y de A. T. Mahan. El capítulo de J. A. Williamson sobre la Armada en *The Age of Drake* (Nueva York, 1938) proporciona una adecuada corrección al de Corbett, y desde entonces el artículo «Los cañones de la Armada, de Michael Lewis, en *The Mariner's Mirror*, XXVIII (1942), XXIX (1943), ha arrojado nueva luz sobre las tácticas de ambas flotas. Los más recientes tratados relativos a la primera fase de la guerra naval anglo-española que he podido encontrar son: *The Elizabethan Navy and the Armada Campaing*» de D. W. Waters, en *The Mariner's Mirror*, XXXV (1949), que hace buen uso de los efectos de las mareas; *The expansion of Elizabethan England* (Londres, 1955), de A. L. Rowse, y

*The Enterprise of England* (Londres, 1958) de Thomas Woodrooffe.

En general, la ausencia en las notas que siguen de referencias sobre las obras más corrientes, tales como *The Reign of Queen Elizabeth*, de J. B. Black, o de los estudios sobre Isabel de A. L. Rowse no significa que no las haya empleado, sino que he supuesto que cualquiera que se interese en las notas estará familiarizado con ellas, y que consideré innecesario documentar sobre hechos fácilmente verificables en cualquier historia.

Algunas deudas, sin embargo, son demasiado importantes, para ser silenciadas. Todos los estudiantes de la historia naval del tiempo de los Tudor deben mucho a la obra de J. A. Williamson. En particular, sus estudios sobre la carrera de John Hawkins, que culminan en *Hawkins of Plymouth* (Nueva York, 1949), han sido muy útiles para este libro.

De manera semejante, me he dirigido a *Mr. Secretary Walsingham*, de Conyers Read, 3 vols. (Cambridge, Mass., 1925) y siempre con gran provecho e ilustración. Siento que el segundo volumen de su biografía de Cecil no apareciera a tiempo de ser empleado por mí.

*Alexandre Farnese*, 5 vols. (Bruselas, 1937), de Leon Van der Essen, me proporcionó toda la previa documentación sobre la campaña de Holanda del duque de Parma, y aunque no lo ha seguido ciegamente, nunca me he apartado de él sin vacilación.

Comencé el estudio de las cartas y documentos del gobierno de Felipe II, primeramente bajo la dirección de R. B. Merriman, mientras se encontraba todavía trabajando en su *Philip the Prudent* (Nueva York, 1934). Mi opinión sobre el carácter de este complejo monarca, aunque no la

misma de mi maestro, fue ciertamente influida, no solamente por los escritos publicados por Roger Merriman, sino también por su correspondencia y por sus conversaciones de más de veinte años.

Mayormente, y como la mayor parte de los estudiantes de la historia de los Tudor durante el pasado cuarto de siglo, mis ideas sobre Isabel I, su carácter, técnicas y política, han sido profundamente influidas por *sir* John Neale, por su biografía de la reina, por sus tres magníficos volúmenes sobre sus discursos y por sus particulares estudios de sus finanzas y diplomacia, y por su personal parecer. Valga este reconocimiento general, para suplir las anotaciones específicas que deberían aparecer entre las notas a cada capítulo en que el nombre de la reina se menciona.



GARRETT MATTINGLY, historiador estadounidense especializado en historia política y diplomática de la Edad Moderna europea. Desarrolló la mayor parte de su carrera como profesor en la Universidad de Columbia (Nueva York), centro que concede anualmente un premio con su nombre. Ha publicado libros sobre Catalina de Aragón y la diplomacia del Renacimiento y ha estado a cargo de varias ediciones de obras de Maquiavelo.

# Notas

[1] GARRET MATTINGLY, *The Defeat of the Spanish armada*, Jonathan Cape, 1959. <<

[2] Id. Barcelona, Grijalbo, 1961. Introducción de Juan B. ROBERTS. <<

[3] *La Armada Invencible*, 2 vols., Madrid, 1884-1885. <<

[4] E. HERRERA ORIA, ed., *La Armada Invencible*, Archivo Histórico Español, vol. 2, Madrid, 1930. <<

[5] MAURA, duque de, *El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible*, Madrid, 1957. <<

[6] J. K. Laughton, ed., *State papers relatingto the defeat of the Spanish Armada, anno 1588*, 2 vols., Londres, Navy Records Society, vols. 1 y 2, 1895. <<

[7] J. S. CORBETT, ed., *Papers relating to the navy during the Spanish war 1585-1587*, Londres, Navy Records Society, vol. 11, 1898. <<

[8] R. STENUIT, *Treasures ot the Armada*, Newton Abbot, David & Charles, 1972 y N. Fallon, *The Armada in Ireland*, Londres, Stanford Maritime, 1978. <<

[9] M. LEWIS, *Armada guns: a comparative study of English and Spanish armament*, Londres, Allen & Unwin, 1961 y I. A. A. Thompson, «Spanish Armada guns», *The Marineas Mirror*, 61, 1975, págs. 355-57. <<

[10] Bryce WALKER, ed., *The Seafarers: the Armada*, Alexandria, Va., Time-Life Books, 1981. <<

[11] G. PARKER, «If the Armada had landed», *History*, 61 (1976), págs. 358-368. <<

[12] Valentín Vázquez de Prada, *Lettres Marchandes d'Anvers*, 4 vols., París, SEV-PEN, 1960-1961. <<

[13] I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias*, Barcelona, Ed. Crítica, 1981, págs. 235 y ss. <<

[14] G. PARKER, *Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pág. 221. <<

[15] M. Morineau, *Incroyables gazettes et fabuleaux métaux. Les rotours des trésors américains d'aprés les gazettes hollandaises (XVI$^{e}$-XVII$^{e}$ siècles)*, Cambridge, 1985, págs. 80-81. <<

[16] Henri LAPEYRE, *El comercio exterior de Castilla a través de las aduanas de Felipe II*, Valladolid, 1981. <<

[17] Alfredo Thayer MAHAN. Almirante norteamericano (1840-1914). Debe su reputación a las obras de carácter histórico, principalmente la titulada «Influencia del poder naval en la Historia», en que defiende documentalmente la supremacía marítima como base del poderío del país. *N. del T.*. <<

# Índice

La Armada Invencible 3
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA 8
PRÓLOGO A LA EDICIÓN INGLESA 17
SOBRE EL CALENDARIO 22
SOBRE LOS BARCOS Y SUS CAÑONES 24
SE LEVANTA EL TELÓN 28
LA SENCILLEZ DE UNA CIUDAD 36
PERPLEJIDAD DE UNA REINA 49
EL FIN DE UNA ALEGRE TEMPORADA 66
PLANES DE OPERACIONES 82
EL PAN AMARGO 96
EL EVIDENTE DESIGNIO DE DIOS 120
«EL VIENTO ME IMPELE A ZARPAR» 139
SE CHAMUSCA UNA BARBA 154
«NO ES ASUNTO DE IMPORTANCIA» 177
DUELAS DE BARRIL Y TESORO 191
UN BRAZO AMPUTADO 203
EL DÍA FELIZ 226
EL APROVECHAMIENTO DE LA VICTORIA 243
EL AÑO FATAL 261
EN COMPAÑÍA DE ESAS NOBLES NAVES 281
EN ESPERA DE UN MILAGRO 300

A DE LAS BARRICADAS - I 322
EL DÍA DE LAS BARRICADAS - II 340
LA INVENCIBLE SE HACE A LA MAR 358
«LA VENTAJA DE TIEMPO Y LUGAR» 374
ENTRADA EN LA ARENA 388
LA SANGRE CORRE POR VEZ PRIMERA 403
«UN ENORME GASTO DE GRANDES PROYECTILES» 417
EN ORDEN FORMIDABLE 435
LOS MECHEROS DEL INFIERNO 451
EL ORDEN QUEDA ROTO 469
EL TARDÍO MILAGRO 481
«YO MISMA SERÉ VUESTRO GENERAL» 489
¡DRAKE HA SIDO CAPTURADO! 503
EL LARGO VIAJE DE RETORNO 520
EL FIN DE UN HOMBRE ALTO 540
LOS VIENTOS Y LAS OLAS DE DIOS 554
SIN ASOMO DE DESALIENTO 562
EPÍLOGO 568
NOTA GENERAL DE LAS FUENTES DE INFORMACIÓN 575
Sobre el autor 583
Notas 584